

The background of the cover is a textured, painterly illustration. It features a large, dark, circular shape in the center, possibly representing a planet or a large object in space. A bright, diagonal beam of light or energy cuts across the scene from the upper left. The overall color palette is dominated by warm, earthy tones like yellow, orange, and brown, with some cooler blue and green accents. The text is overlaid on this background.

**ORSON  
SCOTT  
CARD**  
Y AARON JOHNSTON

**LA TIERRA DESPIERTA**

PRIMERA GUERRA FÓRMICA (VOL. III)

Lectulandia

Ambientada cien años antes de los sucesos acontecidos en la «Saga Ender», la nave alienígena gritó a través del sistema solar, interrumpiendo las comunicaciones entre los barcos mineros humanos y la Tierra.

Comenzaron a aterrizar equipos de fórmicos en China. Millones de personas estaban muriendo y el planeta podría perderse.

Pero en China, el escuadrón de Mazer Rackham ha desarrollado un método para destruir los módulos de aterrizaje alienígenas; y en Luna Lem Jukes y su tripulación podrían tener la clave para destruir la nave madre...

Lectulandia

Orson Scott Card & Aaron Johnston

# La tierra despierta

Saga de Ender. Primera guerra fórmica - 3

ePub r1.0

Titivillus 25.02.2019

Título original: *Earth Awakens*  
Orson Scott Card & Aaron Johnston, 2014  
Traducción: Rafael Marín Trechea

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **LA TIERRA DESPIERTA**

LA PRIMERA GUERRA FÓRMICA  
VOLUMEN III

---

**ORSON SCOTT CARD  
Y AARON JOHNSTON**

Traducción de Rafael Marín Trechera



*Dedicado a Scott Brick,  
lector, escritor, actor, narrador y hechicero de primera categoría*

## Código

Cambiar el curso de una guerra en la que se lucha por la supervivencia de la especie humana no es algo que pueda hacer cualquiera. Y resulta especialmente poco habitual que tal oportunidad recaiga sobre un niño de ocho años. Pero Bingwen no vaciló al darse cuenta de que era una opción que tenía a su alcance. Como cualquier otro niño, respetaba la autoridad, pero cuando tenía razón era muy consciente de tenerla y de que los que ostentaban la autoridad se equivocaban o estaban presos de la incertidumbre.

En este momento, en medio de un barracón situado en una base militar abandonada del sudeste de China, la incertidumbre rodeaba a Bingwen por completo. Los hombres a su alrededor eran miembros de Policías de Operaciones Móviles — POM— y Bingwen tenía bien claro, siendo un niño chino de ocho años, que si se le permitía estar allí era porque Mazer Rackham le había adoptado.

Y ahora que Mazer había desaparecido, ¿cuánto tiempo más le permitirían quedarse?

Desaparecido y probablemente muerto.

Bingwen había sido testigo de innumerables muertes desde que los fórmicos habían empezado a rociar los campos de su patria con un gas que convertía los tejidos vivos, ya fuesen de plantas o animales, en una gelatina descompuesta formada por las moléculas orgánicas básicas. Se trataba de una inmensa montaña de abono, para devolver la fertilidad al suelo, dejándolo listo para lo que los fórmicos fuesen a plantar.

Los fórmicos mataban indiscriminadamente. Empleaban la misma e implacable eficiencia para masacrar a la gente trabajando, a los que huían de ellos presa del terror y a los soldados que les disparaban. Bingwen había visto tantas muertes que ya no podía más. No era ningún tonto. Sabía perfectamente que el hecho de que él necesitase a Mazer Rackham para seguir con vida no significaba que los fórmicos no le hubiesen matado.

Su razón para estar tan seguro de que Mazer seguía con vida: el equipo había logrado cumplir la misión. Era un buen plan. Y si algo había salido mal, Mazer era un soldado ingenioso y rápido de reflejos que daría con una vía de escape y se aseguraría de salvar a sus hombres, independientemente de si él era la persona al mando o no.

He aquí lo que Bingwen había aprendido observando a Mazer Rackham. Mazer no era el líder del equipo POM. Pero a los soldados POM se les entrenaba para tener



criterio propio y valorar cualquier buena idea, ya viniese de sus líderes, de un huérfano chino de ocho años al que se le daban de maravilla los ordenadores o de un neozelandés medio maorí al que inicialmente habían rechazado para el entrenamiento POM pero que había persistido hasta que prácticamente les obligó a aceptarle en el equipo.

Sencillamente: Mazer Rackham estaba en China con la POM porque era el tipo de hombre que jamás de los jamases se rendía.

«Yo también voy a ser así», pensó Bingwen.

No.

«Ya soy ese tipo de hombre. Soy bajito, joven y carezco de entrenamiento como soldado, y al ser un niño, soy alguien al que estos soldados quieren proteger, pero no prestar atención. Pero tampoco pensaron jamás que prestarían atención a Mazer Rackham, nunca pensaron que él sería uno más de su equipo. Daré con él, y si es preciso rescatarle, le rescataré, y luego él podrá volver a ocuparse de mí».

Al igual que los demás, Bingwen había estado prestando atención al monitor cuando las lentes en el tejado del barracón mostraron el destello imposiblemente brillante de la explosión nuclear, seguido de la nube en forma de hongo. Eran bien conscientes de lo que implicaba. El equipo compuesto por el capitán Wit O'Toole, Mazer Rackham y Calinga habían logrado llevar trineos perforadores chinos *bajo* el campo impenetrable que rodeaba a la sonda, y habían detonado el dispositivo nuclear. No habrían provocado la explosión de no haber alcanzado el objetivo.

Pero ¿lo habían hecho tal y como estaba planeado? ¿Habían usado un temporizador que les daba tiempo de volver a penetrar la superficie en trineos perforadores y alejarse de la zona de la explosión? ¿O la habían detonado en un último intento desesperado y suicida, lográndolo a pesar de que los fórmicos les impedían la huida?

Esa era la naturaleza de la incertidumbre que se cernía, seis horas después de la explosión, sobre el barracón. ¿Debían esperar a que O'Toole, Calinga y Rackham regresasen? ¿O debían dar por supuesto que habían muerto y avanzar para intentar estimar la efectividad del ataque?

Bingwen sería un peso muerto en una misión de reconocimiento. El traje contra la radiación que usaba lo habían diseñado para un adulto de pequeño tamaño, por lo que colgaba de su cuerpo de ocho años como si fuese un saco de dormir demasiado grande. Había recogido brazos y perneras para poder encajar guantes y botas, pero el efecto acordeón le obligaba a apartar las piernas al estar de pie y a caminar como un pato. Cuando los miembros de la POM tuviesen que dejar el barracón, Bingwen se quedaría allí... como debía ser.

Pero por ahora, Bingwen resultaba útil en el tipo de misión de reconocimiento que era posible ahora mismo: empleando la radio y el ordenador. A todos los miembros de la POM los entrenaban para usar todo su equipo y eran excelentes improvisando con lo que fuese que tuviesen a mano. Tan pronto como se confirmó la

explosión instalaron antenas en el tejado, junto con una pequeña parabólica para satélite. Ya recibían confirmación de sus propias fuentes en lugares lejanos: había cesado toda actividad fórmica alrededor de la sonda.

Lo que a Bingwen se le daba bien era controlar las frecuencias de radio chinas. Como único hablante nativo del dialecto del sur de China y el mejor hablante del mandarín oficial, Bingwen era el que tenía más posibilidad de dar sentido a los fragmentos de transmisiones que recibían.

Y ahora prestaba atención a lo que oía, empleando una de las holoconsolas que habían encontrado en la base para analizar las redes disponibles y comprobar lo que se decía en los distintos grupos militares chinos.

Cualquier comunicación oficial, cualquier orden del mando central, estaría codificada. Lo que no estuviese codificado probablemente fuese algo en plan «¿Qué está pasando? ¿Quién ha provocado la explosión? ¿Fue una bomba nuclear?». Eran preguntas con respuestas que los miembros de la POM ya conocían.

Pero Bingwen tenía la habilidad de lograr entrar en redes informáticas que no querían admitir su presencia. El ordenador que usaba era el que se encontraba en el despacho donde se habrían recibido las comunicaciones oficiales. Lo habían limpiado antes de abandonar la base, pero no lo habían hecho bien, poco más que un borrado superficial. Se habían ido a toda prisa y ¿quién iba a pasar por allí? Como mucho los fórmicos. Y era de dominio público que los fórmicos pasaban por completo de toda tecnología y comunicaciones humanas. Por tanto, el borrado había sido más bien por cumplir. A los pocos minutos Bingwen lo había recuperado todo.

Es decir, aunque Bingwen no podía descodificar nada por sí mismo, el software de descodificación seguía allí y tras varios pasos en falso y reinicios del equipo, había logrado entrar empleando la contraseña de un oficial de bajo nivel.

Por desgracia, el oficial de bajo nivel tenía un nivel tan bajo que solo estaba autorizado para descodificar mensajes bastante rutinarios, por lo que Bingwen estaba sometido a la misma restricción. Aun así, los mensajes rutinarios *codificados* eran muchísimo mejores que las preguntas a causa del miedo y los rumores de la radio, por lo que mientras Bingwen seguía escuchando la cháchara de radio que la POM le localizaba, abría mensaje tras mensaje a medida que salían del programa de descodificación.

Por fin dio con algo útil.

—¡Deen! —gritó.

Deen, un inglés, era el oficial al mando mientras O'Toole estuviese ausente. Todos sabían que Bingwen no le habría llamado si no tuviese información real y concreta. Por lo que Deen no vino solo. Todos los que en ese momento no tuviesen una tarea específica se le acercaron.

Por supuesto, el mensaje estaba en chino, por lo que nadie podía leerlo. Aun así, pasó los dedos sobre el texto en pinyin mientras lo iba traduciendo.

—Dos soldados con uniformes POM —dijo Bingwen—. Retenidos en el cuartel general del general Sima.

—Así que los chinos los están tratando con seriedad —dijo Lobo—. Sima es un tipo importante.

—Sima es el tipo que no tiene ni el más mínimo interés en cooperar con la POM —comentó Cocktail.

—Así que están vivos —dijo Bolshakov—, pero se los han llevado al tipo que tiene más puntos para ofenderse por su presencia en China.

—Dos soldados —dijo Deen—. No tres.

Es decir, o un miembro del equipo había muerto durante la operación, o tres habían logrado escapar con vida y los chinos habían capturado a dos.

Para entonces el decodificador ya había soltado dos mensajes más, y uno era una continuación que contenía los nombres:

—Los prisioneros han sido identificados como O'Toole y Rackham —dijo Bingwen.

—¿Se han puesto en contacto con nuestros superiores? —preguntó Deen—. ¿Están negociando su liberación?

Bingwen examinó los mensajes.

—No. El personal de Sima se limita a decir que los han retenido. Nada más. No preguntan qué hacer con ellos ni tampoco dicen lo que planean hacer.

—Sima es de los que no pediría permiso a nadie y nadie tendría el valor de hacer sugerencias —dijo Bolshakov—. Incluso los miembros más importantes del gobierno civil se lo piensan dos veces antes de tratar con Sima.

Se produjeron unos momentos de silencio.

—Sería mala idea organizar una extracción —dijo Deen—. Pero el resto de las ideas que se me ocurre son peores.

—Incluso si lográsemos localizar con exactitud la base de Sima, no sabríamos cómo entrar —dijo ZZ—. O salir.

—A mí me encanta ir improvisando en medio de una base militar extranjera —dijo Lobo.

—Y una vez que lográsemos rescatarles —dijo Deen—, tendríamos totalmente en contra a uno de los hombres más poderosos del ejército chino, justo ahora que *deberíamos* recibir el mérito de haber salvado miles de vidas chinas.

—Yo tengo una idea —dijo Bingwen.

Esperó a que le desestimasen, a que le dijese que se callase, a que le recordasen que no era más que un niño. Lo esperaba porque esa era siempre la reacción de los adultos. Pero estaba hablando con la POM. Ellos prestaban atención a cualquiera que pudiese ofrecer información importante o tuviese un plan alternativo.

Bingwen se puso a teclear en la ventana de mensaje. Escribía en pinyin, porque era su lengua nativa, pero fue traduciendo.

—El equipo POM dirigido por el capitán Wit O’Toole ofrece todos sus honores y agradecimientos al glorioso general Sima por haber proporcionado a la POM los trineos perforadores necesarios para transportar un dispositivo nuclear bajo las defensas fórmicas.

—No fue Sima el que nos dio los trineos —dijo Cocktail.

—Lo conseguimos a pesar de que él se oponía, ¿no? —dijo Bolshakov.

—Dejad que el chico escriba en paz —dijo Deen.

Bingwen seguía escribiendo, traduciendo mientras lo hacía.

—Todo reconocimiento para el glorioso general Sima, del Ejército Popular de Liberación, por concebir el plan de destruir la sonda fórmica desde el interior. Nuestro agradecimiento por permitir que los soldados POM recibiesen el inmenso honor de ejecutar el plan empleando el dispositivo nuclear obtenido por el general Sima. Nos enorgullece informar del éxito total de la empresa nuclear. Los soldados POM supervivientes han vuelto con el general Sima para informarle personalmente del éxito total de su brillante y atrevido plan.

—Vaya un montón de estiércol —dijo Bungy.

—Estiércol genial —dijo Deen—. Estiércol que bien podría sacar al capitán y a Rackham de la cárcel.

—Este pequeño huérfano sabe jugar a la política internacional mejor que la mayoría de los adultos —dijo Bolshakov—. No le pidas nada a Sima, no le supliques, no le quites nada. Límitate a darle todo el crédito y anunciar al mundo que nuestros hombres están en su base. No va a *negar* nada. Lo hicimos sin su permiso y salió bien, pero al concederle el mérito eliminamos toda vergüenza y le damos todas las razones para tratar como héroes a nuestros chicos.

—Lo he escrito en chino porque sé cómo hacer que suene correcto y formal —dijo Bingwen—. Pero ahora necesito a alguien que hable mejor inglés para que suene bien en la versión internacional.

Deen y Bolshakov invirtieron los siguientes quince minutos en ayudar a Bingwen a crear una traducción creíble, frase a frase, que sonasen como si fuese el original del que Bingwen hubiese traducido. Mientras tanto, ZZ y Cocktail prepararon una lista de receptores que incluía a personas importantes del gobierno chino, el cuartel general de la POM y organizaciones de noticias de todo el mundo.

—Un detalle más —dijo Deen—. Que vaya firmado con el nombre del capitán O’Toole.

—No le va a gustar —dijo ZZ.

—Le encantará si le quita a los chinos de encima —dijo Deen.

Momentos después, Deen se inclinó sobre el holo y le dio a enviar.

—Si no sale bien —dijo Cocktail—, siempre podremos entrar, matar a un montón de soldados y sacar a nuestros chicos en plan película de acción.

—Lo que Cocktail pretende decir —tradujo ZZ para beneficio de Bingwen— es que si esto sale bien, habrás salvado la vida de muchas personas y nos habrás sacado

de un aprieto.

Lo que Bingwen pensaba era: ni los fórmicos ni la bomba habían matado a Mazer, y era posible que él personalmente le hubiese salvado de los chinos.

## Bichos luminosos

Víctor penetró en la nave fórmica sabiendo muy bien que probablemente no lograría volver a salir. Era una cuestión muy simple: había demasiadas variables que no podía controlar, demasiados elementos desconocidos. Por ejemplo: ¿qué había más allá de la pared metálica que tenía delante? ¿Un escuadrón de fórmicos esperando con las armas listas? ¿Un sistema automático de seguridad que le incineraría en cuanto entrase?

No había forma de saberlo.

La nave era la estructura más grande que hubiese visto nunca, mayor que la mayoría de los asteroides del cinturón de Kuiper donde su familia había realizado sus actividades mineras. Y hasta el último metro cuadrado de su interior era un misterio. ¿Cómo iba a dar con el puente de mando y plantar el explosivo si no tenía ni idea de dónde estaba situado el puente? Vamos, era incluso posible que no hubiese puente. Y, de haberlo, ¿cómo podría llegar hasta él sin que le localizasen?

Expulsó tales ideas de su mente y se concentró en la pared que tenía delante. Movi6 la cabeza de izquierda a derecha de forma que los rayos de luz del casco iluminasen la superficie y revelasen hasta el último detalle.

Había llegado a un callej6n sin salida. O para ser más exactos, había llegado al fondo del pozo por el que había descendido, un agujero en un lateral de la nave tan profundo, oscuro y estrecho que solo le recordaba los pozos mineros que su familia había excavado en los asteroides. *Pajitas por la piedra*, los llamaba Padre.

Padre. Recordarle era todavía como si le clavasen un cuchillo hasta el alma.

Incluso ahora, semanas después de saber de la muerte de Padre, Víctor era todavía incapaz de aceptar esa idea. Padre ya no estaba. Había desaparecido la única constante de la vida de Víctor, ya no estaban los únicos cimientos a los que Víctor siempre se había aferrado.

Padre siempre había sido la tranquila voz de la razón durante las crisis familiares. Es decir, si se producía, por ejemplo, un fallo mecánico en la nave, si fallaba el sistema de soporte vital, Padre nunca se asustaba, jamás perdía la fe, jamás dudaba ni por un instante de que acabarían dando con una solución, incluso en aquellos momentos en que Víctor no imaginaba ninguna salida posible. La expresión tranquila y compuesta de Padre, que denotaba una confianza absoluta, parecía decirle: «Podemos arreglarlo, hijo. Saldremos de esta».

Y de alguna forma, a pesar de todo lo que tenían en contra, a pesar de no tener casi ningún repuesto, Padre siempre acababa teniendo la razón. Lo *habían* arreglado, fuese lo que fuese: un acoplador dañado, un purificador de agua defectuoso, un calentador estropeado. De alguna forma, con algo de suerte, un poco de ingenio y bastantes oraciones dedicadas a los santos, Víctor y Padre lo corregían todo. Lo habitual era que la solución no tuviese nada de bonita —una reparación improvisada y temporal que solo aguantaría hasta llegar a la siguiente estación—, pero siempre bastaba.

Y ahora, ese sustento de confianza había desaparecido, dejando a Víctor con sensación de estar desconectado del único pilar que había conocido en su vida.

Una voz llegó al auricular.

—¿Estás seguro de querer continuar, Vico?

Imala. Estaba fuera, en la lanzadera, flotando a unos cientos de metros de la nave fórmica. Víctor y ella habían venido en la lanzadera desde la Luna, desplazándose con un ritmo lento y como de deriva, para no llamar la atención del sistema contra colisiones de los fórmicos. Víctor le enviaba imágenes en directo desde la cámara del casco.

—Si decides retirarte ahora, no te lo tendré en cuenta —dijo Imala.

—Tú misma lo dijiste, Imala. No podemos quedarnos cruzados de brazos. Si podemos hacer algo, debemos hacerlo.

Ella conocía los riesgos tan bien como él, y a pesar de todo había insistido en acompañarle.

—No sabemos en qué nos estamos metiendo —dijo Imala—. No digo que no ayudemos. Solo digo que deberíamos estar seguros. Si te pones a cortar esa pared ya no habrá vuelta atrás.

—Este es el único lugar donde *puedo* cortar, Imala. No puedo cortar el casco exterior. Está recubierto de esas aberturas del tamaño de un plato, cualquiera de las cuales podría abrirse mientras yo floto por encima y lanzarme a mi cara bonita material laserizado. Cortar ahí fuera sería como ponerse a cortar el cañón de un arma cargada.

—Sigue repitiéndote que tienes la cara bonita y quizá algún día se haga realidad —respondió Imala.

Víctor sonrió. Imala bromeaba, rompiendo la tensión como antes lo hacía Alejandra.

Alejandra, su prima y querida amiga en la nave familiar, la *Cavadora*. Ella y Víctor continuamente se lanzaban pullas de ese mismo estilo. Ella le decía que tenía las rodillas huesudas o se reía de él al verle chillar como una niña cuando su prima o Mono saltaban desde algún rincón y le pillaban por sorpresa. En cuanto a él, la imitaba cuando la pillaba tarareando mientras trabajaba. Cantaba melodías agradables que parecían contonearse de un lado a otro como un swing.

—¿Por qué canturreas? —le había preguntado en una ocasión—. ¿Qué tiene de agradable ocuparse de la colada?

—Me cuento una historia —fue su respuesta.

—¿Una historia? ¿Tarareando? Para contar una historia hay que usar palabras, Janda.

—La historia la tengo en la cabeza, tío listo. Canturreo... es la banda sonora.

—Te estás contando una historia y te inventas la música mientras lavas la ropa de otras personas. Eres toda una experta en multitarea, Janda. Y esas historias... déjame adivinar, tratan de un apuesto mecánico adolescente que puede arreglarlo todo, construir lo que sea y que huele tan bien como las rosas.

Ella le había mirado tan pillada, con tal expresión de sorpresa en la cara, que su primera idea fue que la había ofendido. Pero la expresión desapareció al instante y Janda volvió a sonreír y a frotar la ropa, con las manos en los guantes de la caja donde estaba contenida el agua de lavar.

—Víctor Delgado —le había dicho—. ¿No lo has pensado? Si alguna vez me invento una historia sobre ti, será una historia real. No olerías como las rosas, sino a pedos.

Luego había abierto de golpe la caja de lavar y le había lanzado a la cara una camisa mojada. Al pillarle por sorpresa, Janda se había empezado a reír a carcajadas, porque al retorcerse para evitar la tela mojada, en efecto, Víctor se *había* tirado un pedo. Había sido un accidente, evidentemente, algo que jamás habría hecho en su presencia. Pero había pasado.

Y la joven seguía riendo cuando pudo fijar los pies, retirar la camisa y lanzársela. La esquivó con facilidad y un segundo después él volaba subiendo por el pasillo de la nave, humillado, pero también riendo por dentro.

Recordaba que Janda había tenido problemas por hacerlo. El agua se había escapado de la caja estanca y a cuatro mujeres les había llevado unos buenos veinte minutos recogerla del aire y los huecos de las paredes.

En su momento debería haberlo comprendido. Debería haberse dado cuenta de que aquella amistad era algo más. ¿Por qué no había identificado los sentimientos como lo que eran?

Porque nunca antes los había experimentado, se dijo. Porque a lo largo de su vida se habían manifestado tan gradualmente que para cuando los identificó ya era demasiado tarde para evitarlos.

Ya no tenía la mayor importancia. Janda no estaba. Igual que Padre.

Y ahora se encontraba hablándole a Imala de la misma forma. ¿Por qué? ¿Le resultaba natural? ¿Echaba de menos ese aspecto de su personalidad, la que podía lanzar pullas a los amigos? No flirteaba. O al menos esperaba no provocar esa impresión. Él tenía dieciocho años. Imala... ¿cuántos? ¿Veintidós? ¿Veintitrés? Para ella él era un niño. ¿Ella *pensaba* que él flirteaba?



El rostro de Imala se manifestó en el interfaz del casco de Víctor, lo que le sacó de sus ensoñaciones.

—Si tienes dudas, Vico, mejor nos lo pensamos.

Había tomado su vacilación por miedo.

—Estoy bien, Imala. Simplemente pensaba en la mejor forma de proceder.

Soltó de la espalda la bolsa de lona y sacó la burbuja, una bóveda hinchable diseñada para formar un cierre hermético en un lateral de la nave. Con Víctor en su interior, podría abrir un agujero en la nave sin exponerlo al vacío del espacio.

Víctor tiró del cordón y la burbuja se llenó de aire y adoptó su forma. Se metió debajo portando la bolsa de lona con las herramientas y fijó la burbuja a la pared.

—Pase lo que pase, Imala, no dejes de grabar.

Habían acordado que Imala grabaría todo lo que Víctor viese con la cámara del casco. Si no sobrevivía, era importante compartir lo que descubriese con todos los que estuviesen dispuestos a prestar atención.

—No se la des a Lem —le había dicho Víctor—. Súbela a las redes. Retransmítela a todo el mundo. Si un número suficiente de personas ve lo que hay en el interior de esa nave, es posible que alguien dé con la forma de acabar con esta guerra.

Abrió la cremallera de la bolsa y revolvió las herramientas buscando la cortadora láser. La mano cubierta por un guante dio con ella y la sacó. Víctor la ajustó a la potencia mínima, la presionó contra la pared y esperó a que el rayo la atravesase. Años antes, Padre le había enseñado la técnica. A lo largo de los años los dos, en el cinturón de Kuiper, habían atravesado docenas de naves abandonadas. En la mayor parte de los casos, habían sido escenarios horribles: mineros libres atacados por piratas; naves que habían sufrido fallos mecánicos, dejando a la tripulación varada hasta que moría de hambre. En cualquier caso, a la llegada de la *Cavadora* la mayoría ya estaba muerta.

Madre había intentado protegerle, evitando que Víctor participase. Una noche discutió con Padre al creer que Víctor dormía en su hamaca.

—Es un trabajo que puede hacer cualquier miembro de la familia —había dicho Madre hablando bajo—. No tiene que ser Vico.

—Nadie usa las herramientas con la misma frecuencia que él y yo —había respondido Padre—. En el uso de la cortadora, confío más en él que en nadie. No quiero que lo haga alguien que no tenga experiencia con el equipo. Algo podría ir mal.

—Razón para que no sea mi *hijo* el que vaya.

—Es parte de esta familia, Rena. Todos tenemos nuestras obligaciones.

—No es más que un niño, *mi amor*. *Un niño*.

—*Cierto* —había dicho Padre, pasando también al español, como pasaba siempre que un desacuerdo se incrementaba emocionalmente—. *Un niño que hace su parte en esta familia. Igual que tú y que yo.*

Al final habían llegado a un compromiso. Víctor ayudaría a cortar, pero no entraría en las naves ni evaluaría los daños.

—Que lo hagan los hombres de la tripulación —había dicho Madre. Padre no se había opuesto, así que Víctor se libró de la peor parte. Pero quizá *no* ver lo que había dentro de las naves fuese peor que verlo, porque en la mente de Víctor la que se manifestaba era siempre la peor versión.

Se preguntó, como hacía a menudo, dónde estaría Madre ahora. Lem le había dicho que las mujeres y niños de la *Cavadora* habían abandonado la nave y habían subido a un vehículo de WU-HU, pero Lem no tenía ni idea de cuál y ni siquiera si había sobrevivido al ataque. Iba en dirección al Cinturón de Asteroides, por lo que era probable que allí estuviese Madre, quizá en una estación donde se reunían otros supervivientes. No había muerto. Víctor se negaba a plantearse esa idea. Ya era bastante doloroso haber perdido a Padre. No, Madre estaba a salvo en algún lugar, ocupándose de las mujeres y los niños, consolándolos, dándoles apoyo, protegiéndolos, como siempre había hecho en la *Cavadora*. Era algo que debía creer.

El láser atravesó la pared.

Víctor apagó el rayo y comprobó las lecturas.

—No tiene más que diez centímetros de ancho, Imala. La puedo atravesar con facilidad.

—Ten cuidado, Vico.

Incrementó la potencia del láser, ajustó la profundidad correcta y con rapidez practicó un pequeño agujero, no más ancho que su dedo. A continuación, pasó por él la cámara para comprobar qué había al otro lado. No se veía bien. Era un espacio oscuro y vacío, quizá un sitio por el que arrastrarse, o algún pozo. Fuese lo que fuese, había espacio de sobra para entrar. Y lo que era más importante, no había fórmicos.

Retiró la cámara, practicó un agujero lo suficientemente grande para su cuerpo, empujó la pieza e iluminó el interior con una linterna.

Era un pozo de un metro de alto y cuatro metros de ancho. A derecha e izquierda se extendía perdiéndose, descendiendo en ambas direcciones, ajustándose a la curvatura bulbosa de la nave. Las paredes estaban descoloridas y feas, cubiertas de óxido, manchas, bultos e imperfecciones, como el metal que llevase unos cientos de años oxidándose en algún lugar húmedo. Casi daba la impresión de que el interior de la nave lo habían construido con un metal sin tratar y sin refinar, creando una pintura fea de marrones, grises y toques de negro que ofrecía una impresión de lugar lóbrego, antiguo y abandonado mucho tiempo atrás.

El aire no era mucho mejor. Por todas partes flotaba el polvo y pequeños apelmazamientos de una sustancia marrón. Víctor miró el pad de muñeca y comprobó los sensores.

—El aire es oxígeno al veinticuatro por ciento. Solo un poco más que en la Tierra, Imala. El resto es nitrógeno, argón y algo de dióxido de carbono. Si quisiese, podría respirarlo.

—Yo no lo haría —dijo Imala—. Podría haber otros elementos en cantidades que no podemos detectar, pero que podrían ser peligrosos incluso en dosis muy bajas.

—No pensaba quitarme el casco, Imala. No con tanto excremento en el aire.

—¿Excremento?

Con delicadeza tocó una de las masas marrones que flotaban cerca, lanzándola lejos.

—Voy a suponer que no es barro.

—Qué asco. ¿Dónde estás? ¿Una alcantarilla?

—Eso o los fórmicos carecen de un buen sistema para eliminar desechos. Quizá toda la nave sea así.

Atravesó el agujero y entró en el pozo, arrastrando la bolsa. A continuación, recogió el círculo que había cortado y lo volvió a encajar, usando imanes para mantenerlo en su sitio. El agujero de la cámara seguía abierto, así que lo tapó con un trozo de metal que sacó de la bolsa. Si pasaba alguien y examinaba esa zona, se daría cuenta de que había algo raro, pero las paredes estaban tan descoloridas y seguían un patrón tan aleatorio que los imanes y el trozo de metal pasaban bastante desapercibidos.

Volvió a meter las herramientas en la bolsa y se la echó al hombro. Las luces del casco se desplazaron por todo el pozo, permitiéndole ver el entorno.

—Hay acanaladuras en el suelo, Imala, como si fuesen guías. De unos cinco centímetros de profundidad. Recorren todo lo largo del pozo. Cuento tres. Los fórmicos deben usarlas para desplazar su equipo.

—¿Cómo puedes distinguir una pared del suelo?

—Es una suposición razonable —respondió—. Los fórmicos se pueden desplazar erguidos, pero viven en túneles. Prefieren gatear y no precisan mucha altura. Por lo que para ellos el ancho es más importante que el alto. Aquí podrían ir cuatro fórmicos uno junto al otro. De esa forma tendrían varias vías de tráfico y las guías para mover el equipo.

—Bien, ¿adónde vas a ir?

Víctor miró a derecha e izquierda. Ninguno de los extremos ofrecía indicaciones sobre su posible final.

—A la derecha hay menos material flotando en el aire —dijo—. Voy a considerarlo una buena señal.

Giró el cuerpo a la derecha, apoyó los pies en paredes opuestas y empujó, lanzándose hacia arriba. Al curvarse el pozo, se impulsaba un poco contra las paredes para corregir la trayectoria, manteniendo el impulso con estas a pocos centímetros de la cara.

—Es una suerte que no sufras de claustrofobia —dijo Imala.

—Nací y me crié en una nave minera, Imala. Era mecánico, como mi padre. Cuando yo tenía cuatro años, el hombre tenía por costumbres mandarme por los conductos de ventilación y otros espacios estrechos para llegar a los puntos que él no

podía alcanzar. Me he pasado media vida encajado en espacios mucho más estrechos que...

Atrapó la pared y se detuvo; envió una orden con un parpadeo y las luces del casco se apagaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Imala.

Víctor habló bajo.

—Delante. He visto luz.

No había sido más que durante un instante, un tenue punto verde que se había desplazado rápidamente de un lado a otro del túnel antes de desaparecer. Víctor se dejó flotar, mirando a la oscuridad con los ojos entornados, buscando la luz. ¿Había sido una simple imaginación? ¿Una ilusión óptica?

No, ahí estaba otra vez, un círculo de luz no mucho mayor que su pulgar, a unos veinte metros por delante. Atravesó rápidamente el ancho del pasillo y acabó en el lado opuesto, reluciendo débilmente.

—¿Qué es? —dijo Imala—. ¿Una luciérnaga?

Víctor hizo zoom con el visor y pudo verlo mejor. El bicho colgaba de un nido de basura encajado en la pared. Su vientre bulboso pulsaba con luz, llenando esa sección del pozo con un tono verdoso. El cuerpo era pequeño, unos cuatro centímetros de largo, amarillo y marrón, salpicado de puntos rojos. Tenía las cuatro patas fijadas al nido mientras agitaba despreocupadamente sus dos pares de alas. Las alas traseras eran transparentes y medían tres veces lo que el cuerpo. Destellaban y relucían bajo el brillo de la bioluminiscencia. Las alas delanteras eran mucho más cortas y en forma de caparazón, como si al cerrarse ofreciesen proyección al tórax y al abdomen.

—Creo que acabamos de descubrir otra especie extraterrestre —dijo Imala.

—Esperemos que no sea tan peligrosa como los fórmicos —dijo Víctor.

—No veo aguijones ni pinzas.

—De todas formas, voy a rodearlo con la esperanza de que pase de mí.

Se separó de la pared y siguió avanzando, dirigiéndose al lado del pozo opuesto al bicho. Al encontrarse a su altura a la derecha apareció un segundo bicho luminoso que salía de un nido que Víctor no había visto.

Víctor volvió a fijarse a la pared y se detuvo. Con suerte no le vería.

El bicho, sin aparentemente darse cuenta de su presencia, se lanzó desde el nido y voló directamente hacia una pequeña masa de excremento fórmico que flotaba en el aire. Atrapó el excremento con las patas, lo presionó contra el cuerpo y regresó al nido.

Víctor sintió curiosidad y se acercó.

El bicho pulsaba con luz al meter el excremento en el agujero del nido, donde varias larvas se retorcían encajadas en el pequeño espacio.

—Son coprofágicos —dijo Imala.

—¿Eso qué es? —dijo Víctor.

—Que comen excrementos. O al menos las larvas.

—Qué asco.

—Tienen que sacar los minerales de alguna parte, Vico. Esto es su hábitat. No veo ninguna otra fuente de alimentos.

—¿Los excrementos contienen minerales?

—¿Nunca has oído hablar de los fertilizantes?

—Eso es para las plantas. Aquí estamos hablando de dárselo de comer a tus bebés.

—Probablemente los nidos estén fabricados con el mismo material —comentó Imala.

—Nidos de caca. A medida que pasa el tiempo esta nave me gusta cada vez menos.

—Es simple ecología, Vico. Así es como las especies coexisten. Todas las criaturas aprovechan lo que encuentran. Es posible que los bichos luminosos y los fórmicos mantengan una relación simbiótica. Los bichos limpian el aire e iluminan los túneles. Y los fórmicos les dan la cena.

—¿Hay que usar la palabra «cena»?

Volvió a impulsarse, todavía subiendo, y dejó atrás el resplandor de los bichos, que se fue apagando. Tras recorrer otros cincuenta metros, el micrófono externo del casco percibió un ligero zumbido. Siguió avanzando y el zumbido se incrementó.

En ese momento vio la luz.

Por delante había cientos de bichos luminosos concentrados en el pozo. Centelleaban de un lado al otro, de nidos a paredes, recogiendo material del aire, zumbando y agitándose presos de una actividad frenética.

Víctor se detuvo.

—Da la impresión de ser un enjambre, Imala.

—No podrás pasar sin enfadarlos —dijo—. Hay muy poco espacio.

Víctor se acercó.

—Según Lem, este traje es muy resistente. Aunque me atacasen es muy probable que no puedan atravesarlo.

Lem les había cedido todo el equipo que usaban, incluyendo nuevos trajes desarrollados por Juke Limited. Estaban diseñados para resistir los rigores de la minería de asteroides, pero eran lo suficientemente sensibles como para medir todos los datos biométricos.

—No puedes confiar en la durabilidad del traje —dijo Imala—. Yo apuesto por ir al otro lado.

—Tenemos las mismas posibilidades de encontrarlos en la otra dirección, Imala. Y de todas formas ya hemos avanzado mucho. Es posible que no los moleste si me muevo muy despacio...

Un sonido como un arañazo muy agudo resonó por todo el pozo. Sonaba igual que una vieja puerta oxidada que se abriese. Los bichos luminosos se detuvieron al

instante, cien puntos de luz que se detenían en medio de su vuelo, agitando las alas, prestando atención.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Imala.

Otra vez el mismo sonido, ahora más potente. Los bichos luminosos volaron a los nidos y se fijaron a los laterales, llenando el pozo de luz y ofreciendo un ancho espacio abierto en medio.

—El sonido los ha asustado —dijo Imala.

—Tengo un hueco —dijo Víctor—. Voy a pasar.

—¡Vico, espera!

Pero él ya se movía, propulsándose hacia delante, haciendo lo posible por aprovechar la apertura. Retorció el cuerpo mientras se desplazaba, con la esperanza de encajar en el hueco sin dañar los nidos.

Pero se equivocó. El traje era mucho más voluminoso y grande de lo habitual, y algunos de los nidos se extendían hacia el centro del pozo mucho más de lo que había supuesto. Golpeó un nido con el hombro izquierdo. Rompió un trozo y lanzó a un puñado de bichos luminosos que se pusieron a zumbear conmocionados. Víctor giró para alejarse e intentar evitar los bichos, y al hacerlo golpeó otro nido; luego un tercero y un cuarto. No podía esquivarlos. Estaban demasiado juntos.

Intentó rotar hacia la izquierda para orientarse, pero el movimiento de avance ya le enviaba hacia arriba, y al retorcerse solo consiguió apartarse más de la trayectoria. Lanzó los pies para fijarse y sintió las alas y cuerpos aplastados cuando las botas destrozaron todo un grupo de nidos.

Los otros bichos saltaron de sus nidos, volando hacia él, zumbando frente al casco, impidiéndole ver, anulando sus oídos con el rugido colectivo de sus alas. Había estimado mal: no había cientos, sino miles.

Imala gritaba por la radio.

—¡Sal de ahí!

Volvió a retorcerse, orientándose, dando con la pared en la que tenía apoyados los pies. Se impulsó y salió volando. No veía nada. El visor no era más que un muro de alas, bioluminiscencia y diminutas patas frenéticas que no dejaban de moverse. La luz que llegaba a sus ojos le cegaba. Era como si le hubiesen pegado cien bombillas a la cara.

Su cuerpo redujo la velocidad. Volvió a impulsarse, aplastando todavía más nidos. Voló diez metros más. Luego veinte. Podía sentir los pellizcos y el movimiento de las patas por todo su cuerpo, a pesar de las gruesas capas del traje. ¿Se estaban abriendo paso a su interior? ¿Lo quemaban para entrar? Si le abrían un agujero, ¿el traje se repararía por sí solo? Sintió pánico. Se estremeció, cancelando así el avance. Escoró hacia la pared de la derecha. El impacto aplastó nidos y bichos luminosos. Logró apoyar los pies, volvió a empujar, agitando los brazos como si estuviesen ardiendo, golpeando a los bichos luminosos y dejando a su espalda una estela de alas rotas y manchas de bioluminiscencia.

Poco después rozó una pared con el brazo y sintió el metal sólido.

No había nidos. Había escapado.

Volvió a alargar la mano. Sí, efectivamente, las paredes estaban limpias. Había dejado los nidos atrás. Volvió a impulsarse, lanzándose con fuerza. Uno a uno los bichos que quedaban se fueron separando del traje, alejándose. No se detuvo, sino que volvió a impulsarse, examinando el traje mientras volaba. Agitaba brazos y piernas, y frotaba para retirar los bichos luminosos que quedaban.

Estaba tan concentrado en limpiar el traje que no vio al fórmico hasta que no lo tuvo justo delante.

## Drones

Lem Jukes estaba sentado en el salón de su ático en la Luna. Sonreía mientras sufría otra entrevista y fingía que las cámaras no estaban presentes. La periodista frente a él era una joven danesa llamada Unna, de pelo corto color rosa, grandes aros por pendientes y un mono ajustado de color blanco y muy escotado que dejaba ver toda la piel que permitía la cadena. Los productores la habían sentado a pocos centímetros, en el sofá para dos, y sus rodillas casi tocaban las de Lem.

Unna hizo un mohín con los labios, arrugó la frente y delicadamente depositó su mano sobre la de Lem.

—Debiste pasar un miedo horrible, Lem. ¿Qué pensabas mientras veías a los fórmicos salir de su nave?

La Batalla del Cinturón de Kuiper. Era el único tema que interesaba a los medios de comunicación: cómo Lem y la tripulación de su nave de minería de asteroides habían atacado con bravura a los fórmicos, más allá de Neptuno, en un intento de detenerlos antes de que llegasen a la Tierra. Lem, seguro que pasaste mucho miedo. Lem, ¿dónde encontraste el valor? Lem, ¿de dónde sacaste las fuerzas?

Durante los últimos días, Lem había contado esa historia y había respondido esas mismas preguntas ya en tantas entrevistas que podía dejar el cerebro en automático y repetir hasta el último detalle sin pensar. Pero sabía bien que si aspiraba a parecer sincero, si quería que el vídeo fuese popular en las redes, las palabras no debían sonar a algo aprendido de memoria.

Lem asintió con aire pensativo, como si fuese la primera vez que oía la pregunta. Inclínó la cara un poco hacia un lado, lo que mostraba un buen perfil para beneficio de la cámara.

—*Tenía* miedo, Unna. Estaba aterrado. —Una pausa dramática—. Tenía hombres en la superficie de esa nave. Hombres en peligro. Me sentía inútil. Es una experiencia que no le deseo a nadie. No hay nada más doloroso que ver morir a tus amigos.

—¿Los consideras amigos?

—Una nave minera es un espacio muy limitado. En ese momento llevaba un año de viaje con esos hombres y mujeres. Conocía la intimidad de todos ellos. Éramos como una familia.

—Hablando de familias, has creado una fundación para dar apoyo a las familias de los tripulantes que perdiste.

Lem asintió.



—Me resultaba necesario honrar a esos hombres y mujeres, recordar su sacrificio. Y quería asegurarme de que sus seres queridos tuviesen todo lo necesario. Juke Limited se ocupa de los suyos, Unna. Nuestra empresa se considera responsable de su gente. Mi padre cree lo mismo y siempre le he respetado por ello.

Unna le estaba haciendo todas las preguntas adecuadas, ofreciéndole la oportunidad de hablar de la empresa de una forma natural. El equipo de relaciones públicas, que había acordado la entrevista, estaría más que agradecido. Ellos habían tenido la idea de realizar la entrevista en el apartamento de Lem.

—La gente quiere ver dónde vive, señor Jukes, lo que come, dónde duerme, el diseño del mobiliario. Es auténtico, íntimo. Le humanizará.

«¿Qué querían decir con eso? —había querido preguntar Lem—. ¿No soy lo suficientemente humano?».

Pero se había guardado la pulla.

En cierto sentido, a Lem le resultaba estimulante y conocido. En muchas ocasiones, antes de irse al Cinturón de Kuiper, ya había tenido una cámara en la cara, haciéndole fotos y grabando vídeos al bajar de su deslizador para algún acontecimiento social elegante. Inicialmente había alcanzado la fama como el hijo guapo de Ukko Jukes, el gran empresario de la minería de asteroides y el hombre más rico del mundo. Pero posteriormente, cuando Lem forjó una fortuna independiente, demostrando así que podía ser un emprendedor tan agresivo como lo había sido su padre, el rostro de Lem había aparecido en lugares de mejor reputación y más orientados a los negocios. De pronto no solo era conocido, sino que también se le respetaba.

Y aquí estaba, reinventándose una vez más. Lem Jukes, el héroe de guerra.

Unna pasó a preguntar por la Batalla del Cinturón.

—Tu tripulación y tú encontrasteis imágenes de la batalla.

—Así es —dijo Lem—. No participamos en el ataque. Se produjo lejos de nuestra posición, pero pudimos recuperar una baliza que lo había grabado todo. Trajimos la grabación a la Luna, para que la Tierra fuese consciente de los sacrificios realizados para protegernos. Fue el mayor ataque coordinado realizado hasta la fecha contra los fórmicos.

—Mineros libres y mineros corporativos luchando codo con codo —dijo Unna—. Dos grupos que por lo habitual no se llevan bien, ¿no es así?

—Sí que hemos tenido diferencias en el pasado —dijo Lem—. Habitualmente las corporaciones se ciñen más a las leyes del comercio espacial. Pagamos tarifas e impuestos. Cooperamos plenamente con la Autoridad de Seguridad y Comercio Espacial. No nos asustan las comprobaciones del gobierno. Al contrario, los mineros libres tienen una visión más liberal de la economía espacial. Consideran que se trata de una frontera, donde las familias deberían tener libertad para crear sus propias reglas y operar como mejor crean conveniente. Como es natural, son dos filosofías políticas tan dispares que cuando se ven obligadas a ocupar el mismo espacio no

pueden sino chocar entre sí. Pero eso es ya el pasado. Ya no es posible actuar con independencia. Juntos somos más fuertes que separados.

—¿Opinas lo mismo con respecto a las naciones de la Tierra? —preguntó Unna—. ¿Somos más fuertes unidos que solos? Desde el comienzo de la guerra se han formado muy pocas alianzas y no se ha establecido ni una sola coalición digna de ese nombre. China se niega a aceptar la ayuda militar externa, a pesar de que los fórmicos matan a millones de sus ciudadanos. ¿Cuál es tu punto de vista?

—Ahora la Tierra es una única nación —dijo Lem—. La Tierra es nuestra frontera. *Ellos*, el enemigo, está ahora ahí fuera. No es Rusia, ni Estados Unidos, ni Oriente Próximo. El enemigo son los fórmicos. Y para incinerarlos tendremos que actuar todos juntos, combinando nuestros talentos y recursos. Seguiremos perdiendo esta guerra hasta el momento en que el mundo despierte y acepte ese hecho, cuando estemos todos de acuerdo en que no podemos actuar independientemente, cada uno defendiendo su pequeño rincón del mundo. Por desgracia, es una lección que China ha aprendido por las malas. Me alegré esta mañana al saber que las tropas chinas ejecutaron una operación conjunta con los Policías de Operaciones Móviles, destruyendo una de las sondas fórmicas, pero China deberá aceptar todavía más ayuda. Admito que los fórmicos aterrizaron en suelo chino, pero no es China la única nación amenazada. Toda la especie humana corre peligro. Hacer uso de la POM es un paso en la dirección correcta, pero hablamos de veinte o treinta soldados, ni un batallón, de lejos insuficiente para detener las oleadas de soldados fórmicos de a pie armados con armas biológicas que ahora mismo recorren el sudeste de China. Los rusos están preparados para ayudar. Igual que americanos, australianos e indios. China simplemente debe abrir las fronteras y dejar que sus vecinos le ayuden.

—Tenemos noticias de que las tropas rusas están cruzando la frontera —dijo Unna.

—Sí, en puntos aislados. Y en cada uno de ellos los chinos se resisten a ellas, luchando con todo lo que tienen. Temen que los rusos sean en realidad un ejército invasor, que no se vayan una vez derrotados los fórmicos, y hay que admitir que se trata de una preocupación razonable. Si yo fuese China, también estaría muy nervioso. Pero los aliados de China pueden ser de ayuda. La OTAN puede dar garantías. Los americanos pueden acordar una retirada de tropas. Actuemos juntos. Unámonos contra un enemigo común. En caso contrario, no tenemos ni una sola oportunidad.

—Una pregunta más, Lem. Miraste al rostro de un fórmico. En medio de la batalla, allá en el Cinturón de Kuiper, miraste a los más profundo de los ojos de un fórmico. ¿Qué viste?

—Sus ojos no son como los nuestros, Unna. No son ventanas a sus almas. O si lo son, no tienen alma. Porque allí no hay nada. No hay compasión, no ya remordimiento, no hay amistad, no hay deseo de comprendernos. Solo hay negrura, una oscuridad profunda, vacía e inerte.

Unna le dio las gracias por su tiempo y la disponibilidad de su hogar y concluyó la entrevista. El productor intervino y dio la orden de apagar las cámaras.

Las potentes luces se apagaron y los operadores de las cámaras guardaron el equipo. Al instante Simona se encontraba junto a Lem, acompañada de su holopad, agarrándole delicadamente del brazo y alejándole del equipo de personal.

—Muy bien hecho —dijo—. Me gustó mucho eso del final, sobre los ojos. Muy aterrador. Se me puso la piel de gallina. —Miró el holopad—. Solo usaste dos veces el nombre de la empresa, pero les diré a los de relaciones públicas que se aguanten. No puedes actuar como un robot. Si repites demasiado Juke Limited sonarás como un feriante.

—Soy un feriante.

—Lo que dices es importante, Lem. Se trata de ofrecer esperanza al pueblo. Y ahora mismo el mundo necesita toda la esperanza que pueda lograr. —Tecleó en el holopad—. Pero tendremos que eliminar todo eso de China. No se puede emitir.

Le molestó.

—¿Por qué no? ¿Porque tenemos clientes en China?

Ella le miró con expresión de cansancio.

—Lem, ¿tienes idea de cuánto mineral nos compra al año el gobierno chino? No son cualquier cliente. Son nuestro tercer *mayor* cliente. Es crucial que mantengamos la relación. El Consejo se volvería loco si hacemos enfadar a los chinos.

—Solo dije la verdad.

Simona se guardó el holopad bajo el brazo y le enderezó la corbata.

—Aunque así sea, estas entrevistas no son plataformas para dedicarse a la geopolítica. Concéntrate en tu historia. Eso es lo que quieren oír. Que los gobiernos del mundo se preocupen de China.

Era la ayudante personal de Padre, pero se había ofrecido a dar «apoyo moral» en todas las entrevistas de Lem. Lem sabía perfectamente que cumplía órdenes de Padre para asegurarse de que no rompía nada. Pero la verdad es que disfrutaba de tenerla cerca.

—Si vuelvo a salir en pantalla, Simona, quiero que sea con un medio informativo de verdad, no con una buenorra de pelo rosa. Por favor, por mi dignidad personal.

—Unna no es una buenorra, Lem. Es muy famosa en Europa, especialmente en el segmento de los dieciocho a los treinta y cinco años. Estamos intentando llegar a todos los estratos demográficos. Si nos limitamos a las redes de noticias, solo hablaríamos a los viejos. —Le colocó correctamente la chaqueta y aplanó las solapas—. Bien, dentro de cuatro horas tienes otra entrevista. En esta ocasión en finés, pero eso no significa que puedas decir lo que te venga en gana. Antes de su emisión haré que lo traduzcan todo y daré mi aprobación.

Lem sonrió.

—¿No te parezco sexy cuando hablo en finés?

Simona puso los ojos en blanco.

—También tienes un mensaje de la doctora Benyawé. Llamó del almacén durante la entrevista. Quiere que la llames de inmediato.

Lem cambió de dirección, y se dirigió a la puerta.

—Cancela la próxima entrevista.

Simona se apresuró para situarse a su altura.

—Se trata de un periodista famoso de Helsinki, Lem. Lo harás por holo. Es tu país natal. Allí eres un héroe nacional. No podemos cancelarla.

—Hazlo.

Le agarró el brazo y lo retuvo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere Benyawé? —Le miró fijamente a la cara—. ¿Te está ayudando a enviar un equipo a la nave fórmica? ¿Es eso?

Él la llevó a un lado, de forma que el equipo de filmación no pudiese oírla, y bajó la voz.

—Simplemente cancela la entrevista, por favor.

A cambio de información, Lem le había contado a Simona que se estaba preparando para enviar un pequeño equipo de asalto a la nave nodriza fórmica. No le había dado más detalles, pero ahora deseaba con toda su alma no haberlo comentado.

Antes de que ella pudiese decir nada, él ya había cruzado la puerta y se dirigía al deslizador. El almacén se encontraba en una bóveda diferente al otro lado de Imbrium, así que a Lem le llevó una hora llegar. Aparcó en la zona de lanzamiento junto al almacén y saltó por la superficie hasta la entrada. Una vez en su interior, activó las grebas magnéticas y recorrió el suelo del almacén, abriéndose paso entre los montones de basura espacial. Algunos de los montones eran tan altos como él, conjuntos de satélites estropeados y fragmentos de naves mineras recuperadas. Víctor e Imala lo habían dejado tirado y a Lem le molestaba mucho que nadie lo hubiese recogido.

Llegó al otro lado del almacén y entró en la sala de reuniones, sorprendiéndose al comprobar que las luces del techo estaban apagadas. La doctora Benyawé se encontraba en la holomesa, con media docena de pantallas flotando frente a sus ojos, el rostro iluminado por el destello azul. Se trataba de una mujer delgada y flexible, incluso para ser nigeriana, y aunque se acercaba a los sesenta, los años habían sido benévolos. Tenía el pelo gris, pero la piel lisa y juvenil. El doctor Dublin dormía en un camastro colocado en la esquina, vestido todavía con el mono de la empresa, el pelo revuelto y la boca medio abierta. Probablemente llevase días sin ducharse. Desde la partida de Víctor e Imala él y la doctora Benyawé habían estado turnándose.

Lem se acercó y habló en susurros.

—Por favor, dime que no han muerto.

Ella le sonrió y esa simple expresión hizo que las ansiedades de Lem desapareciesen.

—Pensé que simplemente llamarías —le respondió.

—Quería verlo por mí mismo.

Miró las pantallas. La mayor mostraba la nave fórmica, una gigantesca lágrima roja en órbita geosíncrona, silenciosa, letal e inmóvil. Otra pantalla mostraba una representación tridimensional de la lanzadera pilotada por Víctor e Imala, e indicaba su estado actual y capacidades operativas.

Cuando Lem supo del plan por primera vez, le había parecido brillante. Víctor e Imala disfrazarían una pequeña lanzadera, cubriendo hasta el último centímetro de superficie con fragmentos de basura espacial para que pareciese un resto más, totalmente inútil. Se dejarían derivar hasta la nave fórmica con la esperanza de que los fórmicos los tomaran por un resto más. Si así era, Víctor e Imala podrían llegar hasta la nave sin que las defensas fórmicas los vaporizaran. Luego podrían entrar y sabotear el puente.

Lem lo había pagado todo, pero ahora que Víctor e Imala ejecutaban la misión y el dinero se había gastado, la idea sonaba absolutamente ridícula.

—La lanzadera llegó hace una hora a la nave fórmica —dijo Benyawe—. Víctor ha salido de la lanzadera y ha ido sin sujeción hasta el casco. Encontró una zona empotrada en el lado de la nave donde normalmente se almacena un cañón y va a intentar entrar. —Movié el lápiz por las holopantallas e hizo que una avanzase. Mostraba una representación tridimensional del traje de Víctor. Todos los datos estaban a cero.

—¿Por qué no recibimos los datos biométricos? —preguntó Lem.

—Hubo interferencias cuando entró en la nave. Imala todavía tiene contacto con él. Lo está grabando todo.

—¿Podemos ver la imagen de su casco?

—La cantidad de datos a enviar sería enorme. Mantenemos el contacto al mínimo. Si los fórmicos pueden detectar comunicaciones, no queremos que sospechen de la lanzadera.

—¿Cuál es la situación de Imala?

—Sigue en la lanzadera, en posición. Es mejor piloto de lo que yo pensaba.

—Derivaron como si fuesen un resto, Benyawe. Cualquiera puede pilotar un transporte si va así de despacio.

—Derivar es lo fácil. Lo difícil es mantener la lanzadera lo suficientemente cerca de la nave fórmica para que Víctor pueda saltar, pero no tanto que amenace la nave y alerte a los fórmicos.

Lem prestó atención a la pantalla que mostraba el traje.

—¿Nos oyen? —preguntó—. ¿Les enviamos audio?

La mujer se guardó el lápiz.

—No. ¿Por qué?

Vaciló. Sería mucho mejor hablarlo fuera, a solas.

—Despierta a Dublin. Que te sustituya. Luego reúneme conmigo en el almacén.

Salió y se quedó a esperar junto a un montón de circuitos.

El almacén estaba en silencio. Hacía frío y olía a óxido, aceite y antiguos trozos de metal. Todos los operarios estaban en otro lugar; probablemente realizando reparaciones a la estructura para poder ajustarla de nuevo al reglamento. Al ocupar el edificio, el director del almacén le había asegurado que por ahora era seguro, pero le recomendó realizar mejoras drásticas tan pronto como fuese posible.

Primera señal de que Padre se la había jugado con esta misión.

Al principio Lem se había sentido halagado de recibir ese puesto.

«Director ejecutivo de Innovación Minera, división del Cinturón de Kuiper» era un título bien largo y, lo más importante, sonaba a que tenía poder. Sonaba que estaba a un pasito, a un saltito, a un bote, de ocupar un asiento en el Consejo. Y parecía que Lem era el adecuado para el puesto, porque había experimentado de primera mano todos los desafíos y oportunidades del Cinturón de Kuiper.

Pero rápidamente había quedado claro que el puesto era totalmente inútil. La empresa no planeaba en absoluto expandirse al Cinturón de Kuiper. A Lem le llevó veinte minutos completos darse cuenta. No había ningún plan para establecer rutas de suministro a esa distancia, ningún plan para construir naves mineras que pudiesen soportar esas condiciones y esas distancias, ningún plan para establecer cualquier tipo de infraestructura económica. De hecho, lo que había era una profunda resistencia a esa idea, especialmente en el departamento financiero.

La puntilla se produjo cuando Lem recibió la lista de ingenieros asignados a su equipo: Benyawé, Dublin, todos los que le habían acompañado al Cinturón de Kuiper. Y nadie más.

Sin duda Padre argumentaría que se trataba de una administración inteligente de los recursos: todos los miembros del equipo ya se conocían y, por tanto, podrían ponerse a trabajar de inmediato.

Pero Lem era consciente de la verdad. Estaba claro que Padre le aislaba. Conservaba a Lem como empleado, tal y como los medios de comunicación esperaban que pasase, pero sin permitir que este tuviese contacto con los ejecutivos y formase una alianza. Incluso el almacén estaba aislado, lejos de los túneles subterráneos que formaban el grupo de la sede corporativa.

Las intenciones reales de Padre quedaron meridianamente claras cuando Lem se dio cuenta de lo baja que era su autorización de seguridad. La mayoría de las puertas de los túneles de la compañía no se abrirían ante él. Al retirar el chip de proximidad de la muñequera asignada por la empresa y comparar el código con el de otros, descubrió que su nivel de seguridad no era mejor que el del más humilde empleado.

«No es muy sutil, Padre. Ni siquiera haces lo mínimo por esconder tu desprecio».

Benyawé salió de la sala de reuniones y entornó los ojos al recibir la luz del techo. Vio su expresión seria y dijo:

—¿Por qué tengo la sensación de que no me voy a alegrar de oír lo que vas a decirme?

—Así es —dijo Lem—. Te he estado ocultando un detalle y es hora de revelártelo. Mi padre está preparando un ataque contra la nave fórmica.

Ella se sorprendió.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días.

—¿Con qué? ¿Con naves mineras?

—Con los nuevos drones Vanguard.

Benyawe se quedó atónita.

—¿Los drones? Todavía los están fabricando. Ni siquiera han hecho pruebas sobre el terreno.

Los drones de prospección eran la nueva innovación industrial de Padre, un método para evaluar la viabilidad económica de los asteroides sin tener que recurrir a una muy cara tripulación. Padre los había anunciado al mundo justo antes de que se descubriese a los fórmicos.

—Han acelerado su producción —dijo Lem—. Y eso no es lo peor. Mi padre los está armando con un gláser.

Benyawe se le quedó mirando fijamente. Estaba demasiado conmocionada para decir nada. A Lem no le extrañó. Los gláseres —o láseres gravitatorios— convertían la minería de asteroides en una tarea tan sencilla como darle a un botón. Un gláser daba forma a la gravedad de la misma forma que un láser daba forma a la luz, rompiendo los asteroides por medio de las fuerzas de marea.

—Mi padre opina que si un gláser puede destrozar un asteroide gigante, podrá hacer lo mismo con una gigantesca nave extraterrestre.

—Debes impedirselo, Lem. El gláser es demasiado inestable, excesivamente destructivo. No puede activarlo demasiado cerca de la Tierra.

—No va a activar *uno*, Benyawe. Pretende activar cincuenta.

—¿Cincuenta?

—Eso son los drones que planea lanzar.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

Lem exhaló.

—Unos días.

—¿Y no me lo contaste de inmediato?

—Te lo estoy contando ahora.

La mujer entornó los ojos.

—¿Lo sabías antes de enviar a Víctor e Imala?

—Sí —respondió sin vacilar. Había decidido no mentirle—. Lo descubrí justo antes de que partiesen.

Benyawe levantó la voz.

—¿Y les dejaste ir? ¿Les dejaste partir sabiendo que tu padre planeaba disparar contra la nave? Los mandaste a un lugar peligroso.

Lem mantuvo la calma.

—Están en la nave fórmica, Benyawe. *Fueron* a un lugar peligroso. Ellos mismos *entraron* en un lugar peligroso. Y, en cualquier caso, antes de partir Víctor me garantizó que podrían salir de la Luna y regresar en cuatro días. Es decir, todo un día antes del momento en que mi padre planeaba lanzar el ataque. Pensé que no importaba. No esperaba que Víctor e Imala se retrasasen tanto.

—Víctor no es más que un niño, Lem. Lo que te ofreció fue una estimación a vuelapluma. No debiste arriesgar su vida guiándote por esa cifra. Claro que iba a haber retrasos. Siempre los hay. —Hizo un gesto de negativa con la cabeza—. No me puedo creer que los hayas puesto en peligro de esa forma. ¿Al menos les contaste lo que tu padre planeaba? ¿Saben *ellos* que los drones van a atacar?

Por supuesto que no se lo había contado. Le preocupaba que abandonasen la misión.

—No iba a añadir la carga de esa información. Ya estaban bastante preocupados por las defensas fórmicas.

Benyawe agitó la mano en gesto de desdén.

—Ahórratelo, Lem. No finjas que no nos lo contaste por alguna razón que no fuese tu propio egoísmo. Esta situación no es más que tú y tu padre jugando a la guerra, haciendo lo posible por superarse el uno al otro sin preocuparse en absoluto por la gente que acaba sufriendo.

—Olvidas que yo no ideé esta aventura, Benyawe. La idea fue de Víctor e Imala. Yo te la conté, te pedí opinión, te impliqué en todo esto.

—Sí, y se te olvidó comentar el detalle crucial de una flota de drones que posiblemente dispare a la nave nodriza destrozando a Víctor e Imala.

Lem alzó las manos para hacerla callar, manteniendo la voz firme.

—¿Ya has terminado de vilipendiarne? Te lo acabo de decir, faltan tres días para el lanzamiento de los drones. Nos ofrece tiempo de sobra para sacar de allí a Víctor e Imala.

—¿Por qué no me lo contaste antes, Lem? Al menos deberías habérmelo dicho en cuanto quedó claro que Víctor e Imala se retrasaban.

—No te lo conté porque temía que cancelases la misión y los trajeses inmediatamente de vuelta, antes de llegar a la nave fórmica.

—Tienes razón. Es lo que hubiese hecho.

—En ese caso, lo correcto fue ocultártelo —dijo Lem—. Teníamos que saber si la aproximación táctica saldría bien. Hasta ahora nadie había llegado hasta la nave fórmica. Han destruido todo lo militar que se le he acercado. Ni siquiera las armas nucleares pueden acercarse a menos de mil kilómetros. Y si no podemos tocarla, no podemos destruirla. Toda la guerra depende de ese único objetivo: llegar hasta esa nave y abrirla como una nuez. Por eso te oculté lo del ataque con drones. Víctor e Imala debían llegar hasta esa nave. Y si hoy mueren, si lo único que acabamos descubriendo es que hay una forma de llegar a esa nave, entonces es una información por la que vale la pena morir. Víctor e Imala me darían la razón.



Ella negó con la cabeza y guardó silencio durante un buen rato, sin mirarle. Al final dijo:

—¿Y ahora qué? ¿Los traemos? ¿Les decimos que vuelvan?

—No, no les decimos nada. Están en la nave. Han superado el primer gran obstáculo. Es posible incluso que logren sabotearla. Y si lo hacen, mi padre no tendrá que lanzar los drones. Mientras tanto, tú me ayudarás a convencerle de que lo retrase.

—¿Cómo?

—Hablaemos con mi padre y le contaremos lo de Víctor e Imala, le demostraremos que hemos llegado hasta la nave, y le pediremos que lo retrase.

—No nos hará caso —dijo Benyawe—. Le conoces tan bien como yo. Para él, Víctor e Imala serán bajas lamentables y lanzará el ataque.

—Es por eso por lo que tú y yo le vamos a demostrar que atacar la nave nodriza con gláseres es una idea muy peligrosa.

—No hacen falta tres días para eso —dijo Benyawe—. Es fácil de demostrar. Yo misma hablaré con él.

Lem hizo un gesto de negativa.

—No es tan sencillo. El gláser que mi padre usa en los drones no es el mismo prototipo que Dublin y tú desarrollasteis. Es más pequeño, ocupa menos espacio. Un equipo diferente de ingenieros lleva un año desarrollándolo siguiendo los diseños originales que creasteis Dublin y tú. Empezaron en cuanto probamos el gláser en el Cinturón de Kuiper y comunicamos que funcionaba.

Se mostró ofendida.

—¿Por qué Dublin y yo no estamos ayudando a esa gente? Empleamos seis años en diseñar el prototipo. Conocemos esa tecnología mejor que nadie. Podríamos indicar posibles fallos, proponer mejoras, ayudarles a evitar todos nuestros errores.

—Porque cuando tú dices «fallos» o «mejoras» lo que mi padre oye es «retrasos, retrasos, retrasos». No aconsejas a ese equipo porque alterarías los planes de producción. Tú lo ralentizarías todo.

—Sí. Pero lanzarlo al mercado demasiado pronto, acelerar la producción del gláser antes de que esté listo, es mucho más peligroso. No tiene sentido, Lem. No es propio de tu padre. Nunca ha sido tan temerario.

—Mi padre solo quiere terminar con la guerra, Benyawe. Los gláseres son su respuesta, estén listos o no.

—Es imposible que estén listos. No basta con un año de trabajo. Es imposible que hayan realizado las modificaciones necesarias a esa velocidad sin dar con otros problemas.

—Eso es justo lo que tú y yo debemos demostrar.

—Vale. Llévame con ellos. Dublin puede acompañarnos. Los examinaremos. Si hay algún problema, daremos con él.

Lem hizo un gesto de negativa.

—Casi, pero no. Seré yo el que examine el gláser, y tú te quedarás aquí, mirando el vídeo en directo de mi cámara, indicándome qué estoy viendo. Están montando los gláseres en una planta de fabricación que no aparece en el mapa corporativo. Hace falta permiso de alto nivel. Tú no tienes acceso. Los guardias de seguridad te sacarán de allí mucho antes de que llegues a la puerta.

—Tú tampoco tienes el permiso.

—Soy el hijo del director general. Todos me conocen. Darán por supuesto que puedo. Y aunque sospechen, incluso si quisiesen poner en duda mi presencia, tendrán tanto miedo de ofender a Padre que no dirán nada. Podré hacerlo.

—¿Cómo cruzarás las puertas?

Lem se sacó del bolsillo un pequeño chip de proximidad.

—Con esto. —Lo encajó en el pad de muñeca—. Abre todas las puertas de la empresa.

—No voy a preguntar de dónde lo has sacado o cuánto ha costado.

—Se lo compré a uno de los antiguos jefes de seguridad de Padre.

—¿Antiguo?

—De pronto recibió mucho dinero y decidió jubilarse. —Lem reinició el pad de muñeca para que reconociese el chip—. Mira el vídeo y guíame. Voy a ir ahora mismo. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Deberías haberme contado antes lo de los drones, Lem.

No respondió. Abrió la puerta, desactivo las grebas y saltó hasta el deslizador.

Salió volando de la bóveda y se dirigió al este, dejando atrás la ciudad. Padre construía los túneles de la empresa en el exterior de Imbrium, siguiendo una compleja red muy lejos de los ojos inquisitivos de los reguladores gubernamentales. La planta de los drones se encontraba en los túneles más al este, con medidas de seguridad especialmente buenas. Lem ya la había visitado en una ocasión, cuando logró colarse con artimañas en una visita que el director de la fábrica había preparado para Padre. Lo que había visto le había impresionado: docenas de drones armados con gláseres, cientos de robots de montaje soldando, cortando y agujereando, un ejército de operarios agitándose frenéticamente para intentar cumplir la fecha límite de Padre. Un claro símbolo de que esta causa era muy importante para Padre.

El sistema de navegación de Lem dio con la plataforma de aterrizaje e hizo descender el deslizador justo en el centro. La plataforma se hundió para llegar hasta la bahía de atraque, donde los robots retuvieron el deslizador y lo encajaron en un contenedor de retención. Un tubo rodeó la cabina, por lo que Lem pudo salir.

Llevaba el auricular sincronizado con el pad de muñeca y prestó atención mientras le indicaba cómo ir desde la bahía hasta los túneles peatonales. En estos había docenas de empleados ocupándose de sus asuntos. Lem recorrió el centro del pasillo principal, con la cabeza bien alta, llamando bien la atención, avanzando con confianza, como si tuviese todo el derecho del mundo a estar en ese lugar.

Delante tenía la primera puerta de seguridad automática. El tráfico a pie la atravesaba sin problemas. Los escáneres identificaban en silencio todos los chips de proximidad que la cruzaban. Lem se preguntó qué pasaría si el chip resultaba no funcionar. ¿Alarmas? ¿Sirenas? ¿Hombres armados materializándose a su lado?

La atravesó sin ningún problema.

Avanzó, siguiendo las indicaciones para llegar a la planta de fabricación. Al cruzar la entrada, caminó hasta la plataforma que ofrecía una visión general de la línea de montaje de los drones.

Solo que allí no había drones. La planta estaba vacía. Todos los robots de ensamblado se encontraban contra las paredes laterales, lo que dejaba el suelo completamente despejado. Lem miró fijamente, pensando a toda velocidad. ¿Padre había acelerado los tiempos? ¿Ya los habían lanzado? ¿Debería salir corriendo para advertir a Víctor e Imala?

Se apresuró a la derecha y bajó las escaleras para llegar al suelo, buscando desesperadamente un terminal informático. Había registros de seguimiento, órdenes de operaciones, permisos de lanzamiento. Activó uno de los robots, enchufó el holopad y se puso las gafas. Benyawé le esperaba en el interfaz.

—Muéstrame uno de los drones —dijo.

—No puedo. No están.

—¿No están? ¿Dónde están?

—Intento averiguarlo.

Lem movió el lápiz informático entre los hologramas que tenía delante, manipulando el sistema operativo, dándole a los archivos, sin tener claro dónde encontrar lo que buscaba.

—Tienes que buscar el plan de producción —dijo Benyawé—. No estás buscando donde debes. Estás mirando archivos del sistema.

—No conozco este sistema operativo.

—Entonces para y déjame a mí.

Le cedió el control y se quedó mirando mientras los archivos pasaban a toda velocidad. Tras un momento mostró los planos del nuevo gláser, lo giró y se metió dentro, volando entre los circuitos, deteniéndose de vez en cuando para examinar algún chip, componente o mecanismo.

Lem no dijo nada, dejando que Benyawé se concentrara, aunque por dentro sentía pánico total. Tras dos minutos, Benyawé dijo:

—Tengo que ver las medidas de estabilidad y los informes de precisión. Han realizado todo tipo de alteraciones demenciales, algunas muy geniales, otras absolutamente estúpidas. Si debo decir algo, parece que los modelos más pequeños poseen una tasa de disparo mayor, lo que, considerando el tamaño más reducido, los hará vibrar y calentarse en exceso.

—¿Puedo ayudarle? —Lem se sobresaltó al oír la voz a su espalda.

Lem se giró y se quitó las gafas. Benyawe desapareció y el audio se cortó. Un hombre bajo y fornido vestido con traje antiestático le miraba con suspicacia. Medio segundo después, antes de que Lem pudiese decir nada, el rostro del hombre se alegró.

—Señor Jukes. No le esperábamos.

Lem sonrió despreocupadamente.

—Sí, la verdad es que mi padre no deja de comentar que aquí se están haciendo muchos trabajos interesantes. Vine a ver los drones, pero parece que he llegado tarde.

—Se los llevaron hace horas. No pensé que fuésemos a llegar a la nueva fecha límite, pero cuando su padre pide algo, nosotros hacemos lo posible por cumplir.

Lem dejó de fingir. Con expresión seria dijo:

—¿Hace horas? ¿Dónde están?

El hombre dio un paso atrás mientras perdía la sonrisa. Podía palpar el estado de pánico de Lem.

—Fuera, señor Jukes. Lanzados. De camino a la nave fórmica.

Lem voló al este con el deslizador. Se elevó sobre la superficie marcada de la Luna y dejó atrás la fábrica de drones. Llamó directamente a Padre, pero no le respondió. Llamó a Simona, y dejó que la música sonase durante todo un minuto antes de rendirse y desconectar. O le estaba evitando o estaba ocupada con otro holo.

¿Con quién más podría hablar? ¿Quién más podría ofrecerle algunas respuestas? El operario de la planta no sabía nada:

—¿Cuánto tiempo me queda hasta que los drones lleguen a la nave fórmica? —le había preguntado Lem—. ¿Horas? ¿Un día? ¿A qué velocidad van? ¿Cuál es el ángulo de aproximación?

—No lo sé, señor Jukes. Solo los preparamos para su traslado. No nos comunicaron los planes de vuelo.

—¿Qué hay de los pilotos que los manejan? ¿Dónde están? ¿Aquí en la Luna? ¿Dónde está el centro de control?

El hombre tenía miedo y retrocedió hasta uno de los robots.

—No lo sé, señor Jukes. Se lo juro. No me cuentan esos detalles.

—¿Dónde está el encargado? Hay un encargado, ¿no? ¿Alguien al mando? Alguien que realmente *sepa* algo.

Pero el encargado no sabía nada. O al menos eso afirmaba. Por tanto, Lem se fue a toda prisa.

Volvió a llamar a Simona. Esta vez le respondió, su cabeza manifestándose en el holo sobre el salpicadero, su cara inexpresiva y sin emociones. Lem no la dejó hablar primero.

—¿Por qué no me contaste que habían lanzado los drones?

La pregunta no pareció sorprenderla, ni tampoco el tono.

—No trabajo para ti, Lem. Soy ayudante de tu padre. Mi trabajo consiste en mantenerle informado *a él*.

—Me dijiste que quedaban tres días.

—No mentí. Cuando te lo dije ese era el plan.

—Sabías que había enviado personas en dirección a la nave fórmica. Te lo conté.

—No, me dijiste que tenían un equipo que *se preparaba* para ir. No me contaste cuándo partían.

—Ya lo han hecho. Ahora mismo están en la nave, Simona. Mi padre debe abortar el ataque. Si los drones disparan a la nave, mi gente morirá.

—¿No puedes hablar con ellos?

—Claro que puedo.

—Entonces hazlo y diles que se vayan. Faltan unas horas para que los drones lleguen a la nave.

Lem levantó la voz:

—No pueden retirarse tan rápido, Simona. Si se retiran demasiado rápido, los fórmicos localizarán sus movimientos y los volarán por los aires. Deben desplazarse lentamente, a la deriva. E incluso si empezasen ahora mismo, no se habrían alejado lo suficiente para cuando lleguen los drones. Si los gláseres disparan contra la nave fórmica, el campo gravitatorio resultante se expandirá hacia fuera y consumirá a mi gente y su lanzadera. ¿Me entiendes? Si corren morirán, si van a la deriva, morirán. Si los drones atacan no tienen forma de sobrevivir. Padre debe retrasarlo. Mi equipo precisa de días para salir.

—No disponen de días, Lem. Tienen horas.

—¿Me estás prestando atención? ¿Tu mente está procesando las palabras de mis frases? Los drones no pueden atacar.

La mirada de despreocupación de la mujer le estaba volviendo loco. Era como si ella ya conociese todos sus argumentos y no les importase nada.

—¿Dónde está mi padre?

—Está en una reunión muy importante. No se le puede molestar.

—Pues está a punto de sufrir una molestia. ¿Dónde está?

—Está inaccesible, Lem. Lo siento.

—Hablamos de la vida de personas, Simona. Mi padre puede permitirse una interrupción menor.

—No, no puede. Al menos no en el caso de esta reunión. Lo lamento, Lem. Me gustaría poder ayudarte. Ahora respóndeme a una pregunta: ¿cómo lograste entrar en la planta de drones? Acabo de hablar con el encargado. ¿Quién te dejó pasar?

Lem desconectó y la cabeza de Simona se esfumó. No iba a ayudarle.

Consideró la idea de llamar a Benyawe, pero se decidió en contra. Si supiese lo del lanzamiento se pondría histérica e insistiría en avisar a Víctor e Imala, lo que solo serviría para extender la histeria. No, Lem se ocuparía personalmente. Lo último que

necesitaba era a Benyawe lanzándole gritos de desaprobación. Eso no le ayudaría con su estado de ansiedad y el resto de la situación.

Hizo otra llamada holo, en esta ocasión al despacho de Padre. No contestaron, lo que resultaba extraño porque Padre disponía de un equipo permanente de secretarías. Por tanto, Simona había llegado primero y les había advertido que no respondiesen a sus llamadas, o directamente había bloqueado su código de holo. En cualquier caso, Simona lo estaba conteniendo. Tendría que dar con Padre por su cuenta.

Pero ¿dónde? El sistema de túneles era enorme, se extendía varios kilómetros en todas las direcciones, un laberinto con zonas y niveles secretos que no aparecían en ningún mapa. Padre podría estar en cualquier parte. Era incluso posible que no estuviese en los túneles. Podría estar comiendo en Imbrium con algún cliente potencial. De visita a los astilleros, o en cientos de otros lugares.

¿Con quién te reúnes, Padre? ¿Qué podría ser tan importante?

Lem recordó que su deslizador era una nave de la empresa. Mantenía conexión con los sistemas de datos de la empresa. Lo sabía todo, lo veía todo. Era mejor que Simona.

—Ordenador, accede al plan de reuniones de Ukko Jukes para hoy.

—Lo lamento —respondió la voz de mujer—. Carece de permisos para ese acceso.

Claro que no. Las restricciones de seguridad de Padre lo garantizaban.

—Acceso al plan de reuniones de Simona Moratti —dijo.

—Lo lamento. Carece de permisos para ese acceso.

Exhaló. Por ahí no llegaba a ningún sitio. Tenía la respuesta justo delante, pero no podía llegar hasta ella.

—Ordenador, comprueba las reservas para comer a nombre de Ukko Jukes por todo Imbrium.

Dudaba que el sistema de datos de la empresa pudiese acceder a todos los restaurantes de la ciudad, pero sabía que la compañía mantenía buenas relaciones con los mejores locales, de esos a los que Padre iba. Había visto a Simona hacer reservas con el holopad.

—No hay resultados —dijo el ordenador.

—¿Y reservas a nombre de Simona Moratti?

—No hay resultados.

Otro callejón sin salida. Debía haber otra forma.

—Ordenador, ¿tienes acceso a las cámaras de seguridad de la sede central?

—Afirmativo.

—¿Puedes identificar la localización de un empleado concreto?

—Solo si la cara del empleado es visible. En caso contrario, solo puedo ofrecer una aproximación de su posición según el último avistamiento o según el último uso del chip de proximidad del empleado.

—¿Puedes identificar la posición de mi padre, Ukko Jukes?

—Afirmativo.

—¿Dónde está?

—Carece de permiso para recibir esa información.

Lem soltó un exabrupto.

—Anula la restricción de seguridad.

—Permiso denegado.

Lem estaba a punto de golpear el salpicadero cuando recordó que sí tenía permiso. Lo había comprado.

—Ordenador, ¿cómo me estás identificando ahora mismo?

—Reconocimiento de voz. Lem Jukes. Director ejecutivo de innovación minera, división del Cinturón de Kuiper.

—Cancela el reconocimiento de voz. Identifícame únicamente usando el chip de proximidad.

—Hecho. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Dándome la posición actual de Ukko Jukes?

—Ukko Jukes se encuentra en el comedor de ejecutivos, acceso Puerta C, sala 1345.

Lem cambió de rumbo y aceleró hacia la Puerta C. Llego poco después, aparcó el deslizador y empleó pasillos secundarios para llegar al comedor. Conociendo a Simona, ya habría tomado todas las precauciones. Si había avisado a las secretarias del despacho de Padre, probablemente hubiese avisado también a su equipo de guardaespaldas. Si veis a Lem, negadle cortésmente el acceso.

O siendo consciente de que ahora mismo Simona no estaba de muy buen humor, quizá les había ordenado que *no* fuesen corteses. En cualquier caso, Lem no iba a entrar por la puerta principal.

La entrada de personal se encontraba al fondo de la cocina, accesible por medio de un pasillo lateral alejado del túnel principal. Lem entró y todo un ejército de chefs vestidos con almidonados uniformes blancos alzó la vista al verle pasar. Lem sonrió y los dejó atrás, en dirección a la puerta doble que daba acceso al comedor. Nadie le habló ni intentó detenerle.

La empresa no había escatimado gastos en el comedor. Se trataba de un espacio decorado con todo lujo, incluyendo un techo abovedado y candelabros. Había más de una docena de mesas, pero solo una ocupada. Padre estaba sentado frente a una mujer vestida con un traje de negocios bastante conservador. Lem no la reconoció, pero supo al instante que había venido a hablar de negocios, que no se trataba de una cita romántica. Padre jamás lo intentaría con una mujer casi de su misma edad y con rasgos tan normales.

Lem cuadró los hombros, se abotonó el abrigo del traje y se les acercó sonriendo agradablemente.

—Padre, me alegra tanto haberte encontrado. ¿Podría hablar unos momentos en privado sobre un asunto muy urgente?

La expresión de sorpresa de Padre quedó reemplazaba por una sonrisa forzaba que apenas podía ocultar su furia.

—Lem. Esto es muy inesperado.

Lem se volvió hacia la mujer. En la solapa de la chaqueta llevaba un pin con la bandera americana. Muy probablemente estuviese metida en política, aunque Lem no sabía quién podría ser. Quizá una congresista. O algún miembro de la actual administración. ¿Por qué se reunía Padre con los americanos?

Le ofreció la mano.

—Lem Jukes.

Ella la aceptó sin manifestar ni el más mínimo rastro de enfado.

—Margaret Hopkins. Departamento de Estado de Estados Unidos. Y usted no precisa presentación, señor Jukes. He visto varias de las entrevistas que ha ofrecido. Debió ser una experiencia aterradora enfrentarse a los fórmicos en el Cinturón de Kuiper.

—No se lo recomiendo a nadie —dijo Lem—. Me gusta más pasar el tiempo en una cabaña de verano acompañado de una agradable brisa de montaña. —Se volvió hacia Padre con impaciencia—. ¿Un minuto, Padre?

Ukko Jukes se tocó las comisuras de los labios con la servilleta y se inclinó hacia delante.

—La señora Hopkins y yo estábamos manteniendo una conversación en privado, Lem. Quizá tú y yo podamos hablar luego.

—No puede esperar. ¿Nos disculpa, señora Hopkins? —Lem indicó una puerta al otro lado que daba acceso a una sala.

Padre pensó un momento, se obligó a sonreír con cortesía, se puso en pie y le siguió.

La sala era cuatro veces más grande que el comedor. Mobiliario rústico de cuero, alfombras persas, estantes cargados de libros antiguos en papel. Al cerrar las puertas, Padre dijo:

—Te doy diez segundos para explicarte.

—Has lanzado drones contra la nave nodriza fórmica. Tienes que hacerlos volver. Ahora mismo mi gente está allí.

Padre no manifestó sorpresa.

—Sé lo de Víctor e Imala, Lem. No voy a hacer volver los drones.

A Lem le llevó un momento dar con las palabras.

—¿Sabes lo de Víctor e Imala? ¿Y vas a permitir que mueran?

—Hijo, murieron en cuanto partieron a ese viaje. Se enfrentan a una nave alienígena con tecnología muy superior a todo lo concebido por la mente humana. Víctor tiene dieciocho años, es prácticamente un niño. Imala es auditora. No son soldados, Lem.

—Víctor es inteligente, Padre. Sabe apañárselas muy bien.



—Simona sabe apañárselas muy bien. Un perro de tres patas sabe apañárselas bien. Eso no justifica lanzarlos al espacio con la esperanza de que derrotan a un ejército. Lo de Víctor es una *vendetta* personal contra los fórmicos. El caso de Imala Bootstamp no es mucho mejor. Echó su carrera a la basura para enfrentarse a mí. ¿Y tú pretendes *proteger* a esa gente?

—¿Importa quiénes sean si derrotan a los fórmicos?

Padre rio.

—¿De verdad crees que es posible? Son imbéciles si creen que pueden destruir la nave. Y tú eres un imbécil aun mayor por creerlo.

—Al menos dejé que lo intentasen. ¿Qué podríamos perder?

Padre se mostró incrédulo.

—¿Sigues las noticias, Lem? ¿Eres consciente del estado del mundo? La gente muere a millones. Viejos, jóvenes, mujeres, niños. Reciben el ataque del gas fórmico y la carne se les funde sobre los huesos. Cantón, Foshán, todo el sudeste de China. ¿Cuánto tiempo quieres que espere? Porque cada segundo que espero, cada minuto que retraso los drones, muere más gente. Científicos, doctores, ingenieros, gente muchísimo más ingeniosa que Víctor Delgado. ¿Eso me propones? ¿Que me siente tranquilamente y deje que suceda, permitir la muerte de millares o incluso decenas de millares de personas aquí en la Tierra para dejar más tiempo a *dos* personas que de todas formas no tienen ninguna posibilidad de salir con vida de la nave fórmica? ¿Eso me propones? ¿Entiendo tu lógica correctamente? Porque si es así, entonces he malgastado mucho dinero en tus estudios, porque ese cálculo matemático es una locura. Dos personas no son más que miles.

Lem no dijo nada.

Ukko exhaló y se pasó la mano por el pelo.

—Hijo, me siento orgulloso de que tomases la iniciativa. Tus intenciones son buenas. Pero el problema es mayor de lo que crees.

—Conozco la magnitud del problema, Padre. Y no solo estoy aquí para salvar a Víctor e Imala. El gláser es inestable. No puedes dispararlos tan cerca de la Tierra.

Padre puso los ojos en blanco.

—Otra vez lo mismo de siempre.

—Benyawe ha visto los planos. El diseño tiene problemas. Volar la Tierra por los aires no nos salvará de los fórmicos.

De pronto Padre se enfureció.

—¿Me tomas por tonto, Lem? ¿Valoras en tan poco mi inteligencia que crees que no tomaría precauciones? Si uno de los gláseres falla, acabaríamos con ese dron desde la Luna. No siguen un plan de vuelo preprogramado. Los controlamos desde aquí.

—El mal funcionamiento no es realmente el problema —dijo Lem—. Me preocupa cuando funcionen bien. No tenemos ni idea de lo que sucederá si damos a la nave fórmica. Posee masa. El campo gravitatorio resultante se expandirá

exponencialmente, consumiéndolo todo a su paso. Lo vi pasar. En el Cinturón de Kuiper volamos un asteroide mucho más pequeño que la nave fórmica, y el campo gravitatorio generado creció tan rápido y se hizo tan grande que casi acaba con nuestra nave matándonos a todos. Muy probablemente la nave fórmica reaccione de la misma forma. Si la atacas con cincuenta gláseres, podrías crear un campo gravitatorio que llegase hasta la Tierra y destrozase el planeta.

—Estás describiendo probabilidades extremadamente reducidas, Lem. Te aferras a la desesperada.

—Si no me crees, habla con la doctora Benyawe. O con Dublin. Si no quieres mi opinión, consulta la suya.

Padre guardó un momento de silencio.

—¿Has terminado? Tengo que volver a mi reunión.

Lem comprendió que no iba a abortar la misión. Se iba a comportar como siempre, pasaría de la opinión de todo el que no le diese la razón.

—Y deja que te dé un consejo que no has pedido, Lem. No avises a Víctor e Imala. No les adviertas. Sería una crueldad. A todos los efectos les dirías que les quedan unas pocas horas de vida.

—No decírselo también sería una crueldad.

—La crueldad es *morir*, hijo. Es un acto de misericordia proteger a alguien de saber que va a morir. Guarda silencio. Por ellos. Puede que te parezca monstruoso, pero es un acto de generosidad.

Ukko se volvió y se fue.

Lem se quedó solo, de pie, pensando. Sacó el holopad del bolsillo y fue a llamar a Benyawe, imaginando cómo se desarrollaría la conversación. Pero se guardó el dispositivo y buscó otra salida. Padre tenía razón. No podía salvar a Víctor e Imala. El silencio era su único posible acto de generosidad.

## Gravedad

El fórmico estaba apoyado sobre brazos y patas en el interior del pozo, tirando de un carro de metal. Víctor se detuvo en las paredes antes de chocar con él, su casco a menos de un metro de la cara de la criatura. Víctor rodó a un lado para evitarlo, intentando coger el arma. Un instante después tenía el arma en la mano, pero el dedo vaciló al disparar. Víctor se dio cuenta de que el fórmico no le prestaba ni la más mínima atención. No había hecho ningún gesto ni se había vuelto en su dirección. En su lugar, siguió avanzando por el pozo, dejándole atrás siguiendo un paso metódico, sin mostrar ninguna señal de alarma.

Solo entonces Víctor fue consciente de la placa de metal sobre los ojos del fórmico, una especie de semicasco que le bloqueaba la visión, como anteojeras.

«No me ha visto —pensó Víctor—. Yo simplemente estaba en su camino».

El carro era muy raro: como una caja, metálico y cubierto de óxido, sin luces o cualquier manifestación de tecnología en la superficie. Las cuatro antiguas y corroídas ruedas encajaban perfectamente en las acanaladuras de suelo y techo, lo que mantenía el carro firmemente en su camino. Al pasar por encima de pequeños rebordes e imperfecciones de la superficie las ruedas chirriaron y saltaron.

El fórmico llevaba un arnés alrededor del abdomen que lo fijaba a la guía y le impedía libertad de movimiento; solo podía avanzar. De los laterales del arnés surgían dos varales que se fijaban al carro y servían para tirar de él. Víctor vio que el fórmico estaba herido en una de las patas traseras. La pata se doblaba hacia dentro en lugar de hacia fuera, por lo que la criatura debía caminar con una extraña cojera que a Víctor casi le provocó pena.

Una vez se hubo ido y Víctor bajó la pistola, Imala le susurró:

—¿Estás herido?

Víctor se guardó el arma.

—Posiblemente muerto de miedo. Pero no estoy herido.

—¿De qué tiraba? ¿Pudiste ver el interior del carro?

—No. Estaba cerrado por todas partes. Al menos ahora sabemos para qué sirven las guías y qué producía ese chirrido.

—No lo entiendo, Víctor. ¿Dónde está la tecnología? Se supone que son una especie avanzada, y por ahora solo hemos visto excrementos flotantes y carros anteriores a la revolución industrial.

—No nos vio a nosotros, Imala. Por ahora es lo que me importa.

—Por las anteojeeras. No tienen sentido. Es como si fuese una bestia de carga.

—Quizá lo sea —dijo Víctor—. ¿No viste que cojeaba? Quizá a los fórmicos heridos los destinen a trabajos de este tipo. Quizá todos tengan una obligación, y si te hieren y ya no puedes cumplir con ella, te convierten en una mula.

—Eso no suena para nada a sociedad civilizada.

—¿Quién ha dicho que sean civilizados? Son ladrones que matan el planeta, Imala. Has visto las grabaciones. No les importa su propio bienestar. Actúan según los intereses del grupo, del conjunto. Si a este le han ordenado ser una mula, en eso se ha convertido.

—¿Cómo sabes que es *macho*? Quizá fuese hembra.

Víctor sonrió.

—Soy más que perfectamente consciente de que las mujeres pueden realizar esos trabajos, Imala. No soy un machista. —Volvió a impulsarse para avanzar por el pozo, dejando al fórmico bien atrás.

—No lo estoy insinuando, Vico. Hago un comentario sobre los fórmicos. A mí me parecen todos iguales. Machos, hembras. No los puedo distinguir.

—Quizá no hemos visto ninguna hembra. Quizá todos los soldados fórmicos destinados a la Tierra sean machos.

—¿Por qué machos? —dijo Imala—. Las hembras también pueden ser guerreras. De hecho, si lo vemos desde el punto de vista de la biología, lo habitual es que las hembras protejan a los jóvenes. Lo habitual es que el macho se ocupe de lo de inseminar y luego se pira.

—Bueno, ya sabes, Imala, solo valemos para una cosa.

—Hablo en serio, Vico. Tu familia llamaba *hormigas* a los fórmicos. ¿Y quién dirige la colonia de hormigas? Una reina. Los machos simplemente son obreros. Lo mismo sucede con abejas y avispa.

—El hecho de que tengan cierto parecido superficial con las hormigas, Imala, y quiero destacar el término «superficial», no significaba que estén organizados como una colonia de hormigas. Quizá solo hayamos visto fórmicos hembra. O quizá tengan siete sexos. O solo uno. ¿Qué más da? ¿Importa para algo?

—Claro que importa. Es de una importancia capital. Si no comprendes a tu enemigo, ¿qué esperanza puedes tener de derrotarlo? Por ejemplo, ¿cuál es la jerarquía de los fórmicos? ¿Quién relegó a ese fórmico a la tarea de tirar del carro? ¿Quién da las órdenes? Hemos venido hasta aquí para eliminar al líder si es posible, y sin embargo no tenemos forma de identificar quién es. No llevan uniformes, así que no hay signos visibles de graduación. ¿Cómo se supone que debemos cumplir con nuestro objetivo si no tenemos ni la más remota idea de qué estamos buscando?

—El líder estará en el puente —dijo Víctor.

—Es posible —dijo Imala—. Ni siquiera estamos seguros de que tengan puente. No sabemos casi nada.

—Sabemos que están matando a la gente de la Tierra, Imala. Con esa información me basta.

Imala dejó de argumentar, pero Víctor la conocía bien y sabía perfectamente que todavía le quedaba mucho por decir.

Tras diez minutos más, la curva del suelo acabó nivelada, y apareció el final del túnel. Víctor era incapaz de apreciar casi nada de lo que había más allá del pozo, excepto una luz brillante, vigas transversales y la impresión vaga de una pared al lado opuesto, a unos cien metros de distancia. Fuese lo que fuese aquel lugar, era ancho y colosal.

—¿Es el puente? —preguntó Imala.

—Lo dudo mucho —dijo Víctor—. Me he estado desplazando en paralelo al casco de la nave en dirección a la parte posterior, no hacia el centro.

El micrófono externo registraba sonidos. Inicialmente le parecieron mecánicos, quizá robots o máquinas bombeando y golpeando, actuando al unísono. Pero al prestar atención comprendió que el ruido carecía de orden, no había ritmo en las operaciones, no se apreciaba la secuencia repetida de sonidos que emitían las máquinas que realizaban la misma tarea una y otra vez. No, era un ruido demasiado aleatorio, demasiado disperso. Eran como los sonidos de personas trabajando. El retumbar del metal, el siseo de las sierras, el movimiento lento del equipo pesado. Comprendió que allí había fórmicos. Muchos fórmicos.

Avanzó un poco hacia el final del pozo. El borde final del pozo estaba redondeado, y la guía lo pasaba y luego iba hacia abajo, desapareciendo de la vista. Víctor avanzó, se agarró al borde y se inclinó para...

Frente a él apareció otro fórmico, a toda prisa, cambiando la orientación en noventa grados para entrar en el pozo. Víctor solo dispuso de un momento para impulsarse en ángulo contra el suelo y apartarse. De camino activó los imanes de guantes y botas y se fijó a la pared opuesta. El fórmico penetró en el pozo, las patas arañando las zonas junto a las guías para agarrarse. El carro lo siguió, el metal chirriando y gimiendo cuando la barra de anclaje rozaba contra el interior de la guía. Llevaba anteojeras como el otro fórmico y penetró en la oscuridad aparentemente sin haber visto a Víctor.

Víctor se quedó pegado a la pared hasta que la criatura desapareció. Luego volvió al borde del pozo. La sala que veía frente a él era el mayor espacio cerrado que hubiese visto en su vida, como uno de los enormes estadios abovedados de la Tierra. Tenía forma oval —como el interior de un huevo— y tenía las paredes recubiertas de guías para carros que llevaban hasta varias docenas de pozos similares al suyo. Por todas partes había fórmicos tirando de carros, siguiendo las guías, todos fijados por arneses y barras de anclaje.

El centro de la estancia era un espacio gigantesco ocupado por grandes trozos de restos de naves. Víctor sintió una inmensa desazón al comprender qué era. Eran otra

vez los italianos. Una pesadilla que volvía. Camarotes, motores, puentes, cabinas, fuselajes, tanques de combustible. Todo retorcido, roto y destrozado.

Imala habló. Sonaba nerviosa.

—¿Qué es eso, Vico?

—Son restos, Imala. Lo que queda de naves humanas destrozadas.

La mujer guardó silencio un momento.

—¿Cómo es posible?

Víctor miró a la izquierda y vio una enorme abertura encajada en la pared. Ahora mismo estaba cerrada.

—Deben haber entrado los trozos grandes por esa abertura.

—Sí, pero ¿de dónde han salido los *restos*? ¿Cómo han podido recuperarlos? ¿Son de las naves que los atacaron en órbita? Los cañones destruyeron las naves. Las destrozaron por completo. Explotaron y los fragmentos salieron volando por todo el espacio.

—Bien, Imala, es evidente que han recuperado algunos de esos fragmentos. ¿Ves ese trozo de fuselaje? Lleva la bandera americana. Es de la flota americana.

Amplió la imagen del visor para que pudiese verlo. La bandera estaba quemada y el metal retorcido, pero era imposible negar la presencia de las franjas rojas y blancas y del rectángulo azul con las estrellas.

—Pero no son todos vehículos militares —dijo Víctor—. Mira. ¿Ves esos fragmentos de ahí? —Amplió la imagen en dirección a otros restos—. Es un diseño de los mineros libres. Es parte de una nave cavadora, Imala. Es una nave de clan.

—No lo comprendo —dijo Imala—. Los mineros libres no han atacado a los fórmicos.

—No lo han hecho *aquí*. No en la órbita cercana a la Tierra.

—¿A qué te refieres? ¿Algunas de estas naves son del Cinturón?

—Y del Cinturón de Kuiper —dijo Víctor—. Tienen que serlo.

—Eso es imposible, Vico. Los fórmicos venían rápido. Iban desacelerando durante todo el camino, pero nunca fueron lo suficientemente despacio como para recuperar nada.

—No les hizo falta. Los fragmentos los siguieron al interior del sistema. ¿Recuerdas los vídeos que nos enseñó Lem sobre la Batalla del Cinturón? Cuando los fórmicos destruían alguna de las naves, varios fragmentos quedaban atrapados en el campo magnético en la parte posterior de la nave fórmica. El campo no es tan intenso para atrapar los fragmentos y colocarlos tras la nave como la cola de un cometa, pero sí lo suficiente para influir en la trayectoria de los restos, situándolos en el mismo camino que la nave fórmica.

—¿Así que estos restos han seguido a los fórmicos hasta la Tierra? ¿Han estado arrastrando restos por todo el sistema?

Víctor no respondió. Estaba empezando a entender la magnitud total de todo aquello.

—¿Y si aquí hubiese un fragmento de la *Cavadora*, Imala? ¿Y si el campo hubiese atrapado una parte de la nave de mi familia y la ha traído a la Tierra? O peor aún, ¿y si *alguien* de la *Cavadora* está aquí?

Sabía que era muy poco probable, pero no podía negar esa posibilidad. Lem les había contado que durante la batalla en el Cinturón de Kuiper, los fórmicos habían lanzado a los hombres de la *Cavadora* lejos de la nave fórmica, hacia el espacio. Por tanto, no estarían tras la nave ni cerca del campo magnético. Pero ¿y si los fórmicos hubiesen lanzado a al menos una persona en esa dirección? ¿Y si esa persona hubiese sido Padre?

No, no era posible. La nave fórmica se desplazaba con demasiada velocidad. Incluso si un fragmento de la *Cavadora* o un tripulante *hubiese* quedado atrapado por el campo, hubiese cambiado de trayectoria y hubiese llegado a la Tierra, ese fragmento o persona todavía estaría moviéndose por el espacio en esa dirección, meses o años por detrás de los fórmicos. Además, cuanto más lejos estuviesen del campo magnético, menos probable era que llegasen a las inmediaciones de la Tierra. Cualquier desviación de la trayectoria, por pequeña que fuese, los mandaría a millones de kilómetros de distancia.

No, Padre *no* estaba en los restos. Aquí no había nada de la *Cavadora*. Los fragmentos de los mineros libres debían ser del Cinturón interior. Era lo único que podía haber llegado a la Tierra tan pronto.

Pero a pesar de eso, a pesar de esa lógica, Víctor ansiaba lanzarse desde su escondite y revolver entre los restos solo para demostrarse que tenía razón.

Los fórmicos acabaron con esa opción. A su izquierda, en la distancia, había seis fijados a un buen trozo. Bajo su posición había otros tres fijados a un trozo mayor: martillando, cortando, inspeccionando, desmontando. Y esos eran los que podía ver. Muy probablemente hubiese otros ocultos entre los fragmentos.

—¿Qué hacen? —preguntó Imala.

—Recuperan todo lo que sea útil —dijo Víctor—. Buscan piezas, recuperan metales que puedan fundir y forjar de otra forma. Exactamente lo mismo que hacen los humanos cuando dan con una nave abandonada.

Frente a él un enorme resto giró, dejando ver a dos fórmicos que estaban fijados a la parte posterior. Se movían por encima del fragmento haciéndolo girar en gravedad cero, hasta dejar ver una pequeña carlinga con un piloto humano en su interior, muerto.

—Víctor...

—Lo veo.

El hombre estaba echado hacia delante. El casco impedía verle la cara. Los fórmicos corrieron hacia la cabina y se pusieron a cortar la cubierta empleando pequeños dispositivos que tenían ocultos en las garras. Una vez abierta, cortaron el arnés de fijación del hombre y lo sacaron de la cabina. En la parte posterior del casco había un tubo de oxígeno unido a la nave. Uno de los fórmicos lo cortó con un único

movimiento de su herramienta. El otro fórmico retiró el casco. Era un piloto joven, de pelo corto y cuerpo pequeño. Los fórmicos le quitaron el traje de piloto con la velocidad de alguien que pela una fruta, y como si fuese una operación que ya hubiesen realizado miles de veces. Luego la ropa interior, hasta dejar expuestos el pecho y el estómago. Antes de que Víctor comprendiese lo que pasaba, los fórmicos abrieron el abdomen inferior del hombre y rebuscaron dentro. Imala contuvo súbitamente el aliento.

Los glóbulos de sangre escaparon para quedar flotando en el aire. Los fórmicos rebuscaron durante un momento para luego sacar sus manos sanguinolentas y echar al hombre a un lado. Habían terminado con él. Se movieron por ahí hasta dar con algo más que les llamó la atención. Se agacharon y se pusieron a cortar.

—¿Qué acaba de pasar? —dijo Imala.

Víctor contempló cómo el cuerpo flácido y destripado del piloto se alejaba flotando.

—Buscaban algo —dijo—. No lo encontraron y siguieron con otra cosa.

—Vuelve a la lanzadera, Vico. Esto es demasiado para nosotros. Y es demasiado peligroso.

—Ya estoy aquí, Imala.

—No sabes ni dónde es *aquí*.

Víctor miró a la derecha.

—Esos pozos de ahí apuntan al centro de la nave. Si pudiese ir por uno...

—No puedes —dijo Imala—. Hay demasiada luz. Estarás expuesto. Hay al menos veinte fórmicos que podrían verte. Jamás llegarías al pozo. E incluso si lo logras, no sabes adónde va. Además, aquí abren a la gente en canal. Así que yo digo que se trata de una causa perdida.

Víctor sacó la cabeza del pozo y echó un vistazo hacia abajo. A unos metros un fórmico tiraba de un carro hacia la derecha, en dirección a los lejanos pozos.

—Podría subirme a uno, Imala. Podría agarrarme a un carro, emplearlo de escudo y dejar que el fórmico me lleve al pozo.

—Presta atención, Vico. Hemos hecho todo lo posible. Hemos obtenido mucha información y ahora ha llegado el momento de llevársela a los que puedan hacer buen uso de ella. Hemos llegado a nuestro límite.

—No tenemos nada, Imala. Hemos encontrado algunos bichos luminosos y la bahía de carga. Estratégicamente, nada de eso sirve. Precisamos información con importancia militar, algo que un equipo de asalto pudiese usar para inhabilitar la nave.

—Pensaba que nosotros éramos el equipo de asalto.

—Lo somos. Pero si fracasamos...

—No fracasaremos si sobrevivimos. Ahora dale la vuelta al trasero y vuelve a la lanzadera antes de que te vean.



Miró una vez más hacia abajo. El fórmico y el carro casi se habían alejado. La ventana de oportunidad se iba cerrando.

—Voy a intentarlo, Imala.

Puso en silencio la radio antes de que ella pudiese oponerse y luego miró con atención los restos que tenía delante. Los fórmicos estaban muy ocupados y no miraban en su dirección.

Víctor aspiró rápidamente dos veces, se armó de valor y luego salió del pozo y descendió hacia el carro como si fuese una araña, fijándose a la pared con las botas y guantes magnéticos. Durante un aterrador momento, la bolsa de lona que llevaba a la espalda le alcanzó y modificó su momento lineal justo cuando alargaba mano y pie. Instintivamente parpadeó la orden de incrementar la potencia magnética, de tal forma que manos y pies golpearon la pared con un estruendo ensordecedor. Allí se quedó colgado un momento, con el corazón desbocado, sin moverse, rezando para que nadie lo hubiese oído. En caso contrario todo estaría perdido. Estaba totalmente al descubierto.

Redujo la potencia de los imanes y volvió a moverse, ahora a toda prisa, buscando con ansiedad el ocultamiento parcial del carro.

Llegó hasta él unos segundos después. Lo agarró por la parte derecha de la zona delantera. A continuación, elevó las rodillas hasta quedar en posición fetal, intentando ocupar el menor espacio posible. Pero no fue suficiente. El carro solo tenía dos tercios de su tamaño, de forma que eran visibles hombros, trasero y la parte superior del casco. Cualquiera podría verle. Tampoco le ayudaba la bolsa de lona a la espalda, porque sobresalía por detrás como el caparazón de una tortuga. Era posible que pasase desapercibido si miraban desde el otro lado del carro, pero todo habría terminado si alguien miraba hacia él desde cualquier lugar elevado. Vendrían a por él... con los cortadores en marcha, las mandíbulas abiertas, las manos sanguinolentas.

El fórmico que tiraba del carro se detuvo. Durante un latido aterrado de su corazón, Víctor creyó que le había detectado. A continuación, bajó la cabeza y tiró con más fuerza, como si compensase un incremento imperceptible en la masa de la carga.

Víctor no tardó en descubrir que no era un fórmico rápido. Cada paso que daba era concienzudo y cansado. Los ojos de Víctor valoraron las guías, calculando la distancia para llegar al pozo que había más adelante. A este paso tardaría diez minutos o más. Demasiado tiempo. No lograría pasar desapercibido si esperaba tanto.

Una luz parpadeaba en el interfaz visual del casco. Imala, que intentaba llamar su atención. Consideró la idea de mantener la voz desconectada hasta que llegase al pozo, pero la luz parpadeante se volvió más insistente, por lo que al final se rindió y volvió a abrir el canal de audio.

Gritaba frenética en medio de una frase.

—¡... extendidos del todo! ¡Los han extendido todos!

—Imala, tranquila. ¿Qué han extendido?

—¡Los cañones! Veo ocho. No, nueve.

—¿Cañones?

—Cañones fórmicos, Vico. En el exterior de la nave. El que está sobre el agujero también se ha extendido. Algo se acerca. Veo movimiento en el Ojo. Más de cuarenta puntos de contacto que vienen hacia nosotros.

—¿Quieres decir naves?

—En disposición de abanico, aproximándose desde muchos ángulos. A ciento sesenta kilómetros y a gran velocidad.

Víctor comprendió que era una flota. Un ataque. Pero ¿quién podría estar atacando? Los americanos ya habían perdido su flota. ¿Quién más disponía de tantos cazas armados?

—¡Los fórmicos disparan! —dijo Imala.

—Enséñamelo —respondió Víctor.

En el casco apareció el vídeo. Se veía media docena de cañones fórmicos. Todos lanzaban continuamente al espacio glóbulos de plasma verde. Era una fuente continua de destrucción reluciente.

—Muéstreme los contactos —dijo Víctor.

En el casco apareció una segunda ventana que mostraba los puntos parpadeantes que se aproximaban al blanco central. Los cazas se acercaban a gran velocidad, pero los cañones los destruían con facilidad. Desaparecieron dos puntos, luego tres, luego seis. Víctor comprobó que eran naves muy ágiles. Iban a derecha, a izquierda, girando y esquivando de una forma que a Víctor le resultaba imposible. Pero los glóbulos insistían y uno a uno los puntos se fueron apagando. Al final solo quedaron seis.

—¿Quiénes son, Imala?

—Ni idea. El Ojo no puede identificarlos.

En el casco de Víctor uno de los cazas desapareció al ser destruido. Luego otro, y otro más. Quedaban tres.

—¿Qué hacemos? —preguntó Imala. El pánico de la voz había quedado reemplazado por una resignación tranquila. Víctor no podría llegar a la lanzadera a tiempo y los dos lo tenían bien claro. Los cazas dispararían sus armas nucleares contra la nave antes de que Víctor llegase a medio camino pozo arriba. Y si intentaba correr y los cazas fracasaban, entonces se habría revelado sin motivo ante los fórmicos de la bahía de carga.

No, si se movía podría darse por muerto.

Y, además, aunque pudiese llegar a la lanzadera, el resultado sería morir con Imala en lugar de hacerlo solo; la explosión de la nave fórmica los mataría.

Quería decirle a Imala algo que la consolase, quizá demostrar gratitud, o una disculpa por haberla arrastrado a esta misión, de esas palabras de despedida que se comparten cuando la muerte es inminente. Eso al menos se lo debía. Pero todas las

frases que le venían a la mente le resultaban manidas, tontas y demasiado dramáticas. Por tanto, no dijo nada.

En el vídeo, uno de los cañones fórmicos golpeó contra el casco formando un montón retorcido, como si una bota invisible hubiese aplastado una lata metálica. Luego otro cañón quedó aplastado. Y otro más.

—¿Qué está pasando, Imala?

—No lo sé. Los cañones se desmoronan.

—No pueden desmoronarse. No hay gravedad.

Y de pronto *hubo* gravedad. A su alrededor. Estaba ingrávido y de pronto quedó aplastado contra el lateral del carro, pesado y desorientado, aplastado por el peso de la bolsa de lona y todas las herramientas que contenía. Los restos del centro de la sala cayeron todos a la vez, una montaña de restos desmoronándose, aplastando fórmicos, entrechocando para producir un estallido ensordecedor. El fórmico que tiraba del carro estaba ahora casi totalmente inclinado, apartado de la pared, casi del revés, agitando las patas intentando fijarse a algo. De no ser por la barra de sujeción que lo fijaba a la guía, habría caído.

Víctor sintió como si aplastasen todo su ser. Sentía el peso de los órganos en las entrañas; sus músculos presionaban contra los huesos, el casco, el traje, todo lo ahogaba, aplastándole. Los bordes del mundo se tornaron difusos y oscuros. Se desmayaba. Imala le gritaba al oído.

De pronto el carro se desplazó, doblándose hacia abajo, inclinándose a un lado, casi soltándole. Víctor, despierto de pronto, luchó por aferrarse. La masa casi imposible de su cuerpo se deslizaba hacia el borde. Agarró con las manos uno de los varales del carro. Le colgaban los pies y sus manos se desplazaban centímetro a centímetro. Podía ver lo que había abajo. A cincuenta metros por debajo los restos de naves se habían acumulado para formar un montón de metal retorcido de puntas afiladas, como una montaña de cuchillos sucios que aguardase su llegada.

Por algún milagro, la bolsa de lona se había quedado atrapada en una esquina del carro y ahora descansaba por encima de su cabeza, en un lateral. La correa de la bolsa, bien apretada alrededor de su pecho, la impedía caer. Comprendió que debía afianzarse de alguna otra forma, agarrarse mejor a las barras de arrastre del carro, fijarse de alguna forma a la pared. Si la bolsa se soltaba, el peso de las herramientas le arrastraría como una piedra.

Intentó desplazar las manos para liberar una de ellas, llevarla a la espalda y abrir la bolsa.

Pero en ese momento la barra de sujeción se volvió a doblar, emitió el crujido del metal retorcido y el carro se inclinó hacia abajo. La bolsa de lona se soltó y le golpeó, liberándole. Agitando los brazos, intentó agarrarse, pero solo encontró el aire y cayó.

## Alianza

En las mismas afueras de la ciudad de Lianzhou, al pie de las montañas Nanling en el sudeste de China, Mazer Rackham se encontraba con las piernas cruzadas, sentado en el suelo de tierra de su tienda, los ojos cerrados, la espalda bien recta. Meditaba profundamente. Era consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. El catre a su derecha. Sobre la cara y el torso desnudo el viento que entraba delicadamente por la entrada abierta de la tienda. El calor del sol. La tierra, la hierba y los guijarros que tenía debajo. Los soldados y vehículos que se movían por el campamento. Los cuatro guardias chinos bien armados que se encontraban fuera de la tienda, cada uno de ellos dispuesto a dispararle si hacía cualquier amago de escapar.

Mazer inhaló hasta el fondo y exhaló lentamente. Su madre maorí le había inculcado la creencia en Te Kore, el vacío, el lugar invisible, el lugar situado más allá del mundo de la experiencia cotidiana, una existencia entre el ser y el no ser. El espacio del ser *potencial*.

Mazer era consciente de que en ese momento se encontraba muy por debajo de su potencial. Su cuerpo no era tan fuerte como antaño... la herida abdominal le había hecho perder mucha energía y fortaleza. Tampoco tenía la mente tan despejada como era preciso. Las muertes de sus compañeros y tripulación se agitaban en su mente como una tormenta. Patu, Fatani y Reinhardt... murieron cuando los fórmicos derribaron su HERC. Luego Danwen, el abuelo que había sanado las heridas de Mazer. Y ahora Calinga también, vaporizado por la detonación de la bomba nuclear.

Esas pérdidas dejaban un vacío en su interior, como si hubiese sacado un tapón en la planta del pie y una porción de su alma se hubiese escapado como si fuese agua.

No, no era el alma. *Mana*. Energía, esencia, poder, las presencias del mundo natural. Eso era lo que había escapado de su cuerpo. Tal era la enseñanza del *whakapapa*, lo que Madre le había susurrado al oído cuando era niño mientras le acurrucaba.

—Somos todos hermanos y hermanas, Mazer. La gente, los pájaros, los peces, los árboles. Todos son familia. Todo es *whā-nau*.

Padre decía que eran tonterías. No lo había revelado mientras Madre seguía luchando contra el cáncer, pero al morir dejó bien claro lo que sentía y pensaba. Jamás le perdonó a Mazer que creyese, pero el escepticismo y desprecio de Padre eran tan enormes, ácidos y evidentes que Mazer había abandonado la creencia por la

simple razón de eliminar de sus vidas todo aquello que pudiese mantenerlos separados.

Pero ahora aquí estaba, vacío de *mana*, carente de su esencia.

La parte racional e instruida de su mente —el aspecto modelado por Padre, los libros y los ordenadores— le indicaba que esas ideas eran una ridiculez. El místico *mana* maorí no era más que una ficción. Una esperanza hueca, una religión producto de la ignorancia.

Pero en el interior de Mazer moraba una voz más potente. Una voz que se aferraba a esa idea. La voz de Madre. Dulce, delicada y rebosante de amor. Una voz que le decía que creyese.

Hacía años que no consideraba tales ideas. La fe de Mazer había muerto con su madre. Pero era incapaz de negar que su ser había perdido algo. Sentía su ausencia con tanta claridad como el suelo bajo sus pies. Y hasta no volver a llenarse de *mana*, no podría volver a ser quien era, el que debiera ser. Era un aspecto que su mente tenía claro. A menos que encontrase *mana*, a menos que fluyese una vez más a su interior, seguiría siendo una versión menor de sí mismo.

Abrió los ojos y escarbó en la tierra. Justo bajo la superficie dio con una piedrecilla no mayor que una pastilla. Cogió la cantimplora que estaba sobre el catre y echó agua sobre la piedra mientras la frotaba entre los dedos para limpiarla. En la escuela de aprendizaje, *whare wananga*, el alumno se tragaba un guijarro, un *whatu*, como ceremonia de iniciación. Se creía que al tragarse la piedra, el estudiante fijaba las condiciones necesarias para que el *mana* fluyese al interior de su cuerpo en forma de conocimiento.

Mazer se colocó la piedra en la lengua, dio un sorbo y se la tragó.

No era una estupidez, se repitió. De niño lo había hecho con ansiedad, tragándose el agua a tal velocidad que se había atragantado y había sufrido un ataque de tos. Madre le miraba desde la primera fila del centro cultural sonriendo con orgullo. ¿Y tras la ceremonia no se había sentido más fuerte? ¿No había flexionado los brazos y le había dicho a Madre que sí, que ahora *podía* sentirlo? *Era* más fuerte. Madre había reído y había apoyado una rodilla frente a él para decirle lo orgullosa que se sentía de su pequeño guerrero. En ese momento Mazer sintió tanto amor que incluso ahora el recuerdo le encendía las mejillas. Si eso no era *mana*, no sabía lo que era.

Las ruedas del jeep chapotearon en el lodo para detenerse frente a la tienda. Mazer vio al capitán Shenzu del Ejército Popular de Liberación bajar del asiento del conductor, acercarse a la tienda y entrar. El uniforme de camuflaje de Shenzu era una combinación de manchas marrones y verdes con la graduación en el cuello y la estrella roja del ejército chino bordada en la parte superior de la manga. Tenía aspecto de llevar varios días sin dormir.

—El general Sima solicita su presencia —dijo Shenzu en inglés—. Por favor, póngase la camiseta y venga conmigo.

La camiseta de Mazer estaba sobre el catre. Se la había quitado para hacer ejercicio y meditar. Antes de estrellarse podía hacer cien flexiones sin reducir el ritmo y sin apenas sudar, pero ahora apenas podía hacer veinte antes de sentir una llamarada de dolor en el abdomen.

Se puso en pie y cogió la camiseta.

Shenzu se estremeció y señaló la cicatriz roja e irregular que recorría el vientre de Mazer.

—Es un corte horrible, capitán. Y parece reciente.

Mazer se pasó la camiseta sobre la cabeza y cubrió la cicatriz.

—Un enjambre de cazas fórmicos derribó nuestro HERC cerca de Dawanzhen. Yo tuve suerte.

La expresión de Shenzu se suavizó.

—¿Y la tripulación? ¿Patu, Fatani y Reinhardt?

Por supuesto que Shenzu conocía sus nombres. Había sido Shenzu el que, antes de la guerra, había ido a Nueva Zelanda y había convencido a los superiores de Mazer en el Servicio Aéreo Especial de Nueva Zelanda para que realizasen un ejercicio de entrenamiento conjunto con el ejército chino. Y había sido Shenzu el que había escogido personalmente a Mazer y a su equipo. Era un acuerdo muy sencillo. Mazer y los demás enseñarían a los pilotos chinos a volar con los HERC —una nueva nave experimental antigravitatoria— y el NZSAS recibiría a cambio algunas de esas naves.

—Murieron todos en el impacto —dijo Mazer.

Shenzu se mostró sinceramente dolido.

—Reciba mis condolencias, capitán. Eran buenos soldados.

—Gracias —dijo Mazer—. Y sí, lo eran.

El silencio se extendió entre ellos hasta que Shenzu dijo:

—Supongo que soy parcialmente responsable de sus muertes. Después de todo, yo los traje a China.

—Usted no sabía lo que pasaría —dijo Mazer—. Los mataron los fórmicos, no usted. Aunque es verdad que amenazó con derribarnos.

Shenzu asintió.

—Usted y su equipo habían robado un HERC, una propiedad gubernamental muy cara que no estaban autorizados a sacar de la base.

—Ayudábamos a los civiles —dijo Mazer.

—Mis superiores temían que los fórmicos tomasen su trayectoria como una agresión y eso instigase un conflicto. Todavía hay oficiales que creen que eso fue lo que pasó.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Mazer.

Shenzu vaciló para luego negar con la cabeza.

—No. Al aterrizar, los fórmicos ya habían matado a cientos de civiles. Amenazar con derribarles fue un error.

—¿Qué hay de arrestarme a mí y al capitán O'Toole? —preguntó Mazer—. ¿También fue un error? ¿Planean castigarnos por destruir una de las sondas fórmicas? ¿Por ayudar a su pueblo?

Shenzu giró el cuerpo hacia la entrada de la tienda y señaló el jeep.

—El general Sima es el hombre que puede dar respuesta a esas preguntas. ¿Vamos?

Subieron al jeep y recorrieron el campamento hacia el norte, maniobrando entre un océano de tiendas, rodeados por el ajetreo del campamento. Camiones y vehículos de cuatro ruedas recorrían el lodo. Un equipo de mecánicos se afanaba alrededor de un transporte medio desmontado. Los médicos cuidaban de los heridos en el hospital de campo. Los soldados hacían cola en comedores y letrinas. Los camiones recibían combustible y cuidados. Comprobaban y volvían a comprobar el equipo. Fijaban cargamentos. Incluso dejaron atrás un partido improvisado de béisbol, en el que los soldados agitaban palos de escoba contra una pelota hecha con calcetines.

—¿Cuántos hombres hay en este campamento? —preguntó Mazer.

—Cerca de once mil —dijo Shenzu—. El campamento se extiende casi dos kilómetros al oeste, hasta la misma autopista Qinglian. —Indicó a la derecha—. El límite al este del campamento es el río Lianjiang. Y justo más allá está la ciudad de Lianzhou, donde el general Sima tiene el puesto de mando.

En opinión de Mazer no era gran cosa como ciudad. No había rascacielos ni complejos industriales, al menos siguiendo el río. Tampoco había gente por lo que podía ver. Las calles y tiendas que seguían el río se encontraban vacías.

—¿Han evacuado la ciudad? —preguntó Mazer.

—Poco después de la invasión los militares ordenaron que fueran al norte —dijo Shenzu—. No era seguro permanecer aquí y la ciudad es un punto estratégico importante. La autopista Qinglian es una vía de suministro vital para el norte. Es una de las pocas autopistas donde han retirado los vehículos abandonados para que el ejército la pueda usar. Hacen falta muchos vehículos para desplazar un ejército de este tamaño. Además, la ciudad en sí es una buena fuente de comida, mantas, dispositivos de comunicación y demás suministros. Ahora mismo el general Sima tiene a distintos grupos recogiendo todo lo que pueda ser útil.

—¿Está saqueando la ciudad?

—Las acciones del general se ejecutan siguiendo los mejores intereses del pueblo —dijo Shenzu—. Un ejército sin equipo no puede proteger a los ciudadanos. Y capitán, recuerde que estamos en China. Todo pertenece a la república.

Dejando de lado la ética, Mazer debía admitir que se trataba de una estrategia muy inteligente. En estos momentos no servían de nada las líneas de suministros convencionales. No había carreteras. El ejército estaba fragmentado. Sima no podía contar con la llegada de camiones de suministros, sobre todo si su intención era desplazarse al sur, donde los fórmicos gaseaban ciudades con enorme agresividad. Eran lugares de cuarentena. Todo estaría contaminado. El agua, la comida y los

suministros de esos lugares no servirían de nada. Era preciso aprovisionarse en Lianzhou.

Shenzu detuvo el jeep frente a una tienda donde había cuatro soldados haciendo guardia.

—Quédese aquí —dijo.

Bajó, se acercó a los guardias y mostró sus credenciales. El teniente se hizo a un lado y Shenzu entró. Un momento más tarde volvió a salir acompañado del capitán Wit O'Toole, que parecía estar bien, pero requería un afeitado urgente.

—Me alegra verte con vida —dijo Mazer.

—Ya somos dos —dijo Wit. Subió a la parte de atrás y Shenzu arrancó.

—El general Sima insistió en que les separásemos —dijo Shenzu—. Me disculpo por ese inconveniente.

—Lo inconveniente fue arrestarnos —dijo Wit—. Estamos malgastando un tiempo vital, capitán. Ahora mismo deberíamos estar atacando las otras dos sondas. Una vez que los fórmicos deduzcan cómo destruimos la primera, una vez que comprendan que la parte inferior de la sonda es un punto débil, harán lo posible por protegerse. Y si lo logran, estaremos como al principio. No podemos penetrar en sus campos. Es imposible pararles.

—Lo acepto —dijo Shenzu—. Y en cuanto a las otras dos sondas, no deben preocuparse. Ahora mismo tenemos equipos de trineos perforadores preparándose para atacarlas.

—¿Con armas nucleares? —preguntó Wit.

—Desconozco los detalles de la operación —dijo Shenzu.

—Los trineos perforadores no podrán cavar bajo las sondas —dijo Wit—. Los fórmicos viven en túneles. Habrán excavado la zona justo debajo de la sonda. Nosotros tuvimos que disparar lava contra el casco y abrirnos camino de esa forma. El capitán Rackham y yo deberíamos asesorar al que dirige la operación.

—El general Tang es el encargado —dijo Shenzu—. Y conociéndole, no querrá su ayuda. Nuestras órdenes es acabar con los pelotones de la muerte que gasean las ciudades del sur.

Shenzu llegó a la carretera principal y giró en dirección este, hacia el puente que cruzaba el río Lianjiang y daba acceso a la ciudad.

—¿Cómo pretende el general Sima acabar con los pelotones de la muerte? —preguntó Mazer—. Cada fórmico lleva un fumigador y no es preciso inhalar el gas para que el efecto sea fatal. Estás muerto si toca la piel expuesta.

—Lo aprendimos por las malas —dijo Shenzu—. Al principio perdimos a miles de soldados. Pekín ha ordenado que ningún soldado se enfrente a los fórmicos sin un biotraje completo y oxígeno. En teoría, se trata de una buena política, pero no es realista. No hay suficientes trajes y oxígeno para todos. Ni de lejos. Ni siquiera podemos equipar al veinte por ciento del ejército. Sencillamente, no existen esos



trajes. Es posible que no se lleguen a fabricar nunca. Nadie pensó que llegásemos a precisar tantos.

—¿Qué hay del gas fórmico? —preguntó Mazer—. Si diésemos con una forma de neutralizarlo acabaríamos de un plumazo con la amenaza.

—Estamos trabajando en un contraveneno —dijo Shenzu—. Aquí mismo en Lianzhou los militares han establecido una instalación de contención de nivel cuatro. El general Sima tiene a un equipo de bioingenieros estudiando las muestras del gas.

—¿Quiénes son los investigadores? —preguntó Wit—. ¿Militares?

—En su mayoría. También hay algunos civiles, especialistas traídos de Hong Kong a insistencia del Comité Central.

—¿De dónde han salido las muestras del gas? —preguntó Mazer.

—Al principio teníamos a expertos en armas biológica recogiendo gas en el campo de batalla —dijo Shenzu—. Lo aspiraban del aire o recogían el residuo depositado sobre superficies o aguas estancadas. —Hizo un gesto de negativa—. Pero no sirvió de nada. Para entonces las muestras estaban demasiado disipadas, demasiado mezcladas con las moléculas del aire, lo que hacía que resultase prácticamente imposible aislar los compuestos alienígenas. Se dieron cuenta de que debían obtener el gas en una forma más condensada.

—Fueron a por las pistolas de pringue —dijo Mazer—. Los fumigadores que llevan los escuadrones de la muerte fórmicos.

Eran armas de un diseño muy sencillo. Una mochila en forma de tubo unida a una larga vara de metal que los fórmicos agitaban indolentes de un lado a otro, matando a todo lo que se les ponía delante. No era muy diferente a los fumigadores usados para el control de plagas, detalle que a Mazer se le antojaba morbosamente irónico. Ahora los bichos nos fumigaban a nosotros.

—No han sido fáciles de conseguir —dijo Shenzu—. Los fórmicos recogen los cuerpos de sus caídos. Tan pronto como matamos a uno, aparece todo un enjambre en deslizadores para llevarse el cadáver y las armas. Es como si supiesen de inmediato que uno de ellos ha muerto.

—¿Cuántas armas han logrado capturar? —preguntó Mazer.

—No las suficientes —respondió Shenzu.

El jeep llegó hasta un punto de control situado en la entrada del puente y el soldado de guardia les hizo un gesto para que pasasen. Recorrieron el puente y entraron en Lianzhou. La ciudad estaba vacía y extrañamente silenciosa. Sus habitantes habían huido a toda prisa, dejándolo todo atrás. En una esquina había un camión de comida aparcado, con la ventanilla lateral abierta como si estuviese atendiendo a los clientes.

Shenzu ignoró los semáforos que parpadeaban y recorrió cuatro manzanas en dirección este para llegar al edificio municipal, una anodina estructura de cemento de dos pisos de alto.

El general Sima había ocupado un despacho que hacía esquina, por lo que tenía ventanales para ver el campamento instalado al otro lado del río. Estaba de pie junto a una holomesa, examinando una serie de mapas proyectado ante sus ojos. En cuanto Mazer y los demás entraron hizo un gesto para retirar el contenido del mapa.

Shenzu se acercó a la mesa, se cuadró, saludó y habló en chino:

—General Sima, estos son los capitanes Wit O’Toole y Mazer Rackham.

Sima rodeó la mesa y miró con calma a Wit y Mazer. Era mayor de lo que Mazer había supuesto. Quizá más de sesenta años, en edad de jubilación. Tenía ojos muy oscuros y de mirada suspicaz. El sencillo uniforme marrón de lana no llevaba mayor adorno que una insignia de graduación en el hombro derecho.

—El americano y el maorí —dijo el general Sima. Su inglés estaba cargado de mucho acento—. He leído sus informes de servicio. Los dos han acumulado una impresionante lista de logros. Incluso en su caso, capitán Rackham, que ha servido durante relativamente poco tiempo. —Se giró hacia la mesa, hizo un gesto con la mano y aparecieron los registros de Wit y Mazer.

El general Sima repasó los documentos.

—Capitán O’Toole, antiguo integrante de los SEAL de la Armada de Estados Unidos. Muchas condecoraciones. Más operaciones con éxito en su informe de las que tienen la mayoría de los soldados de operaciones especiales en toda una vida. Y su caso, capitán Rackham. Piloto. Condecoraciones. Resultados de las pruebas que se salen de las escalas. —Volvió a mirarles—. Los dos son soldados hasta la médula. Y, sin embargo, a pesar de tantas pruebas de inteligencia superior, los dos parecen tener la impresión de que pueden entrar en mi país y hacer lo que les venga en gana.

Los registros desaparecieron con un gesto de muñeca, reemplazados por una foto grande de un cráter negro en la tierra. A Mazer le llevó un momento comprender lo que veía; el paisaje era muy diferente a como lo había visto por última vez. La sonda fórmica y las montañas adyacentes de biomasa habían sido destruidas. No quedaba nada excepto algunos fragmentos no más grandes que su mano.

El general Sima les miró fijamente.

—Se les acusa a los dos de detonar un dispositivo nuclear en suelo chino sin el permiso del gobierno. Un crimen capital. ¿Cómo se declaran?

—¿Esto es un tribunal militar? —preguntó Wit.

—Algo así.

—Señor, Mazer Rackham y yo actuamos guiándonos por lo que era mejor para China. La sonda masacraba a su gente. Usamos una táctica muy extrema, sí, pero porque era necesario hacerlo así. Era preciso destruir la sonda. Era la base de operaciones de muchos transportes y voladores fórmicos. Estaba repleto hasta arriba de soldados enemigos. A su lado había una montaña de cadáveres en descomposición. Toda esa zona era un desastre medioambiental.

—Ustedes *crearon* un desastre medioambiental —dijo Sima mientras señalaba el cráter.

—Era una bomba nuclear contenida, señor —dijo Wit—. La mayor parte de la explosión la recibió la estructura. La contaminación radiactiva será mínima. Nuestra esperanza era que ustedes imitasen nuestras acciones y acabasen con las otras dos sondas.

—Lo haremos —dijo Sima—. Mientras hablamos los equipos de trineos perforadores se están preparando.

—Me alegra saberlo —dijo Wit—. Si podemos ser de ayuda...

El general Sima se enfureció.

—¿Creen que contaríamos con ustedes tras mostrar semejante desprecio por nuestro gobierno?

—¿Desprecio, señor? —dijo Wit.

—¿Pidieron permiso al Comité Central o a la Comisión Militar Central? No. ¿Dejaron que los militares chinos ejecutasen la operación? No. ¿Robaron armamento nuclear al Ejército Popular? Sí.

—No robamos el dispositivo nuclear, señor. A ese respecto, como en los demás casos, debo mantener un respetuoso desacuerdo.

—Colaboraron con traidores de nuestro ejército para conseguir el arma nuclear. Esas personas robaron el arma nuclear de nuestro arsenal y se la entregaron. Por tanto, serían ustedes culpables de espionaje, robo, manipular un arma de destrucción masiva con la intención de matar y la violación de otras diez leyes nacionales e internacionales. Han escupido a la cara del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, la República Popular China y mis superiores.

—Comunicamos nuestras intenciones por las redes —dijo Wit—. Nunca mantuvimos en secreto el plan de destruir la sonda. Lo hemos contado todo desde que entramos en China...

—Algo que también hicieron ilegalmente —dijo Sima.

—Cosa que siempre hemos reconocido, señor —dijo Wit—. En todo momento hemos compartido nuestras tácticas con la esperanza de que los militares adoptasen las que sean efectivas evitando simultáneamente los errores que hemos cometido. Me enorgullece poder decir que muchas unidades de su ejército, incluyendo algunas bajo su mando, han empleado nuestras tácticas con un asombroso éxito. Ellos a su vez han compartido sus tácticas con nosotros, y las hemos puesto en práctica con el mismo éxito. Ha sido una colaboración desde el principio.

—Una colaboración no autorizada —respondió el general Sima con furia.

Wit mantenía la voz tranquila y regular.

—Señor, ¿preferiría que no hubiésemos matado a los fórmicos que hemos eliminado? ¿Preferiría que no hubiésemos destruido la sonda con todos los cazas, deslizadores y soldados de su interior?

El general Sima hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Quiénes les entregaron el arma? Quiero nombres.

—No puedo darle nombres —dijo Wit—. Los que nos ayudaron lo hicieron anónimamente.

—¿Cómo se comunicaron con ustedes?

—A través de nuestro sitio web. Tras ver el mensaje, este se borraba. Las vías de comunicación estaban cifradas. Los nombres de registro se generaban aleatoriamente. No hay ningún sendero de migas de pan que pueda seguir, general. Esas personas son invisibles.

Durante un momento Sima le dedicó a Wit una mirada helada. Luego pasó la mano por el holocampo, recorrió algunos archivos y mostró una foto de satélite con mucho grano. Miraban a un pequeño campamento cercano a una exuberante jungla. Había un deslizador aparcado cerca. Había personas formando un grupo.

—Alguien voló hasta el campamento para entregar el arma —dijo Sima—. Tenemos esta foto como prueba. ¿Quién fue?

—No puedo decirlo —respondió Wit.

—¿No puede o no quiere? —preguntó Sima.

—No se nos ofreció ningún nombre, general.

—Quizá una descripción.

—El ejército popular cuenta con cuatro millones de personas en activo, general —dijo Wit—. Dudo que pudiese describir los rasgos de una persona con tal claridad que usted pudiese identificarla.

Mazer sabía que el engaño era sutil. La persona que entregó el arma nuclear era una mujer. Wit estaba confundiendo al general.

—En esta guerra somos aliados, general —dijo Wit—. No somos enemigos. Las bajas civiles alcanzan las decenas de millones. Me alegra mucho saber que los equipos de trineos perforadores se preparan para atacar. Pero incluso si tienen éxito, esta guerra estaría muy lejos de haber terminado. La POM puede ser de ayuda. Podemos entrenar, dar consejos tácticos y ofrecer información sobre el comportamiento y forma de combate de los fórmicos. Sabemos cómo atacan, cómo se retiran y cómo se reagrupan. Es posible que aparentemente sus movimientos sean aleatorios, general, pero el capitán Rackham y yo hemos dado con patrones cuando se reúnen. Combinemos nuestros recursos y habilidades, general. Trabajaremos bajo su mando.

—¿Bajo mi mando, dice? —El general Sima se volvió hacia el holocampo y movió los dedos siguiendo un patrón programado con antelación—. Según las noticias de las redes, es lo que han estado haciendo desde el principio.

Se iniciaron varios vídeos: eran informativos de todo el mundo. Periodistas y presentadores de distintas nacionales hablaban a la cámara, pero no se oían las voces. Mostraban imágenes aéreas del cráter negro donde antes había habido una sonda fórmica. Luego pasaban a fotografías y vídeos del general Sima.

Mazer comprendió de inmediato.

—Le atribuyen a usted todo el crédito.

El general Sima agitó la mano y paró los vídeos.

—Sus compañeros de la POM enviaron un comunicado a todas las grandes agencias de noticias del mundo afirmando que desde el principio la POM ha operado bajo mi mando. Dicen que yo preparé todos los detalles de la misión y les suministré trineos perforadores y el dispositivo nuclear. Dicen que todo fue idea mía.

—Debieron descubrir que nos había detenido a Mazer y a mí —dijo Wit—. Hicieron lo que consideraron necesario para garantizar nuestra seguridad.

—Su seguridad nunca estuvo en peligro.

—Mis hombres no lo sabían —dijo Wit—. Solo sabían que su oficial al mando y un colega habían sido arrestados. Al concederle todo el crédito y pintarle como un aliado, hicieron que fuese imposible que nos hiciese daño.

Sima apretó los dientes.

—Mintieron al mundo y me dejaron como idiota ante mis hombres, que saben perfectamente bien que yo no tuve nada que ver con la destrucción de la sonda.

—Si le desagrada esa nota de prensa, general —dijo Wit—, no tiene más que negarlo todo. Deje claro que todo es falso. Use la palabra correcta: mentira. Cuénteles al mundo que no tuvo nada que ver con la destrucción de la sonda. De hecho, cuente que si por usted fuese, esa sonda todavía estaría en su sitio porque habría arrestado a todos los miembros de la POM en la frontera por atreverse a meter sus narices en los asuntos internos de su país.

Sima le miró con furia, pero permaneció en silencio.

—Pero antes de decir tal cosa —añadió Wit—, piense en lo que sucedería si corrobora nuestro comunicado. Sería un héroe internacional, general. El mundo le recordará eternamente como el hombre que lanzó el primer gran golpe contra los fórmicos.

—El mundo recordaría una mentira —dijo Sima.

—El mundo recordaría lo que *precisa* recordar, general. Estamos perdiendo esta guerra. La moral global no puede bajar más. La Tierra precisa de esta victoria, aunque solo sea para restablecer la confianza en la especie humana. Si acepta la responsabilidad, estaría brindando un gran servicio a su país y a las gentes de la Tierra. Si le preocupa sentir vergüenza ante sus hombres, dígales que tuvo que mantener la operación en secreto. Dígales que ni siquiera sus oficiales más próximos conocían sus planes. Dígales que *tuvo* que hacerlo así. Usted sabía que el uso de armas nucleares era ilegal, que sabía que su gobierno se demoraría excesivamente con la aprobación. Pero que no podía quedarse de brazos cruzados mientras el pueblo sufría. Hizo lo que era preciso hacer. Se comunicó en privado con nosotros y nos contó su plan. No podía hacer que sus propios hombres ejecutasen la operación; de esa forma serían cómplices de sus planes, que usted sabía ilegales. Y que se negaba a dar a sus hombres órdenes que sabía podían mandarlos a la cárcel.

»Pero la POM... la POM era otra cosa. Sus miembros ya eran ilegales en el país. Ya se estaban arriesgando y ya manifestaban una enorme capacidad táctica. Con ellos

si podría hacerlo. Ellos ejecutarían su plan maestro.

Sima dio un vistazo a Shenzu, como si se cerciorase de que Shenzu también escuchaba todo aquello.

—¿Sugiere que le cuente a mis hombres que desvergonzadamente pasé de mis superiores y que cometía traición? —dijo Sima. Bufó—. Sí, una forma estupenda de inculcarles disciplina.

—Les inculcaría sus valores, general —dijo Wit—. Sitúa la vida de su pueblo por encima de su carrera. Sus hombres le adorarán.

—No preciso ganarme la fidelidad de mis hombres, capitán O’Toole. Tampoco requiero sus consejos de liderazgo. Parecen olvidar que he ordenado su arresto. ¿Cómo voy a encajar ese detalle en esa farsa tan elaborada?

—Diga que fingió el arresto porque no estaba seguro de la reacción del Comité Central y el Consejo Militar a la explosión nuclear. Al arrestarnos públicamente pudo protegernos sin levantar sospechas. Habernos protegido abiertamente podría haberse considerado como un desafío directo. Arrestarnos, general, es justo lo que *habría* hecho un comandante genial capaz de organizar toda esta operación. Da tiempo al gobierno a valorar tranquilamente esta operación y creer que les sigue siendo leal.

—Les *sigo* siendo leal —dijo Sima.

—Claro que sí, general. Justo de eso hablo. Ahora comprenden lo inteligente de su actuación. —Hizo un gesto hacia el holocampo—. Uno de esos vídeos pertenece a las noticias de su país. El Comité Central ya lo está aceptando. Este es justo el acontecimiento que han estado deseando. Lanza un mensaje al mundo: China sigue siendo fuerte. China puede ganar. Le están convirtiendo en héroe nacional. Sospecho que ya ha recibido correos electrónicos de Pekín felicitándole por su actuación.

El general Sima apretó los labios y reflexionó, con lo que Wit consideró que posiblemente había acertado.

Shenzu avanzó, se inclinó un poco y dirigió los ojos al suelo.

—General Sima, su humilde sirviente solicita permiso para hablar con libertad, señor.

El general Sima exhaló y miró a Shenzu con expresión cansada.

—Diga lo que quiera, capitán.

Shenzu se puso firme.

—General, es más que justificado que se sienta perjudicado, señor. La mentira propalada por la POM es un engaño inadmisibles. Se burla de nuestros militares, de nuestra integridad y de nuestra ética personal. También debo añadir, señor, que su dedicación a las leyes de nuestro país es una inspiración para este su humilde sirviente y todo el personal a su mando...

—Al grano, capitán —dijo Sima.

Shenzu asintió.

—Señor, lo que proponen estos hombres me resulta adecuado. Ofrece a China la victoria que precisa. Los militares de todo el mundo nos consideran débiles y

desorganizados. A menos que les demos lo contrario, seguirán despreciándonos y la moral seguirá cayendo. Aceptar este reconocimiento no es un acto egoísta, señor. Más bien lo contrario. Lo haría por la gloria de China. Sería el mayor servicio ofrecido por usted en toda una vida de acciones y logros abnegados.

—¿Mi acción más importante sería algo en lo que no participé? —dijo Sima—. Sus halagos no me convencen, capitán.

Shenzu se inclinó para volver a mirar al suelo.

—Además, añadiría, general, que yo estaría encantado de corroborar su versión. Si me preguntasen, diría que yo fui el contacto con la POM. De tal forma la historia sería mucho más creíble. No es creíble que se pusiese en contacto con la POM y se coordinase con sus miembros sin ayuda, señor, no por falta de capacidad, sino porque se sigue de cerca sus movimientos y comunicaciones. Para lograr algo así, precisaría de ayuda, señor. Un cómplice. Preferiblemente, alguien de mi graduación. Siendo capitán, mi graduación es lo suficientemente elevada para ir a donde me plazca, pero lo suficientemente baja para hacerlo sin que nadie me preste atención. Los oficiales superiores no disfrutaban de ese lujo.

—¿Mentiría bajo juramento? —dijo Sima—. ¿Cometería perjurio? ¿En tan poca estima tiene su honor?

—Mi honor es mi posesión más valiosa, señor —respondió Shenzu—. Mayor incluso que mi vida. Al validar su versión, señor, estaría protegiendo a China. ¿Eso es deshonor? ¿Defender la patria? ¿Ayudar a tu general? Creo que no. Para mí sería el mayor honor permanecer a su lado y preservar su buen nombre.

El general Sima se frotó la barbilla y guardó un momento de silencio.

—¿Y por qué le iba a elegir a usted como mi contacto?

Shenzu mantuvo la vista abajo.

—Llevo más de un año trabajando muy estrechamente con los equipos de trineos perforadores, señor. Conozco la tecnología. También conozco al capitán Mazer Rackham, al que traje desde Nueva Zelanda para que entrenase a los pilotos de HERC. Confía en mí. Usted, por supuesto, ya conocía todos esos detalles y, por tanto, me hizo venir a su despacho para asignarme esta misión de alto secreto.

Shenzu hizo una reverencia y dio un paso atrás.

El general Sima volvió a mirar los vídeos que flotaban sobre la mesa. Tras una larga pausa, se giró hacia Wit.

—¿Qué hay de los traidores que entregaron el arma nuclear? Es evidente que sabrían que miento. Podrían revelarse y contradecir mi versión.

—No lo harán —dijo Wit—. Ya para empezar es algo que no hubiesen hecho, pero ciertamente ahora no pueden. La POM le han concedido a usted todo el crédito. Es su victoria personal.

El general Sima examinó atentamente el rostro de cada uno de los presentes y luego tomó una decisión.

—Muy bien. La POM lleva cinco días a mi mando. El capitán Shenzu ha sido mi contacto. —Se giró hacia Shenzu—. Capitán, preparará usted un informe exhaustivo de las actividades de esos cinco días, con los puntos de todas nuestras reuniones y detalles sobre mis planes para destruir la sonda.

—Sí, señor —dijo Shenzu.

—Asegúrese de que dichas reuniones no estén en contradicción con mi itinerario real. No quiero que nuestra ficción contenga inexactitudes históricas. —Se giró hacia Wit y Mazer—. Mientras tanto, debemos encontrar un sitio en mi ejército para usted y sus hombres. ¿Cuántos forman su unidad?

—Dieciocho cuando salimos, señor —dijo Wit—. Además de la compañía de un niño de ocho años. Un huérfano. Más o menos se ha integrado en la unidad. Si fuese posible, nos gustaría dar con la forma de llevarlo a una zona segura lejos de la batalla.

Sima arqueó una ceja en señal de desaprobación.

—¿Han estado enfrentándose a los fórmicos con un niño de ocho años?

—Está más a salvo con nosotros que solo, señor —dijo Mazer—. No participa directamente en las batallas. Hemos hecho lo posible por protegerle.

—Mi ejército no es un jardín de infancia —dijo Sima—. Para él no hay sitio. Tampoco puedo permitirme enviar un transporte. Como mucho puedo encontrarle hueco en el Cubil del Dragón, que en cualquier caso podría ser más seguro que ir al norte.

—¿El Cubil del Dragón? —preguntó Mazer.

—Una instalación subterránea a unos cien kilómetros de este lugar. Se diseñó inicialmente como lugar seguro para los miembros más importantes del Partido y sus familias en caso de guerra global. Allí ya hay varios miles de refugiados. En su mayoría aldeanos locales. La instalación ya ha superado con creces su capacidad, pero le daremos a su huérfano un catre para dormir y comida.

Mazer asintió. Sintió que el alivio se extendía por su interior. Iban a llevar a Bingwen a un lugar seguro.

—Gracias, señor —dijo.

—También los mandaré a ustedes —dijo Sima—. A los dos. —Miró a Wit y luego otra vez a Mazer—. Si ahora realmente están a mi mando, obedecerán mis órdenes hasta la última coma. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—Aquí en Lianzhou tenemos un equipo de bioingenieros que desarrollan un contraveneno para el gas fórmico. La Comisión Militar Central opina que aquí el equipo corre demasiado peligro. Que su laboratorio no está diseñado para soportar un ataque directo. Si los fórmicos descubriesen lo que hacen y atacasen con todas sus fuerzas, Pekín no cree que pudiésemos defenderlo. Por tanto, se me ha ordenado que traslade a los bioingenieros, su equipo y todo el material peligroso a un laboratorio en el Cubil del Dragón. Allí seguirán trabajando bajo tierra.



—Ha dicho que allí hay civiles —dijo Wit—. ¿Es correcto llevar una sustancia letal a un espacio cerrado ocupado por civiles?

—Los túneles son enormes —dijo el general Sima—. A los civiles se les mantiene en una zona separada de los militares y bien lejos del laboratorio. En caso de emergencia se pueden ir cerrando uno tras otro. Admito que no es la situación ideal, pero nuestra existencia ahora mismo está lejos de ser ideal. Usted y el capitán Rackham se unirán a la escolta militar que llevará a los bioingenieros hasta el Cubil del Dragón. El convoy saldrá mañana a las 6.00. En el Cubil del Dragón se encontrarán con el resto de la POM y esperarán órdenes. Capitán Shenzu, usted también irá con la escolta. ¿No es lo que haría el contacto con la POM?

—Sí, señor.

—Mientras tanto, escolte a estos hombres hasta el hotel donde se alojan los otros oficiales. Que cada uno reciba una habitación vacía y un uniforme limpio. —El general Sima miró a Wit y Mazer—. En el hotel hay agua caliente. Agua limpia, sin contaminación. Sospecho que hace mucho tiempo que no disfrutan de una ducha y de un buen sueño reparador. Mi sugerencia es que aprovechen la oportunidad.

Caminó hasta la ventana y se quedó allí, con las manos a la espalda, mirando hacia el río y el campamento al otro lado. Mazer ya creía que la conversación había terminado cuando Sima dijo:

—¿Alguna vez ha perdido soldados a su mando, capitán O'Toole?

—Sí, señor —dijo Wit—. Muchos más de los que me gustaría reconocer.

—¿Y usted, capitán Rackham? —preguntó Sima—. Es usted joven. Quizá el destino ha sido más benévolo con usted.

Mazer pensó en Patu, Fatani y Reinhardt. De alguna forma logró hablar.

—Yo también he perdido soldados, señor.

Sima asintió.

—Perder al soldado es una forma de muerte. Una muerte menor que la que al final vendrá a por todos nosotros, pero igualmente una muerte. Si no lo sintiésemos así, supongo que no seríamos adecuados para el mando. —Se giró y les miró—. He perdido a más de diez mil desde el comienzo de la guerra. Todos ellos mis hijos y mis hijas. Si no paramos este gas, esta arma del enemigo, los perderé a todos. Asegúrense de que no sea así.

## Refuerzos

Al despertar de nuevo, Víctor se encontró con que la bahía de carga volvía a estar ingrávida. Sus brazos flotaban en el aire, a su lado, mientras que los pies los tenía firmemente fijados a la pared.

—Víctor, ¿me oyes?

Una voz. Por la radio. Parpadeó. Seguía teniendo la cabeza espesa.

—¿Imala?

—Te desmayaste. ¿Te has hecho daño?

Ella estaba en la lanzadera. Ya iba recordando. Se había caído del carro, pero los imanes de las botas le habían salvado. Los había activado al sentirse caer y había dado frenéticas patadas en dirección a la pared hasta que una de las suelas se fijó a la superficie y allí se quedó. La gravedad había balanceado el resto del cuerpo hacia abajo, como un péndulo, y se había dado un golpe tan tremendo contra la pared que estuvo seguro de haberse roto algo.

—Contéstame, Vico. ¿Te has hecho daño?

—El tobillo —dijo—. Creo que tengo una luxación. —Sentía un dolor palpitante y ardiente.

—Sí, se está hinchando —dijo Imala—. Tengo tus datos biométricos justo delante. Hincharé y enfriaré esa zona.

Víctor hizo una mueca al sentir cómo el traje alrededor del tobillo se llenaba de aire y bajaba la temperatura.

—Está totalmente al descubierto, Vico. Tienes que moverte. Tienes un pozo cerca. ¿Puedes llegar?

Víctor se orientó y dio un vistazo a su entorno. El pozo estaba a unos quince metros a la derecha.

—Sí. Puedo llegar.

—Entonces ponte en marcha —dijo Imala—. Estás cerca de los restos y es posible que algún fórmico haya sobrevivido a la caída.

Víctor se volvió y miró en la dirección que había seguido al caer. Le conmovió comprobar lo cerca que había estado de morir. Los restos de las naves humanas se habían aplastado unos contra otros para formar un gigantesco montón retorcido a solo diez metros de su posición actual. De haber caído un poco más habría quedado empalado en cualquiera de los fragmentos de metal que sobresalían del montón.

Pero Imala se equivocaba. Si en ese montón había fórmicos, ninguno había sobrevivido.

Aun así, debía ocultarse. Se inclinó hacia delante, fijó los imanes de los guantes a la pared y se puso a trepar, con muecas de dolor cada vez que empujaba con el pie izquierdo. Llegó hasta el pozo, entró y se escondió entre las sombras.

Desde ese punto veía bien la bahía de carga. La gravedad había maltratado la pared interior. Secciones completas se habían retorcido y soltado, dejando a la vista filas de tuberías muy juntas. Parecía que todas las tuberías seguían el mismo sentido: desde la parte frontal de la nave hasta la parte posterior. Cada pocos metros se apreciaban válvulas y cierres, y, para su sorpresa, no parecía haber ni una sola tubería rota.

En otras partes, allí donde la pared había resistido, los fórmicos que tiraban de carros habían vuelto al trabajo, llevando la carga por las guías como si no hubiese pasado nada. Unos pocos se habían detenido allí donde la pared que tenían delante había desaparecido, por lo que no tenían guías a seguir. Allí estaban, bloqueados, sin poder avanzar.

—¿Qué ha sucedido, Imala? —preguntó Víctor—. ¿Por qué de pronto tuvimos gravedad?

—Las naves atacantes deben haber disparado un arma que de alguna forma creaba gravedad.

—¿Cómo es posible?

—No tengo ni idea —dijo Imala—. Pero todos los cañones de la superficie de la nave fórmica quedaron aplastados contra el casco como si estuviesen hechos de papel de aluminio. Por eso te desmayaste. Estaban sintiendo demasiada gravedad. Es un milagro que los imanes de las botas aguantasen.

—¿Qué fue de las naves atacantes?

—Destruídas. Una vez que los cañones desaparecieron, los iris del casco se abrieron y lanzaron el plasma. Las naves atacantes quedaron instantáneamente vaporizadas. Lo he grabado todo. Es por eso por lo que vuelves a estar ingrátido. Las armas de gravedad también fueron destruidas.

—¿De dónde salieron esas naves? ¿Quién dispone de una flota tan grande?

—No eran naves, Vico. Eran demasiado pequeñas para ser naves. Eran drones.

—¿Drones? Si la Tierra tiene drones, ¿por qué lanzamos cazas tripulados? ¿Por qué arriesgar la vida de los pilotos sin que fuese necesario?

—Porque esos drones no venían de la Tierra —dijo Imala—. Acabo de calcular la trayectoria que siguieron. Vinieron de la Luna.

—¿La Luna?

—Y eso no es lo peor. Todas nuestras líneas de comunicación con la Luna se apagaron justo antes del ataque.

Víctor lo comprendió al instante.

—Lem. Ese cabrón mandó una flota de drones para matarnos.

—Pero ¿por qué? —dijo Imala—. Financió nuestro ataque, Vico. Nos dio la lanzadera y el resto del equipo.

—Claro que sí —dijo Víctor—. Era su gran oportunidad. Nosotros apoyamos la cabeza en el tajo y le pusimos el hacha en la mano. ¿No lo comprendes? Le pedimos ayuda y él vio la oportunidad de callarnos para siempre. Piensa, Imala, Lem y Ukko nos quieren muertos. Tú eres una delatora, yo soy testigo de un crimen cometido por Lem. Qué mejor forma de eliminar esos dos problemas que borrarlos de un plumazo.

—Eso no tiene sentido, Vico. ¿Sugieres que Lem invirtió todo ese dinero en una operación destinada simplemente a matarnos? Hay formas mucho más baratas de matar a la gente. De haber querido, nos podría haber matado en la Luna.

—En ese caso, ¿por qué perdimos el contacto con la Luna justo antes del ataque? —dijo Víctor—. Y no, Lem no podría haberse ocupado de nosotros en la Luna. Llama demasiado la atención. Vive rodeado de paparazis. Y Ukko no se arriesgaría. Un escándalo de ese calibre acabaría con la empresa. Esto es mucho más limpio. Sin testigos. Nadie sabe que estamos aquí. Nadie nos relacionaría jamás con Lem.

—Benyawe podría —dijo Imala—. Nos ayudaba, Vico. No me imagino que haya podido participar en algo así.

—Quizá no lo sabía. Quizá creyó que Lem iba en serio.

—Pero en ese caso, ella, Dublin y los demás que trabajan en el almacén y nos vieron prepararnos serían cabos sueltos. ¿Dices que Lem también acabará con ellos?

—Digo que son empleados de una corporación, Imala, y harán lo que sea necesario para protegerla.

—Eso no me lo creo, Vico. Benyawe y Dublin son buenas personas. Se esforzaron lo indecible por ayudarnos.

—¿Quién más podría enviar drones desde la Luna, Imala? ¿Quién más podría construir una flota de ese tipo?

—No digo que no los haya fabricado Juke, Vico. Lo que digo es que no conocemos las circunstancias. Quizá Juke les vendiese los drones a los americanos. O a China. O a la OTAN.

—Incluso de ser así, Imala, Lem podría haberle dicho al comprador: «Por cierto, en este momento tenemos un equipo de infiltración en la nave. Si no le importa, hágame el favor y no los mate todavía».

Imala no respondió.

—Cortaron las comunicaciones, Imala. Nos dejaron a nuestra suerte. Si no fue Jukes, ¿por qué no nos avisaron? Los drones vinieron de la Luna. Los habrían visto mucho antes que nosotros.

Imala no respondió.

—Sabían que estábamos aquí, Imala. Sabían que yo había entrado. Así que atacaron la nave para destruirla y nuestros cadáveres eran un premio de consolación. Se convertirían en héroes mundiales y sus problemas desaparecerían. El dinero

invertido por Lem no es nada para ellos, Imala. Estaban dispuestos a pagar el doble simplemente para dejarme tirado en el Cinturón, ¿te acuerdas?

—Pero Benyawe...

—Es uno de ellos —la interrumpió Víctor—. Es posible que no se lo contasen, pero ahora seguro que está de su lado.

Imala guardó silencio un momento.

—Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Cuando acabemos aquí, volvemos a la Luna y lanzamos a Lem Jukes al espacio sin casco. Eso es lo que haremos.

—¿Qué quieres decir con eso de *cuando* acabemos aquí? Aquí ya *hemos* acabado, Vico. Hemos perdido la bolsa de herramientas. Está bajo una montaña de escombros. E incluso si pudiésemos recuperarla, la bomba y el resto del equipo habrá quedado aplastado. Tienes suerte de que no haya estallado. Aquí ya hemos terminado.

Tenía razón. Todo el plan dependía de esa bolsa de herramientas. Víctor dio un vistazo a los escombros. No había ni rastro de la bolsa, y Víctor dudaba que pudiese llegar a separar cualquier fragmento. Además, si la bomba *había* sufrido algún daño, sería peligroso intentar recuperarla. Aun así, no podían irse con las manos vacías.

—Todavía tengo la cámara del casco, Imala. Y Tierra sigue necesitando información sobre esta nave. Voy a ir al puente a reunir todas las pruebas posibles. Si me pasa algo, sabes lo que debes hacer.

Aguardó sus objeciones, pero Imala no dijo nada.

—¿No vas a discutir? —dijo.

—¿Para qué malgastar aliento? —dijo Imala—. Tú eres todavía más testarudo que yo. Lo harás independientemente de lo que yo diga.

Víctor sonrió.

—Desactiva todo el equipo de comunicación con Benyawe por si intenta conectar con nosotros para confirmar nuestra muerte. Los datos biométricos del traje, el seguimiento de la nave, córtalo todo. Apagón total. Que piense que *efectivamente* estamos muertos. Luego redirige todos los datos de la cámara del casco a algún otro lugar, quizá una cuenta privada en la nube. Un lugar donde Lem no pueda llegar. Porque si lo consigue, hará lo posible por mantenerlo oculto. Lo último que quiere es que el mundo sepa que intentó eliminarnos.

—Puedo usar algunos satélites de datos —dijo Imala—. Añadiré un temporizador y un mecanismo de seguridad a la cuenta, con instrucciones de enviarlo todo a las redes si no nos conectamos cada veinticuatro horas. De tal forma, si nos pasa algo los datos no quedarán ocultos.

—Bien —dijo Víctor. Se colocó e hizo zoom en los binoculares del visor para mirar el espacio al otro lado de la bahía donde la pared interior se había desmoronado y las cañerías estaban al descubierto—. Primero quiero comprobar esas tuberías. Deben ser las que llevan el plasma a los irises.

Se arrastró hasta el borde del pozo, se aseguró de que nadie miraba, apuntó el cuerpo y se lanzó. El patadón con el pie izquierdo le produjo una punzada de dolor por todo el cuerpo, pero hizo lo posible por no prestarle atención, y voló a través de la estancia, apuntando a un punto a la izquierda de donde se veían las tuberías. En el último momento retorció el cuerpo y aterrizó con habilidad. El tobillo era una tortura de dolor.

Usó los imanes de las manos para arrastrarse hacia las tuberías. Al encontrarse a unos pocos metros, las alarmas del traje se dispararon, aullando en sus oídos.

Bip. Bip. Bip.

Un mensaje apareció en el interfaz del casco: PELIGRO. RADIACIÓN.

—Las tuberías —dijo—. Son radiactivas.

—¡Sal de ahí! —gritó Imala.

Víctor reculó y volvió a impulsarse. Acabó en la pared opuesta, se giró y se lanzó por tercera vez, en esta ocasión apuntando al pozo que llevaba hasta el centro de la nave. Acabó en la entrada del pozo y entró.

—¿Estás bien? —preguntó Imala.

—Creo que sí —dijo Víctor.

—¿Te sientes mareado? ¿Náuseas?

—No he sufrido un envenenamiento por radiación, Imala. No estuve expuesto el tiempo suficiente. Debí suponer que serían radiactivas. Llevan plasma gamma. La nave dispone de un estatorreactor. Al volar por el espacio va recogiendo átomos de hidrógeno y hace uso de la radiación gamma resultante tanto como combustible y como arma. ¿Has visto las boquillas? Cada treinta centímetros o así hay boquillas con forma de T en la parte posterior de las tuberías. Llegan hasta el casco y los irises. Si tuviésemos una forma de cerrar esas boquillas, el plasma no podría salir. La nave quedaría indefensa.

—Hay diez mil irises, Vico. Por tanto, diez mil boquillas. No podríamos cerrarlas todas ni contando con un ejército de operarios. Y tampoco puedes llegar a la mayoría de ellas. Se encuentran tras la pared interior y recorren toda la nave.

—No dije que fuese posible, Imala. No fue más que una observación.

Víctor se quedó inmóvil. Media docena de fórmicos vestidos con pesados trajes protectores acababan de salir de un gran pozo al otro lado del espacio, empujando dos grandes carros. Ese pozo tenía al menos cuatro veces el ancho y el alto del pozo donde se encontraba.

Cuatro de los fórmicos sacaron una enorme lámina de metal de uno de los carros y la llevaron hasta la abertura. Colocaron la lámina sobre las tuberías expuestas y los otros dos fórmicos la sellaron en su posición.

—Un equipo de reparaciones —dijo Víctor—. Tapan las tuberías. Deben saber que la radiación entra en la nave.

—Tendrás que dar con otra forma de salir —dijo Imala—. No puedes volver al pozo inicial sin que te vean.

—Primero el puente —dijo Víctor.

Dio la espalda a la bahía de carga y penetró en el pozo. Era un lugar oscuro y estrecho, lleno de excrementos y polvo. Víctor dio una orden parpadeante y el traje inició la creación de un plano de sus movimientos. Dejó atrás bichos luminosos, intersecciones y pasillos laterales. En ciertos momentos el pozo se ensanchaba para dejar espacio a otra guía, pero Víctor siguió con la dirección original, avanzando hacia lo que esperaba fuese el corazón de la nave. Había supuesto que se toparía con más carros de los fórmicos, pero no fue así. A pesar del frío y la presión, tenía el tobillo hinchado y ahora lo que sentía era un dolor amortiguado y palpitante.

No pasó mucho tiempo antes de que el camino empezase a llenarse de carros abandonados, todos fijados a la guía formando una larga fila continua. No había arneses ni fórmicos unidos a los carros. Víctor los esquivó mientras miraba como podía la oscuridad que tenía por delante. Había decidido que usar luz artificial sería arriesgarse en exceso, por lo que había confiado en la luz emitida por los bichos luminosos. Sin embargo, desde hacía poco el número de bichos luminosos se había reducido mucho, y lo que tenía delante ahora mismo era una oscuridad que rivalizaba con el espacio. Pasaba las manos por las paredes para guiarse por el tacto.

Y de pronto el pozo terminó, abriéndose a un espacio mucho mayor pero igualmente oscuro. Allá en la distancia se apreciaba un pequeño círculo de luz, como si fuese el final de un largo túnel. Víctor se esforzó por ver algo, pero la oscuridad resultaba totalmente uniforme.

Se arriesgó a encender un rayo de luz del guante e iluminó la pared que tenía delante. La estancia era como una caverna circular recubierta de panales, con cada celdilla tan ancha como sus hombros y de un metro y medio de profundidad. Todas las celdillas próximas a la entrada estaban vacías, excepto por algo de mugre, suciedad y excrementos. Entre las filas de celdillas había escaleras estrechas que recorrían todo el largo de espacio en dirección a la lejana luz.

—¿Qué es esto, Vico?

—No estoy seguro —dijo Víctor—. Quizá un almacén de comida. Un lugar de nacimiento.

—Yo digo que des la vuelta —dijo Imala—. No me gustan las sorpresas.

—Toda esta nave es una sorpresa, Imala. Yo digo que sigamos adelante y dejemos atrás este lugar lo más rápidamente posible.

Maniobró para alcanzar una de las escaleras e inició la subida, prestando atención para oír cualquier movimiento que se produjese delante. Los travesaños eran muy estrechos y estaban demasiado cerca para permitir meter la punta de las botas, pero pudo avanzar tirando de las manos.

Tras haberse alejado cierta distancia del pozo, se detuvo para recuperar el aliento y miró a la derecha, donde había una cara fórmica a muy pocos centímetros de la suya.

Imala lanzó un grito y Víctor se apartó súbitamente, soltando la escalera de un empujón, alejándose tras haber perdido el control. Chocó con el panel de la pared opuesta. Sintió que la substancia cerosa se hundía tras el impacto. Cogió la pistola y la alzó, dispuesto a disparar a la criatura cuando le atacase.

Solo que ningún fórmico fue a por él.

Aguardó con el dedo en el disparador. Tenía el corazón desbocado, pero nada se abalanzó desde la oscuridad. Al final apuntó con la luz y dio con el fórmico al otro lado, allí donde lo había dejado, todavía encajado en la celdilla, inmóvil.

—¿Está muerto? —preguntó Imala.

Víctor miró a izquierda y derecha. Estaba rodeado de fórmicos en el mismo estado de reposo. Sus enormes ojos negros miraban al vacío. Víctor alargó la mano y escaneó al más cercano con el sensor del guante.

—Emite calor, Imala —susurró—. Está vivo. —Lanzó la luz por delante y comprobó que entre su posición y el final de la cámara había docenas de fórmicos encajados en las celdillas—. Es una cámara de sueño, Imala.

—Sal de ahí, Vico. Ahora mismo.

Con cuidado y lentitud, estremeciéndose con cada sonido que producía, Víctor se soltó del panel dañado y llegó hasta la escalera más cercana. Alrededor del cráter que había dejado en la pared flotaban fragmentos de panel, y comprobó que milagrosamente había chocado con un grupo de celdillas vacías rodeadas de fórmicos dormidos.

Se volvió hacia la escalera sintiendo nauseas.

Miró adelante y atrás, estimando la distancia hasta la salida más cercana. El instinto le decía que huyese hacia la seguridad relativa del pozo. Era la ruta más rápida para salir de allí y la que ofrecía menos fórmicos de camino. Aun así, se vio poniendo una mano tras la otra, avanzando hacia lo desconocido, moviéndose ahora con rapidez. Imala guardó silencio, detalle que le agradeció. Quería poder oír cualquier posible movimiento, por pequeño que fuese. Vio fórmicos a todos lados, sus caras cerca de la suya, sus ojos vacíos mirando fijamente. Comprendió que uno de ellos podría estar despierto y él no se daría cuenta. Apartó esa idea, concentrándose mejor en el travesaño que tenía delante. Y el siguiente. Y el siguiente.

Pasaron los minutos y finalmente estuvo libre, flotando para salir de la cámara. Exhaló con todo el cuerpo. Sentía un hormigueo en los brazos producto del esfuerzo. Por delante había una luz brillante, así que se dejó avanzar flotando mientras se protegía los ojos. Le paró una redecilla que tenía delante y parpadeó, permitiendo que los ojos se acostumbrasen a la luz. Lo que vio frente a él casi le hizo olvidar la cámara de la que acababa de salir. Al otro lado de la red había un jardín exuberante y espeso que tenía cuatro veces el tamaño de la bahía de carga y era tan ancho como la parte media de la nave. Tenía forma esférica, y la pared interior estaba recubierta de una espesa vegetación selvática que crecía hacia el centro. La excepción era una



ancha sección circular de la pared, situada a un lado, que relucía como un sol, bañando el jardín con una dura luz blanca.

Víctor nunca había visto nada igual. Árboles de pesadas ramas se retorcían y avanzaban permitiendo que las largas y delgadas hojas flotasen a su alrededor como el pelo de una mujer. Flores de extrañas formas con pétalos tan anchos como largo era el brazo de Víctor y tallos tan gruesos como sus piernas. Impresionantes columnas de líquenes se extendían del suelo al techo siguiendo distintos ángulos, como estalagmitas y estalactitas que se hubiesen encontrado en el medio, gruesas, sólidas y recubiertas de musgo. Arbustos y plantas similares a helechos con hojas que se abrían en todas las direcciones. Hierbas altas y cortas. Enredaderas que se retorcían alrededor de los troncos y ramas y luego se extendían hacia las copas para rodear pilares o árboles del otro lado, creando así una estructura de verde y dorado que se agitaba débilmente por la corriente de aire, con la delicadeza de una tela de araña.

Y criaturas. El jardín estaba repleto de insectos y formas de vida alienígenas. Grandes escarabajos recorrían los pilares de líquenes, alimentándose del musgo. Les seguían criaturas como cangrejos que mordisqueaban el liquen allí donde habían eliminado el musgo. En el suelo, animales de dos patas, que eran como el cruce de un avestruz y una iguana, se aferraban a las raíces y alargaban los cuellos, mordisqueando la fruta más cercana.

De niño, Víctor había soñado con un lugar así. En muchas ocasiones, allá en el Cinturón de Kuiper, a bordo de la nave minera de su familia, había conjurado imágenes de las selvas de la Tierra y se había imaginado de pie bajo la gruesa cubierta arbórea, respirando el oxígeno penetrante y puro, inhalando sus aromas a humedad y verdor. Padre había pasado la niñez en Venezuela, y de niño Víctor le pedía una y otra vez que describiese una lluvia torrencial sobre la Amazonía o los sonidos y olores de un mundo rebosante de vida.

—¿Qué es esto, Vico? —preguntó Imala—. ¿El suministro de comida?

—Es el soporte vital, Imala. Así generan el oxígeno.

Aleatoriamente había agujeros en el suelo del jardín. Cada uno estaba cubierto por una red que permitía que el oxígeno circulase por la nave sin permitir la salida de los animales.

Víctor contempló a un par de comedores de liquen mordisquear uno de los pilares. Ampliaba la imagen del visor para ver mejor cuando un fórmico apareció del otro lado del pilar, atrapó uno de los comedores de liquen y le rompió el cuello. A continuación, el fórmico metió la criatura en un zurrón que llevaba a la espalda y se fue, desapareciendo bajo la cubierta arbórea.

—Fórmicos cazadores —dijo Víctor—. Seguramente se alimentan de los comedores de liquen. —Con el visor todavía ampliado intentó seguir al fórmico. En su lugar, los binoculares dieron con un grupo de cadáveres de fórmicos amontonados al pie de un árbol. Los cuerpos estaban casi totalmente descompuestos y los insectos

se paseaban por encima—. Usan a los muertos para fertilizar las plantas —dijo Víctor—. No se malgasta nada.

A izquierda y derecha, fuera del jardín, un pasillo se curvaba alrededor del hábitat esférico.

—Voy a rodearlo, Imala, para comprobar si el puente está al otro lado. —Se soltó y avanzó a la derecha, lanzándose de pared a pared para avanzar por el pasillo. Se ocultó con rapidez una vez llegó al otro lado. Fuera de la esfera del jardín había un puñado de fórmicos cazadores. De los zurroneos sacaban comedores de líquen muertos y los metían en tubos que daban a gigantescas ollas de presión. Unas cañerías salían de las ollas y llegaban hasta una zona de alimentación donde había una fila de grifos. Había docenas de fórmicos reunidos junto a los grifos. Cada uno avanzaba, bebía su ración del grifo y se iba.

—¿Así se alimentan? —preguntó Imala—. ¿Un lodo licuado a partir de criaturas cangrejo y que sale de un grifo comunitario? ¿Y esta es una especie avanzada?

—Debo dar con otro camino, Imala. No puedo ir por ahí.

Retrocedió por el pasillo hasta dar con una acanaladura en el suelo. La siguió hasta un pozo estrecho que se saltaba la zona de alimentación. Ese pozo estaba conectado con uno mucho mayor, muy parecido al pozo gigante y vacío que había visto en la bahía de carga.

El pozo daba poco después a una estancia tan ancha como la nave y con forma de rueda gigante. En el centro mismo de la rueda había consolas y equipo, era de suponer que servían para operar los radios de la rueda, que eran enormes tubos transparentes de sesenta o setenta metros de alto que llegaban por todas partes hasta el mismo casco de la nave. Cada tubo tenía diez metros de ancho y al fondo de cada uno había un transporte de tropas, apuntando hacia arriba, listos para el lanzamiento. Cientos de fórmicos subían por la parte inferior de los tubos para pasar a las pequeñas naves, con lanzas fumigadoras en la mano y cargas de gas a la espalda.

—¿Qué está pasando? —preguntó Imala.

—Mandan refuerzos —dijo Víctor—. Lanzan más naves y tropas. Se vengán del ataque gravitatorio.

Los últimos soldados entraron en los tubos y sellaron las puertas. Los fórmicos que se ocupaban de las consolas hicieron girar enormes ruedas y los iris al final de los tubos se abrieron, dejando ver la negrura del espacio.

Sin ningún aviso o cuenta atrás, el mecanismo de lanzamiento envió los transportes como si fuesen el contenido de gigantescos tubos neumáticos, proyectándolos al espacio a tal velocidad que Víctor estimó que los fórmicos que había dentro debían estar experimentando cinco o seis veces la fuerza gravitatoria de la Tierra. El esfuerzo hizo que el mamparo donde estaba se estremeciese para luego quedar otra vez inmóvil. Los fórmicos de las consolas cerraron los tubos de lanzamiento, reiniciaron el mecanismo de lanzamiento y luego se fueron, dejando la sala vacía. Víctor aguardó unos minutos para asegurarse de que no volvía nadie y

luego se lanzó hacia el equipo. Imala no dejó de maldecirle por arriesgarse una vez más.

—Un riesgo *necesario*, Imala. Así renuevan sus fuerzas. Si damos con una forma de sabotear los tubos, podemos cortar su línea de tropas y suministros, podríamos debilitarles por desgaste.

Se detuvo en las consolas, ansioso por examinar la tecnología. Pero al igual que había pasado con la cápsula fórmica que él y Padre habían abordado en el Cinturón de Kuiper, la consola carecía de cualquier rastro de escritura.

—Mira esto, Imala. No hay nada marcado. No hay lenguaje, ni números, ni símbolos de cualquier clase. No hay instrucciones sobre cómo usarla.

—Quizá no precisen de símbolos. Quizá conozcan el equipo a la perfección.

—Todo tiene símbolos, Imala. Los humanos nos perderíamos sin etiquetas en los botones. Haríamos las cosas a ciegas. ¿Cómo se puede medir un fenómeno sin usar números? ¿Velocidad, entrada, combustible, peso, navegación? ¿Cómo pueden garantizar la precisión en todo lo que hacen? Esto es como tener un teclado sin letras. Y mira cómo funciona. Es totalmente mecánico. No hay pantallas ni indicadores. Debe haber una parte informática, pero soy incapaz de dar con ella.

Voló hasta uno de los tubos y examinó el mecanismo de lanzamiento. Le llevó una hora descubrir cómo funcionaba. Imala no dejaba de incordiarle con el tiempo, los niveles de oxígeno del traje y la necesidad de moverse. Al final le hizo caso y se movió, yendo por otro pasillo entre el centro y los tubos de lanzamiento. Durante otra media hora maniobró entre los túneles —retrocediendo en algunas ocasiones para seguir otra ruta— antes de dar con el puente situado, como esperaba, en el centro de la nave. Víctor se ocultó en la entrada y lo grabó todo con la cámara del casco.

El puente era un espacio compacto con apenas sitio suficiente para permitir la presencia de ocho obreros fórmicos, todos ellos atados a barras que iban de suelo a techo. Flotaban sobre una serie de pantallas que mostraban la negrura del espacio desde varios ángulos. En las pantallas se desplazaban objetos diminutos, y el ordenador seguía cada uno de ellos con un punto de luz.

—Debe ser el sistema para evitar colisiones, Imala. Así es como detectan cualquier nave que se aproxime.

—Si aquí siguen esos movimientos —dijo Imala—, probablemente también aquí es donde abren los iris y disparan las armas.

Víctor observó trabajar a los fórmicos, memorizando cada uno de sus movimientos. Su esperanza era dar con un líder, alguien que diese órdenes a la tripulación o, mejor todavía, que controlase las tropas en la Tierra. Un general, un rey, un gobernante, algo... Víctor ya no tenía el dispositivo explosivo, pero sí la pistola. Si mataba al líder, los otros fórmicos del puente acabarían con él. Pero ¿no sería un sacrificio que valdría la pena? ¿No sería tal el deber de todo ser humano, atacar con contundencia incluso a cambio de su vida?

En parte, le había preocupado que una vez en el puente el valor le fallase, que volviese a quedarse petrificado como la primera vez que vio a un fórmico. Pero ahora que había llegado, ahora que tenía la mano en la pistola y la oportunidad a la vista, toda duda quedó sustituida por una tranquilidad sorprendentemente firme. Comprendió que *estaba* preparado para morir. Los fórmicos habían matado a Alejandra, Concepción, Toron y Padre. Habían destruido su nave, su único hogar, todo lo que había poseído y le importaba. Quizá incluso a Madre.

Sí, podía matar. Y lo haría con alegría.

Pero al observar a los fórmicos presentes en el puente, comprendió con rapidez que no había nadie al mando. Nadie daba órdenes, nadie compartía información, nadie pedía instrucciones a un superior. Tampoco se compartían mensajes escritos, ni gestos, ni comunicaciones de ningún tipo.

En ese momento Víctor lo comprendió todo.

Retiró la cámara del casco y la situó en una esquina, cerca del techo, para ver bien la consola y el panel principal de instrumentos. Luego retrocedió y se ocultó en el pozo.

—¿Alguna vez has estado en el puente de una nave grande, Imala? Me refiero a cuando hay una amenaza cerca.

—No.

—Es un caos. La gente grita por todas partes, pasándose información, compartiendo lecturas informáticas. Hay ruido, todo va rápido, y en un entorno puramente colaborativo. Todo el mundo se asegura de que todos los demás tengan la información necesaria para ejecutar sus labores.

—Y, sin embargo, los fórmicos del puente actúan como si los otros no existiesen —dijo Imala.

—Ninguno habla —dijo Víctor—. Guardan absoluto silencio. Sabíamos que los soldados fórmicos de la Tierra no hablan, pero siempre dimos por supuesto que se debía a que su único interés era matar. Pero *estos* fórmicos deberían encontrarse en situación de crisis. Acaban de recibir un ataque. Deberían estar en máxima alerta. ¿Y los has visto? ¿Te diste cuenta de que hacían cosas simultáneamente a pesar de no estar mirando a los otros?

—Es casi como si *estuviesen* hablándose —dijo Imala.

—Exacto. Creo que efectivamente *están* hablándose. Solo que de una forma que no podemos ver. Mente a mente.

—¿Telepatía?

—Sé que suena estúpido, Imala, pero responden instantáneamente a estímulos que no podrían conocer a menos que alguien se los comunicase. Y, sin embargo, nadie les dice nada. —Salió del escondite—. He dejado la cámara en el puente. Sigue grabándolo todo. Vuelvo contigo. Regresamos a la Luna. Aquí ya hemos descubierto todo lo que podíamos.

—Aleluya. Ten cuidado.

Regresó deshaciendo el camino, quedándose en las sombras y evitando ser visto. El pozo ancho del jardín le llevó directamente, como había esperado, a la bahía de carga. Los restos de las naves humanas habían vuelto a flotar hasta el centro de la cámara. No se veía al equipo de reparación. Víctor se dirigió al pozo inicial y lo siguió hasta llegar al punto donde había hecho el corte para entrar en la nave. Salió al exterior, selló el agujero, retiró la burbuja y voló hasta donde el cañón fórmico estaba aplastado contra el casco. Entre los restos había un agujero con el tamaño justo para salir. Así se liberó de la nave.

Vio la lanzadera, apuntó el cuerpo y se impulsó con la fuerza justa para moverse muy despacio. A esa velocidad le llevó una hora llegar a la lanzadera. Al entrar en la cabina sintió tal felicidad de volver ver a Imala que extendió los brazos para abrazarla. Ella hizo una mueca y mostró una mano para pararle.

—Tienes todo el traje cubierto de excrementos fórmicos y jugo de bicho luminoso. Ni se te ocurra tocarme.

Víctor usó un dedo para retirar parte de la suciedad del pecho y lo agitó frente a su cara.

A Imala no le hizo gracia.

—Si te acercas más te rompo el dedo.

Víctor sonrió. Cogió toallitas de un compartimento y empezó a limpiarse.

—Estoy vivo, Imala. No pensaba que fuese a sobrevivir, pero aquí estoy, vivo y coleando. Va a ser preciso algo más que tu mal humor para aguar-me el ánimo.

—Has hecho un vídeo, Vico. Eso es todo. No hemos acabado con la guerra.

—Si te concentras excesivamente en la meta que no has logrado, pierdes de vista las victorias que has conseguido por el camino.

—¿De quién es eso? —preguntó Imala—. ¿Churchill? ¿Sun Tzu?

—No —dijo Víctor—. Mi padre.

Imala sonrió y apartó la vista de la consola.

—Tienes razón. Esto ha sido una victoria, ¿no? Enorme. Quizá alguien vea el vídeo y descubra cómo destruir la nave.

Una enorme sonrisa apareció en el rostro de Víctor.

—Pero Imala, cariño, esa persona soy yo. Sé exactamente cómo destruir esa nave.

Imala lo miró fijamente.

—En ese caso, ¿por qué nos vamos?

—Porque no podemos hacerlo nosotros solos. Hace falta el equipo adecuado. Una vez reunamos a los demás, volveremos y acabaremos el trabajo.

—¿Vamos a volver?

Víctor se sentó y fue fijando las correas.

—Nunca se deja un trabajo a medias, Imala.

Ella volvió a prestar atención a los controles de vuelo.

—¿Más citas de tu padre?

—No. Esa es puramente de mi cosecha.



## Buldóceres

El golpe en la puerta despertó a Mazer por sorpresa. En la oscuridad se sentó en la cama, y recordó dónde se encontraba. La habitación de hotel. Lianzhou. Un lugar seguro. Usó el pad de muñeca, que Shenzu le había dado la noche antes, para comprobar la hora. Eran más de las tres de la madrugada.

Retiró la sábana de un golpe y salió de la cama. Las imágenes de su sueño se desvanecían lentamente como el vapor. Estaba con Kim en las ciénagas de Manukau. Habían ido a ver cómo las limosas paseaban por las ciénagas e introducían el largo y delgado pico en el lodo en busca de comida. Había decenas de miles de pájaros, todos graznando, piando y echándose a volar al unísono, todos a una.

Solo que las limosas habían cambiado. Eran aves gordas de pico largo y de pronto se transformaban en fórmicos en miniatura, recorriendo el agua sobre sus seis apéndices, atravesando el lodo y luego la tierra seca, corriendo en oleada hacia Mazer y Kim, a miles, cada uno creciendo hasta que los fórmicos tenían su tamaño, y luego el doble. En ese punto Kim había agarrado a Mazer del brazo y había lanzado un grito. Al instante, el grito era un chasquido agudo y, en realidad, no era Kim era un fórmico, con la mandíbula bien abierta, dispuesto a tragarse a Mazer.

Tres golpes más en la puerta. Duros e insistentes.

Mazer dio con los pantalones, se vistió y atravesó la oscuridad para llegar a la puerta. En el pasillo había dos soldados chinos armados con linternas. Uno era un *lie bing*, el otro un *zhongzhi*, o los equivalentes chinos a un soldado raso y un sargento.

—Por favor, acompáñenos —dijo el *zhongzhi* hablando en chino—. A usted y al capitán O’Toole se les requiere de inmediato.

Mazer terminó de vestirse y recogió el poco equipo que tenía. De camino pararon en la habitación de Wit y le despertaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Wit.

Los soldados chinos no respondieron.

—Creo que no hablan inglés —dijo Mazer. Tradujo la pregunta al chino.

—El capitán Shenzu se lo explicará —respondió el *zhongzhi*.

Llegaron al vestíbulo y se encontraron a Shenzu hablando con un joven oficial ataviado con un biotraje. Shenzu les indicó que se acercasen y señaló al hombre que tenía delante.

—Capitán Rackham, capitán O’Toole, este es el teniente Hunyan. Él comandará el convoy al Cubil del Dragón. Tenemos un pequeño cambio de planes.

Hunyan levantó la muñeca y proyectó un mapa en el aire, frente a todos.

—Esta es la ruta del convoy. La mayor parte del trayecto transcurre directamente por la autopista hacia el oeste. Hace dos días mandamos un equipo de buldóceres para despejar el camino, y desde entonces no han dejado de apartar coches abandonados y otras obstrucciones. Es decir, hasta hace cuatro horas. En este punto perdimos contacto con ellos. —Hunyan indicó un punto en la ruta que se encontraba a unos sesenta kilómetros de distancia—. Sufrieron el ataque de un enjambre de deslizadores fórmicos. Disponemos de imágenes de satélite del resultado.

Hunyan mostró una de las imágenes de infrarrojos. La devastación resultaba más que evidente. Había tres buldóceres destrozados. Eran vehículos pesados y voluminosos, muy lejos de los buldóceres normales o agrícolas, sino la versión grande e industrial, con cabinas impenetrables y ruedas de tres metros de alto. Cada uno de los buldóceres disponía de una hoja en forma de V que sobresalía de la parte frontal como si fuese una lanza. Las hojas tenían casi el doble de ancho que el vehículo y casi la misma longitud. El buldócer adquiría así un aspecto amenazador, como si fuese una gigantesca flecha de hierro. Uno de los buldóceres ardía, echando humo por la cabina, lo que oscurecía un poco la imagen. Otro buldócer estaba de lado, la parte izquierda totalmente hundida. Un tercero tenía un enorme agujero en un lateral, allí donde el disparo de plasma lo había atravesado por completo.

—¿Supervivientes? —preguntó Wit.

—Uno de los conductores —dijo Hunyan—. El de ese buldócer, el que está de lado. Está atrapado en la cabina. Enviamos un vehículo blindado para rescatarlo.

—A juzgar por la expresión de su cara y por el hecho de que nos hayan sacado de la cama —dijo Wit—, yo diría que el vehículo blindado jamás llegó a su destino.

—Por desgracia, así es —dijo Hunyan.

Recorrió el holocampo y apareció otra imagen de satélite. Mostraba otra zona de la carretera con sus perfiles destacados con distintos tonos de gris. Había un vehículo blindado en dos piezas sobre el asfalto, los bordes retorcidos y serrados como si lo hubiesen desgarrado. En la hierba cercana se veía arder una rueda envuelta en llamas. En medio de la carretera había un soldado chino tendido de espaldas sobre un charco de sangre. Junto al cuerpo del hombre se alzaban dos figuras que parecían ser fórmicos.

Wit alargó la mano al holocampo y extendiendo el pulgar y el índice para ampliar a los fórmicos. No sirvió de nada; la imagen seguía difusa.

—¿Qué le están haciendo los fórmicos?

—Lo sacaron de entre los escombros —dijo Hunyan. Hizo otro gesto hacia el campo y se inició un vídeo. Era la imagen de la cámara del casco del conductor, tomado inmediatamente después del choque. Era un vídeo oscuro y verde, con líneas de interferencia y estática que bailaban por la pantalla. El hombre estaba de lado. Los datos biométricos que aparecían en una esquina del vídeo daban a entender que



estaba herido de gravedad. La presión sanguínea no dejaba de descender. Respiraba con dificultad.

Aparecieron figuras negras que retiraron el metal de la cabina. Dos fórmicos, tranquilos y de ojos saltones, con el equipo en las manos. El soldado protestó con debilidad. Se le aceleró el corazón. Intentó retroceder, pero no tenía escapatoria. Las manos se alargaron y lo sacaron. El hombre lanzó un grito de dolor. Una pequeña silueta del cuerpo del soldado, en la parte superior derecha de la imagen, se puso a parpadear en rojo sobre la pierna. Tenía el fémur gravemente dañado.

La imagen osciló cuando los fórmicos sacaron al hombre y lo dejaron sobre el asfalto. Uno de los fórmicos le quitó el casco. El mundo dio vueltas. Dejó el casco en el suelo, ahora mirando hacia los escombros.

—Aquí se produce un minuto de silencio —dijo Hunyan—. No sabemos qué pasa. La presión sanguínea del conductor sigue bajando hasta que muere. Creemos que se desangró. No sabemos si los fórmicos le hicieron algo. —Hunyan alargó la mano y paró el vídeo—. Después los fórmicos se fueron.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó Wit.

—El conductor del buldócer virado en el primer ataque sigue atrapado en la cabina, vivo —dijo Hunyan—. Y todavía hay que despejar cinco kilómetros. Necesito que usted y el capitán Rackham liberen al conductor. Luego ofrecerán protección mientras el conductor despeja el resto del camino. En caso contrario, el convoy no podrá pasar.

—Los buldóceres están todos destrozados —dijo Wit—. A menos que tenga otro, nadie va a despejar nada.

Hunyan se dirigió a Mazer.

—Me han dicho que es piloto de HERC.

—Es el mejor piloto de HERC —dijo Wit—. ¿En qué piensa? ¿Llevar volando el buldócer?

—Es más rápido que conducir —dijo Hunyan. Luego le habló a Mazer—. ¿Alguna vez ha llevado una carga tan pesada?

—El peso no importa —dijo Mazer—. Las lentes gravitatorias desvían las ondas de gravedad de la Tierra, situándolas alrededor de la nave. Solo tengo que ajustar las lentes para equilibrar exactamente la masa terrestre y mantener una distancia constante.

—¿Y si el conductor está herido y no puede completar el trabajo? —dijo Wit.

—En ese caso yo conduciré el buldócer —dijo Shenzu—. Voy con ustedes. Simplemente asegúrense de que ningún deslizador me lanza un proyectil de plasma.

—El Cubil del Dragón está mucho más cerca de ese punto que nosotros —dijo Mazer—. ¿Por qué no enviar un equipo de rescate desde allí?

—No pueden llegar —dijo Hunyan—. No tienes buldóceres para superar los obstáculos.

—Ahí queda nuestra noche completa de sueño —dijo Mazer—. ¿Dónde está el aeródromo?

Hunyan les llevó al exterior, donde esperaba un camión. Shenzu, Wit y Mazer subieron a la plataforma y Hunyan se puso al volante. Recorrieron la ciudad hacia el oeste con los faros del camión cercenando la oscuridad. El aire nocturno era frío y húmedo, por lo que Mazer se abrochó bien la chaqueta. No vieron a nadie ni oyeron nada. Los edificios destacaban como enormes sombras, tenebrosos, vacíos y extrañamente silenciosos. En las calles había un penetrante olor a podrido: quizá basura sin recoger o el agua estancada de las alcantarillas, ahora inmóvil por la falta de energía.

En las afueras de la ciudad los edificios cedían el dominio a los grandes complejos industriales, con sus cañerías, torres y silos de extrañas formas. A continuación, los campos de arroz planos, que para sorpresa de Mazer seguían con vida. Las altas plantas se agitaban en la oscuridad como si fuesen la superficie del mar.

Hunyan pasó a una carretera de servicio, atravesó una valla de seguridad abierta y llegó hasta la misma pista del pequeño aeródromo. Fuera de un hangar se encontraba el HERC. Un equipo de técnicos con luces en los cascos le daban el último repaso. Junto al HERC había un buldócer blindado con su pesada flecha extendiéndose como una cuña. La imagen de satélite no le había hecho justicia. Era dos veces más largo de lo que Mazer había estimado. Las ruedas eran más altas que el camión.

—¿Estas seguro de que tu navecilla puede levantar esa cosa? —dijo Wit—. Es como una naranja levantando una piña.

—No habrá ningún problema —dijo Mazer—. Tenemos a la ciencia de nuestra parte.

Hunyan aparcó el camión en el interior del hangar junto a tres grandes cajas. Saltó del camión, abrió las cajas y se puso a distribuir el equipo.

—No se quitarán en ningún momento estos biotrajés. Cada uno lleva cuatro minitanques de oxígeno. En el HERC hay oxígeno extra. Les aconsejo que en todo momento lleven dos contenedores encima. —A Wit le entregó un rifle de asalto—. Tiene selección inteligente de blanco. Elija al fórmico usando el VCA y la munición inteligente se encargará del resto. Si el blanco está a menos de mil metros, matarlo está casi garantizado. Encaje este cañón secundario para el lanzagranadas.

Wit encajó el cañón y lo retiró, haciéndose al mecanismo. Mazer cogió un rifle y una caja de munición para lanzagranadas. A continuación, abrió el biotraje y se lo puso por encima de la ropa.

—Desde aquí seguiremos su avance —dijo Hunyan—. Buena suerte.

Shenzu, Wit y Mazer cerraron las cremalleras de los biotrajés, se pusieron los cascos y subieron al HERC. Shenzu ocupó el asiento del copiloto, mientras que Wit se acomodó en un asiento de salto de la cabina principal.

—De la orden del partir, Shenzu —dijo Wit—. Esta operación es suya.

—No soy más que el oficial de contacto —respondió Shenzu—. Usted es el oficial con experiencia en estos casos. Yo digo que está al mando.

—Muy bien —dijo Wit—. Mazer, arriba.

—Sí, señor.

Mazer despegó, maniobró el HERC para situarlo sobre el buldócer y activó las garras, que se desplegaron desde los laterales y descendieron sobre el buldócer como unas gigantescas patas de araña. Cuatro de las garras agarraron el buldócer por un lado y lo elevaron para permitir a las dos últimas garras meterse por debajo y fijarlo. Mazer ejecutó unas comprobaciones para garantizar la seguridad de la carga. A continuación, ajustó las lentes y se elevó lentamente.

Cogieron la autopista al sur de Lianzhou y volaron rectos por el centro de la vía, a poca altura y rápido, con la parte inferior del buldócer a pocos metros del suelo.

—Vigila los cielos —dijo Wit—. Con una carga de este tipo somos un blanco fácil. Tendremos poca maniobrabilidad.

—Si algo viene a por nosotros —dijo Mazer—, deberíamos dejar el buldócer en el suelo, aterrizar rápidamente, abandonar el HERC y buscar refugio.

—¿Por qué no dejar caer el buldócer y luchar? —preguntó Shenzu.

—Porque muriendo no ganamos nada —dijo Mazer—. No estamos en una aeronave de combate. Sirve para levantar cargas. No es ágil. Los fórmicos pueden bailar a nuestro alrededor. Lo aprendí por las malas. Además, no vamos armados para una pelea de verdad. Disponemos de unos cohetes y un láser. Eso está muy lejos de lo necesario para pelear. Si llegase el caso, perderíamos.

—Tiene razón —dijo Wit—. Si los bichos se nos acercan, o escapamos o fracasamos.

Volaron en silencio, Mazer siguiendo la pantalla de radar por si aparecían fórmicos. Se le hacía extraño volar sin tener al lado a Patu, Fatani y Reinhardt. Le habían acompañado durante miles de horas de vuelo, durante todo despegue, en toda maniobra.

Y ahora ya no estaban.

Mazer había pensado una y otra vez en el accidente. El HERC había caído como una piedra desde una pequeña altura. Los paracaídas habían fallado y las hélices no se habían desplegado a tiempo. Teniéndolo todo en cuenta, Mazer también debería haber muerto, pero por alguna razón aquí estaba, salvado por los airbags y la suerte sin haber sufrido más que una fea herida en el vientre.

Lo que le había salvado había sido el ángulo de caída del HERC. Fatani era pesado y estaba sentado en el lado opuesto y hacia atrás. Quizá había sido esa la causa de la inclinación justa del HERC para que aterrizase de esa forma, para que en el momento del impacto Mazer estuviese más lejos del suelo que los otros, lo que dio a los airbags un microsegundo más para desplegarse.

Nunca supo qué le había abierto el abdomen. Quizá una sección rota de la consola. O algún fragmento volador. Fuese lo que fuese, había tenido suerte de que

no le cortase por la mitad. Quizá él mismo se lo había quitado justo después del choque, tirando de él por efecto de algún reflejo por la supervivencia. No se acordaba. Todo lo relativo a ese punto era muy nebuloso, una confusión impenetrable de ruido, calor y dolor.

Tras el impacto sus compañeros no emitieron ningún ruido y esperaba que no hubiesen sentido las llamas que vinieron a continuación. Eso era algo que no podía olvidar: ese calor tan primordial, como si el propio aire se hubiese incendiado. Había estado tendido a poca distancia, aspirando humo y los vapores acres del plástico fundido y la carne humana quemada mientras la nave restallaba, crepitaba y chisporroteaba al arder.

Él había sido el líder. Su obligación era protegerles. Les había fallado; a ellos y a sus familias.

—Nos acercamos al vehículo blindado —dijo Shenzu.

Mazer redujo la velocidad de aproximación y al llegar los dejó flotando justo encima, iluminando los restos con los focos. Las dos mitades del vehículo yacían sobre el asfalto, retorcidas como delgadas láminas de aluminio. El conductor seguía tendido de espaldas en el centro de la carretera, allí donde los fórmicos lo habían dejado.

Wit fue a la cabina.

—¿Podemos obtener mejor imagen del conductor?

Mazer dio la orden y la imagen del conductor apareció en el holocampo sobre el panel de instrumento. Las potentes luces del HERC dotaban al cadáver de una apariencia pálida y fantasmal. Los fórmicos lo habían destripado. El corte recorría completamente el estómago de un lado al otro, justo por encima del ombligo, abierto como un saco. Gran parte del intestino delgado se había salido como una cuerda rosa y húmeda, colgando por un lado y sobre la entrepierna.

Shenzu apartó la vista.

—Amplía el estómago —dijo Wit.

Mazer lo hizo. La imagen era horrible. Bajo la potente luz el uniforme empapado de sangre parecía casi negro.

—No pudo sufrir esa herida en el choque —dijo Mazer—. El corte es demasiado recto. Y estuvo con vida demasiado tiempo. De haber sufrido una herida de ese tipo se habría desangrado de inmediato.

—¿Entonces? —dijo Shenzu.

—Muy probablemente no murió por la herida del abdomen —dijo Wit—. Los fórmicos lo destriparon después de muerto.

Mazer amplió más la imagen, concentrándose en la piel alrededor del abdomen.

—Mira la incisión. Parece cauterizada.

—¿Un láser? —dijo Wit.

—Es lo que supondría —dijo Mazer.

—Un momento —dijo Shenzu—. ¿Dice que los fórmicos esperaron a que muriese y luego lo abrieron con un láser?

—No se limitaron a abrirlo —dijo Wit—. Hurgaron en su interior y sacaron buena parte del intestino delgado.

—¿Para qué? —dijo Shenzu.

Mazer se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá sea parte de su religión. Algún tipo de ritual con los muertos. Quizá sea su forma de honrar a un enemigo caído.

—En ese caso, ¿por qué no se lo hemos visto hacer antes? —dijo Wit—. No han hecho nada que dé a entender que nos valoren de ninguna forma.

—Quizá hayan aceptado que somos enemigos formidables —dijo Mazer—. Quizá antes nos minusvalorasen y ahora comprenden que no aceptaremos con facilidad lo de extinguirnos.

—O podría ser lo contrario —dijo Shenzu—. Quizá así es como profanan a los muertos. Una muestra de deshonor y desprecio. Como mear sobre una tumba.

Wit colocó su pad de muñeca en el holocampo y cargó las imágenes.

—Se las enviaré al general Sima y a Strategos. Quizá ellos tengan alguna idea. Sigamos.

Mazer volvió a despegar y avanzaron a buen ritmo. Bien en lo alto observaron algunos cazas fórmicos, pero estos mantuvieron la altitud y no se acercaron. Diez minutos después, el radar mostró media docena de deslizadores a varios kilómetros por delante, cruzándose por su camino en dirección norte. Mazer aterrizó con rapidez cerca de una arboleda y desactivó toda la energía. Esperó a que los deslizadores pasasen y se alejasen una buena distancia. Luego volvió a activarlo todo y continuaron.

Al aproximarse a los tres buldóceres destrozados, el borde del horizonte empezaba a iluminarse por la llegada del amanecer.

Mazer depositó el nuevo buldócer sobre la autopista y desactivó las garras.

El buldócer volcado se encontraba a un lado, un poco salido de la carretera. Su volumen cruzaba una zanja de desagüe. La enorme abolladura de un lado daba a entender el impacto de algo muy duro que había aplastado parcialmente la cabina principal. Mazer aterrizó el HERC junto al buldócer para luego salir siguiendo a Wit y Shenzu. Los tres treparon al buldócer y en su interior encontraron al conductor con vida. Parecía estar perfectamente excepto por un pequeño corte en la frente.

—La puerta está aplastada —dijo en chino—. No puedo abrirla.

Así era. La estructura se había doblado y plegado hacia dentro. De no haber sido por las barras de refuerzo de la cabina, él también habría acabado aplastado.

—Hay que cortar —dijo Wit.

Mazer sacó una cortadora láser de la caja de herramientas y la usó para soltar la puerta. El conductor salió arrastrándose y les dio efusivamente las gracias. Tenía la camisa y el pelo manchados de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Shenzu.

El conductor respondió en chino.

—Transportes de tropas. Tres en total. Aparecieron de improviso, silenciosos como hojas. Los fórmicos salieron en oleada y treparon por mi buldócer hasta la cabina. Tenía a seis justo delante, al otro lado del cristal. Pensé que lo romperían para entrar, pero se limitaron a mirarme fijamente, como si esperasen mi invitación para pasar.

—¿Qué hicieron los otros conductores? —preguntó Shenzu.

—Tuvieron el mismo problema. Los fórmicos también subieron hasta las cabinas. Había bichos encima de todos.

—¿Antes de atacar? —dijo Shenzu.

—Antes de nada —dijo el conductor—. Nadie había enseñado todavía un arma. Entonces el cabo Jijeng, uno de los conductores, se asustó y se puso a gritar presa del pánico. Por la radio le dijimos que se tranquilizase, que quizá se fuesen. Pero no nos hizo caso. Desenfundó y disparó a dos a través del cristal. Ahí todo empeoró. Los fórmicos corrieron de vuelta a los transportes y abrieron fuego. Primero mataron a Jijeng. Le incineraron. No estoy seguro con qué le dieron. Su buldócer estaba ahí y de pronto había tanto fuego que pensé que el mundo entero se había incendiado.

—¿Y el otro buldócer? —preguntó Shenzu.

—Le dispararon con otra cosa. No era fuego. Algo espeso, como una gelatina. Atravesó completamente la cabina.

—¿Y tú? —dijo Shenzu—. Da la impresión de que te embistieron.

—Uno de los transportes —dijo el conductor—. Me dio con tal fuerza que pensé que me había partido por dentro. Todavía no sé por qué. Lo más fácil habría sido dispararme con la gelatina.

—Tuviste suerte —dijo Shenzu.

Wit le pidió a Shenzu que tradujese la declaración del conductor. Al terminar, Wit dijo:

—Pregúntele si todavía puede conducir un buldócer.

Shenzu lo tradujo y el hombre asintió.

—Los fórmicos no me van a detener, señor.

Mazer le vendó la cabeza. Luego el conductor se subió a la cabina del nuevo buldócer y arrancó los motores. Mientras apartaba los restos de los otros buldóceres, Shenzu leyó un mensaje de su pad de muñeca.

—El convoy ya ha salido de Lianzhou. Dicen que será mejor que tengamos el camino despejado para cuando lleguen.

—Eso, sin presión —dijo Mazer.

Los tres regresaron al HERC y se elevaron. Wit ocupó el asiento del copiloto y Shenzu se instaló en el asiento de la cabina principal. Siguieron al buldócer mientras este recorría la autopista eliminando obstáculos.

Avanzaron lentamente durante varios kilómetros sin encontrar resistencia. Mazer empezaba a pensar que podrían completar la misión cuando la cabeza del teniente Hunyan apareció en el holocampo del HERC.

—Tenemos un problema —dijo Hunyan—. La nave nodriza fórmica ha lanzado más de sesenta transportes de tropas. Se han dispuesto sobre una distancia de trescientos kilómetros y ahora mismo atraviesan la atmósfera. Pekín les sigue el rastro y han calculado sus trayectorias futuras. Varios se dirigen hacia nuestra posición. Les envío los datos.

En el holocampo aparecieron imágenes y mapas.

Mazer los examinó, comprobó el punto donde los refuerzos entraban en la atmósfera y se volvió hacia Wit.

—Deberíamos elevarnos y reunir toda la información posible.

—Estoy de acuerdo. Shenzu, dígame al conductor del buldócer que siga con su tarea y que despeje la carretera cueste lo que cueste. Mazer, arriba.

Mazer hizo girar el HERC ciento ochenta grados y luego se elevó directamente. Wit se agarró para mantenerse firme y Mazer sintió una convulsión en el estómago. Subieron a buena velocidad, escaneando en todo momento, y se detuvieron a siete mil metros. Al principio los sensores no detectaron nada, para luego ponerse a emitir pitidos. Docenas de puntos aparecieron en el radar.

—Los vemos —le dijo Mazer a Hunyan—. Vienen a toda velocidad. Cuento cuatro transportes que van a la posición del convoy. —Leyó las distancias, velocidad y ángulos de aproximación.

—Teniente —dijo Wit—. ¿Pueden hacer girar el convoy y regresar a Lianzhou?

—Negativo —dijo Hunyan—. Estamos a veinte kilómetros de la ciudad. Hay apenas ancho suficiente para que pasen los vehículos. No hay lugar donde dar la vuelta.

—¿Quién le acompaña? —preguntó Wit.

—El equipo científico, una docena de oficiales y más de trescientos soldados.

—¿Armamento? —preguntó Wit.

—Disponemos de misiles antiaéreos y cuatro vehículos blindados de despegue vertical que nos apoyan. Nos hemos detenido y estamos formando un perímetro.

En la distancia, Mazer vio cuatro destellos blancos en la atmósfera. Las luces descendieron a velocidad hipersónica, dejando atrás una estela ancha.

A la izquierda de Mazer hubo otro destello de luz, muy al sur, que venía hacia ellos.

—Nueve en punto —dijo Wit.

—Lo veo —dijo Mazer. Giró el HERC a la izquierda y lo inclinó hacia arriba para que los sensores pudiesen ver mejor la nave que se aproximaba.

—¿Podemos tener imagen? —preguntó Wit.

Mazer parpadeó para dar la orden al interfaz del casco y el transporte apareció en el holocampo. No había mucho que ver; un calor abrasador rodeaba todo el

transporte, lo que oscurecía su morro.

—¿Adónde va? —preguntó Wit.

—Estoy en ello —dijo Mazer. Movi6 las manos con rapidez en el holocampo, recogiendo datos a toda prisa y lanzándolos a los receptáculos adecuados para su procesamiento. La respuesta apareció en el mapa y a Mazer le dio un vuelco el corazón—. Su trayectoria lo deja muy cerca del Cubil del Drag6n.

—¿Cuánto de cerca es muy cerca? —dijo Wit—. ¿Tan cerca que está claro que el Cubil del Drag6n es el objetivo o lo suficientemente alejado como para ser una coincidencia?

—Ambas —dijo Mazer—. Podría ser que fuese a por el Cubil del Drag6n. Podría ser que no.

—Ahí hay civiles.

—Miles. Probablemente en su mayoría mujeres y niños.

—¿Ideas? —preguntó Wit.

—Haremos que el transporte salga del cielo un poco antes de lo que espera.

—Dijiste que esta no era una nave de combate —dijo Wit—. Dijiste que no era lo suficientemente ágil.

—Totalmente cierto —dijo Mazer—. Así que usémosla para lo que se la diseñó.

Mazer movió rápidamente la mano por el holocampo. Hizo que la inteligencia artificial verificase la trayectoria del transporte y fijase su posición exacta en distintos momentos del tiempo. Luego dio una serie de órdenes y el HERC salió disparado hacia delante, hundiéndole a él y a Wit en los asientos. A medida que el HERC ascendía los números del altímetro cambiaban.

—Si hay un plan en marcha —dijo Wit—, este es un buen momento para compartirlo.

—No podemos disparar al transporte —dijo Mazer—. Tiene un escudo. Así es como logra la entrada en la atmósfera.

Wit se aferró al agarre que tenía sobre la cabeza. Tenía los nudillos blancos.

—Así que no podemos derribarlo. Genial. Ese no es el plan.

—En cualquier caso, tampoco queríamos dispararle —dijo Mazer—. Aun sin escudo. A menos que te coloques justo encima, puede esquivar todo lo que usemos. Yo digo que lo derribemos de la misma forma que hemos derribado otros transportes. Lo llenamos de granadas.

—Todos los transportes que hemos destruido estaban en el suelo —dijo Wit—. Los engañamos para que aterrizasen, y luego saltábamos al ataque desde los arbustos. A esta altura no logro dar con ningún arbusto.

—Me colocaré encima y lo pillaré con las garras. Tan pronto como los fórmicos desactiven el escudo, tú cortas el casco y lanzas las granadas.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que desactivarán los escudos?

—Sentirán la amenaza. No se pueden defender con los escudos activados. Ya sabes cómo son, responden siempre con una fiereza ciega, incluso si así se arriesgan



todavía más. Una vez que los atrapemos, harán lo posible por librarse de nosotros, hasta el punto de bajar los escudos. Y si no lo hacen de inmediato, los desactivarán al aterrizar. En caso contrario no podrían desembarcar. Entonces los destruiremos.

—La verdad es que me gustaba más cuando no conocía tu plan —dijo Wit.

—Vete a la cabina principal —dijo Mazer—. La puerta de salida está en el centro del suelo. La abriré cuando llegue el momento. Fíjate al cabestrante del techo. En el suelo hay puntos para fijar las botas. Agárrate bien. Cuando abra la puerta, tendrás el casco del transporte justo debajo. Usa el láser para cortar. Una vez que tires las granadas nos soltamos, nos alejamos y ellos se convierten en metralla en el cielo.

—¿Quieres atrapar una nave espacial extraterrestre que se mueve a velocidad hipersónica?

—Ya no se está moviendo a velocidad hipersónica. Ha reducido drásticamente la velocidad. Irá todavía más despacio para cuando lleguemos hasta él.

—¿Cómo de despacio es despacio?

—¿Unos cientos de kilómetros por hora?

—Por supuesto —dijo Wit. Se puso a soltar el arnés del asiento—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Menos de dos minutos. Te sugiero que te des prisa.

Wit se soltó y se puso en pie.

—¿Cómo te vas a acercar tanto como para atraparlos sin que nos disparen?

—Llegaremos por encima. No prestarán atención en esa dirección. Probablemente. Además, es un transporte. No están diseñados para viajar por el espacio profundo. No disponen de sistemas para evitar colisiones. O al menos los que hemos destruido no los tenían y este no parece ser diferente. Además, todavía no saben que somos una amenaza.

—Claro que somos una amenaza. Somos una nave armada.

—Los fórmicos pasan de nosotros hasta que nos consideran una amenaza. Piensa en los fórmicos que atacaron los buldóceres. Mataron solo después de que nuestro hombre atacase. Solo responden cuando nos enfrentamos a ellos, cuando nos resistimos. En caso contrario no les compensa prestarnos atención.

—¿Qué hay del vehículo blindado partido por la mitad? ¿El hombre destripado en el asfalto?

—Quizá disparó primero. Quizá el artillero se enfrentase a ellos.

—O quizá no tienes ni idea.

—Quizá —dijo Mazer—. O quizá tengo razón. En cualquier caso, te quedan unos sesenta segundos hasta que los interceptemos. ¿Lo vas a hacer o no?

Wit lo pensó un momento y asintió.

—¿Cómo me fijo al cable del cabestrante?

—En un compartimento de la cabina principal, justo detrás de mí, hay un arnés para el cuerpo. Póntelo y aprieta las cintas alrededor de los muslos, pecho y hombros.

Luego fija el mosquetón del pecho del arnés al mosquetón del cable de la polea. Cada una tiene un cierre de tornillo. Derecha para apretar, izquierda para soltar.

—Sé cómo girar un tornillo —dijo Wit. Abandonó la cabina y fue atrás.

Mazer le oyó rebuscar en el compartimento para recoger el equipo. Ahora ya se encontraban por encima del transporte. Había reducido mucho la velocidad. Mazer no sabía si el escudo seguía activo o no. Le gritó a Wit:

—¿Te lo has puesto?

—Me lo he puesto. Solo el cielo sabe si lo he fijado correctamente.

—¿Te da la impresión de que te está apretando la entrepierna como nunca? —preguntó Mazer.

—Lo tengo tan encajado por detrás que es prácticamente parte de mi sistema digestivo —respondió Wit.

—Entonces lo llevas bien. Tira un poco del cable y asegúrate en uno de los asientos de salto. Una vez que estemos en posición abriré la puerta y podrás levantarte.

Un momento más tarde, Wit dijo:

—Estoy sentado. Y ya empiezo a lamentar esta idea.

Mazer se puso a parpadear órdenes, preparándose.

—Agárrate a algo. Los impulsores seguirán en marcha, pero una vez que desactive las lentes gravitatorias perderemos altitud rápidamente. Cuanto menos tiempo tengan para reaccionar, mejor para nosotros.

Metió la mano en el holocampo donde había aparecido el control virtual de las lentes de gravedad.

—¡Allá vamos!

Las correas en el regazo y pecho de Mazer se tensaron al elevarse del asiento.

Agarró el mando con fuerza, respirando con calma, tranquilo.

El transporte se encontraba doscientos metros más abajo.

Ciento cincuenta.

Cien.

Mazer no redujo la velocidad. Tenía el estómago en la garganta. Observó al transporte por medio de las cámaras externas, la imagen proyectada en el holocampo. Sabía que el transporte podría reaccionar en cualquier momento. Podría girar, inclinarse o avanzar para escapar.

Cincuenta metros.

El transporte ni se inmutó.

Cuarenta metros.

No se movía.

—¡Preparados para el impacto! —dijo Mazer.

A los diez metros, el transporte se agitó a la izquierda para evitar la colisión, pero Mazer reaccionó al instante, afinando la aproximación, y justo antes del impacto lanzó las garras.

Las dos naves chocaron violentamente. La parte inferior del HERC pegó contra el techo del transporte produciendo un estremecimiento que agitaba los huesos. De no ser porque las garras atraparon los laterales del transporte y se fijaron con fuerza, el HERC habría rebotado. Mazer se sintió impulsando con fuerza contra el arnés mientras se disparaban alarmas por toda la cabina.

El transporte descendió un momento, para luego enderezarse y moverse de un lado al otro, intentando liberarse. Mazer se agitó violentamente, sujeto por el arnés, mientras las garras gemían y se resistían.

Wit gritó desde atrás.

—No podemos hacerlo si es como un rodeo. ¿Tiene los escudos activos?

Mazer fue cambiando entre las imágenes de las cámaras exteriores y comprobó que las garras se encontraban a pocos centímetros del casco.

—Afirmativo. Los escudos siguen activos.

—No podremos retenerlo para siempre —dijo Wit.

—En ese caso les convenceremos para que desactiven los escudos. ¿Sigue sujeto?

—Sí, pero ¿qué planeas? Ya he tenido maniobras aéreas de sobra.

—La última —dijo Mazer.

Apagó los impulsores. Instantáneamente sintió la resistencia y la reducción de velocidad. Ahora no eran más que peso muerto. El transporte los llevaba por el aire, el HERC encajada en su posición por medio del mordisco de las garras, como una araña que se aferra al lomo de un gorrión. Mazer metió la mano, en el holocampo e hizo girar los dos propulsores del HERC: uno, noventa grados a la derecha; el otro, noventa grados a la izquierda. Ahora las dos entradas apuntaban hacia abajo, perpendiculares a la dirección de vuelo.

—Vamos a inclinarnos. Agárrate.

Mazer tocó el acelerador del motor izquierdo, y el impulso lateral colocó al HERC y el transporte en bucle, girándolos ciento ochenta grados. Ahora el HERC estaba bocabajo, con el transporte del revés y encima. Mazer igualó el impulso de ambos motores de forma que ejercían el mismo impulso en direcciones opuestas y dejó el HERC en esa posición.

—Prepárate —dijo Mazer—. Si tengo razón, desactivarán los escudos en cualquier momento.

—¡Estamos del revés! —dijo Wit.

—El plan es el mismo. Abro el agujero del suelo, que ahora está en el techo, tú cortas y metes las granadas.

—¿Van a desactivar los escudos por encontrarse del revés? —gritó Wit.

—No, los desactivarán porque voy a quitarles la gravedad.

Mazer giró ciento ochenta grados la dirección de las lentes de gravedad y las activó a la máxima potencia. Cuando el HERC volaba recto, todo lo que había encima sentía menos gravedad porque desviaba las ondas gravitatorias de la Tierra.

Al estar invertido, había tenido que girar las lentes para lograr el mismo efecto. Lo cual hacía que ahora las lentes de gravedad también los podía mantener elevados.

Imaginó lo que estaría pasando en el interior del transporte, con los fórmicos experimentando súbitamente menos gravedad. ¿Se habían puesto cinturones de seguridad? ¿Iban de pie? En cualquier caso, les había dado un buen meneo para devolverles el favor. Tocó alternativamente los dos aceleradores, agitando el transporte de un lado al otro.

Los fórmicos no le decepcionaron. De pronto el HERC voló hacia atrás y luego pilló la parte posterior del transporte. Mazer sintió una dura sacudida. Durante un aterrador instante creyó que habían recibido un impacto. Pero de inmediato comprendió que los fórmicos habían desactivado los escudos y, por tanto, durante una fracción de segundo las garras del HERC habían agarrado el aire antes de cerrarse más y atrapar el casco.

—¡Ya no hay escudos! —gritó Mazer—. Abro la puerta.

Se abrió la puerta en el suelo de la cabina, lo que hizo penetrar el rugido del viento en el HERC. Mazer vio por el vídeo del casco que Wit se aproximaba a la abertura, levantaba el láser y cortaba el transporte.

«Saldrá bien», pensó Mazer. Era una idea alocada y apenas pensada, pero iba a salir bien.

En ese momento vio a los fórmicos.

Eran tres... justo delante de él, en el parabrisas, aferrados al casco del transporte, apoyados contra el estómago, mirándole directamente. Al final de sus apéndices llevaban unos guantes que eran como discos planos y que se fijaban al casco de la nave. Quizá fuesen magnéticos.

Avanzaban deprisa, hacia él, y Mazer se dio cuenta de que se había equivocado en su valoración inicial. Solo cuatro de los apéndices se fijaban al transporte. Los otros dos portaban armas, cortas y cilíndricas, como una lata sucia.

Uno de los fórmicos se elevó y disparó. Una masa mucosa y espesa salió de golpe y dio contra el parabrisas justo frente al asiento del copiloto, creando un círculo pastoso de medio metro de diámetro. Dentro de la masa había una membrana simétrica muy fina, como una tela de araña... como un delicado tapete de ganchillo.

La membrana emitió un pulso de luz blanca y el parabrisas explotó, rociando a Mazer con diminutos fragmentos de vidrio. Mazer sintió un dolor ardiente y abrasador, y el interfaz del casco empezó a emitir alarmas. Tenía agujeros en el traje.

Los fórmicos se apresuraron hacia la cabina.

Al instante, Mazer tenía la pistola entre las manos y disparaba.

La cabeza del primer fórmico se echó hacia atrás y el cuerpo quedó flácido, todavía fijado al casco. Los otros fórmicos no prestaron atención. Avanzaron con una velocidad sobrenatural. Mazer acertó a uno en la garganta y al otro en el brazo. Este último siguió avanzando a pesar de tener medio brazo colgando. Mazer le encajó tres disparos más cuando intentaba entrar en la cabina, matándolo al fin.

Pero no había sido más que la primera oleada.

Cuatro más venían a por él, todos recorriendo la superficie del transporte con lo que parecía todavía más prisa. Uno disparó. El tapete pastoso dio en la parte delantera del HERC bajo el parabrisas. Mazer no vio el punto exacto, pero la explosión se produjo un instante después y todo se malogró.

Alarmas. Humo. Vibraciones. Manchas de luz agitándose en su campo de visión. Una cacofonía de sonidos que recorría su cabeza; estaban a mil kilómetros de distancia y de pronto el ruido era ensordecedor. No podía ver, no podía pensar, no podía dar sentido a nada de lo que sucedía. Era como si hubiesen arrojado el mundo a un sonajero y estuviesen sacudiéndolo con todas las fuerzas.

Se le aclaró la vista. Parpadeo y meneó la cabeza. Le resonaban los oídos.

¿Dónde estaba?

El HERC.

Algo le pasaba al HERC. ¿Por qué estaba del revés?

La pistola. Necesitaba la pistola. Se miró las manos y no vio nada.

Algo le golpeó el pecho, dejándole sin aliento. Cayó delante de él en el techo. Un fórmico. Pesado y peludo, con los miembros retorcidos y buscando desesperadamente un agarre, furioso, desesperado, agitándose en el reducido espacio al intentar ponerse derecho. Mazer era incapaz de respirar. Tenía el pecho vacío, el diafragma plano. Toda la sangre le había subido a la cabeza. Inspiró, llenando los pulmones.

El fórmico encontró un apoyo y fue a por él. Su mandíbula mordió el plástico duro del visor de Mazer. Dos de sus manos —todavía con los guantes en forma de disco— le golpearon, dándole como si fuesen bolas de plomo del tamaño de puños. Le dio en hombros, casco, pecho, brazos. Mazer agarró las extremidades anteriores de la criatura para intentar apartarlo, pero el fórmico, a pesar de su tamaño, tenía tanta fuerza como él.

Casi no se dio cuenta del arma en sus manos secundarias. Compacta y reluciente, apuntando a su centro de masa. A Mazer solo le dio tiempo de apartarla. El cañón giró mucho y luego descargó. La masa salió por el parabrisas, dio en el transporte cerca del morro y explotó.

El estallido empujó a Mazer contra el asiento. El fórmico le cayó encima. Todo empezó a dar vueltas. Al otro lado del parabrisas el mundo pasaba a toda velocidad, como si fuese una atracción de feria. Tierra, cielo, tierra, cielo. No tenía sentido de la orientación, ni sabía dónde estaba arriba y donde abajo. Oyó una voz. Clara y tranquila. Una mujer que hablaba en chino. Agradable pero insistente. ¿Qué era? ¿Quién era?

Comprendió que era la inteligencia artificial del HERC, repasando tranquilamente una letanía de fallos del sistema.

Mazer apartó el cuerpo sin vida del fórmico. Un fragmento le sobresalía de la espalda.

Se afianzó contra un lateral. Tenía el sentido del equilibrio alterado. Iba a marearse.

—Prepárate —gritó Wit.

Durante un momento esa palabra no tuvo sentido. ¿Prepárate? Luego comprendió. Wit. El agujero. Las granadas. Su plan idiota y demencial. Seguían unidos al transporte, las dos naves girando y cayendo juntas.

—Agujero hecho —gritó Wit—. Lo abro.

Se oyó un choque metálico y luego Mazer oyó tres golpes graves en rápida sucesión. Pum, pum, pum.

—¡Suéltanos! —gritó Wit—. ¡Dinamita lista!

Un fórmico pasó por la abertura del parabrisas. Tenía las patas traseras fijadas al HERC con los discos magnéticos. Miró a Mazer y alzó la pistola de bote. En su interior se agitó la luz al prepararse para disparar.

Mazer parpadeó la orden y rápidamente sucedieron tres cosas: las garras se soltaron, el HERC saltó como si lo hubiesen disparado con una catapulta y todos los que estaban a bordo se vieron lanzados violentamente a un lado.

Si antes giraban, ahora estaban en un vórtice. El fórmico ya no estaba en el parabrisas. El mundo exterior era una confusión difusa. Caían. Giraban. Se inclinaban. El salpicadero no dejaba de lanzar alarmas. Los números que aparecían en el interfaz del casco, que indicaban el estado de los instrumentos, giraban, cambiaban o habían desaparecido por completo. La inteligencia artificial femenina detallaba lenta y metódicamente las innumerables razones por las que iban a morir.

Tenía que ajustar las lentes de gravedad. Tenía que orientar el HERC, pararlo, controlarlo, salvarlos.

Pero no podía. Su cabeza era un mar de confusión, oscilando de un lado a otro a medida que su orientación cambiaba, se retorció, se trastocaba.

No podía parpadear las órdenes. No podía fijar la vista y concentrarse en el interfaz del casco. Probó a levantar las manos hacia el holocampo, pero tan pronto como movió el brazo, la fuerza centrípeta lo lanzó a otra parte.

Volvió a pasar. Iba a matar a todos los que iban a bordo.

En algún lugar muy lejano —debajo, arriba, Mazer no estaba seguro— tres granadas estallaron y una bola de fuego iluminó el cielo para luego desaparecer, arrancada de su campo de visión por el giro del HERC.

Mazer agarró con más fuerza el mando y se centró. Había oscuridad en los límites de su campo visual. Iba a desmayarse. Parpadeó, resistiéndose, e hizo todo lo posible por concentrarse.

Abajo, arriba, derecha, izquierda. No tenía ninguna dirección clara.

«La piedra —se recordó a sí mismo—. Tragué la piedra».

Era *tangata whenua*, se dijo, persona de la tierra, nacido de la tierra, voz de la tierra, al que la tierra hacía fuerte. Aire, montañas, insectos, todos conectados por *mauri*. Solo el *tangata whenua* podía controlar esa energía.

Padre no creía. Padre lo maldecía todo.

Pero Madre creía.

Y Madre era más fuerte.

Dejó de resistirse a la fuerza centrípeta. Dejó de intentar enderezarse, de ponerse rígido, de controlarlo. En su lugar, cedió. Cerró los ojos. Tenía los brazos flácidos, y la mente relajada. Las sirenas, las alarmas, el violento movimiento del aire que entraba por donde antes había estado el parabrisas. Todo eso sucedía en algún otro lugar. Se trataba de un poder diferente. Un poder más débil. Él era hijo de Papatuanuku, Madre Tierra. Todo lo que era de ella le pertenecía también a él. Incluso la gravedad.

Abrió los ojos. Las medidas mostradas en la interfaz del casco deberían haberle alarmado. Caían demasiado rápido, giraban demasiado incontrolablemente. Las lentes de gravedad habían sufrido daños: mostraban FALLO DEL SISTEMA. No podría usar las lentes para detener el HERC. Debería haberse desesperado. Debería haber sentido horror.

Pero en su lugar sintió una inmensa tranquilidad. Todos sus sentidos se combinaban. Su mente se concentraba.

Disponía de las hélices. Si lograba detener el giro, las hélices se desplegarían.

Pero ¿cómo detener el giro? Los impulsores no servirían de nada porque no había alas para producir sustentación, y activarlos podría lanzarlos más rápido contra el suelo.

Comprendió la solución de inmediato. Era clara y precisa. La forma concreta de actuar. Y, sin embargo, no nacía de ninguna experiencia previa o de algo que hubiese leído o estudiado. Por lo que sabía, nadie lo había intentado nunca antes. Aun así resultaba más que evidente.

Por supuesto, había paracaídas de emergencia. Pero no podía dispararlos todos a la vez mientras girase. Se enredarían, no se desplegarían, serían inútiles.

Pero... si los desplegaba cada uno en su momento, rápidamente, justo cuando el ángulo de giro era el preciso para que el paracaídas se abriese por completo y se llenase de aire... aunque fuese un instante. Y si luego soltaba el paracaídas, uno o dos segundos después, antes de que la rotación enredase las cuerdas e imposibilitasen el despliegue de las hélices... entonces quizá, solo quizá, cada paracaídas reduciría el giro y estabilizaría el HERC lo justo para que se desplegasen las hélices.

Sus manos —temblorosas, pero de alguna forma también firmes— entraron en el holocampo. Ahora era cuestión de instinto. Instintos perfeccionados durante cientos de simulaciones, durante miles de horas de vuelo, y toda una vida dejándose llevar por las entrañas.

Con calma, con resolución, mientras su cuerpo se agitaba de un lado a otro en el arnés, esperó, concentrando su equilibrio en un único punto del espacio, sintiendo las fuerzas que le rodeaban, apreciando el patrón contenido en la aleatoriedad del giro. Entonces sintió la llegada del giro correcto, del ángulo adecuado.

Abrió el primer paracaídas.

Se oyó un estallido, se produjo un tirón violento al llenarse de aire y Mazer lo soltó. Seguían girando, pero ahora más lentamente.

El segundo paracaídas liberado, abierto, soltado.

Luego el tercero.

Un tirón. Lo soltó.

A continuación, le llegó el sonido más dulce que había oído en su vida. Una explosión, como una pistola que diese la salida de una carrera, al estallar las cargas y las hélices que habían estado plegadas hacia atrás como alas de cucaracha se colocaron en posición y se pusieron a cantar.



## Secretos

Lem Jukes se despertó en una cama ajena con el brazo de una mujer sobre el pecho. Lentamente, con delicadeza, para no despertarla, levantó el brazo, lo dejó a un lado y salió de la cama intentando hacer el menor ruido posible. Unos momentos después salía de puntillas del dormitorio con camiseta y calzoncillos. Fue a la cocina, donde la noche anterior había visto una pequeña pantalla de vídeo colgada debajo de los armarios. Lem la activó, bajó el volumen y pasó canales hasta dar con las noticias.

Había esperado lo peor. Sin duda informarían del fracaso del ataque con drones. Los opinadores económicos sin duda darían elevadas estimaciones del coste de cada dron y de cuánto tiempo tardaría Juke Limited en declararse en quiebra. Dirían que era el fin de la era de Ukko Jukes, el principio del declive de la compañía. El mercado se volvería loco. Las acciones de Jukes caerían por los suelos. El Consejo entraría en estado de pánico. En el cuartel general reinaría el caos.

«Bien, Padre, has cavado tu propia tumba. Ahora puedes descansar en ella».

Pero nadie hablaba del ataque con drones. En su lugar, un periodista británico vestido con un ajustado traje azul se encontraba frente a un gigantesco mapa del sudeste de China como si fuese un hombre del tiempo que se hubiese equivocado. Con el punzón en la mano, el presentador tocaba el mapa, dejando puntos rojos parpadeantes.

—Se informa de más refuerzos fórmicos en esta zona de aquí —dijo—, que atacaron con gas las ciudades de Hezhou, Yangshan, Liannan y Lianshan. —Había luces parpadeantes por todas partes. El sudeste de China estaba iluminado como un árbol de Navidad.

El reportero tocó un punto algo al noreste de los otros, miró a la cámara y adoptó una expresión especialmente seria.

—Otros cuatro transportes aterrizaron aquí, en Lianzhou, donde hay un campamento de varios miles de soldados chinos. Las fuentes indican que se trataba del campamento del general Sima Jinping, quien recientemente destruyó una de las sondas fórmicas con la ayuda de la POM. Se estima que las bajas rondan los millares. Nuestros satélites han captado las siguientes imágenes. Advertimos a los espectadores que lo que van a ver podría no ser adecuado para niños.

La mente de Lem iba a toda velocidad. ¿Refuerzos? Recorrió los canales hasta dar con otras noticias y fue atando cabos. Se mencionaba un ataque secreto contra la nave fórmica, pero nadie parecía saber qué país era el responsable. Todavía estaban

investigando. Los rusos negaban toda responsabilidad, igual que los italianos, cosa que a Lem le causó risa. Sí, como que alguien fuese a sospechar de Italia.

Despoina entró en la cocina vestida con ropa interior y la camisa Oxford que Lem llevaba el día anterior. Lem se puso nervioso. No estaba de humor para mantener una incómoda conversación de día después. Se concentró en la pantalla, mientras a su espalda se abrían las puertas de los armarios y se movían cacharros.

Una mano le rozó rápidamente la espalda.

—Buenos días —dijo ella todavía algo dormida.

Se volvió para mirarla, como sabía que debía. La mujer se puso de puntillas y le besó rápidamente en la mejilla. Luego miró la cocina y se puso a preparar el desayuno. Que todo fuese tan fácil le molestaba, como si su presencia allí fuese lo más normal del mundo, como si así empezasen todas las mañanas: con él mirando las noticias y ella moviéndose por ahí con el pelo revuelto, medio desnuda, preparando el desayuno. Un día más en el paraíso. Pensarlo le incomodaba bastante. No había sido su intención que las cosas llegasen tan lejos y le preocupaba que ella no manifestase ni la más mínima señal de lamentarlo.

Pero no podía distraerse. Volvió a las noticias, cambiando entre tres noticiarios diferentes, recibiendo fragmentos de uno y otro. Lo llamaban la segunda oleada. En esta ocasión no eran sondas, cosa que todos agradecían, aunque por lo demás no había muchas razones para la alegría. Los fórmicos habían adoptado tácticas mucho más agresivas. Y los transportes de la segunda oleada no eran los únicos que de pronto atacaban ciudades. Varios de los transportes de la primera oleada, que habían traído tropas que se dedicaban a gasear zonas rurales despobladas, habían abandonado esos lugares para atacar zonas pobladas.

Era mucho peor de lo que Lem había imaginado. Los drones habían provocado un contraataque que los chinos pagarían con sangre. Padre no solo había fracasado con el ataque, sino que había logrado acelerar a los fórmicos; lo había empeorado todo diez veces.

De pronto Lem sintió náuseas. Podía imaginarlo. Podía ver a una familia china, un padre, una madre, dos niños pequeños, que ya temían a los fórmicos, preocupados por que su ciudad fuese a ser la siguiente, acurrucados en el salón mientras la madre cantaba una canción tranquilizadora. El padre se pone en pie, abre las cortinas y ve un transporte en el jardín delantero. Los fórmicos desembarcan con el fumigador en la mano. El padre corre con su familia, llevándolos hacia la puerta trasera, que al instante se abre para dejar entrar a los fórmicos, que fumigan el gas que fundirá la cara de los niños.

Una mano le tocó el antebrazo y Lem se echó atrás bruscamente.

Despoina se rio.

—Lo siento. No pretendía asustarte. Toma. —Le pasó una taza con tapa y pajita—. ¿Te gusta el chocolate caliente? Es la receta de mi madre. Vale, en realidad es de mi tátara-tatarabuela. —Hizo un gesto con la mano para indicar que daba igual—.

Vale, no sé a qué generación corresponde... la receta de mi super-tatarabuela. Pero después de esa todos han afirmado que era suya, así que en cierto sentido también es de mi madre. —Y, con una sonrisa, le acercó la taza a la cara.

Lem la cogió y se obligó a sonreír.

—Gracias.

Ella se le quedó mirando con expresión de anticipación, esperando a que lo probase.

Dio un sorbo. Sabía exactamente como cualquier otro chocolate que hubiese probado en su vida.

—Guau. Es genial.

Ella sonrió.

—Son los trozos de tableta de chocolate. —Alargó la mano izquierda y cogió el envoltorio que estaba sobre la encimera—. Cortas los trozos, los fundes y los mezclas. Es de una chocolatería de Francia. Todos los días de Acción de Gracias mi madre compra una caja y hace que se lo envíen para tenerla a tiempo para Navidad. —Giró el envoltorio y miró la etiqueta—. ¿No es una locura pensar que todavía hay chocolateros? —Cortó una de las onzas de chocolate que quedaba y se la metió en la boca—. Es decir, ¿cómo decides que quieres ser chocolatero?

Una pausa y luego Lem apartó los ojos de la pantalla. Le había hecho una pregunta.

—¿Chocolatero? Vaya, supongo que todos los niños del mundo querrían serlo si supiesen que es una opción.

—Exacto. Yo lo habría querido. Pero te preguntas si hay una escuela para ser chocolatero. —Rio—. Es decir, ¿te lo imaginas? Me pondría como una vaca. —Se metió otra onza en la boca—. Y el plan de estudios. ¿En qué te especializas? ¿Frutos secos? —Le dio el envoltorio y giró la cabeza—. Aparta este demonio de mí. Es demasiado delicioso.

Lem no tuvo más opción que cogerlo.

De pronto ella le colocó las manos en el pecho.

—Delicioso como tú. —Su voz era apenas un susurro. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y frunció los labios.

Lem se estremeció. ¿Cómo se había malogrado todo a tal velocidad? Despoina era la más refrenada de las secretarias de su padre, la más recatada. En la oficina apenas hablaba.

Así se había comportado el día anterior, al presentarse en la oficina de su padre y pedirle salir. Quedó tan sorprendida de la invitación, tan conmocionada, que dio por supuesto que no había entendido bien.

—¿Quiere que haga una reserva para usted y su padre? —le había dicho—. Porque normalmente es Simona la que se encarga de las reservas para comer.

Lem, junto a su mesa, la había mirado con algo de diversión. Estaba apoyado en la entrada de su cubículo de cristal.

—No, te estoy invitando a cenar. Nosotros dos. Solos. En un restaurante.

Despoina había parpadeado, sin estar segura de qué se suponía que debía responder.

A Lem no le había sorprendido la reacción. No era del tipo de mujer que llamaba la atención de los hombres. Un peinado sencillo, vestuario conservador y discreto, un cuerpo pequeño que la hacía parecer más joven de lo que probablemente era. No era fea, pero tampoco era glamurosa. Lo que combinado con su timidez probablemente hiciese que no recibiese demasiadas atenciones masculinas.

Lem había ido a la oficina porque necesitaba distraerse. Había seguido el consejo de Padre y había cortado las líneas de comunicación con Víctor e Imala. Los drones iban de camino; no podía hacer nada.

Pero mientras volaba en el deslizador, esperando lo inevitable, evitando volver al almacén, donde tendría que ver a la doctora Benyawe y explicar sus actos, había pensado en ir a la oficina de Padre. Después de todo, todavía había preguntas sin respuesta. Por ejemplo, ¿por qué se había reunido Padre con alguien del Departamento de Estado de Estados Unidos? ¿Con quién más se reunía? ¿Qué planeaba?

¿Y quién mejor para responder a esas preguntas y con ganas de compartir las respuestas que esa joven secretaria que no disfrutaba de demasiadas atenciones masculinas?

—Tengo mucho trabajo —había dicho Despoina—. Informes para su padre, peticiones... —Había enrojecido—. Además, podría no ser... apropiado.

Lem rio.

—¿No sería apropiado? ¿Por qué? ¿Simplemente porque trabajas para mi padre y yo soy su hijo?

—Porque usted y yo trabajamos para la empresa. —Ella apenas podía mirarle de lo avergonzada que estaba.

—¿Qué importancia podría tener? —había respondido Lem—. Tres cuartas partes de las personas que viven en esta roca trabajan para Juke. ¿Crees que eso te impide cenar con cualquiera de ellas?

—¿No viola la política de la empresa o algo así? —había dicho ella—. No es que sea una cita o algo similar, pero, ya sabe, da la impresión de ser una cita.

Patético.

—Primero, esto es total y definitivamente una cita. Sin ninguna duda. Una cita con todas las de la ley. Segundo, tampoco puede ser la primera vez que un compañero de trabajo te pide salir.

Ella retiró un poco de polvo de la mesa.

—Estoy muy ocupada, señor Jukes.

—Mi padre es el señor Jukes. Yo soy Lem. ¿Sabes decirlo? Lem. No es una palabra difícil de pronunciar. Una sílaba. La primera parte de «lema». O «lemmings».

La broma hizo sonreír a Despoina. Miró el teclado mientras recorría los bordes con el dedo.

—Sé pronunciar su nombre.

—Demuéstralo.

Despoina se había reído incómoda y se había encogido de hombros.

—Lem.

—Lo pronuncias como si fuese una broma. Como si fuese la última frase de un chiste. Me siento deshonrado.

Ella había puesto cara de exasperación, con los ojos en blanco, y había hecho un gesto con la mano.

—Lem.

—Ahora lo has dicho como si fuese un incordio.

—Cosa que no está muy lejos de la realidad —dijo ella. Pero sonreía.

Bien, él estaba logrando avanzar.

—Simplemente dilo normal, como si fuésemos amigos. Como si nos conociésemos desde hace años, yo me hubiese ido de viaje y te alegrases de volver a verme.

—Esto es una tontería.

—Claro que es una tontería. Es una ridiculez absoluta. Pero por eso lo hacemos. Estoy seguro de que no has hecho nada totalmente ridículo desde que te quitaron los pañales. Y no me pienso ir hasta que lo digas.

—Sabe que podría llamar a seguridad.

—Sí. Eso estaría bien. Tendrías que decir mi nombre. Venga, hazlo. —Alargó la mano para darle al botón.

Ella le apartó la mano con delicadeza.

—Eh. Yo soy la única que toca mis botones.

—Ahí está. Algo de agallas. Sabía que eras capaz. Di mi nombre una vez más y te dejo en paz. Ni siquiera tendrás que cenar conmigo.

—¿Lo digo y se va?

—Desapareceré como un genio. Entre humo. Se oirán campanitas. Te va a encantar. Lo hago en todas las fiestas. Pero tienes que decirlo bien.

Ella exhaló y se recostó en la silla, rindiéndose.

—Como si fuésemos viejos amigos. Como si hubiese pasado mucho tiempo fuera.

—Cosa que es verdad, ya sabes. Dos años en el Cinturón de Kuiper.

—Sí, lo sé.

—¿Me echaste de menos mientras estuve fuera?

—No le conocía. Cuando se fue no trabajaba para su padre. Soy relativamente nueva.

—Pero *deberías* haberme echado de menos. Somos viejos amigos, ¿recuerdas? — Él ya estaba apoyado sobre la mesa, hincando los codos, la barbilla entre las manos.

Una sonrisa tímida.

—Supongo.

—¿Supones? Des, somos viejos amigos.

—Me llamo Despoina.

—Sé cómo te llamas, Des. Uso la versión corta. Es más rápida. Los amigos íntimos usan versiones cortas de sus nombres. Como Lem. ¿Sabes cuál es mi nombre completo?

—Lemminkainen.

Lem alzó las cejas.

—Guau, ni siquiera tuviste que pensarlo.

Ella enrojeció.

—Habitualmente tengo que dar un montón de pistas y aun así la gente no lo adivina. Tendremos que mandarte a un concurso. ¿Cómo lo has sabido?

Se apartó el pelo de la cara y se encogió de hombros.

—No lo sé. Le he visto en las redes.

—Así que *sí* somos viejos amigos. Bien, no te hace falta fingir que te alegras de verme. Yo por mi parte no estoy fingiendo. —Se señaló la sonrisa de la cara—. Es cien por cien auténtica alegría inducida por Des.

Más tarde, tras la cena, mientras recorrían en el deslizador la superficie de la Luna, había descubierto de ella todo lo que precisaba saber. Era la hija del director general de una gran compañía de aviónica con sede en San Diego y que mantenía buenos lazos con Juke Limited. Por lo visto, Ukko y su padre eran amigos.

—Probablemente puedas completar el resto —le dijo—. Mi padre pide un favor. «Ukko, mi hija», dice. «Título universitario. Buena institución académica. Muy lista. Ha recibido ofertas de empleo, pero me gustaría que trabajase con alguien de confianza».

—Qué dulce —había respondido Lem.

—No, para nada. Mi padre me sobreprotege.

—Hazme caso, eso es mejor que autoritario. Hablo por experiencia.

—Bueno, tu padre fue muy amable. A mí me mortificaba que se lo hubiese pedido. La verdad es que no había ninguna otra oferta de empleo. Al menos, ninguna que valiese la pena. Pero no quería que mi primer trabajo fuese un favor. Estaba harta de tener una vida regalada. ¿Tiene sentido?

—Más de lo que piensas.

—En cualquier caso, tu padre dijo: «Formará parte de las ayudantes de mi oficina. No suena a gran cosa, pero así estará en posición de conocer a los vicepresidentes. Siempre están robándome a mis secretarias. No les obligo a contratar a nadie. Simplemente dejo que mi personal brille por sí solo y rápidamente los vicepresidentes vienen a rogarme un traslado».

—Suena a buena oportunidad.

—Yo también lo pensé. Así que acepté. Y aquí estoy.

Su timidez había desaparecido y tras una hora más le había invitado a ir a su casa. Lem no había pensado bien en los detalles. Podría haber dicho que no. Acostarse con ella no era parte del plan. Despoina acababa de terminar la universidad. Él le llevaba siete u ocho años. Quizá incluso más. Y a pesar de su reputación en las redes de cotilleos, no se acostaba con todas las mujeres que se le ponían delante. Con Despoina había supuesto que disfrutarían de la cena, que mantendrían una conversación útil y reveladora y que así acabaría todo.

Y, sin embargo, aquí estaba, con los labios conectados en la cocina de ella, el día después, con Despoina tan feliz como una colegiala.

Ella dejó de besarle y le rodeó la cintura con los brazos.

—Dediquemos el día a algo divertido. Vamos a alguna parte. Llamaré para decir que estoy enferma. Tú también puedes hacerlo. Iremos en el deslizador.

Lem no sabía qué decir.

—¿Adónde podríamos ir?

—Ni idea. ¿En la Luna adónde van las parejas?

¿Parejas? Estaba entrando en terreno peligroso. Bebiendo vino, ella le había contado, como él había esperado, todo lo que sabía sobre la visita del Departamento de Estado. Los americanos querían comprar parte de la flota de Padre, armarla y usarla para atacar la nave fórmica. Padre, según Despoina, había pedido una cifra exorbitante que sabía que los americanos no podrían permitirse, y así habían quedado las cosas.

No era nada que Lem pudiese usar contra Padre, y tampoco le resultaba especialmente interesante. Teniéndolo todo en cuenta, apenas compensaba el precio de la cena. Y a pesar de todo Lem había pasado la noche.

De pronto se sintió repugnado al pensarlo. Mientras los cadáveres de Víctor e Imala flotaban en el espacio, mientras las familias chinas ardían bajo el ataque fórmico, Lem se había emborrachado y se había ido a la cama con una mujer.

Se llevó las manos a la espalda, delicadamente retiró los brazos de la mujer y la apartó.

—Hoy no es buen día para ausentarse, Des.

—¿Por qué no?

Lem le indicó la pantalla de vídeo.

—Los refuerzos fórmicos han aterrizado en China. Han matado a millones de personas.

Ella se llevó una mano a la boca.

—Qué horrible. —Luego le miró—. Pero...

—¿Qué tiene que ver con nosotros?

Ella asintió.

¿De verdad era así de ingenua? ¿Las cifras eran tan enormes que para ella no tenían sentido?

No quería mencionar los drones. No estaba seguro de qué sabía.

—Debo ver inmediatamente a mi padre —dijo Lem.

—Por supuesto. Sí. Tiene sentido.

Abandonaron el edificio por separado. Lem entró primero en la ducha y se cambió. Tenía varios mensajes de Benyawe. Estaba furiosa. ¿Dónde se había metido? Habían perdido el contacto con Víctor e Imala. Radio, datos biométricos, todo. Los drones habían atacado. ¿Por qué?

«Pregúntaselo a mi padre», pensó Lem.

También había mensajes de Simona. Muy urgentes. Que la llamase inmediatamente. También pasó de ella.

Volvió al deslizador y abandonó la ciudad, en dirección a la oficina de Padre en la sede central de la empresa. Hizo aterrizar el deslizador y descendió bajo la superficie. Un momento más tarde, los robots de la bahía de ataque agarraron el deslizador y lo encajaron en uno de los tubos de aparcamiento. Al salir, Lem se sorprendió al encontrarse a Simona esperándole, con el holopad presionado contra el pecho, los labios formando una línea dura.

—¿Quién ha sido la afortunada esta vez? —dijo.

Él le dedicó la sonrisa más cálida que tenía.

—Simona, ¿no deberías estar llevándole el café a mi padre? Yo también tomaré uno. Azúcar. Nata. Oh, y un masaje en los hombros.

—Anoche te llamé a tu apartamento. Llamé al almacén. Llamé a tu pad de muñeca.

—Eso son muchas llamadas. Espero que no se te cansasen los dedos.

—No contestaste ni tampoco respondiste a mis holos.

Lem se colocó bien los gemelos.

—No me encontraba bien.

—¿Indispuesto o bocabajo?

Lem quedó perplejo.

—¿Dices que soy un vampiro, Simona, o se supone que era una vulgaridad?

Ella no le hizo caso y tocó el holopad.

—Olvídalo. No quiero saberlo.

—¿En serio? Pareces muy interesada para estar tan desinteresada.

Le dedicó una mirada de «ni te molestes».

—Lem, descubrir cuáles fueron tus perversas aventuras es el más lejano de mis intereses.

—O, así que un poco sí te intereso. Me halagas.

Simona volvió a apretar el holopad y exhaló.

—Es posible que no te hayas dado cuenta de que tenemos una crisis entre manos.

Lem se tocó la mejilla con el índice, fingiendo estar pensando.

—Crisis, crisis, vaya, no me suena para nada. Oh, espera, ¿te refieres a que mi padre personalmente tiró toda la empresa por el retrete al hacer justo lo que le dije que no hiciese? ¿O se trata de alguna otra crisis de la que no sé nada?



Ella puso cara de exasperación y se giró.

—Métete en la lanzadera.

En ese momento fue consciente de la lanzadera, aparcada a un lado de la terminal. Un miembro del personal de seguridad de Padre abrió la puerta trasera y Simona entró. Lem hizo lo mismo y se sentó a su lado. Al momento despegaron, corriendo entre los túneles de tráfico de vehículos, por lo que resultaba evidente que no iban a la oficina de Padre.

Lem apreció el interior de la lanzadera y saltó un poco en los elegantes asientos.

—¿Desde cuándo recibo el trato de ejecutivo? Quizá hayas olvidado que me han degradado. ¿Este vehículo no es para gente que a mi padre le cae bien?

Simona tecleaba en el pad y ni le miró.

—¿Por una vez puedes dejar de comportarte como un crío?

Él adoptó una voz como si hiciese pucheros.

—Alguien esta mañana salió de la cama por el lado equivocado y se cayó en una bañera de amargura.

Simona no respondió.

—¿Cómo sabías que me encontrarías en los tubos de aparcamiento? —preguntó Lem—. Sé que no te pegaste la mañana entera esperándome. No se suponía que yo fuese a estar allí.

—¿De verdad te hace falta preguntarlo?

—Tengo una corazonada, pero me gustaría que la confirmases.

Simona le miró.

—La próxima vez que robes un chip de proximidad, demuestra algo de discreción al usarlo. Y prueba con un programa de borrado para que nadie pueda seguir tus pasos y descubra dónde estás en cada momento.

—Si has podido seguirme, ¿por qué llamaste a mi apartamento y al almacén? Deberías haber sabido que no estaba allí.

—Porque no pensaba que fueses a ser tan tonto como para conservar el chip de proximidad después de haber hecho un uso tan increíblemente abusivo. Supuse que lo habrías tirado o vendido. Recibimos la señal al sur de la ciudad, pero no se me ocurrió que fueses tú. ¿A qué ibas a ir allí? Te concedí el beneficio de la duda. Vaya una tontería.

—Vaya, pues mira que me siento como el tonto del pueblo. —Guardó silencio un momento—. ¿Así que sabes con quién estuve anoche? ¿Tienes la dirección?

—Con quién pasas tus momentos de ocio es asunto tuyo, Lem. Ya he borrado la dirección de los registros. En serio, no me interesa especialmente saber quién te contagió anoche una enfermedad venérea.

—Estás realmente molesta por todo esto, ¿no?

—Vaya si lo estoy. No pude ponerme en contacto contigo cuando me hacía falta. El tono cortante le enfureció.

—Bien, lamento no estar disponible cada vez que te da la gana, Simona. Pero si retrocedes un poco en tu memoria, recordarás que te pedí ayuda para detener a mi padre y su ataque de drones, y no es que pueda decir que hicieras lo posible por ayudarme.

Había hablado con voz tranquila, pero dura.

—No vamos a lanzar acusaciones, Lem. Lo hecho, hecho está. Debo lealtad a tu padre. Eso lo he dejado claro. Me paga el sueldo.

—¿De verdad eres así, Simona? ¿Es lo único que te importa? ¿El sueldo? Bien, esperemos que los fórmicos no te ofrezcan algo mejor.

Lamentó decirlo en cuanto las palabras salieron de su boca y comprobó que realmente había hecho diana. Simona le miró fijamente, con la mandíbula bien apretada. Luego se giró, negando con la cabeza.

Debería disculparse.

Había un límite y lo había sobrepasado.

Ella tocó el holopad con la cabeza gacha, el pelo largo tapándole la cara.

Estaba a punto de disculparse cuando recordó que ella le había ocultado información importante. Él no era el villano. Había precisado información muy importante sobre la fecha de lanzamiento de los drones y ella deliberadamente no se lo había dicho. ¿Dónde estaban las disculpas que ella le debía a él, eh?

Además, desde su regreso del Cinturón de Kuiper, Simona le había reprendido y le había dado órdenes como si fuese un perro, un chucho sin cabeza. Ve allí, Lem. Di esto, Lem. No digas eso, Lem. Sígueme, Lem. Sonríe a la cámara, Lem. Sesión doble, rápido. Venga, venga.

Ella era una marioneta de Padre y él lo había sido de ella, pasando de un salto de una entrevista de relaciones públicas a la siguiente, comportándose como el perro amaestrado que era.

Y Simona, siempre con sus ridículas faldas largas y recatadas, y ese cuello alto, y esa actitud de mojigatería santurróna. Era tan condescendiente, tan irritante, tan...

Simona sorbió.

Se giró para mirarla. Ella se volvió a su vez para apartarse, ocultando el rostro.

¿Estaba... llorando?

De inmediato se sintió culpable. Jamás la había visto manifestar cualquier emoción que no fuese impaciencia o enojo.

Debería decirle algo.

—Simona...

Le interrumpió hablando con una voz cortante.

—No. No me hables. —Sí que lloraba. La voz sonaba rota. No le miraba—. Di una palabra más, una sola palabra, y me pondré a gritar que me estás violando, le diré a Charles que pare y que te saque los dientes. Y no vayas a pensar que no lo hará. Charles sabe quién paga su sueldo.

Escupió esas últimas palabras como si fuesen veneno.

Lem no dijo nada. No porque pensase que realmente ella fuese a hacer tal cosa, sino porque dijese lo que dijese, sola lograría empeorar la situación.

Pasaron un minuto en silencio. Al parar, Charles, el chófer, bajó para abrirles la puerta. Simona salió primero, seguida de Lem.

Lem sintió una tenaza que le agarraba el brazo y de pronto tuvo a Charles junto a la oreja, susurrándole:

—No hace falta que me pida que te rompa los dientes, amigo. Lo haré porque me apetece. Hazla llorar de nuevo y veremos.

El hombre le soltó el brazo y se subió a la lanzadera como si tal cosa y se fue. Lem le observó partir mientras se frotaba el antebrazo.

Oyó un chasquido de dedos a su espalda y Lem se giró. Simona se encontraba junto a las puertas dobles. Las mantenía abiertas.

—Tu padre te espera, Lem.

Volvía a ser la de siempre. Negocios y negocios, de perfecta postura, sin manifestar para nada que hubiese llorado. La siguió al vestíbulo. Lem no conocía ese sitio, pero no parecía ser ningún lugar especial. De hecho, todo parecía antiguo. Muebles viejos. Decoración vieja. Una mesa de recepcionista vacía. Incluso los cuadros de las paredes tenían ya diez años.

—Es hora de hacer una renovación, ¿no crees? —dijo Lem—. Esto parece un museo.

Simona no respondió. Se acercó a una puerta que la reconoció automáticamente. La abrió y resultó ser tan gruesa y pesada como la cámara acorazada de un banco. Entraron en un impoluto pasillo blanco. Al pasar Simona volvió a cerrar la puerta, que emitió un ruido con eco.

—Vale, voy a picar —dijo Lem—. ¿Dónde estamos?

—En un lugar que no existe —dijo Simona. Se puso a caminar a buen paso y Lem tuvo que apresurarse para seguirla.

—Una afirmación algo críptica. ¿Qué es este lugar no existente?

No le miró.

—¿Estás dispuesto a firmar un acuerdo de confidencialidad?

—Ya firmé uno al entrar a trabajar en la empresa.

—Esto es diferente. Esto es especial. Firmarás o no saldrás de esta instalación.

Rio.

—Bien. Eso sí que es una amenaza. ¿Hay una mazmorra para los que se niegan? Siempre he pensado que Padre es de los que tienen una mazmorra. Muros de piedra; grilletes oxidados; como compañeros de celda, viejos de pelo largo, sin dientes y locos.

Ella ni le miró ni sonrió.

Durante un momento caminaron en silencio. La relación de trabajo que pudiesen haber tenido desde su regreso del Cinturón de Kuiper se había evaporado. Estaba más que claro. Él mismo la había destrozado en el coche.

Se aclaró la garganta y abandonó el tono frívolo.

—Firmaré lo que quieras que firme.

Simona se detuvo, le miró y levantó su holopad. Mostraba una pantalla blanca con una línea negra en la parte inferior.

—¿Ahora? —dijo.

—Limítate a firmar.

—No sé lo que estoy firmando.

—El documento tiene doscientas ochenta páginas. ¿Nos sentamos para que puedas leer toda esa jerga legal que de todas formas no vas a comprender?

Lem dejó pasar el insulto. Probablemente se lo mereciese.

—¿Puedes al menos resumirme en una frase lo que voy a firmar?

—¿Y me vas a creer?

—Me porté como un imbécil en el coche, por lo que efectivamente me merezco que me putees ahora mismo. Pero también sé que eres una buena persona con conciencia. Sí, confío en ti.

Ella se apartó el pelo de la cara.

—¿Eso es una disculpa?

—Un intento de disculpa.

Simona exhaló.

—Fuiste algo más que un imbécil.

—Sí. Eso es cierto. Fui peor.

—Un trol.

—Vale. Yo no lo expresaría así. Un pelín mítico para mi gusto, pero sí, me porté como un trol.

Ella le miró fijamente durante un buen rato, con el holopad entre los dos. Al final hizo un gesto de exasperación.

—Es el típico acuerdo de confidencialidad. No puedes hablar de nada de lo que veas en esta instalación con nadie de fuera. Eso incluye a tu padre y a mí. Dice que si violas el acuerdo podremos demandarte exigiendo todo el dinero del mundo y además cortarte los testículos.

Lem alzó una ceja.

—¿En serio?

—Aunque en tu caso, como realmente no tienes testículos, simplemente te demandaríamos. —Le entregó el punzón.

Lem lo cogió, firmó y se lo devolvió.

Simona se colocó el pad bajo el brazo y volvió a caminar.

Lem se situó a su lado.

—Bien, ¿qué es este lugar y qué hago yo aquí?

—Estás aquí por insistencia de tu padre. Y con respecto a por qué es secreto, es porque implica, como muchos aspectos de esta empresa, tecnología muy confidencial. ¿Alguna vez has oído hablar del Proyecto Parallax?

—¿Debería?

—Solo si eres investigador de universidad. Un astrofísico, digamos. O un cosmólogo. El Proyecto Parallax se inició hace ocho años. Fue un intento por situar satélites con telescopios de gran potencia en los límites del sistema solar. Sin el resto del sistema ocultando el campo de visión, los satélites de Parallax ofrecerían a los científicos mejores imágenes de las profundidades del universo.

—El Parallax Nexus —dijo Lem—. La base de datos de las universidades. De eso he oído hablar. ¿Fuimos nosotros?

—*Seguimos* siendo. El Nexus sigue en activo, aunque lo lleva una subsidiaria. Sin embargo, los satélites todavía pertenecen a la central y siguen en activo. Envían continuamente datos al sistema. Centros de investigación, universidades, agencias espaciales como la STASA, todo tipo de instituciones pagan una suscripción para poder acceder a los datos de esos satélites.

—¿Una suscripción? Suena a calderilla. ¿Da dinero?

—Casi nada. Pero disfrutamos de generosas excepciones fiscales y tarifarias por parte de agencias que controlan el comercio espacial. Es una ayuda enorme.

Lem miró las paredes blancas.

—Así que esto es el Proyecto Parallax. No lo entiendo. ¿Qué tiene de secreto? Todo alumno de universidad que entre en la biblioteca puede conectarse al Parallax Nexus. Los datos los puede consultar cualquiera. Está todo en abierto.

—Dejaré que tu padre te aclare ese aspecto.

Simona se detuvo en un punto de la pared con el perfil de una puerta. Si ella no se hubiese parado, Lem habría pasado de largo. Un pequeño holocampo cúbico y de color rosa apareció sobre un estante blanco colocado a la derecha. Simona metió la mano en el campo y ejecutó una serie de complejos movimientos, como si deletrease una larga palabra usando lenguaje de signos. Se oyó un chasquido bajo y la cerradura se abrió, con lo que la puerta se abrió hacia dentro.

Atravesaron el quicio y entraron... en el sistema solar.

Lem se detuvo. Se encontraba de pie en el espacio exterior... o al menos eso parecía, aunque todavía sentía el suelo bajo los pies. Frente a él tenía planetas, asteroides, lunas. Todo en miniatura, todo emitiendo algo de luz, todo flotando a la altura del pecho. Simona le dejó atrás, atravesando unos asteroides y luego el sol para llegar hasta donde estaba Padre, de pie al otro lado de la sala hablando con un técnico.

Se intercambiaron unas palabras y luego Simona y Padre volvieron con Lem.

—¿Sabes algo de Víctor o Imala? —preguntó Padre.

Le enfureció la preocupación fingida en la cara de Padre. «Eres tú el que me dijo que cortase el contacto con ellos, Padre —quiso decir Lem—. Eres tú el que envió los drones que probablemente les han matado, después de que yo te rogase que no lo hicieras. ¿Y ahora tienes el valor de comportarte como si te importase?».

Pero con Simona presente, se limitó a decir:

—Perdimos el contacto cuando atacaron los drones.

Padre exhaló y se colocó las manos en las caderas.

—Es culpa mía.

Lem no dijo nada. Si Padre pretendía que le llevase la contraria, se iba a llevar una decepción.

—¿Estás bien? —preguntó Padre.

—¿Yo? —dijo Lem.

—Eran tus amigos. Sé que no puede ser fácil. No fue culpa tuya, hijo. Toda la responsabilidad es mía.

«Claro que no es culpa mía», pensó Lem.

Pero las palabras de su padre habían hecho mella. ¿Víctor e Imala eran sus amigos? No, la relación había sido exclusivamente de trabajo, nada más. Víctor despreciaba a Lem. Imala había sido algo más agradable, pero no mucho más.

—Has visto las noticias —dijo Padre—. Lo de China.

—Te echarán la culpa en cuanto descubran el origen del ataque de los drones. Dirán que provocaste a los fórmicos y que se perdieron millones de vidas.

—Eso es una ridiculez —dijo Simona—. Los militares no han dejado de atacar la nave nodriza desde el principio. Ukko solo pretendía proteger la Tierra. ¿Por qué iban a culparle?

A Lem le molestó que Simona se refiriese a su padre empleando su nombre de pila. Era demasiado informal, muy poco propio de ella.

—Lem tiene razón —dijo Padre—. Eso es lo que hacen en las noticias, Simona. Denigrar a la gente. Y nadie es más fácil de odiar que el hombre más rico.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lem—. Es posible que la empresa no sobreviva a esta situación.

—La empresa, la empresa. No me importa la empresa, Lem. Pensaba que lo había dejado claro. Si la especie humana sigue el camino de los dinosaurios, no importará nada si logramos nuestros objetivos para el trimestre. Nuestra labor es acabar con todo esto. —Pasó el brazo por los hombros de Lem y señaló el sistema solar—. Dime, ¿qué te parece este holocampo?

—¿Por qué miramos el sistema solar?

—Efectivamente, por qué —dijo Padre—. La llamamos la Gran Sala. Admito que no es un nombre muy original, pero sí que es adecuado. Eso... —Recorrió todo el espacio con la mano—. Esto es como un salvapantallas. Evidentemente, no está hecho a escala. En realidad, nada está tan cerca. Pero ahora que has llegado, podemos empezar. —Todo el pad de muñeca y el sistema solar desapareció. La luz llenó por completo la sala, dejando ver un enorme espacio vacío de color blanco de la mitad de tamaño que un gimnasio. El suelo era transparente y debajo había cientos de holoproyectores.

Por encima, colgando del techo, un sistema cuadrado que sostenía tantos holoproyectores como había debajo.

Tres cuadrados del suelo se iban elevando, como si fuesen torres. Se detuvieron a medio metro del suelo, formando tres cubos colocados cerca.

—Siéntate —dijo Padre indicando los cubos.

Lem se sentó.

Padre ocupó el cubo que estaba enfrente y Simona se sentó en el tercero.

—Hace un momento había un técnico presente —dijo Lem—. Ha desaparecido.

—Hay cerca de cien técnicos en esta instalación, Lem —dijo Padre—, todos tras esas paredes. Entran y salen según sea necesario. Simona dice que son elfos.

—¿Qué hacen concretamente? Esos técnicos. ¿Qué es todo esto?

—Esto, hijo, es nuestro negocio.

—¿Holoproyección?

Padre rio.

—No. Información, Lem. —Usó la mano para indicar la sala vacía—. El Proyecto Parallax siempre ha sido una cuestión de información. Ver lo que nadie más puede ver.

Padre tocó el pad de muñeca y la sala volvió a quedar a oscuras. En el centro de los tres cubos apareció una luz blanca, flotando en medio como si fuese un diminuto fuego de campamento en el aire. La luz cambió, adoptó una forma, y se convirtió en un plano elíptico: el sol, los planetas, el sistema solar. Dos puntos de luz del plano de la eclíptica, situados más allá del sistema y cada uno en la posición opuesta al otro, se pusieron a orbitar el sistema solar.

—Los satélites Parallax —dijo Lem—. Simona ya me lo ha explicado.

—No te dije cuántos satélites había —dijo Simona.

Apareció otra órbita con otros dos satélites, en este caso en un plano perpendicular a la eclíptica, el plano galáctico. Una tercera órbita, en un ángulo de treinta grados: el plano celeste galáctico. Luego una cuarta, a sesenta grados, el plano ecuatorial galáctico. El conjunto formaba un giroscopio de satélites en órbita al sistema.

—Hay ocho satélites —dijo Padre—, con telescopios que miran al espacio profundo.

—¿Y están en activo? —dijo Lem—. ¿Funcionan correctamente?

—Funcionan muy bien —dijo Padre.

—Entonces, ¿por qué no vieron la aproximación de los fórmicos?

Padre sonrió y agitó un dedo.

—Una muy buena pregunta. La respuesta rápida es que los satélites Parallax no se concibieron como sistema de aviso de invasiones alienígenas. Se crearon para la investigación y para detectar amenazas de colisión. Y cuando digo investigación me refiero a que miran a un objeto concreto o a un cúmulo de galaxias, con un campo muy cerrado, como un punto láser en el cielo, a lo que sea que llame la atención de los astrofísicos. Cuando los satélites no se dedican a esa tarea, buscan objetos que

reflejan la luz y se mueven siguiendo órbitas parabólicas normales y que podrían ser una amenaza para la Tierra.

—Pero la nave fórmica es una amenaza para la Tierra.

—Sí, ahora lo sabemos, pero no se movía de una forma que fuese reconocible para los ordenadores Parallax. Los programamos para buscar objetos muy concretos. Una gigantesca nave alienígena que se movía de una forma que nadie había considerado posible no era uno de esos objetos. Y recuerda que el espacio entre esos satélites es tremendo. Satélites opuestos en el mismo plano podrían estar a diez mil millones de kilómetros de distancia uno del otro, o más. Tampoco se mueven rápido. Para ser satélites, son extremadamente lentos. Así que no, no vieron llegar a los fórmicos, y la verdad es que tampoco me sorprende. El espacio es muy vasto, hijo.

—Todo muy fascinante —dijo Lem—. Y te felicito por haber construido esos telescopios satélites que *no* resultaron ser útiles cuando eran más necesarios. Pero no logro ver qué podrían importar. Perdimos los drones, Padre. Puede que a ti no te importe la empresa. Pero nos importa a todos los que trabajamos en ella. Necesitas un buen plan. Tienes que preparar una respuesta. Ukko Jukes le dio una patada al avispero. Ukko Jukes enfureció a los fórmicos y provocó la segunda oleada. Los titulares se redactan solos.

Padre frunció el ceño.

—Me decepcionas, Lem. Creía que tú comprenderías las posibilidades que ofrece una configuración como la de Parallax.

—¿En serio? ¿Todavía estamos hablando de Parallax? El futuro de la empresa cuelga de un hilo, Padre. Y el hilo cuelga sobre el retrete. Por lo que, a menos que esos satélites Parallax sean también máquinas del tiempo que nos permita arreglar lo de los drones y hacerlo bien, no le veo el sentido.

Padre exhaló con cansancio y tocó el pad de muñeca. Regresó el sistema original del salvapantallas, ocupando toda la sala.

—Información, Lem. Ahí radica la importancia de Parallax. Todas las posibilidades que se derivan de información útil y ventajosa.

Lem se encogió de hombros.

—Lo lamento. Si estamos jugando a las adivinanzas, me rindo. ¿Qué no estoy entendiendo?

—Si los satélites Parallax tienen telescopios que miran al exterior, también pueden llevar telescopios que miran al interior.

Padre tocó el pad de muñeca y en la sala se manifestaron centenares de objetos adicionales, dispersos por todo el sistema solar en el plano de la eclíptica. Lem se puso en pie y se acercó a uno que tenía cerca. Se inclinó para observarlo mejor. Era una nave, excavadora, no mayor que la punta del dedo. Alzó la mano, la tocó y se amplió hasta ser tan grande como él. Lem, sorprendido, dio un paso atrás. Alrededor de la nave aparecieron ventanas de datos, identificándola como una excavadora de asteroide MineTek, de clase C, una nave de la competencia. También le ofrecía una



lista de todos los asteroides que había visitado y de los que había extraído mineral, así como un manifiesto completo de la nave: foto y nombre del capitán, la tripulación al completo, el equipo, armas, sistema de propulsión; todo estaba ahí.

Lem se giró y miró a su padre.

—¿Espías todo el sistema solar?

—No es espiar, Lem. Es observar. Recoger información. Con los giroscopios podemos ver todo lo que precisamos para mejorar nuestras operaciones. Podemos evitar los asteroides que una nave de la competencia ya ha ocupado. O podemos identificar nuevos asteroides potencialmente viables...

—O puedes comprobar las rutas comerciales de la competencia —dijo Lem—. Puedes saber todo lo que hace y sabotear o complicar sus operaciones. Sabes a quién comprar, a quién evitar, dónde está el dinero.

—Haces que suene mal, Lem —dijo Padre—. Pero así es como funciona una empresa. No es nada ilegal.

—No será ilegal. Pero poco ético sí que podría serlo.

Padre se mostraba molesto.

—Es por eso por lo que tenemos éxito, Lem. Por eso disfrutamos de nuestra cuota de mercado. Todas las empresas del mundo hacen lo mismo. Todas reúnen y usan la información. Nosotros simplemente lo hacemos mejor que los demás.

—¿No te parece que adolece de un serio problema de respeto a la intimidad?

Padre rio.

—¿Intimidad? ¿Quieres decir que un director general de una empresa de la Tierra no se puede ir al tejado de su edificio, mirar al suelo y contar los camiones de la competencia que pasan por la calle?

—Eso es diferente.

—No. No lo es. La escala no es un factor. El simple hecho de que tengamos, es una forma de hablar, un edificio más alto, no hace que de pronto esté mal.

Lem negó con la cabeza.

—Así que lo sabías. Tan pronto como la nave fórmica entró en el sistema solar, tú sabías lo que era y fingiste no saberlo.

—No, no sabía lo que era, Lem. Las interferencias de la nave fórmica afectaron también a los satélites Parallax. No vimos nada durante meses. Los satélites siguieron recogiendo imágenes, pero no podían transmitir las. Ahora que la radiación se ha disipado, y las líneas de transmisión vuelven a operar, estamos recuperándolos lentamente. Ahora los satélites nos inundan con todas las imágenes que han tomado desde que transmitieron por última vez, antes de la interferencia.

—Estoy seguro de que esto va a alguna parte —dijo Lem.

—Cuando atacaste la nave fórmica en el Cinturón de Kuiper, Lem, ¿quién se unió a ti?

La pregunta le resultó tan desconcertante que a Lem le llevó un momento responder.

—Una nave minera libre. La *Cavadora*. ¿Por qué?

—Había una tercera nave —dijo Padre—. Una que no participó en el ataque en sí.

—Una nave WU-HU —dijo Lem—. Se llevó a las mujeres y niños de la *Cavadora*. No llegamos a saber qué fue de ella. No pudimos comunicarnos por radio. Todo era un caos.

—La nave sobrevivió, Lem.

Lem quedó mudo un segundo.

—¿Cómo lo sabes?

Padre sonrió.

—Esa información sin ética es de pronto muy útil, ¿no es así?

—Estamos hablando de personas inocentes, Padre. No es ningún juego. ¿Qué fue de ellas?

Padre tocó el pad de muñeca y el sistema solar desapareció dejando únicamente un punto amarillo flotando en la enorme extensión negra. Lem se aproximó y lo tocó. El punto amarillo se hinchó hasta convertirse en una estación WU-HU de dos metros de diámetro.

—Está en el Cinturón de Asteroides —dijo Padre—. Una de las muchas estaciones que WU-HU tiene en el sector. Lo que ves es un modelo generado por ordenador a partir de los planos. Es posible que el color no sea el correcto, pero básicamente ese es su aspecto. Según Parallax, ahí fue tu nave WU-HU. Ahí habría comida, Lem. La capitana de esa estación es una buena mujer. Si nos fiamos de su perfil, habría aceptado la nave. Habría alimentado a los supervivientes. Los habría protegido. Pensé que te gustaría saberlo.

Lem miró fijamente la estación. El alivio creció en su interior como una gigantesca ola. No tenía clara la razón. No era su gente. En realidad, eran extraños. La mayoría de ellos probablemente todavía le odiaba por echar su nave del asteroide allá en el Cinturón de Kuiper, una artimaña que había salido terriblemente mal y había provocado la muerte de un miembro de su tripulación.

Pero no importaba si le odiaban. Tenían todo el derecho del mundo a odiarle. No quería su aceptación. Solo quería que estuviesen con vida. Y lo estaban. Sí, habían sufrido penalidades. Habían perdido a maridos y padres, habían perdido su forma de vida, sus hogares. Pero al menos todavía se tenían el uno al otro. Al menos tenían a alguien con quien compartir su pena.

Tenía a Padre detrás. Habló en voz baja.

—He visto las entrevistas que has concedido, hijo. Te he visto contar la historia de lo sucedido ahí fuera. Te causó una honda impresión. Ahora lo comprendo. Pensé que te aliviaría un poco saber que algunos otros sobrevivieron.

Lem se volvió y le miró.

—¿Para eso me has traído aquí? ¿Por eso me has mostrado Parallax?

—Hace tiempo que te lo debería haber mostrado. Eres mi hijo, Lem. He mantenido demasiados secretos durante demasiado tiempo. Lo lamento. No digo que

esto de pronto me convierta en un buen padre. Sé lo que soy. Pero si puedo hacer algo por aliviar el dolor de mi hijo, entonces lo haré.

Lem no entendía nada. ¿Padre estaba siendo bondadoso? ¿Estaba cediendo algo sin esperar nada a cambio?

—Ya no quiero que concedas esas entrevistas —dijo Padre—. Basta ya de desfilar por ahí. El equipo de relaciones públicas protestará, pero les diré que se hagan a la idea. Quiero que te concentres en destruir la nave nodriza.

Lem se sorprendió.

Padre sonrió.

—No pongas esa cara de sorpresa. He aprendido la lección, Lem. Tienes buenas ideas. Tus estrategias son mejores que las mías. Estropeé lo que planeaste con Víctor e Imala. Acepto toda la responsabilidad. Sus muertes son culpa mía. No espero que me perdones. Solo espero que sigas adelante. Tu plan funcionó, al menos en la medida en que yo lo permití. Tu equipo llegó hasta la nave fórmica. Eso es más de lo que he logrado yo. Ahora tienes que volver a hacerlo. Y esta vez te garantizo que no me interpondré.

## Pistolas de pringue

Mazer estaba tendido de espaldas, sobre el barro, bajo el fuselaje del HERC, juntando dos cables con la intención de hacer saltar una chispa. Habían aterrizado en un campo de arroz al sudoeste de Lechang, con el morro del fuselaje encajado en un terraplén entre dos arrozales. Eso dejaba un estrecho espacio bajo el HERC al borde del terraplén donde Mazer podía arrastrarse, retirar algunas placas del casco y tener acceso al sistema eléctrico. Los dos cables se tocaron, se oyó un restallido de electricidad, un motorcito cobró vida y luego algo saltó en una de las placas de circuitos y una pluma de humo acre llegó hasta la cara de Mazer.

—No parece muy prometedor —dijo Wit. Estaba de rodillas al fondo del terraplén, inclinándose todo lo posible para mirar bajo el fuselaje lo que Mazer hacía.

—Creo que acabo de cargarme los sistemas de aviónica —dijo Mazer—. Además, las lentes no funcionan y no puedo reiniciar el sistema. Este cacharro solo volverá a volar si lo lanzamos con un tirachinas gigante.

—No me molesta demasiado —dijo Wit—. Tampoco es que me apetezca volver a subirme a esa cosa.

Había sido un aterrizaje bastante movido. Las hélices habían ralentizado el descenso del HERC, pero no lo habían impedido. Mazer lo había aterrizado lo mejor que pudo, pero el proceso había inquietado a todos los que estaban a bordo.

Mazer se giró, se arrastró sobre el vientre para salir de debajo del HERC, se puso en pie y entornó los ojos para mirar al sol. Estaba cubierto de barro y el uniforme mojado se le pegaba al cuerpo. Tras el aterrizaje se había quitado el biotraje. Ya no era demasiado útil; los fragmentos del cristal del parabrisas lo habían dejado como un colador. En cuanto a los cortes, habían sido mejor de lo esperado. Dos fragmentos de cristal se le habían clavado en la piel, el peor era el que tenía en la parte posterior del antebrazo derecho. Por poco le había cortado la arteria ulnar. Wit había retirado el fragmento con las pinzas del equipo médico, tras lo cual le dio unos puntos y luego cubrió la zona afectada con vendaje líquido. El tratamiento se había endurecido y formaba una especie de brazal.

Mazer subió al terraplén que separaba el arrozal del adyacente y cogió una de las botellitas de agua del equipo de emergencia. Retiró la tapa, dio un buen sorbo. Luego se echó agua en la mano y se limpió el barro de la cara.

—¿Hay rastro de Shenzu? —preguntó.

Wit se llevó los binoculares a los ojos y miró al oeste, hacia las montañas. Shenzu había partido en esa dirección unas horas antes, cargado con la antena con la intención de buscar alguna señal de radio.

—Aquí viene.

En la distancia, Shenzu salió de la selva y atravesó el campo para volver. Al llegar Mazer supo de inmediato que no traía buenas noticias.

—El buldócer llegó hasta el Cubil del Dragón, pero no sirvió de nada. Todo el convoy de Lianzhou fue destruido. También casi todo el campamento de Lianzhou. Un grupo pequeño logró escapar y se reagrupa al norte de la ciudad, pero a todos los efectos el ejército del general Sima ha desaparecido.

—Once mil soldados —dijo Wit.

—Todavía es peor —dijo Shenzu—. Los transportes son más agresivos que nunca. Ahora todos atacan zonas pobladas. Y no me refiero a los nuevos transportes de la segunda oleada. Me refiero a todos ellos, incluyendo a los pelotones de la muerte que se encontraban en las zonas rurales fumigando arrozales y ganado. Ahora todos atacan ciudades.

—¿Qué ciudades? —preguntó Wit.

—Todas las ciudades del sudoeste de China, incluyendo las grandes. Hong Kong, Shenzhen, Cantón, Dongguán. Muchas ya han sido evacuadas, pero hay millones de personas que todavía siguen allí. Otros transportes atacan pueblos y ciudades tan al norte como el condado de Linwu. No me hago una idea de las estimaciones de bajas. —Cogió una botella de agua y se bebió la mitad. Se limpió la boca y añadió—: Eso no es todo. Tengo noticias de los ataques que Sima coordinó contra las sondas.

—¿Los equipos de los trineos perforadores? —preguntó Mazer.

—Fracasaron —dijo Shenzu—. Los trineos esperaron demasiado. Al llegar, las partes inferiores de las sondas estaban protegidas por escudos. Los fórmicos acabaron con los dos equipos y destruyeron los trineos perforadores.

—Así que las sondas siguen en su sitio —dijo Wit—. Y el ejército fórmico es más numeroso y agresivo que nunca. ¿Tiene alguna buena noticia?

—Ya me gustaría.

Wit exhaló y pensó un momento.

—Si acabaron con el convoy de Lianzhou, entonces hemos perdido el equipo científico. Así que nadie está ocupándose del gas. Esa debe ser nuestra prioridad.

—No somos científicos —dijo Shenzu—. No podemos desarrollar un contraveneno.

—No, pero podemos llevar pistolas de pringue a los científicos que sean capaces de hacerlo.

—¿Quiénes? —preguntó Shenzu—. China había reunido su mejor equipo. ¿Dónde vamos a dar con sustitutos? Las mejores universidades y los mejores centros de investigación se encuentran al sur, en la costa, donde atacan los pelotones de la muerte. No habrá forma de dar con esa gente.

—No buscamos en China —dijo Wit—. Llevamos las pistolas de pringue a Nueva Delhi. Allí hay un bioingeniero. Se llama Pavar Gadhavi, el mayor experto mundial en la definición de los mecanismos de plegado de las estructuras proteínicas. La POM ya ha recurrido a él en el pasado para contrarrestar armas biológicas. Me conoce. Si alguien puede descifrar ese líquido, la persona es Gadhavi.

—¿Propone pasar un arma biológica alienígena por la frontera para llevarla a la India? —dijo Shenzu—. China jamás lo consentiría. La India tampoco.

—No podemos traer a Gadhavi —dijo Wit—. No es seguro. Incluso si dispusiésemos de un segundo equipo chino, yo propondría sacarlo del país. Además, tampoco disponemos del equipo que le hará falta a Gadhavi. Tendremos que ir a donde está.

—Habla como si el ejército y el gobierno no tuviesen nada que decidir —dijo Shenzu.

—Así es —dijo Wit—. No en lo que a mí respecta. Mazer y yo nos encontrábamos al mando del general Sima. Esa estructura de mando ya no existe. Si quiere usted ayudarnos, ciertamente nos vendrá bien. Nos hace falta su experiencia, pero no voy a esperar a que la Comisión Militar Central o el Comité Central discutan la cuestión. De todas formas, jamás darían su consentimiento. ¿Está con nosotros o no?

—¿Cómo piensa llegar a Nueva Delhi? Aunque el HERC pudiese volar, jamás podría atravesar esa distancia. Nueva Delhi está a tres mil quinientos kilómetros.

—Daremos con otra nave. En los aeropuertos habrá aeronaves abandonadas. Shenzu bufó.

—Y robamos una.

—«Requisar» suena mejor —dijo Wit.

—¿Y el combustible? —preguntó Shenzu.

—Por eso le necesitamos —dijo Wit—. Ya está preparando una lista de todo lo que nos va a hacer falta.

—Si intentan atravesar la frontera ilegalmente, la India derribará el avión. La guerra los ha vuelto muy cuidadosos con sus fronteras.

—No nos derribarán —dijo Wit—. Hacerlo liberaría el gas fórmico en su país.

—No sabrán que hay gas fórmico —dijo Shenzu.

—Lo sabrán porque yo se lo diré. Una vez hecho, los cazas que reúnan para derribarnos recibirán la orden de escoltarnos a donde queramos ir.

—Lo ha pensado bien, ¿no?

—No, lo estamos improvisando entre los dos, pero es un comienzo. ¿Hay algún aeródromo por aquí cerca?

Shenzu guardó un momento de silencio.

—Les arrestarán en cuanto aterricen en la India.

—Ya nos han arrestado antes. Nunca es permanente. Y, en cualquier caso, el doctor Gadhavi nos apoyará.

—Oh, sí, estoy seguro de que un científico tiene prestigio suficiente para hacer que su gobierno olvide que los obligaron a participar sin quererlo en una guerra interestelar. Eso como mucho es una falta menor. Lo pasarán por alto.

—La India está deseando entrar en la guerra —dijo Wit—. Están tan decididos a acabar con los fórmicos como ustedes. China ansía una solución para el gas. Hacer que la India desarrolle el contraveneno sin que China tenga que pedirle explicaciones permite a China ganar un aliado sin mostrarse débil. China podrá decir que no fue a rogar a la puerta de la India. Ellos fueron los que decidieron ayudar. No es que nos hiciese falta su ayuda, pero como muestra de buena voluntad la aceptaremos graciosamente. Podría ser el nacimiento de una coalición, Shenzu.

—Sea como sea —dijo Shenzu—, si les ayudo habré abandonado la cadena de mando. Me juzgarían por traición. Y si les acompaño a la India, también me juzgarán por desertión. Jamás volvería a ver a mi familia.

—En ese caso, indíquenos dónde hay un aeródromo y nos iremos —dijo Wit—. Diremos que intentó impedirnoslo, pero que le superamos en número y escapamos.

Shenzu guardó silencio durante un momento. Se miró el pad de muñeca y le dio unos toques. Al terminar, alzó la vista y exhaló, como si hubiese tomado una decisión.

—La base aérea Shaoguan se encuentra a treinta kilómetros al sudeste. Es un aeródromo militar y civil de doble uso en la ciudad de Guitou. Es probable que allí encontremos una aeronave.

—¿Encontremos? —dijo Wit—. Tiene familia, Shenzu. No quiero la responsabilidad de impedirle volver a verla.

—Si no hacemos algo para contrarrestar el gas, mi familia no vivirá lo suficiente para volver a verme. Prefiero que viva y yo ir a la cárcel que no hacer nada y permitir que mueran.

—A los chinos les diremos que le obligamos a venir a pesar de que se resistió —dijo Mazer—. Diremos que tuvimos que amordazarle y atarle porque no dejaba de resistirse.

—Y que en todo momento canté el himno nacional.

—O agitaba una pequeña bandera china —dijo Mazer.

—¿Cómo llegamos al aeródromo? —preguntó Wit.

—El río Wujiang —dijo Shenzu mientras señalaba al este—. Está cerca. El río fluye al sudeste justo hasta el aeródromo. Propongo que requisemos un bote y evitemos las carreteras hasta que podamos conseguirle otro biotraje a Mazer.

—Si se trata de un aeródromo militar —dijo Mazer—, ¿cómo requisamos una aeronave sin causar problemas?

—Nadie se nos resistirá —dijo Shenzu—. El aeropuerto cayó hace cinco días. Uno de los hangares sobrevivió intacto al ataque y según la base de datos hay una aeronave en su interior. —Parecía sentirse incómodo—. Pero debo advertir que el ejército no ha vuelto desde el ataque. No va a ser agradable.

Se refería a los cadáveres. A la carnicería. Cuerpos que llevaban cinco días hinchándose al sol. El ejército estaba tan superado por la batalla y carecía de tantos recursos que ni siquiera podía dedicar personal a enterrar a los muertos.

Cargaron las mochilas, cogieron las armas y avanzaron hacia el río. En la orilla había varias casas grandes con cobertizos para botes. Wit dio una patada a la puerta de uno de los cobertizos y en su interior dio con un pequeño bote de pesca que tenía un motor bastante decente. Wit comprobó las células de combustible y estimó que eran suficiente. Cargaron sus cosas, subieron a bordo y salieron.

En lo alto oyeron aeronaves chinas y más tarde también vieron varios transportes fómicos. Pero todo permanecía a cientos de metros por encima y nada vino en su dirección.

Sin el biotraje, Mazer se sentía expuesto. Era muy consciente de que en cualquier momento podría llegar una nube de gas para rodear todo el bote.

Se imaginó, como hacía siempre, a dos oficiales de rostro solemne y gorras bajo el brazo dirigiéndose a la casa de Kim en Nueva Zelanda. No los reconocería, pero sabría inmediatamente a qué habían venido. Lo lamentamos, dirían. Kim se les quedaría mirando fijamente y se apoyaría en el quicio de la puerta para evitar desmoronarse.

No debería haber puesto su nombre como familiar más cercano. Había sido un error. No estaban casados. Su intención había sido no poner nada, pero el funcionario había insistido en poner un nombre. Por supuesto, tenía tíos, tías y primos. Su madre tenía familia dispersa por toda Nueva Zelanda. Pero para Mazer ahora eran como extraños. Tras la muerte de Madre, cuando Padre y él se habían mudado a Londres, Padre no había hecho ningún esfuerzo por mantener el contacto con su rama materna. Todo había acabado mal. El abuelo había insistido en que Padre diese a Madre un funeral tradicional maorí, cosa a la que Padre se había negado por completo. Hubo discusiones, gritos, palabras duras. A uno de los tíos de Mazer tuvieron que retenerlo cuando intentó golpear a Padre. En su mente todo estaba tan fresco como la sencilla ceremonia que Padre decidió celebrar. Solos ellos dos junto a la tumba. Ni sacerdote, ni palabras, ni flores. Solo la fría mano de Padre agarrando la suya, el silencio entre ellos y el olor a tierra recién removida.

Anclaron el bote en un malecón de Guitou. El aeropuerto estaba cerca del río. El aire estaba lleno de un olor lejano y rancio, a descomposición. Empeoró cuando Mazer bajó del bote y se acercó a la orilla. Al ver el aeropuerto, apreció dos pistas estrechas y largas, varios hangares y una torre de control. Al este de las pistas los militares habían instalado tiendas de sobra para acomodar a mil soldados. Había tanques, vehículos de despegue vertical, láseres antiaéreos, transportes para equipo pesado, camiones de pulso y toda la potencia de fuego requerida para una pequeña ofensiva.



Y todo estaba destrozado.

Había cadáveres por todo el campamento y el aeródromo. Vehículos volcados, quemados y medio fundidos. La pista tenía cráteres del tamaño de camiones. La torre había ardiendo, por lo que solo quedaba la estructura metálica, inclinada peligrosamente a un lado. Dos de los hangares se habían desmoronado por completo.

Durante un largo rato nadie dijo nada. El olor era tan intenso que Mazer creyó que se iba a marear.

—Vinieron de noche —dijo Shenzu—. Una de las baterías antiaéreas derribó un transporte, y los fórmicos respondieron a los pocos minutos con un enjambre. En cierto momento había tantos que en algunas de las fotos de satélite apenas se ve el suelo.

—¿Usaron gas? —preguntó Wit—. ¿Es seguro para Mazer acercarse al hangar?

Shenzu sostenía un aparato en el aire.

—Hace tiempo que se ha disipado el gas. Solo detecto rastros elevados de sulfuro de hidrógeno y metano, probablemente por la descomposición. Mientras no toque nada no debería haber problema. En el campamento hay camiones de suministros. Allí tendremos biotrajés sin abrir.

Se abrieron paso entre el laberinto de tiendas de camino a los camiones. Algunas de las tiendas habían ardiendo; otras las había soltado el viento y la lluvia. Había restos por todas partes. Tazas, platos, cascos, armas. El ataque había pillado a muchos soldados durmiendo, que luego habían salido corriendo de las tiendas en ropa interior. Estaban tendidos en el barro junto a los soldados uniformados. El sol los había hinchado, dejándolos viscosos y blancos.

Había barro en todos los caminos. Por todas partes había charcos con agua estancada, todos recubiertos por una delgada capa de basura química.

Dejaron atrás vehículos quemados, algunos de ellos con los conductores todavía en su interior. Dejaron atrás aeronaves fórmicas derribadas, algunas de las cuales habían chocado con las tiendas dejando un rastro de destrucción.

Por fin llegaron a los camiones de suministros. Shenzu empleó el pad de muñeca para escanear el código en el lateral de cada camión comprobando el inventario. A los pocos minutos dieron con un camión que llevaba biotrajés.

La cerradura trasera estaba intacta. Pero Wit encontró una barra de hierro y golpeó hasta romper la cerradura. Rebuscaron en su interior hasta dar con un biotraje y cuatro cajas de toallitas para descontaminación.

Allí mismo, en el camión, Mazer se quitó la ropa y se limpió con las toallitas. Wit y Shenzu esperaron fuera. Las toallitas de descontaminación estaban frías y eran esponjosas. Oían más fuerte que la lejía. Los vapores irritaron los ojos de Mazer. Las sustancias químicas le resecaron la piel. Las instrucciones indicaban que debía repetir el proceso tres veces, y en cada ocasión lo odió más que la anterior. Al terminar sentía la piel en carne viva, irritada y escocida en los pliegues. Rompió la bolsa de

plástico del biotraje y se lo puso. El traje estaba frío y era muy ajustado, pero el material era flexible y ofrecía mucha movilidad.

Al salir fijó la radio a la frecuencia adecuada y los tres fueron hacia el hangar.

Excepto unos agujeros en la pared metálica allí donde la metralla había impactado, el hangar parecía intacto. Los tres empujaron con fuerza contra las dos puertas principales y las abrieron. Mazer sintió alivio al encontrarse en su interior con un Goshawk C14. Le había preocupado que diesen con una aeronave que no supiese pilotar.

El Goshawk era un buen vehículo de despegue vertical, un transporte de tropas para veinte pasajeros con un cañón en el morro y cuatro motores. Era mucho mayor de lo que necesitaban y consumiría mucho combustible, pero tendrían algo con lo que defenderse si daban con oposición.

—¿Sabes pilotarlo? —preguntó Wit.

—Si está bien —dijo Mazer—. Nunca he pilotado uno, pero no es diferente a los vehículos de despegue vertical británicos con los que aprendí. Y es una nave Juke con aviónica y holocontroles Juke. Es el sistema que mejor conozco.

—Dale un repaso. Shenzu y yo saquearemos otros camiones para conseguir suministros.

Mazer invirtió dos horas en revisar el Goshawk todo lo bien que sabía. Empleó la cargadora para sacarlo al pavimento. Encendió los motores, lo elevó, comprobó los controles de vuelo y ejecutó los programas de diagnóstico. A continuación, lo conectó a la fuente eléctrica y cargó la célula de combustible. Para entonces Wit y Shenzu ya habían vuelto con una camioneta llena de equipo. Wit la aparcó junto al Goshawk y se puso a cargar la aeronave.

—¿Para qué las escopetas? —preguntó Wit señalando el arma que Wit llevaba en la mano.

Wit dejó la arma y levantó una caja de cartuchos de escopeta.

—Munición de descarga, incapacitadores neuromusculares de alto voltaje. Antes de ir a la India tenemos que recoger algunas pistolas de pringue. Con la munición de descarga podemos incapacitar a los fórmicos sin romper las mochilas de pringue. Apuntamos al centro de masa. Al atravesar la piel, el proyectil emite doscientos miliamperios de electricidad en treinta segundos. Suficiente para parar un corazón humano. Con suerte, hará lo mismo con los fórmicos. Y si no, tenemos esto. —Tocó la montura láser colocada sobre el cañón—. Cuando el fórmico se venga abajo por el impacto de la munición de descarga, nos acercamos y le atravesamos la cabeza con el láser. Luego retiramos la pistola de pringue del fórmico, la lanza fumigadora y la mochila, y la sellamos en uno de estos contenedores. —Señaló uno de los grandes contenedores para muestras biológicas peligrosas colocado en la plataforma de la camioneta—. Atamos los contenedores en el Goshawk y los llevamos a la India.

—Habrà que darse prisa —dijo Mazer—. Entrar y salir. Cuanto antes recojamos las pistolas de pringue mejor. Queremos salir de aquí antes de que lleguen los

refuerzos fórmicos.

—Ese es tu trabajo —dijo Wit—. Shenzu y yo daremos con las pistolas de pringue. Tú quédate en la cabina y despega en cuanto subamos a bordo. —Miró expectante a Mazer—. A menos que encuentres algún fallo en el plan.

Mazer se dio cuenta de que era una prueba.

—Con todos los respetos, señor —dijo Mazer—. Me preocupan unos detalles.

Wit sonrió.

—A ver...

Mazer cogió la caja de cartuchos y los echó sobre el pavimento. Luego se arrodilló y los puso de pie. La caja vacía la colocó al lado y la tocó con el dedo.

—Este es el transporte fórmico. Has olvidado que todo pelotón de la muerte tiene uno. Estará armado hasta los dientes y nos perseguirá a menos que lo destruyamos. Ese es el primer problema. —Indicó los cartuchos—. Los cartuchos son los fórmicos. En cada transporte pueden ir hasta veinte. Si Shenzu y tú los atacáis individualmente, sois dos contra veinte. Si los fuésemos a atacar con fuego de ametralladora pesada o los cortaseis por la mitad con un potente láser, podría pensar que dos contra veinte es posible. Pero no es así. Lo que propones requiere dos disparos por fórmico: la escopeta seguida por un golpe de gracia a quemarropa. Es imposible que logréis cargaros a veinte antes de que respondan. Cada uno de vosotros tendría que disparar diez veces y acertar a todos los blancos antes de que ellos disparen. Y luego tendríais que correr hasta cada uno para volver a disparar. No os dará tiempo. Ese es el segundo problema.

Wit seguía sonriendo.

—Continúa.

—El tercer problema está relacionado con las pistolas de pringue. No tenemos ni idea con qué facilidad se podrá retirar la mochila del cuerpo de un fórmico muerto. Las cintas se ajustan alrededor de los hombros y se cierran sobre el pecho. Nunca he visto una de cerca, pero sí que he visto muchas en la distancia. Las cintas no parecen ser de algún tipo de tela. Parecen metálicas. Hará falta tiempo para cortarlas. No queremos atravesar los tanques, así que, si usáis un láser para cortarlas, que es lo que yo recomendaría, habrá que hacerlo con mucho cuidado. Si Shenzu y tú lo hacéis allí mismo, sobre el terreno, antes de que despeguemos, tendremos a los refuerzos encima antes de haber logrado soltar una. Seremos carne muerta.

—No es bueno ser carne muerta —dijo Wit—. Está claro que debemos evitar convertirnos en carne muerta. ¿Qué propones?

—Violencia extrema —dijo Mazer. Recogió todos los cartuchos y los volvió a colocar en la caja—. Seguimos a un transporte a una distancia segura. Intervenimos en cuanto aterrice. Atacamos antes de que desembarquen todos los fórmicos. —Retiró tres cartuchos y los colocó sobre el pavimento—. Quizá esperamos a que salgan tres. A continuación, descendemos y destruimos el transporte. En la torreta del morro tenemos un lanzagranadas de cuarenta milímetros, dos lanzacohetes en los

laterales y dos ametralladoras montadas en la posición del artillero. Yo propongo usar las ametralladoras. Eso es tarea para Shenzu. Desciendo, justo hasta la puerta abierta del transporte y Shenzu lo suelta todo. Los rebotes de las balas matarían a todos los que estén dentro. El lanzagranadas y los cohetes son excesivos. Harían explotar el transporte y la explosión acabaría con los tres fórmicos del exterior y los tanques de pringue. Así no tendríamos nada que recoger.

—¿Y qué hago yo mientras pasa todo eso? —dijo Wit.

—Al descender tú te encuentras al otro lado del Goshawk con la segunda puerta corredera abierta, acabando con los tres fórmicos desembarcados. Disparos a la cabeza. Tres tiros rápidos. Te sugiero que uses el rifle con selección inteligente de blanco. O, si crees que tienes puntería suficiente para disparar desde una aeronave en movimiento, puedes usar la escopeta. Pero eso es más arriesgado y mucho menos preciso.

—Vale —dijo Wit—. Ahora el transporte es un queso suizo. Yo he encajado unos tiros en las cabezas de los fórmicos. ¿Y luego?

—En cuanto tocamos el suelo, Shenzu y tú salís. Corréis hasta el fórmico muerto más cercano con pistola de pringue y agarráis el cuerpo, al completo. Uno lo sujeta por los miembros delanteros y el otro por los traseros. Luego lo metéis en el Goshawk, subís y nos vamos. Una vez en el aire, podéis descubrir cómo retirar la mochila y podéis dedicarle todo el tiempo que haga falta. Una vez hecho, tiramos el cuerpo y metemos la pistola de pringue en el contenedor.

—Así solo conseguimos una —dijo Shenzu.

—Con una nos basta —dijo Wit—. Los tanques son translúcidos. Si hay más de la mitad, no debería haber problema. Es suficiente para que Gadhavi trabaje.

—Si solo vamos a conseguir un fórmico —dijo Shenzu—, ¿por qué esperar a que desembarquen tres? ¿Por qué no atacar en cuanto salga el primero?

—Porque al darle al transporte —dijo Mazer— habrá metralla. No podemos arriesgarnos a romper la mochila. Con tres vamos más seguros. Al menos uno debería estar intacto.

—¿Algo más a tener en cuenta, Mazer? —preguntó Wit.

Mazer tocó la caja de cartuchos.

—Si atacamos el transporte con la mayoría de los fórmicos dentro, romperemos sus tanques de pringue y liberaremos el gas. Es inevitable. Pero si el transporte se encuentra en una zona poblada arriesgaremos la vida de mucha gente. Propongo que busquemos un transporte que se dirija a una zona muy poco poblada o a una ciudad que ya haya sido evacuada.

—De todas formas, van a estar dispersando el gas —dijo Shenzu—. ¿Realmente importa?

—Importa si somos nosotros los que liberamos el gas —dijo Mazer—. A mí me importa.

—El Comité Militar Central sigue a los transportes por satélite —dijo Shenzu—. Y sabemos qué ciudades y pueblos han sido evacuados. Es probable que demos con una coincidencia.

—También es preciso que el transporte esté solo —dijo Mazer—. Si está cerca de otro probablemente acabemos en un combate aéreo.

—¿Algo más? —dijo Wit.

—Durante el ataque nos rodeará el gas —dijo Mazer—. Todo va a estar contaminado. Toda la nave, dentro y fuera. No hay forma de descontaminarla antes de llegar a la India. Si logramos cruzar la frontera, deberíamos advertir a las autoridades indias y ofrecernos a quemar la nave en cuanto aterricemos.

—Suenas muy extremo —dijo Shenzu.

—Es un gesto de cortesía —dijo Mazer—. Si se niegan y se ofrecen a limpiarla, estupendo. En caso contrario, habremos demostrado que valoramos la seguridad de su pueblo más que el Goshawk.

—Que no es un objeto barato —dijo Shenzu.

—Apúntamelo en la cuenta —dijo Mazer.

—¿Eso es todo? —preguntó Wit.

—Dímelo tú —dijo Mazer—. ¿He superado la prueba?

Wit sonrió.

—Ya te lo diré en cuanto aterricemos en la India. —Cogió la caja de munición y la colocó en la aeronave.

—¿Al final vas a usar las escopetas? —dijo Mazer.

—Nunca hay un único plan, Mazer. Planeas para distintas situaciones. —Abrió el arma, miró el interior del cañón vacío y lo volvió a cerrar—. Además, me gustan las escopetas.

Cargaron los contenedores de material biológico peligroso y otros suministros y despegaron. Mazer siguió el río Yangxi entre las montañas, a baja altura y sin dejarse ver. Volaron durante horas hacia el oeste antes de que Shenzu diese con el objetivo.

—Hay un transporte fórmico a diez kilómetros frente a nosotros, que va al norte siguiendo el río Menghe. Han evacuado a todos los habitantes del río. Si el transporte para en uno de esos lugares, podríamos actuar.

—¿Cuál es el siguiente transporte más cercano? —preguntó Wit.

—Está a veinticuatro kilómetros —dijo Shenzu.

—No vamos a tener mejor oportunidad que esta. Síguelo, Mazer, a distancia y sin que nos vean.

Mazer viró ligeramente al norte y siguió por el río Menghe. Siguieron al transporte fórmico a través del satélite, observando el mapa en el holocampo. Mazer voló bajo. Pasaron diez minutos. Luego veinte. El transporte se saltó todos los pueblos que seguían el río.

—Abandona el río y avanza al norte hacia las montañas —dijo Shenzu.

—¿Adónde va? —preguntó Wit—. En esas montañas no hay nada.

—No podemos seguir mucho más —dijo Mazer—. Estamos perdiendo la luz del día. Y los otros transportes se acercan.

Así era. En el mapa se veían tres transportes converger en un punto al norte, en la misma dirección que ahora seguía el transporte que perseguían.

—Van hacia algo —dijo Wit. Usó el punzón para tocar cada uno de los cuatro transportes del holocampo—. Ordenador, dibuja las trayectorias. ¿En qué punto se cruzan?

Aparecieron las líneas de cada uno de los transportes. Se cruzaban en un punto al norte de su posición.

Wit dijo:

—Shenzu, ¿qué hay ahí?

Shenzu se atareó un momento con el mapa.

—Una montaña. El pico más alto del condado de Lipu. Lo llaman Monte Cerdo.

—¿Posibles objetivos fórmicos? —preguntó Wit—. ¿Algún poblado? ¿Una ciudad? ¿Algo?

—No hay nada —dijo Shenzu.

—¿Puedes mostrar una imagen?

Shenzu volvió a operar el holocampo. Tras un momento, una imagen de satélite sustituyó al mapa. Ahí estaba el pico, y en el punto más alto se encontraba una estructura bulbosa y redondeada.

—¿Qué es eso? —dijo Shenzu—. ¿Una torre de agua?

—¿De qué serviría una torre de agua en lo más alto de una montaña deshabitada? —dijo Wit—. Amplía.

La imagen creció y se definió.

—No es obra humana —dijo Wit—. Es de los fórmicos.

Tenía razón. La miraban desde arriba, pero incluso desde ese ángulo Mazer veía claramente que era una construcción alienígena. Una estructura redondeada en forma de donut muy elevada por encima de la cumbre, con una galería plana rodeándola como si fuese un gigantesco sombrero de ala ancha. La superficie era metálica y tosca, como si la hubiesen ensamblado a partir de cientos de fragmentos de desecho.

—¿Qué son esas cuerdas de la plataforma? —dijo Wit—. Amplía más.

Mazer no las había visto, pero cuando Shenzu amplió la imagen vio de qué hablaba Wit. Aunque no eran cuerdas. Eran mangueras.

—Es una estación para repostar —dijo Mazer—. Para los transportes. O quizá sirve para recargar las pistolas de pringue.

Vieron como el primer transporte llegaba y aterrizaba en la galería. Salieron dos fórmicos que agarraron una de las mangueras más grandes y llevaron el extremo al interior del transporte, donde desaparecieron. Del otro lado del transporte salió una multitud de fórmicos. Cogieron las mangueras pequeñas. En parejas, los fórmicos levantaron las mangueras y las fijaron a los tanques de sus mochilas de pringue.

—Acabamos de dar en la diana —dijo Shenzu—. Ese donut está lleno de pringue.

—Cada transporte debe llevar tanques auxiliares —dijo Wit—. Los llenan junto con los tanques individuales y lo usan cuando se les agota el suministro personal. De esa forma pueden permanecer más tiempo sobre el terreno.

—¿Ahora qué hacemos? —dijo Mazer—. Nos hace falta una pistola de pringue. No podemos acercarnos con un bote cuando se vayan los fórmicos y llenarlo con una manguera. Nos hace falta un receptáculo adecuado. En cuanto el pringue toca el aire se convierte en gas.

—Conseguiremos una pistola de pringue —dijo Wit—. Pero hay que replantearse la situación. Es evidente que no podemos atacar un transporte que venga de camino aquí, porque no le queda pringue. Está vacío.

—Pero si atacamos cuando se van —dijo Shenzu—, volaremos el tanque auxiliar, lo que liberará una enorme cantidad de gas.

—Mejor aquí en las montañas, lejos de las zonas pobladas, que en medio de una ciudad —dijo Mazer.

—Estoy de acuerdo —dijo Wit—. Pero quizá no sea necesario. ¿Y si atacamos a la tripulación mientras recarga?

—Arriesgado —dijo Mazer—. Si disparas al transporte podrías agujerear el donut.

—¿Y si no disparo ningún arma? —Alargó la mano a la izquierda, rebuscó en un cajón del equipo y encontró una caja de esos extraños cartuchos incapacitadores. Wit sacó un cartucho de la caja y desenroscó la cubierta. Apareció como una manga que dejó ver un tubo de electrónica coronado por una pequeña bóveda con cuatro electrodos.

—Esos electrodos son los que realmente atraviesa la piel al disparar. Están conectados a la base, que contiene una batería, un transformador y un microprocesador. —Con delicadeza separó los electrodos de la base y dejó que se desenrollase un delgado cable—. Cada uno contiene tres metros de cables recubiertos de Kevlar. Cuando da al individuo, los electrodos atraviesan la piel y la base cae al suelo. En ese momento se activa la carga eléctrica. Disponemos de varias cajas de munición. Hará falta algo de trabajo, y conectar muchos cables, pero podríamos crear una cadena de una longitud bastante decente. Colocamos la cadena en la superficie de la galería y listo.

—¿Cómo activarías la electricidad? —preguntó Mazer.

—Lo conectamos todo a un único microprocesador. Lo activo con un transmisor.

—La galería es metálica —dijo Mazer—, pero eso no implica que sea conductora de la electricidad.

—Lo probaremos —dijo Wit—. Pondré la carga al nivel más bajo.

Shenzu agitó las manos.

—Lo lamento. ¿Este es el plan? Porque no lo sigo.

—Vamos a poner una trampa en la galería de la torre —dijo Mazer—. Desmontaremos la munición de descarga, formaremos una cadena con los electrodos

y los dejaremos en la galería. Tan pronto como el próximo grupo de fórmicos haya terminado de llenar sus pistolas de pringue, haremos circular electricidad por la galería y los dejaremos aturdidos a todos a la vez. Vamos corriendo, acabamos con ellos y cogemos una pistola de pringue.

Shenzu miró a uno y luego al otro.

—Da la impresión de ser mucho trabajo para conseguir una única pistola de pringue.

—Es la opción más segura —dijo Wit.

—Siempre que no nos electrocutemos a nosotros mismos —dijo Mazer.

Esperaron a que los cuatro transportes llegasen y se fuesen. A continuación, Mazer los llevó volando a la montaña y flotaron sobre la galería de la torre. Wit y Shenzu salieron y Wit le pasó a Shenzu los cartuchos desmontados.

—Ve allí y deja los electrodos contra la superficie. A continuación, sostén la base y mete el dedo en el hueco hasta que sientas que se rompen los seguros.

—¿Qué harás tú? —preguntó Shenzu.

—Pondré la mano en la superficie —dijo Wit—. Si me da una descarga, lanza de inmediato la base. Sin vacilar. Y no toques los electrodos.

—Yo estaré sobre la superficie. ¿No me dará una descarga?

—Llevas suelas de goma. No deberías tener problema.

—¿Debería? —dijo Shenzu—. Me va a hacer falta algo mejor que «debería».

—Vale. Te garantizo absolutamente que no vas a recibir una descarga.

Shenzu frunció el ceño.

—No nos sobra el tiempo, Shenzu.

Shenzu caminó hasta el otro extremo de la galería y se situó. Wit dobló las rodillas, colocó la palma plana contra la superficie de la galería y le hizo un gesto a Shenzu.

Un momento después Wit caía de espaldas y Shenzu tiraba todo el aparato. Al volver a la aeronave, Mazer dijo:

—Pensé que lo ibas a poner al mínimo.

—Lo hice —dijo Wit.

Cerca encontraron un pequeño claro rodeado por una espesa selva. Mazer aterrizó el Goshawk y se pusieron a trabajar. Montar la cadena les llevó casi toda la noche, cada uno ayudando como podía. Al terminar faltaban varias horas para el amanecer.

Mazer los llevó hasta la torre. Shenzu sostuvo la linterna mientras Wit tendía cuidadosamente el cable y disponía la cadena siguiendo el borde interior de la galería, como una banda sobre el ala de un sombrero. Después volaron hasta la base de la montaña y esperaron.

No mucho después del amanecer el primer transporte bajó a la galería de la torre. Wit, Mazer y Shenzu miraron la imagen del satélite. Wit le dio al transmisor en cuanto los primeros fórmicos hubieron llenado sus tanques. En la pantalla vieron a los fórmicos estremecerse, caer, convulsionarse y morir.





## Escudo

La langosta no podía ser mejor y la idea de acompañarla de burrata cremosa había sido una inspiración, pero a Lem le estaba resultando difícil disfrutar de la comida. Frente a él, en el interior de un apartado privado en La Bella Luna, uno de los restaurantes más caros del lado este de Imbrium, Norja Ramdakan atacaba el plato de pasta como si estuviese rompiendo un ayuno de tres días.

—Diecisiete por ciento —dijo Ramdakan. Atravesó los *fusilli* con el tenedor y se lo metió todo en la boca—. Las acciones han perdido un diecisiete por ciento. —Negó con la cabeza en señal de desagrado.

Como jefe financiero de Padre, Ramdakan era uno de los miembros más influyentes del Consejo. Llevaba en la empresa desde el principio, y era famoso por el férreo control con el que llevaba el monedero. De hecho, al principio había hasta volado con Padre, cuando este era el capitán de una pequeña excavadora en el Cinturón y llegaba a fin de mes rascando la superficie de las rocas. Lem no podía ni imaginárselo. Ya era una tortura sentarse en el mismo reservado que Ramdakan para compartir una comida. Vivir con él en el reducido espacio de una nave durante meses y meses sería absolutamente intolerable.

—Le empresa es resistente, Norja —dijo Lem—. Las acciones se recuperarán.

Ramdakan se limpió algo de tomate de la comisura de la boca.

—¿Cómo, Lem? ¿Te haces una idea del dinero que perdimos con los drones Vanguard? ¿Alguna mínima idea?

Lem conocía la cantidad exacta de la inversión —hasta el último decimal—, aunque no se atrevió a admitirlo delante de Ramdakan. Podría derivar en preguntas que Lem no quería responder. Como qué miembro de la oficina de Padre le había dado esa información. No sería muy difícil descubrirlos... varias personas habían visto a Lem hablando con Despoina aquel día. Y en los días posteriores los dos habían compartido mucho tiempo juntos. Lem había tenido el cuidado de ocultar esas interacciones a ojos del público, pero eso no implicaba que los encuentros hubiesen pasado desapercibidos.

Lem se sentía algo incómodo. Si Ramdakan supiese que Despoina se iba de la lengua con los asuntos de Padre, sería su fin. Ramdakan la despediría de inmediato y la devolvería a la Tierra en la primera nave. De hecho, incluso era posible que completase el despido con una demanda. O podría arrastrarla por la prensa y tratarla de fulana. Era una táctica que podría usar sin vacilar. Ya la había usado antes con

considerable éxito. Y a Ramdakan no le importaría nada que el padre de Despoina fuese amigo personal de Ukko Jukes. Los negocios eran la guerra. Y no hay amigos en la guerra.

Lem sintió una punzada de culpabilidad. Des ni siquiera sabía que lo que hacía no estaba bien. Lem era el hijo de Ukko Jukes. ¿Qué daño podría hacer contarle lo que fuese? Y no es que Lem estuviese sondeando en busca de información. Todo lo que le decía surgía del desarrollo natural de la conversación. ¿Cómo te ha ido el día? ¿En qué has trabajado? ¿Ha pasado algo interesante? Sí, era posible que Lem pidiese un par de detalles. Pero no rebuscaba. No la estaba manipulando. Simplemente conversaban. Le ofrecía a Des un oído dispuesto a escuchar. No era culpa suya que Des tendiese a contar cosas... un detalle que le había sorprendido en comparación con lo callada y tímida que se había mostrado antes de la primera cita.

Sí, podría decirle que estaba divulgando información secreta. Podría sugerirle que fuese más discreta. Pero parecía encantada de compartirla, tan deseosa de darle algo y hacerle feliz, que Lem no quería decepcionarla.

¿Lo hacía para qué él no se alejase demasiado?, se preguntó. ¿Estaba intentando demostrar que él la necesitaba?

Lem intentó no pensarlo demasiado. Y, mientras tanto, había disfrutado de su tiempo juntos. No era una mujer tan insoportable como había creído. La exuberancia manifestada tras la primera noche se había reducido considerablemente. Ahora era casi normal. Su alegría desmedida se había transformado en una dulce admiración por Lem. Y vamos, ¿era acaso un crimen disfrutar de la admiración de una mujer? ¿Hacía daño a alguien? No es que Lem pudiese afirmar que la encontraba necesariamente atractiva, pero sí que tenía su encanto. Su ingenuidad era casi tierna. De hecho, se había descubierto deseando volver a verla.

Qué extraño, pensó. No era su tipo. Ni remotamente. Y, sin embargo, era imposible negar que le agradaba el tiempo que pasaban juntos.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Ramdakan.

Lem dejó de mirar la langosta.

—Lo siento.

—Digo que con el dinero que hemos perdido podríamos haber comprado un pequeño país, Lem. Era suficiente para comprar *varios*. Es como si hubiésemos reunido nuestros activos en un montón y le hubiésemos prendido fuego. —Volvió a atacar los *fusilli*.

—Lamento lo de tus opciones sobre acciones, Norja. Fue un duro golpe para todos nosotros.

Los medios al final se habían enterado de lo del ataque fallido con drones y las acciones de la empresa, tal y como Lem había predicho, estaban en caída libre. Lem, sabiamente, había vendido varios miles de acciones anticipando la noticia, y había situado sus otros activos en aguas más seguras. Por lo que para él no había sido un

golpe tan devastador como para otros. Pero Ramdakan probablemente hubiese perdido hasta la camisa.

—A tu padre ni siquiera parece importarle —dijo Ramdakan—. Eso es lo que me mata, de verdad. El viejo Ukko se habría puesto como una furia. Ahora solo le importa la guerra. No piensa en otra cosa.

—No sin razón —dijo Lem—. Si perdemos la Tierra, no importará lo que haga la empresa.

Ramdakan puso los ojos en blanco.

—Estoy harto ya. Tanto sensacionalismo. La Tierra no va a caer, ¿vale? Esto no es el fin de la especie humana. Los fórmicos están en China. Es un país. Uno. —Se encogió de hombros—. De todas formas, hay demasiada gente en China.

Lem arqueó las cejas.

Ramdakan ofreció las manos con las palmas hacia arriba.

—No me malinterpretes. Lo que sucede ahí abajo es horrible. Fatal. No tiene sentido. Pero la prensa actúa como si fuésemos por el mismo camino que el dodo. ¿Cuántas personas hay en ese planeta? ¿Diez mil millones? ¿Doce mil millones? Superamos a los fórmicos un millón a uno.

—Todavía no les hemos parado los pies. De hecho, hemos fallado en todos nuestros intentos.

—Hay que romper algunos huevos para preparar una tortilla, Lem. Así son las cosas. Probamos algunas estrategias hasta que una funciona. Es simple cuestión de tiempo.

—Es lo que Padre diría sobre los drones.

Ramdakan hizo un gesto de negativa.

—Hablo del ejército, Lem. Es su problema, no el nuestro. Nosotros somos una empresa. Nuestro trabajo consiste en reforzar la empresa. Y esos drones eran el futuro de la empresa. Eran la gallina de los huevos de oro. Ahora no son más que cenizas. La mayor inversión en tecnología que ha hecho esta empresa en toda su historia y ha desaparecido, para siempre. Es difícil recuperarse de algo así, Lem. Muy difícil. Nada pone más nervioso a los inversores que una mancha con muchos ceros detrás en tu historial.

—Un hombre más benévolo evitaría soltarte «Te lo dije» —dijo Lem—. Pero soy el hijo de mi padre. Te lo dije, Norja. Te dije que eso de los drones era un error. Mi padre tampoco atendió a razones.

Ramdakan agarró la copa de vino.

—Conozco a tu padre desde hace más de treinta años, Lem. Como cualquier hombre, ha cometido sus errores, pero jamás le he visto actuar con imprudencia. Y esto ha sido muy temerario.

A Lem le gustó como sonaba. Sonaba a duda. Ramdakan era más leal a Padre que la mayoría, y si la confianza de Ramdakan empezaba a agrietarse, entonces otros ya

pensaban eso mismo. Si golpeas delicadamente una grieta el tiempo suficiente, acabará abriéndose por completo.

—La doctora Benyawe usó la misma palabra —dijo Lem—. Temerario. Ramdakan asintió.

Una parte de Lem ansiaba creer que Padre hubiese cambiado. Y durante un momento, allá en el Proyecto Parallax, cuando Padre le había contado lo de los supervivientes de la *Cavadora*, Lem lo había creído.

Pero más tarde, sentado en su apartamento, reflexionando sobre lo sucedido, la realidad inevitablemente se impuso. Padre quería algo. Lem no sabía qué en concreto, pero no era tan tonto como para creer que Padre hubiese tenido un gesto amable sin esperar algo a cambio. Todas las experiencias de su vida le habían enseñado a Lem esa lección.

—¿Cómo se lo venderemos a la prensa? —preguntó Lem.

—Por una vez la verdad —dijo Ramdakan—. Diremos que tu padre actuó movido por el deseo de proteger a las gentes de la Tierra, que su máxima prioridad era acabar con la guerra y restaurar la paz. Es un hombre poseído. —Agitó la mano de un lado a otro—. No, poseído no es la palabra correcta. Decidido, quizá. Vengativo. —Se encogió de hombros—. No sé exactamente lo que dice el texto. Los de relaciones públicas lo están preparando. Todo muy bonito. Vídeos de niños chinos sufriendo, los fórmicos atacando con gas los pueblos, tu padre desde sus humildes orígenes, ascendiendo desde la nada, un luchador, un hombre hecho a sí mismo. Todo con buenos tonos heroicos. Todo globalmente patriótico. Convierte un desastre empresarial en una imagen pública. Tu padre no lo puede soportar. Amenazó con despedir a todo el departamento de relaciones públicas. Dijo que no permitirían que lo convirtiesen en una atracción de feria. No me des las gracias, pero le convencí. —Se sirvió más vino. Luego se miró la mano y se la mostró a Lem, con la palma hacia abajo—. Mira. ¿Lo ves? Temblores. Llevo días estremeciéndome como una hoja. Mi presión arterial está desbocada. Le digo al médico que me tiene que cambiar de medicación y me responde que me tome un descanso.

—El descanso es siempre buena medicina.

—Nuestras acciones por los suelos es una buena medicina —dijo Ramdakan—. Somos una corporación minera, Lem. Excavamos en las rocas. ¿Sabes en cuantas rocas excavamos hoy en día? En ninguna. Todas las naves del Cinturón se dedican a recuperación y rescate. Y ya sabes los ingresos producidos por esas actividades.

—Los fórmicos atravesaron el cinturón como una espada, Norja. Perdimos muchas naves. En Kleopatra perdimos todo un asentamiento. Hay que limpiar.

Ramdakan puso los ojos en blanco.

—No me hables de Kleopatra. Para empezar, nunca quise construir una estación en esa piedra. Me opuse desde el primer momento. ¿Y lo has oído? Las familias de los muertos han creado una fundación. Se hacen llamar Las Familias de Kleopatra. Todavía no hemos recuperado todos los cuerpos y ya tienen su fundación.

—Buscan apoyo. Buscan sanar.

—Lo que buscan es una demanda conjunta, eso es lo que buscan. ¿Crees que esa gente quiere reunirse para cantar canciones de campamento y llorar unos en los hombros de otros? No, quieren dejarnos secos como si fuesen sanguijuelas. Los abogados viven de estos casos. Irán corriendo al encuentro de esa gente.

—La empresa no destruyó la base —dijo Lem—. Fueron los fórmicos.

Ramdakan rio.

—¿Crees que eso importa? Dirán que no la hicimos lo suficientemente resistente, que no ofrecimos las defensas adecuadas.

—Estás exagerando —dijo Lem—. Fue un acto de guerra. La ley mercantil nos protege.

—Eres joven, Lem. Una vez que tengas el lomo quemado por algunas demandas, recuerda esta conversación y recuerda que tengo razón.

—Disponemos de muy buenos abogados, Norja.

—Los mejores del mundo —admitió Ramdakan—. Pero puede que con eso no baste. Dicen que el ataque con drones provocó la segunda oleada, Lem. Todas esas naves en China, todas esas ciudades atacadas con gas, toda esa gente convertida en una pasta viscosa, dicen que es culpa nuestra. Dicen que despertamos al gigante dormido y que tenemos las manos manchadas de sangre. Eso es un cebo para abogados. Para ellos es una Navidad adelantada. Apenas tendrán que levantar un dedo para ganar. Basta con hacer testificar a la persona adecuada y será como imprimir dinero. Un niño con un parche en el ojo. Una vieja a la que le falta un brazo. Los jurados se tragan esa mierda a cucharadas. No importa de quién sea la culpa, Lem. Nosotros tenemos dinero, así que somos los malos.

—Quizá yo pueda ser de ayuda —dijo Lem.

Ramdakan no parecía convencido.

—No vamos a aceptar otro préstamo tuyo, Lem. Tu padre casi me arranca la cabeza la última vez. No lo olvides.

—No sería un préstamo. Más bien una reorganización de recursos.

Ramdakan dio un mordisco a los *fusilli* y entornó los ojos en gesto de escepticismo.

—¿De qué recursos hablamos?

—Ahora mismo tenemos cuarenta naves atracadas en Kotka, con sus tripulaciones y capitanes sin hacer nada.

Kotka era la mayor estación de atraque de la empresa, situada un poco más allá de la Luna. Las naves de minería de asteroides que hacían la ruta del Cinturón atracaban allí para repostar, cargar suministros, realizar reparaciones y demás. En las últimas semanas estaba congestionada por todas las naves que habían venido cojeando desde el Cinturón.

—¿Quieres que se me dispare la ansiedad? —dijo Ramdakan—. ¿Quieres que tenga palpitaciones? El simple hecho de oír la palabra «Kotka» hace que a mi úlcera

le salga una úlcera. Ahora mismo esa estación es una herida abierta. El dinero se nos escapa como si fuese agua corriente. Comida, sueldos, calefacción. Ahora mismo no es más que un gasto.

—En ese caso, ¿por qué no convertirlo en ingresos? —dijo Lem.

Ramdakan dejó el tenedor y se limpió la boca.

—Vale, has captado mi atención.

—Ahora sabemos que los fórmicos pueden enviar refuerzos desde su nave —dijo Lem—. ¿Quién puede garantizar que no vayan a mandar más? ¿Quién puede garantizar que ahora mismo no tengan diez veces más refuerzos listos para el lanzamiento? ¿Y quién puede garantizar que la próxima vez esos refuerzos aterrizarán en China? Bien podrían acabar en Europa, América o en Oriente Próximo.

—Eso es lo que dice la prensa —dijo Ramdakan—. Al grano.

—Lo que quiero decir es que nos encontramos ante una oportunidad económica como no he visto otra. La Tierra necesita un escudo, Norja, una muralla defensiva entre el planeta y la nave fórmica. De tal forma, si envían más refuerzos, los volaremos antes de que lleguen a la atmósfera. Los militares no lo hicieron porque a) no sabían que los fórmicos *disponían* de refuerzos y b) han estado más que ocupados atacando la nave nodriza. Hemos ido a la ofensiva cuando deberíamos haber jugado a la defensiva. Y ahora que todas las naves espaciales militares del mundo han sido destruidas en un ataque infructuoso, no hay nadie que pueda ofrecer un escudo.

—Nuestros pilotos no son soldados, Lem.

—Sí que lo son. Yo estuve ahí fuera, Norja. Vi a personas normales, como tú o como yo, enfrentarse cara a cara contra esos cabrones. Somos mineros, sí, pero eso no significa que no queramos defender nuestro planeta. Piensa en la Batalla del Cinturón, Norja. ¿Crees que esas naves estaban llenas de soldados? No, eran personas normales... personas como las tripulaciones que tenemos en Kotka.

—Sí, y hasta la última de las naves de la Batalla del Cinturón fue destruida, Lem. ¿Quieres mandar a nuestra gente a morir?

—De eso se trata. No los enviamos a *atacar*. No los enfrentamos contra la nave nodriza. Los enviaremos a formar una muralla para evitar más refuerzos. Esperaremos a que los transportes de tropas vengan a *nosotros*. Y no olvidemos que se trata de *transportes*, naves diminutas. Nuestras naves los podrán destruir con facilidad.

—¿De dónde salen los ingresos? Lo que propones nos arruinaría.

—Todas las naciones de la Tierra pagarían lo que hiciese falta por esa muralla. No tienen opción. Lo pagan o no habrá nada que los separe de los fórmicos cayendo sobre sus ciudades gaseando a los civiles. Mantenemos relaciones con esos países. Muchos ya son clientes. Diles que solo pedimos que ayuden a sufragar el coste de mantenimiento de las naves, el combustible, suministros y sueldos. Luego hinchamos los gastos y nos embolsamos la diferencia. Y si no quieren unirse y formar un único escudo global justo entre la Tierra y la nave, lo haremos país a país. De esa forma,

Estados Unidos compra un escudo para proteger el espacio aéreo de Estados Unidos Y Rusia compra un escudo para el espacio aéreo ruso. Etcétera. Al no tener flota, te garantizo que esos países pagarán lo que haga falta. Y si no lo hacen, hablaremos con el sector privado. Las empresas que tengan bienes raíces valiosos y de gran tamaño pagarán por proteger sus propiedades, incluso desde la órbita cercana a la Tierra. Es el mismo negocio independientemente de quién sea el cliente. Le ofreceremos a la gente lo que nadie más puede darles, Norja. Tranquilidad.

—¿Y qué hay de los pilotos y la tripulación? —preguntó Ramdakan—. ¿Cómo sabes que aceptarán participar? Ahora mismo se les paga por no hacer nada.

—La nave de la que fui capitán en el Cinturón de Kuiper está atracada en Kotka. Se llama *Makarhu*. Su capitán actual, Chubs, es un buen amigo. Estará encantado de aceptar. También el resto de la tripulación. Les conozco. Es lo que quieren. Y Chubs es un capitán muy respetado entre las otras tripulaciones. Puede convencerlos. Y si eso no funciona, usaremos la zanahoria del dinero. Todos recibirán paga doble y bonificación de peligro.

Ramdakan bufó.

—¿Cómo podíamos permitirnos algo así?

—No tendremos que hacerlo —dijo Lem—. La Tierra se encargará de la factura multiplicada por cien. Lo mejor, la empresa queda de salvadora y protectora del mundo.

Ramdakan guardó un momento de silencio. Hacía tiempo que se había olvidado de los *fusilli*. Al final dijo:

—¿Por qué me lo cuentas a mí? ¿Por qué no hablar con tu padre?

«Porque necesito que el Consejo comprenda claramente que soy valioso —es lo que podría haber respondido—. Porque no voy a ofrecerle a Padre una vía de escape para sacarle de la tumba que él mismo se ha cavado. Porque debo ofrecer un triunfo a la empresa mientras todavía siente el dolor del fracaso de Padre».

Pero en voz alta lo que Lem dijo fue lo que Ramdakan precisaba oír:

—Porque confío en ti, Norja. Porque tú sabes mejor que nadie de finanzas y beneficios potenciales. Incluso más que Padre. No tienes ni que estar despierto para crear el modelo de este negocio. Si quisieses, hoy mismo conseguirías la aprobación del Consejo.

Ramdakan asintió. Le gustó cómo sonaba. Apartó el plato.

—¿Lo has puesto por escrito? ¿Le has dado estructura?

Lem tocó el pad de muñeca.

—Lo acabo de enviar a tu bandeja de entrada.

Ramdakan volvió a asentir.

—Mantendré unas conversaciones y volveremos a hablar. Hay que moverse rápido.

—Estoy de acuerdo.

Ramdakan fue a moverse para salir, pero vaciló y miró atrás.



—Tu padre no dirigirá siempre esta empresa, Lem. Algunos dicen que no debería estar dirigiéndola ahora mismo, sobre todo después de lo de los drones. Pero yo no soy de esos. Por muy malhumorado y cabezota que sea, le seré leal hasta el mismísimo y amargo final. Puedes contar con eso.

—Me alegra oírlo —dijo Lem.

—Pero cuando llegue el día en que tenga que dejarlo, espero que tú sigas con nosotros, Lem. Incluso si la empresa cambia de vía de negocio. Siempre podremos dar uso a alguien que posea tus habilidades.

Lem mantuvo la expresión neutra, pero por dentro se le dispararon las alarmas.

—¿Qué quieres decir con cambiar de vía de negocio?

—Te conozco, Lem. Te conozco desde que no eras más que un bulto en el vientre de tu madre. Eres ambicioso. Igual que tu padre. Te parece tanto a él cuando tenía tu edad que da hasta miedo. Pero en el Consejo hay personas que no quieren saber nada de ti. Saben que quieres dirigir la empresa y lucharán con uñas y dientes para evitarlo.

A Lem le llevó un momento tener algo que decir, y al hablar intentó que fuese un chiste:

—No sé qué me sorprende más, que haya personas que crean que aspiro a llevar la empresa o que tengo enemigos en el Consejo.

—No te hagas el inocente, Lem. Sé que quieres el puesto de tu padre. Todos lo saben. Qué digo, probablemente lo merezcas. Pero no va a pasar. Nunca. No será bueno para el negocio.

Lem parpadeó. Luego se recuperó rápidamente y volvió a sonreír, como si no le importase.

—Venga, Norja, cuéntame, ¿por qué soy malo para el negocio?

—Porque no eres más que una sombra de tu padre, Lem. Eres muy inteligente, no me malinterpretes. Eres espabilado, culto, innovador y un empresario de verdad. Serías mejor director general que la mayoría. Pero no eres tu padre.

—Claro que no soy mi padre —dijo Lem—. Solo mi padre es mi padre, nadie más. ¿Quieres decir que una vez lo deje solo un clon suyo podría dirigir esta empresa?

—Si tú fueses director general, Lem, el mundo no sería justo contigo. No te valorarían como el gran hombre que eres. Te verían como una versión menor de tu padre. Eso es todo. Dirían: ¿cómo se ganó Lem ese puesto? ¿Se lo ganó? ¿Se lo merecía? No, fue el nepotismo. Porque el amantísimo papá le dio una oportunidad a su hijo. Dirán: él no es Ukko Jukes. No es más que un niño privilegiado que tuvo éxito porque su padre le ayudó a cada paso, despejándole el camino.

Se trataba de afirmaciones tan injustas, ideas tan irritantes, mentiras tan absolutas, que Lem tuvo que agarrar con fuerza el borde de la mesa para poder controlarse. Todo lo contrario, Padre había obstaculizado su camino, se había interpuesto a todo, le había obligado a pelear hasta la muerte por cada uno de sus éxitos. Sí, era un niño nacido con privilegios, sí, pero no por eso *había* disfrutado de privilegios.

—Sé que es duro oírlo, Lem. Sé que suena cruel. Pero ese es el resumen. Y no sería muy inteligente que la empresa nombrase a un director general que provocase esa impresión. Hace que la empresa parezca débil. Como si hubiésemos dado un paso atrás. Sería una invitación para que la competencia viniese a por nosotros. ¿Sabes por qué ahora mismo superamos a MineTek, WUHU y las otras? ¿Sabes por qué disfrutamos de nuestra cuota de mercado? Porque tu padre es la pesadilla que tienen por la noche. Porque él es Ukko «Pelotas de Acero» Jukes. Porque estén tramando lo que sea que estén tramando, saben que Ukko está tramando algo mejor. Eres un chico guapo, Lem. No es culpa tuya. Tu padre eligió buena esposa y heredaste los genes de tu madre. Tu cara recorre las redes. Las mujeres suspiran por ti. Juke Limited no puede tener un director general que hace suspirar a las mujeres. Precisamos un director general que haga que la competencia se meee encima.

—¿Así que queréis un tirano? —preguntó Lem—. ¿Un Gengis Kan? Esa forma de llevar una empresa murió hace mucho tiempo.

—No me estás prestando atención —dijo Ramdakan—. Nada de eso importaría si no fueses el hijo de tu padre. Si no te apellidases Jukes, probablemente serías uno de los candidatos. Has tenido grandes logros, Lem. Pero como *eres* su hijo, el mundo te sometería a un escrutinio mayor y consideraría que no das la talla.

Adoptó una expresión de conmiseración y alargó la mano para tocar la de Lem como si fuese un padre que tranquilizase a un niño disgustado. Lem casi la retira al sentir el contacto. Era un gesto tan condescendiente.

—Te lo cuento porque me preocupó por ti y por tu padre —dijo Ramdakan—. El Consejo ya está haciendo todo lo posible por mantenerte apartado, Lem, a pesar de la oposición de tu padre, y no van a parar. Al final acabarán ganando.

—¿A qué te refieres con la oposición de mi padre?

A Ramdakan la pregunta pareció pillarle por sorpresa.

—¿Crees que tu padre quería mandarte al Cinturón de Kuiper? No. Te quería en la Luna, con la empresa, cerca de él, siguiéndole. Pero algunos miembros del Consejo te vieron como una amenaza. Sabían que Ukko te concedería a ti más atención que a ellos, y temían que con el tiempo tú ocuparías su asiento en el Consejo. Así que hicieron presión para que tu padre te enviase al Cinturón de Kuiper durante dos años. «Así ganará experiencia en liderazgo», le dijeron. «Así tendrá la oportunidad de mandar». Su esperanza, claro, era que fracasases. Y ahora que has vuelto, han hecho presión para enviarte a la Tierra como socio en una de las subsidiarias que van peor. Una sentencia de muerte. Querían exiliarte, Lem. Enviarte al abismo. Así que tu padre te dio ese trabajo inútil simplemente para tenerte en la empresa. No podía limitarse a imponer su opinión y obligarles a contratarte. Eso sería condenarte a un infierno. Así que te protegió creando una tarea para ti que estuviese bien lejos de ellos, rodeado de personas que conocían tu valor y apreciarían tu liderazgo. Todavía está por ver si te hizo un favor.

Ramdakan apartó la cortina y salió del apartado.

—Lamento ser yo el que te lo diga, Lem. Pero mereces conocer la verdad. Presentaré tu idea al Consejo. Construiremos ese escudo. Quién sabe, es posible que eso cambie la opinión que algunos tienen sobre ti. Pero no tengas muchas esperanzas.

Y se fue.

Lem pagó la comida y, aturdido, abandonó el restaurante. La acera magnética del barrio francés estaba tan atestada como siempre: gente que miraba escaparates, parejas del brazo, artistas callejeros y vendedores; como si no hubiese ningún problema en esta vida. «Todos viven una mentira —pensó Lem—, hasta yo».

Atravesó rápidamente las multitudes, cogió el tubo hasta donde tenía atracado el deslizador, y luego voló en dirección oeste, hacia el almacén.

Todo lo que sabía de Padre había sufrido una inversión súbita. ¿Era cierto? ¿Padre había querido que se quedase en la Luna? Lem siempre había dado por supuesto que Padre le había enviado al Cinturón de Kuiper porque *Padre* se sentía amenazado por su presencia. A Lem jamás se le había ocurrido que los lobos pudiesen ser otros. ¿Y no había sido Padre el que había hablado en privado con Dublin y Chubs para pedirles que protegiesen a Lem? Lem había dado por supuesto que Padre lo había hecho para demostrar su control, para reducir la posición de Lem a ojos de la tripulación. Pero quizá Padre lo había hecho porque sabía que había personas en la empresa deseosas de evitar que el príncipe llegase al trono. Quizá sinceramente temía por la seguridad de Lem.

Y su trabajo actual. ¿Podría ser verdad que Padre le había hecho un favor al usar el puesto recién creado para mantenerle lejos de la central? ¿Todos los miembros del Consejo se le oponían frontalmente? ¿Todos se sentían amenazados por él?

Le resultaba difícil creerlo. Conocía superficialmente a todos los miembros del Consejo; se habían encontrado informalmente en todo tipo de actos. Porque exceptuando a Norja, que conocía a Lem desde siempre, la mayoría de los miembros del Consejo habían entrado en la empresa o habían sido ascendidos por el escalafón mientras Lem estaba ganando su fortuna en algún otro lugar. Lem, por supuesto, conocía sus currículums, sabía cuáles eran sus habilidades, nivel educativo y experiencias, pero no los conocía personalmente. No sabía lo que moraba en sus corazones. Quizá fuesen tan ladinos y manipuladores como había dado a entender Norja.

Pero si era así, ¿por qué Padre los dejaba estar? ¿Por qué tolerar tal nivel de confrontación interna?

Porque Padre diría que algo de competencia febril era bueno para el negocio. Diría que así todos estaban atentos.

Además, estaba el hecho de que cada uno de los miembros del Consejo contaba con muchos logros y habían realizado contribuciones muy valiosas. Todo director general querría recibir sus consejos. Podrían tener cuernos, lenguas bífidas y cola y aun así Lem vacilaría antes que dejarles marchar. De hecho, cualquiera de ellos

podría reemplazar a Padre. Nadie en todo el mundo empresarial alzaría una ceja si la empresa daba su puesto a cualquiera de ellos.

Pero ¿el mundo empresarial reaccionaría ante él de la misma forma?, se preguntó. ¿O, como había dado a entender Ramdakan, le rehuirían y le mirarían con desprecio? De pronto, Lem no estaba seguro.

Llegó al almacén para encontrarse con la doctora Benyawe y el resto de los ingenieros trabajando en los prototipos. Benyawe todavía no había hablado con él desde el ataque con drones. Lem había vuelto al almacén hacía unos días, pero ella seguía evitándole.

A Lem le agradó comprobar que por fin alguien se había llevado los restos de basura espacial que Víctor e Imala habían dejado sin usar, eliminando así un recordatorio visual de lo sucedido. Aunque, evidentemente, no era probable que nadie fuese a olvidarlo. Hoy en día, cuando Lem entraba en el almacén podía sentir las miradas de los operarios atravesándole. Ahí va el hombre que permitió la muerte de Víctor e Imala. Ahí va la serpiente traidora que cortó todas las comunicaciones de la lanzadera antes de que atacasen los drones.

Lem entró en la planta del almacén y sintió todo ese desprecio. Se hizo el silencio y de pronto todo el personal estaba muy concentrando justo en el trabajo que tenía delante.

«¿Qué esperáis de mí? —quería preguntarles—. ¿Una confesión? ¿Un dolido grito de lamento? ¿Queréis que me fustigue? ¿Llorar, gemir y crujir los dientes? ¿Aplicarme el cilicio y echarme ceniza por la cabeza? Claro que lamento lo sucedido. Claro que lamento haber tenido que hacerlo. Pero no podía hacer otra cosa. No avisarles fue un acto de generosidad, gente. Un acto de misericordia. ¿No lo entendéis?».

No, no lo comprenderían. Solo comprendían que había abandonado a dos de los suyos. Y sí, esa era la consideración que ahora daban a Víctor e Imala. No era gente de fuera. Eran miembros del equipo. Ridículo. Víctor e Imala solo habían estado aquí unos días, pero por cómo actuaban todos, uno pensaría que esos dos eran amigos personales de todos los miembros del personal.

«Así es como los mártires consiguen su fama —pensó Lem—. En cuanto mueres te convierte en un héroe».

Benyawe le llamó desde la mesa de trabajo del centro.

—Señor Jukes. ¿Podría dedicarme un minuto de su tiempo, por favor?

Señor Jukes. Cuánta formalidad. Así todo sería todavía más incómodo. Pero sonrió agradablemente y fue hasta allí.

Sobre la mesa había dos cubos metálicos, cada uno de un metro cuadrado en todos los lados. Entre los dos había un delgado cable, que los conectaba como boleadoras. En medio del cable había una bobina con al menos otros cincuenta metros de cable, lo que daba a entender que era posible separar los cubos sin romper la conexión. Era el diseño modificado de una idea que Lem le había propuesto a

Benyawé casi un año antes, una forma de sustituir al gláser; emplear la misma tecnología, pero de forma más segura. Ella los llamaba cajas rompedoras.

—Hoy realizaremos la primera prueba con un prototipo —dijo Benyawé—. Pensé que le gustaría verla. —Hizo un gesto sobre la mesa y apareció un holovideo. Se veía una pequeña nave minera aproximándose a una segunda nave más grande de la que habían retirado tantas piezas que solo quedaba la esquelética estructura. Benyawé detuvo el video—. Evidentemente, no estamos ni de lejos lo suficientemente cerca de un asteroide con la suficiente masa para realizar una prueba real, así que dimos con una nave retirada del servicio y preparada para el reciclaje. Las remolcamos a unos miles de kilómetros de la Luna.

Volvió a poner en marcha el video. La nave más pequeña lanzó a gran velocidad dos cajas rompedoras hacia la nave esquelética. A medida que las cajas rompedoras giraban de camino al objetivo, el carrete entre ellas liberaba más cable y la distancia entre cajas se amplió. De pronto las cajas convergieron hacia la nave, fijándose a extremos opuestos. Un instante más tarde la estructura, de la nave se rompió, no por efecto de una única explosión, sino por una serie de explosiones muy rápidas, de forma que repetidamente un fragmento se rompió en fragmentos más pequeños hasta no dejar nada. Ni nave, ni cajas rompedoras, solo un polvo a gran velocidad que desapareció un instante más tarde, esparciéndose en todas las direcciones del vacío del espacio.

—Un truco estupendo —dijo Lem. Les hizo preguntas. ¿Cómo funcionaba el mecanismo de lanzamiento? ¿Cómo de fácil resultaba apuntar las cajas rompedoras? ¿Podían dar a un blanco móvil que se movía a gran velocidad? ¿Qué tal la seguridad? ¿Podían emplearse en órbita cercana a la Tierra sin poner en peligro al planeta?

Benyawé entendió a qué venían tantas preguntas.

—¿Quieres usarlas contra los fórmicos?

—Acabas de demostrarme lo que las cajas rompedoras le hacen a una nave —dijo Lem—. Son mucho más destructivas y eficientes que nuestros láseres, que son las únicas armas de las que disponen nuestras naves y que jamás se diseñaron como armas. No quiero destruir los transportes de tropas, Benyawé. Quiero hacerlos desaparecer.

—¿Transportes? —dijo Benyawé.

Le contó la propuesta que había presentado a Ramdakan. El escudo. Emplear las naves y tripulaciones de Juke para detener cualquier futuro refuerzo fórmico.

—Quiero que todas las naves estén armadas con cajas rompedoras, Benyawé. Quiero que nuestras tripulaciones sepan usarlas eficazmente. Por tanto, Benyawé, el mecanismo de lanzamiento debe poder cargarse con varias simultáneamente o debe haber un mecanismo para recargarlo con rapidez. No quiero que las naves solo puedan hacer un disparo. Quiero que pueden apuntar donde quieran y derribar todas las naves que puedan.

—Solo hemos hecho una prueba, Lem.

Ya no le llamaba «señor Jukes». Era una mejora.

—No tenemos tiempo para malgastar en largas pruebas de campo, Benyawe. Veo que funcionan. Me has convencido. Quiero que pasen ahora mismo a producción, hoy, en cuanto sea posible.

—¿Hoy? El Consejo todavía no ha aprobado el escudo, y menos esta tecnología.

—Lo hará —dijo Lem—. Darán su visto bueno a todo. En lo que a ellos respecta, esto tiene todo el sentido económico.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si no dan su aprobación?

—Lo haremos de todas formas. Yo mismo pondré el dinero. E independientemente de lo que decida el Consejo, te puedo garantizar que Chubs, su tripulación y otras muchas naves se unirán a esta lucha.

Ella lo pensó y asintió. Conocía a Chubs tan bien como le conocía Lem. Para entonces todos los que allí trabajaban se habían reunido. El ambiente había cambiado. Se les veía emocionados. Lem lo sentía.

—¿Cómo vamos a pasar a producción? —dijo Benyawe—. Hacen falta instalaciones, personal, materiales, robots...

—Para la construcción de las cajas rompedoras emplearemos la instalación de producción de drones. Ahora mismo no se usa para nada. Toda esa división es un barco hundido. Están deseando tener trabajo. Luego llevaremos las cajas rompedoras y los operarios de drones a Kotka y allí lo instalaremos todo. También necesitaremos todos los ingenieros de aquí —dijo Lem mientras miraba las caras que le rodeaban—. Las naves de Kotka tienen distintos tamaños y formas, y distintos sistemas de propulsión. El mecanismo de lanzamiento deberá adaptarse a cada nave, colocándolo allí donde la tripulación pueda apuntar con mayor precisión. —Volvió a mirar a Benyawe—. Por lo tanto, repito mi última pregunta: ¿son una amenaza para la Tierra? Nos preocupaba que los gláseres fallasen y le diesen al planeta. ¿Tienen ese problema?

—No —dijo Benyawe—. Las cajas rompedoras solo emiten las fuerzas de marea una vez fijadas al blanco y cuando han confirmado que están colocadas en posiciones polarmente opuestas. No hay ninguna posibilidad de que se disparen mientras giran por el espacio. Me aseguré de ese detalle. No sería bueno que fallasen y le diesen a la nave que las lanzó.

—¿Y si fallan? —preguntó Lem—. ¿Y si una va hacia la Tierra?

Benyawe se encogió de hombros.

—Ardería durante la reentrada. Nunca llegaría a la superficie.

Lem asintió.

—Con eso me vale. Pongámonos a trabajar. Y doctora Benyawe, hablemos en privado, por favor.

Ella le siguió a su despacho, un espacio reducido con paredes desnudas y dos sillas de oficina de distintos diseños que Lem se había encontrado tiradas en el almacén. Le indicó a Benyawe que ocupase una de ellas y él se sentó enfrente. Tocó

el pad de muñeca y paredes y techos se volvieron de un negro salpicados de estrellas y luminosas nebulosas, por lo que Lem y Benyawe tuvieron la sensación de estar sentados en una plataforma expuesta a la inmensidad del espacio.

—¿Intentas crear ambiente? —le preguntó ella.

Él se recostó en la silla, un mueble más que gastado que olía a desván.

—Es curioso. Maldije hasta el último momento de nuestro viaje al Cinturón de Kuiper. Esos espacios confinados, la comida, los inconvenientes, el estar encerrado. Y, sin embargo, esto lo echo de menos. —Hizo un gesto a su alrededor—. No hay nada más pacífico que el espacio.

—¿De eso se trata? ¿De hacer las paces? —le preguntó.

—¿Entre nosotros? —dijo él—. Eso espero. Estás enfadada porque corté las comunicaciones con Víctor e Imala. Pero debes comprender...

Ella le interrumpió.

—Sé por qué tomaste esa decisión, Lem. No hace falta que justifiques tus actos. Intentaste detener a tu padre. Él tenía sus razones para seguir con el ataque. Lo que me molesta es que tomases la decisión sin consultarme, o sin consultar a ningún otro miembro del equipo.

—Te habrías opuesto —dijo Lem—. Y de haber sido así, no podría haber impedido que se lo contases. La única forma de garantizar que no se realizase ninguna transmisión era ocultártelo y hacerlo yo mismo. Lo hice por ellos, Benyawe. Fue un acto de generosidad, un acto de misericordia.

Benyawe adoptó una expresión de tristeza.

—Un día, Lem, despertarás. Ese día comprenderás lo arrogante que eres y cómo eso te hace vivir en un mundo solitario.

Lem alzó una ceja.

—Ya veo que no aceptas la pipa de la paz. ¿En qué soy arrogante? Dime, me muero por saberlo.

—Das por supuesto que eres la única persona con la suficiente inteligencia para tomar una decisión racional.

—Eso no es cierto. Te pido continuamente consejo.

—No, me pides que te asesore sobre cómo lograr la decisión que *ya has* tomado. Nunca me preguntas lo que deberíamos hacer. Lo irónico es que tu padre hace lo mismo y eso a ti te vuelve loco.

—¿De eso se trata, Benyawe? ¿Te sientes menospreciada? ¿Quieres tener más autoridad?

Ella rio.

—¿Eso crees? ¿Que quiero más *autoridad*? —Prácticamente escupió al decir la palabra—. Sí, yo le hubiese contado a Víctor e Imala lo de los drones. Pero también hubiese hecho lo posible por salvarles.

—No había forma de salvarles.

—A eso me refiero. *Tú* decidiste que no había esperanza. Y si a ti no se te ocurría una solución, entonces es que no existía.

—¿Dices que tú tenías una solución?

—Por imposible que te resulte creerlo, sí. Les hubiese dicho que entrasen todo lo posible en la nave fórmica.

—¿Al interior del blanco? ¿Lo que se suponía que los drones iban a destruir? ¿Ese hubiese sido tu plan?

—Sí. Y de haberlo hecho es posible que hubiesen sobrevivido. No conocíamos la resistencia del casco. Había muchas posibilidades de que pudiese soportar los gláseres. Como así fue. Por tanto, en lugar de enviar instrucciones de supervivencia a la gente que dependía de nosotros, gente que era nuestra responsabilidad, no hicimos nada. —Se puso en pie—. Lo que más me entristece, Lem, no es que muriesen. Es que muriesen pensando que les abandonamos, pensando que les traicionamos. Eso no es generosidad. Ni un acto de misericordia. Es todo lo contrario. —Salió de allí.

Lem quería lanzar algo contra la pared. No podía hacer nada que fuese lo suficientemente bueno para esa mujer. Era peor que Padre.

¿O estaba furioso porque sabía que tenía razón? A él no se le había ocurrido que se ocultasen en el interior de la nave. A él *no se le hubiese* podido ocurrir. Sonaba estúpido. Pero ahora sabía que quizá hubiese podido salir bien. Podría haberles salvado.

No podía quedarse allí. No tenía nada que hacer excepto quedarse sentado en su despacho y sentir pena de sí mismo mientras los demás charlaban y comentaban sobre su monstruosidad. «Gracias, Benyawe. Justo cuando sentía algo de optimismo, justo cuando empezaba a salir de la depresión a la que me había lanzado Ramdakan, decidiste lanzarme a la cara la rama de olivo que te ofrecí».

Salió del despacho, del almacén, sin mirar a nadie a los ojos. Subió al deslizador sin saber a dónde iría. La IA le dijo que había un mensaje de Despoina. Se reprodujo antes de que Lem pudiese decir lo contrario.

—Soy yo —dijo ella. La voz era un susurró—. Hoy tu padre ha realizado una llamada en grupo con varios delegados de la Unión Europea. Pensé que te gustaría saberlo. Por lo demás, esta noche voy a preparar pollo al limón. Dime a qué hora llegarás.

Genial, pensó. Ya ni se molestaba en invitarle. Se suponía que debía ir. ¿Y le había llamado desde la oficina? ¿No era consciente de que probablemente grabasen todas las llamadas de holo?

Borró el mensaje, voló de regreso a su apartamento y tiró la chaqueta al suelo. Que los de la limpieza la recogiesen. Fue hasta el dispensador de la cocina y se sirvió una copa.

Padre, Benyawe, Ramdakan, Des. Podían irse a la mierda.

Se bebió la copa de un trago y repasó mentalmente la conversación con Ramdakan. Eres un arrogante, Lem. Eres demasiado atractivo, Lem. No eres tu padre,



Lem. Si al menos te apellidases de otra forma, Lem.

Un niño privilegiado, le había dicho. Ja. Un niño maldito, más bien.

Lem se giró, con la copa en la mano, y se detuvo de inmediato. Tenía la pistola a pocos centímetros de la cara.

—Bienvenido a casa —le dijo Víctor—. Te hemos estado esperando.

## Opciones

Víctor no obtuvo ningún placer al ver la expresión de sorpresa y conmoción que se manifestó en la cara de Lem. Como mucho, sentía vergüenza. Madre jamás aprobaría que hiciese esto, pensó. Tampoco Padre. Agitar una pistola frente la cara de una persona, forzar la entrada en su casa, asustarla, amenazarla. Así no se comportaba la familia. Podía oír a Madre decir: «Tú eres mejor que esto. El Señor dijo que había que ofrecer la otra mejilla».

«Sí, pues bien, me han dado tantas bofetadas en las mejillas —pensó Víctor— que las tengo enrojecidas, magulladas y dispuestas a devolver algunos golpes».

Pero, aun así, pensando justo eso y *deseando* mostrarse amenazador, la tensión de su rostro se relajó y bajó el arma a un lado.

—Ve y siéntate en el sofá —dijo Víctor, indicando el salón con la pistola—. Y si haces incluso una mueca que no me guste, te pegaré un tiro en la rodilla. —Sonaba cansado y no excesivamente amenazador, pero Lem obedeció.

Imala estaba sentada junto al hogar con la espalda apoyada en la chimenea de piedra y los brazos cruzados sobre el pecho. Era ella la que había insistido en encararse con Lem antes de subir el vídeo a las redes. Tan pronto como se acercaron a la Luna, ella y Víctor leyeron las noticias: Ukko Juke había enviado los drones, no Lem. La flota de drones había sido destruida y el mercado había entrado en estado de pánico.

—El simple hecho de que las noticias no mencionen a Lem no implica que sea inocente —había dicho Víctor—. Es posible que su padre acepte la responsabilidad para protegerle. —Pero incluso mientras lo decía sabía que probablemente no fuese cierto.

—Todavía hay preguntas sin respuesta —había dicho Imala—. Hasta que no las tengamos, deberíamos conceder a Lem y Benyawe el beneficio de la duda.

Víctor no opinaba igual. Lo habían discutido repetidamente durante el camino de vuelta a la Luna, pero Imala no había dado el brazo a torcer.

Lem se sentó.

—He visto que los dos habéis asaltado mi armario.

—Teníamos que ducharnos y cambiarnos —dijo Víctor—. Y teniendo en cuenta que en tu armario hay más ropa de la que poseía toda mi familia en la *Cavadora*, no pensamos que fueses a echar de menos ropa para dos.

—Coged lo que queráis —dijo Lem—. Para diez, incluso. Aunque la talla...

Así era. Lem era mucho más alto que ellos dos, por lo que Víctor e Imala habían tenido que doblar perneras y mangas.

—Dejad que llame a alguien para conseguiros ropa de vuestra talla —dijo Lem.

Víctor hizo un gesto de desprecio.

—¿Nos tomas por idiotas? No vas a llamar a nadie. Quítate el pad de muñeca y lánzamelos. Si tocas la pantalla, te disparo en la rodilla.

—Estás decidido a dispararme en la rodilla —dijo Lem mientras se quitaba el pad de muñeca y se lo lanzaba.

La gravedad era menor y Víctor lo atrapó con facilidad.

—Yo empezaría por las rodillas. Luego iría subiendo.

—¿Podemos reducir un poco los niveles de testosterona? —dijo Imala—. Hemos venido en busca de respuestas, Lem. Si nos gusta lo que oímos, Víctor no te hará agujeros en las piernas. No prometo nada si no nos gusta.

—Yo no lancé los drones —dijo Lem—. Fue cosa de mi padre. Si queréis enfadaros con alguien, plantadle a él una pistola en la cara. Intenté evitarlo. No me hizo caso.

—Demuéstralo —dijo Víctor—. Me resulta difícil creer que en este asunto no estuvieses colaborando con tu padre.

Lem bufó.

—Es posible que *tu* padre y tú fueseis amiguitos del alma, Víctor, pero mi papaíto querido y yo no compartimos demasiados puntos de vista. Él no soportar estar en la misma habitación que yo.

—Entonces él y yo tenemos más cosas en común de las que pensaba —dijo Víctor.

—Sin no me creéis preguntadle a Benyawe —dijo Lem—. Me esforcé por protegeros. ¿En serio creéis que me tomaría la molestia de conseguiros el equipo y ayudaros a llegar a la nave simplemente para luego atacaros con unos drones? ¿Creéis que preferiría silenciaros a matar a los fórmicos?

—Quizá estuviese matando dos pájaros de un tiro —dijo Víctor.

—Guau —dijo Lem—. En serio, guau. Sabéis, he leído sobre casos de paranoia extrema, pero jamás lo había presenciado en persona. Es fascinante.

—Olvidas que yo tengo la pistola —dijo Víctor.

—¿Cortaste las comunicaciones? —dijo Imala.

Lem vaciló antes de responder.

—Lo hice. Y tenía muy buenas razones para hacerlo, aunque dudo que las compartáis.

Lem se explicó. Tenía razón, no las compartían.

—¿Ya le puedo disparar en la rodilla? —preguntó Víctor.

—Tú la derecha, yo me ocupo de la izquierda —dijo Imala.

Lem levantó las manos.

—Hice todo lo posible por salvaros. Podéis no compartir mis decisiones, pero hice lo que creí mejor para vosotros. Todavía nos podemos ayudar mutuamente. Yo quiero acabar con los fórmicos tanto como vosotros. Estoy dando pasos por mi cuenta para proteger la Tierra sin contar con mi padre. Vamos a establecer un escudo de naves para evitar la llegada de más refuerzos. Benyawe y su gente han desarrollado un arma para ayudarnos. Puedo llevaros al almacén y mostrároslo. En cualquier caso, quiero que el personal os vea. Quizá en cuanto sepan que vivís dejen de mirarme con odio.

—¿Por qué te iban a odiar? —preguntó Víctor—. Es decir, aparte de porque eres una serpiente mentirosa y una babosa egoísta.

—Cortar vuestras comunicaciones fue una decisión que tomé yo solo. Benyawe y el resto de los ingenieros no tuvieron nada que ver. Me desprecian por ello.

Víctor adoptó una expresión de sorpresa fingida.

—¿Alguien te desprecia? No me puedo imaginar la razón.

—Habéis hechos vuestras preguntas —dijo Lem—. Ahora me toca a mí.

—¿Por qué te íbamos a contar nada? —dijo Víctor.

—Porque soy vuestro benefactor. Porque yo hice posible vuestra expedición. Y si tenemos en cuenta que la nave fórmica sigue en su sitio, es evidente que no lograsteis deshabilitarla. Quiero saber por qué, qué sucedió y cuáles son los siguientes pasos. Sé que estuviste en el interior de la nave, Víctor. ¿Qué viste?

Víctor miró a Imala, como si le preguntase qué hacer.

—Víctor grabó varias horas de vídeo —dijo Imala—. Exploró buena parte del interior de la nave y tiene una idea para deshabilitarla. Deshabilitarla de *verdad*.

—El primer intento no salió bien debido al ataque de los drones —dijo Víctor—. Perdí los explosivos antes de poder colocarlos. Pero la verdad es que dudo que con eso hubiese sido suficiente. Es preciso matar a todos los fórmicos que hay a bordo y *luego* tomar el control de la nave.

—Maravilloso —dijo Lem—. Estoy de acuerdo. ¿Cómo lo hacemos?

—Tú no intervienes en esto —dijo Víctor—. Nosotros seguimos por nuestro camino y tú por el tuyo. Ahora nuestro trabajo es acabar con la nave. Tú puedes ocuparte de proteger la Tierra.

—Necesitaréis recursos —dijo Lem—. Personal, equipo. Nadie os dará la misma libertad que yo.

—Esa historia ya la hemos oído antes —dijo Víctor—. Y casi morimos por creerla. ¿De verdad piensas que alguno de los dos volvería a colaborar contigo?

—¿A quién recurriréis? —dijo Lem—. ¿Al ejército? Os dejarán de lado. Se quedarán con los vídeos y os dejarán de lado. Para ellos no sois nadie. No sabéis nada de infiltración, no sabéis nada de demoliciones, no sois soldados, no estáis capacitados para preparar una misión así y menos ponerla en práctica. No sois más que una auditora y un minero libre con antecedentes. Punto. Os felicitarán por vuestro valor y la información que habéis logrado y luego os mostrarán a la puerta. Eso

dando por supuesto que no llamen a la policía. Luego ejecutarán su propia misión guiándose por lo que descubran en los vídeos. Su plan. Su forma de ejecutarlo. ¿Y sabéis? Fracasarán. ¿Por qué? Porque son militares, comandados por generales de carrera más interesados en engrandecerse y preservar sus dinastías que en arriesgarse y violar las convenciones.

—Hay buenas personas en el ejército —dijo Imala.

—Claro que las hay —dijo Lem—. El noventa y nueve por ciento de los soldados y oficiales son la sal de la Tierra, héroes en todos los sentidos de la palabra. Les venero. Es una lástima que ese noventa y nueve por ciento no será el que decida qué hacer con la información que lograsteis. ¿Queréis pruebas? Recordad las operaciones militares realizadas desde el comienzo de la guerra. Fracasos, fracasos y fracasos. Y la única razón es un liderazgo incompetente.

—¿Y crees que tú eres mejor líder? —preguntó Víctor.

—No me ofrezco voluntario para ser líder de nada —dijo Lem—. Es vuestra operación. Vosotros escogéis el personal, escogéis el equipo. Vosotros lo dirigís. Yo me limito a poner los recursos.

—Y darás carpetazo en cuanto las cosas no se hagan como tú dices —dijo Víctor.

—Te equivocas —dijo Lem—. Dejaré que Benyawe se ocupe de la supervisión. Ahora mismo confío más en su dictamen que en el mío. Lo he aprendido por las malas.

—Hay otras formas aparte del ejército y tú —dijo Víctor—. Podríamos hacerlo público. Podríamos distribuir los vídeos en las redes.

Lem se echó a reír.

—¿Y qué ganaríais haciéndolo? Que el mundo dé un vistazo al interior de la nave no hace que esta vuele por los aires. Todavía habría que atacar. Todavía os haría falta un equipo para ejecutar la misión.

—Conseguiríamos el equipo —dijo Imala—. Tendríamos gente de nuestra parte. Gente con habilidades, talento e ideas. Se ofrecerían voluntarios.

—Sí, y en la práctica lo que acabas de describir es una pesadilla —dijo Lem—. ¿Cómo os ocupáis del mar de voluntarios venidos de todo el mundo? ¿Cómo decidís entre sus ideas? ¿Sus recursos? ¿Cómo decidís el simple hecho de si realmente queréis su ayuda? Podrían ser unos locos. O peor. La mayoría no tendrá las habilidades necesarias o el nivel requerido para ayudar. ¿Quién se lo va a decir? ¿Vosotros?

—Hay formas de cribar a la gente y dar con las personas adecuadas —dijo Imala.

—Cierto —dijo Lem—. Pero ¿quién se va a encargar de montar ese sistema? ¿Vosotros? ¿Sabéis hacerlo? Requiere esfuerzo y muchas horas. Y, en cualquier caso, no queréis individuos. Lo que buscáis es un equipo. Queréis soldados. Profesionales con experiencia. Hombres y mujeres con una cierta capacidad concreta en combate. ¿Cómo formáis un equipo compenetrado con personas que vienen de distintas culturas, que usan idiomas diferentes, que tienen opiniones distintas? Muchas de esas

personas serán enemigos. No podéis juntarlos a todos y esperar que nada salga mal. Incluso dando por supuesto que acaben cooperando, hará falta tiempo para entrenar al equipo. ¿Y quién va a estar al mando? ¿Quién toma las decisiones complicadas? ¿Vosotros dos? No es fácil. Cuando los soldados no tienen una estructura de mando preexistente, se pelean entre sí a los pocos minutos.

—Oyéndote parece que los seres humanos no hubiesen cooperado nunca —dijo Imala.

—¿Habéis olvidado lo que pasó la última vez que subisteis algo a las redes? —dijo Lem—. Advertisteis al mundo de la llegada de una invasión. ¿Se unió la humanidad en una meta común? ¿Bajo una misma bandera? ¿Se tomaron decisiones racionales, valorando las opiniones de todos y actuando al unísono? No. Se gritaron los unos a los otros, dieron vueltas como imbéciles y nos dejaron sin defensa global. A todos los efectos tendieron la alfombra roja para los fórmicos. Y cuando los fórmicos los volaron a todos, ¿la Tierra se unió? ¿Recuperamos de pronto el sentido común y nos dijimos: «Gente, quizá deberíamos colaborar»? No, correteamos un poco más, nos mostramos algo más imbéciles y ahora nos hemos quedado sin flota en el espacio para protegernos y el liderazgo global está fracturado.

Víctor e Imala se miraron sin decir nada.

—¿Y por qué la Tierra no logra aprender la lección? —dijo Lem—. ¿Por qué insistimos en nuestra estupidez dividida? Porque el mundo rebosa de cabrones orgullosos, esa es la razón. Todos creen ser más listos que los demás, más capaces que cualquiera, con más derechos que los demás. Hace mucho tiempo que la humildad se extinguió.

—Es como si te describieses a ti mismo —dijo Imala.

—Tienes razón —dijo Lem—. Eso es justo lo que describo. Y el mundo se parece más a mí que a cualquiera de vosotros. La Tierra no es una familia de mineros libres, Víctor. Puede que en tu nave todo fuese armonía y flores, pero en la Tierra es justo al revés.

—Teníamos desacuerdos —dijo Víctor.

—Claro que sí —dijo Lem—. Eso pasa en todas las familias. Pero cuando llegaba el momento de tomar una decisión, la familia la ejecutaba en conjunto y sin vacilar. Incluso si la mitad o más estaba en desacuerdo, todos participaban en el plan para mantener la integridad del grupo. Con la Tierra no tendrás ese lujo. A nadie le importa el grupo.

—No tienes muy buena opinión de la gente, ¿verdad? —dijo Imala.

—Antes de entrar en Juke dirigía empresas —dijo Lem—. Sé cómo piensa la gente. Esa unificación global de propósito en la que pensáis es una fantasía. A la semana se habrá desmoronado. No es sostenible, sobre todo sin un gobierno detrás. En cuanto los voluntarios estén en desacuerdo con vuestras ideas, se irán o se separarán. No hay nada que les obligue seguir a vuestro lado. A continuación, cada

uno intentará actuar por su cuenta, y no lograremos nada. Estaremos como al principio. En cero.

—Así que eres tú o el fracaso —dijo Víctor—. ¿Eso quieres decir?

—Yo os ofrezco lo que nadie más os dará —dijo Lem—. Lo hacéis público y os garantizo que os dejarán fuera, todavía más rápido que los militares. Al menos los militares hablarán con vosotros, al menos al principio, porque aceptarán que hicisteis algo importante. El público no se comportará así. Y los que pongan el dinero menos todavía. Protegerán su inversión. Emplearán a los suyos o a personas que consideren más cualificadas que vosotros. Os darán la patada. Nadie en la Tierra confiaría el futuro del planeta o su dinero a un par de criminales buscados por la ley de menos de veinticinco años. Lo siento. Así son las cosas.

—Pero *tú* no lo harías —dijo Víctor—. En *ti* podemos confiar. Perdona si me muestro escéptico.

—Tienes todo el derecho —dijo Lem—. Pero si lo que te he dicho hasta ahora no te ha convencido, esto sí lo hará: si lo hacéis público y pedís la ayuda de la Tierra, será preciso enviar a órbita el equipo y la gente. ¿Tenéis alguna idea del tiempo que hará falta para prepararlo y ejecutarlo? ¿El dinero necesario? Para cuando tengáis financiación, un equipo y hayáis organizado el lanzamiento, la Tierra no será más que un resto calcinado. Yo ya estoy en el espacio. Estoy a un salto de la nave fórmica. Mis recursos, que son inmensos, están aquí, en el espacio. Ya estoy preparado para ponerme en marcha.

—No basta con ingenieros y equipo —dijo Víctor—. También hacen falta soldados. Tú mismo lo has dicho. Eso sí que no lo tienes.

—Cierto —dijo Lem—. Pero sé dónde conseguirlos.

—Eso dices —dijo Víctor—. ¿Por qué deberíamos creerte?

—No deberíais creerme. Os he dado todas las razones para no creerme. Pero eso no cambia nada. Yo soy la mejor opción que tenéis. Me despreciáis, pero os puedo ayudar como no os puede ayudar nadie. Os concederé libertad para actuar como queráis, cosa que no os dará nadie. Yo os daré equipo como nadie más.

—Sí, y luego te desharás de nosotros en cuanto no te seamos convenientes —dijo Víctor.

—No. Eso no pasará.

—Ya ha pasado antes —dijo Víctor.

—Creía estar haciéndoos un favor. No me creeréis, pero es cierto. Y hasta ese momento hice todo lo posible por detener el ataque de los drones. Tengo testigos que lo confirmarán.

—Puedes pagar a cualquiera para que diga lo que te convenga, Lem. El dinero te sobra. Los testigos no significan nada.

Lem se echó a reír y lanzó las manos al aire.

—Vale. Tú ganas, Víctor. Soy el mal en persona. El mismísimo Belcebú. El señor de la oscuridad. Ese soy yo. ¿Eso es lo que quieres que diga? ¿Para eso entraste a la

fuerza en mi apartamento? ¿Para regodearte?

Víctor no respondió.

—¿Para qué estamos hablando? —dijo Lem—. Nada de lo que diga os convencerá. ¿Queréis salir de aquí y entregar a idiotas incompetentes todo lo que habéis descubierto? Adelante. ¿Queréis condenar a la especie humana a la extinción? No os lo impediré. Pero si queréis acabar con esto y devolver esos bichos a la roca de la que salieron, yo puedo ayudaros. Me importa la gente, Víctor. Puedes mofarte y exasperarte todo lo que quieras, todo el día si te apetece, pero es verdad. Si no lo fuese, no me habría tomado la molestia de dar con tu madre.

Esas palabras fueron para Víctor como un puñetazo en el pecho. De pronto sintió que el suelo temblaba.

—Está viva, Víctor. Y si dejas de apuntarme, te diré justo dónde se encuentra.



## Rena

A bordo de una nave de desguace en el borde exterior del Cinturón de Asteroides, Rena Delgado estaba en el puente sentada a solas, tecleando un informe en el terminal. El turno de sueño había empezado tres horas antes, y las luces del puente estaban apagadas excepto el resplandor de la pantalla y una pequeña luz que tenía encima. El informe era una descripción detallada de todas las piezas que la nave había recuperado en las labores de desguace más reciente. Equipo de navegación, sistemas de calefacción, cableado, muebles, todo lo que habían sacado de las naves abandonadas con las que se habían topado. La mayoría de las descripciones eran sencillas y reducidas. Año, fabricante, modelo, estado y cualquier defecto destacable que pudiese afectar al precio.

Pero de vez en cuando Rena y la tripulación conseguían algo realmente complejo. Un sistema de propulsión, por ejemplo. O un generador de oxígeno. Algo que poseía muchas partes móviles y un gran precio potencial en la reventa. En esos casos la descripción debía ser detallada, indicando las partes que constituían el todo y especificando sus funciones.

Y como nadie conocía las piezas de una nave tan bien como Rena, y como nadie las examinaría con tanto detalle o establecería su valor con tanta precisión, era natural que a ella le tocara la aburrida tarea de escribir el informe.

A Rena no le importaba. Escribirlo era tedioso, sí, pero la mantenía mentalmente ocupada.

Además, siempre que se ponía a describir alguna nueva pieza que hubiesen recuperado, en su mente se encendía el recuerdo de Segundo. Había reparado y reemplazado tantas piezas de la *Cavadora* que prácticamente había reconstruido la nave de dentro afuera.

Rena recordaba todas las reparaciones. ¿Cómo podría olvidarlas? Al final de cada turno de trabajo Segundo volvía a su camarote y le contaba hasta el más mínimo detalle de lo que le hubiese pasado ese día. Con quién había hablado. Los rumores que le hubiesen llegado. Las reparaciones que había hecho. Se había convertido en un ritual compartido. Rena le escuchaba mientras trabajaba, preparando los planos de navegación para el siguiente turno de trabajo. Cuando Segundo terminaba, ella hacía lo mismo, contándole a él todo lo de interés que le hubiese sucedido ese día.

Mientras sucedía, no había valorado adecuadamente esos momentos. Resultaban tan normales, eran tan totalmente mundanos. Y, sin embargo, ahora daría lo que fuese

por volver a experimental cualquiera de ellos.

Pero no resultaba mentalmente sano desear lo que no se podía tener.

Apartó los recuerdos y miró las notas manuscritas. Se dio cuenta de que solo había escrito tres cuartas partes del informe. Le llevaría horas terminarlo.

Consideró la idea de irse a dormir, pero de hacerlo, solo podría seguir con ese trabajo la noche siguiente. Durante el día la tripulación tendría que usar el terminal. Había otro terminal en la bahía de carga, donde se encontraban los supervivientes de la *Cavadora*, pero Rena sabía que allí abajo no lograría avanzar nada. Sería totalmente inútil intentar concentrarse entre dieciocho mujeres y treinta y siete niños. Nadie le concedía ni un minuto de tranquilidad. De producirse cualquier problema, todos consideraban que era necesario hacérselo saber.

«El váter vuelve a estar atascado, Rena».

«El bebé tiene un sarpullido en la pierna, Rena».

«Los gemelos necesitan más mantas, Rena».

«En la esquina hay una tubería que gotea, Rena, y las gotitas se van flotando por todas partes».

Mira esto, Rena. Arregla esto, Rena. Vuelve a escuchar mis quejas, Rena.

Ahora incluso algunos de los niños recurrían a ella, cargándola con sus problemas en lugar de hablar con sus madres.

«Felipe me empujó y me raspé el hombro, Rena».

«Macella me llamó cabeza de chorlito, Rena. Es una palabrota».

«José Luis me quitó las galletas, Rena, y no me las quiere dar».

Rena, con amabilidad, los mandaba con sus madres, pero así tampoco conseguía cambiar su comportamiento. Más tarde volvían raudos, con alguna otra queja, en ocasiones llorando, furiosos, asustados. Incluso en cierta ocasión Rena había oído a una de las madres, Alicia, decirle a su hijo más pequeño, Bixxi: «O dejas de llorar ahora mismo, jovencito, o llamo a Rena».

Rena se había preguntado qué se suponía que había querido decir. ¿Ahora era la que se encargaba de mantener la disciplina, la azotadora jefe?

Pero había comprendido que no. Se había convertido en el padre. Todos los hombres habían muerto enfrentándose a los fórmicos y ahora, sin que ninguna de las mujeres y niños tomaran conscientemente la decisión, habían escogido a Rena para ocupar el vacío dejado.

En ocasiones lo único que quería era gritarles: «Yo no estoy al mando. No me contéis vuestros problemas. Resolvedlos por vuestra cuenta o recurrid al capitán. A mí me da igual».

Pero tampoco es que fuese realmente cierto. Le preocupaban. Los niños, por maleducados y molestos que fuesen, no eran más que niños... niños que habían sufrido grandes pérdidas. Eso le rompía el corazón. Había conocido a todos los padres; los había visto relacionarse con sus hijos: jugando, riendo, volando juntos por la bahía de carga.

Eran momentos que jamás se repetirían. Y en el caso de los niños de menor edad, eran momentos que pronto olvidarían. A Rena le parecía la mayor injusticia del universo. Esas pequeñas mentes, tan necesitadas de recordar a sus padres, casi con toda seguridad acabarían olvidándolos.

Tres horas más tarde había acabado el informe y lo envió de inmediato, por línea láser, a la estación de comercio más cercana, la del asteroide Themis.

Durante las últimas semanas la interferencia había ido desapareciendo y poco a poco era posible volver a comunicarse a través de grandes distancias. Themis no estaba tan lejos, y Rena estaba segura de que alguno de los comerciantes de restos de ese lugar se interesaría por algo de la lista.

Rena contempló la pantalla, esperando el acuse de recibo de la transmisión. En algún momento debió quedarse dormida, porque de pronto oyó la melodía de la pantalla y se despertó de golpe.

Era un mensaje de Themis:

Transmisión recibida. Reenviada a compradores de restos.

Nota: Han vuelto las noticias. Información sobre la guerra.

La suscripción es de 100C por semana.

Las palabras de la segunda línea llamaron totalmente su atención. En Themis había un enorme receptor de línea láser y aparentemente volvían a recibir transmisiones de la Tierra.

Respondió de inmediato:

¿Podéis realizar una búsqueda en las noticias? Busco información sobre mi hijo. Víctor Delgado.

Fue en una nave rápida desde el Cinturón de Kuiper hasta la Luna para advertir a la Tierra de la llegada de los fórmicos. La nave de origen era la *Cavadora*. Se agradece cualquier información.

Pasó una hora antes de recibir la respuesta:

100 créditos para realizar la búsqueda.

Casi golpea la pantalla. ¿Querían cobrarle por realizar una sencilla búsqueda? ¿Una tarea que les llevaría un par de minutos? Hasta un niño sabría hacerlo. Por ese precio podría conseguir una suscripción de una semana y realizar ella misma la búsqueda. ¿No habían leído su mensaje? Víctor había ido a advertir a la Tierra. ¿Eso no les importaba?

No, claro que no. Ellos estaban en Themis. Una piedra llena de tacaños como no había otra.

Se apartó del terminal y de inmediato voló al camarote de Arjuna.

Faltaban varias horas para el final del turno de sueño, pero no vaciló en llamar a la puerta. Volvió a llamar al no recibir respuesta. Oyó movimiento y la puerta se abrió un momento después. Sabad, una de las esposas de Arjuna, la miraba con los ojos entornados por la luz. Rena exhaló por dentro. De las tres esposas de Arjuna, Sabad era la única con la que Rena no se llevaba bien. Era una jovencita, apenas veinte años, y todavía no había dado hijos a Arjuna.

Antes de que Rena y el resto de los supervivientes de la *Cavadora* llegasen a la nave, las tres esposas de Arjuna tenían cada una un camarote. Pero todos tenían que dormir, y al doblarse la tripulación de la nave hubo que hacer algunos sacrificios. Ahora todas las esposas de Arjuna compartían el mismo cuarto y daba la impresión de que Sabad consideraba a Rena personalmente responsable.

—¿Sabes qué hora es? —dijo Sabad, encajada en el quicio, dedicándole una mirada que habría marchitado las flores.

—Tengo que hablar con Arjuna —dijo Rena.

—Lo que sea puede esperar hasta mañana.

—No. No puede esperar. Acabamos de recibir un mensaje por línea láser de Themis. Vuelven a recibir noticias de la Tierra.

—Bien por ellos. Cuando despierte se lo puedes contar a mi marido.

Quiso responderle que no era solo *su* marido. También era el marido de Ubax y el marido de Kaaha, las otras dos mujeres somalíes a bordo. Debería usar el plural posesivo y decir «nuestro».

Pero Rena no era dada a esas mezquindades —al menos, no en voz alta—, así que se limitó a decir:

—Lamento la interrupción, Sabad, pero estoy segura de que Arjuna querrá saberlo de inmediato.

—¿Afirmas conocer mejor que yo la mente de mi marido?

—No, claro que no.

—Entonces regresa con tu montón de niños malcriados y déjanos en paz.

Fue a cerrar la puerta, pero Rena la paró con la mano. Normalmente Rena era amable y muy poco dada a enfadarse, pero Sabad estaba chinchándola. Los niños de la *Cavadora* podrían ser muchas cosas, pero no eran malcriados. Los que tenían edad de trabajar hacían más en la nave en una hora de lo que Sabad hacía en un día. Rena estaba a punto de decirlo cuando apareció Arjuna. No llevaba camisa y en la oscuridad la piel negra era prácticamente invisible.

—¿Qué sucede, Rena? —Tenía la voz profunda y adormilada porque acababa de despertar.

Le contó lo de la línea láser de Themis.

Arjuna pensó durante un momento y luego salió al pasillo.

—Vuelve a la cama, Sabad, entraré enseguida.

Sabad se cruzó de brazos.

—Yo también puedo oír lo que sea que le vas a decir.

—He dicho que vuelvas a la cama, mujer.

Lo dijo con cierto tono y Sabad se rindió. Le dedicó a Rena una última mirada asesina y cerró de un portazo.

—No le caigo muy bien —dijo Rena.

—No. Así es. Te considera competencia.

—¿Competencia para qué?

—Mi afecto.

Rena sintió como se le enrojecían las mejillas.

Arjuna rio en voz baja.

—No te avergüences, señora de la *Cavadora*. No voy a proponer que nos casemos. Te estoy contando cómo funciona la mente de una joven. No me ha dado hijos. Teme que me canse de ella y me busque a otra.

—Te *buscas* a otra. Con frecuencia. Tienes otras dos esposas. Cuando llamo a tu camarote nunca sé a cuál me voy a encontrar.

Arjuna se encogió de hombros.

—Es difícil mantener un horario. Dejo que decidan ellas. Hay muchas noches en las que no viene ninguna. No se lo puedo echar en cara. Antes de que llegaseis era mucho más fácil. Cada esposa tenía su camarote. Yo iba a ellas. Ahora comparten uno. Solo los dioses saben de qué hablan.

Rena se sentía avergonzada. Solo había pensado en los inconvenientes que ella y la familia le habían provocado a las esposas. No había pensado en absoluto en la posición de Arjuna.

—Lo siento —dijo—. No era nuestra intención provocar problemas matrimoniales.

Arjuna hizo un gesto para indicar que no importaba.

—Habéis convertido la nave en una máquina de hacer dinero. Eso es lo importante. Este podría ser nuestro mejor cargamento. Todo gracias a vosotros.

Así era. Una semana antes habían dado con una nave de Jukes abandonada que parecía que los buitres habían dejado en los huesos: desguazadores agresivos apenas mejores que piratas. Arjuna estuvo a punto de dejar pasar la oportunidad, pero Rena le había animado a investigar de todas formas:

—Los buitres muchas veces tienen tanta prisa en desmontar la nave que dejan de lado las piezas más pequeñas —le había dicho Rena—. La mitad de las veces no saben ni qué están buscando. No nos cuesta nada mirar un poco más atentamente.

Así había sido. Habían dado con el sistema de propulsión casi intacto y los generadores de oxígeno solo habían requerido pequeñas reparaciones. Solo con esos dos elementos ya ganarían más que con todo lo demás combinado.

—No podemos permitirnos la suscripción —dijo Arjuna—. Cien créditos a la semana es absurdo. Ninguna nave de recuperación se lo puede permitir. Apenas ganamos lo suficiente para comer.

—No creen que vayamos a pagar cien por semana. Lo que esperan es que regateemos.

—¿Hasta cuánto?

—La mitad. Quizá incluso cuarenta.

—Que tampoco nos podemos permitir. Y la Tierra está muy lejos. ¿De qué nos iban a servir sus noticias?

—Es la Tierra —dijo Rena—. Nuestro hogar.

—¿Lo es? ¿Cuánto hace que estuviste en la Tierra por última vez? ¿Veinte años?

—A menos que derrotemos a los fórmicos, quedaremos aislados, Arjuna. No llegarán líneas de suministros. Moriremos aquí.

—Lo sé muy bien. Pero seguir las noticias no impedirá que suceda. No podemos ayudar de ninguna forma, Rena. Los fórmicos ganarán o perderán independientemente de nosotros. —Cruzó los brazos y la miró un instante—. ¿Estás segura de que no estamos hablando de Víctor? Sé que quieres cerrar ese capítulo, Rena. Eso lo comprendo.

—No quiero cerrar nada. Eso daría a entender que no llegó a la Luna. Estoy segura de que lo logró.

—Es lo que dices, pero aprecio la duda en tus ojos. —Exhaló por lo bajo—. Intentó atravesar el sistema en una nave rápida, Rena. Eso es imposible. No hay ninguna probabilidad de que esté vivo.

—No me hables de probabilidades. No conoces a mi hijo.

Él levantó las manos.

—Te he ofendido. No era mi intención.

Rena se pasó una mano por el pelo para tranquilizarse.

—No es solo Víctor. Hay otras ventajas. Con una suscripción tendríamos un enlace continuo al receptor de Themis. Estaríamos en la red. Recibiríamos noticias de lugares lejanos del Cinturón. Podríamos seguir mejor a los buitres.

—Son beneficios ciertamente maravillosos, Rena. Pero no podemos pagarlo. Somos una nave de desguace.

—¿Y si no lo fuésemos?

La pregunta le dejó perplejo.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si la convirtiésemos en nave minera?

Él rio.

—La *Gagak* no es una nave minera. Apenas somos una nave de recuperación y desguace.

—¿Cuál es la diferencia? Cuando empezamos la *Cavadora* no estaba en mejor estado.

Arjuna perdió la sonrisa.

—Hablas en serio.

—Si minamos rocas, ganaremos mucho más dinero. No lo había pensado hasta ahora, pero tiene todo el sentido. Podemos ayudarnos mutuamente. Las mujeres y yo queremos nuestra propia nave. Cuanto más rápidamente ganemos dinero, más rápidamente será posible.

—Piensa en lo que dices, Rena. No disponemos del equipo. Podríamos necesitar hornos, cavadores, naves rápidas. No tenemos nada.

—Entonces lo conseguimos. Pieza a pieza. Somos una nave de desguace. Encontramos lo que nos hace falta o comerciamos para conseguirlo. Ahora mismo tenemos buen material en la bodega. No mucho, pero sí lo suficiente para empezar.

Él hizo un gesto de negativa.

—No tenemos solvencia crediticia, Rena. Incluso si pudiésemos excavar, la Luna nunca aceptaría nada de lo que le enviásemos.

—*Tú* no tienes solvencia crediticia, pero la *Cavadora* sí. Propongo una asociación. Tu nave y tu tripulación; más mi tripulación, nuestra experiencia y nuestra solvencia crediticia. Nos repartimos los beneficios a partes iguales. No es tan alocado como suena.

Arjuna parecía sentirse incómodo.

—No. Lo siento. Una asociación es inaceptable.

—No lo puedes hacer sin nosotros, Arjuna. Conocemos el negocio. Conocemos la tecnología. Disponemos de las credenciales. Es justo que seamos socios de pleno derecho.

—Estoy de acuerdo. Es totalmente justo. Pero no puedo ser tu socio, Rena. Es imposible.

—¿Por qué no?

Vaciló.

—Porque... eres una mujer.

Esas palabras la dejaron tan desconcertada que le llevó un momento comprender totalmente lo que significaban. «Por supuesto —pensó—. Es un somalí, una sociedad patriarcal». Se rebajaría ante su tripulación si se asociase con una mujer. Le considerarían débil, blando, poco masculino. Perdería el mando, quizá incluso a sus esposas. Un hombre más fuerte daría un paso al frente y las reclamaría, y Rena y los demás quedarían de lado.

—Debes comprender —dijo—. No tengo nada contra ti personalmente. Es que sencillamente somos así. Vosotros tenéis vuestra cultura y nosotros la nuestra. No podemos pasarlo por alto simplemente porque nos convenga.

—No, no podemos. La asociación no persistiría. Nosotros nos enfrentaríamos al ostracismo. Y tú también.

—Cabe una posible solución —dijo él—, pero no creo que te guste.

Ella le miró y aguardó.

—Lo que propones es una fusión de tribus, Rena. Eso es muy habitual en mi país. Se formaliza con un matrimonio.

Rena parpadeó.

—¿Matrimonio?

—Sois diecinueve. Si me caso con todas, seríais parte de nuestra tribu. Mi tripulación aceptaría una asociación empresarial. Sin embargo, no tendríais el mismo nivel que mis actuales esposas. Ellas pertenecen de nacimiento a mi tribu. Vosotras no. Os considerarían mis concubinas.

Rena sonrió e hizo uso de toda su fuerza interior para no echarse a reír.

—Arjuna, me halaga que estés dispuesto a aceptarnos como tus concubinas, pero no podemos casarnos contigo.

—Entonces esta conversación ha terminado. No puedo realizar una asociación con mujeres que no sean mis esposas. Acabaríamos en motín.

Rena pensó y dijo:

—¿Por qué no decimos que nuestros maridos están lejos? Nunca recuperamos sus cuerpos. Y en nuestra tribu, las mujeres pueden hablar por la familia en ausencia del marido. Combinaríamos las tribus reconociendo que nuestros maridos están ausentes.

Él negó con la cabeza.

—Mi tripulación sabe que vuestros maridos han muerto, Rena. He hablado con algunos de esas muertes. No importa que no hayamos visto los cuerpos. Hemos visto vuestras expresiones de dolor, y eso es peor.

—¿Qué hay de los niños? Franco tiene doce años. Es el hijo de Bella. Es el hombre de mayor edad. Podríamos decir que es el líder de nuestra tribu y que la fusión es su deseo.

Arjuna volvió a negar.

—No es un hombre adulto. No puede hablar en nombre de la tribu.

—Entonces, ¿Víctor? Mi hijo. Él es un hombre. Si podemos demostrar que sigue con vida, sería el líder de nuestra tribu, ¿no es así? Podría hablar por nosotros. Podría dar su consentimiento a la fusión.

Arjuna frunció el ceño.

—¿Por qué tengo la sensación de encontrarme arrinconado? ¿Colocas tan bien todos tus señuelos, señora de la *Cavadora*?

—No dejas de usar esa expresión —dijo Rena—. No soy la única mujer que vino de esa nave.

—No, pero eres la más regia de tu tribu. La más merecedora de ese título.

—No dispuse ningún señuelo. Simplemente derivó hasta ahí.

—Eso es lo que diría el león.

Ella sonrió.

—En mi tribu, llamar león a una persona es destacar su valentía.

—Ciertamente lo eres, señora, pero en mi tribu la palabra león se usa en un sentido algo diferente.

—Entonces, ¿tenemos acuerdo?

Él hizo un gesto hacia el puente.



—Vamos. Comprobemos si el jefe de vuestra tribu sigue con vida.

## La India

La llamada llegó, por fin, mientras Mazer corría en una cinta, en la casa refugio del gobierno, en Nueva Delhi. Miró el pad de muñeca que sonaba, comprobó que se trataba de Wit y paró la cinta para responder.

—¿Dónde estás? —preguntó Wit.

—En la sala de ejercicio. Intento hacer lo posible para no morir de aburrimiento. Por favor, dime que puedo abandonar este edificio y volver a ser útil.

Llevaban diez días en la India. Tras una tumultuosa entrada en el país —la fuerza aérea india había amenazado con derribarlos e incluso había hecho disparos de advertencia—, Wit había hablado por radio para lograr una escolta militar que los protegiese hasta Nueva Delhi. En el aeropuerto se habían encontrado con un equipo de descontaminación y una vez que Mazer, Wit y Shenzu se libraron de los biotrajés, los militares los llevaron directamente a la casa refugio, donde habían permanecido bajo arresto domiciliario sin mantener ningún contacto con el mundo exterior.

—Date una ducha y dentro de diez minutos te reúnes conmigo y Shenzu en el vestíbulo —dijo Wit—. Un coche nos llevará a los laboratorios de Gadhavi. Cree haber dado con la solución.

En cuanto Mazer aterrizó en Nueva Delhi, les habían confiscado las pistolas de pringue que habían traído de China. Se suponía que el doctor Gadhavi y su equipo se habían puesto a trabajar de inmediato.

Mazer volvió rápidamente a su cuarto y se metió bajo la ducha. Diez minutos después estaba con Wit y Shenzu en el vestíbulo. Fuera les esperaban un coche y dos oficiales de poca graduación del ejército de la India. Los oficiales se sentaron delante y los llevaron al norte de la ciudad, hacia un enorme complejo gubernamental rodeado de controles militares. El chófer se abrió paso entre las instalaciones hasta aparcar en el borde de un edificio de oficinas blanco. En el mismo bordillo les recibió un oficial condecorado del ejército indio, de unos cincuenta y tantos años. Cuando Wit salió del vehículo, el oficial le dedicó una enorme sonrisa. Los dos hombres se abrazaron y luego Wit se dirigió a los otros dos:

—Capitán Rackham, capitán Shenzu, les presento a un querido amigo, el mayor Khudabadi Ketkar, de los Paracomandos Indios. Antes de la invasión sus hombres se entrenaban con la POM.

Ketkar sonrió con afabilidad y les dio la mano.

—Lo que el capitán O’Toole quiere decir es que los miembros de la POM dejaban atrás a nuestros Paracomandos. Como un gato que jugase con un ratón ciego y de solo tres patas. Durante una batalla de entrenamiento incluso tuvo el valor de matarme. En mi propio despacho. Todavía estoy reuniendo los fragmentos dispersos de mi orgullo roto. —Rio, guiñó el ojo en dirección a Wit e hizo un gesto hacia la entrada principal—. Pero entremos. Nos esperan.

Les llevó hasta un control de seguridad, donde una mujer entregó identificaciones a todos ellos. Detrás de la mujer colgaba un enorme sello de latón. Mostraba un tigre de Bengala alzándose sobre un saliente rocoso que se elevaba sobre un conjunto de flores de loto. La inscripción rezaba: AGENCIA NACIONAL DE BIODEFENSA. Había más texto escrito en devanagari, pero Mazer no tenía ni idea de lo que decía.

Ketkar los escoltó hasta lo más profundo del edificio a través de un enorme patio interior. El lugar proyectaba un aire de opulencia... no exageradamente, pero no se trataba de la decoración normal y utilitaria que Mazer esperaba ver en las agencias gubernamentales. Suelos de mármol. Palmeras. Una fuente. Parecía más un hotel de lujo que un edificio del gobierno. Atravesaron otra puerta y luego salieron de nuevo al exterior, en esta ocasión a una plaza hermosamente diseñada situada en el centro del edificio. Bancos, flores, senderos, pequeños árboles frutales. Ketkar se detuvo y les miró.

—Antes de seguir, me gustaría disculparme en nombre de mi gobierno por mantenerles confinados desde su llegada en la casa refugio. Me han ordenado decirles que se hizo exclusivamente para protegerles, pero son ustedes demasiado inteligentes para creerlo. Nos encontramos en una situación política muy delicada, como ya pueden imaginar, y mis superiores están adoptando todas las precauciones. Nadie tenía muy claro qué hacer con ustedes, así que los mantuvieron encerrados mientras lo discutían.

—¿Qué hay que discutir? —preguntó Shenzu—. Venimos en busca de ayuda.

—Sí, pero no llegaron aquí en representación del gobierno de China. No era una misión autorizada. Llegaron aquí como tres soldados desertores. Detalle que incomodó a varios miembros de nuestro Consejo Nacional de Seguridad. Nuestras relaciones con China ya son de por sí tensas. Muchos temían la reacción de China en caso de ayudarles.

—Si el contraveneno es efectivo —dijo Shenzu—, China estará encantada de aceptarlo.

—Sí —dijo Ketkar—, pero no estamos convencidos de que entregar el contraveneno al ejército chino sea la mejor forma de proceder.

Shenzu no pudo ocultar la sorpresa.

—¿Qué pretende decir? ¿Dejarán que China sea destruida? ¿Se quedarán cruzados de brazos mientras mueren millones de personas?

—No me ha entendido, capitán. La India desea ayudar. Y lo hará. Pero entregar el contraveneno a su ejército no es necesariamente la forma de obtener los mejores

resultados. Su ejército está agotado y demasiado disperso. Han perdido a los mejores comandantes de campo, y tienen grupos de supervivientes que se reúnen para formar unidades sin disponer de una estructura de mando clara. Están fragmentados y desorganizados, capitán. No estamos seguros de que China pueda hacer lo que debe.

—No se ha cortado nada con esas palabras —dijo Shenzu.

—Estamos en guerra, capitán, no en una fiesta. La India no puede consentir que los fórmicos lleguen a nuestras fronteras. Debemos hacer todo lo posible por detenerlos de una vez por todas, en China. Arrojar barriles de contraveneno en la frontera China no será suficiente.

—¿Qué propone? —preguntó Wit—. ¿Tropas?

—Básicamente —dijo Ketkar—. El presidente quiere alcanzar un acuerdo con China: ofrecemos el contraveneno si permiten que los Paracomandos Indios entren en China para ayudar a su difusión. Es por eso por lo que me he visto implicado en la situación.

—Los Paracomandos efectivamente serían eficaces —dijo Wit.

—Sí, pero los chinos se han mostrado vehementemente resistentes a tropas del exterior —dijo Mazer—. Sobre todo, si vienen de la India y Rusia. No es que la India sea una aliada. ¿Está seguro de que China aceptará?

—No tienen ninguna otra opción —dijo Ketkar—. Sin el contraveneno están perdidos. Toda la costa del sudeste ha caído, desde Hong Kong hasta Shanghái. La economía está en ruinas.

—Aun así —dijo Mazer—. ¿Y si China se niega? La India no puede retener el contraveneno como a un rehén. China lo hará público. Dirán que ustedes tienen la solución, pero se niegan a compartirla. Dirán que permiten la muerte de su pueblo. Los pintarán como a cabrones sin corazón. De la noche a la mañana la India recibirá el odio del mundo. A continuación, China hará tanta presión internacional que al final se verán obligados a entregarlo.

—No se dará el caso —dijo Ketkar—. El capitán Shenzu aquí presente se asegurará de que China acepte.

Shenzu se echó a reír.

—Lamento decir que quien le haya dicho que yo estoy en posición de influir está muy mal informado, mayor. Yo no soy nadie. Un humilde capitán. No le puedo decir nada a la Comisión Militar Central o al Comité Central que tenga el más mínimo peso. De hecho, dudo incluso de poder hacer llegar un mensaje a las personas que filtran sus comunicaciones.

—Se subestima, capitán —dijo Ketkar—. Y no hace falta que se dirija a la Comisión Militar Central o al Comité Central. Debe hablarle a la gente de China y el resto del mundo.

—¿Qué tiene en mente? —preguntó Mazer—. ¿Una rueda de prensa?

—Una demostración del contraveneno —dijo Ketkar—. Garantizaremos la presencia de las más importantes agencias de prensa por holo. Shenzu y el doctor

Gadhavi serán las grandes estrellas del espectáculo. Gadhavi se encargará de la demostración. Él se asegurará de que sea muy teatral.

—¿Y qué haré yo? —dijo Shenzu—. ¿Daré palmas y pareceré chino? Si es así, está de suerte, porque ambas cosas se me dan de maravilla.

—Su parte es más importante —dijo Ketkar—. Tras la demostración, realizará algunos comentarios a la prensa surgidos de lo más profundo de su corazón.

—Me repito —dijo Shenzu—. No soy nadie. ¿Qué le importa a la prensa lo que yo pueda decir?

—Porque es usted el oficial de contacto del gran general Sima, el genial comandante chino que destruyó una sonda fórmica. Dirá que Sima le ordenó traer las muestras de gas al laboratorio del doctor Gadhavi en caso de que el equipo científico chino sufriese algún percance.

—¿Quiere que le mienta a la cámara?

—El general Sima es un héroe internacional —dijo Ketkar—. Y ahora que ha muerto, muchos ciudadanos chinos lo consideran un mártir. Un símbolo. Enviarle aquí es justo la genial maniobra en la que pensaría Sima.

—Así que Sima recibe el crédito por otra victoria en la que no participó —dijo Shenzu.

—¿Está seguro de la muerte de Sima? —dijo Mazer—. No pretendo ser indecoroso, pero sería muy vergonzoso decir todo eso para que a continuación Sima apareciese en las redes diciendo que todo es falso.

—Ha muerto —dijo Ketkar—. Cinco días atrás recuperaron su cuerpo en Lianzhou. Era un hombre tan admirado que los chinos se esforzaron por recuperarlo y honrar sus restos como merecía.

Shenzu dijo:

—Bien, le hablo a la prensa y cuento una mentira bien gorda sobre el que fue mi oficial al mando. ¿De qué servirá?

—Hará algo más —dijo Ketkar—. Alabará al general Sima por su capacidad de previsión. Pero también dirá que el desarrollo del contraveneno fue un luminoso ejemplo de dos naciones unidas por una causa común con la intención de derrotar a un enemigo común. Todas las naciones de la Tierra deberían seguir el mismo ejemplo. Todos debemos permanecer unidos.

—Lo convertirá en una declaración política —dijo Shenzu—. Yo no soy un político. Tampoco puedo hablar en nombre de mi gobierno.

—No hablará en nombre de su gobierno —dijo Ketkar—. Hablará a título personal. Como oficial de contacto, marido y padre de sus hijos.

Shenzu le miró con escepticismo.

—¿Qué tiene que ver mi familia con todo esto?

—Todo —dijo Ketkar—. La seguridad de sus seres queridos es el motivo de todas sus acciones, capitán. Le conocemos mejor de lo que se imagina. Sabemos, por ejemplo, que es usted miembro de los Doce Anónimos.

Shenzu no se movió y tampoco respondió.

Tras un silencio incómodo, Mazer miró a los otros y dijo:

—¿Soy el único que no sabe lo que significan esas palabras?

Ketkar dijo:

—Los Doce Anónimos es el nombre que el ejército chino ha dado al grupo de personal militar chino que entregó el arma nuclear a la POM, el arma necesaria para destruir la sonda. En ese sentido, son traidores a la patria. El capitán Shenzu aquí presente fue una figura importante en toda esa planificación.

Mazer se giró hacia Shenzu.

—¿Es cierto?

Antes de responder, Shenzu aspiró profundamente.

—Lo que hice lo hice por China, sus gentes y mis seres queridos. Era preciso actuar.

—¿Nos ayudaste a conseguir un arma nuclear y luego nos arrestaste? —dijo Mazer.

—Os arresté siguiendo las órdenes de Sima —dijo Shenzu—. Aunque, en realidad, había entregado las órdenes de arresto a otro oficial, pero intervine y solicité que se me asignase a mí. Quería asegurarme de que nadie os hacía daño.

Mazer se giró hacia Wit.

—¿Lo sabías?

—No —dijo Wit—, pero tenía mis sospechas.

Shenzu miró a Ketkar.

—¿Por tanto, su intención es chantajearme, mayor? ¿De eso se trata? Si no digo lo que quieren que diga e interpreto mi papel ante las cámaras, ¿revelarán mi crimen a mi gobierno y evitarán que vuelva a ver a mi familia?

—No hace falta que le chantajeemos —dijo Ketkar—. Ni siquiera hace falta que le pidamos que lo haga. Lo hará porque sabe que es lo correcto. No hablamos de dos países dejando a un lado sus diferencias en aras del bien común, capitán. Hablamos de los primeros pasos de una nueva Tierra, una nueva forma de actuar, un camino que nos conducirá a una paz mayor entre las naciones. Es lo que deberíamos haber hecho antes de la llegada de los fórmicos.

Ketkar agarró el hombro de Shenzu.

—Ha llegado la hora, capitán. El general Sima puso en marcha cierto movimiento. Usted puede insuflarle vida. Sus palabras podrían ser la primera declaración inteligente sobre este desastre que se haya oído en público.

—Parece tener una idea muy concreta sobre lo que debo decir. ¿Han escrito un discurso?

—Sí, alguien lo redactó. Era un gran discurso. Les dije que lo quemasen. Debe salir de su interior, capitán. Debe ser sincero.

Shenzu guardó un momento de silencio.

—Muéstreme el contraveneno y luego hablaremos.

Ketkar sonrió y les indicó que le siguiesen.

—Por aquí.

Los llevó hasta una pequeña estructura en el centro de la plaza que resultó ser una serie de ascensores. Entraron y Ketkar abrió un panel oculto para teclear un código. El ascensor descendió.

Al detenerse, pasaron a un pasillo luminoso e inmaculado. A través de las ventanas que había a derecha e izquierda Mazer vio a técnicos y científicos vestidos con biotrajés azules y atareados con distintas máquinas, escáneres y equipos de diagnósticos. Ketkar no dejó de moverse, guiándoles por distintos pasillos cada vez más al interior. Al final llegaron a una sala de observación con un techo abovedado. La pared a la izquierda de Mazer era completamente de vidrio. La sala al otro lado estaba vacía, excepto por una mesa metálica a un lado sobre la que había varias cajas de plástico y contenedores de líquidos.

En la sala de observación había un indio bajito de más de sesenta años junto a un terminal informático. Tenía las mangas de la camisa azul de tejido Oxford dobladas por encima de los codos. Tenía manos y antebrazos cubiertos por guantes de un tejido reflectante. Mostró una sonrisa al verles.

—Capitán O'Toole. Nos volvemos a encontrar.

—Doctor Gadhavi. Un placer, como siempre.

Gadhavi se acercó y Wit presentó a Mazer y a Shenzu.

Gadhavi les saludó con una inclinación.

—Bienvenidos a la India, caballeros. Lamento conocernos en estas circunstancias. Por favor, ¿tendrían la amabilidad de colocarse tras la línea? Me dicen que todos están listos y podemos comenzar.

Solo en ese momento Mazer fue consciente de las pequeñas cámaras situadas en la pared que tenían detrás. Aparentemente había más espectadores.

Gadhavi se acercó al centro de la sala, justo delante del cristal, donde habían pintado un círculo rojo en el suelo. Tan pronto como entró, los holoproyectores del techo se activaron y le rodearon de un holocampo. Dio la espalda al vidrio y les miró, hablándole a la cámara.

—El gas fórmico es una solución enzimática muy tóxica que degrada la pared celular. En principio, no es muy diferente a un hongo patogénico de la Tierra, que descompone la biomasa vegetal a una velocidad alarmante. La diferencia, por supuesto, radica en la toxicidad. El gas fórmico es mil veces peor que nuestro peor hongo. Por ejemplo, devora la lignocelulosa, que habitualmente es resistente a la degradación enzimática, como si fuese algodón de azúcar. Y todos sabemos lo que puede hacerle a un humano. Rompe las paredes celulares y da inicio a un proceso proteolítico, no muy diferente a lo que nuestro sistema digestivo le hace a un filete. En resumen, convierte la biomasa en pulpa. Ese es el aspecto negativo.

Se giró y miró al cristal.

Dentro del holocampo sus guantes reflectantes destellaron bajo la luz.

Elevó los brazos a los lados y en la otra sala dos largos brazos robóticos descendieron desde sus escondites en el techo. Gadhavi caminó sin moverse, giró la cabeza ligeramente a la derecha y los brazos robot se movieron por las guías del techo en la dirección indicaba por Gadhavi. Los brazos se detuvieron al llegar a la mesa y Gadhavi extendió los dedos. Los extremos de los brazos robot se dividieron y separaron, formando sus propios dedos.

Usando los brazos robóticos como una extensión de su cuerpo, Gadhavi levantó de la mesa dos contenedores herméticos de un litro, los llevó al centro de la sala vacía y los colocó en el suelo a cierta distancia uno del otro.

Luego se volvió para mirar a las cámaras.

—Cada uno de esos dos receptáculos contiene seiscientos mililitros de la solución fórmica, o «pringue», como lo llaman los soldados. La proteína tiene este aspecto.

A su lado, en el holocampo, apareció un modelo gigante de una proteína globular.

—Como pueden comprobar, es una estructura terciaria y cuaternaria muy compleja en la que los polipéptidos se pliegan entre sí para formar lo que a todos los efectos es una esfera. Los enlaces de hidrógeno y las fuerzas iónicas mantienen la forma. Alterar la forma empleando calor, un cambio de pH o inhibición no reversible desnaturaliza la proteína o la deja inútil. Es posible que la estructura molecular sea alienígena y distinta a cualquiera que hayamos visto antes, pero las leyes de la química son universales. Es posible que no hayamos descubierto el viaje interestelar, pero sí sabemos cómo agitar una molécula. Ese es el aspecto positivo.

Agitó la mano y la proteína desapareció. Luego se volvió para mirar de nuevo al cristal. Levantó los brazos, llevó los brazos robóticos a la mesa y recogió un bote de cristal con tapa de rosca y lleno de un líquido naranja.

—Esto, damas y caballeros, es nuestro contraveneno, un inhibidor enzimático, precalentado a sesenta grados centígrados. Al dispararlo contra el pringue, el calor hace que algunas de las enzimas fórmicas vibren tanto que se rompen los delicados enlaces que mantienen la estructura molecular. Los inhibidores se ocupan del resto, provocando que toda la solución enzimática sea inútil. Pero eso no es lo mejor. Una vez que la molécula cambia de forma, podemos hacer con ella lo que queramos, incluso usarla contra los fórmicos.

Gadhavi movió las manos. En la otra sala, los brazos robot se movieron y desenroscaron la tapa del bote. Al terminar, los brazos dejaron el bote sobre la mesa y sacaron una escopeta de su funda. Bajo del arma habían montado un mecanismo difusor con su propio cañón adyacente al cañón original. Los brazos robot volvieron a coger el bote de contraveneno naranja y lo enroscaron en el fondo del difusor.

Gadhavi dijo:

—En lo que al gas respecta tenemos dos objetivos en China. Uno, limpiar el aire de lo que ya han esparcido, y dos, destruir las pistolas de pringue y los depósitos. Esta arma está diseñada para ambas cosas. Para el gas en el aire, puede esparcir una neblina.



En la sala se abrió la tapa de uno de los contenedores de pringue del suelo. El gas comenzó a salir, formando una niebla de un vapor gris verdoso.

Gadhavi se preparó para disparar.

En la otra sala, el arma lanzó a la nube un chorro de neblina naranja. Al encontrarse las dos soluciones, la niebla se convirtió en una bola de fuego que destelló con intensidad y luego se apagó al instante, como quien lanza una cerilla encendida a un plato cubierto de pólvora. El contenedor ahora vacío rodó por el suelo y dio contra la pared opuesta.

—El otro contenedor es como un tanque de pringue —dijo Gadhavi—. Lo fabricamos con una sustancia que posee una durabilidad similar. El cartucho de la escopeta es contra blindajes, por lo que atraviesa el tanque de pringue y libera en su interior *pellets* del contraveneno. Como las dos soluciones están concentradas, la reacción es todavía más volátil.

El brazo robótico amartilló la escopeta, apuntó y disparó. El contenedor recibió el impacto justo en el centro y salió disparado por el suelo dando vueltas. Pasó un segundo. Luego otro. No pasó nada. De pronto el contenedor estalló como una bomba y los pequeños fragmentos de metralla dieron contra el cristal.

Gadhavi se giró y les miró.

—Al ser de color naranja, picante y fríe a los fórmicos, al contraveneno lo llamamos Salsa de Pato Delhi. —Sonrió por su propio chiste.

—¿Cómo sabemos que el pringue está neutralizado? —preguntó Wit—. Ha demostrado que puede crear una reacción energética, pero no ha demostrado que el aire esté limpio. ¿Cómo sabemos que no quedan rastros letales?

Gadhavi sonrió aún más.

—Capitán O'Toole. Nunca decepciona. Siempre hace las preguntas más difíciles. Pero tiene razón. La pirotécnica no resuelve el problema si el contraveneno no neutraliza el pringue por completo. No podría haber pedido una forma mejor de pasar a la parte final de la demostración.

Gadhavi miró de nuevo al cristal y ejecutó algunos gestos dentro del holocampo. En la sala de pruebas se abrió una puerta. Por ella entró un chimpancé.

—La sala no se ha ventilado desde que liberé el gas —dijo Gadhavi—. No se ha filtrado el aire de ninguna forma. El sujeto de la prueba respira el mismo aire que hace unos momentos expusimos a una dosis letal del gas.

Unas barras largas bajaron unos treinta centímetros del techo. El chimpancé dio un salto, las agarró y se puso a dar vueltas por la sala.

—Incluso acelerando la respiración y moviéndose por todas las esquinas de la sala, el sujeto de la prueba está en perfecto estado. No se le funde la piel, no hay degradación celular. Podría soltar en esa sala a una docena más de animales o incluso personas y el resultado sería idéntico. Y si lo exigen, puedo analizar el aire para demostrar que el gas ha sido neutralizado.

Durante un momento, Mazer y los otros quedaron tan estupefactos que no pudieron hablar.

—¿A qué velocidad se puede producir en masa? —preguntó Wit.

—La fórmula no es demasiado compleja —dijo Gadhavi—. Si pudiésemos requisar unas pocas instalaciones químicas que dispongan del equipo adecuado, podría producir unos miles de barriles en una semana. Si China se une en la tarea, podríamos producir cuatro veces más.

—¿Qué hay de las armas y la munición de la escopeta? —dijo Shenzu—. ¿Cuánto llevaría producirlas en masa?

—El arma de asalto no es más que una pistola de pintar industrial atornillada a una escopeta —dijo Gadhavi—. También hay un mecanismo de calor fijado al difusor para mantener la temperatura de la salsa de pato. Para eso hace falta una batería pesada. El prototipo inicial es bastante tosco. El arma no está bien equilibrada. No nos dedicamos al diseño de armas. La fabricamos simplemente para la demostración. Lo mismo pasa con los cartuchos de la escopeta. Sospecho que producirlos en masa llevará tiempo.

—No tenemos tiempo —dijo Wit—. Tenemos que movilizar a los soldados ahora mismo. Si un equipo de científicos que no saben nada de armas pueden adaptar una escopeta, los soldados pueden hacerlo hasta dormidos. ¿A quién le importa el equilibrio del arma? Funciona. Eso es lo importante.

—Incluso si dejamos que los soldados lo hagan —dijo Ketkar—, tendremos que ofrecerles instrucciones detalladas.

—Lo haremos —dijo Wit—. La POM tiene un sitio en las redes para compartir tácticas de combate con los militares chinos: [stoptheformics.net](http://stoptheformics.net). Colgamos allí las instrucciones y también en cualquier otro sitio donde los militares puedan encontrarlas. Mientras tanto, hablamos con todos los fabricantes del mundo que produzcan una pistola de pintar similar y hacemos que aceleren la fabricación.

—Necesitaremos algo más que tropas de tierra —dijo Shenzu—. Cubriremos más terreno si equipamos las aeronaves militares con fumigadores de cultivo.

—Eso llevaría tiempo —dijo Mazer—. Primero tienes que vaciar la aeronave para dejar espacio a los tanques, luego construir y modificar los aspersores para los distintos tipos de aeronaves. Además, hay que entrenar a los pilotos. Podríamos ir mucho más rápidos si pedimos ayuda a bomberos y a fumigadores aéreos veteranos. Sus aviones ya están preparados y saben usarlos. Yo me considero un piloto razonablemente bueno, pero el líquido cae de una forma muy diferente a la carga o las bombas. Es más fácil pasarse o soltarlo demasiado pronto. Preferiría que de eso se ocupase un fumigador.

—Y bomberos —dijo Wit—. La reacción química es tan volátil que debería haber dos o tres equipos contraincendios tras cada equipo de asalto. Es más, China debería iniciar de inmediato el entrenamiento de una cuarta parte de su ejército para el control

de incendios, sobre todo en zonas urbanas. Si quemamos las ciudades hasta sus cimientos no haremos ningún favor a los chinos.

Mazer asintió.

—Los equipos de asalto tendrán que usar trajes ignífugos para llevar encima de los biotrajés. Algo que pueda soportar llamaradas intensas y rápidas. Los habrá a montones en las fábricas de industria pesada y en las unidades de bomberos. Quizá deberíamos pedir a los departamentos de bomberos y al sector privado de todo el mundo que donen los trajes que tengan.

Ketkar dio un paso al frente.

—Sí, hay mucho por planear. Y China debería incluirles a todos ustedes en el desarrollo estratégico de la operación. Pero a menos que China acepte la ayuda externa, a menos que tengamos nuevos soldados sobre el terreno, no conseguiremos enfrentarnos a los fórmicos. Capitán Shenzu, ¿está dispuesto a encararse con las cámaras?

—Hablaré en chino —dijo Shenzu—. Si sale de mi corazón, debería hablar en chino.

Veinticuatro horas después, el mayor Ketkar estaba situado tras un atril mirando a una multitud de trescientos periodistas, agradeciéndoles amablemente su atención. Se habían congregado en el interior de un enorme hangar vacío situado en un campo de prueba de armamento al norte de Nueva Delhi. Detrás de Ketkar había un enorme terrario de vidrio tan grande como una casa pequeña. El terrario había sido idea de Ketkar. Había ordenado su construcción a principios de la semana y habían cubierto el fondo con tierra. Para simular el territorio de China, habían plantado arbustos y árboles pequeños. En la pared del fondo, una imagen proyectada mostraba un hermoso arrozal encajado en un verde valle de montaña.

—¿Qué habrían hecho de haberme negado? —fue lo que preguntó Shenzu al ver todo aquello.

—Sabíamos que no se negaría —le había respondido Ketkar—. Usted ama a su país.

Todos los asientos del hangar estaban ocupados. La mayoría de los periodistas eran corresponsales destinados en la India y trabajaban para importantes agencias informativas. Otros habían venido ex profeso para el acto desde Europa, África y Oriente Próximo. Por todo el mundo había miles más siguiéndolo en directo. El escenario estaba rodeado por holoproyectores y cámaras 2D tradicionales. En primera fila habían reservado unos pocos asientos para el embajador de China en la India y su personal.

En el interior del terrario se encontraba un paracomando indio vestido con un biotraje amarillo resistente al fuego que sostenía la escopeta difusora modificada.

Gadhavi quería usar otra vez los brazos robóticos, por cuestiones de seguridad, pero Ketkar se había negado categóricamente.

—Es lo que harán los soldados sobre el terreno. Quiero que la prensa vea que un PC salva a China. Además, con esos calcetines y guantes parece un idiota. Sería pasto de los humoristas de todo el mundo. Queremos que el mundo nos aplauda, no que se burle de nosotros.

Desde su lugar tras el atril, Ketkar presentó al PC y dedicó unas breves palabras a su entrenamiento e impecable hoja de servicio. El sutil mensaje estaba más que claro: los PC eran soldados excelentes y un elemento valioso en la guerra.

Ketkar cedió el atril al doctor Gadhavi, quien subió al estrado con una bata blanca de laboratorio sobre los pantalones y la camisa de tela Oxford.

—Pero yo nunca llevo bata blanca —le dijo a Ketkar antes de la presentación—. Es un cliché.

—La llevará puesta y lo hará sonriendo —le había dicho Ketkar entre dientes.

Habían ensayado varias veces la presentación. Gadhavi se ganó al público. Se rieron de sus dos chistes, y prestaron mucha atención cuando repasó los aspectos químicos. A Ketkar le había preocupado que fuese una parte muy seca de la presentación y había querido recortarla, pero Gadhavi se había negado y Ketkar se había rendido. La decisión correcta. La multitud estaba atenta hasta de la última palabra.

Luego llegó la hora del espectáculo.

En el interior del terrario, de detrás de un arbusto salió un fórmico. Tenía una pistola de pringue a la espalda y la lanza de fumigar en la mano. La empresa de efectos especiales había hecho todo lo posible para que la criatura pareciese real y terrible, y Ketkar tuvo que admitir que habían hecho un gran trabajo. Colgaba de un sistema de cables del techo y se movía como una marioneta. Hubo murmullos de la multitud. Algunas personas quedaron boquiabiertas.

El silencio era absoluto cuando el PC apuntó el arma. Al disparar al tanque, cuando el fórmico y la mochila de pringue explotaron formando una bola de fuego de total destrucción que lanzó trozos de fórmico en todas las direcciones, los presentes estallaron a su vez en aplausos y vítores. Algunas personas se pusieron en pie. Una mujer cerca de la primera fila lloraba.

Durante un momento Ketkar se preguntó si no bastaría con la demostración. Incluso el embajador chino vitoreaba. Pero no, esto era un teatro, la energía de la multitud. Pekín sería una situación muy diferente. Shenzu era la pieza clave.

Gadhavi saludó y salió rodeado de aplausos. A continuación, Shenzu subió al estrado. La multitud guardó silencio. Otro murmullo entre los presentes. Nadie les había anticipado lo del oficial chino. Shenzu dejó atrás el atril y les miró desde el centro del escenario. Aguardó a que hubiese un silencio total y luego dio su discurso en chino, de memoria. En la parte delantera del escenario, frente a él y visibles para

todos, aparecieron los subtítulos en inglés. Al mencionar el nombre de Sima se produjo otro murmullo. ¿Sima? ¿El general Sima?

—Me habló de sus hijos y nietos —dijo Shenzu—. Me dijo que haría todo lo que fuese posible por protegerlos. Me preguntó por mis hijos. Shidhu, de seis años, y Mingshu, de dos. Mi deber para con ellos es mayor que para cualquier otro, me dijo.

Hizo un gesto hacia el PC en el interior del terrario.

—Doy mi agradecimiento a mi hermano de los Paracomandos y al buen doctor Gadhavi, quien tanto se ha esforzado por cumplir la última petición del general Sima y ha dado los pasos necesarios para preservar la vida de nuestros hijos.

Mi hermano.

Ketkar sonrió. Había leído el discurso muchas veces, pero ese punto siempre le emocionaba. Un chino tratando a un indio como hermano. Y no era un político posando para unas fotos en algún encuentro internacional. Un soldado. Un hombre normal. Era todo el mensaje resumido en dos sencillas palabras. Shenzu no necesitaba mencionar ninguna propuesta de tropa. Eso era tarea de otros. Su labor consistía en abrir paso a los demás.

Y Ketkar sabía que le seguirían. La última parte del discurso despejaba cualquier duda.

—Unámonos —dijo Shenzu—. Todos nosotros, no solo China y la India —como si tal cosa ya hubiese sucedido, como si esa alianza ya estuviese sellada—, sino todas las naciones. Nos hará falta toda la ayuda posible, las manos de todos, la fuerza de todos. La guerra comenzó en China, pero terminará en una Tierra unida.

Le vitorearon. Se pusieron en pie. El embajador chino se acercó al borde del escenario y le dio la mano.

Ketkar hizo encender las luces. No habría sesión de preguntas y respuestas. Termina con lo mejor, con los ánimos bien elevados. Los asistentes acompañaron a Shenzu a la salida. Lo lamentamos mucho, el capitán Shenzu tiene otros compromisos. A continuación, abrieron las puertas y los periodistas salieron.

Los microblogs fulguraron de inmediato. El vídeo se vio en directo por todo el mundo y todos fueron a las redes. Las mujeres preguntaban si el PC estaba soltero. Alguien dio con fotos de los adorables hijos de Shenzu y acabaron difundidas por todo el mundo. También compartían la foto de Sima. Alguien colocó su cara en el cuerpo del PC de traje amarillo con un texto que decía: ¿QUIERES UN POCO DE SALSAS DE PATO DE ACOMPAÑAMIENTO, BICHEJO?

Pero los textos de los ciudadanos chinos fueron los que más se reprodujeron. Vídeos de mujeres llorando, dando las gracias de todo corazón. Sus hijos y maridos muertos, miembros del ejército, no habrían muerto en vano. Los niños lanzaban vítores. Los famosos repetían la petición de unificación. Y así una y otra vez, un torrente de apoyo sin fisuras... todo conectado con la etiqueta: TIERRAUNIDA.

Ketkar regresó a su despacho temporal en el hangar y esperó. Ahora ya no era más que cuestión de tiempo. Volvió a comprobar los mapas. Acompañaría a Mazer,

Wit, Shenzu y a un equipo de PC a la torre donut donde se almacenaba una buena cantidad de pringue. Destruirla sería la primera misión en China. Una especie de acto de apertura con mucha pirotecnia.

Probablemente después perderían a Mazer, Wit y Shenzu. Los chinos insistirían en que ayudasen con el desarrollo de la operación. Ketkar prácticamente insistiría también. Tenía mucha más fe en el pensamiento estratégico de esos hombres que en el suyo propio o en el de cualquiera en los dos ejércitos. Eso haría que los tres acabasen en una sala de mando de algún sitio y no en medio de la batalla, pero la operación ya disponía de sus mártires. Ahora lo que hacía falta eran mentes.

Los mensajes de sus superiores llegaron a su bandeja de entrada. Le elogiaban por la conferencia de prensa. El subtexto era evidente: recuérdame cuando te asciendan, Ketkar. Yo soy un amigo de verdad. Ascendamos juntos.

Ketkar los borró tras leer el asunto. Los habían enviado parásitos y gente que solo pensaba en su carrera.

Fue más tarde cuando recibió el mensaje que había estado esperando, un mensaje cifrado que se borraría por sí solo después de que lo leyese. Era el único mensaje de importancia, el que apuntalaría su futuro.

Solo contenía dos palabras: «Bien hecho».

Y para gran sorpresa de Ketkar, Ukko Jukes incluso había usado el emoticono de una cara sonriente.

## El Cubil del Dragón

El camión llegó para recogerles cuando Bingwen y los miembros de la POM se encontraban en una polvorienta carretera de dos sentidos a unos diez kilómetros al sudeste del Cubil del Dragón. Lo único que había a su alrededor era muerte y descomposición. La carretera atravesaba un valle cubierto de campos de arroz y hacía mucho tiempo que el gas fórmico había matado todo lo que allí había habido. Las ranas estaban tendidas panza arriba en el lodo, la piel quemada por el sol y el cuerpo tan reseco como una pasa. Un búfalo de agua hinchado yacía medio sumergido en el lodo, descomponiéndose acompañado por una nube de moscas. Las plantas de arroz estaban marchitas y ennegrecidas. Sobresalían del agua inmóvil, cuya superficie relucía por estar cubierta de una película aceitosa y tóxica. Ver todo eso hizo que Bingwen diese gracias por llevar un traje contra la radiación que evitaba que le llegasen los nauseabundos olores a putrefacción.

El camión paró justo frente a ellos y el soldado chino que lo conducía descendió, fue a la parte posterior y bajó la portezuela para que pudiesen subir. Llevaba un biotraje, y al girarse Bingwen comprobó que no era más que un muchacho. Catorce años como mucho, ni siquiera con edad de conducir. El traje posiblemente fuese el más pequeño que habían podido encontrar, pero, al igual que el de Bingwen, colgaba de los estrechos hombros del soldado como si fuese una manta de goma.

¿Los niños mentían sobre su edad para alistarse?, fue lo que se preguntó Bingwen. La llegada de los comandos indios aliviaba la carga del ejército chino, pero quizá no fuese suficiente. Quizá China todavía necesitase a cualquiera que estuviese dispuesto a pelear.

Sin embargo, Bingwen dudaba que los militares le fuesen a aceptar a él. Era pequeño incluso para tener ocho años, y ni siquiera el reclutador más benévolo se tragaría que tenía más de diez.

Del lado del pasajero bajó un teniente chino y Bingwen comprendió de inmediato que habría problemas. El teniente era alto y delgado. La boca era una línea dura y tensa, y con la mirada suspicaz recorrió en un instante a todos los miembros de la POM. En la cintura del biotraje llevaba un arma enfundada. Al caminar llevaba la mano apoyada en el arma. Vio a Bingwen y arrugó la nariz.

—Me dijeron que recogiese a soldados, no a niños. —Hablaba muy buen inglés, pero con mucho acento.

—Forma parte de la unidad —dijo Deen.

—Un niño entre hombres. Es imposible no preguntarse cuál es su trabajo.

Bingwen no comprendió lo que el teniente había querido decir, pero claramente era insultante. Deen sonrió de esa forma suya, la que usaba cuando lo que realmente quería era estrangularte.

—¿Cómo se llama, teniente? —preguntó Deen con amabilidad.

El teniente colocó las manos en las caderas.

—Li.

—Muy bien, teniente Li, somos la POM. Hemos invertido las últimas dos semanas en volar transportes, deslizadores y a unos trescientos fórmicos sin saber nada de nuestro oficial al mando. Así que cuando de pronto nos llama y nos dice que nos reunamos con él en el Cubil del Dragón, dejamos de inmediato lo que sea que estemos haciendo y venimos. Incluso nos manda un camión a recogerlos. Genial, pienso yo. Pero luego aparece usted, y algo me dice que no leyó muy bien sus órdenes porque está poniendo problemas.

—Me dijeron que recogiese a la POM, no a niños.

—Bingwen es un miembro de la POM. Algo más bajito que la mayoría, es posible, pero una parte muy importante de nuestro éxito.

Li bufó.

—¿Le dieron un arma a un niño?

—Puede que no lleve un arma, Li, pero conoce el terreno, conoce el idioma y conoce varias formas de matar a un fórmico. En su pequeña cabecita hay tácticas que no se nos habrían ocurrido a ninguno de nosotros. Sus ideas para derribar transportes han dado como resultado... —Miró a los otros—. ¿Cuántos diríais vosotros? ¿Diez o doce transportes destruidos? —Volvió a mirar a Li—. ¿Puede usted decir lo mismo, teniente? ¿Puede afirmar ser el responsable de la destrucción de doce transportes?

Li dio un vistazo a Bingwen y sus ojos solo manifestaron desprecio.

Al volver a mirar a Deen, dijo:

—Debo llevarles a una instalación militar secreta. No es lugar para un niño.

—Estoy de acuerdo —dijo Deen—. Pero el Cubil del Dragón es muy grande, o eso me han contado. También hay campamentos para civiles. Hay refugio y comida para los que lo necesitan. Estoy seguro de que eso es lo mínimo que Bingwen se ha ganado.

—Los campamentos ya están al máximo.

Deen exhaló.

—Teniente, coja la radio. Llame al Cubil del Dragón. Pregunte por el capitán Wit O'Toole. Probablemente ahora mismo está intercambiando historias de batalla con algunos de sus generales. Estoy seguro de que no les molestará que les interrumpen. Pregúnteles si está bien que Bingwen vaya con nosotros. Estoy dispuesto a apostar todo el té que queda en China a que se supone que también debe llevarle.

El teniente Li frunció el ceño.



—O si prefiere poner dificultades —dijo Deen—, tenga entonces la amabilidad de indicarnos en qué dirección está el Cubil del Dragón e iremos caminando por nuestra cuenta. Cuando llegue usted, puede explicarle a su oficial superior por qué fracasó en una misión tan sencilla.

El teniente agarró con más fuerza la culata de la pistola y durante un instante Bingwen pensó que todo acabaría muy mal. Pero el teniente Li recuperó la cordura y apartó la mano.

—Muy bien. El niño puede venir. Pero deben entregar todas sus armas.

«¿De verdad? —pensó Bingwen—. ¿Tanto deseo tienes de dejar clara tu autoridad? ¿Cometes un error y en lugar de admitirlo y dejarlo atrás, lo que intentas es manipularnos de alguna otra forma? ¿Cómo te han hecho teniente?».

Pero Deen no estaba para tonterías. Se puso a caminar hacia la parte posterior del camión.

—Si nos atacan los fórmicos, teniente, dudo mucho que quiera que nuestras armas estén acompañándole en la cabina.

Y así los miembros de la POM subieron al camión con todas sus armas sin decir nada más. Bingwen se sentó entre Cocktail y ZZ. Cuando Deen se sentó frente a él, le dedicó un guiño a Bingwen.

Atravesaron terreno ennegrecido y un barro tan denso que en dos ocasiones todos tuvieron que bajar para empujar. Gran parte del terreno había sido roturado... o limpiado por medio de los enormes recolectores fórmicos que recogían toda la biomasa que el gas fórmico hubiese matado. En esas zonas no quedaba nada excepto largas franjas de tierra desnuda.

También había lugares donde el gas fórmico había actuado, pero no había venido ningún recolector. Esos eran los paisajes más horribles. Cuerpos, humanos y de animales, vegetación ennegrecida y disuelta, todo combinándose lentamente con el lodo. Bingwen apartó la cabeza como hacía siempre.

Así había muerto Madre. Padre también.

Miró la punta de las botas e intentó pensar en otra cosa.

Finalmente, el camión redujo la marcha y entró en un enorme hangar encajado en el lateral de una montaña. Las gigantescas puertas metálicas resonaron al cerrarse, dejándoles en el interior. Bingwen y los otros se quitaron los cascos para respirar el aire limpio.

Bingwen comprendió que usaban el hangar como garaje. Docenas de mecánicos se afanaban por reparar y adaptar todo tipo de vehículos y aeronaves: poniendo blindaje, instalando armas, sacando piezas de vehículos rotos y soldándolas a otros. El aire olía a grasa, goma y cableado quemado.

Mazer apareció cuando Bingwen se ponía en pie junto con los demás para bajar del camión. Mazer le miró y sonrió.

—Eh, alborotador. Cuánto tiempo sin verte.

Bingwen no pudo controlarse. Saltó desde el camión a los brazos de Mazer.

Mazer se echó a reír y lo dejó en el suelo.

—Vaya, vaya, has ganado como mil kilos, Bing. ¿Con qué te alimentan? ¿Con piedras?

—¿Qué tal por la India? —preguntó Bingwen—. ¿Por qué no te comunicaste por radio?

—Aburrido. Y no nos dejaban llamar a nadie. ¿Viste la explosión de la torre donut?

—En las redes, como una docena de veces. Deen quería ponerlo como tono de llamada de su pad de muñeca. ¿Viste los vídeos que subimos?

Mazer dedicó a Deen una mirada de desaprobación.

—Los vi. Y me pregunto qué le dio a Deen para permitir que un niño de ocho años se acercase a una batalla.

—Vaya uno para hablar —dijo Deen—. Tú llevaste a Bing a la sonda. Y, de todas formas, no estaba cerca de la batalla en ese vídeo. Estaba en otro lugar. Hicimos lo posible por alejarle del peligro. En general. —Se encogió de hombros—. Y es posible que hayas olvidado lo terco que puede ser este chico. Más todavía que Wit.

—Te he oído.

Se giraron. Wit llegaba por detrás.

Los miembros de la POM le recibieron con sonrisas, abrazos y golpes en la espalda.

ZZ dijo:

—¿Se han terminado las vacaciones, capitán?

—Sí —dijo Cocktail—. Mientras a vosotros en la India os daban masajes en los pies y os alimentaban con uvas, los demás luchábamos en una guerra.

—Si tuviese una piruleta, te daría una, Cocktail —dijo Wit. Sonreía con alivio—. Me alegra veros a todos a salvo.

Desde la partida de Mazer y Wit no habían sufrido ni una baja. Todos sabían que era prácticamente un milagro.

—Es por Bingwen —dijo Bungy—. Es nuestro amuleto de la suerte.

El teniente Li se aclaró la garganta.

—Disculpen, caballeros, pero tenemos prisa. —Señaló al chico que había llevado el camión—. El soldado Hun llevará al niño a los barracones civiles. Los demás vendrán conmigo.

La alegría de Bingwen al ver a Mazer se desinfló al instante. No era justo. ¿Cuánto tiempo habían estado juntos? ¿Dos minutos? ¿Tres? Apenas había dicho hola.

Mazer apoyó una rodilla y se agachó frente a Bingwen. Se abrazaron.

—¿Puedo visitarte? —dijo Bingwen.

—En absoluto —dijo el teniente Li.

Mazer le dedicó a Li una mirada helada.

—Me lo preguntaba a mí, figura. Vete a echarte un poco de agua fría en la cara.

Volvió a mirar a Bingwen.

—Es una zona restringida, Bing. Tampoco a mí se me permite salir.

—¿Qué haces allí?

—Miro mapas y discuto con los demás. Créeme, no te pierdes nada.

—Suenan a trabajo importante.

—Se llama Operación Salsa de Pato.

—Eso es secreto —dijo Li—. No debería decírselo.

Mazer y Bingwen pasaron de él.

—¿Crees que ganaremos? —preguntó Bingwen.

—Creo que tenemos buenas opciones. Ahora que todos colaboran. Pero estamos muy lejos de ganar.

—Fue muy inteligente hacer que los indios interviniesen.

—No fue cosa mía. Pero sí muy inteligente. Son buenos soldados. Las empresas también colaboran. Mandan suministros. Recibimos equipo desde Estados Unidos y Sudamérica. Es una operación bastante grande.

—¿Qué va a hacer la POM?

—Ayudar a administrarlo todo, dirigir los equipos de asalto desde aquí. China ha perdido a gran parte de sus comandantes. Precisan de gente de confianza para dirigir las distintas unidades.

—Tú deberías mandar todo el ejército.

Mazer se echó a reír con ganas.

—Ni de lejos. Pero estoy aprendiendo cómo se hace algo así. Al capitán O'Toole se le da tan bien dirigir a un millón de hombres como a tres o cuatro.

El teniente Li volvió a aclararse la garganta. Los miembros de la POM esperaban. Bingwen dijo:

—Así que estaremos muy cerca pero muy lejos.

—Estarás lejos de la batalla, Bing. Eso es lo importante. Este lugar es seguro.

—Entonces, ¿esto es un adiós?

Mazer colocó la mano tras la cabeza de Bing.

—Nunca nos diremos adiós, Bing. —Acercó la cara de Bing hasta que las frentes y las narices se tocaron. A continuación, se apartó—. En la cultura maorí eso recibe el nombre de *hongji*, un saludo tradicional. Significa que los dos ahora somos *tangata whenua*, gente de la tierra, hermanos, que compartimos el mismo aliento vital.

Bingwen asintió.

—Hermanos.

Agarró a Mazer del cuello y se abrazaron por última vez. Luego Mazer se puso en pie y revolvió el pelo de Bingwen.

—Cuídate, alborotador.

Se separaron y Bing iba a girarse cuando se acordó.

—Oh, por cierto, Mazer.

Mazer se dio la vuelta.

Bingwen se tocó la frente con el dedo.

—Uno en la cabeza, mejor muerto.

Mazer sonrió. Era una frase que el capitán O'Toole había repetido tantas veces a sus hombres que se había convertido en una especie de despedida cuando uno de ellos salía de reconocimiento o patrulla. Quería decir: si ves a un fórmico, no vaciles, métele una bala en el cerebro.

—Hemos sido muy mala influencia para ti, Bing.

—Horrible. Me habéis malogrado de por vida.

Bingwen siguió al soldado Hun hacia la escalera metálica que bajaba a los campamentos de refugiados. Mientras bajaban, Bingwen le preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho —respondió Hun.

—De verdad, ¿qué edad tienes? —preguntó Bingwen.

Hun se mostró compungido y bajó la voz.

—Quince.

—¿Te alistaste?

Hun asintió.

—Mi pueblo ha desaparecido. Mi madre, mi abuela, mi hermanita, todos... —Negó con la cabeza, no quería hablar de eso. Pero luego recuperó la voz—. No tuve que pasar por el entrenamiento. Les dije que sabía conducir equipo de granja y me dieron un uniforme.

—¿Crees que a mí me darían trabajo?

Hun bufó.

—¿A ti? ¿Qué edad tienes? ¿Siete?

—Ocho.

—Quizá en la lavandería. O las letrinas. Pero como civil. No soldado.

Bingwen se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que eso da igual.

Aparentemente Hun se sintió ofendido.

—Por supuesto que importa. Si eres soldado puedes luchar.

—¿Te dieron un arma?

—No, pero si llega el momento de luchar, cogeré una. Puedes darlo por seguro.

Siguieron bajando hasta llegar al nivel inferior, donde Bingwen oyó el llanto de los bebés, las voces, ajeteo y movimientos de cientos de personas viviendo en un espacio confinado.

—Debe ir con Mamá Goshi —dijo Hun—. Es la encargada de Garra. Y créeme, no se va a alegrar de verte.

—¿Garra?

—Hay cuatro barracones en el Cubil del Dragón, cada uno tiene el nombre de un parte del dragón. Garra, Fuego, Colmillo, Alas. Tú estás en Garra.

—¿Por qué dices que Mama Goshi no querrá verme?

—Porque tienes estómago y eres un niño, por lo que consumirás comida sin ser muy útil. Una carga.

—No soy totalmente inútil —dijo Bingwen.

Hun sonrió como si pensase que Bingwen era un ingenuo.

Llegaron hasta un espacio del tamaño de un almacén que ahora era un campamento. Había cientos de catres todos muy juntos; hamacas colgando entre las columnas; colchones a lo largo de las paredes y todos los demás lugares, exceptuando estrechos pasillos entre las filas de espacios vitales. Mujeres, niños, ancianos, todos allí prácticamente amontonados.

—Bienvenido a Garra —dijo Hun—. Quizá debas volver a ponerte el casco. Aquí huele a orín, sudor y antiséptico.

Y cosas peores, pensó Bingwen. Pasó junto a una zona de lavado donde las mujeres frotaban sábanas y ropa en grandes cubos de plástico, que luego colgaban totalmente mojada en líneas colocadas sobre las rejillas de desagüe del suelo. Pasó junto a un grupo de ancianos reunidos alrededor de un holopad que parecía casi tan viejo como ellos; el reportero de la imagen parpadeaba y se agitaba con las irregularidades de la señal. Pasó junto a otros que se le quedaban mirando con rostros inexpresivos y desalentados. Madres cuidando de bebés. Viejos tosiendo. Niños corriendo y jugando, ignorantes de su situación. Gente herida con sus vendajes, tendidos en la zona de enfermería. Una anciana consumida, situada en una esquina y agarrada a unas mantas enrolladas, que se movía lentamente de un lado al otro mientras cantaba una nana en voz baja. No fue capaz de ver si allí había un bebé.

Cuando miraba a alguien a los ojos, Bingwen probaba a sonreír, pero nadie le devolvía la sonrisa.

Hun lo llevó hasta una esquina del fondo, donde habían colgado varias sábanas para formar una pequeña habitación. Dentro se encontraba Mamá Goshi, abriendo una caja. Cuando Hun le presentó a Bingwen, Mamá Goshi refunfuñó con exasperación y dijo:

—¿Y qué voy a hacer con un niño? Sobre todo, uno vestido con un traje de goma pensado para una persona el doble de grande. ¿Qué te pasa, niño? ¿Te estás guardando ahí dentro un virus para ti solo?

La mujer era todo arrugas, con la piel avejentada y una ligera chepa. Vestía un vestido de flores rosas que el sol había desgastado hacía tiempo y unas zapatillas que no eran pareja.

Bingwen se inclinó.

—No, Nai Nai. Estoy bien.

Mamá Goshi asintió, encantada.

—Al menos te han enseñado a respetar a tus mayores. Supongo que tus padres. Los dos han muerto.

No sonó a pregunta, pero Bingwen asintió igualmente.

—Bien, sal de ese traje espacial. Es evidente que a nadie le importa que no tenga espacio o comida para una boca más, aunque sea tan pequeña como la tuya, pero está claro que yo no puedo decir nada. —Hizo un gesto de «largo» en dirección a Hun—. Sal de aquí antes de que cambie de opinión.

Hun salió disparado sin decir nada más mientras Bingwen salía del traje contra la radiación. Mamá Goshi se llevó las manos a las caderas y lo valoró.

—Delgado, escuálido y probablemente bueno para nada. ¿Sabes limpiar baños?

—Sí, Nai Nai.

La anciana volvió a agitar la mano.

—Basta de formalidades. Aquí soy Mamá Goshi. Si me sigues llamando «Nai Nai», la gente creerá que eres mi nieto de verdad, cosa que no eres y no serás jamás.

—No, Mamá Goshi.

La mujer asintió.

—Aprendes rápido. Muy bien. ¿Cómo te llamas?

Volvió a inclinarse.

—Bingwen.

—Bien, Bingwen, cuando digo que no puedo alimentarte, lo digo en serio. —Señaló unas cajas apiladas—. ¿Las ves? Es la comida de hoy. Botellas de una bebida de vitaminas y proteínas. Esa es la dieta. Sabe a hierba y tierra, pero nos mantiene con vida. Bien, en Garra hay novecientas setenta y ocho personas. Y se supone que tengo que alimentarlas a todas con esto.

No era suficiente. No daba ni para la mitad.

—Así que si crees que aquí han acabado tus problemas —dijo Mamá Goshi—, te has equivocado. Simplemente han pasado a un infierno diferente.

—Puedo trabajar —dijo Bingwen.

—Lo harás. Hasta que te sangren los dedos, si de mí depende. Mientras tanto, busca un sitio por ahí en el que dormir. —Señaló una fila de catres donde estaban los niños.

Se inclinó.

—Sí, Mamá Goshi.

Ella se volvió y se puso a hablar con alguien que se había acercado. Bingwen entendió el mensaje: podía irse. Recogió el traje contra la radiación y se fue a los catres.

Había un círculo de niños en el suelo jugando con piedras. Detrás, una niña de unos nueve años estaba arrodillada junto a un catre, y con un trapo húmedo mojaba la frente de un chico enfermo. Vio a Bingwen, se puso en pie y le miró con furia.

—Me llamo Bingwen. Mamá Goshi me ha mandado a buscar un sitio para dormir.

—No hay sitio —dijo la niña—. Ni siquiera para un palillo como tú. Vete.

—¿Hay algún adulto con el que pueda hablar? —preguntó Bingwen mientras miraba a su alrededor.

La niña entornó los ojos.

—Este es el callejón de los huérfanos. Niños que no tienen a nadie. Somos las sobras de la comida. Si quieres llorarle a un adulto, tendrás que irte a otra parte.

El niño del catre se agarró el estómago y gimió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bingwen.

—¿A ti qué te importa? —preguntó la niña.

—¿Lo ha visto una enfermera? —preguntó Bingwen. Señaló la zona de enfermería que había visto cerca de la entrada.

—Ah, ya entiendo —dijo la niña—. Quieres que le llevemos a donde las enfermeras para quedarte con su cama. Pues olvídalo. Él y yo lo compartimos. Este catre es *nuestro*.

—No quiero el catre. No tengo problemas para dormir en el suelo. Simplemente parece que necesita ayuda. ¿Hay algún médico?

La niña se relajó un poco.

—Hay dos para los cuatro mil que somos. Estamos en la lista para que nos vean dentro de dos días. A lo mejor... —Miró al niño con cara de preocupación—. Está empeorando. Intenté llevarlo junto con Mamá Goshi, pero ya no puede ni caminar.

Bingwen apreció el parecido. Eran hermanos. Un hermano pequeño.

—Tengo un dispositivo que es como un médico —dijo Bingwen—. Se llama Med-Assist. Te dice lo que te pasa y lo que debes hacer para corregirlo. —Dejó el traje en el suelo y sacó el Med-Assist de la mochila. Los chicos que jugaban se mostraron rápidamente curiosos. Era un holopad que había sido propiedad de Mazer Rackham y lo habían diseñado para uso militar. Antes de perder la carga en la montaña, Bingwen lo había usado para salvarle la vida a Mazer.

—Nos podemos ayudar mutuamente —dijo Bingwen—. Me dejas dormir aquí y yo te ayudo con lo de tu hermano.

La niña se mostró escéptica.

—Un dispositivo mágico, ¿eh?

—Dime dónde puedo cargarlo —dijo Bingwen—, y te enseñaré cómo funciona.

Varios de los niños más pequeños se pusieron en pie de un salto para ofrecerse voluntarios, pero la niña tiró a uno al suelo y amenazó con hacer lo mismo a los demás.

—Yo lo llevaré. Vosotros, mugrientos, os quedáis con Niro. —Se volvió hacia Bingwen—. Si mientes sobre ese cacharro, Palillo, te daré con la bota en todo el culo.

—Ni siquiera llevas botas, Pipo. —Se burló uno de los niños.

—Cállate —dijo Pipo—, o serás tú el que tenga que ir al médico.

—Ooh —dijeron los niños—. La tigresa anda suelta. La tigresa anda suelta.

Pipo pasó de ellos. Le indicó a Bingwen que le siguiese y lo guio hasta una estación de carga en el túnel principal. Había una cola de personas esperando con

distintos artículos: lámparas, pads de muñeca, calentadores. Bingwen y Pipo se colocaron al final.

—Si me *has* mentido sobre ese cacharro —le dijo—, hablo en serio, te rajaré cuando duermas.

Bingwen se dio cuenta de que era todo ladrar y poco morder. Se preguntó si siempre había sido así o era culpa de los fórmicos. Probablemente eso último, de la misma forma que los fórmicos le habían transformado a él, haciendo surgir su instinto de supervivencia y enterrando bajo una montaña de pena la persona que había sido antes.

¿Qué podría haber sufrido esa niña?, se preguntó. ¿Había visto morir a sus padres? ¿Había dado con sus cuerpos, como le había pasado a Bingwen? ¿O eso no lo había sufrido? Quizá ella y su hermano Niro simplemente se hubiesen perdido. Quizá se aferraban a la esperanza de algún día reunirse con ellos.

—¿De dónde eres? —preguntó Bingwen.

—¿Qué te importa?

—Yo soy de Dawanzhen. O, en cualquier caso, un pueblecito cercano. Mi familia se dedicaba a cultivar arroz.

—Sí, la tuya y la de todos. Qué más da.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Esto no es ninguna entrevista, Palillo. Deja de hacer preguntas.

—Lo siento. Hace mucho que no me encuentro con nadie de mi edad. Supongo que siento deseos de conversación.

—Bien, lo que deseamos los demás es comida. Así que a menos que lleves algo comestible en esa mochila, guárdate las preguntas.

—Acostúmbrate a las preguntas. Así es como funciona este aparato para realizar el diagnóstico y decidir qué comprobar. Hace muchas preguntas.

El ceño fruncido de la niña se relajó.

—¿Como cuáles?

—Como, ¿cuánto hace que tu hermano siente dolor?

Volvió a mostrarse preocupada.

—Desde anoche. Empezó como un dolor de estómago, pero ahora no lo puede soportar. Fui al armario de las medicinas y robé algunas pastillas para el dolor, pero no estaba segura de cuánto darle. Bug dijo que si le daba demasiado podría parársele el corazón. —Abrió la palma de la mano para mostrarle cuatro pastillas blancas—. ¿Qué opinas?

—Pienso que debemos darnos prisa para cargarlo.

Pipo vio que hablaba en serio, así que lo agarró por la muñeca y lo arrastró hasta el principio de la fila. Empujó a la niña que estaba usando el cargador y se lo pasó a Bingwen, quien de inmediato se puso a cargar el aparato. Los de la cola se quejaron y algunos les insultaron. Una mujer amenazó con intervenir, pero Pipo le dedicó una mirada que fundiría una piedra y le dijo que lo cargaban para Mamá Goshi, que lo



necesitaba de inmediato, y si a la mujer no le gustaba, podía ir a quejarse en persona. Luego el Med-Assist estuvo listo, así que Pipo y Bingwen volvieron corriendo.

Ya en los catres, los niños hicieron corro cuando Bingwen activó el dispositivo y lo colocó sobre el estómago de Niro.

—No le hará daño, ¿verdad? —preguntó Pipo.

—No —dijo Bingwen—. Solo tiene que quedarse quieto. —Tocó los botones, entró los síntomas y prestó atención a las instrucciones.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó uno de los niños.

—Inglés, bobo —dijo Pipo—. ¿Qué dice, Bingwen?

—Dice que necesita pincharle el dedo y analizar la sangre.

Durante un momento le pareció que Pipo se negaría, pero lo que hizo fue agarrar la mano de su hermano y le indicó con un gesto que siguiese. Bingwen limpió la punta del dedo de Niro, sacó la aguja desechable y la clavó en el dedo. Niro dio un grito y Bingwen colocó la gota en el escáner.

—Tiene una infección —dijo Bingwen en cuanto aparecieron los resultados—. Y ahora me indica que le presione el estómago.

—¡No! —dijo Niro.

—Dijiste que no le haría daño —dijo Pipo—. Por ahora es todo lo que ha hecho.

—Así funciona este aparato —dijo Bingwen—. Realiza pruebas. Cuantos más resultados tiene, más preciso es el diagnóstico. Es exactamente lo mismo que haría un médico.

Pipo vaciló. Niro se aferraba a ella. Los otros niños no parecían tenerlo nada claro. Algunos adultos se habían acercado a ver qué pasaba.

—No puedo seguir a menos que lo haga —dijo Bingwen.

Pipo se mordió un momento el labio inferior y agarró a Niro con más fuerza.

—Que sea rápido —dijo.

Bingwen dejó el aparato a un lado.

—¿Qué duele más, Niro, cuando te presiono el vientre o cuando suelto?

No tuvo que esperar la respuesta. Niro gritó cuando Bingwen dejó de hacer presión. Bingwen marcó la opción adecuada y colocó el dispositivo sobre el estómago.

—Ahora quédate quieto. Va a tomar unas imágenes. Esto no dolerá nada.

Los ojos del niño rebosaban de lágrimas y Pipo también parecía a punto de llorar. Varios adultos habían oído el grito de Niro y lentamente se iba formando una multitud alrededor de la cama. Al ofrecer el resultado, el dispositivo dijo que tenía una confianza del 97,5 por ciento en su diagnóstico.

—Su apéndice está a punto de reventar —dijo Bingwen.

Pipo abrió mucho los ojos.

—¿Reventar? ¿Qué significa eso?

—Significa que necesita cirugía inmediata. Tienen que extirparlo.

Pipo salió corriendo en busca de Mamá Goshi y la anciana llegó un momento después, rezongando y molesta por la interrupción. Frunció el ceño y señaló a la multitud que se había reunido.

—¿Qué es todo esto?

—El estómago de Niro va a reventar —dijo uno de los niños.

—Su apéndice —dijo Bingwen. Le mostró el dispositivo a Mamá Goshi. Por la expresión de la mujer supo que no sabía leer inglés o comprender las imágenes que veía. Pero sí pareció comprender los gemidos de Niro y la preocupación en los rostros de los adultos presentes. Mamá Goshi cogió el comunicador que llevaba en la cadera y llamó a una médica. Intentó explicar el problema, pero no podía responder a las preguntas de la médica ni pronunciar correctamente los términos que Bingwen le indicaba. Al final se rindió y le pasó el comunicador a Bingwen.

—Explícaselo tú.

Bingwen leyó el diagnóstico completo: dolor localizado en la fosa ilíaca derecha; recuento elevado de glóbulos blancos; sensibilidad de rebote y defensa en el cuadrante inferior derecho del abdomen; le dio las cifras de hemoglobina, hematocritos, glucosa en sangre; describió los resultados de los ultrasonidos y tomografía, que habían identificado un apéndice inflamado con pus, fibrina y congestión de los vasos sanguíneos en la superficie. Bingwen no conocía muchas de las palabras en inglés, por lo que no podía dar su equivalente en chino, así que se limitó a pronunciarlas en inglés con la esperanza de que la doctora las comprendiese.

Al terminar, la doctora le dijo:

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años. Pero no comprendo la mayoría de lo que le he dicho. Lo único que se seguro es que Niro precisa de cirugía urgente. ¿Puede venir?

—Sí. Ahora mismo haré que lo traigan. Lo has hecho muy bien.

Minutos después llegaron dos soldados con una camilla y se llevaron a Niro. Pipo insistió en acompañarle, pero los soldados no le dejaron. La multitud se disolvió cuando se fueron. Bingwen pudo ver a los adultos murmurando, informando de las novedades.

Pipo miraba fijamente hacia la salida por la que se había ido Niro. Bingwen intentó tranquilizarla.

—La doctora sonaba muy amable. Cuando le conté lo de la apendicitis no se puso nerviosa. Supongo que ha realizado esa operación en muchas ocasiones.

Pipo se volvió hacia él y por un instante Bingwen vio a la niña que había sido antes de la guerra: una niña pequeña y delicada, con mucho miedo.

Mamá Goshi pidió ver el dispositivo Med-Assist.

—¿De dónde lo has sacado?

—De un soldado —le dijo Bingwen. No quería decirle que era de Mazer y que Mazer estaba también aquí. Le preocupaba que la mujer quisiese devolvérselo.

Se lo volvió a dar a Bingwen y le dijo:

—Ven conmigo.

Bingwen la siguió hasta la zona de enfermería donde había un niño tendido en un catre.

—Dice que le duelen oídos y la mandíbula —dijo Mamá Goshi—. ¿Tu pad médico sabrá decirnos la razón?

Bingwen miró al niño. Las dos enfermeras sentadas junto a él miraron a Bingwen con curiosidad. Bingwen comprendió que no eran enfermeras de verdad. Eran madres y abuelas de pueblos agrícolas, personas sencillas, haciendo todo lo que podían, que médicamente no era mucho.

Bingwen activó el dispositivo y siguió las instrucciones. Pronto el aparato le pidió que fijase un otoscopio a la lente de la cámara. Le mostró la imagen de lo que quería y Bingwen les preguntó a las enfermeras si disponían de ese material médico. Una se fue y volvió con algunas opciones. Bingwen fijó uno lo mejor posible y siguió. El niño sufría de una grave infección de oído y el Med-Assist recomendó las dosis adecuadas de antibióticos y analgésicos.

A continuación, Mamá Goshi hizo que comprobase a otras personas. Una mujer tenía una fractura de disco en el cuello. Un hombre, una infección de senos nasales. Un niño que lloraba tenía reflujo. Una mujer embarazada deseaba conocer el sexo de su nonato. Podía ayudar a algunas personas; a otras no. En ocasiones padecían dolencias que el aparato no podía identificar. SE NECESITAN MÁS PRUEBAS DE LABORATORIO, decía. O SE NECESITAN COMPROBACIONES ADICIONALES. O POR FAVOR, CONSULTE CON UN MÉDICO. En otras ocasiones recomendaba medicinas de las que no disponían.

Pero los fallos no se difundieron tan rápido como los éxitos, y pronto había personas de Colmillo, Fuego y Ala que venían en busca de diagnóstico, formando una cola que se extendía por el túnel.

Bingwen habló discretamente con Mamá Goshi.

—Esto que me hace hacer es muy peligroso —le dijo—. No soy médico. El dispositivo está pensado para situaciones de emergencia sobre el terreno, cuando es imposible recurrir a un médico de verdad. Es un último recurso. Puede equivocarse. Estas personas necesitan un médico de verdad.

—No tenemos suficientes médicos —dijo Mamá Goshi.

—Entonces tenemos que encontrar más —dijo Bingwen—. ¿Puede llevarme fuera de esta instalación?

—¿Para qué?

—Estamos a demasiada profundidad y el Med-Assist no puede establecer una conexión por satélite. Pero conozco a alguien que podría ayudarnos.

A los que esperaban en la cola Mamá Goshi les dijo que se iban a tomar un descanso. Luego le llevó al garaje por medio de un ascensor de servicio. Bingwen había recuperado el traje contra la radiación, y se lo puso una vez en la puerta principal. Al acercarse los dos guardias de la puerta les hicieron parar.

—Necesita salir un momento —les dijo Mamá Goshi. Los dos hombres se miraron, se encogieron de hombros y dejaron salir a Bingwen.

—Llama dos veces para que te volvamos a abrir —le dijo uno.

—Y no dejes que te coma un fórmico —le dijo el otro.

Cerraron la puerta en cuanto salió. Era de noche. Bingwen se alejó un poco hasta obtener una señal potente. Comprobó la hora. Eran cuatro horas más en Nueva Zelanda. Plena noche, cerca del amanecer. Pero ella le había dicho que llamase en cualquier momento.

Contestó cuando sonó el tercer tono. La voz sonaba adormilada.

—Al habla Kim.

—Soy Bingwen —dijo—. El niño. De China. Lamento despertarte.

De inmediato la mujer despertó completamente.

—Bingwen. He estado muy preocupada. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Bingwen apenas la conocía. Nunca le había visto la cara. Ella le había ayudado a operar a Mazer y luego había descubierto que ella y Mazer habían sido... ¿qué? No eran marido y mujer, sino lo que venía inmediatamente antes. ¿Pareja? Pero a pesar de la breve y nebulosa interacción mutua que habían compartido, sentía que sí que la conocía, que para él ella era alguien especial. Una amiga, sí, e incluso algo más. No madre, no. Pero *similar* a una madre. Medio madre. Una mujer que le conocía, le tenía en cuenta y se preocupaba por él. Él nunca le diría nada de eso, claro, y jamás lo habría pensado antes de este momento. Pero era tan maravilloso sentirse tenido en cuenta, considerado, recordado, que sonrió.

—Estoy bien —dijo. A continuación, se lo contó todo, como en un torrente. La base, las condiciones, Mamá Goshi, Pipo, Niro y Hun, el conductor de catorce años. Le habló del arrogante teniente Li y la gente enferma de Garra, Fuego y los otros barracones. No estaba seguro de por qué revelaba todos los detalles, pero le aliviaba enormemente poder hablar con alguien. «Por cierto, Mazer está bien», le dijo. Se había curado. Estaba perfectamente. Podía correr y moverse. Era como si no le hubiesen herido nunca.

En ese punto ella se echó a llorar. Al principio Bingwen no entendió lo que pasaba. Al otro lado solo había silencio, y durante un momento pensó que había perdido la conexión.

—¿Doctora Arnsbrach? —dijo.

—Estoy aquí. —Le temblaba la voz.

En ese momento se sintió como un bobo. Mazer era su principal preocupación. Poco después de ayudar a Mazer había perdido la conexión porque se había agotado la batería, y Kim no había sabido que Mazer se había recuperado. Llevaba desde entonces muriéndose de preocupación, y Bingwen no había dejado de hablar de trivialidades cuando ella lo que quería era tener noticias de Mazer.

Al tranquilizarse, se disculpó y atribuyó la reacción a la falta de sueño. Le repitió más de una vez que por ninguna razón debía contarle a Mazer que había llorado.

—Promételo, Bingwen.

Se lo prometió.

Le preguntó dónde estaba Mazer.

—Está aquí, en la instalación subterránea. Está ayudando a dirigir a los soldados. Se trata de una operación muy importante. Creo que no le van a mandar a la batalla. Creo que le dejarán aquí, donde estará protegido.

Una vez más, silencio al otro lado.

—¿Sigues ahí? —preguntó Bingwen.

Kim sorbió.

—Sí, simplemente me siento... aliviada.

De pronto Bingwen se puso furioso.

—Mazer debería haberte llamado para contártelo en persona.

—Es una situación complicada, Bingwen.

—No, no lo es. Es simplemente buena educación.

Kim se echó a reír.

—Oh, Bingwen, espero que algún día tú y yo podamos conocernos en persona.

Recordó la razón de la llamada.

—Necesito tu ayuda. Nos hacen falta médicos. Aquí hay miles de personas y casi no hay personal médico. Sé que no podéis enviar médicos. Esto es una zona de guerra. Los cielos no son seguros. Pero ¿tú o algún médico que conozcas estaría dispuesto a ver pacientes por las redes? ¿Por holo? No podrían tratarlos, claro. Como mucho, podrían realizar un examen parcial y un diagnóstico. Aquí se podrían realizar las pruebas que fuesen necesarias, siempre que tengamos el equipo. Seríamos vuestras manos. Ninguno de nosotros tiene preparación médica, así que no podríamos realizar intervenciones o cirugía. Eso se lo dejaríamos a los médicos de verdad que tenemos. Ellos se concentrarían en esa parte. En lugar de invertir el tiempo en ver pacientes, podrían dedicar todo su tiempo en hacer lo que solo ellos pueden hacer. Así que nosotros identificamos las urgencias y ellos se ocupan. De esa forma se podrían atender a más personas, y así podríamos evitar lo que casi le pasa a Niro.

Al volver a hablar, la voz de Kim ya no manifestaba preocupación, sino más bien una confianza férrea.

—Bingwen, ahora mismo voy a mi despacho. Hay varias organizaciones sin ánimo de lucro que se encargan de estas situaciones. Haré que nuestro personal se ponga a ello.

—¿Qué es una organización sin ánimo de lucro?

—Una organización caritativa. Un grupo de personas que ofrecen ayuda gratis. En este caso, médicos. Hay algunas en Estados Unidos, Europa, Sudamérica, dos en África. Dame unas horas para hablar con ellas. Probablemente demos con varias personas que hablan chino. Mientras tanto, necesitaremos equipo para las transmisiones y números para las conexiones.

—He visto equipo holo por aquí —dijo Bingwen—. Me pondré a ello.

—¿Debería hablar con quien esté al mando? —preguntó Kim—. ¿Algún oficial? ¿Garantizar la ayuda militar?

—No sé ni quién es esa persona. Preguntaré. Si no podemos dar con alguien al que preguntar, yo propongo que lo hagamos sin permiso y ya pediremos disculpas luego.

La voz de Kim dejaba transmitir su sonrisa.

—¿Desafiar a la autoridad por el bien de la gente? Cada día te pareces más a Mazer, Bingwen.

Bingwen sonrió de oreja a oreja. Era el mayor elogio que le habían dedicado en su vida.

## Reunión

De: WUHUoutpost784@whuhuindustries.net

Para: lem.jukes@jukelimited.net

Asunto: *Cavadora*

Rena Delgado y los demás supervivientes de la *Cavadora* no están aquí. Se fueron hace casi dos meses a bordo de una nave de desguace llamada *Gagak*. El capitán es un somalí llamado Arjuna. Lo sentimos. No tenemos más información.

El mensaje se proyectaba sobre la pantalla de pared del despacho de Lem Jukes, y Víctor lo leyó por segunda vez mientras todo un conjunto de emociones se despertaba en su interior. ¿Madre? ¿En una nave de desguace? Víctor no podía ni imaginarlo. ¿Por qué iba a ir en una nave de desguace? Y nada menos que con un somalí.

—Si se subió a una nave, estoy seguro de que lo hizo por una buena razón —dijo Imala. Ella y Lem se encontraban detrás de Víctor. Todos habían visto el mensaje.

Víctor se giró para mirarlos.

—No conoces a los somalíes, Imala. Son carroñeros. Piratas. Dejan en los huesos las naves abandonadas. En ocasiones con la tripulación todavía dentro. No les importan. Violan, matan y *luego* te roban.

—Esos somalíes no pueden ser así —dijo Imala—. Dicen que se fue en una nave de desguace. Si la hubiesen secuestrado, eso es lo que habría dicho el mensaje. Yo interpreto que fue voluntariamente.

—Imala tiene razón —dijo Lem—. Si los de la *Gagak* fuesen una tripulación de buitres, jamás habrían llegado a la estación. Las defensas de WU-HU habrían pulverizado la nave antes de acercarse a menos de diez kilómetros.

Víctor le miró con furia.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Mucho, la verdad. WU-HU es la competencia. Conocemos sus operaciones al dedillo. Esas estaciones son fortalezas. Están diseñadas para rechazar a los piratas. Y ya que estamos con el tema, no todos los somalíes *son* piratas. También hay tripulaciones cuervo. Obedecen las leyes de recuperación y desguace. Odian a los buitres tanto como cualquiera, incluso todavía más, porque los buitres dan mala reputación a los demás somalíes.

—No tiene sentido —dijo Víctor—. ¿Por qué iban a irse? Estarían más seguros en la estación.

—Está claro que tu madre no opinaba lo mismo —dijo Imala—. Si se fue, tuvo razones para ello. Con ella iban mujeres y niños. Quizá los somalíes se ofrecieron a llevarlos a algún otro lugar.

—Sí, pero ¿adónde? Mi madre y mis tías no tienen adónde ir.

—Tenemos el nombre de la nave —dijo Lem—. Daremos con ella y se lo preguntaremos.

—Es una nave de desguace —dijo Víctor—. No tendrá cuenta con la Luna. Muy probablemente no esté en la red. Es posible que no podamos establecer contacto hasta que no atraque en algún lugar. Podrían pasar meses. Y si los tratos los hacen fuera del mercado, como sucede con la mayoría de las tripulaciones de desguace, no registrarán el atraque. Nunca daremos con ellos.

—Déjame a mí —dijo Lem.

Lem la había localizado al final del día siguiente. Se acercó a Víctor en el almacén y le entregó una pantalla de datos portátil con las coordenadas.

—Están cerca de un asteroide llamado Themis, en el límite exterior del Cinturón.

Víctor se subió el visor protector para soldadura y miró la pantalla de datos.

—Pero... ¿cómo lo has hecho?

—Magia negra. Te alegrará saber que están conectados a la red. Y como sabemos que están cerca de Themis, conocemos la ruta de direccionamiento. Probablemente entre ellos y nosotros haya entre doce y veinte estaciones de transmisión, por lo que en el mejor de los casos tardaremos horas en recibir respuesta, y eso dando por supuesto que todos los enlaces estén operativos y la línea láser pase sin problemas. Pero no perdemos nada con probar.

Víctor miró la pantalla de datos y luego a Lem. Se sentía avergonzado.

—No puedo permitirme mandar un mensaje a través de tantas estaciones de paso. Mi familia me dio algo de dinero, pero probablemente no sea suficiente.

—Yo me ocuparé de los gastos —dijo Lem—. Sean cuales sean y por mucho que hables. Es lo mínimo que te debo.

—Gracias.

Dieron con un despacho vacío ocupado sobre todo por cajas de basura y equipo averiado. Lem usó el brazo para liberar espacio sobre la mesa, lo tiró casi todo al suelo y levantó una nube de polvo. Luego colocó el terminal e hizo un gesto con la mano recorriendo toda la oficina.

—No es ninguna suite de lujo, pero al menos es un lugar reservado. Y probablemente el único espacio tranquilo en todo este almacén. No le contaré a nadie dónde estás. He creado una cuenta de línea láser a tu nombre. Está en pantalla. Tómate tu tiempo.

Se giró para irse.

—¿Por qué lo haces? —dijo Víctor—. ¿Por qué me ayudas?



Lem se detuvo junto a la puerta.

—No soy ningún monstruo, Víctor. Sé que después de todo lo que he hecho te doy esa impresión, pero ahora intento hacer lo correcto. Además, yo también tengo madre.

—¿Aquí, en la Luna?

—No. En casa. En Finlandia.

—¿Hablas con ella?

Lem rio con tristeza.

—No he hablado con ella desde que tenía cinco años. Nos abandonó a mi padre y a mí. Es una persona horrible. No soporto pensar en ella. Pero veo lo que tú sientes por tu madre y te envidio.

Salió y cerró la puerta.

Víctor tiró el contenido de una caja de madera, le dio la vuelta y la usó para sentarse frente al terminal. Se puso a escribir.

Al salir del baño de mujeres de la *Gagak*, Rena Delgado se frotó los ojos con el pulgar y el índice e hizo lo posible por mantener la calma. Julexi y Sabad la habían atacado por sorpresa cuando salía del baño, y ahora no paraban de recriminarle:

—No somos ingenieras, Rena —dijo Julexi—. Podemos arreglar algunas cosillas, pero no podemos convertir esta nave en una excavadora. Es absurdo.

El baño estaba al final del pasillo, por lo que Rena tenía la espalda contra una pared. No podía retirarse. Julexi y Sabad la tenían atrapada.

Las dos mujeres formaban una pareja extraña. Julexi había perdido a su marido, Pitoso, en la *Cavadora*, y desde entonces había puesto en duda y discutido todas las propuestas y decisiones de Rena. Sabad, la esposa más joven de Arjuna, despreciaba a todos los que habían venido de la *Cavadora*. Rena no entendía cómo esas dos mujeres habían podido aliarse. ¿Cómo era el refrán? ¿El enemigo de mi enemigo es mi amigo?

—Vuestra situación aquí se suponía que era temporal, Rena —dijo Sabad—. Arjuna, en un acto de generosidad, os aceptó durante un tiempo porque sentía pena. No fue una invitación para alterar todo nuestro negocio. ¿Qué derecho tienes a subir a *nuestra* nave y decirnos que lo hacemos todo mal? ¿Te crees mucho mejor que nosotros?

«Arjuna nos aceptó porque necesitaba trabajadores —quiso decir Rena—. Que es lo que hemos hecho desde que llegamos, dejarnos la piel trabajando, que es más de lo que puedo decir de ti, Sabad, que pareces dedicada exclusivamente a quejarte, clavar puñales por la espalda y flirtear con los otros hombres a bordo de la nave de tu marido».

Pero en voz alta lo que dijo fue:

—Nadie da a entender que vuestro negocio sea fallido, Sabad.

—Entonces, ¿qué quieres decir? ¿Que eres indigna de hacer lo que nosotros hacemos? ¿Que el comercio de desguace es para una clase inferior? ¿Señora de la *Cavadora*? ¿Una clase social inferior? ¿Porque somos somalíes?

Rena exhaló por dentro. ¿Por qué Arjuna insistía en llamarla señora de la *Cavadora*? ¿No comprendía que así enfurecía a Sabad?

«Claro que lo comprende», pensó Rena. Probablemente lo hiciese justo por eso. Para incordiarla, para chincharla públicamente. Todos veían a Sabad moverse por la nave medio desnuda, quedándose más tiempo del debido en la sala de motores, donde los hombres lanzaban miradas lascivas a sus turgentes pechos. No era raro que las mujeres somalíes mostrasen los pechos, pero Sabad exhibía los suyos contoneando las caderas al desplazarse por la sala, de forma que sus pechos se agitasen de un lado a otro por efecto de la gravedad cero, como si fuese una invitación. En más de una ocasión Arjuna le había dicho que se tapase, pero Sabad se limitaba a dar con formas de evitar a su marido.

«¿A eso te dedicas, Arjuna? —se preguntó Rena—. ¿A usarme para molestar a tu mujer?».

—En esta nave no hay sistema de castas —dijo Rena—. Hay dos tribus. La nuestra y la vuestra. Somos iguales.

—No somos iguales —dijo Sabad—. Esta es *nuestra* nave. Aquí sois invitados.

—Hemos establecido una sociedad comercial —dijo Rena—. Convertir a la *Gagak* en una nave minera es también la voluntad de Arjuna.

—Es una sociedad falsa —dijo Sabad—. No podéis formar una alianza sin el permiso de vuestro líder masculino.

—Nuestro líder masculino está en la Luna —dijo Rena... aunque la verdad era que no estaba segura de ese detalle.

Una vez que la nave se conectó a la red, Rena había revisado las noticias hasta dar con el nombre de Víctor. No había sido muy difícil. Al inicio de la invasión, varias cadenas de noticias habían recuperado el vídeo que un joven minero libre llamado Víctor Delgado había subido a las redes y que todos habían considerado una broma. Rena había buscado algo más y descubrió que el Departamento Comercial Lunar había arrestado a Víctor con varias acusaciones absurdas sobre su llegada a la Luna. Sin embargo, había huido, y ahí terminaba el rastro. Quizá estuviese en la Luna, quizá no. Quizá hubiese ido a la Tierra. Quizá hubiese intentado regresar al Cinturón de Kuiper. Quizá estuviese intentando dar con la *Cavadora*. A Rena le hubiese gustado saberlo.

Pero por ahora bastaba con lo que sabía: estaba vivo. Había llegado a la Luna. Había logrado lo imposible.

Le resultaba irónico que Víctor hubiese realizado un sacrificio semejante para que al final el mundo lo rechazase. Tanto esfuerzo, tanto sacrificio, ¿y qué hacía la Tierra? ¿Cómo se lo agradecía? Metiéndole en la cárcel. Lo que le extrañaba era que no

hubiese más familias que hubiesen huido de la estupidez de la Tierra para dedicarse a la minería.

—Si tu hijo está en la Luna, ¿por qué no nos habla? —dijo Sabad—. ¿Cómo sabes que esta alianza es lo que él desea? ¿Debemos aceptar tu palabra?

—El consejo de mujeres se reunió y votó —dijo Rena—. Víctor es nuestro jefe ausente. En su ausencia, el consejo toma las decisiones.

—Primero —dijo Julexi—, Víctor no es nuestro jefe. Me da igual si es el hombre de mayor edad o no. En nuestra cultura ese detalle no le convierte en jefe. Segundo, el voto del consejo no tiene importancia. No somos un consejo real. No hemos tenido un consejo real desde el Incidente.

Se refería a la destrucción de la *Cavadora* y la muerte de todos los hombres. Así lo llamaba Julexi. El Incidente. A Rena esa palabra le resultaba ofensiva. Sonaba tan insignificante. El tío Jorge bebiendo de más en una fiesta de cumpleaños. Eso era un incidente. Víctor de bebé orinando al aire durante su bautismo, liberando así gotitas de orina por toda la bahía de carga. Eso era un incidente. Pero la muerte de la mitad de la tripulación, haber perdido su forma de vida, que los niños se quedasen huérfanos, las mujeres viudas, familias partidas por la mitad, no era ningún incidente. Era mucho más.

—Nuestro consejo real incluye a nuestros maridos, Rena —dijo Julexi—. Hombres razonables. Si estuviesen aquí, se reirían con desprecio de esa idea tuya. Jamás se habría votado. El grupo al que llamas consejo no es más que un puñado aterrado de viudas que se mueren de pena y aprovecharían cualquier oportunidad de recuperar la normalidad. ¿Qué es la normalidad, me preguntas? ¿Una nave minera? ¿Justo como la *Cavadora*? ¡Genial, eso vamos a hacer! Aunque no tengamos ni idea de cómo ejecutarlo en la práctica.

—Nuestras mujeres están tomando decisiones inteligentes y racionales, Julexi. Hablamos en detalle de todos los problemas. Lo discutimos cinco veces. Se escucharon todas las opiniones, incluyendo las tuyas. No fue ninguna decisión emocional. Fue una decisión financiera. Tenemos muchas más probabilidades de lograr la independencia que ansiamos si seguimos este camino. Sinceramente, creo que es lo mejor para nosotras como mujeres y lo mejor para nuestros hijos.

Julexi, exasperada, lanzó las manos al aire.

—Eso es lo que repites siempre. Es lo mejor para *nuestros* hijos. —Señaló hacia la bahía de carga—. Ninguno de ellos es hijo tuyo, Rena. Ni uno. Son nuestros. Así que no veo por qué crees tener el derecho a hablar en su nombre.

Rena se obligó a sonreír y mantener la voz tranquila.

—Discúlpame, Julexi. No me expresé adecuadamente. Digo «nuestros» porque es lo que siempre he dicho desde que nació Víctor. Pero me has recordado generosamente que mi incapacidad para tener más hijos después de Víctor me impide emplear el pronombre posesivo desde que Víctor no está. Te garantizo que a partir de ahora diré «vuestros».

Julexi se cruzó de brazos.

—Ahora estás siendo sarcástica.

—No, Julexi, me estoy disculpando. Que aceptes mi disculpa o no es puramente decisión tuya. En cuanto al consejo, nada me haría más feliz que volver a tener con nosotras a Pitoso, Segundo y los demás. Pero tal cosa no va a pasar. Por mucho que lo deseemos, no será así. Lo que nos deja con dos opciones. Podemos dejar que la ausencia de nuestros maridos nos paralice, sin tomar ninguna decisión y dejándonos ir a la deriva durante el resto de nuestra existencia. O podemos adaptarnos y seguir funcionando como una familia, tomando así el control de nuestro destino. Yo prefiero la segunda opción. Y tengo la convicción de que es también lo que preferirían nuestros maridos.

Julexi se echó a llorar.

Rena se mordió la lengua. Es lo que Julexi hacía cuando se quedaba sin argumentos. En cuanto comprendía que tenía la lógica en su contra, recurría a su único mecanismo de defensa. Las lágrimas.

Sabía, por supuesto, que eso acallaría toda argumentación. Le bastaba con abrir las compuertas y todo el que sostuviese una opinión contraria se encontraba abrazando a Julexi mientras le susurraban palabras de alivio.

Rena había picado las primeras veces, sobre todo poco después de haber perdido a los hombres. Cuando alguna lloraba, Rena llegaba corriendo para abrazarla con fuerza. Ella también tenía ganas de llorar y compartir la pena como forma de superar lo sucedido.

Pero Julexi lo había convertido en un arte... probablemente sin ni siquiera darse cuenta. Después de todo, no eran lágrimas falsas. Desde su punto de vista, eran tan reales y legítimas como las de los demás. Sería ofensivo dar a entender lo contrario.

—Lamento que te resulte tan complicado, Julexi —dijo Rena—. Y lo siento, Sabad, si no estás de acuerdo con la decisión tomada por Arjuna. Deberías hablarlo con él. Ahora, si me disculpáis...

Se metió entre ellas y se fue por el pasillo.

Pero durante todo el día, mientras trabajaba con los navegantes en el puente, Rena no pudo evitar preguntarse si Julexi no tendría razón. ¿De verdad podrían hacerlo? Una cosa era reparar un termopar; instalar una perforadora en una nave de desguace era otra cosa muy diferente. Ninguna de las mujeres había intentado hacer nunca algo así. A lo largo de los años Segundo y Víctor lo habían hecho.

¿Podría hacerlo Rena? ¿Era sinceramente capaz de instalar un, por ejemplo, procesador de carga? ¿Podría calibrar un estabilizador de excavación? ¿Y tenía la *Gagak* una estructura lo suficientemente resistente para contener todo el equipo necesario? ¿Y si no era así? ¿Cuándo se darían cuenta? ¿Durante la primera excavación oficial, cuando la nave empezase a romperse y las vibraciones la fragmentasen?

«Oh, Segundo —pensó—. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Es de verdad lo mejor? ¿Ayudo o empeoro la situación? Probablemente tú podrías mirar esta nave y al instante sabrías si algo así es posible. Estoy perdida sin ti, *mi amor*. Perdida. En ocasiones me siento confiada con lo que hacemos, pero la mayoría de las veces de lo que tengo ganas es de alejarme volando y estar sola. Cómo me gustaría que estuvieses aquí, *mi vida*. Ayudándome, orientándome, apoyándome».

Se imaginó lo que sentiría si Segundo *estuviese* con ella. Probablemente Arjuna y él serían amigos íntimos. Tenían temperamentos similares. Se los imaginaba riendo juntos. Y al final del día Segundo y Rena regresarían a su camarote —sí, ¡tendrían su propio camarote!— y los dos se reirían de las tonterías de Sabad, Segundo se contonearía por la habitación y agitaría el pecho imitando a Sabad, y Rena se reiría y juguetonamente le daría un golpe en el brazo para hacerle saber que estaba siendo muy malo.

—¿Rena?

Rena apartó la vista de la holopantalla que había estado mirando.

A su lado flotaba Edimar, su sobrina. Ya tenía quince años y cada día se parecía más a Lola, su madre. Edimar había sido muy buena amiga de Víctor. Había sido la primera en descubrir la aproximación de la nave fórmica al sistema empleando el telescopio de detección de movimiento de la nave, conocido como el Ojo.

En la mente de Rena, Edimar siempre había sido una niña pequeña, aislada en el Ojo de la *Cavadora*, buscando amenazas de colisión y garantizando la seguridad de la nave.

Pero ya no era ninguna niña pequeña. Había dado un buen estirón el año anterior. Ya era casi una adulta: alta, con pechos, esbelta de brazos y piernas. No lo suficientemente mayor para casarse, por supuesto, pero sí lo suficiente para soliviantar a más de un chico. Ya había sucedido una vez en la *Gagak*. Uno de los chicos somalíes de su edad le había silbado, y Rena había hablado rápidamente con Arjuna para que no pasase más.

Rena sonrió.

—Mar, lo siento. No te había visto.

—¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto.

Abandonaron el puente y se fueron a la zona de observación en la proa de la nave. Frente a ellas se manifestaba la inmensidad del espacio. Por supuesto, no era una ventana real... no era más que la proyección de las cámaras exteriores. Pero parecía real, y a Edimar debía recordarle el Ojo, porque era habitual que Rena la encontrase allí, mirando al exterior, como si buscase algo que se le hubiese perdido. Quizá su hermana Alejandra, pensó Rena. O su padre Toron.

Edimar dijo:

—Necesito que le hagas una pregunta a Arjuna.

—Vale.

—Sé que técnicamente puedo hacerlo yo misma. Él mismo lo dejó claro. Todos los que estamos a bordo podemos ir a hablar con él. Pero preferiría que lo hicieras tú.

—Muy bien.

—Ahora que estamos en la red, quiero acceder al sistema Parallax.

Rena frunció el ceño.

—¿Es algo que debería conocer?

—Es un conjunto de telescopios que están en órbita alrededor del sistema. Los científicos pueden usarlos para observar el espacio profundo.

—¿Por qué es la primera noticia que tengo?

—Porque está pensado para académicos e investigadores. La *Cavadora* no precisaba de ese tipo de datos. Para nosotros lo importante era dar con asteroides cercanos, no mirar al espacio profundo. Además, no estábamos conectados a la red. Así que tampoco lo teníamos disponible.

—¿Por qué quieres acceder a Parallax?

—Cuando vi que se acercaba al sistema, la nave fórmica estaba a pocas semanas de distancia. Pero si hubiese tenido un telescopio más potente, y si hubiese sabido con precisión a qué punto mirar, podría haberla visto con mucha más antelación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rena—. ¿Crees que los satélites Parallax vieron la nave fórmica mucho antes que nosotros?

—Creo que es posible, efectivamente. Pero no lo sabré a menos que compruebe la base de datos de los últimos dos o tres años.

—Pero si los telescopios Parallax hubiesen visto la nave fórmica, ¿no habrían dado la alarma?

—Recuerda que esos telescopios son ordenadores. Solo hacen lo que se les ha programado. No hay nadie mirando por las lentes, analizando cada detalle que ven los telescopios. Hacerlo llevaría demasiado tiempo. Y, además, sería malgastar colosalmente el tiempo. La mayoría de los objetos de ahí fuera son inofensivos. A los astrónomos solo les preocupan las amenazas de colisión. Así que programaron los telescopios para indicar exclusivamente esos objetos sin luz propia que podrían ser una amenaza para la Tierra. Pasan de todo lo demás. Resumiendo, si no sigue una trayectoria con la Tierra, si no sigue patrones parabólicos normales, no le importa a nadie.

—Vale. Parece razonable.

—Es razonable, efectivamente, pero hay un problema fundamental. No tiene en cuenta las anomalías. Como cuando un objeto reduce su aceleración o pasa de una trayectoria a otra. Los telescopios también deberían indicar ese tipo de objetos, pero no lo hacen.

—¿Por qué no?

—Porque a nadie le pareció que fuese posible. Los objetos que se comportan así son claramente extraterrestres. Y en el siglo veinte los astrónomos dejaron de buscar

vida extraterrestre. Pasó de moda investigar ese campo. Se habrían reído de cualquier investigador que propusiese buscar algo así.

—Pues ahora deben estar tirándose de los pelos —dijo Rena.

—Lo que quiero decir es que es muy posible que los telescopios viesan la nave fórmica sin marcarla para un posterior análisis. Si no lo marcas, bien podría no existir. En los archivos resulta invisible y nadie se da cuenta.

—Sí, pero ¿no estarán los astrónomos revisando ahora mismo esos datos?

—Es lo que uno supondría —dijo Edimar—. Pero no lo está haciendo nadie. Entré en el sistema y lo comprobé.

—Un momento. ¿Ya has entrado en el sistema?

—Como invitada —dijo Edimar—. Hice lo que podría hacer cualquier universitario. Puedes entrar y comprobar cuáles son los objetos que ahora mismo están marcados para su análisis. Pero eso es todo. No puedes comprobar los archivos. Y ahí es donde están las respuestas.

—Así que quieres mayor acceso. ¿Hay que pagar?

—Bien, pues sí, pero no estoy sugiriendo que paguemos. No podríamos permitirnoslo y, además, jamás nos darían su aprobación. No somos una universidad.

—En ese caso, ¿cómo accederías?

—Establecería un nombre de usuario falso y me acoplaría a una cuenta actual de universidad. No sería complicado. Y no es que haya alguien vigilando el sistema. ¿Para qué? Es una herramienta de investigación, no un banco.

—Pero es ilegal.

—Técnicamente. Y es por eso por lo que necesito el permiso de Arjuna antes de hacerlo. En esta nave hay personas que buscan cualquier razón para obligarnos a marcharnos. No quiero ser la persona que ofrezca esa razón.

Rena sonrió. Edimar, tan joven y a la vez tan sabia.

Cogió las manos de Edimar.

—Creces demasiado rápido, Mar. Tu padre estaría orgulloso. Yo lo estoy.

—¿Hablarás con Arjuna?

—Hablaré con él. Y dirá que sí.

Edimar miró un momento por la ventana. Al volver a mirarla, Rena comprobó que había lágrimas en los ojos de la joven.

—Este nunca será nuestro hogar, tía Rena. Da igual lo que hagamos en esta nave, no importa lo que modifiquemos o instalemos, jamás será nuestro hogar.

Rena sintió como si el corazón estuviese a punto de rompersele por la mitad. Con delicadeza apretó las manos de Edimar.

—No te equivocas, Mar. Nuestro hogar era la *Cavadora*. Nuestro hogar era Segundo, tu padre, Alejandra y todo tal y como era. Da igual lo que hagamos en esta nave, da igual los cambios que realicemos, nunca recuperaremos ese hogar. —Alargó la mano y tocó la mejilla de Edimar—. Pero eso no significa que no podamos ser felices, Mar. Puede que no sea la felicidad que una vez tuvimos, puede que durante

un tiempo nos parezca una pálida imitación, incluso es posible que en algunos momentos ni siquiera la sintamos. Pero debemos creer que todo irá a mejor. Debemos tener esperanza. Tú has sufrido más que la mayoría, Mar, y me gustaría poder solucionarlo. Pero no puedo. Solo puedo limitarme a estar contigo, con tu padre, con todos los demás, y hacer lo posible por crear algo nuevo. Quizá no sea un hogar. Quizá tardemos en lograrlo. Pero creo que lo lograremos, Mar. Contando con tu cerebro, ¿cómo podría ser de otra forma?

Edimar sonrió y las dos se abrazaron.

Una voz la llamó desde el fondo del pasillo.

—Señora Rena.

Rena se volvió y miró. Era un miembro de la tripulación del puente, Magashi.

—Será mejor que vuelva pronto al puente, señora.

—¿Qué pasa?

—Ha recibido un mensaje —dijo Magashi—. Arjuna me dijo que la buscase de inmediato.

—¿Es de los comerciantes?

—No, no, señora. Es de su hijo.

De: puente%comunicaciones@gagak481.net

Para: vico.delgado@jukelimited.net

Re: Te he encontrado al fin

Mi queridísimo Vico:

Hijo mío. Ya he leído cinco veces tu carta. He llorado las cinco veces. Te habrías sentido muy orgulloso de mí: llevo mucho tiempo conteniendo las lágrimas. He intentado ser fuerte. Pero al saber que tus dedos fueron los que teclearon las palabras que leía, al saber que estás vivo y a salvo, me convertí en una masa temblorosa. Pronto la tripulación empezará a llamarme «grifo de nariz» o algo peor. A los somalíes les encantan los motes.

Edimar me acompañaba cuando recibí tu carta. Te envía su amor. Si la vieses no la reconocerías de lo que ha crecido.

Aquí estamos todas las mujeres y los niños. Les he leído tu carta. Me llevaría una eternidad escribir todos los mensajes que me pidieron que te transmitiese. Basta con decirte que te queremos y te echamos de menos.

De hecho, puede que sea el mejor momento para informarte de que eres el jefe de nuestra tribu. La historia es larga de contar, pero en resumen necesitamos que apruebes nuestro acuerdo comercial con Arjuna y su tripulación para convertir la *Gagak* en una nave minera. Me he convencido a mí misma que el ser esposa y madre de dos grandes mecánicos me cualifica para dirigir la tarea. Por ahora no me han encerrado en ninguna habitación acolchada. ¿Debería encerrarme yo misma?

En tu carta me preguntas por Mono. Me rompe el corazón decirte que regresó a la *Cavadora* antes de que la nave de WU-HU se desacoplase. Lo lamento mucho, hijo mío. Estaba a bordo de la *Cavadora* antes de que se perdiese.

Me gustaría estar junto a ti para darte semejante noticia. Me resultaba tan frío e impersonal hacerlo por este medio... Sé que para ti era como un hermano. Espero que te consuele el saber que siempre se acordó de ti. Desde que te fuiste, siempre fuiste el tema de conversación por lo que a



Mono se refería. Vico esto y Vico aquello. Su amor por ti era tan puro como puede serlo el de cualquier niño pequeño. Recuérdale, hijo mío. Y que el amor que él sentía por ti te haga más fuerte.

Lamento que supieses lo de tu padre por boca de Lem Jukes. Ese hecho me enfureció más de lo que puedes imaginarte. Cuando nos veamos te lo contaré todo y podremos llorar juntos. Mientras tanto, como respuesta a tu pregunta, estoy bien. Perder a tu padre fue como perderme a mí misma, pero me aferro a los recuerdos y busco la paz allí donde puedo.

Mencionaste que planeas atacar la nave fórmica con un grupo de soldados. No lo hagas. Sé que es cruel y egoísta pedirte tal cosa, pero voy a ser cruel y egoísta. La idea de perderte tan poco tiempo después de recuperarte me resulta casi insoportable.

Construye lo que necesiten. Diseña lo que sea necesario para la misión. Cédeles hasta la última idea genial que pueda producir tu cerebro. Pero no te entregues a ti mismo.

Tienes que experimentar la vida, Vico. Hay tantas cosas que todavía no has vivido. Enamórate. Deja que alguien te quiera. Ten hijos, todos lo que tu futura esposa esté dispuesta a darte. Ámalos. Envejece con ellos. Se trata de una alegría de la que todavía no has disfrutado, y es la mayor alegría de nuestras vidas.

Quizá sea esa Imala. Me gusta su brío. No me has dicho su edad, pero si trabajaba y ha terminado la universidad, te lleva unos años. Qué más da. Ya sabes que yo tenía cuatro años más que tu padre. Y a él le gustaba que fuese así.

Sigue con vida, hijo mío. Es lo único que pido.

Desde el momento de tu partida te he tenido siempre cerca de mí, y ahí es donde estarás siempre.

Con todo mi amor,

MAMÁ

## Holopad

Bingwen montó la clínica en un apartado del nivel inferior del Cubil del Dragón. Kim había conseguido tantos médicos para ocuparse de la clínica por holo que Bingwen bien podría haber abierto un pequeño hospital si hubiese dispuesto de los suficientes holopads. Pero por desgracia solo había conseguido seis... solicitando donaciones a los que tenían uno y asaltando el armario de suministros cuando los soldados no miraban. Pero seis holopads eran seis médicos, es decir, más de lo que habían tenido antes.

—Dime donde duele, Ni Ni —preguntó Bingwen en chino a la anciana.

Era una mujer muy delicada e iba encorvada, con las manos retorcidas y arrugadas como pasas. Estaban sentados ante una pequeña mesa sobre la que descansaba el holopad. Encima, flotando en el aire, se veía la cabeza de un médico de Fresno, California.

Era una buena conexión. Bingwen había usado el equipo del piso superior para montar varios repetidores, de forma que la resolución de la cabeza del médico era tan definida que parecía que estuviese realmente presente.

En otros puntos de la sala había equipos similares. En cada uno un paciente, un holopad, un ayudante del médico y un médico. Había una cola de quince personas esperando. Cola que recorría todo aquel espacio y llegaba al túnel principal.

La anciana dijo:

—Pequeñín, sería más fácil decirte dónde no me duele. Todas las partes de mi cuerpo que se pueden doblar arden como el fuego. Nudillos, cadera, rodillas, dedos de los pies. Tengo más artritis que todo un geriátrico. —Se echó a reír y reveló así que le faltaba la mitad de los dientes.

Bingwen le sonrió con amabilidad. Luego se inclinó hacia el holocampo y tradujo lo que la mujer había dicho.

Bingwen nunca había trabajado antes con el médico de Fresno. Era un joven médico de familia que parecía chino, tenía nombre chino, pero era incapaz de hablar en chino.

—¿Es alérgica a algo?

—No —dijo Bingwen—. Ya se lo he preguntado. Anteriormente tomaba antiinflamatorios y un medicamento para el dolor llamado glordical. ¿Lo conoce?

—Sí, pero dudo que lo tengáis en la base.

—No lo tenemos. La última vez que lo miré teníamos seis medicamentos para el dolor. —Le dio los nombres y esperó.

El doctor le recetó uno de ellos y a Bingwen le dio instrucciones muy precisas sobre la dosis. A continuación, hizo que Bingwen se lo repitiese todo.

Siempre se daba la misma situación cuando Bingwen trabajaba con un nuevo médico. Siempre le hablaban como si fuese un bebé, como si los niños no fuesen capaces de hacer nada. Lo habitual era que la primera vez que veían a Bingwen diesen por supuesto que había habido un error e insistían en hablar con un adulto. Y Bingwen tenía que ir a buscar a uno de los adultos que trabajaba como ayudante médico para que viniese y le garantizase que sí, que Bingwen era efectivamente un ayudante médico, y uno bastante capaz, la verdad. Los médicos nunca creían a los adultos, pero no tenían más opción que trabajar con el ayudante que hubiese.

Así que exhalaban, se encogían de hombros, hacían un gesto de exasperación con la cabeza y se aferraban a la esperanza de que todo saliese bien. Tras unos pacientes acababan comprendiendo que Bingwen no era tan incompetente como habían creído y a partir de ese momento todo iba más rápido.

Algunos de los médicos con los que había trabajado inicialmente habían acabado solicitando directamente su presencia. Pronto habían descubierto que nadie hablaba inglés tan bien como Bingwen y eso era algo muy importante. Cuando el idioma no era una limitación las consultas eran más rápidas, los diagnósticos más precisos y los pacientes recibían mejor atención.

Pero la traducción no era la única área donde Bingwen destacaba. Como ayudante de doctor, era los ojos y manos del médico en este lado del mundo, y en los últimos siete días había aprendido rápidamente cuáles eran sus obligaciones. Podía extraer sangre, pinchar, comprobar signos vitales, realizar escáneres de huesos. Sabía cuándo la presión arterial era alta y cuando una lectura de enzimas del hígado era demasiado baja. Sabía cómo sonaban los pulmones con neumonía y conocía el aspecto de un oído infectado. Había llegado a ser tan bueno que en ocasiones los otros médicos le pedían que se acercase y cooperase con un ayudante de médico para algún detalle más allá de la simple traducción.

Así que no le sorprendió que Pipo le tocase en el hombro y le dijese que le requerían en el puesto cuatro.

Bingwen terminó con la anciana y le explicó cómo llegar hasta el oficial médico y conseguir la receta. Luego abandonó su pantalla y corrió al puesto cuatro. Se sorprendió al ver que no esperaba ningún paciente. Tampoco había ningún ayudante de médico. Las dos sillas estaban vacías. Pero el holopad sí estaba, con un holocampo vacío. Es decir, o no había nadie o la persona al otro lado no quería que la viesen.

Bingwen se sentó y metió la cara en el campo.

La cabeza de Kim estaba en pantalla.

Bingwen sonrió.

—¿Es una llamada personal? No hay paciente.

La expresión de Kim era muy seria.

—Bingwen, creo que me oirás mejor con el auricular en la oreja.

Comprendió de inmediato. Se puso el auricular, cogió el holopad y abandonó la clínica. Cerca dio con un túnel lateral que daba a un cuarto de almacenaje. Bingwen entró y cerró la puerta.

—A solas —dijo.

Kim se mostró más relajada.

—En la misma línea hay unas personas que llaman desde la Luna. Quieren hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Dejare que ellos te lo explican. ¿Hablas?

—Que se pongan.

En el holocampo aparecieron otras dos cabezas. Una era una mujer... de algo más de veinte años, rasgos marcados, piel oscura, pelo negro. El otro era un hombre, unos años más joven. Tampoco era blanco, pero de otro grupo. Quizá de Sudamérica.

—Hola, Bingwen —dijo la mujer—. Me llamo Imala Bootstamp. Este es mi amigo, Víctor Delgado.

No le sonaban los nombres.

—¿En qué puedo ayudarle, señora Bootstamp?

—Tengo que hablar con el capitán Wit O'Toole y el capitán Mazer Rackham. Me dicen que están en el mismo sitio que tú.

Bingwen se sintió incómodo. No estaba seguro de si debía admitir nada.

—Te estoy poniendo nervioso, Bingwen —dijo Imala—. No es mi intención. Sé que deseas proteger al capitán O'Toole y al capitán Rackham. No quiero que les pase nada malo. Necesito su ayuda.

—¿Son periodistas?

Imala sonrió.

—En absoluto. Colaboramos con un equipo de ingenieros de la Luna para infiltrarnos y destruir la nave fórmica.

—¿Infiltrarse? ¿Entrar en su interior? ¿Los fórmicos no destruyen todas las naves que se les acercan?

—Todas las naves menos la nuestra —dijo Imala—. Hemos llegado hasta ella, Bingwen. Ya hemos estado en su interior. Y allí dimos con un punto débil. Creemos saber cómo destruirla. Pero no somos soldados. Precisamos de un equipo de asalto preciso y organizado para que nos ayude. Pensamos que al menos la POM estaría dispuesta a escucharnos.

—¿Por qué a través de mí? —dijo Bingwen—. ¿Por qué no a través de los militares?

—Supimos del programa médico que montaste. Lo que nos llevó hasta la doctora Arnsbrach. Cuando nos contó tu relación con Mazer Rackham supimos que habíamos dado con la respuesta.

—Además, ya se lo han pedido a los militares y les han dicho que no —dijo Bingwen.

—Eso mismo.

—¿Por qué no ponerse en contacto con Wit a través de sus superiores en Strategos? ¿O los superiores de Mazer en Nueva Zelanda?

—También lo hemos intentado —dijo Imala—. Ninguno de los dos ha mantenido contacto con el capitán O’Toole o el capitán Rackham desde antes de su partida de la India. Los militares chinos en el Cubil del Dragón limitan todas las comunicaciones con el exterior.

—No sé cómo podría ayudarles —dijo Bingwen—. Wit y Mazer se encuentran en una zona restringida. No puedo llegar hasta ellos.

Imala se mostró decepcionada.

—Comprendo.

—Pero si me demuestran que dicen la verdad, si pueden demostrar que realmente han penetrado en la nave, haré todo lo posible por comunicarlos con la POM.

—¿Cómo lo harás? —preguntó Imala.

—De esa parte me preocupo yo —dijo Bingwen—. Por favor, muéstrenme las pruebas y haré lo que sea preciso.

Imala asintió. Miró algo en su consola.

—Te vamos a enviar un vídeo, Bingwen. Muestra el interior de la bahía de carga de la nave fórmica y los restos de naves humanas que han acumulado. En la pared verás a fórmicos tirando de carros. ¿Lo ves?

El vídeo se estaba reproduciendo en el holocampo, a la derecha de Bingwen. Lo miró con atención.

—Sí. Lo veo. ¿Quién lo grabó?

—Yo —dijo Víctor.

—¿Y puedes volver a entrar con un grupo de soldados? —preguntó Bingwen.

—Lo haré o moriré intentándolo.

A Bingwen le bastó con esa afirmación.

—Enviad vuestras conexiones de contacto. Le llevaré el holopad a Wit y Mazer para que se conecten directamente. Dejadme un par de horas. —Desconectó la llamada, se guardó el holopad en la mochila y se fue en busca de Pipo.

—Tengo que entrar en la zona restringida para ver a los miembros de la POM —le dijo.

—Eso es imposible —dijo Pipo—. Hay guardias, puertas holocerradas. Jamás podrás entrar.

—Debo intentarlo. Pero me hace falta tu ayuda. ¿Puedes fingir ser mi hermana?

Pipo alzó una ceja.

—¿Tu hermana? ¿Para qué?

—Necesito a alguien que discuta conmigo y dé fe de mi historia. Así será más creíble.

—¿Me pides que discuta contigo?

—Y me des un golpe todo lo fuerte que puedas.

Pipo sonrió.

—Me gusta la idea.

Le contó lo que había tramado y se fueron a la cantina donde comían los oficiales. El secreto estaba en escoger el primo adecuado. Debía ser un oficial de mucha graduación, alguien con acceso a todas las instalaciones y que pudiese ir directamente a la POM sin pasar por sus superiores. Bingwen estimaba que un coronel o más. Y debía ser un soldado muy poco compasivo, alguien que viviese y muriese por el reglamento.

Bingwen sabía que era imposible entrar por la fuerza en la zona restringida. Demasiada tecnología y seguridad. Pero también sabía que no era necesario. Mientras los adultos creyesen tener el control y creyesen que tomaban todas las decisiones, era posible lograr que hiciesen lo que a ti te apeteciese.

Pipo y él se ocultaron en el túnel justo en el exterior de la cantina hasta que Bingwen vio al candidato ideal: un coronel de aspecto despiadado que reprendió contundentemente a un oficial menor por no ceder de inmediato su puesto en la cola a un oficial de mayor rango. El oficial menor se inclinó y pidió perdón, pero el coronel lo echó de allí con cajas destempladas.

—¿Quieres hablar con *ese* tipo? —preguntó Pipo—. Es tonto del culo.

—Por eso mismo —dijo Bingwen. Metió la mano en la mochila y sacó el mapa de una base militar abandonada donde él y la POM habían acampado hacía un tiempo. No era el mejor artículo para este trabajo, pero tendría que valer.

Pipo y él esperaron a que el coronel terminase de comer y regresase al vehículo aparcado en el túnel. En ese momento Bingwen corrió hacia él con el mapa en la mano e hizo una enorme reverencia.

—Por favor, señor, por favor, cójalo. Uno de los anglos debe haberlo perdido.

El coronel parecía dispuesto a darle una patada cuando se detuvo.

—¿Un anglo?

—De la zona restringida —dijo Bingwen—. Por favor. ¿Podría devolvérselo? Seguro que quiere recuperarlo.

El coronel lo arrancó de la mano de Bingwen y lo estudió atentamente. Deen había hecho anotaciones en el mapa, marcando los edificios en inglés mientras Bingwen traducía la escritura china.

—¿Dices que esto es de un anglo? —dijo el coronel—. Eso es imposible. No vienen aquí.

Bingwen adoptó una expresión de inquietud.

—No, señor. Se supone que no deben. Pero... él... es decir, el hombre... a veces de noche...

El coronel entornó los ojos y le miró con suspicacia.

—¿Qué hombre? —Agarró a Bingwen por el hombro—. Respóndeme.

Pipo se acercó corriendo y también hizo una reverencia.

—Señor, perdone a mi hermano. Es un idiota. Yo me llevaré el mapa. Es de nuestra hermana.

Bingwen la miró con furia.

—Vete, Pipo. Lo voy a devolver.

—No es tuyo, Bingwen. Es de Ju-Long.

—¿Quién es Ju-Long? —dijo el coronel.

—Nuestra hermana mayor —dijo Pipo—. Le tiene mucho aprecio al mapa, señor. No haga caso a mi hermano.

—¿Uno de los anglos se lo dio a tu hermana?

—No queremos causar problemas, señor —dijo Pipo—. Disculpe la intromisión. Es usted un hombre muy ocupado. No le molestaremos más. —Alargó la mano para que le diese el mapa.

El coronel no lo soltó.

—He hecho una pregunta.

—Estás empeorando las cosas —le dijo Bingwen a Pipo—. Vete. —Volvió a mirar al coronel—. No es culpa de Ju-Long, señor. Es muy guapa. Muy hermosa. No pidió que nadie la visitase.

—Visitase, ¿eh? —dijo el coronel—. ¿Cuándo? ¿Cuándo fue a verla?

—No digas ni una palabra más, Bingwen —dijo Pipo.

—Por favor, no culpe a Ju-Long —le dijo Bingwen al coronel—. Tiene dieciocho años. Prometió casarse con ella después de la guerra. Prometió sacarnos a todos de China.

—Cierra la boca —dijo Pipo.

—No creo a ese hombre, señor —dijo Bingwen—. Se limita a decir lo que Ju-Long quiere oír. Le hace regalos para poder estar a solas con ella. Como este mapa.

Pipo apretó los puños con fuerza.

—Dije que cerrases la boca, Bingwen.

—Debe devolverle el mapa —dijo Bingwen—. Así creará que Ju-Long no está interesada en él. No volverá.

Pipo le golpeó. Golpes en el brazo, cara, espalda, cabeza, allí donde pudiesen llegar sus manos.

El coronel los apartó y echó a Pipo a un lado. Pipo había empezado a llorar.

—¡Lo estropearás todo! —le gritó a Bingwen—. ¡Lo estropearás todo! —Se volvió y salió corriendo.

El coronel agarró a Bingwen por el cuello de la camisa.

—¿Cómo es ese hombre?

Bingwen se encogió un poco, presa del miedo.

—Para mí todos los anglos son iguales, señor. Le reconocería si le viese, pero no sé describirlo. Un soldado, fuerte, de pelo corto. La próxima vez que venga me

aseguraré de anotar sus rasgos.

El coronel pensó un momento y luego abrió la portezuela del pasaje.

—Entra.

Bingwen abrió los ojos como platos.

—Pero... ¿adónde vamos?

—He dicho que entres. —El coronel lo agarró por la nuca y le obligó a entrar.

Atravesaron dos controles de seguridad y recorrieron varios túneles laterales. Ningún guardia se lo impidió.

El coronel aparcó y llevó a Bingwen por varias puertas de seguridad, agarrándole siempre del cuello, como si temiese que Bingwen fuese a escapar corriendo. Entró a toda prisa en la sala de análisis donde Mazer, la POM y media docena de oficiales chinos de alto nivel estaban congregados alrededor de una holomesa llena de esquemas, mapas e imágenes. Se hizo el silencio de inmediato. Todo se giraron para mirar a Bingwen y al coronel.

—¡Señálalo! —dijo el coronel—. ¡Señala a ese hombre!

Bingwen se fijó en todos los rostros. A Mazer lo miró a los ojos y le dedicó el asentimiento más sutil del que fue capaz con la esperanza de que este le comprendiese.

—¿Bien? —dijo el coronel—. ¿Quién fue?

Un soldado chino sin ningún tipo de graduación en el mono dio un paso al frente.

—Coronel Chua. ¿A qué debemos el honor de esta inesperada visita?

El coronel volvió a agarrar a Bingwen por el cuello de la camisa.

—Mayor Shenzu, señor, disculpe la interrupción, pero tenemos un fallo de seguridad que es preciso resolver. Uno de los anglos ha estado yendo en secreto a los barracones civiles para retozar con una mujer.

Shenzu frunció el ceño.

—Es una acusación muy grave, coronel. Doy por supuesto que tiene alguna prueba.

El coronel hizo avanzar a Bingwen.

—Señálale, muchacho.

Bingwen se acercó a Mazer, sacó el holopad de la mochila y se lo entregó.

—Esto le pertenece, capitán Rackham. Se lo robé de la mochila cuando partió para destruir la sonda. Hice mal. Lo siento.

Mazer cogió el dispositivo y lo estudió.

—Sí. Me preguntaba qué había sido de él. No deberías haberlo cogido, Bingwen.

Bingwen dejó caer la cabeza, manifestando una contrición total.

—Lo sé. Le pido perdón.

El coronel Chua se acercó, furioso, sin saber qué estaba pasando:

—¿Qué significa todo esto? ¿Este es el hombre o no? Habla, muchacho. ¿Este hombre fue a ver a tu hermana?

Bingwen se volvió hacia él e hizo una reverencia.



—Discúlpeme, señor. No tengo ninguna hermana. Le engañé para que me trajese aquí y así poder devolver esta propiedad robada. Estos son hombres honorables. Jamás harían lo que dije. Me ofrezco a usted para recibir el castigo que considere apropiado. —Ofreció las manos.

El coronel parecía estar dispuesto a golpearle.

—Coronel —dijo Mazer—. Quizá me permitiría usted castigar al muchacho. Su comportamiento no tiene justificación y como yo soy la razón para su presencia aquí, creo que es mi responsabilidad. Las mentiras que ha contado amenazan la alianza de la POM con China. Y debería haber pensado que era una estupidez contarlas. —Miró con furia a Bingwen y este supo que no fingía.

—También mintió una niña —dijo el coronel—. ¿Qué hay de ella? ¿Quién la castigará?

Mazer se inclinó.

—Es usted un hombre justo y exhaustivo, coronel. Por favor, permítanos que portemos esa carga. También daremos con la niña. Usted tiene cuestiones mucho más importantes y graves de las que ocuparse como para encargarse también de las bromas de niños desagradecidos.

El coronel asintió.

—Efectivamente, desagradecidos. —Apuntó a Bingwen con el dedo—. ¿Así nos lo agradeces? Te hemos dado refugio, comida, medicinas y te burlas de nosotros.

Bingwen estuvo a punto de echarse a reír. Aquel hombre hablaba como si él personalmente le hubiese rescatado de entre las garras de los fórmicos. Al contrario, Bingwen estaba convencido de que si del coronel dependiese, echaría a todos los refugiados.

—Por favor, coronel —dijo Mazer—. No me gustaría molestarle más. Le garantizo que el castigo de este niño será rápido y severo.

El coronel asintió satisfecho. Luego miró otra vez con furia a Bingwen y se fue.

Mazer agarró a Bingwen por el brazo.

—Mayor Shenzu, discúlpennos un momento.

Con fuerza sacó a Bingwen de la sala. Tan pronto como se cerró la puerta, soltó a Bingwen y le dijo:

—Sígueme.

El tono era duro. No estaba contento. Llevó a Bingwen por una sala, una serie de puertas, para llegar a una cafetería vacía.

—Voy a dar por supuesto que tienes una muy buena razón para este numerito —dijo Mazer—. Una muy, pero que *muy* buena razón. Porque contar una mentira de ese calibre fue una estupidez mayúscula, Bing. Espero que seas consciente de ello.

—Tenía que ser una mentira enorme o el coronel jamás me habría traído aquí. Fue la mejor que se me ocurrió rápidamente. De otra forma no habría podido llegar hasta ti. Lo siento.

Mazer exhaló, se sentó en el suelo y se apoyó en la pared. Todavía tenía el holopad entre las manos.

—¿Por qué me has traído esto? ¿Qué contiene?

—Conexiones con un equipo en la Luna que se ha infiltrado en la nave fórmica y sabe cómo destruirla. Quieren tu ayuda y la de la POM. Se supone que debes llamarles.

Mazer le miró fijamente.

—¿Cómo has conseguido semejante información?

—Por medio de la doctora Arnsbrach —dijo Bingwen—. Bien, fue ella la que hizo de intermediario.

Mazer se mostró sorprendido.

—¿Has hablado con Kim?

—Me ayudó a montar el hospital holo.

—¿Hospital holo?

—Es una larga historia —dijo Bingwen—. ¿De verdad quieres oírla ahora?

—Más tarde —dijo Mazer. Se puso a teclear en el pad de muñeca.

—¿Qué haces?

—Le digo a Wit que venga. Él también tiene que oírlo.

Wit llegó de inmediato y Bingwen le contó todo lo que sabía. Al terminar, Wit dijo:

—Víctor Delgado. Es el nombre del chico que subió el vídeo e hizo lo posible por avisar a la Tierra. —Se volvió hacia Bingwen—. ¿Y en el vídeo que viste el interior parecía real?

—A mí me parecía real, sí —dijo Bingwen.

Wit pensó un momento y dijo:

—Se lo decimos a Shenzu y llamamos juntos. Además, para la conexión necesitamos una buena línea. No podemos hacerlo desde aquí. Lo pondremos en la gran mesa y vemos lo que tienen que decir.

—A los chinos no les gustará —dijo Mazer—. Ayudamos a comandar su ejército. Pensarán que les abandonamos.

—No dejaremos la operación. Les propondremos traer al mayor Ketkar de la India para que les ayude. Hay otros oficiales chinos que han estado colaborando y son muy prometedores. Shenzu puede ocuparse de muchas cosas. Ahora mismo la operación está prácticamente en piloto automático.

—¿Estamos ganando? —preguntó Bingwen.

—Yo no diría tal cosa —dijo Wit—. Ni de lejos. Pero sí que nos va mejor que antes. El contraveneno funciona. Está acabando con los pelotones de la muerte. Hemos reconquistado algunas de las ciudades costeras. Allí todavía no puede volver nadie. Para eso falta mucho tiempo. Quizá años. Pero ofrece algo de esperanza.

Wit se volvió hacia Mazer.

—Haces bien en preocuparte por la operación. Pero estamos hablando de la nave nodriza. Su línea de suministros, su base principal. Si cabe cualquier posibilidad de destruirla... Bien, eso daría un vuelco a la guerra.

—Estoy de acuerdo —dijo Mazer.

Wit se giró hacia Bingwen.

—Has hecho bien, Bingwen. Pero la próxima vez, ten más cuidado con las mentiras.

## Vainas

Lem Jukes estaba de pie junto a la pantalla de pared de su despacho. Miraba varias docenas de fotos de algunos de los hombres más letales del mundo. Las fotos se proyectaban frente a él, llenando la pared, cada una acompañada de una ventana de datos: nombre, lengua, habilidades, experiencia en combate, referencias, información de contacto. Algunos iban en grupos. Otros eran individuos. Había de todo. Mercenarios africanos, unidades de fuerzas especiales, equipo de seguridad corporativa. Todos eran hombres duros. Lem sospechaba que muchos de ellos no eran mucho más honorables que los matones a sueldo que llegaban desde el este de Europa.

—No me gustan esos tipos —dijo Despoina. Iba descalza y estaba sentada en una de las sillas raídas de oficina de Lem. Se abrazaba las rodillas contra el pecho—. Parecen criminales, como los que se ven en esos reportajes sobre crímenes reales. Ya sabes, de los que rompen huesos a sueldo de algún jefe de la mafia. —Bajó el tono de voz e imitó el acento de un gánster—. Eh, jefe, ¿quiere que le rompa los dedos a Guido? Creo que se ha chivado a la popo.

Lem la miró.

—¿Qué significa eso? Suena vulgar.

—¿Popo? En la jerga de Estados Unidos significa policía. Ya sabes, la pasma, los cerdos, la patrulla de los donuts. ¿En Finlandia no hay un término en el argot para referirse a la policía?

Lem negó con la cabeza y volvió a mirar la pantalla.

—Los jóvenes de América.

Despoina hizo un gesto hacia la pantalla.

—Simplemente digo que parecen un grupo de matones. Ni uno sonrío.

—Son asesinos, Des. Los gobiernos los contratan para que en medio de la noche le rompan el cuello en silencio a otro tío. Con estas fotos se venden. Se supone que deben parecer tipos duros. Los que contratan a alguien así quieren a alguien duro. ¿Contratarías a un equipo de asalto que pareciese salido del departamento de informática?

—Oye, conozco a gente en informática que te haría una llave y te dejaría tendido en el suelo en menos de dos segundos.

—Un conejito cojo podría hacerme una llave y tirarme al suelo. Soy un amante, no un luchador.

—Ya te digo —dijo ella.

La miró y comprobó que Despoina le guiñaba el ojo. No de forma seductora, sino de forma falsamente seductora. Des no podía guiñar el ojo izquierdo sin concentrarse de verdad, y cuando lo intentaba el resultado era siempre patético, ya que tenía que emplear toda su fuerza de voluntad para cerrar un ojo sin cerrar el otro. El gesto se había convertido en una broma de pareja.

—Ni siquiera deberías estar aquí —dijo Lem—. Eres la secretaria de mi padre. A la gente se le ocurrirán ideas.

Se deslizó para levantarse y se situó a su lado.

—¿De veras? ¿Qué tipo de ideas? —Dos de sus dedos subieron por el brazo de Lem para llegar al hombro.

Él le cogió las manos con delicadeza.

—Hablo en serio.

Despoina perdió la sonrisa.

—He venido en asunto oficial, Lem. Tu padre quería que revisases algunos informes. Había que traértelos en mano. Me ofrecí voluntaria.

—No deberías.

Despoina apartó las manos y cruzó los brazos.

—Vale, estás siendo insultante.

Él inspiró y le cogió de nuevo las manos.

—Des, me gustas. Lo pasamos bien juntos. Pero no conoces a mi padre. Si sospechase que mantenemos una relación, no lo pasarías bien.

—¿Por qué? ¿Qué haría?

—La verdad es que no lo sé, pero sé que no le gustaría. Cree que las mujeres son una distracción.

Des sonrió.

—¿Una buena distracción o una mala distracción?

Lem exhaló.

—¿Podemos hablar en serio por un momento? Esto es importante.

Des volvió a ponerse seria.

—Intento ayudarte, Lem. Pensé que querías mi ayuda.

—La quiero, sí, pero...

—Fui yo la que descubrió lo de la clínica en el Cubil del Dragón. Te ibas a rendir con lo de la POM. Yo di con esa pista.

—Sí. Ayudaste. Fue muy buena idea.

—Cuando te la conté por primera vez te pareció una estupidez. Me lo dijiste.

—Todavía no ha dado resultados. No hemos tenido noticias del chico. Y debes admitir que dejar el destino del mundo en manos de un niño de diez años es una estupidez. ¿Y si no consigue hablar con la POM?

—Primero, no tiene diez años. Tiene ocho. Y segundo, yo podría decir lo mismo de ti, dejando el destino del mundo en las manos de un arrebatadoramente guapo y

genial millonario también parece una estupidez.

Él la cogió por la cintura.

—¿Dónde está la chica terriblemente tímida que vi hace unas semanas en el despacho de mi padre?

Ella se acercó más.

—Se ha hecho mayor.

La besó. Era una estupidez. Ya había decidido no volver a verla. En eso Padre tenía razón. Era una distracción, sobre todo ahora cuando debía concentrarse en la misión. En su mente había planificado una ruptura indolora... y aquí estaba, acercando su cuerpo al suyo, besándole la boca, la mandíbula, la parte superior del cuello...

Se abrió la puerta. Se oyó una voz de mujer:

—Oh.

Lem se apartó. Imala estaba en la puerta.

—Lo siento. No sabía que estaba interrumpiendo.

Lem dio un paso a la derecha y se alisó la parte delantera de la camisa. Se había ruborizado.

—No interrumpes. La señorita Crutchfield me ofrecía información.

Imala sonreía.

—Pues parecía un buen intercambio de información.

Lem se pasó la mano por el pelo.

—¿Quería algo, señorita Bootstamp?

—El capitán Wit O'Toole de los Policías de Operaciones Móviles ha llamado. Quiere hablar.

—Bien. Iré ahora mismo.

Imala se fue y cerró la puerta.

—Lo lamento —dijo Des—. Tenías razón. No debería haber venido. Fue una tontería.

Lem se abrochó los puños de la camisa y volvió a pasarse la mano por el pelo. No la miró.

—Ahora todos van a estar mirando la puerta del despacho. No salgas conmigo. Sal a escondidas un minuto después de mí, cuando todos estén concentrados en el holo.

Des asintió.

—Así lo haré. Y no volveré nunca más.

«No —pensó Lem—, no volverás. No te acercarás a mí. Esto se ha acabado». Pero en voz alta lo que dijo fue:

—Dile a mi padre que revisaré los informes.

—Su única intención es ayudar como pueda, Lem. No me parece que sea un maníaco siniestro hasta el grado que tú crees. Al menos, no he visto esa parte de él.

—Prueba a vivir con él durante treinta años.

Des le cogió la mano.

—Necesitas que sea la POM, Lem. Haz lo que haga falta para conseguirlo. Esos matones de la pared no son un plan B. No pueden hacer lo que puede hacer la POM.

Lem ese echó a reír.

—¿Eres una experta?

—No lo soy. Todos los que siguen las noticias conocen a la POM. Volaron la sonda. Facilitaron la alianza con la India. Han derribado casi tantos transportes como todo el ejército chino. Se les da bien su trabajo.

—Siempre han sido mi primera elección.

—Son tu única elección. Son caballeros blancos. Esos de ahí —hizo un gesto en dirección a la pared— son mercenarios. Trabajan para el que ofrezca más dinero. Sin ética, sin escrúpulos, solo les interesa el dinero y la emoción de matar. Necesitas gente que sepa pensar como Víctor y que sea leal como Imala. La única opción es la POM.

—¿Así que ahora eres mi consejera?

—No. No me hago ilusiones de ser nada, no más que una amiga que quiere que triunfes.

Él retiró la mano y fue a la puerta.

—Y Lem...

Este se giró.

—Sé que entre nosotros jamás habrá nada. Lo sé. No soy tan ingenua como para pensar otra cosa. Lo único que pido es que cuando te canses de mí, cuando llegue el momento, seas cortés.

Tras un silencio, Lem asintió y dijo:

—Tengo que irme.

Y salió.

Mazer estaba de pie al fondo de la sala de guerra, junto a Bingwen, separado de los miembros de la POM que se habían reunido a esperar alrededor de la holomesa. Wit había establecido la conexión con la Luna, pero Imala había salido corriendo en busca de alguien. Ahora mismo el holocampo sobre la mesa estaba activo pero vacío.

Antes de que Wit estableciese la llamada, Shenzu había pedido amablemente a los oficiales chinos que abandonasen la sala, y para sorpresa de Mazer, habían obedecido sin vacilar... incluso los que poseían mayor graduación que Shenzu. Se limitaron a hacer una inclinación y salir. Tras su regreso a China, el ejército había ascendido a Shenzu al rango de mayor, pero teniendo en cuenta el trato deferente que le dedicaban, bien podrían haberle hecho general.

—No tienes que quedarte aquí conmigo —dijo Bingwen—. Solo en las sombras estoy bien.

—Desde aquí veo el holocampo —dijo Mazer—. Y tú eres mucha mejor compañía.

La verdad es que Mazer no se sentía cómodo junto a los miembros de la POM. Después de todo, no era uno de ellos. Nunca lo había sido. Por supuesto, siempre le habían tratado como a uno más, se habían metido con él con la misma intensidad con la que se metían unos con otros, lo que entre hombres de ese tipo era una de forma de aceptar a otro. Pero él no era un miembro. No había superado la prueba y esos hombres sí. Podía luchar con ellos, actuar como uno de ellos, pero nunca pensaría en sí mismo como miembro de la unidad. No era un problema. No sentía resentimiento. Cuando hicieron la prueba él no estaba preparado. Y en verdad, fallar ese examen, que Wit le rechazase hacía ya tanto tiempo, había sido el mejor entrenamiento de su vida.

Se agachó y miró a Bingwen.

—¿Cómo tienes el brazo? ¿Te hice daño cuanto te saqué de la sala?

Bingwen hizo girar el hombro.

—No. Te portaste bien. Sabía que fingías.

—No fingía del todo. *Estaba* furioso. Pero sabía que debías tener una buena razón para hacer algo así. ¿Quién es la que te ayudó?

—Se llama Pipo.

—No es tu novia, ¿verdad?

—Tengo ocho años, Mazer. No se supone que vaya a tener novias hasta cerca de los veinte.

Mazer se echó a reír.

—Lo tienes todo planeado, ¿no?

—Deberías llamar a Kim.

Las palabras habían surgido sin previo aviso y Mazer quedó inmóvil.

Bingwen frunció el ceño.

—Está preocupada por ti. Si es tu amiga, estaría bien llamarla. Creo que a ella le gustaría.

—¿Habéis hablado mucho?

—Todos los días durante la última semana. Ella es la mejor de todos los médicos de la clínica. Con diferencia. ¿Por qué sonrías?

—Porque sabes qué características debe tener un buen médico. Me parece que yo de eso no tenía ni idea a los ocho años. Probablemente lo hubiese decidido según quién me ponía menos inyecciones.

—Es por cómo tratan a la gente —dijo Bingwen—. Algunos médicos son amables, pero otros... no sé la palabra en inglés. No es desagradables, pero...

—¿Bruscos?

—No conozco esa palabra.

—¿Impacientes? ¿Secos? ¿Fríos?

—¿Fríos? ¿Tiene algún otro sentido aparte de la temperatura?



—Significa que no parecen amables.

—Vale. No parecen amables. Son muy científicos al tratar a la gente.

—No conoces las múltiples definiciones de frío, pero ¿conoces la palabra «científico»?

Bingwen se encogió de hombros.

—Algunas palabras se fijan a la mente, otras no.

—Entonces, ¿Kim es de los amables? —dijo Mazer.

—Más amable que los amables.

—La más amable —le corrigió Mazer—. Es el superlativo.

—No sé qué significa «su-per-lativo». Deja de usar palabras que no entiendo.

Mazer asintió.

—Dame una lista de todas las palabras que no conoces y me aseguraré de no usarlas.

—Vas a venir a quejarte —dijo Bingwen—. Tu chino es horripilante.

—Pensaba que me defendía.

—Hablas chino tan bien como Mongo.

—¿Quién es Mongo?

—El búfalo de agua de nuestra familia.

—Admito que tu inglés es mejor que mi chino.

—Entonces, ¿llamarás a Kim?

Mazer inspiró hondo.

—Es una situación complicada, Bing. Al hacerte mayor la vida se va complicando.

—Creo que te quiere. Como mi madre quería a mi padre. No me lo dijo. Pero así es.

Efectivamente, Mazer sabía que así era. Ella misma se lo había dicho. Una vez. Pero había sido suficiente. En muchas ocasiones había recordado ese momento. Habían ido a las ciénagas salinas de Manukau Harbor. Ella quería ver las miles de limosas migratorias que se habían reunido allí para alimentarse. Kim y él habían subido a una de las torres de madera que habían construido para observar los pájaros. Mazer había llevado unos binoculares militares.

—Volarán once mil kilómetros sin parar ni una vez —dijo Kim.

—Suenan muy militar —había respondido Mazer.

—Desde aquí al norte de China y luego hasta Alaska y de vuelta. El vuelo continuo más largo de cualquier especie.

Desde el agua llegaba una brisa salina, separando el pelo de Kim de su cuello. El aire olía a salmuera, lodo y zosteria marina. El canto de miles de limosas no era tan intenso como Mazer había temido. Y le maravillaba cómo se movían en el agua, elevándose todos juntos como si fuesen un único individuo, undulando en el aire como enormes olas mientras cambiaban, regresaban, aterrizaban y volvían a despegar, como si formasen un único organismo con mil pares de ojos diferentes.

—¿Sabes que es una especie monógama? —le había dicho Kim—. Tanto volar, tanta distancia; decenas de miles de individuos encajados en un pequeño espacio, todos exactamente iguales. Y, sin embargo, acaba cada uno junto a su pareja. De alguna forma se encuentran.

—En la cultura maorí, los pájaros son los mensajeros de los dioses —había comentado Mazer—. Según la leyenda, los primeros de nosotros llegaron aquí en una flota de *waka*, o canoas, dejándose guiar por el vuelo de las limosas. Eran los guías enviados por los dioses. Los niños cantan una canción relativa a esa leyenda.

—¿Te la sabes?

—Casi toda.

—Vamos a oírla.

Mazer se había echado a reír.

—¿Quieres que me ponga a cantar? ¿Ahora?

—Estamos solos. Te juro que no me reiré. Me parece fascinante. No hablas de estas cosas. Me refiero a tu cultura. Quiero conocerla.

—Es una canción infantil, Kim. En maorí.

—Te prometo que jamás volveré a pedirte que cantes nada.

Se había sentido como un tonto, pero ella se lo estaba pidiendo con tal sinceridad que se rindió y cantó: las canoas remando y las limosas aleteando y descendiendo en picado. Ella había prestado atención a todos los movimientos de Mazer, su boca formando una sonrisa. Al terminar, Kim tenía los ojos empañados por las lágrimas y le había dicho que le amaba. Las palabras habían sido casi un susurro.

Mazer no se lo había esperado. Pero oírse lo decir fue como recibir un rayo en el pecho.

No supo cómo responder. ¿Él también la amaba? Y si era así, ¿cuáles serían las consecuencias de declararlo?

El silencio entre ellos había perdurado.

Kim se había limpiado los ojos algo avergonzada.

—No espero que digas nada, Mazer. Sé que no estás preparado para pronunciar esas palabras. Pero cuando lo estés, si alguna vez llega ese momento, dímelas en maorí.

Dos semanas más tarde Mazer había partido para China.

Bingwen le observaba con atención.

—Ahora mismo piensas en ella, ¿no es así?

—Me alegra que tuvieses la oportunidad de hablar con Kim, Bingwen. Me siento muy feliz. Para mí es una persona muy especial, como lo eres tú. Me alegra que mis amigos se conviertan a su vez en amigos.

Bing sonrió y estuvo a punto de responder cuando una voz del holocampo resonó en toda la sala.

—Saludos, caballeros. Me llamo Lem Jukes. Gracias por responder.

La cabeza y el torso del hombre aparecían sobre la holomesa. Hizo un gesto a la derecha y le indicó a los otros que se uniesen a él.

—Víctor, Imala, venid, por favor. Caballeros, me gustaría presentarles a Imala Bootstamp y a Víctor Delgado, el equipo que logró penetrar en la nave fórmica y que dirigirá esta operación. —Lem miró algo que se encontraba un poco a la izquierda—. Gracias por montar las cámaras en su lado. Veo que se han reunido todos.

Wit hizo las presentaciones, dejando a Mazer y a Bingwen para el final.

—Gracias por ponernos en contacto, Bingwen —dijo Imala.

Hubo que acostumbrarse a cierto retraso en la conexión. Wit y Lem no dejaban de pisarse al hablar, se daban cuenta de lo que había pasado, y luego se detenían para volver a empezar. Pero pronto pillaron el ritmo. Y las cosas fueron más fluidas una vez que el equipo de la Luna inició la presentación.

Lem mostró varios vídeos del interior de la nave fórmica que dejaban ver la bahía de carga, la cámara de sueño, el jardín, los tubos de lanzamiento, los pasillos estrechos y el puente. Víctor procedió después a describir cómo él e Imala habían llegado a la nave. Finalmente, Lem indicó los recursos que podía aportar en términos de armas, trajes y todo lo que fuese necesario.

—Nuestro grupo es grande —dijo Wit—. Es evidente que no cabríamos todos en la lanzadera que usaron Víctor e Imala. ¿Cómo proponen llegar a la nave?

—Haciendo uso de la misma idea —dijo Lem—. En una nave disfrazada para que parezca un resto que deriva inocuo por el espacio, de forma que llegue flotando hasta el casco de la nave nodriza. Sin embargo, como son tantos, es evidente que no pueden ir todos en una única lanzadera. Aunque se apretasen como sardinas, la lanzadera sería demasiado grande y llamaría demasiado la atención. Los fórmicos se darían cuenta por despacio que se desplazase y aunque no hubiese peligro de colisión.

—De todas formas, ir todos en la misma nave es mala idea —dijo Cocktail—. Si la lanzadera sufriese cualquier contratiempo, se perdería todo el equipo. Sería como poner todos los huevos en la misma cesta.

—Estoy de acuerdo —dijo Lem—. Es más seguro dividirse. Es más, nuestra propuesta es que cada uno viaje en su propio vehículo individual.

El holocampo mostró un plano. Se trataba de una pequeña nave en forma de tubo con el perfil de un hombre acostado en su interior... muy similar a un ataúd o una cámara de sueño.

—Los llamamos «vainas» —dijo Lem—. Ahora mismo nuestros ingenieros se encargan de construirlas. Como pueden apreciar, solo hay espacio para un único pasajero. Y aun así hay que ir apretado. Será imposible moverse, pero eso también es una cuestión de seguridad. Cuanto más pequeña sea la vaina, menos probable que aparezca marcada como peligro de colisión. Fijaremos pequeños electrodos a los músculos para mantenerlos activos durante el trayecto.

—¿Cuántas vainas están fabricando? —preguntó Wit.

—Doce —dijo Lem—. Víctor irá en una, más once de su grupo. Pero nuestra recomendación es que todos vengan a la Luna. Tendrán que entrenarse durante unos días para acostumbrarse a maniobrar en un entorno ingrávito, y eso no se le da bien a todo el mundo. Nuestra recomendación es que los que mejor se desempeñen en gravedad cero formen el equipo de asalto.

ZZ dijo:

—Si hay doce fragmentos idénticos flotando hacia la nave, ¿no despertará el interés de los fórmicos?

—No serán idénticos —dijo Lem.

Fragmentos aleatorios de metal se empezaron a fijar al exterior de la vaina que aparecía en el holocampo.

—Cada vaina tendrá su disfraz para confundirla con un resto. Haremos lo mismo que hicieron Víctor e Imala. Quemaduras pintadas, metal roto, tuberías partidas, lo que podamos conseguir. Algunos de ustedes irán tendidos. Algunos irán ligeramente doblados. Las formas también serán aleatorias. Con suerte a alguno le tocará una plana.

Lem metió las manos y giró el plano, para que se apreciase mejor el pequeño sistema de propulsión fijado a los laterales y parte posterior del vehículo.

—Para ahorrar más espacio, no incluiremos sistemas de control o aviónica. En su lugar, las vainas estarán controladas en remoto. Basta con subir a su interior y los pilotos de drones se encargarán de lo demás.

—Incluso así —dijo Deen—. Doce fragmentos de restos parecen llamar mucho la atención. En el caso de Víctor e Imala salió bien porque era un único resto. Doce son muchos más.

—Hay que tener en cuenta el tamaño —dijo Mazer—. La nave nodriza es enorme. Las vainas podrían llegar desde cualquier dirección y ángulo. Y sus llegadas se pueden escalonar a lo largo de un día o más, de forma que no todas lleguen al mismo tiempo. Es más, dependiendo de cómo se diseñe la misión y cuáles sean los objetivos individuales, llegar en momentos diferentes es lo mejor. La primera oleada penetra en la nave. Una segunda oleada asegura los pasillos. Una tercera oleada se encarga de la bahía de carga, etcétera.

—Esa es la idea —dijo Lem—. Y el equipo de construcción planea ayudar de otra forma. Las doce vainas no serán los únicos restos que se acerquen a la nave. Para que los fórmicos pasen de las vainas, estas deben camuflarse con el entorno. Pero no puedes ser invisible cuando eres lo *único* visible. Por tanto, también vamos a construir al menos trescientos proyectiles a control remoto para crear un mar de restos controlados por nosotros alrededor de la nave fórmica. Esos minipechos serán en general más pequeños que las vainas, pero colectivamente formarán una neblina de restos por la que podrán pasar las vainas.

—Además —dijo Víctor—, los minipechos también nos permitirán comprobar la sensibilidad del sistema de detección de colisiones de los fórmicos. Es decir, si los

fórmicos se ponen a dispararle a cualquier cosa que se mueva, independientemente de lo lento que vaya, sabríamos que sería preciso reconsiderar la aproximación.

—¿Cuándo estarán listas las vainas? —preguntó Wit—. Y ya que estamos, ¿a qué velocidad pueden construir trescientos proyectiles a control remoto?

—Disponemos de toda una línea de producción dedicada a este fin —dijo Lem—. Es la instalación más grande de su clase en todo el mundo. Tengo un almacén repleto de personas que trabajan sin parar. Mi padre apoya la misión con todo el peso y recursos de la empresa. Juke Limited está totalmente decidida a acabar con esta guerra. Hemos creado un escudo de naves entre la Tierra y la nave nodriza fórmica. Ahora estamos preparados para acabar con esto de una vez por todas. Es decir, si deciden unirse a nosotros.

—Nos han contado cómo llegaremos —dijo Wit—. ¿Y luego qué pasaría? Llegar allí no es más que el principio. ¿No dijeron haber dado con una vulnerabilidad?

—Esa es nuestra zanahoria —dijo Lem—. Acepten trabajar con nosotros y les mostraremos cómo paralizar la nave y matar a todos los fórmicos que estén a bordo. En caso contrario, llevaremos la estrategia a otro grupo de asalto. Hay otros, pero la verdad es que nuestro deseo principal es trabajar con ustedes.

—Tenemos que debatirlo entre nosotros —dijo Wit—. Pero si aceptamos, ¿cómo llegaríamos a la Luna? ¿Y con qué rapidez podremos hacerlo?

—Si ofrecen un compromiso verbal, enviaré una aeronave a recogerles que luego les llevará a uno de los puntos de lanzamiento en Finlandia.

—¿Cómo nos recogerán? —dijo Wit—. Estamos en medio de una zona de guerra. Los cielos no son seguros.

—Nosotros nos ocuparemos de la coordinación. China está más dispuesta a abrir su espacio aéreo y Juke dispone de aeronaves por toda Asia. Nosotros podemos encargarnos de la logística. Ahora mismo la prioridad es cerrar el equipo de asalto. Esperamos su respuesta.

El equipo de la Luna se despidió y Wit desconectó la llamada.

—¿Bien? —preguntó Wit—. ¿Qué pensáis?

La sala permaneció en silencio durante un momento hasta que ZZ dijo:

—No me hacen mucha ilusión esas vainas. Sin movimiento. Sin controles de vuelo. No tengo claustrofobia, pero creo que la sufriría después de unas horas. ¿Y qué pasa si los trajes fallan? ¿O si el control remoto falla? ¿Flotamos durante toda la eternidad? ¿Nos asfixiamos? No es que podamos pedir ayuda. Estaremos lejos unos de otros. En cuanto vayamos en ayuda de otro nos revelaremos y los fórmicos nos dispararán.

—Tampoco podríamos defendernos —dijo Cocktail—. Eso no me gusta. Seremos blancos flotantes. Y no solo durante un breve período de tiempo. Si derivamos a velocidades insignificantes, harán falta días para llegar a la nave. No me molesta el aburrimiento. Es la idea de que podrían acabar conmigo en cualquier momento. Eso

es lo que me volvería loco. Creo que la idea es genial, pero que si los fórmicos nos descubren sería como disparar a peces en un barril, y nosotros seríamos los peces.

—Estoy de acuerdo —dijo Lobo—. Las vainas son una locura, pero es también una idea que podría, con la ayuda de Dios, salir bien. A mí tampoco me hace demasiada ilusión meterme dentro de una, pero me sentiría mejor si sé que las ha fabricado Juke. Estamos hablando del fabricante de naves más avanzado del mundo. Si alguien puede hacerlo, es Juke.

—Estoy de acuerdo con Lobo —dijo Mazer—. Lem Jukes se me antoja más arrogante de lo que le conviene, pero no es posible negar que posee los recursos para hacerlo. Ningún gobierno de la Tierra está tan entregado a la tecnología y la ingeniería espacial como Juke Limited. Mejores trajes. Mejores sistemas de soporte vital. Y los que construyen las naves viven en ese mundo. Comprendes las condiciones del viaje espacial, conocen la física. Si dicen que son capaces de construir una vaina que parezca un trozo de basura inerte, les creo. Estoy de acuerdo con Cocktail y ZZ en lo que a la desventaja de las vainas se refiere, pero en este caso no existe la solución ideal. Cualquier método implicará enormes riesgos.

»Pero aunque no pudiese ofrecernos nada de eso, aunque no tuviese naves, trajes, aunque no tuviese nada, aunque no tuviese como equipo nada más que la hebilla de un cinturón, su colaboración seguiría siendo necesaria. Tienen a Víctor. Ese tipo no solo entró en la nave, sino que llegó hasta su centro y volvió a salir. Sin que le descubriesen. La información que posee lo cambia todo. Hace una hora, esa nave era un gigantesco signo de interrogación. Con Víctor tenemos algo con lo que trabajar. No iríamos a ciegas. Podríamos planificar la infiltración con cierto grado de confianza. Y les creo cuando dicen saber cómo destruirla. Parecían confiar plenamente en la vulnerabilidad que han descubierto, parecen confiar en su as en la manga. Yo digo que adelante.

—¿Shenzu? —dijo Wit—. ¿Qué dices tú? Si lo hacemos, estaremos abandonando nuestro puesto en China.

Shenzu le quitó importancia con un simple gesto de la mano.

—Durante la última semana nuestros comandantes de campo no han podido aprender más. Han aprendido de sobra tras veros trabajar. Y China se abrirá también a otros comandantes extranjeros. Esa actitud ya ha cambiado. Ketkar vendrá desde la India. Vendrán otros de Europa y Estados Unidos. Podremos reunir todos los estrategias que queramos. Ya me aseguraré yo. Por alguna razón, ahora mi voz tiene cierto peso. No hay nada de lo que preocuparse a ese respecto. Lo difícil de encontrar en esta guerra es un equipo de asalto lo suficientemente cohesionado, lo suficientemente entrenado y lo suficientemente unido en su determinación como para cumplir esa misión. Ese equipo lo formamos nosotros.

—¿Nosotros?

—Por supuesto —dijo Shenzu—. No pensaríais ni por un segundo que no iba a ir con vosotros, ¿verdad?



## Niño soldado

Cuando Bingwen supo que iría a cenar con la POM y los oficiales chinos, supuso que la comida sería mejor que un batido de proteínas. Quizá verduras de lata. O, si tenía suerte, galletas saladas con raciones militares. Por lo que cuando el encargado de la cafetería le entregó un plato cargado de tiras de carne humeantes, arroz blanco esponjoso y verduras recién salteadas, Bingwen se quedó mirando sin saber qué hacer.

—¿Es todo para mí?

Mazer iba por delante en la cola y cogió un cuenco de pudin de la selección de postres.

—No te lo tienes que comer todo si no quieres.

—¿Estás de broma? —dijo Bingwen—. Claro que me lo voy a comer. Es mucho más de lo que me daban en casa. ¿También puedo tomar pudin?

—Coge tú mismo. Es a la carta.

—¿Qué significa eso?

—Quiere decir que puede elegir y escoger lo que quieras.

—En ese caso, me llevo dos.

Bingwen cogió un cuenco de pudin de chocolate y una rodaja de pastel de melocotón. Colocó ambas cosas en la bandeja.

Mazer tiró de la manga de Bingwen.

—Tranquilo, hipopótamo. Mejor te vienes conmigo antes de que tus ojos empiecen a hacer promesas que tu estómago no puede cumplir. —Llevó a Bingwen hasta una pequeña mesa del salón, lejos de la POM y los oficiales chinos dispersos por el resto del comedor.

—¿Comes así de bien todos los días? —dijo Bingwen—. ¿O se trata de una ocasión especial?

—¿Por qué? —dijo Mazer—. ¿Qué te dan habitualmente de comer?

Bingwen hizo gestos imitando los ingredientes mientras los describía.

—Mete una cucharada de tierra en una batidora. Le pones azúcar y agua. Echa unas hojas de espinacas y una cucharilla de té de bilis. Lo mezclas todo hasta que queda una pasta adecuadamente desagradable.

—No puede ser tan horrible.

—Lo es. Cuando reducen las raciones, a veces ni me importa.



—¿Raciones? No sabía que la situación alimenticia estuviese tan mal. Ahora me siento culpable por comer así.

—Todo lo contrario. En China eres un invitado. Diriges los ejércitos. Necesitas estar fuerte. Nosotros somos cultivadores de arroz. Nos morimos de hambre desde que nacemos.

—¿De verdad la situación de la aldea era así de mala?

Bingwen se encogió de hombros.

—A veces. No habitualmente. De vez en cuando recibíamos fruta y carne. Lo mejor es cuando un búfalo de agua se hacía demasiado mayor. Entonces comíamos como reyes. ¿Alguna vez has comido hamburguesa de búfalo?

—He tomado alitas de búfalo —dijo Mazer—. Pero no es lo mismo.

—Los búfalos no tienen alas —dijo Bingwen.

—Así es como llaman en mi país a las alas pequeñas y especiadas de pollo.

—En ese caso, ¿por qué no las llaman alitas de pollo?

—No dejes que la lógica te impida disfrutar de la vida —dijo Mazer. Atacó algo de carne y se la comió—. Siento curiosidad. ¿Qué opinas de la idea del equipo de la Luna?

—¿Qué opino de que te metas en el interior de un ataúd de hierro y que flotes por el espacio como un pato mareado? Creo que te faltan unos tornillos.

—¿Tú no lo harías? Es decir, si fueses un soldado.

—Lo haría sin vacilar —dijo Bingwen—. Sería el primero en subir a su vaina. Quiero volar esa nave hasta dejarla convertida en miles de millones de trozos. Eso no significa que esta operación sea racional.

Mazer asintió, como si fuese la respuesta correcta. Tras un momento, dijo:

—He hablado con Shenzu sobre ti, de dónde viniste, lo que hemos pasado juntos. Le conté lo que hiciste por mí. Que salvaste mi vida. Le impresionó mucho.

—Soy un joven muy impresionante. Por eso merezco dos postres. Me los he ganado.

—Hablo en serio, Bing. Le dije a Shenzu que deberían dedicarte una atención especial.

—Me gusta mantener un perfil bajo —dijo Bingwen.

—Llegas tarde. Shenzu te buscó en la base de datos del gobierno.

—¿Estoy en una base de datos?

—Sí, de los niños que han hecho el examen de nivel.

—Todavía no he hecho ese examen. No tengo la edad. Solo he hecho pruebas para practicar.

—También las tienen registradas. Shenzu comenta que los realizaste excepcionalmente bien.

Bingwen se encogió de hombros.

—Se me dan bien los exámenes.

—Se te dan bien muchas cosas. Shenzu ha recomendado que te envíen a una escuela especial.

Bingwen dejó de masticar.

—¿Una escuela? ¿Dónde?

—En algún lugar del norte de China. No conozco el lugar concreto. Shenzu no me dio detalles. Tengo la sensación de que es algo secreto. Solo sé que se trata de una escuela militar para un grupo pequeño y escogido de niños. Niños dotados. Ellos se ocuparían de todo. Habitación, comida. Nunca volverías a pasar hambre.

—¿Una escuela militar? ¿Quieren convertirme en soldado?

—Ya eres un soldado, Bingwen. Quieren convertirme en *mejor* soldado. Pero debes decidir tú. Debes hacerlo porque quieres hacerlo, porque crees que puedes aportar algo, no porque lo haya dicho Shenzu o porque te lo esté contando yo. Decides tú.

—¿Cuándo iría? ¿Una vez acabada la guerra?

—Hay un transporte al norte por la mañana. Irías en él.

—¿Mañana?

—El norte es más seguro. Bing, sé que aquí bajo tierra todo parece seguro, pero estamos en medio de la guerra. Dormiría mejor por las noches sabiendo que estás lejos de aquí. Incluso si no quieres ir a la escuela, di que sí. Miente. Que te lleven. Al llegar, sal corriendo como un conejo.

Una escuela. Era una idea tan inesperada, tan súbita, que Bingwen no sabía cómo responder. Una escuela. Mañana. Todo sucedía demasiado rápido. Pero ¿no era lo que siempre había querido? ¿No era esa la razón por la que se había despertado todos los días horas antes del amanecer para ir a la biblioteca y así poder estudiar más que nadie, para poder tener así más tiempo con el ordenador, para poder mejorar las posibilidades de salir algún día de la aldea?

¿Y no era también lo que Madre había deseado? ¿Que huyese? ¿Que se convirtiese en alguien? Bingwen sabía que era también lo que había querido Padre, aunque Padre nunca lo hubiese dicho en voz alta. Pero a Padre no le hacía falta decirlo; se manifestaba en sus ojos siempre que algo se malograba en la cosecha o el equipo... una mirada que decía: «Sé algo mejor que todo esto, Bing. Haz algo más. No te quedes en este lodazal. No obligues a tus hijos a vivir esta vida, como lo hice yo». Una mirada que expresaba más de lo que podrían decir cien mil palabras. Era lo que había motivado a Bingwen para estudiar tanto como estudiaba. No quería que Padre tuviese que volver a poner esa expresión. En su lugar, Bingwen quería que Padre manifestase algo diferente. Una mirada de orgullo. Una mirada que declarase: «Este es mi hijo. Yo soy su padre. Después de todo, algo hice bien».

—Iré —dijo Bingwen—. En el transporte y a la escuela. No hace falta mentir.

—¿Estás seguro?

—Con una condición.

Mazer sonrió.

—¿Ahora impones condiciones?

—En el campamento hay una niña de mi edad con su hermano pequeño. Pipo y Niro. Ellos también vienen. No a la escuela. Eso no lo puedo controlar, pero en el transporte. Que se los lleven de aquí hasta un lugar seguro en el norte. Quizá a un orfanato donde cuiden de ellos. O a una familia que los adopte. Alguien bueno.

—Hablaré con Shenzu.

Bingwen asintió.

—Y una condición más.

Mazer se recostó en la silla y plegó los brazos.

—Hoy estás con ganas de negociar, ¿no?

—Voy a entregar mi vida al ejército. Eso valdrá algo. Y bien puedo conseguir ahora lo que pueda. Una vez que sea un soldado de verdad, me tendrán bajo su control. No tendré mucha capacidad de negociación.

—Es más cierto de lo que imaginas. ¿Qué más quieres?

—Quiero que vengas conmigo.

Se produjo un largo silencio.

—Sabes que no puede ser, Bingwen.

—Podrías dar clase en la escuela. Enseñarnos. ¿Quién sabe más que tú sobre ser un soldado?

—Tengo una misión que cumplir, Bing. Debo acabar con esto.

—Lo sé —dijo Bingwen—. Sé que es así. Pero al menos debía pedirlo. —Toqueteó el pudín con la cuchara y luego volvió a mirar a Mazer—. Al menos dime que te habría *gustado* ir.

Mazer sonrió.

—Sería un profesor genial, ¿no?

—Qué va, serías un horror. Demasiado serio. Siempre con el ceño fruncido. Como un viejecito cascarrabias. Todos los alumnos te tendrían miedo. Te llamaríamos profesor Mazer Viejales.

—¿Recuerdas que soy más fuerte que tú? —dijo Mazer—. Puedo tirarte el pudín sobre la cabeza.

Bingwen se metió en la boca una buena cucharada y sonrió.

—Teniendo en cuenta lo bueno que está, no creo que me importase.

Esa noche alojaron a Bingwen en una habitación vacía de la zona restringida. Había dos juegos de literas y un baño con ducha. Le esperaba un pequeño mono marrón, bien plegado sobre una de las camas de abajo. En la izquierda del pecho mostraba un parche con la bandera china. Bingwen palpó el tejido. Blando, flexible y totalmente nuevo.

Se duchó y luego se puso el mono. Le encajaba sorprendentemente bien. Solo podía elucubrar sobre la razón por la que los militares tuviesen ropa de su talla.

Mucho más tarde todavía seguía despierto cuando llegaron dos oficiales chinos escoltando a Pipo y a Niro. Bingwen dio las gracias a los oficiales y luego dio la bienvenida a Pipo y a Niro. Los dos traían monos como el suyo, todavía envueltos en plástico. No llevaban ni equipaje ni pertenencias.

—¿Podemos dormir en una cama? —dijo Niro—. ¿Una cama para *nosotros*? —Se subió a la de abajo y se tendió de espaldas—. Ven a probarla, Pipo. Se ajusta a mi cuerpo.

Pipo miró a su alrededor con suspicacia.

—¿Adónde nos llevan, Bingwen?

—El capitán Shenzu dice que hay un campamento cerca de Wuhan. No un campamento como el de aquí, donde pasamos hambre y la gente se pelea por el hueco para dormir. Es un campamento para empleados del gobierno y sus familias. Es especial. Allí hay organizaciones internacionales de ayuda con comida, suministros y ropa. Shenzu dice que tú y Niro podréis quedaros allí.

—¿Tú vienes con nosotros? —preguntó Niro.

—No. Yo voy a otro lugar. A una escuela. No tengo muy claro dónde. Pero estaré con vosotros hasta Wuhan.

—¿Dónde está Wuhan? —preguntó Pipo—. No conozco a nadie en Wuhan.

—Está a varios cientos de kilómetros al norte de aquí —dijo Bingwen—. Lejos de toda batalla. En la provincia de Hubei.

Pipo parecía estar enfadada.

—¿Para qué íbamos a ir allí? Nuestro pueblo está aquí.

—No podéis volver al pueblo —dijo Bingwen con calma—. Ya no existe.

Ella le gritó a la cara:

—¡No digas tal cosa! ¡No vuelvas a decir tal cosa!

Corrió a la otra cama de abajo y se lanzó contra el colchón, enterrando la cara en la almohada mientras lloraba. Bingwen no sabía qué decir. Niro se acercó a Pipo y se tendió a su lado, pasándole un brazo por la espalda. Bingwen habría querido salir para darles algo de intimidad, pero Shenzu le había ordenado quedarse toda la noche allí. Y, además, ¿adónde podría ir?

Pasado un momento, se fue al baño y se tendió en la alfombrilla junto a la ducha.

Debió quedarse dormido, porque al abrir los ojos no había luz y tenía una manta por encima. Desde el dormitorio llegaba una melodía en voz baja... Pipo cantaba una nana. Bingwen se sentó y escuchó a oscuras. Pipo no recordaba toda la letra, así que tarareaba las partes que no conocía. La voz se fue reduciendo gradualmente hasta que finalmente se hizo el silencio. Un momento después la puerta del baño se abrió parcialmente y Pipo asomó la cabeza.

—Estás despierto —dijo.

—Gracias por la manta —dijo Bingwen.

—Eso fue cosa de Niro. Yo simplemente lo he acostado. —Señaló el váter—. Tengo que hacer pis. ¿Te importa?

Bingwen se levantó, salió del baño y se subió a una de las literas superiores.

Cuando terminó, Pipo salió y durante un momento se quedó inmóvil en la puerta del baño, como si no pudiese decidir adónde ir. Luego subió a la cama de Bingwen y se sentó al otro lado. Durante un rato ninguno de los dos habló hasta que Pipo dijo:

—¿Sabes qué fue de tus padres? Es decir... ¿estás seguro de que...?

—Estoy seguro —dijo Bingwen.

Pipo asintió.

Otra larga pausa.

—¿Tenías hermanos y hermanas? —preguntó.

—Soy hijo único —dijo Bingwen.

—Yo tenía tres hermanos mayores. Longwei, Qingshan y Yusheng. Trabajaban en la fábrica junto con nuestros padres. Todos trabajaban allí. Niro y yo estábamos en la escuela. No recuerdo quién fue el primero en ver el humo, pero todos nos levantamos para ir a mirar. Había fórmicos por todas partes, fumigando. En los campos, en las casas, la fábrica al completo. Lo que el humo tocaba caía al suelo y no se volvía a levantar. Niro corrió hacia la fábrica, mientras llamaba a nuestra madre. Por poco no le pilló. Se resistió, me dio patadas, me golpeó. Tuve que llevármelo a rastras. Nos ocultamos en una cañería de desagüe bajo un puente. Esperaba que alguien nos llamase por nuestros nombres, que viniesen a por nosotros, mis hermanos o mi padre. Pero no vino nadie. Pasaron dos días. Dejamos la tubería y oímos humo de verdad. La fábrica ardía. Uno de los supervivientes la había incendiado para evitar el olor a muerte. Todos nuestros conocidos estaban en su interior. El humo nos hacía daño en los ojos. Niro vomitó. Pensé que podríamos morir y huimos corriendo sin saber adónde íbamos. Teníamos tanta sed. Pronto encontramos a más gente caminando y fuimos con ellos. —Se encogió de hombros—. Luego vinimos aquí.

Bingwen no sabía qué decir.

—Lo lamento.

Pipo volvió a encogerse de hombros.

—En ocasiones se me ocurre que quizá Madre no estuviese en la fábrica. Me digo que había ido a casa a buscar algo. Quizá ese día hubiese enfermado. Y luego pienso que Padre también habría ido a casa, porque si Madre estaba enferma, él no querría que estuviese sola. Padre es de esa clase. Y luego pienso en Longwei, Qingshan y Yusheng, y que siempre estaban escapando y metiéndose en líos, y quizá ese día tampoco fueron a trabajar. Y luego pienso que si yo hubiese vuelto a casa, que si hubiese vuelto a casa con Niro en lugar de huir, que allí nos habríamos encontrado con todos, esperándonos.

Agitó la cabeza y guardó silencio durante un momento.

—Lamento que estés tan seguro sobre tus padres, Bingwen. Pero al menos estás seguro. Al menos sabes con certidumbre.

Era demasiado joven para tener que pensar así, pensó Bingwen. Todos eran demasiado jóvenes.

—No hace falta que vayas al norte, Pipo. Nadie va a obligarte. Yo solo pretendía llevarte a Niro y a ti a un lugar seguro. Si quieres quedarte en Garra, te basta con decirlo.

—Iremos —dijo Pipo—. Solo desearía que nos acompañase toda nuestra familia.

Bajó de la cama superior y se acurrucó en la cama junto a Niro.

Bingwen se quedó tendido sobre el colchón y miró al techo. Era la primera vez que dormía en una cama... en su casa disfrutaba de una delgada capa de espuma sobre el suelo y nada más. Este colchón era como cien de esas apiladas. Pero por blando que fuese, no fue hasta mucho después, mucho después de oír la respiración de Pipo adaptarse al ritmo del sueño, que Bingwen pudo relajar la mente lo justo para quedarse él también dormido.

En sus sueños, la fábrica ardía, los esqueletos bailaban y las llamas se alzaban para rozar el sol.

Tras desayunar, Bingwen llevó a Niro y a Pipo hasta el ascensor donde Mazer le había dicho que se verían. Para sorpresa de Bingwen, todos los miembros de la POM habían ido a despedirse.

—Bonito uniforme —dijo Deen—. Seguro que en un futuro cercano estará adornado con muchas estrellas.

—Dentro de unos años —dijo ZZ—. Cuando cumpla los diez.

Todos se echaron a reír.

Cocktail hincó la rodilla, le revolvió el pelo a Bingwen y dijo:

—Cuando el capitán O'Toole recupere la cordura y comprenda que es demasiado mayor para ser el jefe, te llamaremos, Bing.

—Ya soy demasiado viejo —dijo Wit—. El puesto es tuyo si lo quieres, Bing. Aunque me parece que eres demasiado listo para aceptarlo.

—Primero el colegio —dijo Bingwen—. Luego volveré para ponerlos en forma, Cocktail.

Todos rieron, le dieron palmadas en la espalda y le desearon lo mejor. Cuando Bingwen entró en el ascensor, con Shenzu, Pipo y Niro a su lado, se dio cuenta de que estaba muy emocionado. No fue hasta que se cerraron las puertas que comprendió que no le había dicho nada a Mazer. En el último momento había mirado a Mazer a los ojos. A continuación, se cerraron las puertas y el ascensor subió rápidamente. Quiso decirle a Shenzu que parase, que volviese a bajar, que le concediese un momento más. Pero ya era demasiado tarde.

—El transporte os llevará a Chenzhóu —dijo el capitán Shenzu—. Desde allí tomaréis el tren a Wuhan. Allí os separaréis. Toda la documentación está aquí. —Le entregó un pad de muñeca a Bingwen. No era lo suficientemente pequeño para un niño, pero era más pequeño que el modelo habitual de adulto. Bingwen se lo colocó en la muñeca y apretó la correa todo lo que pudo.

—No viajaréis solos —dijo Shenzu—. Hay un oficial de camino. Os escoltará.

El ascensor paró y salieron a una sala donde había biotrajés ajustados colgando de ganchos en las paredes. Delante tenían una esclusa cerrada. Shenzu tomó tres biotrajés del tamaño de los niños y se los entregó.

—Os los ponéis sobre los monos. Solo hay que llevarlos hasta Chenzhóu.

Bingwen se metió en su traje y cerró la parte delantera.

—¿Por qué los tienen de nuestra talla? Creía que estábamos en una instalación militar.

—Se diseñó para proteger a los miembros importantes del Partido y a sus familias —dijo Shenzu—, incluyendo a los niños pequeños. —Shenzu selló su propio traje y luego comprobó los de ellos. A continuación, atravesó la sala y abrió la esclusa. Entró la luminosa luz del sol. Bingwen levantó un brazo para protegerse los ojos. Delante tenían una pequeña pista de aterrizaje, tallada en el lateral de la montaña, a unos cien metros de altura. Allí había un transporte fórmico. Al verlo, los niños se echaron atrás.

—No hay problema —dijo Shenzu—. Es nuestro. Lo robamos y descubrimos cómo pilotarlo. Os llevará a Chenzhóu.

En el exterior había tres miembros de la tripulación realizando comprobaciones antes de partir.

—¿Me puedo sentar con el piloto? —preguntó Niro.

Pipo le tiró de la mano y le hizo callar.

—No preguntes. Nos sentaremos donde nos digan.

Shenzu abrió la puerta y les ayudó a entrar. Había asientos humanos, con cinturones de seguridad, fijados al suelo. Alguien con biotraje ya estaba bien encajado en el asiento frente a Bingwen. No fue hasta que Bingwen se puso su arnés y la puerta se hubo cerrado que pudo mirar al hombre que tenía delante. A Bingwen le llevó un segundo reconocer el rostro. Se le retorció el estómago al comprender que era el teniente Li, el oficial que había venido con un camión para llevar a la POM al Cubil del Dragón, el teniente que había querido dejar a Bingwen por puro despecho, el idiota que había insistido en que dejaran las armas en la cabina.

El descerebrado.

«Genial —pensó Bingwen—. Va a ser un vuelo agradable».

Sonrió y alargó la mano.

—Hola, soy Bingwen. Creo que no nos presentamos oficialmente. Gracias por llevarnos ese día.

El teniente miró la mano como si estuviese gangrenada.

—Cincuenta deméritos —dijo mientras lo anotaba en el pad de muñeca.

—¿Perdón? —dijo Bingwen.

—Por dirigirte de forma inapropiada a un oficial superior. Ahora perteneces al ejército, niño. Es decir, debes seguir el protocolo. No lanzas la mano contra alguien a

menos que sostengas un cuchillo y planees usarlo. Soy tu oficial superior. Por tanto, te dirigirás a mí como «señor» y «teniente Li».

—Sí, señor.

—¿No has oído lo que he dicho? —fue la cortante respuesta—. ¿Además de un ignorante eres un sordo? He dicho que te dirijas a mí como «señor» y «teniente Li».

—Sí, señor, teniente Li, señor. Mis disculpas. No conocía el protocolo.

—Cincuenta deméritos —dijo Li anotándolo también—. No te pones a parlotear cuando te da la gana, niño. No estamos en un patio de colegio. Hablarás cuando te haga una pregunta directa o te dé permiso. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Me dijeron que eras inteligente. Está claro que se equivocan. No eres adecuado para la escuela a la que te mandan. Tienes la actitud de una vaca. ¿No es así, niño?

—Es correcto, teniente Li, señor.

Prácticamente Bingwen tuvo que escupir las palabras. Le sonaban tan falsas e impropias. ¿En qué se había metido? ¿Era lo que le esperaba en el ejército una vez se graduase? ¿Imbéciles como este tío?

La tripulación ya había entrado en la cabina. Siguieron con las comprobaciones y luego despegaron. A Bingwen se le retorció el estómago cuando se dejaron caer de la montaña y se dirigieron al norte.

—¿Puedo hacerle una pregunta, teniente Li, señor? —preguntó Bingwen.

Li hizo un gesto de exasperación.

—La forma correcta de pedirlo es: «Permiso para plantear una pregunta, teniente Li, señor».

—Permiso para plantear una pregunta, teniente Li, señor.

—¿Qué?

—¿Nos acompañará hasta Wuhan, teniente Li, señor? —preguntó Bingwen—. ¿O desde Chenzhóu nos acompañará otra persona?

Las comisuras de la boca de Li adoptaron una sonrisa siniestra.

—Soy algo más que tu acompañante, niño. No me bajo en Chenzhóu o Wuhan. Yo también hago todo el camino. Soy tu nuevo profesor.



## Despoina

Lem salió de la oficina y gritó con la fuerza suficiente para que todos le oyesen.

—¿Podéis atenderme, por favor?!

Todos dejaron lo que fuese que estuviesen haciendo. Levantaron las protecciones para la soldadura, apagaron sierras. En la planta del almacén había doce vainas. Lo que era el cuerpo en sí y el sistema de propulsión los habían fabricado en la instalación de Juke, pero una vez terminadas, Lem los había traído para que los camuflasen. Había sido una propuesta de Benyawe.

—Que el equipo de aquí haga su contribución —le había dicho—. Deja que Víctor e Imala les muestren cómo se hace. Eso incrementará la moral. Volvemos a casa y vemos los vídeos de lo que pasa en China y esos nos come el ánimo. Nos sentimos indefensos. Las cajas rompedoras ya están en producción. Ya hemos equipado las naves del escudo. Ahora mismo no están haciendo casi nada. Ponlos a trabajar y ganarás esos puntos de popularidad que tanto te hacen falta.

Había tenido razón. En los últimos días el estado de ánimo del almacén había mejorado drásticamente. La gente sonreía y bromeaba. En lugar de hacerle el vacío a Lem, le saludaban y le incluían en las conversaciones. Incluso dos personas le habían dado las gracias.

—Acabo de saber del capitán Wit O'Toole, de los Policías de Operaciones Móviles —dijo Lem—. Ya tenemos equipo de asalto. Está en marcha, gente.

Vitorearon. Se abrazaron. Aplaudieron.

No, no se limitaba a aplaudir. Le aplaudían a *él*. Sonrió, levantó la mano agitando el puño. Vitorearon todavía más. Fue genial.

Pero no podía disfrutarlo. Levantó la mano para pedir silencio. Todos callaron.

—Es una buena noticia, sí. Pero todavía queda trabajo por hacer. Sigamos en ello. Cuanto antes terminemos las vainas, antes podremos dar una patada en el culo a los fórmicos.

Vitorearon como locos al oírlo. Como sabía que pasaría.

Saludó por última vez, se retiró a la oficina y cerró la puerta.

Quería contárselo a alguien. No debería llamar a Des. Debía iniciar el distanciamiento. Despoina empezaba a manifestar dependencia de él.

Respondió a su pad de muñeca personal tras el quinto tono y el rostro apareció en pantalla.

—¿Por qué me llamas aquí? —dijo en voz baja.

—¿Estás en tu mesa?

—Salí para contestar. Pensaba que habíamos quedado en que no nos llamaríamos a la oficina.

Lem se encogió de hombros.

—He comprobado tu pad de muñeca. No hay escuchas. No podía esperar para contártelo.

—¿Contarme qué?

Se lo dijo. Des quedó emocionada.

—Lo sabía. Sabía que podías hacerlo.

—Todavía no hemos hecho nada. Las probabilidades de que esto salga bien siguen siendo de una entre mil.

—No si lo llevas tú.

—No lo llevaré yo. Será Víctor.

—Tú le estás equipando. Tú eres el general, él es el mariscal de campo. ¿Cómo vas a sacarlos de China?

—Con la ayuda del ejército chino. Han confiscado algunos transportes fómicos y los han adaptado al vuelo humano. Dentro de doce horas los sacarán del país. En Kokkola subirán a una lanzadera con destino a la Luna.

—¿Dónde está eso?

—En Finlandia.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Alguien había puesto música en el almacén. Sonaba a que había fiesta.

—¿Te veré esta noche? —le preguntó Despoina.

No debería verla. Tarde o temprano los descubrirían. Había sido agradable tener algo de compañía, pero no había ninguna necesidad de darle falsas esperanzas. Hacerlo sería una crueldad.

Todavía debía estar sufriendo el subidón de adrenalina y endorfinas, porque dijo:

—En el Lado Este hay un restaurante italiano llamado La Bella Luna. Nos vemos allí dentro de tres horas.

—Pero eso es un lugar público.

—Ven con hambre —le respondió—. La lasaña de la casa es posiblemente lo mejor que he comido en mi vida.

Desconectó la llamada y fue al almacén. No conocía la canción, pero le dio igual. Agarró a la doctora Benyawé de la mano, la hizo girar una vez y luego la llevó a la pista. Lem nunca había probado a bailar en la baja gravedad de la Luna, pero aparentemente Benyawé sí. Lem apenas podía seguirla.

—¿No te gusta bailar? —preguntó Imala.

Víctor apartó la vista del terminal instalado en la polvorienta habitación que había estado usando como oficina.

—Estoy volviendo a ver los vídeos del interior de la nave. Cuando los fórmicos rajaron al piloto.

Imala hizo una mueca, entró y se sentó en una caja.

—¿Por qué lo ves de nuevo?

Víctor volvió a la pantalla.

—No lo entiendo, Imala. Lo destriparon y luego manosearon en su interior como si buscasen algo.

—Quizá no buscasen nada. Quizá lo hicieron para asegurarse de que el corazón había dejado de latir.

—Quizá.

—No podemos darle sentido, Vico. Es posible que no *haya* sentido. Al menos, ningún sentido comprensible para la mente humana.

—¿Qué hay dentro de la cavidad abdominal de un ser humano?

—No vas a dejarlo, ¿verdad?

—Venga. Fuiste a la universidad. ¿Qué hay aquí dentro? —Con el dedo trazó un círculo en el aire sobre la zona del estómago.

—Ni idea. En general, el intestino grueso y el intestino delgado.

—¿Qué más?

—Más arriba el estómago, el hígado, el duodeno...

—¿Qué es el duodeno?

—No lo recuerdo bien. Solo recuerdo el nombre porque me resulta gracioso.

—¿Qué más?

—Vesícula biliar, diafragma, riñones, páncreas. ¿Qué más da? Si buscaban alguno de esos órganos, lo habrían sacado.

—Bien visto. El hecho de que no sacasen nada da a entender que buscaban un órgano que no está. —Pensó un momento—. Y la verdad es que es imposible que conozcan nuestra anatomía. No han tenido tiempo. La única anatomía que conocen de verdad es la suya propia.

—¿Quieres decir que buscan uno de *sus* órganos? Eso no tiene sentido.

—Sí que lo tiene —dijo Víctor—. Quizá posean un órgano muy importante que en ellos realiza una función vital, y quieren comprobar si nosotros también lo tenemos.

—¿Como qué?

Víctor se encogió de hombros.

—Podría ser cualquier cosa. Quizá sea el órgano que les permite comunicarse de una mente a otra.

—No estamos seguros de que sean capaces de hacer tal cosa.

—De alguna forma se comunican, Imala. Y no es hablando.

—¿Ya había pasado antes? ¿Alguien había visto a los fórmicos hacerlo? Me refiero a destripar a alguien y rebuscar en su interior.

—¿Por qué?

—¿A cuántos fórmicos tendrías que abrir para comprobar si tienen riñones como los nuestros?

Víctor comprendió de inmediato. Si los fórmicos buscaban un órgano en concreto, les bastaría con mirar en el interior de una persona para comprobar si estaba.

Imala acercó la caja al terminal y juntos buscaron en las redes. Rápidamente dieron con docenas de horribles imágenes de gente destripada por toda China.

—Las imágenes tienen fechas diferentes —dijo Víctor—. Algunas al comienzo de la guerra, otras esta misma mañana.

—Eso descarta tu hipótesis —dijo Imala—. Si buscasen un órgano, hace tiempo que habrían dejado de destripar gente porque desde el principio sabrían que no lo tenemos.

—A menos que los distintos fórmicos dispersos por China no se hablen entre sí y no sepan lo que han descubierto o dejado de descubrir otros fórmicos.

Imala se puso en pie.

—A eso me refiero, Vico. No tiene sentido dar vueltas con las elucubraciones. No sabemos lo que se les pasa por la cabeza.

Víctor se recostó en la silla.

—Pero si pudiésemos comprenderles, Imala, si pudiésemos saber lo que piensan, quizá no haría falta luchar.

—No creo que importe, Vico. No parece que les guste negociar.

A eso Víctor no supo qué responder.

Imala se apoyó contra la pared.

—¿Estás preparado para todo esto? ¿La POM? ¿Las vainas? ¿La nave?

Víctor inspiró y se inclinó hacia delante todavía sentado.

—Si me pasase algo, en este terminal hay un mensaje. Quiero que se lo envíes a mi madre en el Cinturón. Ya está todo programado. Es este de aquí. Le das dos veces y se enviará.

—Cuando todo esto termine, podrás escribirle otra carta y enviársela.

—Hablo en serio, Imala. Prométeme que lo harás. No pido más.

—No te va a pasar nada, Vico. Eso es lo que yo te prometo. No *permitiré* que te pase nada.

—No puedes cumplir esa promesa, Imala.

Se echó a reír.

—No me conoces muy bien, ¿verdad, Vico?

—¿De verdad es el mejor momento para ponerse a descorchar el champán? —dijo Ramdakan—. Ni siquiera habéis iniciado el asalto.

Estaban en la oficina de Lem. Sentados. Ya no había música ni baile en el almacén. Todos habían vuelto al trabajo.

Lem había colocado una imagen de la ciudad de Imbrium en las cuatro paredes, por lo que daba la impresión de que él y Ramdakan estaban sentados en medio de un parque en el mismo centro de la ciudad. Ramdakan no dejaba de secarse la cabeza con un paño y daba sorbos a un vaso con tapa que Lem le había dado.

—Las fiestas incrementan la moral, Norja —dijo Lem—. Deberías probar alguna vez. Así quizá la gente disfrutase de trabajar contigo.

Norja puso cara de horror.

—¿Por qué iba a querer que la gente *disfrutase* trabajando conmigo? —Lo dijo como si escupiese veneno—. Se volverían unos vagos complacientes.

Lem dio un sorbo a su bebida de fruta.

—Por qué no me sorprende descubrir que esa es tu filosofía. Por otra parte, eres el director financiero de mi padre. Algo debes estar haciendo bien.

—Lo que me lleva a la razón para venir.

—¿No viniste a bailar? —preguntó Lem.

Ramdakan ignoró el comentario.

—Los chinos han confiscado y adaptado varios transportes fórmicos. Eso es un grave problema.

—En realidad, resulta extremadamente conveniente. Así es como los miembros de la POM saldrán de China. Pero supongo que eso también lo sabías. Dime, ¿qué miembro de mi personal es la fuente de esa información? Me gustaría saberlo para poder tirarle de las orejas.

Ramdakan extendió las manos y sonrió sardónico.

—Por favor, Lem. Lo contaste en un almacén lleno de empleados de Juke. ¿Pensabas que esa inteligencia no me acabaría llegando?

—Me gusta que lo llames «inteligencia». Suena militar. Ese es mi negocio ahora mismo, ya sabes. Operaciones militares. Oh, espera, tu topo también te lo contó, ¿no es así? Por Dios, los soplones estropean toda la diversión.

—¿Durante un rato podrías dejar de comportarte como un adolescente?

Lem se recostó con las manos tras la cabeza.

—No, Norja, no lo haré. Yo soy así. Crees que no tengo ni la más mínima opción de lograr nada en esta empresa, todo el Consejo me desprecia, ¿por qué iba a molestarme en fingir para ti? Soy Lem Jukes, ¿recuerdas? El hijo de Ukko Jukes, eternamente atrapado bajo la sombra de su padre. ¿No es lo que me dijiste, Norja? ¿Algo de ese estilo?

—No hablamos de ti, Lem. Hablamos de la empresa.

Lem se inclinó hacia delante.

—Permíteme que te explique con detalle por qué estás aquí, Norja. Me interrumpes si me equivoco. Estás picado porque acabas de descubrir que China puede usar transportes fórmicos. Cosa que te horroriza por dos razones. Primero, que no lo supieses ya, lo que significa que tus líneas de espionaje en China ya no existen. Y segundo, estás acojonado porque uno de nuestros principales competidores,

WU-HU, tiene su sede en China y con casi toda seguridad podrán conseguir esa tecnología fórmica, que rápidamente descubrirán cómo funciona y luego emplearán para lograr enormes ventajas económicas.

—Sí, pero...

Lem levantó un dedo.

—He cambiado de opinión. No me interrumpas. Acabo de empezar. ¿Por dónde iba? Ah, sí, descubrir cómo funciona.

»Y ahora estás aquí, Norja Ramdakan, abogado, miembro responsable del Consejo, en mi oficina para dejarme clara la importancia de conservar la tecnología fórmica que hay en el interior de la nave nodriza fórmica. Después de todo, contiene el secreto para el viaje interestelar. Nuevos sistemas de propulsión, sistemas de soporte vital automantenidos, aleaciones alienígenas, navegación avanzada, una nave que puede viajar a una fracción importante de la velocidad de la luz. La lista de regalos es bien grande. Y cada uno de esos artículos es en sí mismo una fortuna que espera a ser ganada.

»Con tesoros así en las manos de Juke Limited, nada ni nadie podría detenernos. Seríamos la entidad corporativa más poderosa y rentable de los próximos siglos. Abriríamos las estrellas para la humanidad, conservando para siempre nuestra especie por el simple procedimiento de esparcirla por el universo. ¿Voy acertando?

Ramdakan se aclaró la garganta.

—Sí, bien, está claro que comprendes lo que nos jugamos. Pero...

—Pero la pregunta para la que no tienes respuesta es: ¿cómo conservamos algo que estamos a punto de destruir?

—Es una pregunta razonable —dijo Ramdakan.

—Sí que lo es, y la respuesta es: no es posible. Sí, podrías conservar algo de tecnología, pero no puedes salvarla toda. Estamos en guerra, Norja. Una vez que se despeje el humo podremos recuperar los trozos y comprobar qué hemos conseguido. Pero no vamos a anteponer la hoja de beneficios al destino de la Tierra. Al menos mi padre y yo estamos de acuerdo en ese punto.

—Es posible tomar precauciones, Lem. Podemos dar ciertos pasos preliminares para garantizar que se preserve toda la tecnología posible.

—Ya lo estoy haciendo. Víctor Delgado y yo ya lo hemos hablado. Sabe que hay que conservar toda la tecnología que sea posible. Comprende el valor de la nave.

—No es un empleado de Juke.

—¿Qué importa?

—Al equipo legal le preocupa que sus abogados puedan invocar la ley de salvamento, afirmando que le corresponde un porcentaje de todo lo que salga de la nave.

—Ah, los abogados. Sí. No podemos olvidar a los abogados. Esos maravillosos y queridos abogados. E imagino que lo mismo vale para los otros miembros del equipo de asalto. Mazer Rackham, la POM...

—Deberían firmar documentos donde aceptasen renunciar a todos los derechos de propiedad.

Lem se echó a reír y negó con la cabeza.

—Bienvenidos al equipo, chicos. Por favor, firmad estos formularios para que nosotros seamos ricos en lugar de vosotros.

Ramdakan se mostró molesto.

—Actúas como si no fueses un miembro de la empresa, Lem. Te recuerdo que hablamos de una operación de Juke Limited. Es posible que tú la hayas iniciado, pero lo has hecho como empleado de la empresa haciendo uso de recursos de empleado.

—Señaló la puerta—. Esos ataúdes de ahí fuera son propiedad de la empresa, no tuya.

—Son vainas —dijo Lem—. Llamarlos ataúdes da mala suerte. Me obligas a pedirte que te tires sal sobre el hombro derecho unas cuantas veces. ¿O es el izquierdo? Nunca me acuerdo.

Ramdakan apretó los dientes.

—Me alegra que todo te parezca tan gracioso, Lem, pero recuerda quién manda aquí.

—Déjame adivinar: no soy yo.

—El Consejo. Y, sinceramente, no les alegra que Víctor Delgado o Imala Bootstamp participen de cualquier forma en esta operación.

—¿De verdad?

—¿Quién sería responsable si les pasa algo, Lem? ¿La empresa? Por ahí nos meteríamos en un laberinto judicial infernal. Es lo último que queremos.

De pronto Lem se puso furioso.

—Te equivocas, Norja. Lo último que queremos es tener a los fórmicos echándonos gas a la cara con esas lanzas de fumigar tuyas para fundirnos la carne sobre los huesos. Que es justo lo que *pasará* si no destruimos la nave, cosa que vamos a hacer *con* Víctor e Imala. Así que a menos que tengas algún otro punto del que hablar, voy a tener que despedirte para que vuelvas al lado agradable de la Luna.

—No me quieres como enemigo, Lem.

—No, te quiero como amigo ausente. ¿Hemos terminado?

—Si no cedes en lo de Víctor, me indicaron que no insistiese. Pero el equipo de asalto debe contener al menos un ingeniero de Juke. Alguien que pueda valorar la tecnología antes del ataque.

—Solo hay doce vainas, Norja. Si cedo una, perderé un miembro de la POM.

—Entonces retrásalo y fabrica más.

—No vamos a retrasarlo.

—Entonces, hazle sitio a un ingeniero.

—Vale. Se lo diré a la doctora Benyawe.

Ramdakan se echó a reír.

—¿Benyawe? ¿Cuántos años tiene? ¿Sesenta?

—A una mujer nunca se le pregunta su edad, Norja. ¿No sabes que es de mala educación?

—No puedes estar hablando en serio.

—Es la mejor ingeniera de todo el personal y confío más en ella de lo que confío en mí mismo. No sé ni por qué no se me había ocurrido antes. Para Víctor tenerla podría ser de gran ayuda.

—No es capaz físicamente.

—No va a estar lanzando balas de heno, Norja. Se limitará a observar, registrar, documentar y asesorar. Y se conserva asombrosamente en forma. Sospecho que podría derribarte y retenerte en el suelo.

—Al Consejo no le va a gustar.

—Cosa que me deja tristísimo por dentro, Norja. De verdad, se me rompe el corazón. Quizá pueda compensar al Consejo entregándole a la empresa la tecnología más valiosa jamás vistas. —Se puso en pie—. Ahora, si me disculpas, tengo muchas cosas de las que ocuparme.

Fue hasta la puerta y la abrió. Renuente, Norja se puso en pie. Lem lo acompañó hasta el exterior del edificio para asegurarse de que se iba. No fue hasta volver al edificio que Lem vio al equipo de vídeo. Dos cámaras, con enormes focos en los hombros, filmaban a los trabajadores, a los que Unna entrevistaba. La misma periodista danesa de pelo corto color rosa que había entrevistado a Lem en su apartamento. En esta ocasión llevaba un mono azul muy ajustado que dejaba la misma cantidad de piel al descubierto.

Simona, con el holopad en la mano, se encontraba a un lado del equipo de vídeo. Vio a Lem y se le acercó rápidamente.

—Antes de que te pongas como una furia, escúchame.

—¿Qué hacen esa mujer y sus cámaras en mi almacén? —Esquivó a Simona—. Eh, el de la cámara, no di permiso para grabar. ¡Apágala!

El cámara, pillado por sorpresa, se giró hacia él, cegándole con los focos.

Unna, la periodista, sonrió y mantuvo la calma.

—Señor Jukes, el hombre con el que quería hablar.

Lem se protegió de la luz.

—Unna, dile a tus chicos que apaguen las cámaras.

—Hemos venido invitados por Juke Limited, señor Jukes.

—Apagad las cámaras o las destrozaré personalmente.

Unna dejó de sonreír. Se giró hacia las cámaras y se pasó un dedo por la garganta. Los cámaras apagaron los focos y las cámaras.

Lem alargó la mano.

—Ahora quiero las tarjetas de datos.

Los cámaras vacilaron.

—¿Podemos hablar en privado, Lem?

Ahora se había formado una multitud.



—Entregadme las tarjetas o presentaré una demanda tan contundente que vuestras cabezas no dejarán de dar vueltas.

Los cámaras miraron a Unna. Esta asintió. Sacaron las tarjetas de datos de las cámaras y se las entregaron. Lem se las guardó en el bolsillo y se dio la vuelta.

—Simona, hablemos.

No fueron a su despacho. Lem temía gritar tanto que le oyesen en el almacén. Así que fueron al otro lado, a una sala de almacén donde guardaban el equipo de calefacción y aire acondicionado.

—Qué lugar de reunión más agradable —comentó Simona.

Él se cruzó de brazos.

—Estoy esperando.

Simona dejó caer los hombros y exhaló.

—Fue idea de relaciones públicas. Estamos haciendo algo histórico. Querían preservarlo.

—¿Y para qué?

Simona lanzó las manos al aire.

—Lo que sea que hacen con estas cosas. Notas de prensa, vídeos corporativos, documentales de la empresa. Tenemos mucho archivo de grabaciones como esta, Lem. Lo hacemos con todos los proyectos importantes. Es lo normal.

—Esto no lo hacemos como promoción, Simona. No es ningún producto para el catálogo. Hablamos de acabar con el sufrimiento humano. Si encendemos las cámaras damos la imagen de ser oportunistas e hipócritas.

—Es lo mismo que les dije a relaciones públicas. Les dije que no estarías de acuerdo. Me dijeron que lo hiciera igualmente.

—Quiero que se vayan.

—Bien.

—¿Bien?

Simona se encogió de hombros.

—No voy a discutir. Estoy de acuerdo contigo.

—Es la primera vez.

—Siempre la hay.

Lem se dio cuenta de que su aspecto era diferente.

—Te has cortado el pelo —dijo—. Lo tenías más largo.

—Sí. Me hacía falta un cambio.

—Me gusta. Es bonito.

Simona enrojeció. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Sí, bien, hay algo más que debes saber, Lem. Y no se me ocurre ninguna otra forma de decirlo.

—Te escucho.

—Como sabes, me ocupo del calendario de tu padre, y también de las comunicaciones que recibe. A veces veo lo que se supone que no debo ver.

—¿Como qué?

Tocó el holopad y se lo pasó.

Era un correo de Despoina a Padre. Se trataba de un resumen de la conversación que Despoina y Lem habían mantenido la noche antes. Contenía todos los detalles que él le había contado sobre la misión. En su mayoría información sin importancia, pero incluía algunos buenos elementos sobre lo que Víctor planeaba hacer en el interior de la nave.

Lem no lo leyó completo. No hacía falta. Le devolvió el holopad a Simona. Sentía la boca seca. No la miró.

—Gracias por mostrármelo.

—Lem... lo siento.

—No lo sientas.

—¿Quieres hablar?

—Para nada.

Simona asintió.

—Bien... iré a llevarme a los del vídeo antes de que vuelvan a grabar. —Se detuvo un segundo como si tuviese la intención de decir algo más. Pero se lo pensó mejor y se fue.

Lem se quedó solo, mirando fijamente un gigantesco inductor de calor. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Había enredado a Des para obtener información sobre Padre cuando desde el principio Padre jugaba a lo mismo. Solo que Padre lo había hecho mejor. Padre había sabido que Lem probaría esa táctica. Así que había tendido la trampa y Lem había entrado solito.

Claro que sí, Lem iría a por la mujer más tímida y más vulnerable del despacho. Sería una presa fácil. Por tanto, Padre había contratado una... ¿una qué? ¿Una prostituta? ¿Eso era ella? ¿Una mujer de la noche? ¿Una actriz que no había logrado el éxito al que aspiraba y, por tanto, se había conformado con trabajos de actriz algo diferentes?

Ahora todo le resultaba evidente. La timidez del primer día en el despacho, el cebo, haciéndole creer que se la estaba ganando a base de encanto.

Se preguntó qué elementos de su vida eran reales. ¿Algo era real? Quizá realmente fuese de San Diego. Sería la forma de proceder más segura. Así podría hablar con toda confianza. Nombres de calles y detalles similares. Sería muy arriesgado decir ser de algún lugar que no conociese.

Se había acostado con ella. Y sinceramente había creído que era especial. No todas las veces, claro; estaba la fase de empezar a conocerse. Pero ahora, considerar que toda la torpeza de ella, todas sus inseguridades, todos los momentos, todas sus miradas, todas sus risas, todas sus sonrisas, todo era mentira... Tenía ganas de

vomitara. Ella era una mentira de pies a cabeza. La persona más vil y falsa del mundo. Le había utilizado una y otra vez.

¿Por qué le había contado tantas cosas? ¿Por qué se había comportado como un estúpido? Por supuesto, ella buscaba información. Claro que tomaba notas. Oh, sí, de vez en cuando le ofrecía un caramelo de información, para mantener la ficción de que le informaba... todo eran mentiras evidentes.

Comprendió que todo eso explicaba el súbito cambio de personalidad. Era tímida y de pronto al día siguiente había salido del cascarón. Había dado por supuesto que era el resultado de toda la atención que él le había dedicado. Lo que la había hecho sentir especial. Claro que iba a sentir más confianza. Pero no, simplemente pasaba de la fase uno a la fase dos.

«Ha sido muy rastrero, Padre. Incluso para tus estándares».

Comprobó la hora. Pronto tendrían que ir a cenar. Evidentemente, eso era imposible a esas alturas. No podría volver a verla. Le conmocionaba la idea de que había estado a punto de mostrarse en público con ella. Vaya una estupidez. Casi con toda seguridad los habrían fotografiado. Y luego el mundo se pondría frenético, deseando saber quién era esa mujer. Bastaría con una búsqueda rápida en las redes para dar con su verdadera identidad. No quería ni pensar en las otras fotos de ella que podría haber por ahí.

Se imaginaba bien los titulares al revelarse su verdadera identidad. Lo veía claramente.

«¿Cuál era la jugada final, Padre? ¿Humillarme ante el mundo?».

De todas las lecciones vitales que Padre le había impartido, esta era la que más dolía. Era tan amenazadora, tan repugnante, tan horrible como punto de partida, que Lem tuvo que apoyarse contra la pared. «¿Tan poco me valoras, Padre? ¿Esto es lo que soy para ti?».

«Lo hiciste tú mismo, Lem —era lo que le diría Padre—. No te obligué a flirtear con la secretaria. No te obligué a entregar información. Fue todo cosa tuya».

¿Lo más triste de la situación? Él mismo le habría contado los mismos detalles a Padre si simplemente le hubiese preguntado.

Dedicó un momento a tranquilizarse, a ordenar las ideas. Se puso a llamar. Conocía a gente, a la que Ramdakan pagaba en secreto. Policía, Departamento Comercial Lunar, pilotos de lanzaderas. Lem nunca había tratado con ellos, pero sabía que Ramdakan los empleaba a menudo.

Las instrucciones que dio fueron muy precisas. Irían de noche a la casa de Despoina. La arrestarían. No sería muy complicado plantar pruebas. Las drogas sería lo más sencillo, pensaba Lem, pero lo dejó a decisión de los agentes. Ellos eran los profesionales. Debería salir de la Luna en la primera lanzadera con destino a la Tierra, con su visado lunar revocado de por vida. No debían hacerle daño —Lem no iba a rebajarse a ese nivel—, pero debían ser rápidos. Si lloraba, si la experiencia la alteraba, bien, quizá ella tendría que replantearse sus opciones laborales. Transfirió

fondos de sus cuentas secretas a los lugares que le indicaron. Todo le llevó menos de diez minutos.

El arresto tenía que ser una sorpresa. Sospecharía si no iba al restaurante. Le envió un mensaje de texto pidiéndole disculpas y preguntándole si a cambio podían desayunar. Dio el nombre de una cafetería que estaba cerca del apartamento de ella. Ella le respondió diciéndole que no trabajase demasiado. Tenía que descansar.

Lem casi se arranca el pad de muñeca y lo tira al suelo.

Quería que ella supiese que al final no le había derrotado. Le escribió un duro mensaje, llamándola lo que era en realidad. Programó el pad de muñeca para enviarlo dos días después, cuando ya estuviese en la Tierra.

Al terminar se dio cuenta de que estaba a punto de llorar. Esa mujer le gustaba. Era lo que más le dolía. Se había encariñado. Con el tiempo, comida tras comida, momento tras momento, sinceramente había acabado gustándole.

No había ninguna palabra para lo que ahora sentía por Padre. Odio no le hacía justicia.

## El tren

Para cuando el transporte fórmico pasó por encima de la cordillera Jiuyi y llegó a la provincia de Hunan, Bingwen había visto más aeronaves fórmicas en el cielo de las que le interesaba contar. Algunas ibas en grupos de dos o tres, volando tan juntas que las alas casi se tocaban. Otras volaban en grupos de una docena o más, todas muy cerca y volando como si fuesen una única nave... como un enjambre de abejas con una única mente.

El transporte no tenía ventanas, pero en la cabina principal había instalado una terminal grande. En ella había seis pantallas activas, conectadas con los sensores y cámaras del exterior.

—Ahí —dijo Niro, señalando un grupo de nubes en la pantalla—. Cuatro más, entrando y saliendo de las nubes. ¿Las ves? —Estaba sentado junto a Bingwen. Tenía el arnés de seguridad algo suelto alrededor de su pequeño cuerpo.

El teniente Li estaba sentado enfrente, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

—Dejad de moveros y guardad silencio. Los fórmicos creen que somos un transporte más. No nos molestarán.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Niro.

Li abrió los ojos y miró fijamente al niño.

—Porque si les dejamos en paz ellos nos dejan en paz. No hacen caso a las aeronaves que no son agresivas. Es un hecho que descubrimos demasiado tarde. Además, el ejército no me colocaría en una nave donde hubiese riesgo.

—¿Por qué no? —preguntó Pipo.

—Porque soy una persona importante. Voy a ser profesor en un colegio muy especial. El ejército quiere que esté seguro. Están tomando todas las precauciones posibles para que llegue a mi destino.

—Quizá Bingwen sea la persona importante —dijo Pipo—. Quizá el ejército quiera garantiza *su* seguridad. Quizá usted sea una de las medidas que han implementado para mantenerle a *él* seguro.

«Eso no ha sido muy inteligente —pensó Bingwen. Intentó llamar su atención—. No hables de más, Pipo, calla».

Li miró a Pipo como si fuese algo que se le hubiese pegado a la suela del zapato.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Pipo.

—¿Y dónde están tus padres, Pipo?

Pipo perdió la confianza en sí misma.

—No... no lo sé.

—Es una lástima. Porque si lo supieses, les enviaría una nota contándoles que tienen una hija muy poco respetuosa. ¿Cómo te atreves a hablarle así a una persona mayor? ¿Careces de honor?

Pipo miró al suelo.

—Si tus padres no han venido a buscarte a estas alturas supongo que están muertos, cosa que probablemente sea lo mejor para ellos. Al menos así no tendrán que ver en qué te has convertido.

Pipo levantó el rostro con una expresión de asombro absoluto. Luego dejó caer el cuerpo contra el arnés y se puso a gemir entre las manos.

—Sí, sí —dijo Li—. Lloro, lloro. Quizá en el futuro hables con más precaución. —Volvió a echar la cabeza atrás y cerró los ojos.

Bingwen alargó la mano y la colocó sobre la espalda de Pipo. Ella la agarró como si fuese una cuerda de salvamento. A Bingwen le hubiese gustado decir algo, pero lo que dijese no haría más que incordiar a Li y empeorar las cosas.

Una hora más tarde el piloto anunció que iniciaba la aproximación a Chenzhóu. Bingwen observó la pantalla del terminal mientras volaban sobre la ciudad y se dirigían a la estación de ferrocarril. En la entrada de la estación se acumulaban decenas de miles de personas, una multitud tan enorme que se extendía por varias calles hacia el sur.

—¿Por qué hay tanta gente? —preguntó Niro.

—Todos quieren ir al norte —dijo el teniente Li—. Cuando aterricemos, quedaos muy cerca de mí y moveos rápido.

El transporte aterrizó en un helipuerto situado dentro de la zona vallada adyacente a la estación. Había multitudes apiñadas contra la valla. Gritaron y se empujaron unos a otros para apartarse del transporte.

—Creen que somos fórmicos —dijo Bingwen.

Li deslizó la puerta y salió.

—Todo va bien —gritó—. Somos humanos. Tranquilidad.

A Bingwen le dieron ganas de llorar al ver el alivio en las caras de la multitud. Madres con bebés, niños, ancianos. Algunos muy bien vestidos, otros cubiertos de harapos. Muchos llevaban equipaje. Creían que habían estado a punto de morir.

Li les indicó que saliesen.

—Deprisa. —Les llevó por la acera hacia la estación. Bingwen agarraba con fuerza las manos de Pipo y Niro.

La gente de la valla gritaba al verlos pasar.

—Dejadnos entrar.

—Abrid la valla.

—Mi hija está enferma —gritó un hombre mientras levantaba a una niña muy pequeña.

—Pagaremos.

Los niños extendían los brazos, con las palmas hacia arriba, rogando.

Bingwen se sentía indefenso.

Había un par de guardias vigilando una entrada lateral que daba a la estación. Saludaron al ver aproximarse a Li. Uno abrió la puerta. Al otro lado había un vestuario de empleados. Al cerrarse la puerta, Li se quitó el biotraje y a cada uno le dio una bolsa de plástico resistente.

—Meted los biotrajes en la bolsa. Llevad la bolsa encima en todo momento. No la dejéis por ninguna razón. Si lo hacéis, os la robarán. En el tren solo llevad el mono marrón hasta que oigáis la alarma. Entonces os ponéis el biotraje a toda velocidad.

—¿Cómo suena la alarma? —preguntó Pipo.

—Suena a alarma —dijo Li—. Ahora moveos.

Bingwen se quitó el biotraje con rapidez y lo guardó en la bolsa. Al terminar, Niro se abrazó con fuerza a la bolsa. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo.

Pipo le pasó el brazo por encima.

—Todo irá bien, Niro. Bingwen cuidará de nosotros. Vamos a ir en un tren magnético muy rápido. Siempre habías querido probar uno, ¿no?

Niro asintió.

—Ahora tendrás la oportunidad —dijo Pipo.

—Id justo detrás de mí —dijo Li.

Los llevó por unas puertas dobles para entrar en una de las terminales principales. A la derecha de Bingwen en las plataformas de cemento estaban estacionados media docena de trenes de alta velocidad para pasajeros. Todos tenían las puertas abiertas y cargaban pasajeros. Más allá de los trenes y el techo abovedado de la estación se encontraban las vías magnéticas y la lejana seguridad del norte.

A la izquierda de Bingwen lo que había era caos. Había miles de personas atestando la entrada principal. Un centenar de soldados armados hacían lo posible por mantener el orden. Algunos incluso llevaban perros sujetos por correas cortas. Otros gritaban órdenes: «¡Haced cola! ¡No empujéis! ¡Uno a uno!».

Habían montado barreras para llevar la gente a una larga fila de mesas, donde había soldados sentados con holopads. Uno a uno los civiles se acercaban y colocaban el rostro en el holocampo. Aparecía una ventana de datos con la identificación de la persona, su dirección, foto e historial médico. Los soldados pasaban rápidamente los datos. Si el civil superaba la inspección, el soldado lo dejaba pasar y le ordenaba ir a una de las plataformas donde esperaban los trenes. En los trenes había más colas, y los soldados volvían a comprobar y asignaban puertas.

A un hombre le dijeron que no podía pasar. El soldado señaló la salida y le dijo que se fuera. El hombre se puso hostil, gritando y agitando los brazos. Aparecieron dos soldados que se lo llevaron sin contemplaciones a la salida. El hombre no dejó de

patalear, resistirse y maldecir. Un tercer soldado actuó y golpeó al hombre en la cabeza con la culata del rifle. A pesar del escándalo Bingwen oyó el golpe. El hombre se calló de pronto y quedó inerte. Los soldados lo arrastraron por unas puertas que daban al exterior y lo tiraron al cemento.

—Por aquí —dijo Li—. No os separéis.

Bingwen no precisaba que se lo repitiese. Mantuvo bien agarradas las manos de Niro y Pipo sin despegarse del teniente Li. Se abrieron paso entre las multitudes cerca de los trenes. El teniente Li gritaba para que les dejasen pasar. El tono de mando de la voz exigía obediencia. La gente se movía.

A llegar al quinto tren, Li se abrió paso hasta la cabecera de la cola, allí donde los soldados cargaban a la gente.

Li saludó a un capitán y señaló a Pipo y a Niro.

—Estos dos, señor. Órdenes del Cubil del Dragón.

Li mostró el pad de muñeca. El capitán mostró el suyo propio, lo usó para tocar el de Li y leyó la información transferida. A continuación, el capitán chasqueó los dedos para llamar a un soldado que estaba a su derecha.

—Dos huérfanos. Coche doce.

La soldado se acercó y tomó a Pipo y a Niro de la mano.

—Por aquí, por favor.

Y se llevó a Pipo y a Niro, por la plataforma donde no se permitía el acceso de la multitud, hasta un coche cerca de la parte delantera del tren. Pipo y Niro miraron a Bingwen, sin saber qué hacer, con miedo, indefensos.

«¿Qué está pasando?», se preguntó Bingwen. ¿Li y él no iban a subir también al tren?

No. Un instante después Li se llevó a Bingwen, guiándole hasta el otro lado de la terminal.

Comprendió que abandonaban a Pipo y a Niro. Cada uno seguía su camino sin explicaciones y sin adioses. Bingwen quería resistirse, argumentar, protestar, preguntar. Miró al tren. La multitud que aguardaba para subir ya había tapado el hueco. No veía a Pipo y a Niro.

Durante un instante, Bingwen pensó en soltar la mano y correr al tren. Pero ¿de qué le serviría? Los soldados se limitarían a atraparle y Li se pondría furioso.

Delante había otra puerta con soldados haciendo guardia. Les dejaron pasar. Ahora estaban en una segunda terminal, idéntica a la anterior... solo que esta estaba vacía. No había multitudes. Ni trenes. Ni soldados. Li no dejó de caminar.

Dedicó una mirada a Bingwen y sonrió.

—Estás furioso conmigo. Tu carita es una máscara, pero sé que estás furioso.

Bingwen no respondió.

—No te di la oportunidad de decir adiós. Crees que los abandoné.

Bingwen mantuvo la cabeza gacha, sumiso.

—Hizo usted lo que consideró más correcto, teniente Li, señor.



—¿Y no estás de acuerdo?

—Es usted el oficial al mando. No me corresponde estar en desacuerdo.

Li se echó a reír.

—Aprendes rápido, niño. Pero venga, te doy permiso para hablar con libertad. Suéltalo. No recibirás castigo independientemente de lo que digas.

Bingwen sabía bien que era mentira. Era posible que Li no le diese ningún demérito, pero se enemistaría con Bingwen si decía lo que pensaba. No, era mejor callar.

Pasado un momento, Li soltó la mano de Bingwen.

—Veo que te he vuelto demasiado precavido. Muy bien. Te ordeno hablar, niño. Un soldado que no es capaz de pensar por sí mismo no sirve de nada a su ejército.

Bingwen escogió las palabras con sumo cuidado.

—No quiso provocar una escena. Una larga despedida habría resultado en llantos y objeciones. Una separación instantánea era la mejor opción. Había gente esperando para subir. Las emociones estaban a flor de pie. Advertirnos antes de tiempo habría complicado la salida.

Li asintió satisfecho.

—Un buen oficial debe hacer lo más prudente, niño. Nunca lo que es conveniente. No os avisé de antemano porque en la guerra los avisos de antemano se dan en muy pocas ocasiones. ¿Nos avisarían los fórmicos de un ataque? ¿Nos enviarían un holo antes de gasearnos? Jamás.

«No somos fórmicos —es lo que Bingwen hubiese querido decir—. Somos humanos. Todavía poseemos decencia humana. Todavía podemos ser generosos». Pero en voz alta no dijo nada.

—Aprende la lección, niño. Mimar a los débiles es debilitarlos aún más. ¿En la batalla llevarías de la mano a tus soldados? ¿Les besarías sus rasguños y les dirías que los monstruos no existen? Porque ahora *hay* monstruos, Bingwen. Monstruos de verdad. Monstruos que llegan con la noche, te abren el estómago de un lado a otro y juegan con tus entrañas. A los soldados no se les hace ningún favor tratándolos como si fuesen delicados cuencos de cristal. Sí, esos niños son jóvenes, pero una lección de dolor no hará sino reforzarlos. La medicina que precisan es el miedo. Así es como mantenemos a los soldados atentos y con vida. Ser amables, ser delicados, es mentir. Les hace bajar la guardia. Lo más destructivo que puede hacer un comandante es ser su amigo.

En ese momento Bingwen casi dejó de caminar. Si el ejército era eso, si era así como esperaban que tratase a los demás, no quería formar parte.

Miró a la izquierda; la salida estaba a veinte metros. Si se echaba a correr, si pasaba por ese molinete y llegaba a las puertas, era posible que llegase al exterior y se perdiese entre la multitud antes de que Li pudiese agarrarle.

Pero en ese momento Bingwen recordó los rostros al otro lado de la valla. El miedo, la desesperación. Sabían que los fórmicos avanzaban hacia el norte.

No, no podía echarse a correr. Todavía no. Li era el billete para salir de la zona de batalla. Si quería escapar, podría hacerlo más tarde. Por ahora, su única opción era seguirle, obedecer y conservar la esperanza de que Niro y Pipo le perdonasen.

Li llegó al final de una plataforma, donde bajaron una pequeña escalera hasta el suelo y fueron en dirección norte hacia la estación de clasificación. Siguieron una de las vías magnéticas. Bingwen podía oír el zumbido de la corriente y se preguntó qué pasaría si pisaba la ancha superficie metálica.

Cada veinte metros más o menos, había un separador en las vías, formado por una goma gruesa y negra, donde cruzaron, dirigiéndose al oeste atravesando la estación de clasificación. Pronto llegaron a una vía lateral corta donde esperaban una fila de vagones de mantenimiento. Había soldados haciendo guardia. Comprobaron las credenciales de Li. A continuación, el oficial jefe tocó su pad de muñeca y uno de los vagones de mantenimiento avanzó flotando por la vía. Era un pequeño vagón sin techo para dos pasajeros, con una plataforma en la parte posterior para llevar herramientas y suministros.

—Sube —dijo Li.

Bingwen lo hizo y Li le imitó, tocando la consola frontal con el pad de muñeca. El vagón avanzó por la vía, tan lisa como el cristal, moviéndose por sí mismo. Cambió de vías en algunos momentos y luego se dirigió al oeste atravesando la zona norte de Chenzhóu, dejando atrás la estación.

Se notaba que hasta hacía poco Chenzhóu había sido una ciudad en expansión. Pero ahora las carreteras estaban desiertas y las fábricas guardaban silencio. Los altos complejos de apartamento estaban vacíos y abandonados.

—Hace tres semanas se produjo una evacuación voluntaria —dijo Li—. La mayoría se fue en ese momento. Los que se quedaron no tenían adónde ir en el norte o quizá nunca hubiesen viajado y tuvieron miedo de partir. En cualquier caso, ahora la evacuación es obligatoria. Esos eran los de la estación. Los rezagados. Los estúpidos. Que eso también te sirva de lección. Cuando te dan una orden, será mejor que la obedezcas.

—Permiso para plantear una pregunta, teniente Li, señor.

—Pregunta.

—¿Los trenes seguirán funcionando hasta que todos estén a salvo?

—Algunos podrán salir de la ciudad. La mayoría no. Los trenes pararán pronto. No podemos permitir que se contaminen. Los que se queden atrás tendrán que arreglárselas como puedan. —Le sonrió—. Así que comprobarás que he salvado la vida de tus amigos. No soy tan cruel como te parezco.

«Los subió a un tren, como se le había ordenado —pensó Bingwen—. Hizo justo lo mínimo que se le exigía. Fue cruel cuando podría haber sido benévolo».

—Gracias, teniente Li, señor —fue lo que dijo en voz alta.

La vía giró al norte y de pronto Chenzhóu quedó atrás. Bingwen se preguntaba a dónde iban. No podía ser que todo el camino lo hiciesen en un vagón de

mantenimiento.

Tras unos cien metros, la vegetación y los árboles empezaron a aumentar, hasta formar un bosque tupido. Bingwen inspiró con fuerza. El viento que le azotaba la cara era fresco y limpio. Portaba olores a verde, a tierra y a la lluvia que se acercaba. Bingwen casi había olvidado que el mundo podía oler así: sin el pestazo de la muerte, el humo y la vegetación podrida. Le recordó a los campos de su hogar, el tacto del lodo frío entre los dedos de los pies mientras trabajaba con Padre en los arrozales. Le hizo pensar en Madre, de cómo le reñía y al momento le acogía en sus brazos y se reía con él. Le recordó a Hopper, al abuelo y el correr por los campos por la mañana antes de que saliese el sol para así tener más tiempo de estudio con los ordenadores.

Todo eso lo contenía este olor, el olor a China, el olor a libertad, el olor del hogar.

Por delante había un control. El vagón se detuvo en la puerta. Un soldado comprobó las credenciales de Li y les hizo un gesto para que pasasen. Medio kilómetro más tarde, llegaron a la estación militar. El tren era tan largo que Bingwen no podía ver su final. Había soldados por todas partes, en las dos plataformas a ambos lados, cargando equipo y suministros. Palés de comida, mantas, medicinas... suficiente para una ciudad.

Li aparcó el vagón de mantenimiento en una vía lateral y luego llevó a Bingwen a una de las plataformas. Se abrieron paso entre operarios, en dirección al comienzo del tren. Li se detuvo junto a un palé de comida, abrió la caja y sacó dos raciones de campaña.

Bingwen ya sudaba para cuando llegaron al final de la plataforma y se subieron al tren. Cerca de la parte delantera, se sentaron uno frente a otro.

Li le lanzó una de las raciones.

—Come.

Bingwen retiró un poco el envoltorio y dio un mordisco a la oblea. Sabía a cerdo y queso.

—Permiso para plantear una pregunta, teniente Li, señor.

Li hizo un gesto de exasperación.

—Empiezo a lamentar haberte enseñado esa frase. Empieza a ser molesta. — Mordió la oblea—. ¿Qué?

—¿Por qué los fórmicos dejan en paz las aeronaves que no son agresivas?

—¿No tienes ninguna hipótesis?

—Sí, pero sustentada en muy poca información.

—Pues vamos a oírla.

—En la aldea a veces nos llegaban los mosquitos. Zumbaban por los arrozales formando pequeños enjambres, en un mismo sitio sin molestarnos. Lo habitual es que pasásemos de ellos. Pero si no prestabas atención y te metías en un enjambre, iban a por tu cara y te picaban.

—Así que los fórmicos son mosquitos.

—No —dijo Bingwen—. *Nosotros* somos los mosquitos. Creo que los fórmicos dejan en paz las naves no agresivas porque no nos consideran una amenaza hasta que picamos. Tan pronto como les atacamos, se dan cuenta de nuestra presencia y nos apartan. Si no, les somos insignificantes.

—Así que los humanos somos mosquitos. No parece que tengas mucha confianza en la especie humana.

—Así es como los fórmicos nos *perciben*. Nosotros les consideramos un enemigo. Los tratamos como iguales. Pero quizá ellos nos vean a nosotros como algo muy, pero que muy inferior, algo a lo que apenas merece prestar atención.

—Quizá —dijo Li.

—Y si eso es cierto —dijo Bingwen—, me hace plantearme cuál es su verdadera intención. Un campesino no va al arrozal a matar mosquitos. Va a cuidar del arroz.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no creo que los fórmicos hayan venido simplemente a matarnos.

—Han matado a veinte millones de personas, Bingwen.

—Oh, nos matan. De eso no cabe duda. Y lo hacen con eficiencia y decisión. Pero no es la razón principal *para* haber venido. Si lo fuese, nosotros seríamos su único objetivo. Siempre nos atacarían. Pero al principio no lo hicieron. Mataban todo lo que estuviese vivo. Hierba, árboles, cultivos. Toda la vida. Hay que plantearse por qué.

—Yo te lo planteo: ¿por qué?

Bingwen se encogió de hombros.

—Algunos dirían que han venido a destruir el planeta, que eso es lo hacen como especie. Que viajaban por el universo matando toda la vida que encuentran. Quizá teman que los seres inteligentes evolucionen hasta convertirse en una amenaza. Así que lo matan todo como forma de protegerse contra un posible ataque futuro.

—Mata a tus enemigos antes de que se conviertan en tus enemigos.

—Sí.

—¿Eso crees *tú*?

—Es una posibilidad. Incluso quizá sea probable. Pero no creo que sea la única explicación. Creo que es mucho más probable que simplemente sean agricultores.

Li arqueó una ceja.

—¿Agricultores?

—O lo que sea que hubo *antes* de los agricultores. En una ocasión, en la aldea tuvimos unas hectáreas de bosque donde queríamos plantar algo que no fuese arroz. Así que quemamos el bosque y despejamos el terreno. A la tierra le llevó un tiempo recuperarse, pero una vez logrado, fue un lugar fértil y bueno para plantar. Creo que los fórmicos hacen lo mismo, limpian el terreno en preparación para sus cultivos. No te puedes limitar a tirar semillas al suelo allí donde crecen otras cosas. Eso nunca sale bien. Debes eliminar todo lo que sea que absorbe nutrientes y empezar desde cero.

—Se llama «terraformar» —dijo Li.

—¿Qué es eso?

—Eso que describes. Quiere decir que preparan el terreno para plantar la vida que se corresponde con su estructura proteínica. Hace tiempo que somos conscientes de que eso es lo que hacen.

—¿Por qué no lo menciona nadie?

—Tienes ocho años. Es una conversación que los adultos no mantienen con niños. Y, además, la mayoría de la gente es idiota. No les importa la razón. Solo les importa lo que les amenaza.

—A mí me importa la razón —dijo Bingwen.

—Por eso estás en este tren. El ejército necesita personas que se pregunten por las razones.

Terminaron de comer y el tren partió una hora después, cargado de alimentos y suministros. Otros soldados subieron a su vagón. Todos muy armados.

Más tarde, en medio de la noche, el tren se detuvo súbitamente, provocando el caos en el vagón de pasajeros. El equipo se salió de los compartimentos. Los hombres se salieron de los asientos. Bingwen se despertó con un susto.

Li comprobó el pad de muñeca.

—Algo va mal.

Se puso en pie y fue hacia la parte delantera del tren. Bingwen le siguió de cerca. Al llegar a la máquina se encontraron al maquinista muy azorado.

—¿Qué pasa? —preguntó Li—. ¿Por qué hemos parado?

—Bandidos —dijo el maquinista, indicando la ventanilla delantera—. Han levantado una barricada. Tuve que parar o hubiésemos chocado.

Bingwen fue hasta la ventanilla delantera. Los faros del tren iluminaban la oscuridad, dejaban ver a treinta ahombres en el lado derecho de la vía. En su mayoría iban armados con rifles, machetes o herramientas de granja. Frente a la multitud había un hombre alto subido a un caballo. Llevaba un rifle apoyado en la sangradura. Treinta metros por delante, sobre la vía, ardía una hoguera de árboles caídos, rodeada por pesadas vigas de hierro, antiguo equipo de granja y grandes barriles metálicos, obstruyendo el camino.

Li tomó la radio de la consola principal y cambió al altavoz externo. Al hablar, la voz resonó en el exterior del tren.

—Estas vías son propiedad de la República Popular China. Obstruirlas es un acto de traición.

El hombre a caballo debía tener su propio dispositivo de proyección, porque su voz sonó con la misma fuerza.

—Ya no están en China. Hemos declarado nuestra independencia. Ahora el pueblo de Chuanzhen y sus tierras nos pertenecen. Su gobierno nos obligó a plantar cultivos comerciales en lugar de los cultivos que necesitábamos para vivir. Ahora nos encontramos sin comida. Y dado que el comercio en esta región ya no existe, ¿cómo vamos a sobrevivir? ¿Cómo vamos a dar de comer a nuestros hijos? Nadie acepta

nuestro dinero porque el sistema financiero ya no opera. No nos queda más opción que reclamarles un impuesto por atravesar nuestras tierras. Sabemos que a bordo hay comida y suministros. Compártanlo con nosotros y liberaremos la vía para que puedan seguir.

—Yo no soy el oficial al mando de este tren —dijo el teniente Li—. No puedo hablar en su nombre. Voy a consultarlo con él y volveré con la respuesta.

—Tiene tres minutos —dijo el hombre a caballo.

Li apagó la radio. Luego sacó la pistola y se la entregó al maquinista.

—Colócate junto a la puerta —dijo mientras señalaba hacia la entrada lateral—. Si alguien intenta entrar, dispárale.

El maquinista aceptó la pistola, sosteniéndola sin saber cómo. No era un militar.

Li abandonó la máquina y regresó, internándose en el tren. Bingwen le siguió. En el tercer vagón dieron con cincuenta soldados que cargaban sus armas, comprobaban el equipo y se ponían las protecciones corporales.

—Son unos treinta —le dijo Li a los soldados—. Hasta el último de ellos es un traidor. Algunos van armados con machetes y viejos rifles de caza. Dudo que ninguno de ellos sepa disparar, pero por si acaso yo acabaría primero con los rifles. Es posible que haya más ocultos entre los árboles a ambos lados del tren. Buscad señales de calor. Yo propongo salir por la parte trasera y luego avanzar a ambos lados empleando los árboles para ocultarse. Una vez empecemos, se dispersarán. Sed rápidos y precisos.

Bingwen comprendió que iban a matar a los campesinos. Iban a derribarlos allí mismo. No estaba bien. En su mayoría parecían estar muertos de hambre. Lo único que querían era sobrevivir. Su poblado, pensó Bingwen, probablemente hubiese hecho lo mismo.

Sin embargo, Bingwen no se atrevió a hablar ni a oponerse. Sería una falta de respeto. Li se enfurecería, lo que haría que el teniente insistiese más en seguir con ese plan. Tampoco podía salir corriendo fuera para advertir a la gente. Li le arrestaría por traición... o peor, le dispararía junto a los otros. Además, advertir a los otros simplemente alertaría a los que llevaban rifles, lo que provocaría bajas en ambos bandos.

No, para evitar la masacre solo se podía hacer una cosa.

Bingwen se dio la vuelta y volvió a la máquina. Sin decir nada dejó atrás al maquinista, abrió la puerta lateral y salió. El aire nocturno era frío y olía a hoguera. En la parte delantera del tren había un saliente estrecho que seguía su curva. Había espacio suficiente para Bingwen. Se deslizó al frente y gritó para llamar su atención.

—Amigos y respetados ancianos. Mi nombre es Bingwen. Provengo de una aldea arrocerá al sur de aquí, cerca de Dawanzhen. Les conozco. Soy uno de ustedes. — Señaló al hombre que iba a caballo—. Usted es mi tío Longwei, el hermano de mi madre, atrevido, fuerte y preocupado por su familia. —Señaló a un anciano con un rifle—. Usted es mi abuelo, sabio, amable y protector de sus nietos. Y todos ustedes

hacen lo que *ellos* habrían hecho, ayudar a la supervivencia de sus familias y pueblo. Solo que ellos han muerto. Los mataron los fórmicos.

La gente guardaba silencio, mirándole. El caballo relinchó. La hoguera chisporroteaba. Las hojas de los árboles se agitaban al viento.

—Les vi morir. Mi amigo Hopper y mi primo Meilin fueron los dos primeros. Quedaron enterrados bajo el alud de barro provocado por la sonda fórmica al aterrizar cerca de mi aldea. Fueron muertes rápidas. Tuvieron suerte. Casi todos los demás murieron por el gas. Niños como yo. Bebés abrazados por sus madres. Mi madre, mi padre. —Le falló la voz, las emociones se agitaban en su interior, tragó saliva, se controló y siguió hablando—. Los fórmicos los mataron a todos y dejaron que se pudriesen en los campos. Tan al norte ustedes no han experimentado algo así. Tienen hambre, sí, pero no han sufrido lo peor de la guerra. Los fórmicos llegarán pronto si no los detenemos. Y no hay comida, la que nos quiten a nosotros o que cultiven en sus campos, que pueda salvarles.

Hizo un gesto hacia el tren.

—En este tren viajan soldados que intentan dar con la forma de matar a los fórmicos antes de que lleguen a esta aldea. No sé si lo lograrán a tiempo para salvar a los suyos. Pero podría ser... si les dejan pasar.

Miró a la multitud, dejando que ellos le mirasen a los ojos.

—O podrían luchar contra ellos, podrían intentar quedarse con todo. Quizá ganen, y maten a los soldados. Durante unos días comerían, sí, pero ¿quién les defenderá cuando lleguen los fórmicos? O podrían ganar ellos, y en ese caso ustedes morirían. ¿Qué harían entonces sus familias?

Se abrió la puerta de la cabina de control y el teniente Li se aproximó al saliente. Llevaba las manos levantadas para demostrar que no iba armado.

—Lo que dice el chico es verdad. Podemos compartir lo que tenemos. En el tren disponemos de comida para una semana de viaje. ¿Y si la dividimos con ustedes? Viajaremos con media ración. Ustedes tendrán comidas para unos días más. No consentiremos que ciudadanos chinos maten a ciudadanos chinos.

Bingwen le miró. ¿Li había cambiado de opinión? ¿Había comprendido que la propuesta de Bingwen era mejor?

—Que cuatro hombres entren en el tren —dijo Li— y les daremos cajas de comida.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa? —dijo el hombre que iba a caballo—. Podrían convertir en rehenes a esos cuatro hombres y exigirnos que retiremos la obstrucción. Necesito garantías.

—Enviaré a cuatro de nuestros hombres —dijo Li—. No irán armados. Pueden ser sus rehenes mientras los suyos recogen la comida. Les aseguro que sus hombres no sufrirán ningún daño.

El hombre a caballo se lo pensó durante un rato. Luego se giró hacia el grupo y ordenó que tres hombres se adelantasen. Los hombres se colgaron los rifles del

hombro y se acercaron al tren. El hombre a caballo desmontó y fue con ellos. El teniente Li abrió la puerta para que Bingwen entrase. Al entrar, Bingwen vio a cuatro soldados chinos sin armas en la cabina de control. Tampoco llevaban protecciones ni otro equipo. Li les mantuvo la puerta abierta, y los cuatro salieron del tren. Se acercaron a la multitud con las manos levantadas. Algunos de los campesinos mantuvieron los rifles en alto, por si acaso.

El jinete, el líder, fue el primero en llegar a la escalerilla, seguido de sus tres hombres. Una vez que todos estuvieron en la cabina de control, el jinete dijo:

—Mi nombre es Shihong. Este es mi hijo, Renshu. Y estos son dos ciudadanos libres: Youngzhen y Xiaodan.

Los hombres se inclinaron cuando los presentaba. Bingwen comprendió que eran personas normales y humildes. Granjeros, lo más probable es que tuvieran poca o inexistente educación. Llevaban ropas cálidas, pero ya gastadas. Parecían más campesinos que bandidos.

—Yo soy el teniente Li, del Ejército Popular de Liberación. ¿Vienen por aquí, por favor? —Indicó el pasillo que llevaba al tren.

Shihong, el líder, miró a la ventana delantera y vaciló. Fuera, los cuatro soldados permanecían de pie frente a los faros del tren con las manos tras la cabeza, indefensos. Shihong luego se volvió hacia Bingwen y le miró atentamente, clavándole la vista. Fuese lo que fuese que vio, fue la respuesta que buscaba. Se giró hacia Li y asintió:

—Guíenos.

Li los escoltó al tren. Atravesaron varios vagones de pasajeros hasta llegar a la zona de carga, donde se guardaban varias docenas de palés de suministros, fijados a las paredes del tren. Bingwen exhaló. Había temido que fuese una trampa.

Shihong observó los palés y manifestó alivio. Se le nubló la vista. Tocó con la mano una de las cajas de comida y sonrió.

—¿Qué nos darán? —preguntó mientras se giraba hacia el teniente Li.

—Simplemente lo que merecen —dijo Li.

Levantó la pistola y disparó a Shihong en el pecho.

Bingwen se estremeció sobresaltado.

Otros tres disparos rápidos. Los otros tres hombres echaron la cabeza atrás, cada uno dejando un chorro de sangre en el aire. Se derrumbaron. Shihong cayó contra el palé de comida. Parpadeó, miró la mancha roja que crecía en su pecho y se derrumbó.

De detrás de los palés salieron tres soldados, cada uno con un rifle. Bingwen oía disparos en el exterior. Ráfagas rápidas y automáticas.

—Sacadlos de aquí antes de que se desangren por todas partes —dijo Li.

Los tres soldados dejaron los rifles. Uno deslizó la puerta lateral para abrirla, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Ahora los disparos se oían mejor. Fuera, Bingwen no veía nada excepto el bosque, pero se apreciaban los destellos de los



disparos. Los tres soldados llevaron a los muertos hasta la puerta y los tiraron sobre la grava. Hizo falta dos para mover a Shihong.

El teniente Li tecleó algo en el pad de muñeca.

—Muy inteligente por tu parte, Bingwen. Distraerles de esa forma, ganándote su confianza. Así fue mucho más fácil.

Bingwen volvió a mirar el charco de sangre que había junto al palé. En la penumbra se veía espesa y oscura.

Ya se había hecho el silencio fuera. Los cuatro soldados rehenes aparecieron en la puerta y subieron, cada uno con una pequeña pistola. Les siguieron más soldados, con protecciones pesadas y cargando con grandes rifles.

Li miró a Bingwen.

—Me odias. Pero los gobiernos no pueden tolerar a los bandidos. Nunca. No podemos negociar con bandidos porque no se acabaría nunca. Más gente se convertiría en bandidos porque les compensaría. Aun así, le hemos hecho un favor a la aldea. Ahora tienen treinta bocas menos que alimentar. Es posible que hayamos salvado la vida de los demás.

Los ojos de Bingwen no expresaban nada. Los brazos le colgaban a los lados. Miraba fijamente la sangre.

—O quizá no —dijo Li—. Pero salvamos las raciones que precisaban mis soldados. *Te alimenté. Te mantuve con vida. ¿Estuvo mal?*

—No existe el bien y el mal —dijo Bingwen—. Usted decidió. Usted actuó. Usted ganó. Ahora retiraremos el obstáculo y el tren podrá avanzar.

Li asintió y enfundó el arma.

—Veo que comprendes la guerra.

«Al que comprendo es a ti —pensó Bingwen—. Poder sin honor, orden sin civilización».

Decidió que no se escaparía. Iría a esa escuela. Se convertiría en soldado. Pero no se convertiría en el monstruo de guerra en el que querían transformarle. No se convertiría en el teniente Li. Se convertiría en lo que el mundo necesitaba. Un Mazer Rackham. Decidido pero benévolo. Letal pero noble. En caso contrario, los Li de este mundo dirigirían los ejércitos, y, por tanto, no importaría si ganaban o perdían esta guerra.

## Equipo de asalto

Cuando la lanzadera de la POM llegó a la Luna, sus miembros bajaron el tubo de salida dando unos pasos tan enormes, torpes e ineptos, rebotando en las paredes y entre unos y otros, riendo como un puñado de colegiales, que Víctor quedó convencido de que la operación estaba destinada a ser un fracaso.

—¿Estos son nuestros supersoldados? —le susurró a Lem. Los esperaban en la terminal para recibir a los recién llegados.

—No están acostumbrados a la gravedad de la Luna —dijo Lem—. La primera vez siempre es así. Se acostumbrarán.

Dos miembros de la POM chocaron al final del tubo y cayeron a la terminal uno encima del otro. Funcionó como invitación para que los demás se sumasen al montón, y pronto hubo una montaña de brazos y piernas que se agitaban embutidas en los hinchados trajes espaciales, entre risas, maldiciones y bastantes empujones.

—No me está generando mucha confianza —le dijo Víctor a Lem.

En el tubo aparecieron tres soldados más, concluyendo el desfile. Se movían con más cuidado, dando pasos calculados. Víctor reconoció las caras a través de los cascos: Wit O'Toole, Mazer Rackham y Shenzu. Para cuando llegaron a la terminal, los otros miembros de la POM ya se habían puesto en pie y se ayudaban unos a otros a mantenerse inmóviles.

Wit dio la mano a Lem y Víctor.

—No ha sido una gran primera impresión.

—Hace mucho tiempo que dio su primera impresión, capitán O'Toole —dijo Lem—. Bienvenido a la Luna.

Vinieron las presentaciones. Víctor ya se sabía los nombres y caras por los informes, pero hizo lo posible por hacer ver que se los aprendía otra vez.

—Nacido en el espacio, ¿eh? —dijo Cocktail—. Te debemos parecer una manada de imbéciles descoordinados.

—Ya os acostumbraréis —dijo Víctor—. Ahora mismo la mente está hecha para moverse de cierta forma. La gravedad de aquí trastoca esos supuestos. Será mucho más fácil en gravedad cero.

Se subieron a un deslizador grande y abandonaron la puerta en dirección al almacén.

—Antes de abandonar la Luna hay que ocuparse de algunas cuestiones legales —dijo Lem—. Me disculpo por adelantado. Los abogados de la empresa quieren

garantizar que no nos demandarán en caso de heridas o fallecimiento. Tendréis que firmar unos papeles.

—«Fallecimiento» —repitió Bungy—. Me encantan las palabras de abogado. «Fallecimiento». Suena tan bien. En realidad, significa que un extraterrestre te abrió en canal y te fundió la cara con pringue tóxico, pero «fallecimiento» suena mucho más delicado.

—¿Cuál es la diferencia entre un buitre y un abogado? —preguntó ZZ. Como nadie respondió—: Uno es un animal carroñero. El otro es un ave.

Los hombres rieron. Víctor no lo pilló. No tenía claro qué era un buitre.

—¿Cuál es la diferencia entre un siluro y un abogado? —preguntó Cocktail—. Uno es un bicho que come porquería. El otro es un pez.

Los hombres rieron. No eran como Víctor había esperado. Se había imaginado a tipos serios y de pocas palabras, con ojos de acero y carácter introvertido, asesinos letales dispuestos siempre a romper un cuello. Pero estos tipos eran como sus tíos y su padre: extrovertidos, tranquilos, una familia. Para su sorpresa, saberlo no le inquietó. Es más, le tranquilizó. Le preocupaban que los soldados se mofasen y pasasen de él como tantos otros. Pero estos hombres, como los de su familia, parecían ser del tipo de persona que presta atención a todas las ideas, independientemente de quiénes las planteen.

—¿Qué sucede después de tranquilizar a los abogados? —preguntó Wit.

Todos callaron. Ahora habían pasado a hablar en serio. Todos miraban a Lem.

—Abandonaremos la Luna en un carguero llamado *Valas* —dijo Lem—. Está en un punto del espacio más allá del pozo gravitatorio de la Luna. Es una de las naves más grandes que la empresa haya fabricado nunca y será nuestra base de operaciones. Allí ya está todo el equipo y el personal de apoyo. Pasaremos unos días en la *Valas* mientras aprendéis a moveros en gravedad cero. Víctor os enseñará. Tendréis tareas concretas una vez entréis en la nave fórmica, y para eso también habrá que entrenarse.

—¿Qué tareas? —dijo Wit—. Hemos seguido la zanahoria que nos has colgado, Lem. Aquí estamos. Ahora dinos cómo vamos a destruir la nave.

—Siendo fontaneros, capitán O'Toole.

—Disculpa.

Lem se echó a reír.

—Fontaneros, capitán. Ya sabes, llaves, grasa, una tarifa muy alta por hora. Sin embargo, al inclinaros no tenéis que enseñar la raja del culo. Pronto Víctor lo explicará todo.

Atracaron en el almacén. En su interior esperaba Ramdakan con toda una manada de abogados. Habían colocado mesas. Se ofrecieron y se firmaron documentos. Fue todo muy rápido y concienzudo, pero rebajó considerablemente el estado de ánimo. Los miembros de la POM no dijeron nada en ningún momento. Leyeron los

documentos y los firmaron. Al terminar, Ramdakan les dio las gracias, les deseo buena suerte, recogió a los suyos y se fue.

—Es irónico —dijo Deen—. Lo normal es que los abogados se te echen encima *después* de que destruyas algo.

Los empleados del almacén habían venido a conocer a los miembros de la POM y ofrecer sus mejores deseos, así que Lem hizo las presentaciones. Los soldados se mostraron amables y corteses. Recorrieron el almacén dando las gracias a todos por su gran trabajo y colaboración. Cuanto más los observaba, más se convencía Víctor de que Lem había escogido muy bien. Estaba claro que eran buenos soldados; sus logros en el campo de batalla eran prueba suficiente. Pero también eran buenas personas, cosa que era igual de importante, o más.

Simona usó el holopad para grabarlo todo en vídeo.

—¿Grabas para relaciones públicas o para ti? —le preguntó Lem.

—Para ti —le respondió—. Algún día se lo querrás enseñar a tus nietos.

Minutos después llegó Ukko Jukes, para sorpresa de todos los presentes. Recorrió el lugar dando la mano, como si fuese un político que se presentase a la reelección. A Víctor le quedó claro que Lem estaba molesto, aunque hacía todo lo posible por no manifestarlo. Simona siguió grabando.

Víctor se moría por acercarse a Ukko y clavarle la bota entre las piernas. «Hola, señor Jukes. Esto es por casi matar a Imala con los drones». ¡Pumba! Pero guardó silencio y se quedó lo más lejos posible de Ukko.

Una vez Ukko terminó de saludar, habló bien alto para que todos le oyesen:

—Nunca me he sentido más orgulloso como padre como cuando descubrí que mi hijo planeaba esta misión. —Hizo una pausa como si no supiese controlar tanta emoción.

Víctor hizo un gesto de exasperación. ¿Alguien se podría tragar algo así? Miró a los otros. Todos prestaban atención, excepto Lem, que se estaba quitando pelusa invisible de la chaqueta.

—Me enorgullece que Juke Limited pueda colaborar —dijo Ukko—. Si necesitáis cualquier cosa, decídmelo y me ocuparé personalmente. —Sonrió amablemente. Luego extendió las manos a los lados—. Sé que todos ustedes vienen de distintos países y culturas, pero unamos las manos durante un momento. Todos nosotros. Sin timidez. Eso es. Que cada uno tome las manos de la persona a su izquierda y a su derecha. Tú también, hijo. Eres el líder. A ti te necesitamos más que a nadie. Eso es. Ahora quiero que miren a este círculo. Miren los rostros que tienen delante. Eso es lo que la Tierra puede hacer. Todos nosotros unidos para cumplir un propósito, para trabajar contra un enemigo común. Esta es la fuerza real. Nuestros talentos y habilidades. Unidos.

Ukko recorrió al grupo con la vista, mirándoles a los ojos.

—Ahora, guardemos un momento de silencio. En ese silencio, recen a su dios. Recen por que los que van a embarcarse en una peligrosa empresa regresen sanos y

salvos. Recen por nuestros hermanos y hermanas de China, también por sus soldados, y sus familias y seres queridos. Pero, sobre todo, recen por que recuperemos la Tierra, una Tierra más fuerte, una Tierra mejor, una Tierra que no vuelva a enfrentarse nunca a ese mal.

Ukko agachó la cabeza. Todos hicieron lo mismo menos Lem, quien miraba fijamente a su padre, quizá recitando su propia plegaria silenciosa.

Tras un minuto completo, Ukko levantó la cabeza y volvió a darles las gracias. Luego, tan rápidamente como había llegado, se despidió y se fue.

Lem retomó el control de la situación y diez minutos después, Víctor, los miembros de la POM y él se habían subido a la lanzadera y se alejaban de la Luna.

Atracaron con la *Valas*, y todos soltaron los arneses y atravesaron flotando la esclusa. Allí estaban Imala y la doctora Benyawew, que habían ido antes, para recibirles. Más presentaciones; luego fueron todos al puente donde habían instalado una holomesa. Lem indicó a todos que fijasen los pies a los puntos de anclaje bajo la mesa y luego cedió la palabra a Víctor.

En el holocampo apareció la nave fórmica. Víctor usó el punzón para girarla trescientos sesenta grados, de forma que todos pudiesen verla desde todos los ángulos.

—En gran parte, la nave sigue siendo un misterio. —Indicó la columna de barras tubulares que rodeaba la punta de la lágrima—. Por ejemplo, eso de ahí. No tenemos ni idea de qué es. Muchos sospechan que se trata del equipo generador del campo, y creo que tienen razón. Pero es un enorme misterio cómo funcionan los escudos fórmicos. Bloquean las diminutas partículas espaciales mientras la nave se mueve por el espacio profundo, y también desvían cualquier proyectil que se dispare contra la nave. Sin embargo, pude aproximarme y entrar en la nave sin sentir resistencia. ¿Por qué? ¿El campo requiere una cantidad de energía tan enorme que solo se activa cuando la nave está en movimiento o si detectan alguna amenaza? No lo sabemos. Solo sabemos que el valor de esa tecnología es incalculable. —Amplió los generadores de campo—. La humanidad no sabe hacer tal cosa. Sin embargo, la generación de campos es de la máxima importancia para el vuelo interestelar.

Amplió la parte posterior de la nave.

—Y este es el sistema de propulsión. Es tan potente como para mover una nave de esa masa hasta una fracción importante de la velocidad de la luz. Nosotros estamos muy lejos de tener una tecnología así.

Redujo la imagen.

—¿Y qué hay de las comunicaciones fórmicas? ¿Cómo habla una nave con otra? No tenemos ni idea. En la nave no di con nada que pudiese responder a esa pregunta, pero es posible que ahí dentro esté la respuesta. Y sea lo que sea, podría potencialmente revolucionar nuestras propias infraestructuras de comunicación, tanto en el espacio como en la Tierra. Podría seguir contando más cosas. Lo que quiero decir es que en esa nave podría haber cientos o miles de avances tecnológicos muy

superiores a cualquier cosa que poseamos nosotros o pudiésemos llegar a desarrollar. Es toda una cornucopia de tecnología que podría abrir nuevas puertas para todos nosotros. No exagero al decir que esa nave podría cambiar el mundo.

—Entonces, ¿se trata de conseguir tecnología? —dijo Shenzu—. Creía que luchábamos en una guerra.

—Luchamos —dijo Víctor—. Pero también queremos que la Tierra sea más fuerte. No podemos limitarnos a volar la nave por los aires.

—¿Por qué no? —dijo Shenzu—. Así la guerra se inclinaría a nuestro favor. ¿Qué más da si conseguimos los generadores de campo? Me preocupa más acabar con la guerra.

—Pero justo a eso se refiere Víctor —dijo Mazer—. Destruir la nave no sería el final. Ganar la guerra podría no ser el final. Esa nave llegó de algún lugar. Ahí fuera hay más fórmicos. Y hasta ahora nos han derrotado porque su tecnología es muy superior. Pero si aprendemos a usarla, a comprenderla, podremos protegernos mejor de futuros ataques. Equilibraríamos la balanza. No hablamos de crear una explosión tecnológica en la Tierra, sino de ganar esta guerra y cualquier guerra futura. Hablamos de reforzarnos militarmente. Si volamos la nave, habremos destruido nuestra mejor opción para derrotar a los fórmicos la próxima vez.

—Mazer tiene razón —dijo Wit—. Y aunque los fórmicos no vuelvan a molestarnos, siempre cabe la posibilidad de que se presenten otros. Peores. Siempre debemos aprender todo lo posible del enemigo y emplearlo para defendernos mejor.

—Así que no la volamos —dijo Shenzu—. Vale. Pero ¿cuál es el plan? Todavía tenemos que acabar con esta guerra.

—Matamos a todos los fórmicos que haya a bordo —dijo Mazer—. Luego paralizamos la nave para que no pueda ir a ninguna parte.

—Mazer tiene razón —dijo Víctor—. No queremos que se vuelva corriendo a allí de donde vino para traer refuerzos. La misión principal es garantizar que ha volado por última vez.

—¿Cómo? —dijo Wit.

Víctor tocó la nave usando el punzón y sobre su superficie se manifestaron docenas de cañones.

—La nave dispone de dos defensas principales. Primero, los cañones. Cada uno de ellos se guarda en un hueco que se cierra por la parte superior cuando no se está usando. Al percibir una amenaza, los cañones salen, se despliegan y disparan a lo que sea que se acerque a la nave. Al terminar, vuelven al interior y la abertura se cierra. La buena noticia es que muchos de los cañones fueron destruidos por los drones de Ukko Jukes. Así que ya hay trabajo adelantado. La otra buena noticia es que será fácil acabar con la nave.

Se hizo a un lado e invocó otro modelo dentro del holocampo. En esta ocasión mostraba una abertura cerrada.

—Conocemos con precisión la posición de esos cañones. Para desactivarlos, basta con soldar esas aberturas para que no se puedan abrir.

Cogió una lámina de metal fijada a un lado de la mesa. Tenía aproximadamente dos metros de largo y medio y medio de ancho.

—Las vainas se han diseñado para que cada una lleve ocho láminas de metal de este tamaño. Son más de las necesarias, pero llevaremos piezas adicionales por si le pasa algo a alguien de camino. Para deshabilitar los cañones, trabajando en parejas soldaremos tres láminas de acero sobre cada abertura.

Aparecieron tres láminas de metal sobre la abertura cerrada del holocampo. Estaban dispuestos a cierta pequeña distancia del centro, y formaban una figura triangular.

—Como podéis ver, cada lámina descansa sobre al menos dos hojas de la abertura. La forma triangular es la más resistente. Cada pareja se ocupará de dos cañones. Esta es la herramienta de soldadura. —Levantó un pequeño dispositivo de mano—. Cada lámina se fijará con imagen, luego se pasa el soldador por el borde de la lámina. Se funde con facilidad. Aplicando una ligera presión, la lámina se funde con la superficie fórmica. La sensación será un poco como cubrir un pastel con glaseado. Y eso es todo. Tapadas por el acero, no podrán abrirse. Los cañones ya no funcionan.

—Muy fácil —dijo Cocktail.

—Lo siguiente ya no es tan fácil —dijo Víctor. Regresó al holo de la nave y lo tocó con el punzón. El casco desapareció para mostrar la red de tuberías que había debajo. Había cientos de ellas, todas corriendo en paralelo de la parte delantera de la nave a la trasera.

—Parece el esqueleto de la nave —dijo Víctor—. Como si fuesen vigas. Pero en realidad son tuberías. Conducen el plasmoides, que nos limitaremos a llamar plasma, por la nave. A ver, no creo que el plasma esté siempre en las tuberías, como si fuese agua, porque en ese caso dejaría de ser plasma. Lo más probable es que esté retenido en algún lugar y cuando es preciso se distribuye por el sistema de tuberías. No tengo ni idea cómo lo retienen. En el exterior de la nave disponen de generadores de campo, por lo que, si debo aventurar una suposición, yo diría que usan el mismo tipo de escudo, o una variación, para almacenar el plasma. Dónde, no tengo ni idea. Lo que sé es que cuando la nave se siente amenazada, el plasma pasa por las cañerías y llega a boquillas en forma de T, dispuestas cada pocos metros por el sistema de cañerías.

Volvió a tocar con el punzón y cientos de puntos aparecieron sobre las tuberías. Luego amplió uno de ellos para mostrar una boquilla.

—Cada boquilla está conectado con una abertura de la superficie de la nave. Son pequeñas aberturas, no más grandes que un plato. Al sufrir un ataque, los fórmicos abren las aberturas y de alguna forma las boquillas laserizan el plasma. No es una laserización real, porque no es pura energía. Uso la palabra simplemente porque el

plasma sale como un chorro muy estrecho, como si fuese un láser, aunque el paralelismo tampoco es excesivo.

Se produjo una breve animación que mostró a una de las boquillas emitir un chorro estrecho y destructivo.

—Nuestra tarea —dijo Víctor— es llegar a las tuberías desde el interior de la nave. Una vez que hayamos inhabilitado los cañones, nos reuniremos en este cañón destruido. Entré en la nave por ese punto. El agujero ya está hecho y listo para usar. Ahí hay un pozo que lleva directamente a la bahía de carga. Hay poco espacio, pero es poco probable que nos detecten. —Amplió el interior de la nave, llegando a la bahía de carga—. Las tuberías están detrás de la pared interior, formada por pesadas placas de metal. Primero cortaremos un área y dejaremos expuestas las cañerías que hay debajo. Propongo retirar al menos cuarenta metros cuadrados de placas.

Víctor dibujó un cuadrado en la pared interior.

—Es enorme —dijo Deen—. Es casi la mitad del tamaño de un campo de fútbol americano.

—Para nosotros es grande, sí —dijo Víctor—. Pero recordad, la nave es enorme. —Volvió atrás para mostrar la nave en su conjunto. De pronto cuarenta metros cuadrados parecían definitivamente pequeños.

—Será complicado retirar las placas —dijo Víctor—. Debemos hacerlo sin provocar daño a lo que hay debajo. Vendrá bien el equipo adecuado. Cortaremos con láseres fijados a una profundidad concreta. También tendremos escáneres para ver las tuberías que hay bajo las placas para cortar entre ellas cuando sea posible. Será la parte de la operación que llevará más tiempo y también la más peligrosa. No solo porque no podemos dañar las tuberías, sino también porque los equipos de reparaciones de los fórmicos vendrán a repararlas en cuanto empecemos a retirarlas.

—¿Cuántos fórmicos componen el equipo? —preguntó Wit.

—El grupo que vi era de cuatro. Pero eso no significa que no haya más.

—Así que precisaremos de un equipo de corte y un equipo de defensa —dijo Mazer—. ¿De dónde vendrán los fórmicos?

Víctor lo indicó.

—Posiblemente de ese pozo grande de ahí. Pero a la bahía de carga llegan docenas de pozos. Los equipos de reparación podrían venir por cualquiera de ellos. O de varios a la vez. No tenemos forma de saberlo.

—No es una buena situación —dijo Mazer—. El equipo de corte estará expuesto. Hay restos de naves flotando en el interior de la bahía de carga que podrían ofrecer algo de protección, pero aun así podrían disparar al equipo de corte. Los fórmicos, sin embargo, tendrán protección de sobra en las entradas de los pozos.

—¿Qué propones? —dijo Wit.

—Que pongamos trampas en los túneles —dijo Mazer—. Deben ser silenciosas, para no dar la alarma. ¿Crees que podríamos repetir lo que hiciste en la torre de pringue?



—¿Electrificar los pozos? —dijo Wit.

—Quizá solo los últimos cinco metros del pozo —dijo Mazer—. Podríamos fabricar una red, como una bolsa abierta por ambos lados, que tendemos contra la pared interior. Llegan los fórmicos, sacan la cabeza y les damos una descarga.

—Si tuviésemos semanas para construir las redes —dijo Lem—. Pero tenemos mucha prisa.

Benyawe dio un paso hacia el holocampo y empezó a pasar archivos.

—Es posible que no hagan falta semanas. Juke ya dispone de redes de ese tipo, fabricada con metal muy delgado. Se usan para asegurar las cargas en los transportes.

Apareció la entrada de catálogo de una red.

—Podríamos hacer que las envíen desde la Luna —dijo Benyawe—. El equipo las fija a la pared interior del pozo, asegurándose de no interrumpir las guías del suelo, y listo. La duda es cómo electrificarlas.

—Eso sería fácil —dijo Víctor—. Bastaría con un par de baterías de impulsor. Y algunos cientos de metros de cable. Colocamos las baterías en la bahía de carga conectadas por un interruptor manual.

—Hay docenas de pozos —dijo Lem—. Estáis hablando de un montón de equipo para el que no tenemos sitio. Las vainas se han diseñado para llevar a una persona, sus armas, sus herramientas, el acero y listo. ¿Cómo llevamos esas redes, cables y baterías a la nave?

—Para camuflarlas, las vainas van cubiertas de basura espacial —dijo Víctor—. Retiramos parte de esa basura y la reemplazamos con baterías y rollos de cable. Los castigamos y los pintamos para que sigan pareciendo restos. Si hace falta más espacio, podemos poner parte del equipo a alguno de los fragmentos de resto más pequeños. A continuación, los pilotos de drones llevan esos trozos cerca de la entrada de la nave. Recogemos el equipo y entramos. O, y admito que es una opción menos apetecible, también podemos eliminar a una persona y llevar su vaina con el equipo.

—Preferiría no perder a una persona —dijo Wit—. Si podemos hacerlo con la superficie de las vainas y los restos a la deriva, deberíamos.

—Lo haremos —dijo Benyawe—. Para situaciones así tenemos ingenieros a la espera. Podemos recibir el material y empezar a modificarlo de inmediato. Los pilotos usarán los drones para llevar lo que haga falta directamente a la entrada. Todo eso llegará antes que vosotros. Solo habrá que recogerlo.

—Bien —dijo Wit. Se giró hacia Víctor—: Repasemos el resto. Cortamos buenos trozos y revelamos las tuberías. ¿Y luego?

—Giramos las boquillas expuestas hacia dentro para que apunten al centro de la nave. Una vez hecho, todos salimos de la nave y nos reunimos en este punto de aquí.

Víctor dibujó un círculo sobre el casco, a cierta distancia de la bahía de carga.

—Mientras tanto, hay dos personas en el exterior, aquí, justo en los puntos donde hemos girado las boquillas. Irán armados con pistolas de pintar. Usarán pintura fosforescente para marcar una gigantesco cuadrado que se corresponda con la sección

retirada en la bahía de carga. Una vez que los de dentro hayan salido, los pintores dibujarán una gigantesca X dentro del cuadrado. Tal que así.

Lo hizo con el punzón.

—Luego los pintores fijarán barras luminosas cerca de la pintura para hacer que reluzca e irán a este punto para reunirse con los demás, a una distancia segura.

Una nave pequeña apareció en la esquina superior izquierda del holocampo.

—A continuación, un piloto llevará un caza directamente *sobre* las boquillas giradas, apuntando a la X. Los fórmicos verán la aproximación del caza, decidirán que es una amenaza y ordenarán el despliegue de los cañones. Cosa que fallará porque ya los hemos deshabilitado. A continuación, los fórmicos dispararán el plasma gamma allí donde está la X. Pero esas boquillas estarán hacia dentro, de forma que el plasma gamma atravesará la nave y abrirá un agujero al otro lado. La radiación del impacto se extenderá por la nave y matará a la mayoría de los fórmicos que hay dentro.

—Así que los engañamos para que usen sus armas contra ellos mismos —dijo Deen—. Me mola.

—El que lleve el caza debería ir como una flecha directamente hacia la X —dijo Wit—. Es probable que los fórmicos abran otras boquillas que no hayamos girado. Los rayos de plasma gamma rodearán al caza por todas partes. A todos los efectos estará volando dentro de un túnel de plasma. Si él se desvía, aunque sea un poco, acabará contra el calor y será destruido.

—No lo pilotará un *él* —dijo Imala—. Será una ella. Seré yo quien lo haga.

Todos la miraron.

Víctor quedó tan sorprendido que le llevó un momento dar con las palabras.

—Imala... aceptamos que lo haría uno de los miembros de la POM.

—Debería ser yo —dijo Mazer—. Soy el que tiene más experiencia de vuelo.

—No en el espacio —dijo Imala—. Aquí soy el piloto más cualificado.

—En la Tierra piloté una nave de antigravedad —dijo Mazer—. Sé volar con gravedad mínima.

—La gravedad mínima está muy lejos de la gravedad cero —dijo Imala—. Estás acostumbrado a mantener una orientación. Este caza tiene impulsores por todas partes para mantener una trayectoria recta. Nunca has volado de esa forma. Ninguno de vosotros. Tengo que hacerlo yo.

Varias personas se volvieron hacia Wit, buscando su opinión.

—Si Imala dice que es capaz, yo la creo —dijo Wit—. ¿Qué hay de la radiación, Víctor? Si vuela a través de un túnel de plasma gamma, ¿no morirá por envenenamiento radiactivo?

A Víctor le llevó un segundo ordenar las ideas. Miraba fijamente a Imala, quien le devolvía la mirada con los brazos cruzados en gesto de desafío, retándole a llevarle la contraria.

—Le hemos... le hemos puesto varias capas de protección al caza —dijo Víctor—. Debería protegerla. Y al igual que los demás, llevará un traje contra la radiación.

—¿Por qué no usar un dron? —dijo Mazer—. ¿No sería más seguro?

—Lo pensamos —dijo Víctor—, pero la radiación del plasma gamma interferiría con la conexión del piloto con el dron. Es más seguro usar un piloto humano dentro de la nave.

—Tarde o temprano dará contra la nave fórmica —dijo Mazer.

—Iría desacelerando —dijo Víctor—. Y no creemos que los fórmicos disparen el plasma gamma durante demasiado tiempo. Una vez que en el puente comprendan lo que está pasando, lo desactivarán. En ese momento tendremos la ventaja del vacío del espacio. Cualquier radiación restante irá al espacio. Esperamos una hora o así para garantizar que esté despejado, entramos, acabamos con los que queden y tomamos el control del puente.

Víctor hizo un gesto con el punzón y el holocampo desapareció.

—Y listo. La nave será nuestra.

Todos esperaron la respuesta de Wit. Este miró a todos los presentes.

—Vale, gente. Vamos a hacer agujeros en el plan. ¿Qué se nos olvida?

Hubo varias preguntas. Alguien se interesó por los trajes que llevarían. Respondió Benyawe, activando otra vez el holocampo para mostrar los trajes contra la radiación diseñados por su equipo.

—¿Cuánto tiempo pasaremos dentro de los trajes? —preguntó ZZ.

—La aproximación de la vaina a la nave requiere tres días —dijo Benyawe—. Es mucho tiempo para estar inmóvil, pero hay que hacerlo así de despacio. No nos atrevemos a avanzar más rápido. El traje estimulará los músculos, y a través de los tubos del traje se puede tomar comida y agua en cualquier momento.

—¿Y el baño? —dijo Bungy.

Benyawe señaló los dispositivos del traje y se lo explicó.

—Parece doloroso —dijo Deen.

—Como todo en el espacio —dijo Víctor—, lleva un tiempo acostumbrarse.

Hablaron una hora más, estableciendo los detalles; a continuación, Mazer, Shenzu y los miembros de la POM siguieron a Víctor hasta la bahía de carga. Víctor los colocó en fila contra la pared mientras se agarraban a una barra fija. Les mostró cómo lanzarse, apuntar el cuerpo y girar mientras volaban para aterrizar en la pared opuesta con los pies por delante. Eran movimientos simples que estaba seguro pillarían con facilidad, pero cuando les pidió que lo intentasen, lo hicieron torpemente y sin seguridad.

—Tengo la impresión de que voy a caerme —dijo Deen bien agarrado a la barra—. Sé que no hay gravedad, pero mi cerebro no quiere zafarse de la idea de un arriba y un abajo. Quiere mantener la orientación que tenía antes de venir.

Tras varios intentos, gradualmente fueron controlando la mecánica de los movimientos, aunque jamás ninguno de ellos llegó a sentirse totalmente cómodo.

—Volar por el pasillo es más fácil —dijo ZZ—. Allí hay un arriba y abajo y el espacio está limitado. Al llegar a un espacio amplio como este sufro de pánico existencial.

—No es fácil reprogramar el cerebro —dijo Wit—. Y básicamente de eso se trata.

A Víctor le resultó extraño que un movimiento tan simple para él pudiese ser tan difícil para otros. Para él era de lo más natural. Llevaba volando y lanzándose de esa forma desde antes de caminar.

—¿Cuál es el truco, nacido en el espacio? —preguntó Deen—. Haces que parezca fácil.

Víctor se encogió de hombros.

—No hay ningún truco. Empiezo exactamente como vosotros. Solo que lo hago sin una mente condicionada por la gravedad.

—Si no fuésemos paracaidistas la situación sería mucho peor —dijo Cocktail—. La parte de tocar tierra y rodar ya la tenemos. Es el salto y colocar el cuerpo lo que resulta difícil.

Practicaron durante varias horas, mejorando poco a poco. Víctor llegó a plantearse si no habría sido mejor buscar mineros, que estarían definitivamente mucho más hechos a manejarse en gravedad cero. Pero no, una vez que sacaron las armas de prácticas, quedó claro que en este caso las habilidades marciales de la POM eran lo importante. Los movimientos de cada uno podrían ser imperfectos, pero pensaban en grupo, actuaban en equipo, en muchas ocasiones sin tener que hablar.

A continuación, Víctor sacó las tuberías de prácticas que Benyawé y su equipo habían preparado. Tenían un diseño muy similar al de tuberías y boquillas de la nave fórmica. Víctor y dos miembros de la POM las fijaron en la pared opuesta y se pusieron a practicar llegar hasta ellas y girar las boquillas.

Lo repitieron una y otra vez. Practicaron usar las cortadoras láser para retirar gruesas capas de metal. Recorrieron de arriba a abajo los estrechos pasillos de la *Valas*. Situaron blancos en los pasillos y probaron a darles mientras se movían. Se dividieron en dos equipos y se enfrentaron entre sí. Volvieron a hacerlo todos contra Wit. Y luego todos ellos contra un grupo de tres. Shenzu y Mazer se resistieron contra los demás. Víctor no era un soldado y, por tanto, a pesar de que era el que mejor se movía, casi siempre era el primero en caer.

Horas después, al parar, todos estaban empapados de sudor.

Esa noche nadie tuvo problemas para dormir. La *Valas* siguió aproximándose lentamente a la nave fórmica. A la mañana siguiente repitieron los mismos ejercicios, solo que en esta ocasión usando también los voluminosos trajes contra la radiación. Con ellos puestos se movían con mucha menos gracia, pero de pronto se hicieron a la ligera pérdida de movilidad. Benyawé participó en los ejercicios. Nadie se opuso a que formase parte del grupo, sobre todo cuando comprobaron con qué facilidad volaba o la agilidad con la que se manejaba con herramientas y boquillas.

Al final del día, el acuerdo general era que estaban tan preparados como era posible en el tiempo disponible. Los miembros de la POM sacaron pajitas para ver quién iba. Wit era seguro, al igual que Víctor, Benyawe y Shenzu. Por tanto, quedaban ocho huecos. Los demás tenían capacidades iguales, así que en ese aspecto era imposible escoger. Al final fueron Bungy, ZZ, Cocktail, Deen, Bolshakov, Lobo, Caruso y Mazer.

Durmieron ocho horas. Para entonces la *Valas* estaba en posición y las vainas cargadas con las baterías y cables. El equipo comió, se puso los trajes y entró en las vainas. Imala fue a despedirles. Los técnicos del equipo de ingeniería sellaron las vainas una a una. Víctor fue el último. Tenía el casco en la mano. Imala flotaba frente a él con un pie fijado al mamparo.

—Vuela recto —dijo Víctor.

—Así lo haré. —Se apartó el pelo de la cara y le miró con preocupación—. Quédate cerca de Mazer y Wit. Y no hagas tonterías.

—Todo el plan es una tontería.

—No, no lo es, Vico. Es muy buen plan. Pero vuelve de una pieza, ¿vale?

Víctor asintió.

—En mi familia, lo que decíamos era: «*Si somos uno, nada nos puede dañar*».

—¿Qué significa?

—Unidos nadie nos hará daño.

—Esperemos que tengas razón, nacido en el espacio.

Se abrazaron. No era fácil, porque él llevaba un traje contra la radiación. Tras un momento Imala se retiró. Víctor se encajó el casco y se metió en la vaina como pudo. Conectó el traje al estimulador muscular y le hizo al técnico un gesto para indicar que todo estaba bien. Le pusieron la tapa y se hizo la oscuridad. Víctor activó el interfaz del casco y vio como Imala y los técnicos se iban y cerraban la escotilla. Frente a él vio abrirse lentamente las grandes puertas de la bahía de carga, dejando al descubierto la inmensidad del espacio y un diminuto punto rojo que relucía en la distancia. A continuación, el sistema de propulsión de la vaina emitió un silbido y partió.

## Boquillas

Mazer llegó a la superficie de la nave fórmica con tal delicadeza que apenas notó el impacto. Los imanes de la vaina se activaron y un mensaje en el interfaz le indicó que estaba lo suficientemente fijo y podía salir. Le dio a la palanca de apertura que tenía junto a la cabeza y se abrió la tapa sobre su cara. Lo que vio le dejó sin aliento. La vasta extensión del espacio era como un abismo negro salpicado con miles de millones de puntitos de luz.

Se dio cuenta de que la vaina estaba erguida, anclada por la base. Tendría que trepar por la parte superior, alejándose de la superficie de la nave y luego dirigir el cuerpo hacia abajo una vez activase los imanes de las botas.

No se suponía que iba a ser así. Se suponía que la vaina estaría plana contra la superficie del casco, de forma que Mazer estuviese de espaldas y pudiese arrastrarse con facilidad. «Llevo aquí dos segundos y ya todo sale mal», pensó.

No quería moverse. La vaina —por peligrosa que fuese— se le antojaba más segura que la nada que tenía delante. Giró la cabeza a un lado y vio la superficie roja de la nave extendiéndose frente a él como si fuese un vasto valle de metal. Miró en la dirección opuesta. Por ese lado había más nave. Era mayor de lo que se había imaginado y de pronto se preguntó si cuarenta metros cuadrados serían suficientes para inhabilitarla.

Se dio cuenta de que estaba solo. No veía ninguna vaina más. En el espacio había restos, pero eran tan pequeños y estaban tan lejos que no tenía claro si eran parte de la misión o no. Habían planeado llegar escalonadamente, pero Mazer sería uno de los últimos en llegar, no uno de los primeros. ¿Era el único que lo había logrado? ¿El sistema contra las colisiones había eliminado a los demás?

Agarró el borde de la abertura y se elevó. De pronto tuvo miedo de mover la vaina y romper la unión magnética con la nave. Todos los músculos de su cuerpo se pusieron tensos al liberar los pies y girar lentamente hacia abajo. Cuando los pies tocaron la superficie y los imanes de las botas se activaron fue consciente de que había estado conteniendo la respiración.

Se agachó, abrió el compartimento de la vaina cercano a los pies y sacó la mochila llena de herramientas. La fijó a la espalda y comprobó el interfaz del casco. Habían acordado mantener en silencio la radio hasta encontrarse todos dentro de la nave. Probablemente fuese una precaución innecesaria —Víctor e Imala habían usado la radio sin problemas—, pero Wit no quería arriesgarse. Mazer podía conectar el

interfaz con las últimas actualizaciones de la *Valas*, que seguía las posiciones y avances de todos. Una vez sincronizado, Mazer podría ver qué cañones habían inhabilitado, si lo habían hecho.

Cuando se produjo la sincronización comprobó que era el último en llegar. La persona anterior había llegado tres horas antes. Se suponía que Cocktail era su compañero para inhabilitar dos cañones, pero el equipo no había esperado por Mazer. Habían inhabilitado el cañón sin él y ahora se dirigían a la bahía de carga.

Mazer mostró el mapa de la nave en relación con su posición y comprobó que le quedaba un buen trecho por caminar. El cañón por donde debía entrar en la nave se encontraba a varios cientos de metros.

Empezó a caminar con pasos delicados e inciertos por el casco, teniendo cuidado de fijar bien una bota magnética antes de levantar la otra. Con su suerte, daría un paso demasiado rápido, se soltaría y se perdería en el espacio. Morir caminando.

Había pillado el ritmo tras unos minutos. Pero la verdad es que a las piernas les costaba. Los imanes eran potentes y cada paso requería de su esfuerzo. Estaba sudando mucho y respiraba rápidamente cuando vio la primera vaina en la distancia, tendida plana, a su derecha. Un minuto después vio otra a la izquierda. Al ir dejando atrás fragmentos supo que se iba acercando. Se detuvo y comprobó uno de los fragmentos, pero, por supuesto, ya habían recuperado y entrado cualquier equipo que hubiese traído.

Mazer siguió avanzando y finalmente llegó al cañón dañado. Entró por el agujero y llegó al interior de la nave. Sobre el agujero había dos burbujas que formaban una esclusa improvisada. Mazer activó la radio una vez estuvo dentro y el agujero se hubo sellado tras su paso. Durante un momento no oyó nada, para luego recibir la voz de Wit.

—Aseguraos de que el cable esté fijo.

Mazer dijo:

—Soy Mazer. Me presento.

—Ya era hora —dijo Wit—. Estamos en la bahía colocando las redes. Por ahora todo bien.

—Voy para allá.

Avanzó por el pozo. Había visto varias veces el vídeo de Víctor y le resultaba extraño estar haciéndolo en persona. Dejó atrás los bichos luminosos, que parecían estar especialmente nerviosos tras tanto ajeteo. Estuvo atento por si aparecía algún carro, pero no vio nada.

Para cuando llegó ya habían colocado las redes. Los cables cruzaban por todas partes para llegar a unas baterías fijadas a la pared opuesta, donde Víctor se ocupaba de los detalles finales.

—Como siempre —dijo Deen—, Mazer aparece cuando ya está hecha la mitad del trabajo. Bien jugado, kiwi.

Mazer sonrió, pero no respondió. El equipo se reunía en la pared donde revelarían las tuberías. Benyawe usaba pintura en spray para marcar la zona.

La misión de Mazer era hacer guardia. Escogió un punto bien alto de la pared opuesto a los pozos y se fijó. Escaneó los pozos una y otra vez en busca de cualquier señal de movimiento. El proceso de retirar las placas fue más rápido de lo que Mazer había esperado. Los láseres cortaban con rapidez y precisión, y en gravedad cero era muy sencillo apartar las placas empujándolas.

Llevaban tres cuartas partes del trabajo cuando Mazer vio a los primeros fórmicos.

—Víctor, movimiento en el pozo trece. —El equipo había pintado números sobre cada pozo. Mazer amplió la imagen del visor y se llevó el rifle al hombro—. Es uno de los carros grandes. Está lleno de placas de pared. Equipo de reparación.

Víctor habló por la radio. Estaba situado junto a las baterías e interruptores.

—¿Cuántos son?

—No lo veo bien. El pozo está oscuro. Solo aprecio formas difusas. Al menos cinco. Quizá más.

Mazer comprobó su interfaz. El equipo de corte había parado para ocultarse.

—¿Estás en la red? —preguntó Wit.

—Todavía no —dijo Mazer—. Están comprobándola.

Sabían que algo había cambiado. No eran animales a los que se pudiese engañar con una trampa sencilla. Eran demasiado inteligentes para picar con algo así, pensó Mazer. Eran tan listos como ellos. Quizá más.

Uno de los fórmicos pisó con cuidado la red y se aproximó al final del pozo. Luego avanzó otro más. Y un tercero.

—Todavía no —dijo Mazer.

Un cuarto. Un quinto. ¿Eran todos?

Hicieron avanzar el carro. Estaba cerca del borde del pozo.

—Ahora —dijo Mazer.

Víctor activó la electricidad y los fórmicos sufrieron sus efectos. Mazer se lanzó hacia ellos. Había fijado la cortadora láser al cañón del rifle de asalto. Antes de tocar el suelo ya había cortado por la mitad a los dos primeros fórmicos. De las mitades superiores, al separarse de las inferiores, salía un torrente de sangre.

Mazer acabó en la derecha del pozo. Se giró, se inclinó hacia delante y cortó a los otros. Era un trabajo repugnante. Se estremecían por la electricidad y de pronto se convertían en fragmentos volando por el aire.

—Corta la corriente —dijo Mazer.

—Cortada. Tienen el camino libre.

Mazer entró en el pozo e iluminó la oscuridad por si se le había escapado alguno. No había nadie.

—Despejado —dijo.



—Hay que ir más rápido —dijo Víctor—. Si *pueden* comunicarse mente a mente, es posible que hayan enviado un mensaje.

Volvieron a cortar, ahora más rápido.

Mazer agarró los trozos de fórmicos y lo lanzó hacia los restos flotantes de la bahía de carga por si venían más por el mismo pozo. Luego se lanzó hacia su puesto en la pared opuesta. Tenía la mano derecha y la parte delantera del traje cubiertos de sangre. Intentó limpiarse la mano frotándola contra la pared, pero no sirvió de nada. Se volvió a colocar el rifle al hombro y escaneó de un lado a otro, buscando movimiento. Los pozos estaban silenciosos y oscuros. El equipo de corte retiraba grandes trozos de pared. Otros ya se ocupaban de girar las boquillas de las tuberías expuestas. A Mazer le había preocupado que las boquillas resultasen ser más duras o que las tuberías fuesen a romperse, pero Benyawe dirigía esa parte y ofrecía instrucciones precisas que parecían ser muy efectivas.

Un fórmico se lanzó desde el pozo veinticinco, yendo directo a por el equipo de corte. Mazer ni siquiera le había visto acercarse a la boca del túnel. Caruso, quien también estaba de guardia y en una posición muy a la izquierda de Mazer, fue el primero en ver al fórmico y lo cercenó en el aire usando el láser antes de que Mazer pudiese reaccionar. El fórmico se dividió en cuatro secciones que siguieron moviéndose hacia la pared opuesta. Los trozos sanguinolentos golpearon las tuberías, cubriéndolas de fluido.

Un fórmico disparó desde el pozo quince. Dos más desde el pozo treinta.

—¡Víctor, conecta la electricidad! —dijo Mazer—. En todos los pozos.

Víctor dio la confirmación y conectó la energía mientras Mazer y Caruso rebanaban a los fórmicos que se movían por el aire. Trozos de cuerpo fórmico giraron, sangraron y rebotaron en las paredes.

—Hay que darse prisa, gente —dijo Wit—. En cualquier momento esto estará lleno de bichos. Bungy, ZZ, salid y poneos a pintar el enorme cuadrado para Imala. Mazer, Caruso, comprobad los pozos. Es posible que hayamos perdido la ventaja de la sorpresa.

Caruso asintió.

—Yo me ocupo de los pozos de la izquierda. Mazer, tú de los de la derecha.

Mazer lo confirmó y se lanzó, con el rifle en alto, la luz del cañón iluminando justo el pozo que tenía delante. Una docena de pares de ojos en la oscuridad, centelleando bajo la luz de Mazer, le devolvieron la mirada. Uno de ellos se le lanzó directamente con los brazos extendidos, la mandíbula abierta. Fue justo cuando Mazer estaba a punto de hacer girar el cuerpo para aterrizar delicadamente junto a la entrada del pozo. En su lugar, disparó. El láser atravesó la cara del fórmico, llegó a la espalda y salió por el otro lado. A Mazer solo le dio tiempo a levantar un brazo para protegerse del choque contra el cuerpo. Torpemente rebotaron uno contra el otro, con Mazer alejándose dando vueltas, sin control.

—¡Fórmicos! —gritó Caruso—. Del pozo veintiuno al veinticuatro. Cuento cincuenta, quizá más. También el pozo veinticinco.

Mazer dio contra algo duro. Un resto flotante. Quedó desorientado. Intentó enderezarse. Algo duro chocó contra él, colgándosele, golpeándole en varios lugares a la vez. Un fórmico. Chocaron contra otro resto. Mazer se encontraba en mala posición. Contra el estómago. No sabía dónde estaba arriba y dónde abajo. Algo le dio en el casco. Se giró para ver que el fórmico tenía un fragmento en la mano. Algo largo y afilado, un trozo de metal, aserrado por un borde. Podría atravesar y cortar el traje de Mazer.

Mazer tanteó el rifle. Se había enrollado la cinta alrededor del brazo para no perderlo, pero la cinta se había retorcido y ya no daba para levantar el rifle. Tiró y volvió a tirar. El fórmico levantó el arma afilada para golpearle.

Y su cabeza explotó en un estallido de fuego automático.

Pero no era del rifle de Mazer. Miró a su izquierda. Cocktail sostenía el rifle.

—Granadas. En los pozos. ¡Rápido, rápido!

Mazer se orientó. A su alrededor lanzaban granadas a los pozos como si fuesen pelotas de béisbol. Explotaron en su interior. Los fórmicos se lanzaban desde los pozos. Los láseres iban por todas partes, cortándolos por la mitad. Las redes retenían a la mayoría, pero ahora todos los fórmicos de la nave sabrían que estaban allí. Mazer cogió la granada aturdidora del cinturón y se lanzó desde el resto. No se desplazó tan rápido como le habría gustado... el fragmento flotante no estaba fijo a nada. Flotó lentamente. En el pozo que tenía delante había un puñado de fórmicos que se acercaba con cuidado a la red. Mazer lanzó la granada. La base magnética se fijó a la pared del pozo. Había un fórmico a pocos centímetros del arma. Justo al estallar había girado la cabeza para mirarla.

Mazer llegó a la pared. Le rodeaban los pozos. Había unos pocos fórmicos que se convulsionaban en la red. Mazer los rebanó. Del pozo a la derecha salían fórmicos. Metió la automática y disparó. Las balas rebotaron por el pozo. Para asegurarse lanzó una granada. Víctor se había equivocado al estimar el número de fórmicos. A bordo había más de cien. Muchos más.

Algunos miembros del equipo de corte habían abandonado la tarea para unirse a la batalla. Mazer miró las tuberías. Habían retirado casi todas las placas, pero todavía quedaban muchas boquillas por girar. No lo lograrían. No podrían resistirse mucho más a tanto fórmicos viniendo de todas las direcciones. No eran suficientes soldados.

Wit gritó por la radio.

—Mazer, tú y Cocktail despejad el pozo de salida. Cuando terminemos con las boquillas necesitaremos una vía libre.

Era evidente. Si había fórmicos en el pozo de los bichos luminosos, la POM no podría salir.

Wit siguió gritando órdenes. Dio nuevas misiones para ocuparse de los pozos y ordenó a los que habían ido a pelear que regresasen y siguiesen girando las boquillas.

—Debemos girarlas todas. Si nos falta una, Imala morirá.

De pronto Cocktail estaba junto a Mazer.

—Debemos defender el pozo. ¿Alguna idea?

—Nos hace falta una de las placas de la pared —dijo Mazer—. Ayúdame.

Volaron para recoger una de las placas que habían retirado. A su alrededor se produjeron más explosiones de granadas y más fuego automático.

—Aquí —dijo Mazer—. Usemos esta.

—¿Para qué? —dijo Cocktail.

—Vamos a crear un escudo. Ayúdame a volarla hasta la entrada del pozo.

Cada uno cogió un lado y al contar tres se lanzaron hacia el pozo de los bichos luminosos. Al llegar, Mazer iluminó el interior del pozo y vio a tres fórmicos que avanzaban. Con tres disparos rápidos acabó con ellos.

Miró a Cocktail.

—Vienen por el pozo. Debemos despejar el camino y contenerlos. Tenemos que cortar esa placa hasta que tenga la forma del pozo, pero más pequeña. Luego nos ponemos detrás y la llevamos a lo largo del pozo.

Cocktail asintió. Colocaron la placa sobre la entrada y se pusieron a cortar. Los grandes trozos se alejaban.

—Fíjala con tus agarres magnéticos —dijo Mazer—. Los usaremos para sostenerla.

En las bolsas de herramientas había discos de mano. Mazer cogió uno y lo colocó en la pared. Luego agarró el imán y sostuvo la placa de pared como si fuese un escudo.

Algo chocó contra el escudo. Fórmicos en el pozo que intentaban salir. Un segundo choque. Un tercero.

Mazer cogió una granada. Cocktail asintió. Al contar tres, apartaron el escudo durante un instante para que Mazer tirase la granada al pozo donde había fórmicos a pocos centímetros. Mazer y Cocktail volvieron a encajar el escudo y la granada explotó al otro lado.

Cocktail hizo dos cortes más en su lado y el escudo se movió por el pozo como una pared.

—Abre un agujero para el rifle y la mira —dijo Mazer.

Mazer abrió otro para él, y un segundo agujero para la luz, que fijó rápidamente usando cinta metálica.

—¿Listo? —preguntó Mazer.

Cocktail asintió.

Aseguraron los pies contra las paredes opuestas y empujaron pozo arriba. Los fórmicos muertos se acumulaban contra la pared, lo que les impedía ver.

—Inclina la parte superior hacia delante —dijo Mazer—. Que pasen los cadáveres.

Giraron el escudo de forma que estuviese horizontal. Mazer agarró los fórmicos y los sacó por su lado para despejar el camino. Los cuerpos estaban húmedos y flácidos, y sangraban. Otros estaban cercenados. Un brazo, un torso, una cabeza. Mazer se resistió al instinto de vomitar y actuó con rapidez. Al despejarlo, Cocktail y él volvieron a encajar el escudo y siguieron.

No avanzaron mucho antes de dar con más fórmicos. Mazer disparó por el hueco del rifle. Era difícil no acertar. Los fórmicos se doblaban, sangraban, morían. Los bichos luminosos estaban como locos, zumbando a su alrededor, llenando el pozo con su bioluminiscencia. El escudo había roto sus nidos. Iban de un lado a otro, pasando de una pared a la otra.

Mazer y Cocktail siguieron. Por la radio oían lo que pasaba en la bahía de carga. No sonaba nada bien. Gritos, explosiones, órdenes apresuradas. ZZ había caído. Bolshakov también. Los dos habían muerto. La noticia pasó sobre el cuerpo de Mazer como una ola. No podía hacer más que despejar el camino para los demás.

Lenta, tediosamente, subieron por el pozo. De pronto había objetos rebotando en el escudo. proyectiles. Delgadas y pequeñas agujas de metal, de la mitad de tamaño que un lápiz, que los fórmicos disparaban con sus armas.

—Vienen armados —dijo Cocktail.

Mazer y él dispararon y los que disparaban agujas cayeron.

—No veo bien —dijo Cocktail—. Hay demasiados obstáculos.

Mazer comprobó lo que tenían por delante. No había peligro.

—Vamos a inclinarlo y despejar el camino.

Tan pronto como inclinaron el escudo los bichos luminosos entraron como si fuesen agua, recorriendo a toda velocidad el pozo en dirección a la bahía de carga. A toda prisa Cocktail y Mazer tiraron de los fórmicos muertos para apartarlos.

Un destello de luz delante llamó la atención de Mazer. Se giró a tiempo de ver a un fórmico que sostenía una pistola de bote. La luz interior se agitaba, lista para dispararse.

—¡COLOCA EL ESCUDO! —gritó.

Demasiado tarde. La masa espesa y gelatinosa dio contra el pecho de Cocktail, pulsando de luz. Cocktail lo miró, se estremeció violentamente y explotó.

Mazer dio contra el interior del pozo. Estaba aturdido y desorientado. El aire a su alrededor estaba lleno de una neblina roja. La sangre le cubría el visor del casco, impidiéndole ver. Frente a él, a través de la neblina, vio una disco de luz que se retorció.

Fijó el brazo, le dio al gatillo y vació el cargador.

## Bajas

Lem se encontraba en el puente de la *Valas* y miraba los vídeos del holocampo sintiéndose cada vez más desesperado. Estaban masacrando al equipo de asalto. La bahía de carga era un caos. ZZ y Bolshakov habían muerto. Los datos biométricos de Cocktail habían desaparecido por completo. Delante de él veía las imágenes de las cámaras de casco que quedaban, pero los movimientos resultaban tan erráticos y confusos que era difícil hacerse una idea de lo que estaba pasando.

Se le acercó un técnico.

—Lamento molestarle, señor Jukes, pero recibimos información extraña de la Tierra.

—¿Qué tipo de información?

—Los fórmicos, señor. Regresan a las sondas.

Lem fue a la consola del técnico.

Había un vídeo en la pantalla.

—Es de una cámara de seguridad de Chenzhóu. —El técnico reprodujo el vídeo. Un pelotón de la muerte fórmico fumigada a una multitud de cientos de personas en el exterior de una estación de ferrocarril. El gas subía en volutas desde las lanzas fumigadoras de los fórmicos, rodeando a los que intentaban escapar. Hombres y mujeres luchaban por respirar y caían al suelo. Los fórmicos se movían en una ancha formación de línea sin sufrir ninguna resistencia. Un código en la parte inferior del vídeo iba contando los segundos.

—¿Qué se supone que debo ver? —dijo Lem.

—Justo aquí, señor.

De pronto los fórmicos dejaron de fumigar, se giraron al unísono y corrieron.

—¿Adónde van? —preguntó Lem.

—Al transporte, señor. Suben y vuelan al sudeste.

—¿Y?

—Es lo que están haciendo todos los fórmicos de la Tierra. Regresan a las sondas. Cada minuto llegan docenas de vídeos mostrando el mismo comportamiento. —En el terminal del técnico se empezaron a reproducir veinte vídeos. Fórmicos en deslizadores, soldados de a pie, cosechadores, transportes. Mientras Lem miraba los fórmicos dejaban de atacar, apagaban sus recolectores o cambiaban de dirección en pleno vuelo.

—¿Cómo sabes que vuelven a las sondas? —preguntó Lem.

Los vídeos desaparecieron, sustituidos por otros dos. Cada uno mostraba una de las sondas fórmicas que todavía se encontraban en el sudeste de China. Las grandes estructuras circulares estaban medio enterradas en el suelo, cada una de ellas más grande que el mayor estadio olímpico del mundo. El centro de la sonda estaba abierto por la parte superior, como el agujero de un donut, y ahora todo tipo de naves fórmicas volaban a su interior y atracaban... como una colmena llamando a todas sus abejas.

—¿Qué hacen? —preguntó Lem—. ¿Se retiran para hacerse fuertes? ¿Por qué?

—No lo sé, señor.

—Vuelve al primer vídeo que me mostraste. El de Chenzhóu. Reprodúcelo otra vez.

El técnico mostró el vídeo y le dio a reproducir. Volvieron a ver cómo los fórmicos dejaban de fumigar, se giraban y corrían de vuelta al transporte.

—Vuelve atrás —dijo Lem—, al momento en que dejaron de fumigar.

El técnico lo hizo.

—¿En qué momento pasó? El segundo exacto.

El técnico fue hacia atrás fotograma a fotograma.

—A las 4.32.53.

—Ahora repítelo con una de las otras imágenes que has recibido —dijo Lem—. Quiero saber en qué momento exacto los fórmicos fueron a las sondas. El momento exacto.

—Sí, señor.

Miró cómo trabajaba el técnico, abriendo uno de los otros vídeos que escogió al azar. Este no tenía código de tiempo, pero el archivo contenía los datos. Una vez marcado el momento justo, buscó en el archivo y dio con la respuesta.

—A las 4.32.53.

—El mismo momento —dijo Lem—. Es como si a todos les dijese que volviesen justo al mismo tiempo. ¿Cómo es posible? Ninguno lleva dispositivos de comunicación. ¿Los militares han interceptado algún tipo de mensaje? ¿Algún tipo de transmisión? ¿Sonidos en el aire? ¿Cualquier forma de comunicación?

—No de los fórmicos, señor. Ningún informe. Nadie ha dado con nada.

A Lem no le gustó la idea. Víctor había lanzado la hipótesis de que los fórmicos se comunicaban de mente a mente, pero Lem la había rechazado. Era totalmente contraria a la ciencia.

Y, sin embargo, no podía negar que aparentemente los fórmicos se comportaban como si fuesen uno, como si *estuviesen* comunicándose.

—Comprueba los otros vídeos —dijo Lem—. Asegúrate de que es la misma hora.

Pero ya antes de que el técnico se pusiese a trabajar Lem ya sabía cuál sería la respuesta. Todos habían recibido el mensaje en el mismo momento.

La idea le dio miedo. Cuando Víctor dijo que los fórmicos se comunicaban de una mente a otra, Lem había dado por supuesto que se refería a un fórmico con otro,

quizá en la misma habitación, enviándose mensajes a una corta distancia entre ellos. Incluso esa idea sonaba ridícula, pero esto... esto era totalmente inexplicable. Los fórmicos estaban dispersos por todo el sur de China, a cientos de kilómetros unos de otros... sobre el terreno, en el aire, en valles, en montañas. Y, sin embargo, la voz que oían, la voz de autoridad que les daba órdenes —y que todos obedecían sin vacilar— era tan potente que llegaba a todos. Al instante.

Lem sintió que el pelo de la nuca se le ponía de punta. Era como si de pronto hubiese levantado una capa de los fórmicos y debajo hubiese dado con algo todavía más horroroso. Era la voz de alguien. Y Lem tuvo la sensación de que era algo mucho más peligroso y mucho más poderoso que todo lo que había visto hasta ahora.

Otro de los técnicos se reclinó y le llamó.

—Señor Jukes. Será mejor que vea esto.

Lem fue a su consola.

—No todos los transportes regresan a las sondas, señor. Algunos se elevan en la atmósfera.

—Muéstramelo.

En la pantalla aparecieron dos vídeos. Los dos los habían tomado con cámaras personales. En los dos los transportes se lanzaban hacia las nubes.

—¿Estás seguro de que no se dirigen a una sonda?

—Estoy seguro, señor. Los he seguido. Se alejan de las sondas, van sobre el mar del Sur de China, ganando altitud. —En la pantalla aparecieron más mensajes. Tres. Cuatro. Una docena. Veinte.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lem.

El técnico se atareó un momento antes de responder.

—Son todos transportes, señor. Se dirigen al espacio.

—Ponte en contacto con el capitán Chubs a bordo de la *Makarhu* —dijo Lem—. Es una de las naves de Juke que mantiene el escudo sobre la Tierra. Dile que unas docenas de transportes van hacia él. Quiero que tengan las cajas rompedoras listas y cargadas. Esos transportes regresan a la nave nodriza. Diles que bajo ninguna circunstancia debe permitir que se escape ni uno.

—Sí, señor.

Lem fue rápidamente con el primer técnico.

—He comprobado más vídeos y tenía usted razón, señor. Los fórmicos respondieron al mismo tiempo.

—Olvídate de eso. Tienes una tarea nueva. Quiero que busques las imágenes enviadas por el equipo de asalto en la nave fórmica. Quiero que me digas en qué momento justo entraron en contacto con el primer fórmico. En qué momento descubrieron la presencia de nuestros hombres.

El técnico fue hacia atrás en las grabaciones, busco y se puso a trabajar.

—No des *nuestra* hora —dijo Lem—. Quiero saber qué hora era en China. La zona horaria de antes.

El técnico invirtió un momento más.

—Es difícil saber cuál fue el momento exacto, señor. Si fue cuando electrocutaron a los fórmicos por primera vez o cuando los otros...

—Cuando electrocutaron al primero.

—Eso fue a las 4.32.48. Hora de China.

—Cinco segundos antes de que los fórmicos de la Tierra recibiesen el mensaje. No puede ser una coincidencia.

—¿Qué está pensando, señor? ¿Cree que los fórmicos de la nave pidieron ayuda a los otros?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Cinco segundos no es tiempo suficiente, señor. Apenas es tiempo suficiente para responder, y menos enviar y recibir una transmisión desde la Tierra. Debería haber algo de retraso.

Lem no iba a discutir. Una parte de él tampoco lo consideraba posible. Pero allí estaba la realidad.

—Voy a mi caza —dijo Lem—. Manténme actualizado de la situación del equipo de asalto. Quiero enterarme en cuanto inhabiliten la nave.

Salió volando del puente, en dirección a la parte posterior de la nave, hacia los vestuarios. Se puso el traje y el casco. Luego fue a la esclusa. Su caza estaba fijado al exterior del casco. Esperó a que la esclusa le indicase que podía salir y abrió la escotilla. El tubo llevaba directamente a la cabina. Entró volando, se abrochó y soltó la nave. El caza se alejó. Lentamente se movió hacia la parte posterior de la *Valas*. A continuación, con la *Valas* entre él y la nave fórmica de tal suerte que los fórmicos no pudiesen ver sus movimientos, se lanzó a toda prisa hacia el escudo. En el lanzador tenía dieciséis cajas rompedoras. No había practicado tanto como los otros pilotos. No había tenido tiempo. Pero había realizado todas las simulaciones de Benyawe y ella lo había calificado como un lanzador aceptable.

Esperaba que tuviese razón. Si el escudo caía, si la flota de transportes llegaba a la nave fórmica, todo estaría perdido. Sería el final de Wit, Mazer y los demás.

Imala estaba sentada en su caza a varios cientos de kilómetros de la nave fórmica, viendo las imágenes de los cascos y sintiéndose totalmente inútil. Lo único que quería era ir rauda en ayuda de Víctor, hacer algo, lo que fuese, pero no podía. Si se movía, los fórmicos dispararían demasiado pronto. Activarían las tuberías, y las boquillas liberarían el plasma prematuramente, mientras todos estuviesen todavía dentro. Ella sería la responsable de la muerte de todo el equipo de asalto.

Tampoco se atrevía a hablar por radio. Hablarles no lograría más que distraerles de sus labores. Solo podía quedarse sentada y esperar su momento: que le dijese que habían salido, que podía actuar.



Pero ¿y si ese mensaje no llegaba nunca? ¿Y si los atrapaban en los pozos? ¿Y si se quedaban dentro?

—Vuela de vuelta a la *Valas* —le había dicho Víctor—. Si fracasamos, ponte a salvo.

En su momento había asentido, pero nunca había tenido la intención de obedecer. Si giraban las boquillas, ella cargaría, incluso si el equipo no había logrado salir, incluso aunque la misión a todos los efectos hubiese acabado. Ella cumpliría con su misión. Todavía podrían inhabilitar la nave.

La consola emitió un pitido. Había detectado la X pintada en la superficie. Recuperó la imagen y la amplió. Allí estaba, brillando como le habían prometido. Bungy había cumplido. Era una X tosca, pero suficiente para que sus ordenadores la detectasen y así apuntasen. Se suponía que ZZ ayudaría a pintarla, pero le habían dado en el pozo justo en la salida.

Imala cerró los ojos y negó con la cabeza. Tres muertos. Y por ahora Bungy era el único que había salido.

Agarró el mando de vuelo. Le temblaban las manos. Víctor no era ni la mitad de soldado que ZZ. Ni se le aproximaba. Y si ZZ no lo había logrado...

No. No debía pensar esas cosas. Debía guiarse por los hechos. Y el único hecho de importancia en ese momento era que habían pintado la X. Las boquillas estaban giradas. Todas. Iba a entrar. Entraría hubiese salido el equipo o no.

Víctor se lanzó pozo arriba, respirando rápidamente. Choco con Benyawé, quien a su vez chocó con el que estuviese por delante. Llevaban casi cien metros moviéndose de esta forma, avanzando por el pozo a trompicones. Todos iban en línea, pero solo podías avanzar cuando la persona que tenías delante avanzaba a su vez. Y el espacio —que ya de por sí era estrecho y apretado— estaba ahora lleno de cadáveres de fórmicos.

Víctor esperó para moverse. Tenía a Shenzu detrás, con Deen en la cola, sin dejar de disparar en todo momento con munición y láser pozo abajo hacia la bahía de carga. Había docenas de fórmicos subiendo por el pozo hacia ellos, corriendo unos sobre los otros, avanzando como podían, como si fuesen agua subiendo.

—¡Moveos! —no dejaba de gritar Deen. O a veces—: ¡Más cargadores! ¡Más cargadores!

Le pasaban los cargadores a Deen como una cadena humana. Y él convertía a los fórmicos en papilla mientras subía de espaldas el pozo. Sin embargo, los fórmicos no se rendían. La multitud que venía adelantaba a los muertos y los echaba atrás, avanzando, sin reducir la velocidad.

—¡Moveos! —dijo Deen—. ¡Lanzaos!

El camino de Benyawé estaba libre. Se lanzó, y Víctor tras ella, chocando con la mujer antes de que Benyawé llegase a la persona que tenía por delante, cosa que la

lanzó contra una pared y detuvo su movimiento.

—¡Seguid avanzando! —dijo Deen—. ¡No os paréis!

Más destellos de los disparos. Más lanzamientos. Más órdenes a gritos. El corazón de Víctor atronaba en su pecho. No lo lograrían. En cualquier momento llegarían hasta Deen. Los fórmicos estaban a menos de diez metros.

Víctor sintió la corriente de aire. El agujero. Wit había llegado y lo había abierto. El aire del pozo pasaba al vacío del espacio.

Entre Víctor y Shenzu a su espalda había diez metros de espacio vacío. Shenzu se había detenido para ayudar a Deen a contener el asalto.

De pronto, justo bajo los pies de Víctor se cerró una pared, sellando el pozo y dejando a Deen y Shenzu al otro lado, con los fórmicos.

—¿Qué ha pasado? —dijo Benyawe.

—Los pozos —dijo Víctor—, se aíslan. Probablemente disponían de un cierre automático cuando detectan una fuga. No podemos hacer nada. Sigue. Yo los liberaré.

Benyawe se lanzó hacia delante.

Víctor se arrodilló y de inmediato se puso a cortar la pared con el láser. Le resultaba dolorosamente lento. No lo podría hacer a tiempo. Los fórmicos llegarían hasta ellos y al abrirla solo lograría que los fórmicos viniesen a por él.

Tras un largo y doloroso minuto, abrió el agujero. Shenzu pasó de inmediato, chocando con fuerza contra Víctor y lanzándole a rebotar por el pozo. Otra corriente al escapar el aire al vacío.

—¿Dónde está Deen? —gritó Víctor.

Un momento después salió la cabeza de Deen por el agujero, todavía disparando el láser. Víctor no veía nada; Shenzu le tapaba la visión.

—Le han dado —dijo Shenzu—. Tres en las piernas.

Deen intentó impulsarse con las piernas, pero sin éxito. Ahora eran inútiles. Víctor vio los proyectiles sobresalir de la cadera de Deen, como largos dardos negros.

—Llévatelo —dijo Shenzu—. Yo me ocupo de la retaguardia.

Le pasó a Deen, quien se estremeció y gimió.

—Tenemos que sacarlos —dijo Víctor—. Estamos en el vacío del espacio. Tienes el traje pinchado.

—No puedes sacarlos —dijo Deen—. Me moriré desangrado. Tienes que cerrar los agujeros sin quitar los dardos.

Shenzu disparaba por el agujero, pero ya sin la misma intensidad que Deen. Los fórmicos del pozo se estaban asfixiando.

—Hazlo —le dijo Deen a Víctor—. Pon férula sellante ahora. Moriré si no lo haces.

Dos de los dardos se habían clavado muy cerca en la carne de la cadera derecha. El otro sobresalía del muslo de la pantorrilla izquierda. Deen apretaba los dientes y contorsionaba el rostro por el dolor.

El traje había detectado las perforaciones y había hinchado anillos alrededor de las zonas dañadas para evitar que el aire escapase, pero se trataba de una solución temporal. Víctor tendría que actuar con rapidez. Abrió la bolsa de herramientas y sacó un equipo médico. Shenzu le imitó. Cada uno tenía una férula sellante. Una férula era lo suficientemente grande para cubrir los dos dardos de la pierna. La segunda férula cubriría la pantorrilla.

—Primero tengo que cortar los dardos —dijo Víctor sacando el láser—. Sobresalen siete centímetros. Al colocar férula, presionará la zona y hundirá más los dardos. Tengo que cortar todo lo que me sea posible cerca de la pierna.

—No hables. Hazlo —dijo Deen.

—Va a doler.

Víctor presionó delicadamente el traje alrededor del primer dardo. Deen se estremeció y se puso rígido, pero no dijo nada. Con cuidado para no dañar el traje, Víctor realizó el primer corte, luego el segundo y por fin el último.

Deen intentó reír.

—Cuando esto acabe, me aseguraré de que recibas la certificación de medicina de combate, nacido en el espacio.

Delicadamente, Víctor pasó la primera férula por la bota de Deen y pierna arriba hasta la cadera, parando en los dardos. La férula era básicamente una manga elástica hasta que la activase. En ese momento apretaría la zona de la cadera como un guante y sellaría los bordes.

—Hazlo —dijo Deen.

Víctor pasó la férula sobre los dos dardos y le dio al botón. La férula se contrajo y Deen gritó con los dientes apretados. Al parar la férula, Deen respiraba con esfuerzo y tenía el rostro enrojecido y cubierto de sudor.

—Ahora la otra. Pero esta vez más rápido. Estoy perdiendo la paciencia.

Así lo hizo Víctor. Deen lanzó una maldición y con el puño golpeó el interior del pozo.

Cuando todo hubo terminado, exhaló y dijo:

—¡Guau! Deberíamos cobrar por venir aquí. Te lo pasas mejor que en un parque de atracciones.

Se pusieron otra vez en movimiento. Víctor avanzó tirando de Deen, que no podía usar las piernas. Benyawe hacía rato que había desaparecido, así que tenían el camino despejado y avanzaron con rapidez. Shenzu cubría la retaguardia.

Encontraron a Mazer esperando en el pozo más allá del agujero de salida. El traje de Mazer estaba tan cubierto de sangre que durante un instante Víctor pensó que estaba muerto. Pero luego Mazer se movió y les hizo un gesto para que avanzasen lo que quedaba de pozo, ofreciéndose para ir el último. El escudo de Mazer estaba por delante, ensangrentado y a un lado. Aparentemente, Mazer había establecido una posición defensiva en ese punto para evitar que los fórmicos retomasen el pozo desde el otro lado. Ahora, una pared antifugas sellaba el pozo diez metros por delante.

Nadie habló. Era evidente que la sangre no era de Mazer.

Momentos después todos habían salido. Los demás ya estaban en el punto de encuentro de la superficie, a cierta distancia.

—Quédate quieto —le dijo Víctor a Deen.

Víctor todavía tenía un rollo de cable en el cinturón, un resto de cuando conectó las baterías. Con agilidad pasó varios metros alrededor del pecho de Deen y luego lo ató a su mochila.

—Tiraré de ti. El cable aguantará, pero podemos fijar las muñecas si te hace sentirte más seguro.

—Una cama de hospital en suelo firme es lo que me haría sentir más seguro —dijo Deen—, pero un buen agarre y un cable fuerte tendrán que valerme por ahora.

Se movieron por la superficie, con Deen flotando detrás de Víctor como si fuese una cometa, agarrándole la mano. Minutos después vieron a los otros, todos reunidos en medio de una gigantesca abertura. Era la parte superior de uno de los tubos de lanzamiento que los fórmicos habían empleado para lanzar los refuerzos a la Tierra. El plasma gamma no podía llegar hasta allí.

Tan pronto como Víctor y los otros entraron, Wit dijo:

—Muy bien, Imala. Te toca. Arranca y vuela recto.

La voz de Imala resonó por la radio con cierta estática.

—Recibido.

Hacía lo posible por sonar confiada, pero Víctor podía detectar algo de miedo en su voz. Había instalado varias luces grandes y parpadeantes para que la nave fuese lo más visible posible una vez que empezase a moverse. Víctor miró al cielo, amplió la imagen del visor y en la distancia apreció un diminuto centelleo de luz.

Imala activó los impulsores y giró ligeramente la nave para situarse. Esta sería la parte más complicada del proceso. El ordenador tenía el blanco fijado en la X, y el sistema de guía se ocuparía de casi todo. Ella solo debía preocuparse de que la nave estuviese alineada desde el principio y reducir la velocidad en cuanto pudiese. En realidad, era una tarea sencilla. Cualquiera podría haberlo hecho. Quizá ella era el piloto más cualificado del grupo, pero no era estrictamente necesario que ella manejase el mando. Por supuesto, Víctor lo sabía. Y, sin embargo, no se lo había discutido cuando Imala insistió. Quizá viese en su cara el gesto de decisión y supo que no valía la pena intentar convencerla. O tal vez simplemente hubiese comprendido que era algo que ella tenía que hacer, que debía contribuir de alguna forma.

Había escogido creer que era esa última razón: que la comprendía.

Las formas de la pantalla se alinearon y pasaron a verde, indicando que todo estaba preparado.

Le dio a los impulsores y aceleró. Pesadas láminas de metal cubrían la nave por completo, haciendo de escudo contra la radiación, pero las cámaras del exterior iban directamente al interfaz de su casco. Las luces parpadeaban e iban de un lado a otro en la parte delantera de la nave, como una casa decorada para las fiestas. Solo una señal de neón que dijese DISPÁRAME habría sido más evidente.

Pasaron cinco minutos. Luego diez. La nave seguía siendo un punto diminuto en la distancia. Sería mejor si los fórmicos disparaban antes en lugar de más tarde. Cuanto más se acercase a la nave más estrecho sería el túnel por el que tendría que pasar.

La nave fue creciendo. Ya deberían haber disparado. Se preguntó si todos los fórmicos del interior ya estarían muertos. ¿Víctor y los otros habían matado a los fórmicos encargados de la defensa?

De pronto quedó cubierta de luz. Un cuadrado que la rodeaba por todas partes, como si se hubiese sumergido en un cubo. Daba la impresión de que el morro de la nave estaba a pocos centímetros de ese cubo. Encendió los retropropulsores y mantuvo la nave recta, reduciendo la velocidad para aun así seguir avanzando a buena velocidad. Las lecturas de la radiación exterior ya habían llegado claramente al rojo.

Sabía que los fórmicos lo desactivarían en cualquier momento. Se darían cuenta de que se estaban matando a sí mismos, y desactivarían el plasma gamma.

Pero no lo hicieron. Seguía.

Sintió un pánico súbito. Si no lo desconectaban iba a morir. Volaría directamente contra la nave. Si no la mataba el impacto, rebotaría directamente hacia el infierno del plasma. O si reducía a una velocidad casi nula, derivaría hacia el plasma.

¿No había salido bien? Quizá las boquillas giradas no habían disparado hacia dentro. Quizá el hecho de girarlos simplemente los hubiese dejado inhabilitadas. Quizá la nave no hubiese sufrido ningún daño y todo hubiese sido para nada.

Intentó llamar a Víctor, pero por supuesto era imposible usar la radio con tanta radiación. Le gritó al cubo de luz. Le gritó que parase.

Pero no lo hizo.

—¿Por qué no han desconectado el plasma? —preguntó Wit—. Ya deberían haberlo cerrado.

Estaban todos en la parte superior del tubo de lanzamiento, reunidos alrededor del holopad. La imagen de pantalla era como si estuviesen ensartando la nave fórmica. El plasma surgía de un lado, rodeando a Imala, mientras que las boquillas giradas disparaban una columna de plasma por el otro lado, abriendo un agujero perfecto.

Pero no paraban.

—¿Qué está pasando dentro de la nave? —preguntó Mazer.

Benyawe había colocado sensores en la bahía de carga y en el pozo. Comprobó su pad de muñeca.

—Los niveles de radiación están por las nubes. Son mucho, pero que mucho mayores de lo que creíamos que llegarían a ser. Cien veces mayores.

—¿Qué hay de los fórmicos del interior? —preguntó Mazer.

—O están agonizando o están muertos —dijo Benyawe.

—¿Y la tripulación de vuelo? —preguntó Wit—. Los que se supone que deben apagar el plasma.

Víctor abrió su holopad y comprobó la imagen de la cámara que había dejado en el puente. Los cuerpos fórmicos flotaban en el aire.

—También están todos muertos.

—¿Así que no hay nadie para cerrar el grifo? —dijo Shenzu.

—¿Qué pasa si no lo cerramos? —preguntó Mazer—. ¿Aparte de perder a Imala?

—Supercalor por la radiación gamma si sigue durante demasiado tiempo —dijo Víctor—. Todo arderá y se fundirá. La nave entera se volverá radiactiva.

—Así que perderemos toda la tecnología —dijo Deen.

—Y moriremos todos —dijo Benyawe.

Se produjo un breve silencio. Wit lo rompió diciendo:

—Víctor, ¿sabes desactivarlo? Si voy al puente, ¿me podrás dar indicaciones?

—No puedes ir —dijo Víctor—. La nave está supercaliente. Morirás envenenado por la radiación. Por mucho traje que lleves. Los niveles son excesivamente elevados.

—¿Antes de morir podría llegar al puente y desactivar las tuberías?

Víctor le miró fijamente.

—Pero...

—Responde a la pregunta. Aunque pasemos más tiempo aquí fuera, más caliente se vuelve la nave y menos posibilidades tendré. ¿Sobreviviré el tiempo suficiente para hacerlo?

—Mmmm, sí. A lo mejor. No puedo estar seguro. Depende de cuánto tardes en llegar al puente. Yo no iría por el agujero del cañón. Por aquí estamos mucho más cerca. Podrías abrir un agujero aquí mismo y volar directamente por el tubo de lanzamiento. Estarías muy cerca del puente.

—Envía los datos al interfaz de mi casco.

—Pero una vez llegues no podré darte instrucciones. La radiación podría interferir con la transmisión. Te lo debería contar por si acaso. —Giró su holopad—. Aquí está el puente. ¿Ves esa rueda grande? Gírala todo lo que pueda en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. No hay ordenadores. No hay botones. Simplemente una rueda grande.

—Lo haré yo —dijo Mazer.

—Eres demasiado pequeño —dijo Wit—. La radiación acabaría contigo antes. Yo soy el más grande y, por tanto, tengo las mejores posibilidades de llegar. Mazer, quedas al mando.

Mazer le miró sorprendido.

—Pero... yo no soy uno de tus hombres.

—Eres tan miembro de la POM como yo. Siempre lo has sido. —Se alejó del grupo y fue al centro de la abertura. Sacó la cortadora láser y se puso a abrir un agujero lo suficientemente grande para pasar.

—Apagar el plasma gamma no será suficiente —dijo Víctor—. También tendrás que ventilar la nave.

—¿Cómo? —dijo Wit.

—Abriendo todos los tubos de lanzamiento —dijo Víctor—. Recorren toda la nave.

—Suena a mucho trabajo. ¿Tendrá tiempo?

—Hay una única rueda. Gírala en sentido horario y todos los tubos se abrirán.

—¿Otra rueda? —dijo Wit—. Pensaba que los fórmicos innovarían.

—Una tecnología genial, unos controles simples.

—Indícame dónde está la rueda.

Víctor mostró una imagen del interior de la nave sacada de su vídeo.

—En la base del tubo verás una consola como esta. Allí está la rueda. —Hizo un círculo con el dedo y mandó la imagen al casco de Wit.

—¿Algo más?

—Sí, todos nosotros también tenemos que entrar en el tubo de lanzamiento. Una vez pases, cerraremos la esclusa inferior. De tal forma, al ventilar la nave no estaremos fuera recibiendo toda la radiación.

—¿Qué hay de la parte superior del tubo de lanzamiento? ¿Podemos cerrarla manteniendo abiertas las otras? Tendréis que estar bien sellados, tanto por la parte inferior como superior.

Víctor le volvió a mostrar la imagen.

—Cada consola tiene una rueda propia. En la base de este tubo de lanzamiento. Gírala y solo cerrarás este tubo.

—Girar tres ruedas. Es más sencillo de lo que pensaba.

Terminó de cortar y empujó el disco tubo abajo.

Víctor se agachó a su lado.

—Debería ir yo, Wit. Conozco el camino. Les vi girar las ruedas.

—No estamos deliberando —dijo Wit—. Ahora sígueme al tubo y ciérralo al pasar yo. —Se metió por el agujero, fijó los pies en el interior y se lanzó hacia el fondo del tubo.

Uno a uno, los demás le siguieron.

Lem disparó las cajas rompedoras y se alejaron de su caza a toda velocidad, girando en el espacio como unas boleadoras. Le rodeaba la guerra. En órbita cercana a la Tierra, las naves mineras de Juke formando en el escudo se enfrentaban a un enjambre de transportes fórmicos. Los fórmicos les superaban en dos a uno, y los transportes eran tan ágiles en el espacio como lo habían sido en la Tierra. Lem no tenía claro quién iba ganando. Todo sucedía demasiado rápido.

Al principio había habido cierto orden... un esfuerzo combinado por acabar todos juntos con los fórmicos. Pero se esfumó en cuanto empezaron los tiros. Ahora cada uno luchaba por su cuenta.

Las cajas rompedoras de Lem llegaron al objetivo y se fijaron en lados opuestos del transporte. Al instante, las fuerzas de marea destrozaban el transporte, rompiendo los enlaces moleculares y luego convirtiendo cada molécula en átomos. Era un transporte, y dos segundos después no era más que polvo.

A la derecha de Lem, había una nave minera que el láser había cortado por la mitad. Las luces de la nave parpadearon antes de apagarse. Se oían gritos por la radio. De los dos fragmentos salían equipo y cuerpos. El caza de Lem dio un giro a la derecha, esquivando un láser y evitando así el mismo destino. Un transporte venía a por él. Liberó otras cajas rompedoras contra el perseguidor, pero no apuntó bien y las cajas rompedoras se perdieron en el espacio.

Lem descendió. El transporte le siguió. Lem giró, dio la vuelta; el transporte respondió, imitando sus movimientos. A la derecha un láser le pasó muy cerca. Disparó un tercer par de cajas rompedoras, pero también falló. Otro descenso, giro y vuelta. Seguía sin liberarse. Se inclinó a la derecha y evitó por poco chocar con otro transporte. Ese se lo cargó disparando, pero el perseguidor continuaba tras él.

Lem aceleró y fue a la izquierda. No podía seguir mucho más. Pronto vomitaría o se desmayaría. Las fuerzas de la aceleración eran insoportables. Ya no tenía sentido del equilibrio. El arnés le retenía, pero el cuerpo se agitaba de un lado a otro como si fuese una muñeca de trapo.

Volvió a girar, volvió a disparar, volvió a fallar.

Había empezado con algunos disparos con suerte. Eso era todo. Aquí era como un pez fuera del agua. No era piloto de combate. ¿Por qué había pensado que era capaz? ¿Qué quería demostrar?

Delante de él una nave minera se partió cuando dos transportes la atacaron a la vez. Lem giró para alejarse y así poder tener línea de visión y disparar.

Se dio cuenta de que iba a morir. Solo había aguantado tanto tiempo porque era un blanco muy pequeño.

A pocos centímetros a la izquierda le pasó un láser. Descendió de nuevo y giró.

Se dio cuenta de que nadie lloraría por él. Merecería titulares, admiradores tristes y algunos comentarios en las redes diciendo que había muerto heroicamente, pero en realidad no le importaría a nadie. No de verdad. No de una forma que fuese real e importante. Negarían con la cabeza, dirían que era una pena y seguirían con lo suyo.



Los que realmente le conocían podrían incluso decir que era un alivio.

A Padre le importaría, pensó. Padre lloraría. A pesar de todo lo que los separaba, Lem seguía siendo su hijo.

Y Simona. A ella también le afectaría, casi como a un amigo, a pesar de como la había tratado.

Pensó en Des. No la Des real, sino en la persona que creía conocer. La Des falsa. Joven, inteligente y afectuosa. Esa versión le habría llorado.

Pero, por supuesto, la Des real se reiría de la noticia. Vaya un imbécil, diría. Qué fácil de manipular.

Se preguntó dónde estaría ahora. ¿En los brazos de otro hombre? ¿En la cama de otro hombre? No, hombre no, cliente.

El transporte que le perseguía desapareció del holocampo. Se había convertido en polvo.

Por la radio le llegó una voz conocida.

—Luego me tendrás que dar las gracias, Lem —dijo Chubs—. Acepto talones nominativos o transferencias bancarias.

Lem sonrió.

—¿Cuántas veces me has salvado el pellejo, Chubs?

—Más de las que soy capaz de contar. Pero espero que tú tengas claro el número.

Chubs. Ese hombre había sido un cocapitán en los dos años de viaje al Cinturón de Kuiper. No era necesariamente un amigo. Pero ciertamente era un recordatorio agradable en este momento.

Todo terminó diez minutos después. Habían perdido nueve de las naves mineras. Las otras estaban en perfecto estado y lo celebraban por la radio, emocionados de seguir con vida. En ese momento Lem se dio cuenta de que la *Valas* había estado intentando hablar con él. Respondió al aviso.

—Lem al habla. Adelante.

—Señor Jukes. Las sondas. Despegan.

A los diez segundos de estar en la nave a Wit ya le sangraba la nariz. Se sentía como si lo cocinasen en un microondas. Todos sus instintos le decían que regresase volando a la seguridad del tubo de lanzamiento, refugiándose con los otros. No era solo que el calor le estuviese quemando, también lo estaba dejando seco, absorbiendo su vida como si fuese una aspiradora. En ningún momento de su existencia se había sentido tan débil o en tal mal estado. Agarró la rueda en la base del tubo de lanzamiento y la giró. Todos los tubos, excepto el que protegía a los otros, se abrieron dejando escapar el aire en torrente. Sentía cómo el aire desaparecía; era como estar de pie en medio de un tremendo vendaval. Si no hubiese hecho caso a Víctor cuando le dijo que debía fijar los pies al suelo, bien podría haber salido volando también.

La salida del aire llevó casi un minuto. A su lado volaron los cadáveres de fórmicos, junto con distintos artículos pequeños que no habían estado fijados a nada... todo recorriendo los tubos para llegar al espacio. Wit sentía cómo el calor de la sala descendía, como si hubiesen pasado un horno de la temperatura máxima a la temperatura media. Cuando todo terminó, se quedó inmóvil un momento ordenando las ideas. Sabía que le quedaba algo por hacer. Había otra tarea pendiente. Un momento antes la recordaba, pero ahora era incapaz.

Oyó el chasquido de la estática en el auricular.

—Capitán O'Toole.

Era su nombre. Alguien le llamaba. El equipo del tubo. Se giró y les miró. Todos le miraban con expresión de preocupación. En ese momento recordó.

—Estoy bien. No está... tan mal. Es como... una sauna muy caliente. La radio llega... eso está bien. Voy... voy a necesitarla.

—Déjame ir a ayudarte —dijo Víctor.

—No. Ya estoy expuesto. Aquí... todavía hay radiación. Simplemente indícame cómo llegar al puente. Tengo el plano... pero mi cabeza... no me puedo concentrar.

—Está demasiado desorientado —dijo alguien—. No lo logrará.

—Calla y deja hablar a Víctor —dijo otra voz.

—Vete al otro lado de la consola —dijo Víctor—. A la izquierda verás un pasillo.

Wit intentó moverse. No podía mover los pies.

—Mis... pies.

—Tienes activados los imanes de las botas —dijo Víctor—. Reduciré la intensidad desde aquí. Prepárate para lanzarte.

Wit tiró otra vez y soltó el pie. Se empujó con el otro y voló a la pared, dando la vuelta a la consola.

Ahora la nariz le sangraba todavía más. No podía hacer nada por parar la hemorragia. No podía meter la mano dentro del visor.

—¿Dónde está Imala? —preguntó alguien.

—Se acerca —dijo Víctor—. Va todo lo despacio que puede. Hay que darse prisa.

—Llegaré —dijo Wit—. No está lejos.

Le ardía el cuerpo por dentro, como si alguien hubiese encendido una hoguera en sus entrañas. También le ardían los ojos. Se moría por frotárselos.

Wit dio con el pasillo. Víctor le indicó en qué dirección debía ir. Wit obedeció.

Padre y él se lanzaban la pelota de fútbol americano. La grande, la que usaban en la NFL. Le hacía daño cada vez que la atrapaba. Era como atrapar una enorme piedra hinchada.

Padre indicaba la jugada en la palma de la mano, explicándole lo que debía hacer.

—Corres por el campo de juego. Luego, tras veinte metros, más o menos hasta donde está ese árbol, te giras hacia la línea de ataque y yo te hago el pase. —Wit asintió. Tenía ocho años y era grande para su edad.

La pelota le dio en la cara, directamente en la nariz. Había sangre por todas partes, cubriendo la camisa. Mamá se pondría furiosa. Era la camisa del colegio. Pero no lloró. No mientras Padre miraba. Tenía las lágrimas en los ojos, dispuestas a saltar, pero no iba a permitir que saliesen.

—No eches la cabeza hacia atrás, hijo. Inclínate hacia delante. Que gotee sobre la hierba. —Madre vino con un trapo de cocina. Wit sentía en la boca el sabor de la sangre—. Por esto llevan cascos —le había dicho Padre, limpiándole delicadamente la nariz—. ¿La sientes rota?

—No, señor.

—¿Seguro?

—Sí, señor. Solo fue un buen golpe.

—La atrapaste con la cara. Eso es lo que hiciste.

—Deberías usar una de esas pelotas de espuma, David. Es demasiado pequeño para usar una de verdad.

—No, no lo soy, mamá. Simplemente la atrapé mal. Fue culpa mía. Por favor, papá. Vamos a repetirlo.

Padre soltó una risita.

—Todavía te sangra la nariz, hijo.

Todavía te sangra la nariz.

Todavía te sangra la nariz.

Todavía te sangra la nariz.

—¡Capitán! ¿Me oyes?

Wit recuperó la conciencia de pronto. Estaba en el pasillo. Flotando. Solo. A su derecha flotaba un fórmico muerto.

—Capitán. Wit. Soy Víctor. ¿Me oyes?

—Sí... aquí estoy.

—No respondes. Te has saltado el desvío. Debes volver atrás.

—Volver atrás. Sí. Lo siento.

Wit se apoyó en la pared más cercana. Levantar el brazo precisó más energía de la que creía tener. Giró el cuerpo. Sentía tanto calor. Se dio cuenta de que ya no controlaba el esfínter. Gracias al cielo llevaba el traje.

—Tienes que apresurarte.

—Sí... ya voy.

Se impulsó hacia delante, agarrándose a una cañería. Una mano tras la otra. Le sorprendía tener todavía manos. Las sentía como si hubiesen ardido. Sentía como si todo su cuerpo hubiese ardido, como si flotase entre las llamas.

Como sí...

Estaba sentado demasiado cerca del fuego. Si no tenía cuidado, se le fundirían las suelas de las zapatillas de deporte. El humo era denso y le daba en la cara. Su lado tenía a Lana Taymore... esbelta, con pecas y calzada con chanclas. Daba la impresión de que sus piernas eran más largas que las de él.

A sus padres les había contado que dormiría en casa de Harry Westover. Era lo que todos los chicos les habían contado a sus padres: dormirían todos en casa de Harry Westover.

Algunos bebían. Wit no sabía cómo habían logrado hacerse con la cerveza. Curt Woback tocaba la guitarra al otro lado de la hoguera, destrozando una canción folk. Alguien intentaba cantar siguiendo la música, pero no se sabía la letra.

Una vez más el humo entró en los ojos de Wit y lo apartó con la mano.

—El humo sigue a los amantes —dijo alguien—. El humo sigue a los amantes.

Wit comprendió que se referían a él y a Lana. Lo que era una estupidez. Lana estaba en el tercer curso del instituto. No sabía ni que Wit existía.

—Eres tan infantil —dijo Lana. Tocó el brazo de Wit—. Venga. Dejemos solos a los niños. Ayúdame a buscar leña.

Wit se puso en pie.

—Oh, oh —dijo Curt—. Se van a los arbustos. Ten mucho cuidado, O'Toole. Lana sufre de la fiebre del humo.

Se pusieron a cantar:

—Fiebre del humo. Fiebre del humo. Fiebre del humo.

Wit, con las mejillas coloradas, siguió a Lana al bosque. No tenía linterna. No veía nada. Ramas muy delgadas le daban en la cara. Tropezó con un palo. Se inclinó y lo recogió. Poco a poco sus ojos se hacían a la oscuridad. Cerca había más palos. Los cogió y los cargó.

Lana iba por delante. No recogía nada.

—Date prisa, lentorro.

La siguió. Había un sendero. Apenas podía distinguirlo en la oscuridad. Llegaron a un estanque. Lana caminó por el embarcadero de madera. Wit miró a su alrededor. Por todas partes los árboles estaban oscuros. Todavía cargaba con los palos. Se unió a Lana en el extremo del embarcadero. Con un único movimiento, Lana se quitó la camiseta. Debajo llevaba un sujetador de encaje negro.

Ella le miró con expresión rara.

—¿Qué pasa? ¿No sabes nadar?

—Capitán. No me respondes.

Era la voz de Víctor.

—Aquí estoy —dijo Wit—. Estoy despierto.

—Ya has llegado. Estás en el puente.

Wit miró a su alrededor. Así era. Tenía el puente justo delante. La escotilla estaba abierta. Allí estaba los controles. Allí estaban los fórmicos muertos. Entró. La rueda estaba a su izquierda. Fue hacia ella. De alguna forma logró levantar los brazos y la agarró.

—Puedes hacerlo —dijo Víctor—. En sentido contrario a las agujas del reloj. Todo lo que dé.

A Wit le llevó un momento recordar lo que significaba todo eso. Un reloj. Sabía qué era un reloj. Las manecillas se movían en cierto sentido. «Contrario» significaba hacia el otro lado. Le dio, pero no cedió. Probó otra vez y no pasó nada. Quizá cuando estaba más fuerte lo hubiese podido hacer. Pero no ahora. Tenía demasiado calor, estaba demasiado débil y demasiado vacío por dentro. Se sentía tan vacío que incluso le resultaba difícil respirar.

Se le formó otro glóbulo de sangre y lo escupió. Allí se quedó flotando en el interior del casco.

—No... no se mueve.

—Se moverá, capitán. Se moverá. Prueba otra vez.

Probó otra vez. Nada. Solo quería dormir. Era lo que precisaba ahora más que nada, dormir, cerrar los ojos y descansar. Ahora resultaba tan difícil tomar aire. No le quedaban fuerzas para eso, y menos aún para girar la rueda.

—Puedes hacerlo, capitán.

—No... no puedo.

Su voz no sonaba como su voz. Sonaba a la voz de un anciano. Un anciano moribundo... áspera y con flema, sonido metálico en los pulmones.

—Prueba otra vez —dijo Víctor.

«No dejo de probar —era lo que Wit deseaba gritar—. Me estoy entregando por completo. Simplemente ya no queda nada que entregar».

Lo intentó. Cambió la posición de las manos y volvió a probar. Era como si tuviese los guantes llenos de trozos de cristal. La más diminuta presión en los dedos y palmas le provocada tremendas descargas de dolor por todo el brazo.

Pero la rueda seguía sin moverse.

—Yo... no puedo. No queda... nada de mí.

—Dame el holopad —dijo una voz—. Capitán, le habla Deen. ¿Me oye?

Deen. Conocía ese nombre. Era el nombre de un amigo. En el caldo que era su mente daban vuelta recuerdos que se correspondían con ese nombre. Intentó recuperar uno, pero se le escapaban entre los dedos como el agua. Deen. Conocía ese nombre. Intentó repetirlo en voz alta, dotarlo de significarlo, definirlo aún más en su cabeza. Pero al abrir los labios no surgió ningún sonido, sino la más débil de las exhalaciones.

A continuación, el mundo desapareció. La oscuridad llegó desde todos los rincones. Durante un momento pensó que había muerto. Pero no, todavía sentía el calor, todavía podía sentir su respiración laboriosa y jadeante. Los ojos ya no funcionaban. No era más que eso. Había un término para nombrar este estado, esta oscuridad. Una palabra sencilla. La conocía. La tenía justo delante. Parpadeó, entornó los ojos, volvió a parpadear —una acción que le exigió un esfuerzo enorme—, pero solo veía oscuridad.

—Su presión sanguínea baja con rapidez —dijo una voz.

—Capitán, le habla Deen. Vamos a cantarle una marcha militar. Eso es lo que hace moverse a un soldado. ¿No es eso lo que siempre decía, señor? El ritmo mueve los pies. Los pies mueven al hombre. El hombre mueve el mundo.

Sí, pensó Wit. Lo había dicho. En muchas ocasiones. Una marcha militar. Sí, eso era justo lo que necesitaba.

—Es una marcha que nos enseñó, señor. La que aprendió en los SEAL.

«Los SEAL —pensó Wit—. Soy un SEAL. Antes de convertirme en miembro de la POM me entrenaron como SEAL». El recuerdo le hizo sonreír.

Deen empezó, animando al grupo, cantando él solo cada línea siguiendo el ritmo cantarín de la marcha militar. Los otros le imitaron, gritando todos juntos:

—¡Oídmme, ejército!

—¡Oídmme, ejército!

—¡Ejército pertrechado!

—¡Ejército pertrechado!

—¡Recoged vuestros petates y seguidme!

—¡Recoged vuestros petates y seguidme!

—¡Somos los hijos del EDS!

—¡Somos los hijos del EDS!

Wit sonrió y agarró la rueda. Había cantado esas palabras mil veces durante la Semana Infernal, los cinco días y medio más rigurosos y dolorosos de su entrenamiento como SEAL. En ese momento pensó que iba a morir. Nunca había sufrido tal cansancio físico, tanto dolor, tal castigo continuado del cuerpo. Pero la canción, la canción le había dado fuerzas. La canción, cantada por hermanos, le había sostenido durante la prueba. Los había sostenido a todos. Les había hecho superar veinticuatro meses de entrenamiento demoledor. Los hijos del EDS. Eso eran los SEAL. El Equipo de Demoliciones Submarinas era la unidad de comandos especiales anterior a los SEAL. Los miembros del EDS eran unos locos, los pioneros del combate a nado, desde la Segunda Guerra Mundial hasta Vietnam. La marcha militar era un mensaje para todas las otras ramas del ejército. Venid. Corred con nosotros, luchad con nosotros, lo que vosotros podáis hacer, nosotros también podemos hacerlo. Tierra, mar, aire. Somos los hijos del EDS.

Deen no paró. Se la sabía entera. Canta, Deen, era lo que Wit quería decir. Canta para mí.

—¡Oídmme, Cuerpo de Marines!

—¡Oídmme, Cuerpo de Marines!

—¡Esponja de las balas, Cuerpo de Marines!

—¡Esponja de las balas, Cuerpo de Marines!

—¡Daos prisa y corred conmigo!

—¡Daos prisa y corred conmigo!

—¡Somos los hijos del EDS!

—¡Somos los hijos del EDS!

No era una cuestión de fuerza física, se recordó Wit. El noventa por ciento era mental, el diez por ciento, físico. Eso era lo que buscaban los preparadores SEAL: hombres y mujeres que pudiesen hacer caso omiso de las peticiones del cuerpo. El dolor no era nada, el sueño no era nada. ¿Qué era el agua congelada para la mente de un SEAL? ¿Qué era la piel rasgada, el músculo malogrado, la pústula sangrante? El cuerpo *decide* sentirse mal. El cuerpo *decide* estar agotado. Pero la mente SEAL rechaza esas ideas. La mente SEAL manda sobre el cuerpo, no al revés.

La rueda no era nada. La radiación no era nada. La sangre que tenía en nariz, garganta, encías y entrañas no era nada. El calor no era nada. Los fórnicos no eran nada. No eran más que bichos a aplastar, bichos a pisotear.

Probó a girar la rueda. No obedecía. El ritmo de la marcha militar era como el sonido de un tambor. Formó otro glóbulo de sangre, escupió a una esquina del casco y probó a girar otra vez. El brazo se le iba a salir de la articulación. «Vale. Llévate mi brazo. Me queda otro. Y toma la pierna, también la tengo repetida. Y llévate el torso, llévatelo todo. Pero no te llevarás mi mente. Soy un hijo del EDS. Soy el hijo de David y Jeanine O’Toole. Soy un hijo de la Tierra. Y vosotros, cabrones de ojos saltones, no podéis llevaros mi mente».

Tiró, giró, apretó los dientes ensangrentados. Algo se rompió en su interior, algo se partió o se soltó. Quizá un músculo, o un ligamento, o quizá un hueso. Wit no hizo caso. Tiró esforzándose, gritando, ardiendo en la oscuridad.

La rueda giró. Primero un centímetro. Pero luego más.

Dos centímetros. Tres. Seis. Doce.

—¡Oídmme, Armada!

—¡Oídmme, Armada!

—¡La mejor Armada del mundo!

—¡La mejor Armada del mundo!

—¡Fijad el rumbo y seguidme!

—¡Fijad el rumbo y seguidme!

—¡Somos los hijos del EDS!

—¡Somos los hijos del EDS!

## Sondas

El plasma gamma desapareció. El túnel de luz ya no estaba. Imala respondió de inmediato, desviándose, alejándose. Llevaba más de una hora derivando lentamente y cada vez había sido más difícil permanecer dentro del túnel. Cuatro kilómetros más y habría chocado con la nave. Cuatro kilómetros era demasiado poco.

Le dio a los cohetes y se alejó, acelerando todo lo posible, sintiendo todas las fuerzas de la aceleración.

—Estoy a salvo —dijo por la radio—. No sé si puedes oírme, Vico, pero estoy a salvo.

En el interior del tubo de lanzamiento cerrado, Víctor y los otros miraban los datos biométricos de Wit que aparecían en el holopad. Todos los números marcaban ahora cero. El monitor cardíaco era una línea recta. El mensaje parpadeante acompañado de un pitido que advertía de una fatalidad inminente había callado. Deen y los otros habían dejado de cantar. Ya no era necesario seguir.

La voz de Imala llegó por la radio rodeada de estática. Estaba bien. Estaba viva. Se reía. Todavía no sabía lo que había pasado.

Antes de que cualquiera pudiese hablar, llegó otra transmisión.

—Responda. Responda. Repito. Si me oyes, Víctor. Responde.

Era Lem. Víctor retiró todo lo que mostraba el holopad y sacó las antenas holo de las cuatro esquinas. Lem apareció frente a ellos.

—Lem. Soy Víctor. Te recibimos.

—¿Dónde demonios habéis estado? Llevo diez minutos llamando.

—No podíamos comunicarnos. Fue por la radiación. Hemos tomado la nave.

—Sí, bien, los fórmicos lo saben y van de camino para recuperarla. Las dos sondas han despegado de la Tierra. Todos los fórmicos del planeta volvieron a las sondas y ahora van a por vosotros. Todos.

¿Las sondas? Víctor miró a los otros. Nadie dijo nada.

—Nuestras cajas rompedoras son inútiles —dijo Lem—. No se activan a menos que estén en puntos opuestos, y evidentemente los cables no son lo suficientemente largos para llegar a lados opuestos de una sonda. Los láseres no son mucho mejores. Dejamos rasguños y quemaduras. Nada más. Las sondas no deben tener los escudos activados, pero carecemos de la potencia de fuego para aprovechar esa oportunidad.



—¿Sigues en la *Valas*? —preguntó Víctor.

—Estoy en mi caza —dijo Lem—. Estoy con las naves del escudo. Seguimos a las sondas, de camino a vosotros, pero no podemos detenerlas. Nada puede detenerlas.

—No podemos permitir que lleguen hasta la nave —dijo Mazer—. Si llegan, la retomarán. Todo habrá terminado.

—La retomarán —dijo Deen—, pero no podrán ir a ninguna parte. La hemos paralizado.

—La repararán —dijo Mazer—. Nos matarán a todos, arreglarán la nave y volverán de inmediato a la Tierra.

—¿Y una bomba nuclear desde la Tierra? —dijo Víctor—. Si no llevan escudos...

—No es posible —dijo Lem—. Nuestras naves no llevan armas nucleares. La cosa sería muy diferente si dispusiésemos de una flota militar, pero no es así. Solo disponemos de unas pocas naves mineras con algunas armas inútiles. Lo lamento. Quizá podamos llegar hasta vosotros y recogeros a tiempo.

—Yo no me voy —dijo Mazer—. Hemos conquistado la nave y la defenderemos.

—¿Cómo? —preguntó Shenzu.

—Destruiremos la sonda antes de que puedan atracar —dijo Mazer—. Esta nave es un arma. La emplearemos contra ellos. Lo acabamos de hacer. Lo volveremos a hacer.

Todos miraron a Víctor.

—¿Es posible? —preguntó Shenzu.

Víctor reflexionó un momento.

—Podría ser. Si podemos salir del tubo de lanzamiento y entrar en la nave. Benyawé, ¿cómo están los niveles de radiación?

—Se han desplomado desde que Wit cortó el plasma gamma. Y cada segundo caen aún más. La nave está casi totalmente ventilada. Probablemente podamos volver a entrar en unos pocos minutos.

—¿Probablemente? —dijo Shenzu—. Me gustaría algo más concreto que «probablemente».

—Si Benyawé dice que no nos pasará nada, es que no nos pasará nada —dijo Víctor—. Y opino igual que Mazer. Si es posible, deberíamos defender la nave y destruir las sondas.

—¿Qué propones? —dijo Shenzu—. ¿Disparar plasma gamma? No podemos. Si volvemos a activar el plasma gamma, las boquillas giradas volverán a enviar radiación al interior de la nave. Nos mataremos.

—Por tanto, hay que volver a girar las boquillas —dijo Víctor.

—¿Darles la vuelta? —dijo Deen.

—Sé cómo inclinar la nave —dijo Víctor. Las salidas de esa zona siguen abiertas. Nadie las ha cerrado. Si volvemos a activar el plasma gamma, esas boquillas dispararán, pero no las demás. Yo iré al puente y giraré la nave, de forma que

apuntemos esas boquillas a las sondas en cuanto lleguen. Luego giro la rueda y las destruimos.

—Solo puedes dar a una —dijo Mazer—. No le darás a las dos. ¿Podrás hacer girar la nave a la velocidad suficiente después de darle a la primera para atravesar la segunda?

—Probablemente no —dijo Víctor—. La otra sonda se limitaría a cambiar de trayectoria para evitarlo.

—Así que nos hace falta otra forma de acabar con la segunda sonda —dijo Shenzu.

—Una forma que no puedan prever —dijo Benyawe.

—No disponemos de más armas —dijo Deen.

—Sí —dijo Mazer—, la tenemos. Tenemos los tubos de lanzamiento. Cada uno es como el cañón de una pistola. Víctor, sabías cerrar los tubos y abrirlos. ¿Sabes también cómo lanzar algo?

—Vi a los fórmicos hacerlo —dijo Víctor—. Estudié el mecanismo. Sí. Podemos lanzar algo.

—¿El qué? —dijo Deen—. La última vez que miré no vi que llevásemos encima ninguna bala gigante.

—Los restos de naves que hay en la bahía de carga —dijo Mazer—. Cargamos los tubos con metralla y la disparamos.

—¿No rebotará en la sonda? —dijo Deen.

—Los tubos de lanzamiento son muy potentes —dijo Víctor—. Y sé cómo incrementar la tensión. Dispararán como un cañón. Atravesará lo que sea.

—Teóricamente —dijo Deen.

—No hay garantías de nada, si a eso te refieres —dijo Víctor—. Pero creo que podría salir bien.

—¿Cómo llevamos los restos de la bahía de carga a los tubos? —preguntó Shenzu.

—De la misma forma que los fórmicos mueven trozos grandes —dijo Mazer—. Usaremos los carros. Víctor nos mostró el pasillo. No hay tanta distancia desde aquí a la bahía de carga, pero el esfuerzo va a ser tremendo. Nos encontramos en un entorno de gravedad cero, pero aun así tendremos que lidiar con la masa y la fricción. Mover una lámina de cuarenta kilos requerirá la misma fuerza. Y pararla es mucho más difícil, porque no hay fricción del suelo para ayudarte. Además, porque no hay abajo, tendremos que mover objetos en todas las direcciones. Mover algo va a requerir un buen control muscular. La inercia sigue actuando. Si pones algo en movimiento en una dirección, seguirá moviéndose así para siempre a menos que ejerzas fuerza suficiente para pararlo. Vamos a tener que colaborar.

—Somos ocho —dijo Deen—. ¿Cómo se supone que podremos hacerlo antes de la llegada de las sondas?

—Víctor irá al puente —dijo Mazer—. Los demás iremos a la bahía de carga y nos pondremos a girar las boquillas. Una vez listas, cargaremos los carros con todos los restos que podamos mover y volveremos aquí a toda prisa. Luego cargamos los tubos y listo.

—Necesitaré un par de ojos —dijo Víctor—. Alguien tendrá que salir y tenderse sobre el casco. Tendrá que ayudarme a apuntar y decirme cuándo disparar. No sé usar el sistema de selección de blanco de los fórmicos.

—Yo me ocuparé —dijo Deen—. Con estas piernas no voy a servir de nada en la bahía de carga. Tengo que colaborar de alguna forma. Víctor puede llevarme fuera y fijarme antes de ir al puente.

—Lo haré —dijo Víctor. Se volvió hacia Lem en el holopad—. Nos hará falta algo de tiempo, Lem. ¿Puedes retrasar las sondas?

—Eso es como pedir a un montón de libélulas si pueden detener un avión de pasajeros —dijo Lem.

—Hay más naves —dijo Víctor—. Llámalas a todas. Todas las naves de la flota de tu padre en órbita cercana a la Tierra. Todas las naves en la Luna. Que venga la *Valas*. Que vengan todas.

—Haré lo que pueda —dijo Lem—. Pero daos prisa. No podremos contenerlas mucho tiempo. Si podemos hacer algo, claro. —Desconectó.

—Benyawé —dijo Víctor—. ¿Cuáles son ahora los niveles de radiación?

—Lo suficientemente bajos —dijo—. Podemos entrar.

—Pues vamos —dijo Mazer.

Descendieron al fondo del tubo, donde había una pequeña esclusa. Mazer la abrió y dejó paso a los demás. Víctor y Deen quedaron atrás y vieron como Mazer llevaba a los otros al pasillo que daba a la bahía de carga. Cuando desaparecieron, Víctor dijo:

—¿Estás seguro de poder?

Deen sonrió.

—Eh, es el trabajo fácil. Me quedo tendido y te doy órdenes. Es como irse de vacaciones. Además, tendré asiento de primera fila para ver los fuegos artificiales.

Víctor lo llevó a la parte superior. Retiraron el disco que Wit había cortado y volvieron a salir. Dieron con un punto en la superficie de la nave que estaba a medio camino del tubo de lanzamiento y las boquillas giradas. Víctor dejó a Deen sobre el casco, colocándolo delicadamente de espaldas, fijándole usando discos magnéticos que conectó con el cinturón de Deen.

Al terminar, Víctor tiró de los imanes para comprobar si aguantaban.

—Vale. No vas a ir a ninguna parte.

Deen abrazaba el rifle contra el pecho.

—¿Cómo se supone que debo ayudarte a girar la nave?

Víctor sacó su holopad y activó el campo. En el aire apareció un modelo de la nave fórmica. Usando el punzón, Víctor ejecutó cuatro movimientos rápidos y aparecieron tres ejes que atravesaban la nave.

—Aquí está la nave —dijo—. Eje X, eje Y y eje Z. Aquí están las boquillas. — Tocó la nave en el holo e iluminó la zona—. Este holo va directamente a mi interfaz. Usa las manos para girar la nave y así alinearla con lo que sea que se aproxime. Yo haré lo posible por imitar tus movimientos. Además, estaré mirando por la cámara de tu casco, pero también necesitaré información verbal por tu parte. Debes decirme cuándo estoy siguiendo el blanco. No puedo quedarme estacionario y esperar a que ellos pasen sobre la línea de fuego. Tengo que estar rotando y mantener el blanco en la línea de fuego justo cuando apriete el gatillo. Así no puedo fallar.

—Decirte cuando estás siguiendo el blanco —dijo Deen—. Comprendido. ¿Algo más?

—Si fallo, derriba las sondas con el rifle.

Deen sonrió.

—Soy bueno. Pero no soy tan bueno.

Víctor le ofreció la mano.

—Buena suerte.

Deen le dio la mano.

—La suerte no tiene nada que hacer aquí, nacido en el espacio. Cuando se trata de matar, lo único importante es la habilidad. Dispara certero, hermano. Y volvamos a casa de una vez.

Víctor lo dejó allí y regresó a la abertura. Descendió por el tubo de lanzamiento y se metió bajo la base del tubo. Dio con el mecanismo que incrementaba la fuerza del lanzamiento y se puso a trastear para fijarlo a la máxima potencia.

—Vico. Imala al habla, ¿me oyes?

En sus oídos la voz sonó como una manta de tranquilidad.

—Aquí estoy, Imala.

—He establecido una conexión privada —dijo—. He estado escuchando. Lamento lo de Wit y los otros. ¿Qué puedo hacer?

—Puedes ponerte a salvo, Imala. Regresa a la Luna. Si sé que estás a salvo me sentiré mucho mejor. —Estaba usando las llaves que había traído para las boquillas. No eran las mejores herramientas para esa tarea, pero eran lo único que tenía.

—Puedo ayudar a detener las sondas —dijo Imala.

—No dispones de armas, Imala. Tapamos tus láseres para las colisiones con placas de protección. En este momento no eres más que una masa metálica parpadeante.

—Es lo que le dices a todas las chicas.

—Hablo en serio, Imala. Por favor. Al menos uno de nosotros tiene que sobrevivir para contar al mundo lo que pasó aquí.

—No hables así. Suena a que te rindes.

—No me rindo, Imala. Pero también soy muy consciente de a qué nos enfrentamos. Si no lo logramos, esta guerra debe continuar. Los demás deben aprender de nuestros errores. Tú puedes ayudarles.

Durante un buen rato la línea estuvo en silencio.

—Vale —dijo Imala—. Regresaré.

—¿De verdad? ¿O lo dices porque es lo que quiero oír?

No dio una respuesta directa.

—Cuídate, Vico. Si necesitas cualquier cosa, estoy escuchando.

Víctor terminó con el tubo de lanzamiento. Luego pasó al tubo adyacente e hizo lo mismo. Al terminar, pintó una X gigante en la escotilla de cada tubo de forma que Mazer supiese cuáles había preparado. A continuación, recogió las herramientas y voló al puente.

Al llegar, los focos del casco recorrieron el puente. Primero vio a los fórmicos, flotando en el espacio, los cuatro brazos flácidos a los lados. Apartó a uno y allí dio con Wit, todavía junto a la rueda. Víctor se lanzó hacia él y le dio la vuelta. La cara de Wit estaba enrojecida, ensangrentada y cubierta de ampollas. Víctor apretó la mano de Wit.

—*Vaya a Dios, y al cielo más allá de este.* —Era lo que su familia siempre decía cuando alguien moría.

Soltó la mano de Wit y agarró la rueda. Parpadeó una orden y vio el modelo de la nave con los tres ejes, el que Deen tenía en las manos. Lo siguiente fue la imagen del casco de Deen. Este último lo desplazó a una esquina de su campo de visión y esperó.

Mazer giró unas boquillas, pero pronto quedó claro que los demás realizaban esa tarea mucho más rápido. Ya lo habían hecho antes; Mazer no. Ellos actuaban con confianza; él lo hacía con cautela. Estaba interrumpiendo.

Dejó a Benyawé al mando de esa operación y se lanzó al otro lado de la bahía hasta el pozo por el que acaban de salir, el que llevaba directamente a los tubos de lanzamiento. De camino habían dado con varios carros grandes, y los habían traído todos para cargarlos. Ahora el problema era: ¿cómo iban a llevar los fragmentos que flotaban en la bahía de carga hasta el pozo? En medio de aquel espacio no había dónde fijar los pies. No podía dar contra los restos con la esperanza de lanzarlos. Todo flotaba con libertad. No tenían punto de apoyo.

Comprendió que tenía la solución justo delante. Víctor había desplegado varios cientos de metros de cable por toda la bahía, para conectar las redes eléctricas a las baterías. Tenía el aspecto de una tela de araña improvisada, pero era justo lo que necesitaba. Volvió a lanzarse y se puso a cortar y recoger el cable. Para cuando los demás terminaron con las boquillas, él había retorcido los cables, medio trenzándolos, para formar unas largas y gruesas cuerdas. Una de ellas se la había atado al pecho y los muslos como si fuese un arnés.

Cuando Benyawé y los demás se reunieron con él en la entrada del pozo, Mazer llamó a Víctor.

—Las boquillas están giradas. Ahora recogemos los restos.

—Daos prisa —dijo Víctor—. Lem no cree que pueda contener las sondas mucho más.

Mazer miró a los otros.

—Vale. Escuchad. Formamos tres equipos de dos. Cada equipo cuenta con un pescador y un anzuelo. El pescador fija las botas en la entrada del pozo y sostiene un extremo de la cuerda. El anzuelo se ata el otro extremo alrededor del pecho y los muslos. Así. —Levantó los brazos para que los demás viesen cómo lo había hecho—. El anzuelo salta y agarra un resto. El pescador recoge el cable y lo trae todo. El equipo colabora para meter el fragmento en el carro. Si el trozo resulta ser demasiado grande, cortadlo si esa operación es rápida. En caso contrario, lo dejáis y cogéis otro. Buscad trozos más pequeños que el carro, pero que tengan cierta masa. Motores, impulsores. Estamos preparando una bola de cañón. Mayor densidad es mejor. Seguimos pescando y cargando hasta tener los carros llenos. Shenzu, tú vas conmigo.

Se ordenaron con rapidez, emparejándose y preparando los arneses.

Shenzu agarró su extremo de la cuerda, puso al máximo los imanes de las botas y le indicó a Mazer que estaba listo. Mazer se lanzó hacia los restos y acabó en un trozo de fuselaje. El fragmento giró y se retorció por la fuerza del choque, pero Mazer se agarró bien. Shenzu tiró rápidamente de la cuerda y el fuselaje se estabilizó. Mazer activó los imanes de las manos y le gritó a Shenzu que estaba listo. Shenzu tiró y los dos juntos metieron el fuselaje en uno de los carros.

Tras quince minutos ya habían llenado cinco carros. Los restos eran voluminosos y de formas variadas, por lo que solo podían meter dos o tres trozos en cada carro, pero Mazer estimó que era suficiente para cargar dos tubos de lanzamiento.

—Que cada uno coja un carro —dijo Mazer—. Los que llevan cuerda, una idea es usarla para rodear el carro y tirar de él como un caballo. Así podréis ver dónde vais. Hacemos una fila y nos movemos a toda prisa. Shenzu y Benyawé van en el mismo carro.

—¿Por qué soy vieja y débil? —dijo Benyawé.

—Porque tenemos cinco carros y seis personas —dijo Mazer—. Porque tú has girado más boquillas que nadie y porque te necesitamos descansada. —Se había dado cuenta de que la mujer empezaba a moverse con más lentitud. No podía permitir que retrasase el avance.

—¡Ahora sigamos!

Avanzaron. Mazer iba el primero, tirando del carro como si fuese una bestia de carga. El contenido no pesaba, pero las ruedas del carro eran viejas, estaban oxidadas y giraban lentamente, y mover tal masa resultó ser mucho más agotador de lo que Mazer había supuesto. En cuanto empezó, la inercia se ocupó del movimiento, pero a los diez metros ya sudaba a mares. Sin embargo, pillaron rápidamente el ritmo, yendo a toda prisa hacia los tubos de lanzamiento. Los otros le siguieron, ligeramente por detrás, pero avanzando igualmente.

Les quedaba poco para llegar a los tubos de lanzamiento cuando Víctor les habló por la radio.

—¡Aquí vienen!

Víctor había visto las sondas en las redes. Sabía que eran grandes. Había visto que todo lo que les rodeaba en comparación parecía pequeño e insignificante: las aeronaves que las habían atacado, las selvas, los desplazamientos de lodo que las habían rodeado, los pueblos y ciudades cercanas. Las sondas lo empequeñecían todo. Pero en esas imágenes, las sondas habían estado básicamente hundidas en el suelo. Ahora las veía al completo. Enormes. Imparables. Montañas de ingeniería mecánica. Todo un enjambre de naves mineras disparaba a las sondas y Víctor sintió alivio al comprobar que les causaban daños. No muchos daños, pero las superficies de las sondas estaban cubiertas de cortes, trozos perdidos y quemaduras. Podrían ser grandes, pero no eran indestructibles.

Víctor comprobó que venían en línea, una justo detrás de la otra. Si debía destruir las dos, tendría que darse prisa. No podía dejar mucho tiempo entre disparos. Una tenía que destruirla con el plasma gamma y luego colocar la otra en la línea de fuego de los tubos de lanzamiento mientras seguía con el plasma gamma. Si la segunda no se retiraba del plasma gamma, genial. Víctor la destruiría igual que la primera. Pero Víctor no creía que eso fuese a pasar.

—Mazer, ¿situación?

—Hemos llegado a los tubos de lanzamiento.

—Los he indicado con pintura —dijo Víctor.

—Lo veo —dijo Mazer—. Nos acercamos. Nos llevará unos minutos cargar los restos.

—Tenéis unos cuatro minutos. Quizá cinco. Para entonces los tendremos encima.

—Cargaremos lo que podamos —dijo Mazer—. Con suerte será suficiente.

Víctor parpadeó una orden para conectar directamente con Deen.

—Cuéntame, Deen.

—Vas a tener una oportunidad —dijo Deen—. Sí, son grandes. Por lo que son blancos fáciles. Pero también significa que son resistentes. Haz que los rayos las atraviesen, justo por el centro. Yo propongo esperar a que estén todo lo cerca que sea posible, justo encima de las boquillas, para no fallar.

—Lem —dijo Víctor—. Retira tus naves. Pon a salvo a los mineros.

—Recibido —dijo Lem—. Buena suerte.

Víctor vio que el modelo holo de la nave giraba. Ya tenía las manos sobre las palancas e interruptores que tendría que usar. Había visto los vídeos docenas de veces, aprendiendo lo que hacían los fórmicos del puente, estudiando su forma de manejar los controles y cómo movían la nave. Los imitó, moviendo las palancas y girando la nave.

Deen siguió realizando ajustes mínimos y Víctor le seguía. Los minutos pasaron con rapidez y la primera sonda se veía ahora tan grande en la ventana que el choque parecía inevitable.

—Más a la izquierda —dijo Deen—. Giras demasiado rápido... Abajo cuatro grados... A la izquierda otro grado... Eso es. Un poco más. Casi. Ya está. Ahora la estás siguiendo. Conserva esa rotación. Ya lo tienes.

—Mazer, ¿habéis cargado? —dijo Víctor.

—Un tubo está cargado —dijo Mazer—. Es lo máximo que hemos podido hacer.

—Tendrá que ser suficiente —dijo Víctor.

—Se acerca el vientre de la sonda —dijo Deen—. Todavía la sigues. Contén la rotación. Diez segundos más. Firme. Tres. Dos. Uno. ¡FUEGO!

Víctor giró la rueda en el sentido de las agujas del reloj con toda la fuerza y rapidez de la que fue capaz. Por la cámara de Deen vio los rayos de plasma gamma surgir hacia fuera, atravesando la sonda como si fuese una toallita de papel. La sonda siguió avanzando mientras se rompía.

—Ahora rota hacia atrás —dijo Deen—. Vuelve, córtala por la mitad.

Víctor echó atrás las palancas. Detuvo la rotación e inclinó la nave por donde había venido, cortando la sonda como si usase una sierra mientras la sonda seguía moviéndose. Por el auricular oyó vítores y gritos de alegría. De las naves mineras, de Imala, del equipo en los tubos de lanzamiento.

La segunda sonda ya retrocedía. Víctor intentó rotar más rápido, pero la nave nodriza no respondía a tal velocidad. No lograría darle con el plasma gamma.

—Prepárate, Mazer.

—Estoy en la consola —dijo Mazer—. ¿Cómo disparo?

Víctor pasó a la cámara de Mazer para ver lo que Mazer veía.

—Mueve la mano derecha hacia la derecha —dijo Víctor—, tres palancas más allá. Ahí. Esa es. Cuando Deen te lo indique, la empujas hacia delante. Deen, eres nuestros ojos. Dinos cuándo.

—Tendrás que mover la nave, Víctor —dijo Deen.

En el visor de Víctor el modelo de la nave rotó. Intentó hacer lo mismo.

—Más rápido —dijo Deen.

—Roto todo lo rápido que puedo —respondió Víctor.

—¡Se está abriendo! —dijo Deen—. ¡Se está abriendo!

Así era. La parte inferior de la sonda se retiraba como si abriese unos labios. De allí salió un enjambre de transporte de fórmicos y deslizadores, como un enjambre de avispas furiosas. Cincuenta. Cien. Todos moviéndose como una única masa, descendiendo hacia la nave nodriza.

—¡Concéntrate en la sonda! —dijo Víctor—. ¡Es nuestro objetivo!

Deen así lo hizo.

—Diez grados a la derecha. Dos grados hacia abajo. Tres grados. Cuatro. Eso es. Más cerca. Más cerca. Sigue. Sigue. Vale, ya la sigues. Lo tienes, lo tienes. ¡Ahora,



Mazer! ¡FUEGO!

Mazer empujó la palanca y el contenido del tubo salió disparado como si fuese un cañón. Los restos se movieron a tal velocidad que Víctor no lo pudo ver en la pantalla. Solo vio que la parte superior de la sonda reventaba, como la herida de salida de un tiro a la cabeza. Grandes trozos del casco de la sonda se alejaron dando vueltas, dejando un enorme agujero.

Más vítores en la radio, pero Víctor no les hizo caso.

—Hay que rematarla con el plasma gamma, Deen. Está herida, pero no muerta. Guíame. ¡Adelante!

Deen le dio instrucciones, ayudándole a rotar. Víctor cortó la segunda sonda una vez, dos, convirtiéndola en trozos.

—¡Están en el casco! —dijo Deen—. Toman contacto.

Víctor giró la rueda de plasma gamma en la dirección contraria a las agujas del reloj y lo desactivó. Luego miró a la cámara de Deen, y se horrorizó al ver que varios transportes se habían fijado al casco, rodeando a Deen. Salieron fórmicos con trajes de presión. Deen ya les disparaba. Con el láser cortó por la mitad a toda una fila. Sus cuerpos reventaron como fruta demasiado madura.

Pero los fórmicos también iban armados. Y le rodeaban por todas partes. Los dardos llegaron todos a la vez. Deen no emitió ni un sonido.

Lem empleó la frecuencia de emergencia y se dirigió a todas las naves mineras posibles. Eran casi treinta. Tanto a mineros libres como a mineros corporativos. Muchas eran naves supervivientes del escudo, pero había otras. Las había llamado desesperado. Cuando las sondas despegaron y escaparon de la atmósfera, Lem había enviado un mensaje de emergencia a todas las naves que pudiesen oírle. Naves atracadas en la Luna. Naves en reserva sobre Imbrium, esperando el permiso para descender. «Venid, dijo. Por el bien de la Tierra, por el bien de la especie humana, venid».

Habían dejado lo que hacían y habían respondido a su llamada. No todas. Pero casi todas. Italianos, africanos, argentinos, holandeses. Les había ordenado retrasar las sondas y le habían obedecido. Y ahora aquí estaban, superados en número tres o cuatro a uno.

—Al habla Lem Jukes. Esta guerra termina ahora mismo y aquí mismo. Daré cinco millones de créditos en efectivo a la nave minera que derribe más deslizadores y transportes. Lo repito, cinco millones de créditos en efectivo. Las naves del escudo, solo emplead las cajas rompedoras si estáis seguros de que podéis dar al blanco. No quiero bajas por fuego amigo. Y ocupaos de los transportes que llegan a la nave nodriza. No permitamos que recuperen la nave.

Los mineros fueron raudos. Lem no estaba seguro de si era por amor a la Tierra o por los cinco millones de créditos. Tampoco importaba. Si el equipo conservaba la

nave, ganaría mil veces esa cantidad con la tecnología que encontrasen en su interior.

Lem fue hacia un transporte y lo cortó por la mitad. Giró para alejarse y cortó a otro. Luego un tercero. Estaban tan juntos que era difícil fallar.

A su izquierda, una nave minera se había convertido en jirones, atacada simultáneamente por cuatro transportes. Los transportes no pararon, incluso cuando quedó claro que la nave minera ya no estaba. Chocaron contra ellas como kamikazes, usándose a sí mismos como misiles, para convertirla en metralla. Solo después de pasar a su lado y comprobar el holocausto Lem se dio cuenta de que conocía bien esa nave. Era la *Makarhu*, la nave que había capitaneado en el Cinturón de Kuiper. Chubs y la tripulación habían muerto.

A poca distancia, apartada de la batalla, Imala observaba su desarrollo y se sentía totalmente inútil. «Debería estar ahí —se dijo—. Precisan de toda la ayuda posible».

Si pudiese liberarse de los escudos contra la radiación que cubrían las armas. Si pudiese retirarlos de alguna forma, la nave volvería a ser útil. Pero no, era imposible. Había visto cómo Víctor soldaba las placas, había comprobado con qué cuidado y meticulosidad se aseguraba de que ella fuese bien protegida.

Dos deslizadores se alejaron de la batalla y se movieron sin problema hacia el otro lado de la nave fórmica. Ninguna nave minera los persiguió. Nadie pareció darse cuenta en medio de la confusión de la batalla.

«¿Adónde van?», se preguntó Imala. Agarró el mando y aceleró, persiguiéndoles. Comprendió que se dirigían al agujero en el otro lado de la nave, el dejado por el plasma gamma. Pretendían entrar por ahí.

—Víctor, ¿me recibes?

—Imala, por favor, dime que estás a salvo en la Luna.

—Hay dos deslizadores que van hacia el agujero de la nave. Si entran, los fórmicos irán directos hacia el puente. Tienes que salir de ahí.

—No me voy a ir, Imala. Defenderemos la nave.

—Entonces, que los otros vayan a ayudarte.

—Los demás están muy ocupados, Imala. Los fórmicos entran por los tubos de lanzamiento.

Imala llegó al otro lado de la nave justo a tiempo de ver a los dos deslizadores entrar por el agujero.

—Han entrado, Víctor. Voy a seguirles.

—Negativo, Imala. No estás equipada. No tienes forma de detenerlos, no puedes ir a ninguna parte. Ahí no puedes descender la nave.

No le hizo caso. El agujero tenía el mismo tamaño que el túnel de plasma gamma por el que había volado. Podía hacerlo. Y comprendió que sí tenía un arma... tenía una forma de acabar con ellos. El caza. Ella misma. Podía darles por detrás, podía empujarlos contra algo, aplastarlos.

Inclinó la nave para entrar recta en el agujero. Ahora ya veía a los deslizadores en el otro lado de la nave. Se habían detenido y derivaban lentamente. De ellos salían fórmicos con trajes de presión que se agarraban al interior de la nave nodriza, aferrándose a lo que podían. Dos de ellos entraron corriendo en la nave y se perdieron. Luego dos más. Era demasiado tarde para detenerlos, pero podía parar a los otros.

—Imala, presta atención —dijo Víctor—. No lo hagas. No puedes parar en el túnel.

Pero podía parar. *Pararía*. Pero no antes de cumplir con su obligación, no antes de hacer todo lo posible por salvar a Víctor.

Entró en el agujero. El interior de la nave pasó a toda prisa a su lado. La consola no dejaba de pitar.

—¡Peligro! ¡Peligro! Colisión inminente.

Sucedió en un instante. Chocó contra el primer deslizador y lo lanzó contra la pared. La espuma protectora saltó, tirándola contra el asiento y rodeándola en una nube hinchable y comprimida. El deslizador rebotó y golpeó el caza. Para entonces había girado. Golpeó algo que sobresalía del interior de la nave —no llegó a ver qué era— y empezó a girar por el túnel. Golpeó el segundo deslizador y lo aplastó. Los fórmicos estaban dispersos, destrozados, fragmentados. Lo vio todo en el visor, en forma de difuso y revuelto destello de violencia. Luego golpeó algo más y el mundo se volvió oscuridad.

Llegaban en tropel por los tubos de lanzamiento, cuerpo tras cuerpo. Cientos, descendiendo con furia. Ya había veinte o más dentro de la nave, disparando. Caruso había caído, con una docena de dardos en el pecho, la espalda y la garganta. Bungy y Lobo se habían refugiado con Benyawé y desde esa posición mataban fórmicos, cortándolos todo lo rápido que podían.

Pero Mazer comprendió que no lo suficientemente rápido. Los fórmicos acabarían con ellos en cualquier momento.

—Lobo, tenemos que cerrar los tubos y lanzarlos. Bungy, mantén la posición con Benyawé. Lobo, tú te ocupas de los tubos de la derecha. Yo los de la izquierda. ¿Sabes cuál es la palanca que debes usar?

—Afirmativo.

—No te preocupes de la orientación. En el espacio no hay orientación. Lánzate de una pared a otra. De arriba a abajo, de derecha a izquierda. Da igual. Movimientos aleatorios. Cambia cada vez. No les des un patrón que puedan seguir. No les permitas predecir dónde vas a estar.

—Entendido.

—Bungy —dijo Mazer—. Protégenos todo lo que puedas.

—Así lo haré.

—Listo —dijo Mazer—. ¡Lánzate!

Se empujó con los pies. Dio con la pared cercana y volvió a lanzarse. Tras tres rápidos saltos se encontraba en la consola. Giró la gran rueda, cerrando todos los tubos por la parte de arriba y abajo y encerrando así a cientos de fórmicos. Luego le dio a la palanca para lanzar el tubo más cercano. El mecanismo se disparó, catapultando a los fórmicos contra el techo y unos contra otros formando una masa deforme de trajes, miembros y cuerpos rotos.

Mazer no se demoró para disfrutar de ese momento. Ya se iba, saltando, pasando al siguiente tubo, repitiendo el proceso. Los dardos dieron contra la pared donde había estado un momento antes. Mientras se retorció en el aire disparó el láser y eliminó a un grupo de tres fórmicos que le perseguían. Llegó al segundo tubo. En la base del tubo se había formado una gran multitud de fórmicos, arañando la escotilla cerrada en un intento desesperado de entrar. Mazer le dio a la palanca, lanzó el tubo y así los mandó a la muerte.

Imala parpadeó abriendo los ojos y pensó que podría estar mal. Se sentía mareada, desorientada y magullada. El mundo se agitaba como un diapasón. Todo su cuerpo era una enorme magulladura. Activó las luces del casco y dio la orden del desinflar la espuma. Se ablandó y se separó de su cara.

—Imala, ¿me oyes?

La voz de Víctor.

—Vico. Hola. No dejes que olvide dónde he aparcado.

—¿Estás herida?

—Para nada. Estoy tranquilamente sentada tomando limonada con los pies en alto.

—Voy a modificar la pregunta. ¿Dónde te has hecho daño?

—Básicamente en todas partes. Pero no creo que tenga nada roto. Tus queridos escudos recibieron la mayor parte del impacto. Y mi nuevo mejor amigo, el señor Espuma de Impacto.

—Quédate ahí. Cuando todo termine iré a por ti.

—Para nada. Hay al menos cuatro fórmicos que van a por ti. Voy de camino.

—No, Imala. No tienes oxígeno suficiente para abandonar tu nave.

—En el traje me quedan al menos quince minutos de reserva de emergencia.

—Podrías no llegar hasta aquí en quince minutos.

Imala parpadeó la orden para abrir la cabina. Para su sorpresa, lo hizo. La parte superior se había hundido un poco y su temor era que estuviese demasiado dañada para funcionar. Soltó el arnés y desconectó el traje de la nave.

—¡Peligro! ¡Peligro! Ha desconectado el soporte vital.

—Ignora avisos —dijo—. Silencia el sistema. Mostrar oxígeno restante.

En el visor apareció el número. No estaba segura de si realmente daba para quince minutos. Tendría que respirar con tranquilidad y hacer que durase todo lo posible. Salió de la cabina y subió por el lado de la nave. El plasma gamma había cortado todo lo que había allí con la precisión de un cuchillo pasando por la mantequilla. Imala no quería tocar los bordes por si eran radiactivos o estaban tan afilados como para cortar el traje. Saltó a un pasillo que había a su lado y dio con la pared opuesta. No podía distinguir el suelo del techo.

—Vico, envíame el mapa de la nave. Muéstrame dónde estás según mi posición.

—No sé exactamente dónde estás, Imala. Y mi plano no es completo. No exploré todos los recovecos de la nave.

—Envíame lo que tengas. ¿Puedes ver la imagen de la cámara de mi casco?

—Sí, pero tampoco sirve de mucho. Los pozos y pasillos tienen todos el mismo aspecto.

—Pero si no dejo de moverme en esta dirección, me acercaré a ti, ¿no?

—Vuelve a la nave, Imala. Vuelve a conectar el oxígeno. Por favor. Ya he perdido a demasiados seres queridos. No te puedo perder también a ti.

Imala casi se detiene. El ruego de la voz y todo lo que implicaba... casi le hace cambiar de opinión. De todas formas, ¿qué podría hacer? No tenía ningún arma.

—¿Tienes un arma, Vico? ¿Wit llevó un arma al puente?

—Tengo la cortadora láser, Imala. Y he bloqueado la escotilla. Estará bien.

Era cierto que la cortadora láser podía ser un arma terrible. Ahora que lo pensaba, ella también tenía una. Una de emergencia en el bolsillo del traje, para cortar el arnés o la carlinga en caso de choque. Abrió la cremallera y la sacó. Era tan pequeña.

Se lanzó por el pasillo. A los fórmicos no los iba a parar con una puerta atrancada. Daría con una forma de entrar. Y cuando lo lograsen desmembrarían a Víctor. Si podía dar con uno de los grandes pozos del vídeo, o quizá el pasillo principal que rodeaba el jardín, si podía dar con algo así, podría llegar hasta el puente.

Comprobó el oxígeno. Las cifras habían bajado mucho. Ya voy, Vico. Ya voy.

Víctor oyó las celebraciones. Por la radio llegaban los vítores de los mineros supervivientes, cantando y gritando en una gran cantidad de idiomas. Habían eliminado el último de los transportes y deslizadores fórmicos... incluyendo los que se habían posado en el casco de la nave. Lem y unos pocos más habían bombardeado a esos desde arriba, partiéndolos por la mitad.

Al final, ninguna de las naves fórmicas se había retirado o huido. En su lugar, se habían lanzado directamente contra el enemigo. Solo habían perdido doce naves humanas, lo que era un milagro teniendo en cuenta el número de naves fórmicas que habían atacado.

Víctor comprendió que los fórmicos estaban distraídos. Por eso habían ganado los mineros. Los fórmicos estaban tan decididos a retomar la nave, tan concentrados en

recuperar lo que habían perdido, que se habían cegado a todo lo demás.

Víctor sacó la cortadora láser de la bolsa de herramientas y cortó la barra que unía la rueda del plasma gamma a la consola. La rueda se alejó flotando, dejando detrás el metal cercenado. Si Imala tenía razón, los fórmicos *venían* a por él, por lo que se aseguraría de dejar el puente inútil. Cortó los interruptores, partió las palancas, cortó todas las superficies de los controles. Cuando viese los daños, Lem se pondría hecho una furia... ¡tanta tecnología alienígena destruida! Pero no la había destruido por completo. En realidad no. Con algo de tiempo, un astuto equipo de ingenieros podría reconstruirlo todo y deducir su funcionamiento. Pero, por ahora, Víctor haría lo que era preciso: eliminar la última esperanza de los fórmicos. Acabar con aquello de una vez por todas.

Al terminar, miró la cortadora que tenía en la mano y sonrió. Era curioso que final fuese con esto. No con un arma nuclear o cualquier otro dispositivo de destrucción masiva, sino con una herramienta que cualquier mecánico con un mínimo de formación llevaría en su bolsa.

Un objeto pesado golpeó la escotilla. No era humano. No le llamaba por la radio. Volvió a golpear la escotilla. Una tercera vez. La barra que había colocado para mantenerla cerrada no aguantaría. No por mucho tiempo. Quizá de haber traído algunas herramientas más podría haberla atrancado mejor. Padre se habría sentido decepcionado. Un buen mecánico nunca se mueve sin...

La escotilla reventó hacia dentro, atravesó volando la sala y le golpeó, lanzándole contra la pared de atrás. El dolor fue instantáneo. Tenía el brazo roto. Quizá también se hubiese roto la clavícula. Tenía la vista nublada. Había una grieta en el visor. Había perdido la cortadora láser. Activó los imanes de las botas y se fijaron a la pared.

El fórmico entró en la sala. Vestía un traje de presión y una pistola de bote. Fue directo a la consola haciendo caso omiso de Víctor. Comprobó los daños. Sus ojos recorrieron los controles, observándolo todo. Se quedó un momento plantado allí, como si no pudiese comprender lo que veía. Luego giró la cabeza y le vio. Alzó el arma. La luz se agitó en el interior del bote. Víctor se agarraba el brazo. Desactivó los imanes de las botas y saltó a un lado justo cuando la masa gelatinosa golpeaba la pared allí donde había estado. Víctor dio contra otra pared, golpeándola con el hombro. Un dolor insoportable recorrió su cuerpo, como si volviese a romperse el brazo. La membrana en la pared explotó. Víctor se refugió en una esquina. Se encontraba tras un grupo de palancas e interruptores. La verdad es que no estaba oculto. Buscó un arma a izquierda y derecha, pero no dio con nada.

El fórmico se acercó y le miró atentamente. Víctor esperó a que volviese a levantar el arma. Podía dispararle directamente. Víctor no podía escapar. Pasaron cinco segundos. Diez. Pero el arma no se movió. El fórmico inclinó la cabeza a un lado. Los ojos resultaban tan intensos que dieron la impresión de hacerse más grandes.

Víctor comprendió que intentaba hablarle. «Me envía un mensaje». Víctor prestó atención, pero no oyó nada, no sintió nada, no percibió nada. A continuación, el fórmico relajó el rostro. De pronto tenía en la mano un pequeño dispositivo negro. Víctor ya lo había visto antes, la primera vez en la bahía de carga. Era la herramienta que habían usado para destripar al piloto.

El fórmico avanzó el dispositivo.

Se produjo un destello y de pronto la mano del dispositivo ya no estaba conectada al cuerpo del fórmico. La mano se alejó flotando, girando lentamente. Otro destello y en el cuerpo del fórmico apareció una línea. Una línea ausente un momento antes. Lentamente, la parte superior del fórmico se fue desplazando con respecto a la parte inferior, y los ojos de la criatura perdieron todo rastro de vida.

Víctor se giró y vio a Imala en la escotilla, con su cortadora láser. Voló hasta él y conectó su traje con el de Víctor.

—Voy a tomar prestado parte de tu oxígeno. Dime dónde te has hecho daño.

—Me pareció que habías dicho que había cuatro.

—Los había. Mazer mató a dos y está persiguiendo al último. Estamos a salvo. ¿Dónde te has hecho daño?

—Brazo y clavícula. Quizá también las costillas. Me duele al respirar.

Tocó la pantalla médica a un lado del traje.

—No hay hemorragia externa. No tienes agujeros en el traje. Hay una grieta en el visor, pero no hay fugas. No te muevas. Le indicaré al traje que te dé algo para el dolor.

—No te ofendas, pero ¿sabes lo que estás haciendo?

—Es un sedante suave, Vico. El sistema conoce tu altura y tu peso. No me dejará administrarte en exceso.

Sintió un pequeño pinchazo en el brazo y a los pocos momentos el dolor redujo su intensidad. Se le relajaron los músculos. Se le normalizó la respiración (para evitar la expansión del pecho había estado respirando rápida y brevemente). Se volvió hacia ella y durante un momento le miró la cara.

—Estrellaste tu nave, Imala. Fue una tontería.

—O también podrías decir: «Gracias por salvarme la vida, Imala. Eres el ser humano más asombroso del mundo y mi heroína personal».

Él sonrió.

—Ya iba a pasar a esa parte.

## Flota Internacional

Una nave minera de Juke llevó a Mazer y los demás supervivientes a la *Valas* para su regreso a la Luna. La nave minera atracó sobre la bahía de carga de la *Valas* y extendió un tubo hasta la esclusa. Al otro lado esperaba un equipo médico y varios de los ingenieros. Víctor fue el primero en salir, y los médicos se lo llevaron de inmediato a la enfermería, con Imala detrás. Mazer fue el siguiente, tirando de la bolsa que contenía los restos de Wit O'Toole. Un par de técnicos tomaron la bolsa con gran reverencia. También había bolsas para ZZ, Deen, Bolshakov y Caruso. Recoger los restos de Cocktail había sido una operación desagradable, pero Bungy y Lobo habían dado con algunos y todo iba en una bolsa más pequeña.

A continuación, los ingenieros escoltaron a Mazer y a los otros a las duchas de descontaminación. A Mazer le indicaron que permaneciese de pie en una cabina sin quitarse el traje y que se frotase con productos químicos. Los técnicos no manifestaron ninguna inquietud por la sangre que cubría el traje. A continuación, Mazer limpió los productos químicos y se quitó el traje para su retirada definitiva. Le dieron ropa limpia y le indicaron que entrase en una habitación que era apenas más grande que un armario. En las paredes había armarios de almacenamiento y una pequeña holomesa.

—¿Qué hago aquí? —preguntó Mazer al técnico.

—Tiene un holo de la Tierra, señor. —El hombre se fue y cerró la puerta al salir.

Sobre la mesa apareció un holocampo. Mazer metió la cabeza en el campo y esperó. Apareció el rostro de un hombre. De algo más de cincuenta años, bien afeitado, mandíbula cuadrada, pelo corto. Claramente un militar. Probablemente de Europa del Este.

—Capitán Rackham, soy el teniente coronel Yulian Robinov, del Ministerio de Defensa ruso. Ahora mismo soy el presidente de Strategos, el cuerpo militar internacional que opera al dictado de Naciones Unidas y da órdenes a la POM. El capitán O'Toole me informaba directamente.

Informaba. Pasado. Así que sabía lo que había sucedido.

—Mis condolencias, señor. El capitán O'Toole fue el mejor comandante bajo el que he tenido el privilegio de servir.

—Era el mejor soldado que he conocido. Punto —dijo Robinov—. Su pérdida es una tragedia inmensa. Pero le garantizo que su sacrificio no será olvidado. —Una pausa antes de continuar—. Lo que voy a decirle a continuación, capitán Rackham, es



de alto secreto. Dentro de setenta y dos horas lo sabrá el mundo entero, pero hasta ese momento le ruego discreción y que no revele a nadie esta información. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Dentro de tres días, el Servicio Aéreo Especial de Nueva Zelanda al que usted pertenece dejará de existir. Sucederá lo mismo con el ejército ruso, el ejército americano y cualquier otro ejército nacional. Los líderes del mundo formarán una Flota Internacional, una fuerza militar única y global que defenderá a la especie humana contra cualquier futuro ataque fórmico. Durante esta guerra hemos estado divididos, capitán, y esa división casi acaba con nosotros. Si seguimos divididos, los fórmicos nos exterminarán. Es hora de unir nuestras fuerzas y recursos. Estoy seguro de que no tengo que darle el discurso completo.

—No, señor.

—Todos los soldados en activo, como usted, podrán elegir entre terminar los años que le queden en la Flota Internacional o alistarse en la Flota Internacional durante un período de servicio nuevo. Tenemos la esperanza de que este anuncio inspirará a millones de nuevos soldados a unirse a la causa. La palabra clave es «inspirará».

»El modelo para la nueva Flota Internacional serán los Policías de Operaciones Móviles. Diremos que la POM es un microcosmos de lo que aspiramos a lograr a escala global. Por tanto, si la victoria de hoy se comunica como una victoria de la POM, la Tierra tendrá una prueba irrefutable de que un ejército internacional no es solo posible, sino que ya ha logrado una gran victoria. Con menos de una docena de soldados de la POM pusimos de rodillas al ejército fórmico. Imagine la seguridad global que podríamos lograr con todo un ejército de ese tipo de soldados.

Mazer asintió.

—Así que convertirán en héroes al capitán O'Toole y las otras bajas, y dirá que era una operación de la POM para elevar así el apoyo a la flota y su aceptación.

—Es propaganda. Lo admitimos. Pero es necesario. Esta misión debe ser una misión de la POM. Lem Jukes cumplió con su parte y recibirá el reconocimiento que merece, pero los soldados eran de la POM.

—Excepcionalmente a Shenzu y a mí.

—Ustedes dos rompen el mito. Shenzu es valioso, porque ya ayudó a establecer la alianza entre la India y China. En ese sentido, él es ya una representación de la Flota Internacional. Además, los chinos le adoran. Cuando se aliste, muchos millones le seguirán.

—Entonces solo quedo yo —dijo Mazer—. Un desconocido venido de fuera, el soldado al que el capitán O'Toole entregó el mando. Si la gente descubriese mi participación o que llevé parte de esta operación, de pronto ya no es una misión de la POM, ya que técnicamente yo no soy miembro.

—Comprende nuestro dilema.

—Es fácil de resolver, señor. Nunca haré pública mi participación en la operación. Mazer Rackham nunca estuvo aquí. Además, yo no juego a los juegos que

querrían que jugase. No sonrió a las cámaras ni le hablo al público. Hay personas mucho mejor preparadas para eso.

—Veo que es usted justo el soldado que el capitán O'Toole describía.

—Soy el soldado que soy en gran parte *por* el capitán O'Toole, señor.

Robinov dio la impresión de relajarse.

—¿Puedo dar por supuesto que se alistará en la Flota Internacional, capitán?

—Si lo papeles ya están listos, señor, los cumplimentaré ahora mismo.

Víctor estaba sentado en una cama de una clínica de la Luna con el brazo y el hombro en una férula hinchable. Varias emisiones de noticias en la pantalla de pared mostraban las celebraciones en directos que se realizaban por todo el mundo. China, las Américas, Europa, África. Desfiles, fuegos artificiales, confeti, gente agitando pequeñas banderas frente a la cámara.

—Parece que nos estamos perdiendo una buena fiesta.

Víctor se giró. Lem estaba en la entrada.

—La guerra ha terminado —dijo Víctor—. Es un buen motivo de celebración.

Lem se acercó y se detuvo junto a la cama.

—Los médicos dicen que la operación salió bien. Fueron dos roturas limpias fáciles de arreglar. Te recuperarás por completo. —Hizo un gesto por toda la habitación—. Esta clínica es de la empresa, por lo que evidentemente no se te cobrará el tratamiento. Lo que desees, no tienes más que pedirlo y las enfermeras te lo traerán. Chocolate suizo. Pastas francesas. Queso de cabra de Bavaria. Desmelénate.

—¿Cuánto tiempo debo pasar aquí?

—Depende de ti. El médico está dispuesto a darte el alta esta misma tarde. ¿Tienes donde quedarte?

—La verdad es que no.

—Te alojaremos en una suite de la empresa. Puedes quedarte allí un par de semanas hasta encontrar algo propio.

—Gracias, pero no voy a quedarme en la Luna.

—Todavía no ha oído mi oferta de empleo. Trabajarías directamente con Benyawe y su equipo para desmontar y analizar la tecnología fórmica. Ella personalmente me dijo que si te dejaba abandonar la clínica sin contratarte me metería en un buen lío.

—Me halaga la oferta, pero ahora mismo mi prioridad es ayudar a mi familia.

—¿Haciendo qué? ¿Dedicándote al desguace? Les ayudarías mucho más trabajando para mí, Víctor. Te pagaría muy buen sueldo. Lo que ganes podrías transferírselo directamente a ellos.

—Mi familia va a dejar el negocio del desguace. Quieren modificar la nave con equipo minero. El dinero no puede hacer tal cosa. Yo sí puedo.

—El dinero lo puede todo, Vico, si dispones de la cantidad suficiente.

—¿Qué hay de Imala?

—¿Qué hay de ella?

—¿También le ofreces un trabajo?

—Mi padre le ofreció trabajo antes de la invasión. Ella le tiró la oferta a la cara. Tras algo así, él jamás me consentiría contratarla. Además, no es ingeniera, que es lo que me hace falta.

—Yo tampoco soy ingeniero.

—Quizá no tengas título, pero los principios los conoces mejor que la mayoría. Preferiría contratarte a *ti* en lugar de a diez bobos con doctorado.

Era una oferta tentadora. Benyawe le caía muy bien. Y era además el tipo de trabajo que siempre había querido hacer. Con sentido, ingenioso. La mayoría de las reparaciones que había realizado en la *Cavadora* no requerían mayor reflexión: juntar la pieza A con la pieza B. Pero en ocasiones el trabajo le había exigido tirar una pieza completa y fabricar otra desde la nada. Una pieza mejor. Un diseño más eficiente. Una máquina que hacía todo lo que podía hacer la anterior, pero que usaba menos energía y producía menos calor. Era el trabajo con el que disfrutaba: desmontar meticulosamente algo para comprender cómo funcionaba, seguido de la cuidadosa aplicación de esos principios para construir algo nuevo. Justo lo que Lem le ofrecía.

El único problema: se lo estaba ofreciendo Lem.

—Me halaga la oferta, Lem, pero ahora mismo no puedo.

Lem asintió.

—Dentro de seis meses o un año, después de que hayas ayudado a tu familia, quizá te lo pienses mejor. Llámame cuando suceda.

—Lo haré.

Lem se sentó en el sillón reclinable junto a la cama y se echó hacia atrás con las manos tras la cabeza.

—También he venido a informarte de que el Departamento Comercial Lunar ha retirado los cargos contra ti, incluyendo la acusación de escapar, que es un crimen grave. También han retirado los cargos contra Imala. No fue muy difícil. Nos limitamos a demostrarle al departamento que rechazar tus pruebas de una invasión fue la causa principal de que la Tierra no estuviese preparada. Te encerraron y enterraron tus pruebas en burocracia cuando deberían habérselo comunicado inmediatamente al mundo. Cuando les amenazamos con demandar, acusándoles de que su negligencia criminal había provocado la destrucción de buena parte de nuestra flota corporativa y nuestro personal, hicieron todo lo que les pedimos. —Se encogió de hombros—. Claro está, probablemente les demandemos de todas formas.

—Gracias por limpiar mi nombre.

—Los abogados son el arma más temible, Víctor. Asegúrate de tener siempre a los mejores de tu lado.

Llamaron a la puerta. Imala entró.

—Las enfermeras me dijeron que estabas despierto.

—Despierto y diciendo tonterías —dijo Lem—. Le he ofrecido un buen trabajo y lo ha rechazado. Haz que recupere la cordura, Imala.

—Por lo que yo sé, no tiene cordura de ninguna clase —dijo Imala.

Lem volvió a hablarle a Víctor.

—Vamos a reiniciar los envíos al Cinturón. Cuando te quieras ir me lo dices y te conseguiré un pasaje.

—Gracias.

Lem le ofreció la mano. Se la dieron.

—Siempre con el sol a la espalda, nacido en el espacio.

—Tú también.

Lem se fue.

Imala se acercó y se colocó junto a la cama. La expresión era neutral.

—Así que vas al Cinturón. Has tomado una decisión.

—Mi familia me necesita, Imala.

—Tu madre no quiere que vayas, Vico. Lo dijo claramente. Quiere que te quedes aquí. Quiere que vayas a la universidad.

—No puedo ir a la universidad, Imala. Ya lo hemos hablado. No tengo diploma, ni certificado de nacimiento, ni ciudadanía...

—Para conseguir el diploma basta con hacer exámenes, Vico. Y Lem te puede ayudar a conseguir todos los demás papeles que necesites.

Víctor bufó.

—Sí. Ilegalmente.

—Quizá no. Quizá tenga contacto en inmigración. Y, en cualquier caso, ¿qué problema hay si lo hace ilegalmente? Mereces ir a la universidad, Vico. Lo mereces más que nadie. Si vuelves con tu familia, acabarás convertido en un...

—¿En qué, Imala? ¿Un minero libre? ¿Eso ibas a decir?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Iba a decir que acabarías convertido en el pretendiente en un matrimonio de conveniencia. Eso es lo que hace tu familia, ¿no? Mezcla los genes combinando a los solteros y solteras de las familias.

—Es preciso hacerlo, Imala. Las familias están aisladas. No podemos casarnos entre nosotros. Eso sería incesto. Todos nuestros hijos tendrían doce dedos en los pies y dos pares de ojos.

—No estoy defendiendo el incesto —dijo Imala—. Simplemente digo que ese tipo de matrimonio te priva del derecho a elegir. He visto los documentales, Vico. Novias recién casadas que no dejan de llorar porque las han obligado a casarse con un desconocido.

—No siempre es así —dijo Víctor.

—A veces lo es.

—¿Por qué estamos discutiendo de esto?

—Porque no estás pensando en tu propio futuro, Vico. Tu madre es la que dirige la tarea de acondicionar la nave. Dice que lo puede hacer.

—Y se equivoca, Imala. Instalar todo ese equipo, realizar todas las configuraciones necesarias, es mucho más complicado de lo que se imagina.

—O quizá sea perfectamente consciente de en qué lío se está metiendo y de todas formas quiera intentarlo. En ocasiones hay que confiar lo suficiente en los demás para permitirles tener éxito y amarles lo suficiente para dejarles fracasar. No lo puedes arreglar todo, Vico. Si lo haces, la única lección que aprenderán es la dependencia. Tu madre lleva mucho tiempo arreglándoselas perfectamente sin ti. Si ahora corres a su lado, ¿qué va a entender? Hola, mamá. Sé que eres incapaz de realizar esta tarea, así que he venido a rescatarte.

—Quiero a mi familia, Imala. Mi madre ha sufrido una pesadilla. Perdió a mi padre, perdió su hogar, perdió a media familia. ¿Es un crimen querer confortarla?

—Claro que no.

—Aquí no tengo nada, Imala.

—Un trabajo, un futuro posible, amigos que se preocupan por ti. ¿Eso no es nada?

—La oferta de empleo viene de alguien que nos mintió y nos abandonó. ¿Has olvidado quién es Lem Jukes? La única razón por la que hizo todo esto fue conseguir la tecnología. Para él, todo esto es exclusivamente una decisión económica. ¿Por qué debería valorar una oferta así?

—Tienes razón, Vico. ¿Qué estaba yo pensando? Soy tan tonta y estúpida... — Salió de la habitación antes de que Víctor pudiese decir nada más.

Lem estaba a solas en su apartamento cuando su pad de muñeca se iluminó para indicarle que tenía mensajes. Los repasó y comprobó que eran todos de periodistas que querían hacerle una entrevista. Ya había recibido docenas de peticiones similares, y las había borrado todas, pasando. Estaba harto de la prensa, harto de ese falso teatro.

A estas alturas los medios ya habían entrevistado a muchos de los mineros que habían participado en la batalla final. Cada uno de ellos había dado una emocionante versión de la batalla. Cuando les pedían que describiesen la participación de Lem, todos decían que este los había llamado para luchar y que había prometido recompensar financieramente a la nave que lograra más bajas. La prensa había quedado encantada con la familia argentina que había ganado. Lem les había pagado lo prometido, y la prensa estaba ansiosa por pegar la cámara a la cara de esa gente. Algunas de las mujeres habían llorado. Ahora podían lograr las medicinas y la comida necesarias. Ahora podrían reparar la nave.

Un periodista lo había definido como «Humanidad en medio de los horrores de la guerra». BENEVOLENCIA EN EL CAOS, decía un titular.

Lem solo quería reír. ¿No comprendía la prensa que lo había hecho para salvarse a sí mismo? Cuanto más agresivos fuesen los mineros, más probabilidades tendrían todos de salir con vida. ¿No era evidente? «Fue una táctica de preservación personal, idiotas, no un acto de filantropía».

Pero ¿que podría importarle a la prensa? Si el ángulo caritativo llamaba la atención del público y provocaba más clics y más ingresos publicitarios, se dedicarían a ordeñar la vaca hasta que no quedase nada.

Aun así, Lem sentía curiosidad sobre por qué la masa de periodistas se ponía ahora en contacto con él para pedir entrevistas, días después de la batalla. Quizá hubiese algún detalle nuevo. Algún pequeño recordatorio que había despertado las ansias del mundo.

Por curiosidad, Lem se conectó para ver qué decía la prensa.

Para su sorpresa, por todas partes había un vídeo. Mostraba a Lem en el puente de la *Valas*, Lem en el almacén, Lem en el caza derribando fórmicos, Lem hablando con la POM. También había audio.

¿Cómo era posible? ¿Quién había grabado todos esos vídeos?

Padre, por supuesto. ¿Quién si no? Había estado siguiendo a Lem con cámaras ocultas durante todo el proyecto.

Lem se puso tan furioso que voló de inmediato a la sede central. La recepcionista de Padre intentó detenerle, pero no le hizo caso y entró por la fuerza en el despacho de Padre.

—¡Te has aprovechado de mí!

Ukko estaba sentado tras la mesa, con la cabeza hacia atrás y un babero de papel alrededor del cuello para proteger el traje. Una maquilladora estaba inclinada sobre él retocándole las cejas. A un lado había un hombre con un holopad. Vestía un traje perfectamente cortado y en su cabeza no había ni un pelo fuera de sitio. Se situó entre Lem y su padre, frunció el ceño y levantó la mano.

—Lo lamento, Lem. Tu padre está ocupado. No es buen momento. ¿Puedo llamarte más tarde para fijar una cita? ¿Podemos buscar un buen momento para los dos? —Comprobó el holopad—. ¿Qué tal las seis de la tarde? —Le ofreció la mano—. Por cierto, soy Maxwell.

Lem estuvo a punto de darle un puñetazo.

—Sería buena idea que te apartases de mi camino.

Maxwell perdió la sonrisa, y dio un paso atrás.

Ukko le hizo un gesto a la maquilladora para que se apartase.

—Maxwell, Natasha, dejadnos un momento. Mi hijo está contrariado. Y tenemos asuntos urgentes que discutir.

Maxwell se acercó al escritorio.

—¿Está seguro, señor? Le necesitamos abajo en diez minutos. Quieren comprobar el audio y la iluminación de su cara.

—Mi aspecto será el de un viejo por mucho que jueguen con las luces o el maquillaje, Maxwell. Déjanos un minuto, por favor.

Maxwell frunció el ceño, miró a Lem con evidente desaprobación y salió junto con la maquilladora, cerrando la puerta al pasar.

Lem señaló la puerta con un pulgar.

—¿Quién es ese idiota?

—¿No prestabas atención? Es Maxwell, mi nuevo secretario personal.

—Simona es tu secretaria personal.

—Lo era. Por desgracia, tuve que despedirla.

—¿Has echado a Simona? ¿Por qué?

—A mi personal le exijo lealtad absoluta, Lem. Su devoción por mí no debe admitir dudas.

—Simona te *era* totalmente leal —dijo Lem—. Hasta la locura.

—Lo era, sí. Hasta que volviste del Cinturón de Kuiper.

—¿Qué significa eso?

—Estaba evidentemente enamorada de ti, Lem. Me decepciona que no te dices cuenta. A mí me resultaba absolutamente evidente.

A Lem le llevó un momento poder articular palabra.

—¿Estás loco? Simona era una amiga. Apenas. Lo habitual es que no pudiese soportarme.

—No podía soportar que pasases de ella. Discutíais como una pareja de casados. Estaba totalmente convencido de que te habías acostado con ella.

Lem parpadeó.

—¿Con Simona? No. ¿Por eso la despediste? ¿Pensaste que se acostaba conmigo? Pues no.

—La despedí porque me traicionó.

—¿Cómo? No me lo creo.

Ukko se puso en pie, tiró del babero, lo convirtió en una bola y lo lanzó sobre la mesa.

—Lo que voy a decir a continuación te va a disgustar, Lem. —Exhaló y se sentó en el borde del escritorio—. Mi sospecha es que Simona estaba cada vez más enamorada de ti. Lo que para mí era un problema evidente. No puedo tener a una secretaria personal que es más leal a mi hijo que a mí. Así que hice una prueba. Sabía que te acostabas con Despoina. Y sabía que intentabas sonsacarle detalles sobre mis asuntos. Así que me escribí un correo a mí mismo, como si me lo enviase Despoina, y dejé que Simona lo viese. Si Simona me era leal, lo borraría y jamás te lo contaría. Pero si Simona estaba enamorada de ti, si te era más leal a ti que a mí, te lo enseñaría. Cosa que hizo. Fue directamente a ti sin decirme nada. Mi única opción fue despedirla.

Lem se quedó mirándole fijamente. Un sentimiento denso y pesado se apoyaba en su pecho.

—¿Tú escribiste ese correo?

—Despoina no era mi espía, hijo. No le pedí que te sacase información. Tampoco era la puta que creías. Era una chica encantadora. Por alguna razón, parecía no ver tus defectos. O quizá amaba tan intensamente tus cualidades que dejaba pasar lo que te convierte en un humano. En cualquier caso, dejaste que un buen partido se te escapase entre los dedos, hijo. Su padre posee un buen imperio. Hubiese sido una unión estupenda.

Lem no dijo nada. No encontraba palabras. No sentía nada en ninguna parte del cuerpo.

—Actuaste demasiado impulsivamente, hijo. Tu respuesta me dio asco. Arrestarla en plena noche, expulsarla de la Luna, escribirle ese correo malicioso e insultante. ¿Qué pensabas? Fue cruel y humillante, hijo. Es inexcusable. Y lo que lo convierte en particularmente trágico es que resulta evidente que estabas claramente enamorado de ella. Solo un hombre traicionado en el amor podría rebajar y humillar a otra persona de esa forma. Si para ti no hubiese significado nada, habrías venido a hablar conmigo. Yo sería el que te hubiese ofendido. Pero en su lugar, le escupiste a ella todo tu veneno. A lo largo de tu vida has cometido muchos errores, Lem, pero esta es la primera vez que me avergüenzo de pensar que eres mi hijo.

Lem le miraba fijamente. Le temblaban las manos. Habló con tranquilidad.

—No soy tu hijo. No puedo serlo. Ningún padre le haría algo así a su propio hijo. Ukko exhaló.

—Esa defensa tuya va perdiendo efectividad, Lem. No me puedes culpar de todos tus errores.

—Creaste una mentira. Te inventaste una situación y ofreciste pruebas. Tú levantaste en mi mente la justificación para mis acciones. ¿Cómo podría no ser culpa tuya? Era buena conmigo, Padre.

—Aprende de todo esto, Lem. No se puede actuar impulsivamente. No puedes contratar matones y...

—¡No se trata de una de tus putas lecciones vitales, Padre! O si lo es, es una lección tan retorcida y demencial que no quiero ni oírla. Te aprovechaste de mí. Te aprovechaste de ella.

—Tú fuiste el primero en aprovecharse de ella, Lem. No lo olvides. Los dos somos conscientes de por qué viniste a mi despacho y hablaste con ella.

—No fue así.

—Lo fue, Lem. Es posible que con el tiempo el corazón se te reblandeciese, pero jugabas con ella para tu beneficio personal. ¿Cómo dice la expresión? ¿Le dijo la sartén al cazo?

Lem agitó los brazos y dio un paso atrás.

—Estoy harto de ti. Harto. No entiendo por qué malgasté mi tiempo aspirando a tu aprobación. Jamás me la darías. No me sorprende que Madre nos abandonase. No



me sorprende que esté loca. Cómo podría ser de otra forma si la tratabas igual que me tratas a mí.

Ukko se puso muy recto y se colocó bien la chaqueta.

—¿Ya has terminado con el berrinche?

Era una pregunta tan exasperante, tan condescendiente, que Lem no supo qué decir.

—Estás molesto, Lem. Puede que desde tu punto de vista la táctica del correo de Despoina no fuese ideal, pero el amor fue la razón para que Simona me fuese desleal. Así que era su *amor* el que debía poner a prueba. Simona estaba deseosa de darte una prueba que podría poner fin a tu relación con Despoina. Yo necesitaba verificar que su lealtad hacia mí era más fuerte. No lo era. De haber sabido cuál sería tu reacción, habría buscado otra forma. Los dos cometimos errores. Y en cuanto a tu madre, sí, probablemente yo fuese la causa de su estado mental. Pero ya eres un poquito mayor para darte cuenta ahora. Hace unos veinte años que deberías haber llegado a esa conclusión.

La maquilladora había dejado el espejo sobre la mesa de Padre. Lo cogió y se miró el pelo.

—Y, en cuanto a lo de estar harto de mí, bien, eso va a ser un problema. Porque está claro que no te puedo entregar la empresa si esa va a ser nuestra relación.

Dejó el espejo y miró a Lem.

Lem hizo una pausa.

—Nunca me entregarás la empresa, Padre. Nunca ha sido tu intención.

—Te la estoy entregando ahora mismo, Lem. Dejaré todas mis acciones en fideicomiso. Sin embargo, tienes muchos enemigos en el Consejo, así que mi recomendación es que hagas limpieza y pongas en marcha los mecanismos para echar a gente. Ramdakan te puede ayudar. Esas cosas se le dan de fábula. Te puede decir cuáles son las serpientes, y te garantizo que tenemos muchas. Comparado con algunos, yo soy delicado como una mariposa. También te recomiendo que sientes a Benyawé en el Consejo. Vamos a ir abandonando las operaciones mineras y nos ocuparemos más de innovación y construcción de naves. Ese es nuestro futuro, Lem. Muchas, pero que muchas naves militares. Vamos a proveer la mayor parte de la Flota Internacional.

—¿Qué Flota Internacional?

—Te lo mostraré. Es el momento de hacer historia, hijo.

Padre lo llevó fuera. Maxwell prácticamente agonizaba preocupado por la hora. Durante el breve descenso en ascensor comprobó cuatro veces el holopad. Al abrirse las puertas y salir, se encontraron en una de las salas de holo. Habían reducido la intensidad de las luces. Un equipo técnico realizaba los últimos ajustes al conjunto de luces y holoproyectores que había en el centro de la sala. Ukko se preocupó de dar la mano a los más o menos veinte periodistas de la Luna que habían venido a presenciar el acontecimiento. Natasha, la maquilladora, repasó las mejillas de Padre.

Maxwell colocó a todos en su lugar. Padre se situó a un lado, en la oscuridad. La multitud guardó silencio. Los técnicos retiraron las escaleras y desaparecieron en las sombras. El holocampo bajo los proyectores cobró vida.

En el campo aparecieron las cabezas de cinco personas. Lem reconoció a algunos. La secretaria general de Naciones Unidas en el centro, una brasileña llamada Silva. Los otros eran los jefes de China, Rusia, la India y la OTAN, que era americano. La secretaria Silva fue la primera en hablar. Saludó a todos los que seguían este histórico anuncio vía holo. Explicó que cada uno se encontraba en su sede central correspondiente y que hablaba a los periodistas reunidos en cada lugar.

A continuación, Silva habló durante diez minutos sobre la necesidad de un ejército global compuesto por soldados de todas las naciones de la Tierra. La Flota Internacional estaría bajo el mando de dos líderes militares experimentados que hubiesen trabajado con tropas internacionales y hubiesen resuelto conflictos globales. El puesto de Strategos sería el responsable de la defensa global del sistema solar.

—De esa labor se ocupará el teniente coronel Yulian Robinov, que actualmente es el presidente del consejo de líderes militares internacionales también conocido como Strategos, cuyo nombre hereda el nuevo puesto. —Robinov apareció en el holo junto a los otros, con su nombre y cargo suspendido en el aire tras él.

La secretaria Silva siguió hablando.

—La fuerza internacional de paz de Robinov, conocida como Policías de Operaciones Móviles, que será el modelo para la Flota Internacional, fue hace poco responsable del fin de las atrocidades en China y de acabar con esta horrible guerra.

El segundo puesto, Polemarca, explicó, tendría como responsable la construcción, mantenimiento y operación de las naves de guerra de la Flota Internacional.

—De esa responsabilidad se ocupará el mayor Khudabadi Ketkar de la India, cuyo meticuloso liderazgo permitió la alianza entre los Paracomandos Indios y el ejército chino, y que dio fin a los ataques con gas de los fórmicos y ayudó a equilibrar la guerra a nuestro favor.

Ketkar apareció en el holo.

Silva le dio la bienvenida y siguió hablando:

—Crear y mantener la defensa por medio de la Fuerza Internacional es una empresa monumental que exigiría los recursos y el esfuerzo de todos. Todas las naciones deben unirse en el esfuerzo común de proteger nuestro planeta de futuros ataques manteniendo a la vez la armonía y la paz globales. Por tanto, este consejo propone la creación de una Hegemonía global. Tal Hegemonía estaría compuesta por los estados miembros dispuestos a proteger el planeta y la especie humana. Las naciones miembros conservarían su actual sistema de gobierno; pero en los asuntos globales consultarían con la Hegemonía, que no conocerá fronteras y que tendrá por único interés el planeta en su conjunto y a todos sus habitantes. Las oficinas de la Hegemonía estarán dispersas por todo el mundo, de forma que los fórmicos no puedan destruir una capital y con ella el gobierno mundial. El personal del Hegemón

se trasladará de ciudad en ciudad, pero nunca a las capitales de China, Rusia, la India o Estados Unidos.

»Ningún hombre está más cualificado para ocupar el puesto de Hegemón que el presidente y director general de Juke Limited, Ukko Jukes.

Un pequeño holocampo, proyectado desde arriba, rodeó la cabeza de Padre allí donde estaba. Un holo grande y flotante de su cabeza apareció a la derecha de la secretaria Silva.

—Como ciudadano de la Luna —dijo Silva—, Ukko Jukes representa a toda la humanidad y no a una nación. Es indiscutible su devoción por las gentes de la Tierra. Es incuestionable su dedicación a nuestra seguridad. Sus grandes éxitos y enorme experiencia en el sector privado lo convierten en un candidato especialmente singular para encargarse de las enormes exigencias logísticas de construir y movilizar una flota internacional. Lo que proponemos será la mayor empresa de la historia humana. Para dirigir tal esfuerzo, necesitamos un hegemón que haya demostrado ser capaz de encargarse de operaciones a tal escala.

»Naciones Unidas votará mañana esta medida durante la sesión general, seguido de una votación de ratificación en cada una de las naciones miembro. Nuestra esperanza es que todas las naciones de la Tierra se unan a este esfuerzo común por evitar las atrocidades ocurridas en China. Nunca más una nación sufrirá sola.

Silva cedió la palabra a Robinov, Ketkar y Padre, y cada uno ofreció una breve declaración preparada de antemano. Lem apenas oyó nada de lo que dijeron. Tenía la mente volando a mil por hora. Padre como Hegemón, el líder supremo de la Tierra. Ahora resultaba tan evidente... Padre lo había orquestado desde el principio. Por eso se había reunido con la mujer del Departamento de Estado y otros dignatarios y funcionarios. Y, por supuesto, Naciones Unidas votaría unánimemente. Padre jamás habría aceptado participar a menos que el resultado fuese seguro.

El holo terminó. Padre dio un paso al frente y aceptó preguntas de los periodistas. Cuando le preguntaron si su intención era dirigir la Hegemonía y su empresa, Padre dijo:

—Mis nuevas responsabilidades como Hegemón ocuparán todo mi tiempo. Sería una injusticia para la gente de la Tierra no ofrecer toda mi concentración y atención. He pedido a mi hijo Lem que ejerza de presidente y director general en mi lugar, propuesta que estoy seguro el Consejo ratificará. Mi hijo es el hombre más tenaz, brillante y valiente que he conocido. Sin duda, ya fueron testigos en los vídeos y relatos de la batalla final. No puedo expresar el terror que sentí al verle poner en peligro su vida. Lem es toda la familia que tengo. La idea de perderle fue casi insoportable. Quiero recordar a la gente de China y a todos los padres del mundo que han perdido a un hijo o un ser querido durante esta dura prueba. Y realizo la solemne promesa de que si se me elige como Hegemón, haré todo lo que me sea posible para garantizar que jamás volvamos a perder hijos e hijas ante una amenaza extraterrestre.

Padre les dio las gracias por venir. Maxwell se llevó a Padre. Lem le siguió, y una vez que los tres estuvieron de nuevo en la oficina de Padre, Ukko se puso a limpiarse el maquillaje.

—Lo has estado coreografiando desde el principio —dijo Lem—. Sabías que los drones no funcionarían. Pero los enviaste igualmente para demostrar a la Tierra tu dedicación a la causa.

—Quería que funcionasen, Lem.

—Claro que sí. De haber salido bien, te habrías convertido en un héroe instantáneo. Pero si fracasaban, todavía tenías mucho que ganar. Demostrarían a la Tierra que estabas dispuesto a sacrificar tu fortuna por proteger la Tierra. En ese sentido seguirías siendo un héroe. Y enviaste los drones en ese momento porque no podías permitir que Víctor e Imala tuviesen éxito. No podías permitir que la victoria fuese *mía*. Eso desbarataría tus planes.

—Al final, la victoria *fue* tuya, hijo.

—Sí, pero solo después de que le demostrases al mundo que harías todo lo necesario por protegerlo. —Lem se echó a reír. Ahora todo estaba tan claro—. Benyawe tenía razón, no cometes errores. Es más, tan pronto como los drones fracasaron, cambiaste de estrategia para asegurarte de que yo ganase. Por ejemplo, me constate lo de la *Cavadora*. Me mostraste el Proyecto Parallax porque sabías que necesitaba a Víctor para que el grupo de asalto pudiese entrar en la nave. Y sabías que si tenía información sobre el paradero de su madre, podría convencerle para que se uniese a mí.

—En ese momento no sabíamos si Víctor estaba vivo —dijo Padre.

—Tú lo sabías. De alguna forma, *tú* lo sabías.

—Me halaga que creas que poseo poderes sobrehumanos, Lem.

—Y Ketkar. Él ayudó a Mazer y Wit en la India y ahora es el Polemarca. Vaya una coincidencia. ¿Cómo fue, Padre? ¿Llegasteis a un acuerdo? Él te ayuda a orquestar la alianza entre China y la India y tú garantizas que le nombren Polemarca.

Padre se acercó al bar y sirvió dos copas.

—Y luego está lo del vídeo —dijo Lem—. Todas esas cámaras ocultas. Lo hiciste para mejorar tu atractivo. Ahora el mundo te verá como el padre de un héroe de guerra. O si yo hubiese muerto románticamente en la batalla, serías el padre de un héroe *caído*, lo que podría ser hasta mejor. Te ganarías el voto de la compasión. Ganabas de ambas formas.

—O cabe otra posibilidad —dijo Padre—. Quería que mi hijo tuviese un futuro dirigiendo esta empresa. Y al hacer ese vídeo, me aseguré de que fuese imposible que el Consejo te rechazase. —Le dio a Lem un vaso—. Te estoy ofreciendo tu futuro, Lem. Lo tomas o lo dejas.

—No finjas que me estás dejando elegir, Padre.

Ukko sonrió, chocó su vaso contra el de Lem y dio un trago:

—Maravilloso. Me lo voy a tomar como un sí.



## Kim

Mazer fue en un vuelo civil hasta Auckland, alquiló un coche y condujo en dirección sur hasta Papakura. Le resultaba agradable volver a pisar el suelo firme. Le habían ordenado que se presentase de inmediato en la base, pero en su lugar fue hasta el trabajo de Kim. A la recepcionista le dijo que venía a ver a la doctora Kim Arnsbrach.

—¿Le espera?

—No, señora.

—¿Quién le digo que es?

—Dígale que soy amigo de Bingwen.

La recepcionista pasó el mensaje y un momento después Kim salió del ascensor. Tenía el mismo aspecto de siempre. Tenía el pelo recogido atrás, con el punzón clavado para mantenerlo. Desde la Luna, Mazer le había enviado un breve mensaje de texto para hacerle saber que estaba vivo, en buen estado y que pronto volvería a Nueva Zelanda. Pero hoy no había llamado por adelantado para decirle que venía.

—Sé que debería haber llamado primero —dijo—. Pero me preocupaba que no quisieses verme.

—¿Por qué no iba a querer verte?

De pronto Mazer se sintió incómodo.

—Por cómo acabaron las cosas la última vez. Estabas furiosa.

—Sentía muchas emociones. Es posible que la furia fuese una de ellas. También soy una niña mayor, Mazer. Me calmé. La vida continúa. ¿No es eso lo que querías? ¿Que yo siguiese con mi vida?

No habían empezado con buen pie. Llevaban cinco segundos y ya le estaba resultado complicado.

—Lo siento —dijo—. Ha sido muy cortante. Me alegra que estés aquí. Simplemente me ha sorprendido. —Le miró la cara con atención—. Has perdido peso. Tienes las mejillas hundidas.

—Han sido unos meses muy complicados.

Kim mantuvo silencio un momento para luego asentir.

—Lamento lo de Patu, Fatani y Reinhardt. Y lo de Wit O'Toole y todos los demás.

—Yo también. ¿Tienes un minuto libre? ¿Podemos hablar en algún sitio?

—El parque que está al otro lado de la calle. —Fue hacia la puerta y Mazer la siguió.

—¿No tienes que decírselo a nadie?

Kim hizo un gesto de «no hace falta».

—Me sacaste de una reunión muy aburrida. Estaba a punto de tirarme por la ventana, así que da igual. No se darán cuenta de que no estoy.

Era un parque exuberante y verde. Había filas de robles antiguos siguiendo un paseo, creando una densa cubierta arbórea. El camino estaba fracturado, y era antiguo. Lo cubría luz moteada. Oía a flores y hierba cortada.

—Primero, gracias por ayudar a Bingwen —dijo.

El rostro de Kim se iluminó con una sonrisa súbita.

—¿Cómo está?

—Está en una escuela militar al norte de China. Ayer hablé con el director. Ahora que el ejército va a pasar a la Flota Internacional, el director no tenía claro qué sería de la escuela, pero me garantizó que Bingwen estaba bien y que China seguiría preocupándose por él. Hay muchas cosas en el aire, pero supongo que la escuela pasará a ser una instalación de educación para jóvenes dentro de la Flota Internacional.

—¿Puedo hablar con él?

—Solo correo electrónico. Te pasaré su dirección. Le encantaría tener noticias tuyas.

—La Flota Internacional —dijo Kim—, ¿te vas a alistar?

—Ya lo he hecho.

Kim asintió, pero no le miró.

Había una vieja glorieta de madera con enredaderas creciendo por los laterales. Se sentaron en el banco de dentro. Mazer se situó de tal forma que la miraba a la cara.

—Todo lo que dije antes de irme, Kim, sobre no querer ser un padre o marido ausente, sigue siendo cierto. Al convertirme en militar, decidí quedarme soltero, porque no quería que mi esposa tuviese que soportar esa vida. Pero desde ese día he estado viviendo esa vida, Kim. He vivido al momento, y la odio. La odio tan profundamente que me pone enfermo.

Kim tenía las manos en el regazo. Le miraba la cara, prestando atención.

—La odio porque tú no formas parte de ella, Kim. Sé que te dije que siguieses con tu vida. Sé que te dije que buscaras a alguien que te pudiese hacer más feliz. Y quizá lo hayas hecho. Pero voy a pelear por ti, Kim Arnsbrach. Voy a luchar por convencerte de que olvides todo lo que te dije antes. No quiero una vida sin ti. Y si *hay* otro hombre en tu vida, voy a aterrorizarlo hasta que se meee encima y huya corriendo.

Kim se permitió sonreír.

Mazer esperó un momento antes de seguir hablando.

—Cuando era pequeño, mi madre me enseñó que todos nosotros contenemos *mana*. Significa «energía» o «poder», y fluye hacia nuestro interior desde el mundo natural. Árboles, animales, el viento. Sé que probablemente suene a tontería, sobre todo a oídos de una doctora, pero...

—No suena a tontería —dijo Kim.

Mazer asintió.

—Bien, a mí me sonaba a tontería. Tras la muerte de mi madre, al hacerme mayor sonaba a tontería. Todo. El baile, la música, los dioses pez y las criaturas guardianas. Era risible, una fantasía. Mi padre lo despreciaba y, por tanto, yo también.

Se miró las manos y luego volvió a mirar a Kim.

—Y quizá en su mayoría sea una fantasía. Pero ese *mana*, esa esencia, podría ser real. Contiene algo de verdad. Al estrellarme en China, al despertar tras la operación, sentía como si me hubiese vaciado de vida, Kim. Creí que era por mi cuerpo, por las heridas, que me sentía débil. Pero no era por eso. Ya lo había perdido antes.

Cogió las manos de Kim.

—Tú eres el *mana* que he perdido, Kim. Cuando te perdí a ti, perdí vida. Si suena sentimentaloides y extraño, que así sea. Si crees que estoy loco, vale. No serías la primera en creerlo.

—No estás loco —dijo—. Eres molesto en ocasiones. Terco y testarudo, y un comunicador pésimo. Pero no estás loco. Todavía no.

—Soy un soldado, Kim. Y siempre lo seré. Es una situación imperfecta para cualquier matrimonio, lo sé. Pero prefiero tener eso, y hacer todo lo posible para que seas feliz, que vivir un segundo más sin ti. *Kei te aroha au ki a koe*. Te quiero, Kim. Te quiero. Hace mucho tiempo que debería habértelo dicho. Y hasta que no me digas que me largue, te lo diré todos los días de mi vida.

Kim guardó silencio durante un buen rato.

—¿Me estás pidiendo matrimonio, Mazer? ¿Es eso? Porque una mujer sueña con estas cosas, y que te saquen de una reunión organizativa en medio de un día laborable no es lo que me imaginaba. Se supone que posees una genial mente estratégica, capaz de planear hasta el más mínimo detalle de una operación. Y, sin embargo, no tienes ni anillo, ¿verdad?

—Tengo un anillo. El de mi madre. Pero está en la base, bajo llave con el resto de mis cosas. Si voy a recogerlo, ya no podría volver a salir. Pero lo he recreado lo mejor que he podido para que te hagas una idea de su aspecto.

Sacó el holopad y extendió las antenas. Apareció un anillo flotando en el aire. Las bandas doradas estaban trenzadas, rodeando un diamante en el centro.

Kim extendió la mano y colocó el anillo en el dedo.

—Espero que no creas que voy a cargar con un holopad durante el resto de mi vida.

Mazer dejó el holopad a un lado y se puso de rodillas, cogiéndole de la mano.



—Kim Arnsbrach. ¿Serás mi esposa y la madre de mis hijos, y me enseñarás a ser tan fuerte como tú, tan inteligente como tú y tan buena como tú?

Kim frunció los labios como si se lo estuviese pensando.

—No estoy segura. Nunca me ha gustado mi apellido, Arnsbrach, pero Rackham no suena mucho mejor.

Mazer sintió un momento de desazón. Pero Kim sonrió y dijo:

—Pero supongo que todos tenemos que hacer sacrificios. Con una condición.

—Lo que sea.

—Quiero una boda maorí.

Mazer se puso en pie, la abrazó y la besó allí mismo, abiertamente, para que el mundo lo viese.

## Cinturón

Al llegar Víctor, ya había una cola de aspirantes esperando en la puerta de la oficina. El día anterior había puesto un anuncio de trabajo en las redes de mineros libres, pero no había esperado tanto éxito. El anuncio decía que hacían falta tres hombres. Todos mecánicos, preferiblemente con experiencia en remodelar una nave de desguace. Debían tener buena salud y buena forma física, y estar dispuestos a comprometerse durante al menos cuatro meses de trabajo, sin contar el tiempo de viaje al Cinturón. Si demostraban ser buenos trabajadores, era posible que se ganasen un puesto en la tripulación, pero no era seguro.

Había alquilado una pequeña oficina en uno de los puertos públicos de la Luna. El anuncio incluía el número de la puerta. Se suponía que todavía faltaba media hora para que empezasen las entrevistas, pero no tenía sentido hacerles esperar. La oficina estaba casi vacía, excepto por una pequeña mesa de madera —rayada y gastada por décadas de uso— y dos sillas metálicas.

El primero dijo tener dieciocho años, pero como mucho aparentaba catorce.

—¿Alguna vez has instalado un láser de clase D o superior? —preguntó Víctor.

—No, señor. Pero en nuestra nave teníamos un D.

—¿Qué nave era esa?

—Las alas de Hermes. El *Clan de los Grandes Griegos*. ¿La conoce?

Víctor negó con la cabeza.

—¿Dónde está ahora tu nave?

El chico sostenía la gorra entre las manos.

—Ha desaparecido, señor. La Batalla del Cinturón.

—No hace falta que me llames «señor». ¿Cómo sobreviviste?

El chico no le miraba a los ojos.

—La mañana en que salimos de la estación, yo... eh, no llegué a la nave, señor.

Su familia no le habría abandonado. Probablemente hubiese escapado tras atracar, sabiendo que pronto la nave iría a la guerra. A Víctor el chico le daba pena, pero no estaba ofreciendo trabajos por compasión, sobre todo a alguien que estaba dispuesto a abandonar a su familia. Pero, aun así, le hacía falta trabajar tanto como a cualquiera.

—No puedo prometerte que te den trabajo, pero hay una nave de Juke llamada *Valas*. Un carguero. Es posible que busquen gente. Conozco al capitán. Puedes decirle que vas de mi parte.

El chico bufó.

—¿Trabajar para una corporación? Nunca.

—Esa época ya ha pasado —dijo Víctor—. Ahora los mineros libres y los mineros corporativos colaboran. Es decir, a menos que prefieras morirte de hambre.

El chico mudó de expresión, contrito.

—Le pido perdón, señor. Agradezco mucho la ayuda. Sí, iré a la *Valas*. Muy amable.

Víctor le dio la información y se despidió. Los otros entraron uno a uno, pero ninguno resultó ser mucho mejor que el primero. Algunos tenían más de sesenta años. Otro no dejó de toser durante toda la entrevista, como si padeciese de algún problema respiratorio. Varios eran padres y maridos y preguntaron si podían traer a sus esposas e hijos. Víctor registró sus datos y les dijo que se pondría en contacto con ellos si conseguían el trabajo. La verdad es que precisaba maridos para las supervivientes de la *Cavadora* tanto como necesitaba mecánicos. Si querían ser otra vez una familia próspera, algunas de las mujeres tendrían que volver a casarse. Sin embargo, no era algo que pudiese poner en la oferta de trabajo. «Se busca: hombres guapos de carácter sincero dispuestos a casarse con una de dieciocho viudas y adoptar a sus hijos. Preferible si hablan español».

Tras horas de entrevista empezó a desesperarse justo cuando Imala entró.

—Imala. Llevo días llamándote, desde que me fui de la clínica. He debido dejar media docena de mensajes.

—He tenido mucho en que pensar. —Se sentó en la silla frente a Víctor.

Víctor no sabía qué decir.

—Es genial volver a verte. *Quiero* verte, pero... estoy ocupado con algo ahora mismo. Estoy entrevistando a gente. Pero quizá podría conseguir una silla. Me ayudarías. Me gustaría saber qué piensas.

—He venido por la entrevista, Vico.

—¿Qué? ¿Te presentas al puesto?

—Eso es lo que hacen los aspirantes. Se presentan al puesto. Los entrevistan. Con suerte consiguen el trabajo.

—¿Quieres el trabajo?

—No es tan difícil de entender, Vico. Tú ofreces trabajo, yo necesito un trabajo.

—Sí, pero... ¿quieres venir?

—No estaría aquí si no quisiese ir, Vico.

—Pero voy al Cinturón, Imala. Eso está muy lejos de aquí.

—Sé a qué distancia está. ¿Recuerdas que ya fuimos una vez?

—Voy a ir mucho más lejos, Imala. Y una vez allí, no será fácil volver. No se trata de una auditoría. No es un trabajo de despacho. Hablamos de minería.

—¿Crees que solo puedo hacer trabajos de despacho?

—No, claro que no. Puedes hacerlo todo. A eso me refiero. Esto es trabajo puramente físico. Tienes estudios universitarios, experiencia en el mundo real. Con el apoyo de Lem podrías trabajar donde quisieses. La Luna, la Tierra. La Flota

Internacional te aceptaría al instante. La Hegemonía también si no fuese porque Ukko Jukes es el encargado.

—¿Así que no quieres que vaya?

—Claro que quiero que vengas. Pero... no puedo pedírtelo. Tienes un futuro, Imala. El cinturón es el último lugar del sistema donde encontrarás oportunidades.

—Quizá no quiera oportunidades, Vico. Quizá quiera otra cosa.

Él guardo silencio un momento.

—¿Qué quieres, Imala?

—Ser feliz, Vico. Quiero ser feliz.

Partieron tres días después en un carguero. Víctor al final no contrató a nadie más excepto a Imala. Aguardaría hasta llegar al Cinturón, donde esperaba dar con mejores candidatos. O quizá Imala tuviese razón. Quizá no precisaba contratar a nadie más. Quizá Imala, las mujeres de la *Cavadora* y él pudiesen con todo.

—Arjuna también tiene tripulación —le dijo Imala—. Se trata de una asociación comercial, ¿recuerdas? También querrá usar sus trabajadores.

Víctor frunció el ceño.

—Me cuesta hacerme a la idea. Esa gente no es mi familia.

—No, pero aceptaron a tu familia. Eso vale para algo.

A la semana de partir, el capitán vino a visitarles.

—Señor Delgado, señora Bootstamp, ¿harían el favor de acompañarme a la bahía de carga?

Víctor e Imala se miraron y volaron a la bodega con el capitán.

—Mis instrucciones son entregarle este holo —dijo el capitán pasándole un holopad a Víctor.

—¿De quién es? —preguntó Víctor.

El capitán sonrió y se fue, dejándoles a solas. La bodega rebosaba de equipo. Todos los espacios estaban hasta arriba de piezas y suministros. Víctor activó el holocampo y apareció la cabeza de Lem Jukes.

—Hola, Víctor. Para cuando recibáis este mensaje llevaréis ya una semana de viaje. No me gustan las disculpas largas, o ya puestos, las disculpas, pero os debo una. A los dos. No siempre fui tan sincero y comunicativo como debería haber sido. Sé que todavía tienes mucho resentimiento contra mí, y no puedo decir que te lo eche en cara. Algunas de mis decisiones son imperdonables. No puedo corregir esos errores, pero haré lo que me sea posible. En esta nave encontrarás todo lo necesario para que tú y tu familia podáis acondicionar la nave de desguace. El capitán dispone del inventario completo. He sido todo lo exhaustivo que me ha sido posible. Me habría salido más barato entregarte una nave minera nueva, pero conociéndote, me preocupaba que no la aceptases. Por tanto, no recuperes piezas de mierda de naves abandonadas. Eso lleva al desastre. Acepta estas nuevas y ahórrate problemas.

Todavía te queda el placer de instalarlas con tus propias manos. Y como ya están cargadas y no puedes dar la vuelta, no te queda más opción que aceptarlas. También hay naves rápidas, dos láseres de clase A, trajes, cascos, cavadores personales, hornos, herramientas de mano y equipo de navegación. Básicamente, material para el resto de tu vida. Ya que lo vas a hacer, es mejor hacerlo bien. Mucha suerte.

El mensaje concluyó. La cabeza de Lem desapareció. Durante un buen rato Víctor miró el holocampo vacío. Luego miró a Imala y se echó a reír.

## Epílogo

Edimar estaba sentado en la sala de observación de la *Gagak* y repasaba los datos por última vez. Los comprobó y los volvió a comprobar, calculó y volvió a calcular. Después, cuando estuvo segura de que no había ningún error, fue al puente en busca de Rena.

Las últimas semanas habían sido frenéticas. Ahora que la guerra había terminado, los piratas que habían estado escondidos habían regresado a lo grande. O quizá no habían llegado a ocultarse. Quizá habían seguido atacando naves, pero las interferencias habían impedido que se supiese. En cualquier caso, no pasaba un día sin que llegasen noticias de uno o dos casos. Familias asesinadas, naves desmontadas por completo. El más famoso era un buitre llamado Khalid. Un somalí, como Arjuna, y los dos se conocían de antaño, aunque Edimar nunca había tenido el valor de preguntar por los detalles.

Rena le había rogado a Arjuna que mejorase el blindaje de la nave, y los dos habían mantenido una discusión muy acalorada en el pasillo sobre ese asunto. Rena había propuesto añadir más placas de metal al casco.

—¿Y de dónde saco esas placas, señora? —había dicho Arjuna.

—De donde sea —había respondido Rena—. Podríamos empezar con las paredes entre camarotes.

—¿Quieres retirar las paredes? ¿Retirar espacio a mi tripulación?

—Crearías una habitación grande a partir de dos habitaciones. El espacio sería el mismo.

—Sí. Y cero intimidad. ¿Cómo iban a amarse un hombre y una mujer si comparten el espacio con veinte personas?

—Bien, Arjuna, vamos a ir por prioridades. ¿Para ti qué es más importante? ¿La seguridad de la tripulación o que todos puedan satisfacer sus deseos sexuales?

—Para ti es fácil decirlo —había dicho él—. Eres una mujer sin marido.

—¿Y, por tanto, no siento deseos? Para ser un hombre con tres esposas, Arjuna, no sabes nada de mujeres.

Al final Arjuna se había encerrado en su camarote rugiendo por la frustración hasta tal punto que Edimar lo había oído desde la bahía de carga. Allí es donde últimamente había estado pasando casi todo el día, con el holopad en la mano, analizando los archivos de Parallax Nexus. Ahora que tenía la respuesta, estaba desesperada por mostrársela a Rena.

La encontró en el puente, con las cartas de navegación.

—Tenemos que hablar. Ahora mismo.

Rena la siguió al pasillo.

—Pareces contrariada. ¿Qué pasa?

—La nave nodriza fórmica. La que Víctor destruyó. No era una nave nodriza.

—¿A qué te refieres? —dijo Rena—. Claro que lo era.

—He estado examinado los archivos de Parallax. Cuando miras hacia fuera, Ukko podría haber dado con la nave hace años. Si se hubiesen programado los satélites para identificar movimientos de ese tipo, habríamos tenido años para prepararnos.

—No habríamos sabido lo que era —dijo Rena.

—Habríamos sabido que era extraterrestre. Podríamos habernos preparado para lo peor. Habría sido mejor que dejarnos pillar con los pantalones bajados.

—No uses esa expresión —dijo Rena—. Suena vulgar. ¿Por qué te contraría tanto?

—Porque cuando miras todavía más lejos, puedes comprobar que la nave se separó de algo mucho, pero que mucho mayor. La nave nodriza que Víctor destruyó no era más que una nave de avanzadilla, Rena. La *verdadera* nave nodriza sigue ahí fuera.

Rena la miró fijamente.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. Los datos son irrefutables. Hace ocho años la nave de avanzadilla se separó de la nave nodriza. Pero lo vimos hace cuatro años, cuando nos llegó la luz. La nave de avanzadilla siguió más o menos a la mitad de la velocidad de la luz, mientras que la nave nodriza inició la desaceleración. Finalmente, la nave de avanzadilla también desaceleró, pero no hasta mucho más tarde, por lo que llegó primero. Ahora mismo la nave nodriza se aproxima a un diez por ciento de la velocidad de la luz, pero ahí viene, Rena. He repasado los datos cien veces. Me cuestioné a mí misma. Lo he examinado desde todos los ángulos posibles y te lo digo en serio, sé que tengo razón.

Rena guardó silencio durante un buen rato.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Cinco años. Pero eso no es lo que más miedo me da. Esta nave nodriza está cambiando.

—¿Cambiando? ¿En qué sentido?

—Al principio pensé que se estaba rompiendo o algo así. Pero las piezas no se mueven como restos. Poseen orden. Se mueven como naves.

—No comprendo.

—La nave nodriza se está canibalizando a sí misma, Rena. Se está desmontando a sí misma para fabricar un buen montón de naves más pequeñas. Se está convirtiendo en una flota. En un ejército. Y creo que podemos dar por supuesto que no tienen

intención de pedir disculpas. Me alegra que acabásemos con esta guerra. Me alegra que haya terminado. Pero de camino nos viene un problema mucho mayor.



## Agradecimientos

En la portada del libro aparecen dos nombres, pero es posible gracias a la colaboración de un pequeño ejército. Gracias a Kathleen Bellamy por toda su ayuda. Gracias también a todo el personal de Tor por sus ánimos, su habilidad y su experiencia, sobre todo nuestra editora, Beth Meacham, que siempre tiene buenos consejos llenos de sabiduría. Mantenemos una enorme deuda de gratitud con Phillip Absher, por haber leído cuidadosamente el manuscrito y pillar errores que por suerte los lectores nunca verán. Gracias también a Amy Saxon, Jordan D. White, Aisha Cloud, Andy Mendelsohn y Jeanine Plummer. Cada uno de vosotros sabe en qué ayudasteis y que os queremos por ello. Debemos un enorme agradecimiento a Jorge Guillen, que nos aconsejó con algunas de las frases en español empleadas en los dos volúmenes anteriores y que se nos olvidó mencionar la última vez. *Adelante, amigo.*

Por último, dar las gracias a nuestras esposas, Kristine Card y Lauren Johnston, las capitanas de nuestras dos naves. Son nuestras primeras lectoras y nuestras mejores amigas, y sin sus ánimos, consejos y buen humor, este libro no habría llegado a existir. Cásate bien, querido lector, y tu *mana* nunca se agotará.